

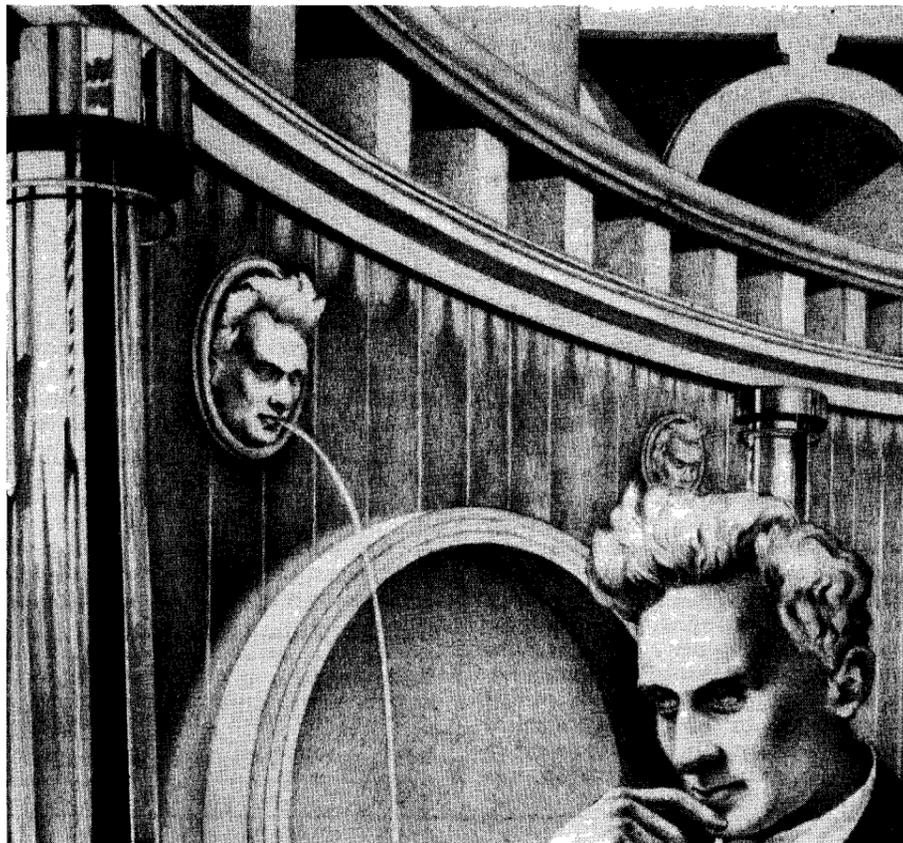
## Parodia y desenfado

Por Gonzalo Sobejano

Gonzalo Sobejano nació en Murcia en 1928 y es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York). Cultiva el estudio de la literatura española de los siglos XVII, XIX y XX. Autor de *Nietzsche en España*, 1967; *Novela española de nuestro tiempo*, 1975; *Clarín en su obra ejemplar*, 1985.

No es el hecho, sobradamente conocido, de que grandes obras de la literatura universal (*Don Quijote*, *Tristram Shandy*, *Ulysses*) nacieran alentadas por un propósito paródico lo que ha impulsado a Linda Hutcheon a escribir una nueva teoría de la parodia, sino la observación certera de que en nuestro siglo —y sobre todo durante los últimos cuarenta años, en la atmósfera de lo que se ha dado en llamar «postmodernidad»— la parodia disfruta de un cultivo persistente entre arquitectos (por ejemplo, Portoghesi, Venturi, Moore), pintores (Magritte, Picasso, Dalí, Mel Ramos), escritores (Calvino, Fowles, Barth), músicos (Stockhausen, Foss), cineastas (Woody Allen, Brian de Palma). El nuevo libro de esta profesora en tierras canadienses (autora ya de otro dedicado a la metaficción: *Narcissistic Narrative*, 1980) surge de y tiende a comprobar el predominio de la parodia en la práctica de las diversas artes y la estrecha relación que el procedimiento guarda con la autorreflexividad y autorreferencialidad que caracterizan a esas artes en la época que vivimos.

De la práctica observada induce Linda Hutcheon su teoría, cuyas líneas principales apunto. La parodia no ha de ser necesariamente ridiculizadora. Es repetición o imitación de un texto por otro, pero con distancia o diferenciación irónica. En sus formas o estructuras sujetas a una intención, se distingue de otros géneros afines: del pastiche, que asemeja y no diferencia; del plagio, que es robo y no préstamo; de la burla y del travestí, siempre ridiculizantes; de la cita, autorizadora sin crítica; de la alusión, que busca lo correspondiente y no lo diferencial, y de la sátira. Aunque de la sátira se aparta la parodia por su imprescindible relación a otro texto o discurso (y no a la realidad moral y social, en además corrector), la ironía, que es su principio configurativo, la aproxima a la sátira o la combina con ella muy a menudo. El alcance pragmático de la parodia moderna es vasto y vario: desde el desprecio al entretenimiento y aun a la reverencia. Implica la parodia una transgresión, pero legalizada o autorizada, que puede tener efectos conservadores y efectos revo-



FUENCISLA DEL AMO

lucionarios. Cualquiera que sea el efecto, el parodista y su receptor han de compartir ciertos códigos —cultural, social, artístico, ideológico— cifrados por aquél y descifrables por éste. Y tanto esta exigencia de interrelación activa del texto con su receptor como el auge adquirido por la parodia en nuestro tiempo, la abren al mundo con resultados de continuidad y de cambio, de aprovechamiento del pasado y de alumbramiento de novedades. Sin tener en cuenta su forma incorporadora y su función contrastiva —de revisión que acoge y descierne—, no es difícil tildar a la parodia de refinada o elitista.

La teoría desarrollada por Linda Hutcheon hace estribar la parodia en la «contextualización irónica», analiza su amplio «ethos» (no reductible a la ridiculización), estima sus paradójicas posibilidades funcionales (conservar lo valioso del modelo e, invirtiéndolo, suscitar nuevas formas a partir de aquél), expone de manera persuasiva la acti-

vidad conreadora que del receptor demanda la parodia, sin olvidar nunca que el texto producido por el emisor es la instancia que impone los límites y las orientaciones; y, en fin, de modo no menos convincente, demuestra que para explicar la parodia en todos sus aspectos no basta una sola perspectiva (estructuralista, hermenéutica, semiótico-ideológica, desconstruccionista), sino que todas pueden contribuir a la reflexión cabal, derivada primariamente de la observación de las realidades estéticas al alcance del crítico.

No ha escatimado esfuerzos la autora al acopiar ejemplos de proyección paródica en las artes, pues su atención, aunque vertida hacia las letras sobre todo, recurre con frecuencia a la pintura, al cine y a la música, señalando la importancia de la arquitectura como aquel arte en que más temprana y claramente se dibujaron los rasgos de la postmodernidad, dentro de la cual la parodia prospera y viene a constituir, como aquí se pone de manifiesto, una categoría determinante.

Es tema debatido el de la «postmodernidad», que no debiera llamarse nunca «postmodernismo», al menos en ámbitos hispánicos, para no fomentar confusiones. Ihab Hassan, uno de los más destacados teóricos en este campo, invocaba a Federico de Onís y su temprano reconocimiento de un «postmodernismo», pero claro es que el postmodernismo poético de un López Velarde en México, del primer César Vallejo en Perú, o de un Alonso Quesada o un Mauricio Bacarisse en España, poco tienen que ver con la «postmodernidad» de nuestros días, si tal rótulo se acepta. La postmodernidad parece todavía un fe-

nómeno en curso. Hay quien, como el propio Hassan (en «The Question of Postmodernism», dentro del volumen *Romanticism, Modernism, Postmodernism*, editado por H. R. Garvin, Londres, 1980, páginas 117-126), compendia la postmodernidad en el concepto de «indeterminancia» (indeterminación e inmanencia, frente a la determinación y la trascendencia típicas del «modernismo» anglosajón: Eliot, Pound, etc.; modernismo que en términos hispánicos equivaldría en parte a la vanguardia y en parte a la «modernidad» de los poetas del 27, por ejemplo). Hay quien, como John Barth, uno de los discutidos representantes del propio estilo de la postmodernidad, habla de ésta como de una literatura del «repostar»: tomar el modernismo como un aliciente para avanzar por caminos de fuerza atractiva más ancha («The Literature of Replenishment», 1980, traducido al español en *Quimera*, número 46-47, 1985, páginas 14-21). Siguiendo la discreta actitud observadora a que invita el libro de Linda Hutcheon, tan equilibrada y cuerda, uno se atrevería a hablar del arte «postmoderno» como de un arte nutrido por el espíritu del *desenfado*, entendiendo este término como lo hace el más antiguo diccionario académico: «Desahogo, despejo y desembarazo.»

No sé si el lector convendrá o no con esto: en la España de los tres últimos decenios la novela y la crítica (por referirme a lo que conozco más de cerca) vienen mostrando, frente a la seriedad del orgullo artístico anterior —perfeccionista y trascendente—, una inclinación cada vez más notoria hacia la ironía que todo lo indetermina, hacia la parodia que somete otros textos a un juego de imitación modificadora entre respetuosa y erosiva, mitad homenaje mitad rechazo. Los escritores de anteaer (de los años 50) ya ejercitaban este juego paródico: novelistas como Martín Santos (*Tiempo de silencio*, 1962) o Juan Marsé (*Últimas tardes con Teresa*, 1966), poetas como José Agustín Goytisolo, Gil de Biedma y Angel González. Pero, con el paso del tiem-

Qué es

# SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto abordado en el libro comentado.

### En este número

|                      |     |                        |       |
|----------------------|-----|------------------------|-------|
| Artículos de         |     |                        |       |
| Gonzalo Sobejano     | 1-2 | Javier Muguerza        | 6-7   |
| Ricardo Gullón       | 3   | Guido Brunner          | 8-9   |
| Juan Benet           | 4   | Miguel Artola          | 10-11 |
| F. Rodríguez Adrados | 5   | Carlos Sánchez del Río | 12    |

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior.



## Parodia y desenfado

po, esa tendencia paródica se ha agudizado en novelistas (y en general, escritores) de mayor y de menor edad: Benet, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Vázquez Montalbán, Mendoza, Marías, Espinosa, Julián Ríos (sin olvidar a Torrente Ballester en sus parodias de la novela estructural, *La saga/fuga de J. B.*, 1972, y de la metanovela, *Fragmentos de Apocalipsis*, 1977), y así fue sucediendo también en la poesía de los «novísimos» y entre no pocos periodistas y críticos de los que se hallarán ejemplos homogéneos o concordes en revistas como *Los Cuadernos del Norte* y *Quimera*.

No digo que no existieran antes (en nuestro siglo, para ceñirme sólo a él) cultores eminentes de la ironía paródica: el más genial Valle-Inclán con sus «esperpentos» inspirados en buena medida en las «parodias» teatrales de entre siglos (aquellas que servían más para eliminar modas que para crear modos nuevos), según probó Alonso Zamora Vicente; el más travieso Gómez de la Serna con sus «greguerías», pastiches y caprichos; y en medio, quizá, Antonio Machado, con su gusto de lo apócrifo (hoy resurgente en obras como *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*, 1985, de Luis Goytisolo, o en *Las cenizas del Fénix*, de Aparicio, Mateo Díez y José María Merino, mismo año de publicación). Pero lo definitorio de la «postmodernidad» sería, a mi parecer, el desenfado. Valle-Inclán, como antaño Quevedo, apelaba al grito y al visaje, desgarrándolo todo, y un Gómez de la Serna, quevedesco por otro perfil, contrahacía agudezas aventando enjambres de impresiones mentales y sensóreas. Los nuevos y novísimos, por contraste, despejan desembarazadamente el terreno desahogándose, quitan gravedad, aspiran a aligerar el aire purgándolo de humos sacrificiales, y así creen alcanzar un expedito desenfado. Usan la parodia como el mejor vehículo literario del alivio que buscan: «¡todo, menos el aburrimiento!», diríase su consigna. Y el alivio perseguido a través de la parodia, al ponerlos en dependencia de lo imitado como punto de arranque, puede colocarlos en relación casi parasitaria (abejas que liban en la miel y no en las flores, como

decía Antonio Machado a otro respecto); pero de otro lado, llevándoles a reexaminar irónicamente lo que prolongadas vigencias consagraron como cultura, les abre paso hacia una liberación fecunda en posibilidades nuevas.

Lo aquí indicado para España atestigua, sin duda, repercusiones de lo acontecido fuera de ella, particularmente en Norteamérica y en Francia, desde 1968 cuando menos. No obstante, como en el mundo de hoy todo va siendo cada vez más perceptiblemente simultáneo, importarían las coincidencias más que las influencias. Será la arquitectura norteamericana la forma de postmodernidad más madrugadora, y quizá la pintura (de Picasso, de Dalí, de Magritte, cuyas obras tanto se mencionan, y algunas se reproducen, en el libro comentado) no madrugase menos. Pero la literatura tiene sobresalientes parodistas a lo largo de todo el siglo (desde Eliot, Pound o Joyce en adelante, y Borges, Calvino, Eco, Robbe-Grillet, Nabokov, Carpentier, y luego Fowles o Barth, etc.), y la música los suyos, menos conocidos, y el cine otros de fácil acceso. Cerca o lejos de tales incitaciones, textos como los penúltimos o últimos de Benet (*En el estado*, 1977), Juan Goytisolo (desde *Don Julián*, 1970, hasta *Paisajes después de la batalla*, 1982, parodia o caricatura del propio Yo de este autor), García Hortelano (*Gramática parda*, 1982) o Julián Ríos (*Larva*, 1983; *Poundemonium*, 1986), así como la crítica arriba aludida, pertenecen en mucho al postmoderno estilo paródico del desenfado.

Volviendo a la teoría de Linda Hutcheon, posee ésta un valor didáctico muy notable, y notado ya en el subtítulo. Las enseñanzas del arte de este siglo sirven de arranque a la autora para construir su teoría, y ella misma, además, pondera con razón el valor didáctico de la parodia: enseña al receptor a comparar textos y a deducir lo que debe perdurar y lo que debe abandonarse (sobre todo, la parodia «abierta», aquella que guía explícitamente acerca de sus propósitos, como lo hace Italo Calvino; la «encubierta», en cambio, más

«moderna» que «postmoderna», corría el peligro de la ineficacia por su tendencia al hermetismo).

### Definición de la parodia

Es admirable el conocimiento exhaustivo de la bibliografía sobre la parodia y de la crítica moderna general o teórica que el tratado de Linda Hutcheon, tan ameno, presupone, y no menos admirable la claridad con que deslinda conceptos, precisa funciones, concilia perspectivas y humaniza o mundaniza el texto: lo pone en el mundo, lo saca del aislamiento en que suelen mantenerlo críticos unilaterales o teorizadores que no admiten otra teoría que la suya. La definición de la parodia acaso pueda parecer amplia hasta la sospecha de indefinición (imitar ironizando se diría en principio una operación intertextual más vasta que la tradicionalmente reservada a la parodia). Sin embargo, las puntualizaciones que hace Linda Hutcheon acerca de la ironía como estrategia de la «parodia moderna» delimitan el concepto de ésta con rigor bastante, y su indagación del objetivo y del campo de aplicación de la parodia (objetivo: otro discurso, no la realidad; campo de aplicación: un género, estilo, período, movimiento, un artista, una obra, partes de una obra, producción total de un artista; forma extensa, pues, investigable en sus estructuras y en su funcionamiento pragmático) describe la traza de un

procedimiento que se abre a múltiples horizontes y ayuda a promover una visión crítica del mundo sin perder su condición de juego. Decisivo es para Linda Hutcheon que *parodia* etimológicamente no signifique sólo «canto opuesto», sino también «canto adjunto»: puede rebajar negativamente los valores de lo imitado, y puede realzar afirmativamente esos valores (por ejemplo, con un temple nostálgico o de simpatía preparada al rescate). Utilizando a Bajtin para superar las prevenciones de éste contra la parodia moderna, subraya la autora lo que esta última tiene siempre de difónico, dialogal o antimonológico. Y otra virtud de su estudio consiste en la atención que presta al receptor y al productor de la parodia, equitativamente, trascendiendo la sintaxis y la semántica (frente a Gérard Genette) en una pragmática del género analizado (más de acuerdo con la semiótica de Umberto Eco y de Michael Riffaterre).

«Por su interacción con la sátira, por la necesidad pragmática de que el codificador y el descodificador compartan códigos y por la paradoja de su transgresión autorizada, la apropiación paródica del pasado rebasa la introversión textual y el narcisismo estético para dirigirse a la situación del texto en el mundo», proclama Linda Hutcheon en el penúltimo párrafo de este libro que, no obstante la exaltación que hace de la parodia moderna, denuncia algunas de sus flaquezas, entre ellas la propensión a convertirse en fórmula convencional. □

### RESUMEN

Señala el cultivo persistente de la parodia en la práctica de las diversas artes en los últimos cuarenta años, trazando las líneas princi-

pales de la teoría que aporta la autora; con especial atención a las características irónicas y didácticas de la parodia, así como a sus flaquezas.

Linda Hutcheon

*A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art-Forms*

Methuen, New York, 1985. 143 páginas.

SABER/Leer no se identifica necesariamente con la opinión de los trabajos que publica; ni mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos y no solicitados.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

**SABER** Leer

Revista crítica de libros

Edita:

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa



Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|  | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| «Parodia y desenfado», por Gonzalo Sobejano, sobre el libro <i>A Theory of Parody</i> , de Linda Hutcheon  | 1-2          |
| «La obra juvenil de García Lorca», por Ricardo Gullón, sobre el libro <i>Federico García Lorca, heterodoxo y mártir</i> , de Eutimio Martín  | 3            |
| «La novela de los prodigios», por Juan Benet, sobre el libro <i>La ciudad de los prodigios</i> , de Eduardo Mendoza  | 4            |
| «Una visión del mundo clásico», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>The Oxford History of The Classical World</i> , de John Boardman, Jasper Griffin, Oswyn Murray (eds.) | 5            |
| «Cara y cruz del contrato social», por Javier Muguerza, sobre el libro <i>Nuevas teorías del contrato social (John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan)</i> de Fernando Vallespín Oña  | 6-7          |
| «Adiós a aquel mundo», por Guido Brunner, sobre el libro <i>The fringes of Power</i> , de John Colville  | 8-9          |
| «El Señorío de Vizcaya», por Miguel Artola, sobre el libro <i>Bizcaya en la Edad Media</i> , de J. A. García de Cortázar (ed.)   | 10-11        |
| «El Post Scriptum de Popper», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Post Scriptum a la lógica de la investigación científica</i> , de Karl R. Popper                             | 12           |

# La obra juvenil de García Lorca

Por Ricardo Gullón

Ricardo Gullón nació en Astorga (León) y durante años compatibilizó su vocación y actividad literarias con la carrera fiscal. Ha sido profesor en Estados Unidos y Puerto Rico (allí dirigió la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez).

Se ha especializado, sobre todo, en la novela de los siglos XIX y XX, con títulos como Galdós, novelista moderno; Técnicas de Galdós; y Espacio y novela.

Muy recientemente salió de imprenta un libro de Martín de considerable interés: *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita*. Digamos por de pronto que se trata de un estudio extenso, rico en información, bien escrito y de obligada lectura para los interesados en la poesía de Lorca y en los mecanismos de la producción poética en general. La cultura del autor es amplia; su conocimiento de la obra estudiada cabal y detallado. Su buena memoria le permite establecer iluminadoras asociaciones intertextuales y tener presente el supertexto, que nunca conviene perder de vista. Minucioso en el análisis e intencionado en el comentario, puede, cuando se lo propone, dilucidar problemas textuales de cargado hermetismo.

Si la sobriedad no es su fuerte ni la restricción parte de su instrumental, cabe atribuirlo a la pasión con que argumenta y a la voluntad de probar, consecuencia de su identificación con el tema de su discurso. Por razones muy justificadas, de fijo compartidas por la mayoría de sus lectores y, desde luego, por el firmante de esta reseña, Eutimio Martín exalta en Lorca al poeta y al hombre, al escritor y al sacrificado por aquellas desatadas furias que tan cruelmente asolaron España.

La idea rectora del crítico puede resumirse así: Federico García Lorca, caballero andante de la Orden de la Literatura, entró en ella, de la mano de Víctor Hugo, como reencarnación de la suprema figura de la idealidad, Cristo, para combatir a los negadores de la doctrina evangélica, y muy en concreto a la Iglesia de Roma.

Su mensaje lo califica el crítico de «poético-evangélico» (página 374) y, comentando el poema «Navidad», dice: «El poeta asume ahora *sin equívocos* una identidad *inconfundiblemente crítica*.» (Subrayo el refuerzo retórico, acaso innecesario, de la frase.)

Desde el principio asume Martín una coincidencia total entre poeta y poema. La posibilidad de que la voz dramatizada en el texto no sea la de Lorca ni siquiera es insinuada. Es una toma de posición tan válida como la contraria, como la que da por supuesta la ficcionalización del yo poético, y el lector deberá tener presente esa actitud si quiere valorar correctamente las opiniones que irá encontrando a lo largo de un libro tan seguro de sí.

El profesor Martín antepone a su trabajo una introducción relativamente extensa (25 páginas). Examina en ella el repertorio de actitudes tomadas en relación con Lorca, desde la devoción casi religiosa de José Luis Cano hasta la indiferencia desdeñosa de Jorge Luis Borges. Si los partícipes en el coro de alabanzas salen, casi sin excepción, bien librados (Dámaso Alonso, no; de lo escrito por él sobre su amigo, se dice: «más parece crítica taurina que estudio literario»), quienes disienten, salvo Elio Vittorini (tal vez por coincidir con Lorca «en una particular receptividad al fenómeno de la frustración humana»), ¿por sus afinidades políticas?, provocan la irritación del crítico, que califica de «supina ignorancia» lo opinado por Severo Sarduy y de «patológicamente hostil» al «cancerbero de los intereses socioculturales de la burguesía más reaccionaria», Jorge Luis Borges.

Se prolonga el ataque a Borges y por exceso pierde eficacia. Hablar a su propósito de «pura y simple envidia», llamarle «infatigable aspirante al premio Nobel» y «gárrulo escritor cuya incurable ligereza no deja de trai-



JUSTO BARBOZA

cionar un carácter visceralmente reaccionario en el que la arrogancia aristocrática desemboca en un consustancial racismo», son expresiones que pueden suscitar en el lector una reacción contraria a la deseada.

Todavía en otras partes de su libro, aunque por motivos distintos, cede el autor a la agresividad. Si Alexandre le facilitó la información de que disponía, otros, requeridos para lo mismo, no cooperaron conforme Martín deseaba. Consecuencias: «Gerardo Diego parece haber decidido consagrar el tiempo que le queda de vida a hablar de sí mismo», a «Rafael Alberti le es difícil ocultar el desagrado que le produce servirle de escabel al amigo granadino».

Observaciones prescindibles, a diferencia de las hechas cuando, operando sobre datos concretos, desmonta las manipulaciones de José Bergamín con los poemas de Nueva York, los errores de Carlos Morla Lynch y de Rafael Martínez Nadal, los olvidos de Emilio García Gómez, y con más razón todavía cuando condena «el celo inquisitorial de Mathilde Pomés» y «el cerril comportamiento inquisitorial» de Dulce María Loynaz por destruir manuscritos que Lorca les había regalado.

Muy adelantada la segunda parte de su estudio entra Martín en el meollo de la cuestión: la estatura literaria de Lorca y la presencia en su obra de Víctor Hugo. Allí aparece la primera de las piezas juveniles inéditas recogidas en el volumen: un curioso «Salmo recordatorio», fechado el 10 de junio de 1918, en donde se cuenta cómo la hermosa Galatea desdeña al pastor Acis para entregarse, desnuda, al mismísimo don Luis de Góngora.

De las lecturas lorquianas de entonces se deduce la inserción del poeta en el Modernismo, operante en *Libro de poemas* a través de figuraciones epocales tan características como Venus y Pitágoras. Huellas de pitagorismo —transmigración de las almas— se van advirtiendo conforme el discurso avanza. La impronta de las lecturas de Hugo fue duradera; lo indicó hace años Angel del Río, y ahora lo demuestra Martín. Los dos poetas compartían «un concepto totalizador de la poesía»: en su espacio todo tenía cabida y análogos signos en la visión del mundo producían actitudes gemelas ante los fenómenos naturales.

Imágenes victorhuguescas, tal la de la escalera que comunica «la casa del poeta con el reino de la muerte», las toma Lorca presuntas, pero el testimonio más convincente de la presencia de Víctor Hugo en su obra se encuentra en la «Leyenda a medio abrir» (inédita y fechada el 6 de junio de 1918), inspira-

da en la «Légende du beau Pécopin et de la belle Baldour», narración del tiempo detenido que al recobrar el movimiento trae consigo súbito envejecimiento y muerte. (La conexión con *Así que pasen cinco años*, «leyenda del tiempo», es para mí muy válida.)

En la parte central de su estudio expone el profesor Martín «el concepto mesiánico de la literatura» que atribuye a Lorca; se funda para ello en el carácter autobiográfico de una obra, considerada por el autor «como la puerta estrecha de su personal salvación» (página 150).

Aduce Martín, en apoyo de su tesis crítica, textos de sumo interés desconocidos hasta ahora: «Fray Antonio (poema raro)», «Mi pueblo» (publicado en parte por Francisco García Lorca), «Mi compadre pastor», y dos manuscritos de una obra dramática titulada *Cristo*, y otros. Todos ellos encaminados a probar la equivalencia Cristo-Lorca que, como bien sabe el lector de *El público*, se manifiesta en formas muy sutiles en la obra madura del poeta.

## Causas de la crisis

¿Cuáles fueron las causas de la crisis místico-erótica vivida por él en la primavera de 1918, causas que su madre «no puede imaginar» siquiera? La respuesta la da el crítico en otra pregunta: «¿Hay una relación de causa a efecto entre la decisión por parte de Lorca de dedicarse a la literatura y la toma de conciencia de su condición de homosexual?» No sobra la cautelosa interrogativa; pudiera suceder que esa decisión dependiera de varias causas, una de las cuales sería la recién citada.

Establecida sin equívocos ni reticencias la homosexualidad del autor, puede la crítica disipar algunas sombras de sus textos, pero no sobrarán un poco de moderación al valorar el dato y un desplazamiento del interés desde lo

biográfico a lo formal. Aun en el contexto del estudio que estoy reseñando no es fácil acoger sin reserva afirmaciones tan subjetivas como las siguientes: «La tragedia es fisiológica, pero es el cielo quien se la ha impuesto, como marca de predilección», y «es la cruz de la que no puede desclavarse, la homosexualidad, sin perder automáticamente la identificación con Cristo» (página 219).

No puedo creer que en estas líneas se haya recurrido al estilo indirecto libre y por lo tanto a la omnisciencia. Miro en el texto y veo a Martín afirmando en él su presencia de modo contundente (página 226), y no únicamente en los titulillos. Partiendo de la innegable hostilidad de Lorca contra la Iglesia y sus ministros, por no observar aquella y éstos las enseñanzas de Cristo, el argumento le lleva a volver una y otra vez sobre lo que por su misma dureza excusaba el subrayado.

Aún remontándonos a los anticlericales del siglo XIX y principios del XX, hallaremos pocos autores contra la Iglesia tan virulentos como los escritos, y nunca publicados, por el Lorca juvenil, ahora exhumados.

André Belamich llamó a Lorca «místico carnal», y Eutimio Martín hace suya la denominación. Los dos aciertan hasta cierto punto, pues la primacía corresponde a la sensualidad; lo sensual carga su obra de fragancia. Ortodoxo de lo natural y heterodoxo de lo teológico, en «Nocturno de marzo» (otro inédito) hace actuar al diablo de forma muy distinta a la tradicional.

Quizá el mejor fragmento de la crítica martiniana sea el dedicado a la «Oda al Santísimo Sacramento del Altar», ejemplo de buena hermenéutica, «a la altura de las circunstancias», que dilucida satisfactoriamente las oscuridades de un texto difícil sin apartarse de su designio mayor: «No se combate, pues, al demonio, con la triste mortificación preconizada por la Iglesia, sino con la alegría que irradia de la Hostia.» Esta frase resume con exactitud el sentido del poema.

En la tercera parte de su libro agrupa el profesor Martín cinco estudios misceláneos conectados en diversa medida con el tema principal: del primero, «Mariana Pineda, heroína cristiana», se deduce, en opinión del crítico, la militancia de Lorca en el catolicismo liberal.

«Burla de don Pedro a caballo» y «Romance de la pena negra» no presentan el mismo tipo de dificultad, ni en el mismo grado que la «Oda al Santísimo». Es curiosa la identificación de don Pedro con Soto de Rojas, mas bien pudiera tener razón Jean Subinats al considerar «que no merece la pena» buscar tales aproximaciones.

Respecto al «Romance», leerlo como «rechazo de la inhumana contemplación mística» me parece faltar de fundamento. Es uno de los casos en que el crítico solicita del texto más de lo que hay en él. Algo semejante observo en su comentario a los poemas neoyorquinos de la Navidad, analizados con tan determinada voluntad de probar.

Las circunstancias del asesinato de Lorca son reexaminadas en el epílogo. Después de lo escrito por Claude Couffon (1961) y luego por Marcelle Auclair, Ian Gibson y José Luis Vila San Juan, lo esencial está aclarado. Crimen miserable y tanto más inexplicable cuanto, como dijo Leopoldo Panero en su elegía, Federico García Lorca era «España hasta los huesos». □

## RESUMEN

Recorrido por el García Lorca, poeta y hombre, su inserción en el Modernismo, la pre-

sencia de Víctor Hugo en su obra y la valoración de nuevas versiones a la luz de este libro.

## Eutimio Martín

*Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita.*

Siglo XXI, Madrid, 1986. 456 páginas.

# La novela de los prodigios

Por Juan Benet

Juan Benet nació en Madrid en 1928. Es escritor e ingeniero de Caminos. Tras un primer libro de cuentos, *Nunca llegarás a nada* (1961), se dio a conocer en 1967 con su primera novela, *Volverás a Región*. Ha obtenido el Premio Biblioteca Breve y el de la Crítica. Ha escrito también teatro y ensayos.

En los últimos años está publicando, con el título de *Herrumbrosas lanzas*, una larga crónica en torno a la guerra civil.

Estoy convencido de que la gran mayoría de las novelas y relatos que forman el fluido censo de la «narrativa hispánica» de este particular momento pasará sin pena ni gloria, para volver a la oscuridad tras el fugaz destello provocado por su aparición. Pero en cambio *La ciudad de los prodigios* quedará; y a mí me gustaría que quedara como la pieza más conseguida de la narrativa hispánica de este particular momento —cuyos caracteres dominantes no seré yo quien los describa, convencido de que nunca serán las señales del alumbramiento de una obra singular— en que con tanto afán se buscan nuevos títulos y nombres para animar un escenario en el que los ya conocidos provocan un mal disimulado hastío.

El caso de *La ciudad de los prodigios* no se produce con frecuencia. Por lo que ha llegado hasta mí —y con excepción de esos contradictores profesionales a los que todo éxito alarma y provoca recelos— se puede decir que ha gustado a todo el mundo y al éxito de público se viene a sumar el «succès d'estime» de críticos y profesionales de la edición, no todos de nombre público. Así, por ejemplo, si no recuerdo mal, en una reciente encuesta entre una veintena de doctos editores para seleccionar los tres títulos más atractivos del año, la novela de Mendoza recibía 19 votos en tanto su inmediato seguidor sólo conseguía tres. Para completar tan rara unanimidad sólo falta, en el presente momento, el fallo de lo que me permitiré llamar la crítica académica, cuya opinión no llega al gran público pues se circunscribe al gremio del hombre de letras, en un 90 por 100 constituido por profesores de Universidad, en su mayoría residentes en los EE.UU.

Todo hay que decirlo, esa opinión tarda en llegar; en verdad no llega nunca de forma directa y de forma elíptica se enuncia cualquier día inesperado, cuando el público y la crítica de suplemento semanal se han hartado durante meses de comentar los más recónditos pasajes de la obra en cuestión, bajo la librea de un artículo o ponencia de investigación sociolingüística. La ciencia, por supuesto, es siempre posterior al fenómeno, y si se considera la tardanza con que el botánico abordó por primera vez a la flor, la resistencia del profesor para examinar —desde un punto de vista muy particular, por supuesto, nunca en su totalidad— la obra literaria de muy reciente aparición, está más que justificada. Por de pronto tiene que ser una flor, cosa que no hay quien demuestre y que sólo la intuición del profesor —saltando por encima de las apreciaciones del público y crítica de cafetería— se atreve a presumir, adelantándose a sus colegas. Así pues, la sanción académica a *La ciudad de los prodigios* llegará, si las cosas marchan deprisa, un día del año 198... bajo la forma de una ponencia en cualquier congreso de hispanistas o un artículo —científico, por supuesto— en uno cualquiera de los anales, boletines o actas que publica el gremio. «Estructuras fugadas en la última novela de TB»; «La retórica del pathos en la poesía de CR»; «Metapoética y ecfasis en Ecl». Al arriesgado profesor que se decida a romper el fuego sobre la última novela de Eduardo Mendoza le brindo gratuitamente el título —y por supuesto, el contenido— de su estudio: «Formas de pago y sistemas de cobro en *La ciudad de los prodigios*.»

Como es fácil presumir, el profesor no dará su opinión. Investigaciones y opiniones



JOSE ANTONIO ALCAZAR

son cosas diferentes y poco menos que reñidas entre sí, y si el profesor no quiere ver arruinada su labor tendrá que ocultar el juicio que el texto le merece como lector profano. Ni siquiera para pequeños detalles se permitirá determinados calificativos y libertades, al igual que hubiera sido un contrasentido que Linneo en su clasificación, o Mendeleev en la suya, de paso cantaran la exuberante composición de la orquídea o la líquida belleza del mercurio; y como mucho se atreverá a insinuar la competencia, habilidad o torpeza con que el autor utiliza los artificios definidos por el crítico gracias al insustituible comparatismo. Ya que no la calidad, la importancia de la obra ha de ser aceptada en cuanto un profesor la utiliza como campo de estudio. Y punto en cuanto a juicios.

## Juicio y gusto

En contraste, los que no utilizamos la obra literaria como campo de estudio forzadamente nos tenemos que mover en el terreno de los juicios, que por otra parte es el que proporciona más satisfacciones y confort del espíritu y del que nadie, ni siquiera el profesor, se puede sustraer. ¿Quién no ha sido testigo de los exabruptos del profesor, en un rincón del bar, hacia la obra a la que en el aula ha dedicado la más concienzuda exposición, nimbada con los tonos fríos de la así llamada objetividad? Porque, ah, todo profesor tiene dos caras y, como sucede en cualquier ámbito y gremio, la más fidedigna es la privada, la desvergonzada, la que no debe respeto alguno a la áulica. Con toda desverguenza (y el descaño tal vez sea no quitarse una cara sino presentar la otra, ya se sabe cuál) declararé que *La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza, es una de las novelas que más me ha complacido en los últimos años, tal vez decenios. A punto he estado de limitar la afirmación con la fronteriza apostilla «escrita en castellano», pero me he cortado a tiempo, un tanto aburrido por esos productos de otras lenguas —con excepción de los salidos de las manos de Bernhard, Coetzee o Gardner— que guardan entre su formato exterior y su reclamo, por una parte, y su contenido, por otra, la misma relación que ciertos melones. Casi toda la novela reciente que he leído sabe a pepino; en contraste, la de Mendoza sabe como aquellos ya inencontrables frutos de Villacornejos, productos del seco sin la menor intervención del laboratorio y con gusto hasta la misma corteza; con un gusto uniforme, que nunca cansa; con esa mezcla de levedad y consistencia que invita, con cada bocado, a seguir degustándolo.

Con una opinión tan inmoderada a la fuerza resultará superfluo que intente explicar por qué me ha gustado esta novela. Si resulta insuficiente, toda explicación vulnera la rotundidad del juicio. ¿Acaso se explica un sabor satisfactorio para el que tan pocos adjetivos tiene cualquier lengua? ¿Acaso no basta la comparación con la mediocridad ambiental para poner de manifiesto que se trata de una obra excepcional que ni el propio Mendoza desplazará con otra ulterior, aun cuando la llegue a superar a juicio de los entendidos? El gusto, me digo, es una ecuación; los

dos términos de la misma no pueden ser más heterogéneos y sin embargo en un momento coinciden. De un lado del símbolo está la obra, del otro, yo. A veces me pregunto (y ruego un poco de comprensión para una exclamación de apariencia tan infatuada) por lo que tendrá que hacer un autor para escribir una novela que me guste cabalmente. Salvo con muy raras excepciones —con una docena como mucho—, en el último decenio no he gozado de esa forma cabal con una novela, y muchas relecturas emprendidas desde el hastío por lo nuevo no han conseguido sino extender la lacra hacia monumentos que la memoria conservaba como intangibles.

Pero he aquí que de repente un hombre, Eduardo Mendoza, establece de nuevo la ecuación. Y sin haber reparado en ello escribe exactamente la obra que quiero leer; no ahorra ningún defecto, no repara en sus torpezas, no conduce el argumento por el camino esperado y, sin embargo —algo parecido a lo que decía el conde Keyserling del matrimonio—, en cada página ratifica el contrato, restituye la ecuación; admirable don que para mí quisiera, a veces arrepentido de mi obediencia a aquel principio de infidelidad que entre líneas me enseñaron los autores preferidos.

La historia es lo de menos, no me cansaré de repetirlo (a mí mismo); podía haber sido situada en Budapest y tener la misma gracia, pero al ser en Barcelona —en su momento más ditirámico— el autor añade pimienta (el conocimiento es lo de menos) al asunto, pues qué duda cabe de que los sentimientos que despiertan los señores Guitarrí y Guitarró, pongo por caso, no serían los mismos si se tratara de dos plenipotenciarios magiars cerca de la corte de Viena. La afición de Mendoza, ya demostrada en su primera novela, a observar la historia por detrás (o como decía Ortega: «a levantar las faldas al problema») y suministrar al lector el revés del estereotipo es, sin duda, uno de los artificios más estimulantes; es el don de la revancha hacia el hecho pasado que desde el respeto no es posible alcanzar. Y sin embargo ese tratamiento no puede ser más delicado; Vargas Llosa fracasó de manera inexcusable en su aplicación a la guerra de Canudos, pues ni supo alcanzar la cota épica de Euclides da Cunha ni logró completar el relato con un elenco de personajes triviales; en tanto que Mendoza ha logrado pintar la Barcelona entre las dos Exposiciones —y ese alzado de conjunto no es para mí lo más importante— con unos gestos y

unos tonos inseparables ya de su iconografía; inseparables ya de la memoria del lector que pasea por el parque de la Ciudadela o el Pueblo Español.

Y por último, por ser lo primero, está el estilo que Mendoza ha preparado para esta novela, y mantenido desde la primera hasta la última página, con esa tantas veces encomiada aparente sencillez. No es tan sencillo como cortante; no es tan elaborado como «prima facie» concebido; no es tan acabado como insinuante, en buena medida gracias a una economía de recursos imprescindibles. He aquí esos dos magnificios (páginas 57 y 146). He ahí esa estampa que, me parece, engloba todo lo que quiero decir (página 109): «El globo funcionaba a las mil maravillas; sólo cuando soplabla ese viento malo que llaman "vent de garbí" hacía un mal gesto y se ponía cabeza abajo. Por dos veces esa mañana, el ingeniero que lo tripulaba había quedado colgado de un pie, sujeto por una maroma, visiblemente inquieto.» Un escritor con más escrúpulos, con menos desparpajo cervantino, se lo piensa mucho antes de escribir «a las mil maravillas»; pero, por contra, también habría abundado más en la imagen del ingeniero invertido, sobrecargando las tintas, echando por tierra (nunca convendrá mejor la explicación) la inquietante delicadeza con que lo despacha Mendoza. Se me permitirá señalar una página que me ha llamado poderosamente la atención; en el cuarto final de la novela, exactamente en el arranque del capítulo VI (página 295), un guarda cuenta la historia de la señorial y arruinada mansión que el protagonista de la novela, en la cumbre de su poderío, va a adquirir. En labios del guarda, el estilo de la narración cambia con la utilización de extensos períodos y frases subordinadas y parentéticas. «Un día de verano, señor, un día terrible de verano...», comienza el guarda el relato de la llegada a la casa del duque Archibaldo María, pretendiente al trono de España. Pero en el ápex de su narración el guarda es interrumpido por el futuro comprador, dejando definitivamente inconclusa una historia que ha encandilado al lector:

«No me interesa el resto de la historia —dijo secamente, dirigiendo al hombre una mirada autoritaria por encima del hombro—. Me quedo con la casa.»

Un rasgo de gran astucia. Un trazo ecfrástico, dirá el profesor, donde el autor coloca su autorretrato cara a cara con el lector, que puede repetir: «No me interesa el resto del argumento. Me quedo con la novela.» □

## RESUMEN

En opinión del autor del comentario, mientras la mayoría de las novelas españolas aparecidas en estos tiempos pasarán sin pena ni gloria, *La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza, quedará como una de

las piezas más conseguidas de la narrativa hispánica actual, en un momento en que todos, editores, críticos y lectores, se afanan en buscar nuevos títulos y nuevos nombres.

Eduardo Mendoza

*La ciudad de los prodigios*.

Seix Barral, Barcelona, 1986. 394 páginas.

# Una visión del mundo clásico

Por Francisco Rodríguez Adrados

**Francisco Rodríguez Adrados** nació en Salamanca en 1922. Es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emerita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la *Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos*.

Los autores de este libro colectivo que intenta dar al público culto una idea del estado de nuestros conocimientos sobre la Antigüedad Clásica se han enfrentado, creo que valientemente, a un problema nada fácil: crear una obra científicamente al día y al tiempo legible y atractiva, desprovista de lastre erudito; una obra que pretende ofrecer una información amplia sobre toda clase de temas —historia, arqueología, literatura, pensamiento, sociedad— y que, sin embargo, forzadamente ha de tener una extensión reducida, aunque se acerque a las 900 páginas.

Imagino que en otras especialidades se presentan problemas semejantes, pero quizá a los estudiosos de la Antigüedad Clásica se nos ofrecen como más urgentes y difíciles. Pues por más que hoy nuestra visión sea más universalista y el mundo clásico se nos aparezca «menos único» que antes (como reconoce Jasper Griffin en la «Introducción»), es bien clara su continuación en tantos aspectos del nuestro: y, sin embargo, los conocimientos de base sobre el mismo del público culto en general disminuyen día a día. Y a la vez se multiplica hasta el infinito la bibliografía y las diversas especializaciones de los estudiosos se encuentran cada vez más incomunicadas entre sí.

Con todo, alguna manera ha de haber para resolver el problema de hacer accesible al hombre contemporáneo un mundo que es la base del nuestro, que está todavía vivo en nuestra literatura, arte y pensamiento. Aunque sea sólo para liberarle —como dice otra vez Griffin— de la tiranía del presente y hacerle ver, por ejemplo, que las respuestas básicas a las últimas preguntas del hombre sobre su ser, su conducta y su destino estaban ya exploradas. O que una alta civilización puede perderse. O que puede haber un tipo de cultura que aprecie más la perfección estética que la innovación, el equilibrio que el progreso.

Naturalmente, pueden encontrarse respuestas en las obras especializadas o en los diccionarios enciclopédicos. Pero también queda lugar para un tipo de obra como ésta.

## Tres partes

Bajo el título de «Historia», los editores han comprendido toda la cultura antigua. Han dividido el libro en tres partes: Grecia, Roma (época helenística y Roma antes del imperio) y Roma; división nueva y acertada. Y en cada una de ellas alternan los capítulos propiamente históricos con otros de tema literario, arqueológico, filosófico, etc., tratando de lograr, por superposición y por referencias internas, una imagen comprensiva.

Cada uno de los 32 capítulos (precedidos de una introducción y seguidos de una conclusión sobre el fin de la Antigüedad) ha sido confiado a un autor diferente (hay poquísimas repeticiones) dentro de la pléyade de cultivadores ilustres de la Antigüedad Clásica en Inglaterra. Todo sobre un plan de conjunto, en principio bien equilibrado. Los capítulos, casi siempre, dan testimonio de esa claridad y ese buen estilo literario de los *scholars* ingleses. Carecen de discusiones eruditas y, por decirlo así, «parten de cero»: puede seguirlos cualquier persona de una cierta cultura, no requieren especialistas. Los completa siempre una sección titulada «further reading» que indica, muy didácticamente, qué otras lecturas



FRANCISCO SOLE

son convenientes para profundizar más en el tema del capítulo.

Hay que añadir la espléndida presentación tipográfica y una documentación gráfica verdaderamente excepcional: 20 láminas en color, 10 mapas, nada menos que 813 ilustraciones en blanco y negro. No se trata de hacer, tan sólo, un libro bello, sino de enseñar: los «pies» de las láminas y fotografías explican su valor de testimonios históricos. Todo este material es en gran medida original y está al día: hallamos, por ejemplo, reproducciones de la cratera de Derveni, de una inscripción de Aśoka del Afganistán o de un fresco de Vergina (el rapto de Perséfone), todos ellos hallazgos recientes. Los mapas son especialmente útiles y didácticos.

Hay que añadir luego la última sección, que contiene las «tables of content», con una cronología de acontecimientos históricos y culturales y un índice alfabético de temas y nombres propios. Todo esto da unidad al conjunto y hace el libro más manejable.

Tras esta sumaria exposición volvemos a nuestra primera pregunta: la de hasta qué punto los editores han tenido éxito en su cometido. Naturalmente, la respuesta ha de ser matizada.

Había inconvenientes que no se podían obviar: no se podía aquí presentar la problemática de las últimas investigaciones, sólo una exposición «al día» de sus resultados, en forma, necesariamente, un tanto personal y asertiva (con excepciones, confrontar, por ejemplo, D. Stockton sobre el emperador Claudio, página 552). Pero hallamos exposiciones cuidadas y al día de buenos especialistas sobre casi todo el vasto dominio de la Antigüedad Clásica: un período de 2.000 años fragmentado en infinitos estados de tipo diferente, con infinitas variaciones en la literatura, las artes y el pensamiento. Se trata de un libro accesible, útil y, al tiempo, bello de ver y de leer.

Y, con todo, la empresa era tan difícil que no podía menos de producir, aquí o allá, cosas mejorables o criticables. A veces va en ello el gusto o la posición personal, sobre tal o cual punto, del que lee y juzga el libro; a veces pueden encontrarse, pienso, lagunas o deficien-

cias más objetivamente identificables. Explícables, sin duda, por la extensión limitada del libro y por la intervención de tantos autores en el mismo.

Uno puede, por supuesto (y en esto puede haber subjetividad), admirar más ciertos capítulos que otros y cuestionar incluso la elección de ciertos autores (no por su valía científica, sino por su adscripción a ciertos capítulos).

Por poner algunos ejemplos, son excelentes la «Introducción», de Griffin, y, luego, el capítulo 1, de G. Forrest, sobre la historia de Grecia en el período arcaico: es magistral el tema de «la invención de la política», con su estudio de las causas y características de la institucionalización del gobierno, aunque sea con regímenes muy dispares. Son hermosos los dos capítulos que se hacen *pendant* sobre Homero (el 2, de O. Taplin) y Virgilio (el 25, de J. Griffin): el primero volcado a una interpretación estética y unitaria, el segundo a la situación de la poesía virgiliana en el contexto de su época. Son muy ilustrativos ciertos capítulos históricos (9: «Vida y Sociedad en la Grecia clásica», de O. Murray; 13: «Historia del período helenístico», de S. Price; 16: «Roma primitiva e Italia», de M. Crawford; 19: «Cicerón y Roma», de M. Griffin; 22: «La fundación del imperio», de D. Stockton, etc.) y otros arqueológicos (12: «Arte y arquitectura griegas», de J. Boardman; 32: «Arte y arquitectura romana», de J. Matthews).

Estos son sólo unos ejemplos, que pongo sobre todo con el objeto de dar una idea de la organización del libro.

Otras veces la orientación de algunos capítulos me resulta insuficiente. Así la del 5 («Filosofía griega arcaica»), de M. L. West, autor a quien, posiblemente, le habrían convenido mejor capítulos como el de Hesíodo (el 3, de J. Griffin) o el de los líricos arcaicos (el 4, de Bowie), ambos muy insuficientes. Decir, por ejemplo, que el centro de la filosofía de Heráclito está en su atención a la moralidad, la religión y el alma humana, me parece quedarse muy lejos de lo más íntimo de la filosofía del de Efeso. Esta, por más que pueda haber efectivamente influjos orientales, depende de una problemática de la «física» muy helénica, que es seguida muy imperfectamente en todo el resto del capítulo.

Insuficiencias de este tipo se hallan con frecuencia acá y allá, quizá por culpa de la falta de espacio, quizá por una cierta tendencia a hablar de poetas o escritores individuales más que de temas generales.

Otras veces lo que se puede criticar es la existencia de lagunas imputables no a los autores de tal o cual capítulo, sino al plan de conjunto. Una de las más sensibles es que prácticamente falta un tratamiento de la cultura micénica. Otra, el que apenas se nos dice nada del drama de la democracia y la política interna de Atenas a fines del siglo V. O del conflicto de las diversas religiones en época helenística y romana, del impacto del Cristianismo en la literatura tardía, etc.

En libros de este tipo, con un tema amplísimo y autores múltiples, con el ensayo, además, de un planteamiento general nuevo, es inevitable que el crítico pueda encontrar desigualdades como éstas, que a veces pueden depender en parte de sus posiciones subjetivas. Lograr el ideal de la exposición en que se

muestren las relaciones y dependencias de los más varios aspectos de la historia y la cultura antiguas y lograrlo, además, en un espacio limitado y con una presentación popular y accesible es, quizá, pedir demasiado. Lo alcanzado en el libro representa un buen avance. Para una primera inserción en el mundo complejo de la cultura antigua, es más que suficiente.

Y hay capítulos espléndidos junto con otros dignos, aunque nos resulten lagunosos o desconectados de los demás. Además de dar esa panorámica de que hemos hablado, todos ellos ofrecen una segunda panorámica, aunque sea ofrecida en forma discreta, no ostensiva: la del enorme desarrollo de las Ciencias de la Antigüedad. Sobre múltiples puntos, que van de Homero a la Literatura helenística, de la expansión de Roma al arte o la vida de la Antigüedad, estamos hoy en disposición de ofrecer visiones mucho más ricas e ilustrativas que hace unos decenios. El libro que comentamos las ofrece. Hay que criticar, sin duda, que la orientación bibliográfica ofrecida al lector en los «further reading» al fin de los capítulos es, con muy pocas excepciones, anglosajona. La finalidad didáctica de un libro ofrecido primordialmente al público de habla inglesa puede justificar esto, al menos parcialmente.

## La antigüedad hoy

Nunca se ha publicado más que en estos últimos años sobre temas de Antigüedad Clásica. Aun descontando lo que, como en otros campos, pueda haber de repetitivo o banal, procedente de las necesidades administrativas de los aspirantes a puestos públicos, el hecho queda en pie.

Nuestro conocimiento de ciertos aspectos de la vida antigua ha mejorado enormemente gracias a la nueva documentación (inscripciones, papiros, incluso manuscritos), a las nuevas ediciones e interpretaciones de los textos, etc. Hay muchos campos en que nuestra visión se ha profundizado: mundo micénico, lírica griega, estudio formal de la literatura en general, Roma primitiva, religiones antiguas, relaciones con otros pueblos, etc. Todo esto se recoge aquí en un grado variable; en términos generales, como se dijo, prescindiendo de controversias y con buenas exposiciones. La visión de la cultura antigua como un conjunto, dentro de su infinita fragmentación, también se logra, si bien con mayor o menor éxito según los casos.

Así, el libro presenta fallos y no constituye una respuesta definitiva —¿cuándo podrá haberla?— al problema que para la exposición de los logros de la cultura antigua, más necesaria que nunca, plantean, de un lado, la situación cultural de nuestros días y, de otro, la compleja problemática de la Ciencia de la Antigüedad también de nuestros días. Pero resulta una aproximación notable: un libro que llama a la lectura y a la contemplación de su documentación gráfica y que, con las lagunas, inconexiones y tomas de partido que sean, introduce al lector en lo más esencial de ese mundo de la Antigüedad Clásica, tan lejano y, sin embargo, tan presente pese a todo. Como modelo, como incitación y contraste, como fuente de reflexión en todo caso. □

## RESUMEN

Se destaca de esta obra colectiva la resolución al doble reto propuesto: dar una visión actualizada de la Antigüedad clásica y, a la

vez, presentar de una forma legible y atractiva, sin excesivo lastre erudito, un mundo que es la base del nuestro.

John Boardman, Jasper Griffin, Oswyn Murray (eds.)

*The Oxford History of The Classical World.*

Oxford University Press, 1986. 882 páginas.

# Cara y cruz del contrato social

Por Javier Muguerza

**Javier Muguerza nació en 1939 en Coín (Málaga) y ha sido catedrático de Ética y Sociología en las Universidades de La Laguna, Barcelona y Madrid, y profesor visitante en México y Estados Unidos. En la actualidad se halla adscrito al Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es autor de los libros: La concepción analítica de la filosofía, La razón sin esperanza y Desde la perplejidad (en prensa).**

Aunque Platón está muy lejos de poder ser considerado un adalid de la teoría del contrato social, lo cierto es que en su obra no falta algún texto al que cabría con todo merecimiento reputar de precursor de una bien conocida versión del contractualismo. «Cuando los hombres comenzaron a realizar y a sufrir injusticias» —se hace decir a Glaucón en el libro II de la República—, «los que no podían librarse de tales actos resolvieron que sería mejor establecer acuerdos mutuos para no padecerlos ni cometerlos; y entonces se dedicaron a promulgar leyes y convenciones, dando en llamar justo y legítimo al mandato de la ley».

A decir verdad, la idea de la justicia que del mismo se desprende no tiene que ver mucho con la ética. Pues semejante idea no excluye la eventualidad de que los hombres prefieran comportarse injustamente mientras puedan hacerlo con impunidad, tal y como lo harían si se hallasen en posesión del mítico anillo de Gíges, capaz de tornarlos invisibles. De suerte que, entendida como simple producto del acuerdo de no inflingirse daño mutuamente, la justicia apenas sería más que una componenda prudencial tendente a evitar las indeseables consecuencias de la generalización de aquella situación. En tiempos de Platón, las opiniones precedentes gozaban de extendido predicamento en el seno de la sofística, para la que la moral era asunto «convencional» más bien que «natural», distinción esta última entre convención (*nómos*) y naturaleza (*physis*) que Platón se resistía a aplicar a los dominios de la organización de la sociedad, como se resistiría luego a hacerlo su discípulo Aristóteles al definir precisamente al hombre como «animal político por naturaleza». Bien miradas las cosas, sin embargo, no todo era ni mucho menos deplorable en la tesis de la convencionalidad de las leyes humanas sustentada por los sofistas y otras gentes de mal vivir, como más tarde los epicúreos. Al concebirlas como fruto de un efectivo acuerdo entre los hombres, esos contractualistas primigenios estaban sustrayéndolas no sólo a su imposición por parte de la naturaleza, sino también a su imposición por parte de Zeus o de los dioses. O dicho de otro modo, que contribuye a poner de manifiesto cuánto puede haber de subversivo en el contractualismo, estaban convirtiendo a tales hombres lisa y llanamente en dueños de su propio destino.

Aun si al servicio de objetivos considerablemente más modestos —a saber, como una teoría de la legitimación de las instituciones sociales y en particular del Estado—, la del contrato nunca dejó de estar presente de un modo u otro a lo largo de la historia de las ideas políticas, hasta alcanzar su culminación en los siglos XVII y XVIII; y por más que con posterioridad sufriera un cierto eclipse, tampoco ha dejado de hacer notar intermitentemente su presencia hasta llegar a nuestros días.

El volumen *Nuevas teorías del contrato social: John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan*, de Fernando Vallespín, colaborador del profesor Francisco Murillo Ferrol en la Universidad Autónoma de Madrid y estudiante con el propio Rawls en la de Harvard, acomete un repaso sencillamente magistral de lo que el autor llama el «neocontractualismo norteamericano», denominación ésta de origen en absoluto inapropiada no sólo por ra-

zones geográficas —los tres teóricos aludidos en el título son compatriotas—, sino también históricas, pues la prosapia de aquel contractualismo se remonta nada menos que a la mención de que los gobiernos «derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados» recogida en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 4 de julio de 1776.

Pero, por lo demás, el *phylum* teórico del neocontractualismo norteamericano sobrepasa las coordenadas de este marco y habría que hablar más bien de «tradición contractualista anglosajona». Así lo ha reconstruido expresivamente Jürgen Habermas desde «otro» neocontractualismo, al que cabría llamar ahora «neocontractualismo europeo». «En la Edad Moderna —escribe Habermas— se aprende a distinguir más estrictamente entre las argumentaciones teóricas y las prácticas. Con Rousseau aparece, por lo que atañe a las cuestiones de índole práctica, en las que se ventila la justificación de normas y de acciones, el principio formal de la Razón, que pasa a desempeñar el papel antes desempeñado por principios materiales como la Naturaleza o Dios... Ahora, comoquiera que las razones últimas han dejado de ser teóricamente plausibles, las condiciones formales de la justificación acaban cobrando fuerza legitimante por sí mismas, esto es, los procedimientos y las premisas del acuerdo racional son elevadas a la categoría de principio... En las teorías contractualistas formuladas desde Hobbes y Locke hasta John Rawls, la ficción del estado de naturaleza cobra también el cometido de especificar las condiciones en las cuales un acuerdo podría expresar el interés común de todos los implicados y merecer, de este modo, la reputación de racional. En las teorías de signo trascendentalista, desde Kant hasta Karl-Otto Apel, dichas condiciones son transferidas, a título de presuposiciones generales e inevitables de la formación racional de la voluntad, ya sea a un sujeto, ya sea a una comunidad ideal de comunicación. En ambas tradiciones, las condiciones formales de la posible formación de un consenso racional son el factor que suple a las razones últimas en su condición de fuerza legitimante.» A esta «reconstrucción histórica» habermasiana sólo habría que añadir la precisión de que, si bien el neocontractualismo del propio Habermas hunde sus raíces en la segunda de dichas tradiciones, el formidable peso de la herencia de Kant en Rawls complica un tanto la caracterización de la primera tradición, lo que nos lleva a cuestionar qué es lo que las dos o, más exactamente, Rawls y Habermas poseen «en común». Como Fernando Vallespín sugiere con acierto en la Introducción de su libro, lo que el neocontractualismo norteamericano, o por lo menos Rawls, y el neocontractualismo europeo comparten entre sí, así como con otras varias direcciones del pensamiento contemporáneo, es una enérgica y decidida «reivindicación de la razón práctica» en el contexto, hasta hace poco filosóficamente exangüe, de la teoría política.

El tratamiento dispensado por Vallespín a cada uno de los tres representantes del neocontractualismo norteamericano es desigual, como desigual es, por cierto, su respectiva importancia filosófica. Aunque Buchanan gusta de autoproclamarse *economist-cum-philosopher*, sólo por cortesía cabría extenderle las credenciales de filósofo. Para bien o para mal, la adscripción de Nozick a este sufrido gremio no parece ofrecer lugar a dudas. Pero, en comparación con las agigantadas proporciones que ha cobrado la figura de Rawls en la filosofía moral y política de lengua inglesa, su talla real resulta ser la de un pigmeo pese a haberse visto clamorosamente jaleado en el empeño de hablar a aquél de tú a tú. ¿Qué es lo que sobrevive en todos ellos de la herencia contractualista y en qué consiste exactamente dicha herencia?

A diferencia de los viejos sofistas, los teóricos modernos del contrato no se interesaron

por la génesis del orden social —el orden social burgués, para ser exactos—, que simplemente trataban de legitimar valiéndose para ello de un constructo hipotético. A partir del supuesto de un «estado de naturaleza» previo a dicho orden, procedían a inquirir cómo podrían los hombres superar una «lucha de todos contra todos» (Hobbes) o bien, si aquel estado de naturaleza no se redujese a puro caos y encerrase ya un embrión de sociedad civil (Locke), cómo les sería dado hacer valer eficazmente sus derechos y, sobre todo, «salvaguardar la propiedad». La respuesta apuntaba invariablemente a la necesidad de un «pacto» conducente a la instauración de un Estado, absolutista o liberal. Un paso más exigiría que dicho Estado fuera un Estado democrático (Rousseau) con un nivel más o menos alto de participación ciudadana, siempre difícil de determinar en la práctica, que acercase la sociedad civil a la sociedad política y permitiese de pasada una relativa armonización de los intereses privados y el interés público, armonización expresada mediante la noción harto equívoca de «voluntad general». Lo que estaría ahora en juego, en cualquier caso, no será tanto ya la «seguridad» de los ciudadanos cuanto su «dignidad», esto es, se trataría de potenciar por vía política la autonomía a que todos los individuos han de aspirar como sujetos morales que son. El paso final quedaría consumado, tras la concepción del contrato social como una «idea regulativa» o normativa, al entenderse que esta última obliga a todo legislador a dictar sus leyes «como si» fuesen la plasmación de un proceso de deliberación y decisión en el seno de una comunidad, lo que erige a la voluntad colectiva racional, siquiera sea idealmente, en un criterio ético desde el que medir la legitimidad de cualquier legislación (Kant). Aunque no hemos salido del orden social burgués —como han cuidado de apuntar los críticos, y en especial los críticos marxistas, de esa pieza de pensamiento ilustrado que es la teoría rousseauiano-kantiana del contrato—, cabría sin duda preguntarse si no hay en ella elementos que lo trascienden, así como qué fortuna aguarda hoy a dichos elementos en manos del neocontractualismo y, por lo pronto, del neocontractualismo que estamos examinando.

## Neocontractualismo hobbesiano

Fernando Vallespín dedica a esta cuestión el grueso de su libro, y el apretado resumen que sigue de su tratamiento de la misma no podrá lamentablemente hacer justicia a la claridad y el rigor conceptuales con que lleva a cabo tan ardua tarea. Invertiendo el orden de su exposición, comenzaremos por Buchanan y su obra *The Limits of Liberty: between Anarchy and Leviathan* (1975), que Vallespín escoge como la más representativa de su producción. El precedente dilema es un dilema «hobbesiano», y la «vía intermedia» buscada por Buchanan habrá de rehuir tanto el totalitarismo de Estado *tout court* —así como, por aproximación, la creciente expansión del intervencionismo estatal característica del *welfare state*— cuanto la supresión *tout court* del Estado, así como, también por aproximación, la excesiva atenuación del papel de éste alentada por lo que al otro lado del Atlántico se conoce por *libertarianism*. Tomando como punto de partida el estado hobbesiano de naturaleza (*hobbesian jungle*) —junto con el primado metodológico de un individualismo radical en que tan sólo cuenten todos y cada uno de los implicados en la situación, sin siquiera necesidad de cuestionar la obvia desigualdad que subsistiría entre ellos como consecuencia de la «distribución natural» de bienes resultante—, un mero cálculo de costes y beneficios bastará para demostrar la conveniencia de que el conflicto entre las partes ceda lugar a un acuerdo por el que éstas consienten en su mutuo «desarme» y proceden a negociar un contrato constitucional global

(*inclusive constitutional contract*). De éste se seguirá el establecimiento de un Estado protector (*protective state*), al que no correspondería la «toma de decisiones», sino tan sólo la función de velar por que se cumplan los términos del contrato; y asimismo la de un Estado productor (*productive state*) que, en una fase ya «post-constitucional», tenga a su cargo la legislación destinada a regular el comercio de bienes privados y de bienes públicos, en el bien entendido de que los límites de esa función legislativa —instituciones y normas de procedimiento (unanimidad o mayorías requeridas para la toma de decisiones), cantidad de bienes y servicios suministrables públicamente, recursos con que hacer frente a dicho suministro (sistema tributario o mecanismos de contribución al gasto público), etc.— habrían quedado previamente definidos en el contrato originario. Semejante planteamiento hobbesiano (*hobbesian setting*) será aplicable mentalmente a cualquier situación en que la relación entre el individuo y el Estado nos parezca insatisfactoria, como se lo parece la actual al movimiento del *Public Choice*, el cual goza, entre otras, de la adhesión de Buchanan, quien en consecuencia propugna la necesidad de «renegociar» un nuevo «contrato constitucional» básico. En última instancia, tal renegociación equivaldría a repetir el experimento mental consistente en retrotraernos a la situación inicial, «distribución natural» incluida, y preguntarnos qué «salida» nos permitiría escapar de ella por la vía de la «elección pública» con ventaja para todos —es decir, mediante lo que los economistas llaman un «óptimo paretiano»—, solución que, naturalmente, no excluye que en la línea de salida haya individuos más aventajados e individuos menos aventajados ni explica cómo éstos podrían ver acortada su desventaja, puntualmente preservada —bajo la forma de «derechos de propiedad»— en el mismo contrato. Como advierte Vallespín: «Con ello la auténtica racionalidad de la elección residiría en su mayor adecuación al óptimo de Pareto, no en cualquier principio moral. O sea, que en tal situación ideal se presentaría cada persona como un puro *homo oeconomicus* maximizador de su propio interés, que es entendido siempre como el aumento de la capacidad de producción y consumo de bienes... Bastará entonces con definir el sistema más eficaz *económicamente*, sin más límites que el asegurarnos la más amplia participación posible en la producción total. Entreguemos, pues, el poder político a aquellos que sean capaces de proporcionarnos el mayor poder económico, lo cual, desde la perspectiva de Buchanan, equivaldría a soltar las amarras que hoy atenazan el libre despliegue del mercado y a imponer las restricciones mínimas requeridas para asegurar un mínimo económico decente». Mas, puesto que ese «mínimo» sería de hecho compatible con la «máxima» desigualdad de los individuos heredada de la distribución natural en la «jungla hobbesiana», es difícil no concluir con Vallespín que «el supuesto *consensus* se convierte así en mero instrumento encubridor del mantenimiento de un determinado sistema económico que traslada la ficción de su misma racionalidad al orden político» y que «en tal situación el contrato pierde su capacidad de generalizar intereses y se convierte en el garante, bajo la ficción consensual, de los intereses dominantes».

## Anarco-capitalismo

Pero la constatación de que todo en este mundo es susceptible de empeorar la tenemos en la obra de Nozick *Anarchy, State and Utopia* (1974). Su neocontractualismo, si cabe hablar de tal, ni tan siquiera para mientes en «consensos», de los que no precisa echar mano quien se ufana de declararse un *libertarian*, término que uno dudaría entre traducir por «liberal» o por «libertario», pero que Vallespín, sin más rodeos, traduce —y no le faltan

Viene de la página anterior.



EL TOMI

buenas razones para ello— por «anarco-capitalista». Ya que no con ningún «contrato social» en el estricto sentido de la expresión, en la obra de Nozick tropezamos al menos con una más bien ruda versión *Locke-like* del estado natural, donde un conjunto de individuos egoístas y racionales (en la pedestre acepción de la «racionalidad económica» que antes veíamos) comienzan a asociarse espontáneamente y a crear «agencias protectoras» destinadas a paliar su inseguridad, defendiendo su natural derecho a hacer uso de sus bienes como mejor les plazca (*as they think fit*). La transición desde esas agencias protectoras (*protective agencies*), después de asegurado el monopolio del uso de la fuerza por parte de una de ellas, a la creación de un supuestamente «legítimo» Estado «mínimo» (*minimal state*) se produce «sin que nadie realmente lo intente», es decir, por arte de birlibirloque. Pero, al fin y al cabo, lo que a Nozick le interesa recalcar de dicho Estado no es tanto su carácter estatal —salvo, claro está, a los efectos de gendarmería o protección antes citados— cuanto su carácter de *mínimo*, tomando pie de ahí para una feroz crítica del «capitalismo redistributivo», pues el menor intento de redistribución de la renta a través de la imposición fiscal constituiría un flagrante atentado contra los justos títulos (*entitlements*) de los propietarios de los bienes a redistribuir. El anarco-capitalismo nozickiano, para el que hasta la misma democracia, tal y como hoy se concibe en su país, vendría a reducirse a *demoktésis*, no pretende otra cosa que añadir una coloración que da en calificar de «utópica» a la eternidad dictada por decreto de los más rancios *tópicos* distributivos de la sociedad en que se ha fraguado, por lo que queda incluso por debajo de las morigeradas oportunidades de reforma social que mal que bien instituía la condición de renegociable del contrato constitucional de Buchanan. Pero, eso sí, la aplastante vulgaridad de aquel propósito aparece adornada acá y allá con unos cuantos trémolos éticos, como la insistente invocación de la «inviolabilidad moral de las personas», que más que a Kant recuerda para Vallespín a Fichte —el Fichte «liberal-libertario», inmediatamente anterior al profascista—, quien, según von Gierke, llevaría «el inherente individualismo abstracto» de la teoría contractual a su punto más álgido: «Una organización social basada en el primado de la moralidad individual como principio configurador hace que la razón jurídico-estatal se disuelva en pura espontaneidad social y sólo pueda ser enjuiciada desde esta perspectiva (¿no es ése también el objetivo de Nozick?)... Con este excursus hemos querido contribuir a llamar la atención sobre una posible «interpretación fichteana» de Nozick, quien inconscientemente —no la cita ni incluye en la bibliografía— lo ha vuelto a poner de actualidad... Hemos de subrayar, no obstante, cómo lo que en la Ilustración se vislumbraba como progresista y dirigido a la *emancipación de la humanidad* como un todo, no hay más remedio que reinterpretarlo hoy desde la perspectiva que nos dan los dos siglos transcurridos. Y la conclusión un poco apresurada a que podemos llegar contemplando la evolución de la teoría política de Fichte nos aboca una vez más a reconocer cómo su progresismo inicial... fue ahogándose para poder adaptarse a las necesidades de la nueva clase triunfante. Triunfante, primero, sobre el feudalismo, para bien de la humanidad, pero victoriosa, luego, sobre el mismo individuo, para beneficio propio. He ahí la *dialéctica de la Ilustración*... En Nozick, por mucho que la suya sea una teoría ideal, el individualismo abstracto ya no puede jugar un papel progresista... La construcción teórica de Nozick no puede sino parecernos demasiado instrumentalizable por aquellas personas o grupos cuyos intereses propios no coinciden con el imperativo de la cooperación o solidaridad social (pero, ¿puede compatibilizarse esto con una auténtica defensa y preservación de la dignidad mo-

ral de las personas?). Curiosa e interesante digresión, probablemente demasiado culta para los usos de Nozick, en la que no podemos detenernos más, pues nos aguarda aún una tercera obra, anterior en el tiempo y «superior en calidad a cualquier otra manifestación del neocontractualismo norteamericano», cuyo impacto en la escena filosófica internacional ha sido tal que los innumerables comentarios promovidos al respecto empachan hasta el punto de haber sido tachados de *a drug on the market*, tacha que ciertamente no se aplica a los que le dedica Vallespín. Me refiero, por descontento, a *A Theory of Justice* (1971), de Rawls. Pero se trata de una obra que merece, en rigor, punto y aparte.

### La aportación de Rawls

Vallespín empieza por recordarnos que la filosofía moral y la filosofía política son tan indisolubles para Rawls como lo eran dentro de la concepción aristotélica de la «vida buena». Mas, como buen kantiano, Rawls no vacila en conceder la primacía de la cuestión de la justicia y el deber sobre la del bien o la felicidad. Ello no obstante, le preocupa a su manera el clásico problema de la «congruencia de lo bueno y lo justo», donde lo justo afectaría al interés común mientras lo bueno —el modo como cada cual procure ser feliz— incumbiría al interés individual. Rawls trata de hacer frente al interrogante crucial de todo contractualismo: ¿cómo llegar a un «acuerdo» entre los miembros de la sociedad sobre qué principios de la justicia hayan de regular el «desacuerdo» o conflicto de intereses que se desarrolla en su interior? El *constructivismo kantiano* parte de una determinada «concepción de la persona» y, como su nombre indica, intenta por «construcción» derivar de ella los «principios de la justicia» por los que se pregunta Rawls. Las personas son concebidas como, a la vez, libres e iguales, así como capaces de actuar tanto «racionalmente» cuanto «razonablemente». Por «racional» (*rational*) se entiende aquella acción dirigida a la satisfacción de los fines del agente, pero donde la racionalidad se aplicará con exclusividad a la determinación de los medios estratégicamente requeridos para satisfacerlos; por «razonable» (*reasonable*) se entiende, en cambio, aquella acción en que la persecución de los fines propios tiene en cuenta los fines moralmente justificados de los otros, por lo que la razonabilidad, que versa sobre fines morales y no tan sólo sobre medios para la satisfacción de finalidades cualesquiera, va más allá del ejercicio de la racionalidad estratégica y presupone la posibilidad del razonamiento en común entre una serie de agentes. Pero de tal concepción de la persona no se seguiría, estrictamente hablando, ninguna explicitación del contenido de ningún principio de la justicia de no ser por la mediación de un recurso típicamente contractualista: el consabido recurso al supuesto del estado de naturaleza, extraordinariamente refinado por Rawls al envolverlo bajo la idea de la «posición originaria» (*original position*) de los agentes, o «partes contratantes», que razonan en común. Si supusiéramos que un «velo de ignorancia» veda a dichas partes el conocimiento de quiénes son y cuál es su condición social, de suerte que fueran mutuamente intercambiables las unas por las otras, ¿qué principios de la justicia elegirían para organizar en base a ellos la vida en sociedad? La hipótesis del velo de ignorancia persigue asegurar que la elección se desenvuelva dentro del ámbito delimitado por una concepción de la *justicia como imparcialidad*, única garantía de un resultado equitativo. Y la herramienta de la que Rawls se sirve para describir la «negociación» entre las partes es esa variante de la teoría de la decisión racional que es la «teoría de juegos», pues se trata de una situación en la que los agentes se afanan en la consecución de un determinado fin en condi-

ciones de interacción o toma de decisiones interdependientes. Toda vez que nos hallamos ante un caso de decisión bajo incertidumbre, la negociación podría acogerse sea a un «criterio *maximax*» —según el cual se tiende a maximizar la más favorable de las alternativas disponibles—, sea a un «criterio *maximin*», según el cual tiende a minimizarse el posible perjuicio derivado de la opción por la más desfavorable de tales alternativas. Rawls argumenta que las partes se inclinarían por la segunda de ambas reglas, lo que —frente a la inclinación «utilitarista» por maximizar el máximo de utilidad para el mayor número o, cuando menos, la utilidad media de todos los miembros de la sociedad— equivale a adoptar el punto de vista de los menos aventajados a la hora de buscar principios de «justicia distributiva». Los principios elegidos, en el siguiente «orden lexicográfico», serían, en primer lugar, que cada persona debe tener «el mismo derecho al más extenso sistema total de libertades básicas iguales, compatible con un sistema similar de libertad para todos»; y, en segundo lugar, que las «desigualdades económicas y sociales» sólo son admisibles si se compaginan con «las condiciones de una equitativa igualdad de oportunidades» y se hallan «dirigidas hacia el mayor beneficio del menos aventajado», cláusula esta última que Rawls no deja de interpretar bastante paretianamente.

### Conclusiones contrapuestas

¿Pero qué ideología subyace a las propuestas de reforma social encerradas en la teoría rawlsiana de la justicia? Para sus críticos conservadores, Rawls sería abiertamente un «socialista» —siquiera sea en la variedad socialdemócrata—, en tanto que para sus críticos radicales no pasaría de ser un «liberal» —aunque, ciertamente, no un paleoliberal—, conclusiones contrapuestas que convendría confrontar, en cualquier caso, con las de Vallespín que resumimos a continuación.

Primera, que las premisas de Rawls favorecen la aceptación de un sistema de «economía competitiva», si bien no descartan «la asunción por parte del Estado de un papel activo en el control del mercado».

Segunda, que, ello no obstante, se admite «larvada o implícitamente» la posibilidad de que la configuración institucional de la sociedad informada por los antedichos principios de la justicia estimule «la gradual desaparición de las desigualdades sociales» y «el asentamiento de una sociedad igualitaria».

Tercera, que la teoría de Rawls da pie a esperar que «el progreso de la justicia» contribuya a la promoción de «relaciones no instrumentales y cooperativas» y al afianzamiento de la idea de «unión social».

Cuarta, que la teoría hace uso de un arsenal de conceptos más «empíricos» que «ahistóricos», pero que la capacitan para «trascender un determinado momento histórico» y la hacen aplicable a «distintos sistemas políticos, capitalistas o no».

Quinta, que la teoría presupone un «marco público de intercambio de opiniones» desde el que sea posible «replantearse continuamente las directrices políticas y someterlas

continuamente a la prueba de la generalidad o, si se quiere, de la intersubjetividad», pues no en vano nos las habemos con «una teoría fundada precisamente en la razón dialógica».

No sé si todo el mundo compartiría entre nosotros tan positiva valoración. Desde una óptica europea, el neocontractualismo rawlsiano —y no digamos el de sus colegas más arriba considerados— acaso nos parezca ingenuo y crudo, con la ingenuidad y crudeza que solemos atribuir al *american way of life*. Se diría que siglo y medio de familiaridad con el marxismo ha hecho a este Viejo Continente conspicuamente más sofisticado en materia de teoría política. Y Marx es, en efecto, el «gran ausente» entre los interlocutores no sólo de Nozick y Buchanan, sino también de Rawls. Pero no hay que olvidar que en estos pagos se está hoy procediendo, no sé si apresuradamente o no, a enterrar ese marxismo en buena medida nonnato en América del Norte. Para decirlo en dos palabras, la creciente imposición del estilo de vida norteamericano a la que estamos asistiendo —por lo pronto, en nuestro país— podría ser el heraldo de una más lenta penetración, nos guste o no, del *american way of thought*. En cuyo caso, desde luego, sería bueno que supiésemos quién es quién dentro de dicho modo de pensar.

Aun si la teoría del contrato social no nos muestra tal vez con Rawls su cara más resplandeciente, al menos nos presenta un rostro humano. Probablemente nadie ha sido tan consciente como Rousseau lo fue de la intrínseca ambigüedad del contractualismo. El mismo Rousseau, que en *Del contrato social* acudía a él como el remedio para los males engendrados por la sociedad, había ya señalado con anterioridad, y sin que luego se contradijera, la parte que podía corresponderle en la generación de dichos males, tal y como lo exponen —más descarnadamente aún que las palabras de Glaucon del comienzo de nuestra reseña— estas otras de su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*: «El rico, acuciado por la necesidad, concibió finalmente el proyecto más meditado que jamás haya entrado en mente humana, a saber, emplear en su favor las fuerzas mismas de quienes lo atacaban, hacer defensores suyos de sus adversarios, inspirarles otras máximas y darles otras instituciones que le fuesen a él tan favorables como contrario le era el derecho natural... Unámonos, les dijo, para proteger de la opresión a los débiles, contener a los ambiciosos y asegurar a cada uno la posesión de lo que le pertenece... En una palabra, en lugar de volver nuestras fuerzas contra nosotros mismos, reunámonos en un poder supremo que nos gobierne según leyes sabias, que proteja y defienda a todos los miembros de la asociación, rechace a los enemigos comunes y nos mantenga en concordia eterna.» Lo que nos revelan estas palabras, que parecen escritas pensando cuando menos en Nozick y Buchanan, es que, junto a la cara del contrato, hay que tener su cruz siempre presente. Y haber sabido hacernos ver que eso vale también para el caso del neocontractualismo norteamericano es un singular mérito de este excelente libro de Fernando Vallespín, que tan útil habrá de ser en el prometedor contexto actual de nuestra filosofía moral y política. □

### RESUMEN

De alguna manera, la teoría del contrato social siempre ha estado presente, con intermitencias, en la historia de las ideas políticas. Ultimamente se está produciendo una profusión de trabajos de carácter contrac-

tualista o neocontractualista. Uno de ellos, que se ocupa del «neocontractualismo norteamericano», le sirve al profesor Mugerza para reflexionar sobre la cara y la cruz del contrato social.

Fernando Vallespín Oña

Nuevas teorías del contrato social (John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan).

Alianza Universidad, Madrid, 1986. 236 páginas.

# Adiós a aquel mundo

Por Guido Brunner

*Guido Brunner, que nació en Madrid en 1930, es Embajador de la República Federal Alemana en España y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de Bipolaridad y Seguridad (1965); Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas (1968); y Orgulloso como don Rodrigo (1982).*

Diarios «literarios» escritos de antemano para ser publicados resultan tediosos. Pecan por defecto: están demasiado marcados por la personalidad del autor y por su contorno para poder alcanzar la categoría de «literatura». Pecan por exceso: la intención previa de publicarlos quiebra la intimidad y diluye su autenticidad.

Un buen diario es un diálogo del autor consigo mismo. Tiene la frescura de lo espontáneo, refleja el fluido vivir diario, no está constreñido por una exposición sistemática. Un buen diario nos dará una idea sobre el autor y su bagaje cultural sin que aquél se lo hubiera propuesto. Nos sugerirá el pensamiento y sentimiento, la forma de vivir y el acontecer de una época, más allá de lo que el diarista podía imaginar al escribirlo.

Un buen ejemplo de obra de este talante es el diario que nos ocupa, el de John Colville.

John Colville tiene en 1939 sólo veinticuatro años cuando, tras brillantes estudios en Cambridge y recién ingresado en la carrera diplomática, es trasladado al gabinete del primer ministro como secretario particular. Durante nueve de los siguientes dieciséis años sirvió a tres primeros ministros británicos, Chamberlain, Churchill y Attlee, en dicha función.

Corrían años decisivos para Inglaterra. Colville, en contra del reglamento que lo prohíbe, va confiando sus impresiones a un diario que guarda cuidadosamente en la caja fuerte del gabinete. Como en un tapiz, ofrece a nuestra vista personajes y acontecimientos que han marcado nuestro presente decisivamente.

John Colville está predestinado para aportar su testimonio. Se encuentra profundamente enraizado en la alta aristocracia y sociedad inglesa. Es nieto del marqués de Crewe, riquísimo terrateniente, dueño de una de las mejores bibliotecas de Inglaterra, casado con una hija del primer ministro Lord Rosebery y, a su vez, varias veces ministro en gabinetes liberales. La madre del autor, Lady Cynthia Colville, fue durante treinta años dama de la Reina Mary, sobre la que ejerció gran influencia.

El diario se lo debemos posiblemente a una circunstancia que acaso el autor haya considerado desafortunada alguna vez. «En la Inglaterra de mi juventud —nos dice— la primogenitura era decisiva. Mi padre y mi madre provenían ambos de familias conocidas y pudientes, pero, debido a la primogenitura, eran relativamente pobres... Recuerdo ir a la Opera o a Covent Garden de etiqueta, con mi madre, que llevaba su diadema y un gran broche de brillantes. Ibamos y volvíamos en el autobús de la línea 11... Sin embargo, el dinero ahorrado gracias a la modestia de mis padres fue destinado a ofrecer a sus tres hijos la mejor y más costosa educación posible. Así aprendí francés y alemán con fluidez. Obtuve también dos becas. Era bien consciente de que tenía que ganarme la vida con más urgencia que algunos de mis compañeros.»

La Inglaterra del año 1939 era una gran potencia. Había impuesto su dominio a más de la cuarta parte del universo. Tenía la mayor armada y seguía siendo el centro de las finanzas del mundo. Sin embargo, detrás de esta fachada hegemónica ya se percibía el declive. Desde la gran depresión de comienzos de la década de los treinta, estaba gobernada por hombres de poca imaginación como Baldwin

y Chamberlain. Estos gobernantes se regían inflexiblemente por modelos sociales anacrónicos inservibles para integrar una creciente clase trabajadora empobrecida. La clase obrera se sentía explotada. Así, la historia social de aquella Inglaterra se convierte en una historia de lucha de clases.

«En grandes potencias —escribe Federico el Grande de Prusia en su “Histoire de mon temps”— rige una especie de ley de inercia: su poder se mantiene durante mucho tiempo por su propio peso, aunque fracase su política.» En esta situación se encuentra la Inglaterra de Chamberlain al empezar la guerra en 1939. La política de «balance of powers», del equilibrio en el Continente europeo con Inglaterra como árbitro, ha fracasado. El último conato de imponerla, cediendo frente a Hitler, ha sido el Acuerdo de Munich de 1938, que éste no tardaría en romper en 1939, ocupando Checoslovaquia.

Chamberlain ha subestimado y subestima el potencial de violencia acumulado por Hitler. En Londres se cree en la capacidad de respuesta de Francia. No se ha preparado adecuadamente la guerra. Se trabaja con una burocracia militar inadecuada. («Por lo que veo, la Junta de Estado Mayor tiene mucha culpa.» Entrada del 27 de abril de 1940.)

La coordinación de Inglaterra con Francia es deficiente, funciona como una alianza tradicional, sin mandos integrados. Por demás, el Gabinete británico no es de los más capaces. («Con excepción del primer ministro, de Halifax, Churchill y Kingsley Wood, el Gabinete no es una colección impresionante.» 5 de noviembre de 1939.) Así se cierne la catástrofe.

La resistencia de Polonia colapsa pronto. («Varsovia se rinde tras una resistencia heroica frente a una superioridad aplastante. Hitler está, por tanto, en situación de dirigir su atención hacia Occidente. Queda por ver si tendrá el coraje y la estupidez de pegar el primer golpe serio.» 27 de septiembre de 1939.)

Extrañamente, Hitler no se decide a actuar. Son los aliados que preparan una acción en Noruega. («Los proyectos en aguas noruegas... fueron aprobados y entrarán en efecto la semana próxima.» 28 de marzo de 1940.) Paradójicamente, esta primera iniciativa anglo-francesa aboca a un fracaso. («Los alemanes han obtenido un éxito considerable al tomar los puertos noruegos a pesar de nuestra superioridad en el mar.» 9 de abril de 1940.)

Esta derrota origina la caída de Chamberlain en un momento de grave peligro, ya que Hitler está a punto de preparar su campaña contra Francia. («Lo que me disgusta es que cada cual está concentrando sus energías sobre una crisis de política interna... en vez de pensar en el mañana del próximo movimiento de Hitler.» 8 de mayo de 1940.)

No tardaría en iniciarse. («Monté a caballo en Richmond con un calor estival. Al desmontar me dijo el mozo que Bélgica y Holanda habían sido invadidas.» 10 de mayo de 1940.)

## Providencial Churchill

En esta situación histórica, Inglaterra encuentra a su hombre providencial, aunque con algún titubeo. Se duda entre Lord Halifax y Churchill. Halifax, ex ministro de Asuntos Exteriores, ex virrey de la India y embajador en Washington, es un candidato formidable. Es, además, el candidato real. («El Rey... hubiera preferido a Lord Halifax.» 10 de mayo de 1940.) Pero Churchill no era hombre al que se rechazaba fácilmente, ahora que el poder estaba a su alcance. («Winston me contó varias veces que, cuando Chamberlain les llamó a Lord Halifax y a él a la Sala de los Consejos, le miró fijamente y dijo: “¿Ves algún motivo, Winston, que impida en estos días la accesión de un lord a primer ministro?” Winston vio una trampa en la pregunta. Le hubiera sido difícil contestar sí, sin decir



Winston Churchill ante la puerta de Downing Street, 10, residencia oficial del primer ministro británico.

francamente que él debería ser el elegido. Si decía que no o titubeaba, estaba seguro que Chamberlain se volvería hacia Lord Halifax y diría: “Bien, al estar de acuerdo, Winston acepta, estoy seguro, que el Rey te llame a ti.” Por ello, Winston les dio la espalda y miró hacia fuera, hacia la Explanada de la Guardia Ecuestre, sin dar respuesta. Hubo un embarazoso silencio, tras el cual Halifax mismo sugirió que si el Rey pedía a Chamberlain una recomendación, éste debería proponer a Churchill.» 10 de mayo de 1940.)

Winston Churchill es recibido con gran reticencia por nuestro autor. Pocos días antes de su ascensión al poder, Colville confía a su diario: «Si lo de Noruega sale seriamente mal, supongo... que Winston, al que hay que achacar tanta culpa como al que más, cabalgará triunfante hacia adelante arrastrado por una ola de popularidad inmerecida.» (27 de abril de 1940.)

Churchill, personaje brillante y contradictorio, tradicionalista y aventurero a la vez, descendiente del Gran Mariscal Duque de Marlborough por parte paterna y de un especulador inmobiliario americano por parte materna, militar, gran orador, periodista, diputado de carrera política sinuosa, con geniales destellos intelectuales, a veces sagaz, a veces irreflexivo e inmaduro, tenía una virtud que le distinguía de todos los demás: era el único capaz de aglutinar a la nación británica en su dramático esfuerzo bélico.

Dice nuestro autor en sus notas a la entrada del 12 de mayo de 1940: «...era totalmente imprevisible. Ello era debido a su extraña fuerza intuitiva, que le impulsaba a veces a adoptar una línea aparentemente opuesta

a la lógica y contraria al funcionamiento mental de los demás. La paciencia era una virtud desconocida para él. Ello era debido a su propia rapidez mental y a que, estando en posiciones de dar órdenes toda su vida, pocas veces había tenido que ejecutarlas.»

De esta fibra era, pues, el hombre a quien el mundo, por encabezar la resistencia a Hitler desde la primera hora, considera el gran vencedor de la segunda conflagración mundial.

## Líneas de gestión

En su mente tenía fijados con nitidez medios y metas de su política, las líneas maestras de su gestión:

1. Destruir al nazismo y a Hitler costara lo que costara. («...Winston cree en su misión de librar al país de sus males presentes e incluso se mataría, si fuera necesario, por conseguirlo...» 25 de junio de 1940.) No dudó ni un instante de la victoria, aún en momentos de duda de sus propios familiares. («La señora de Churchill me preguntó inopinadamente esta mañana en el tren: “John, ¿cree usted que vamos a ganar?” Yo contesté sinceramente y sin dudarlo: “Sí”...» 2 de mayo de 1941.) Con ese fin, todos los medios le parecían lícitos, incluido el empleo de la fuerza contra los propios aliados, como el asalto a la Armada francesa en Orán para que no cayera en manos de Hitler tras el armisticio de 1940. («Las reacciones del mundo a la batalla de Orán son favorables, parece. Como dice mi madre, hay una extraña admiración ha-



Viene de la página anterior.



cia la fuerza en todas partes, hoy en día, incluso entre los que la sufren.» 5 de julio de 1940.)

2. Para conseguir la victoria tenía que sobreponerse a las divisiones, alzarse por encima de los partidos y aglutinar a todos en una unidad nacional. Su idea de unión de todos los británicos le impulsaba hasta a soñarla para después de la guerra. («Después de la guerra, nunca podría dirigir un gobierno de partido contra los líderes de la oposición que habían cooperado tan lealmente.» 11 de enero de 1941.) Para Churchill, como conservador, tradición británica y democracia eran idénticas. («Somos el único pueblo que ha conciliado democracia y tradición.» 8 de octubre de 1940.)

3. Conservar el Imperio británico en su forma existente. («...en lo esencial ignoraba el crecimiento del nacionalismo como fuerza en los asuntos imperiales británicos. Para él, la India, Egipto y África estaban y debían permanecer en el mismo estado que en la época de Omdurman.» 12 de abril de 1940.)

4. Una íntima alianza con los Estados Unidos es para Churchill la espina dorsal de todo el esfuerzo bélico británico. Aprovecha hasta el más tenue lazo de unión con la poderosa Norteamérica, su origen americano materno, su común pasado naval con el presidente Roosevelt —ambos habían sido ministros de Marina— para fomentar la participación de América en el conflicto. («... Apelo apasionadamente a Winant [embajador americano en Londres]... América no podía mantenerse apartada con honor. Sólo América podría llevar la guerra a su conclusión.» 30 de agosto de 1941.) Sin embargo, la entrada en la guerra de Estados Unidos se produciría en 1941 por un ataque japonés en el Pacífico, no por un acontecimiento europeo. Churchill cuidaría a Estados Unidos «como a una amante» para siempre jamás, y aún en 1952, tras su segunda accesión al puesto de primer ministro, se dirigiría allí inmediatamente «para restablecer las relaciones, no para negociar nada». (3 de enero de 1952.)

5. Apoyo a la Unión Soviética que entra en la guerra a raíz del ataque alemán de 1941. Se trata de una apoyo condicional. Primero, porque el primer ministro duda de la capacidad de resistencia soviética. («El primer ministro dice que un ataque alemán contra Rusia es seguro y que Rusia seguramente será derrotada.» 21 de junio de 1941.) Segundo, porque Churchill tiene otra concepción que los soviéticos sobre las zonas de influencia de postguerra en Europa Oriental. Acepta a regañadientes una presencia soviética en los Balcanes, pero no en Polonia y Checoslovaquia. Churchill, al no lograr sus fines y ante el éxito de Stalin en Yalta, se vuelve pesimista en cuanto a las futuras relaciones con la Unión Soviética. («El primer ministro se mostró bastante deprimido al pensar en la posibilidad de que Rusia se volviera algún día contra nosotros, diciendo que Chamberlain había confiado en Hitler como él ahora estaba confiando en Stalin...» 23 de febrero de 1945.)

6. En cuanto a cómo organizar la paz tras la victoria, predominan las ideas vagas. Churchill no era vengativo. Veía la necesidad de incluir a Alemania de alguna forma en el orden de paz europeo. («No creía en naciones parias y no veía alternativa a aceptar a Alemania como parte de la familia de Europa.» 8 de marzo de 1941.) Aún no alcanzaba a percibir que los estados-nación saldrían tan exhaustos de la guerra que no podrían servir ya de soporte firme de la paz, pero ya pensaba en algunos esquemas de cooperación europea que rebasaban la noción de la soberanía nacional. («... Las potencias se reunirían en un Consejo de Europa que tendría un Poder Judicial Supremo y un Consejo Económico Supremo para reglamentar asuntos monetarios.» 13 de diciembre de 1940.)

Inglaterra para Churchill, claro, era cosa aparte. Trascendía lo europeo y formaba

parte del mundo de «habla inglesa» en el que Churchill, sin pararse en diferencias específicas, étnicas, históricas y geográficas, incluía a Estados Unidos. («El mundo de habla inglesa estaría apartado de todo esto, si bien en conexión estrecha con ello, y controlaría el mar por sí solo como premio a la victoria.» 13 de diciembre de 1940.)

En síntesis, éste era el norte que servía a Churchill de orientación. Resultó ser lo suficientemente sólido para permitirle sobreponerse a deprimentes derrotas. Comienza su calvario con la caída de Francia en 1940, inesperada y causa de irritantes roces entre los aliados. («Winston contó cómo Gamelin [el comandante en jefe francés] le había dicho después de la ruptura del frente de Sedan: "Son superiores en número, superiores en armamento y superiores en método." Cuando Winston le preguntó qué pensaba hacer para remediarlo, sólo se encogió de hombros.»)

### Faro de libertad

Tras el armisticio sólo le queda como esperanza la personalidad del general De Gaulle. Pero en momentos desesperados Churchill se crece y despliega una rapidez visionaria: («Aún si ese hombre [como siempre llamaba a Hitler] estuviera en el Mar Caspio —y nada puede impedir que llegue hasta allí— le haremos volver, puesto que encontraría un fuego en su propio patio trasero y convertiríamos a Alemania en un desierto.» 12 de julio de 1940. «Hitler tiene que invadirnos o fracasará. Si fracasa, se verá obligado a dirigirse contra el Este. Y fracasará.» 14 de julio de 1940.) Su ánimo no le abandona tampoco durante los durísimos ataques aéreos a ciudades inglesas en 1940 y 1941. («Winston dijo que el enemigo parece menos poderoso en el aire de lo que habíamos supuesto.» 9 de agosto de 1940.)

Churchill se convierte en el faro de la libertad del mundo aliado. No es exagerado lo que le escribe Lord Beaverbrook el 1 de octubre de 1940: «El ejemplo que ha dado a la nación durante los cuatro últimos meses y el liderazgo en los oscuros días de la huida de Francia decidieron la batalla en favor nuestro.»

Desde octubre de 1941 a diciembre de 1943, John Colville participa en la guerra como soldado de aviación. Con sagaz amabilidad logra convencer a Churchill para que le deje partir. («"¿Qué edad tienes?", preguntó Winston Churchill cuando estaba a punto de partir de Downing Street, n.º 10. "Veintiséis", contesté. "Con veintiséis Napoleón ya mandaba los ejércitos de Italia." "Pitt fue primer ministro a los veinticuatro." "En este round ganas" admitió el primer ministro, que entonces tenía sesenta y seis años.» Octubre de 1941.)

El espíritu patriótico que anima a Colville es tanto más de alabar cuanto que se combina con un afán humanista y de objetividad de historiador. Colville no cae en turbias ceguerras de combatiente, no pierde su caballerosidad frente al adversario. («... Pienso que los victoriosos aliados pocas veces han rendido tributo adecuado al valor y a la tenacidad de los soldados alemanes...; no es menoscabar la valentía y dureza de las tropas británicas, americanas y soviéticas afirmar que, en la Segunda Guerra Mundial, y, por cierto, también en la Primera, los soldados alemanes fueron los mejores del mundo.» Junio de 1944.)

El año de guerra de John Colville nos falta en el diario. Es el año decisivo, 1943. La guerra se ha extendido entretanto a todo el mundo con la participación de Estados Unidos y Japón. Es el año de la caída de Italia y el año que trae el giro en la Unión Soviética con la batalla de Stalingrado. Todo se vuelve desfavorable para Alemania. El desembarco aliado en Francia que preconiza el final de la guerra, está en preparación.

Vuelve Colville a Londres para encontrar un Churchill cambiado, un Churchill cansado, sumerso en la melancolía de la vejez. («A las dos de la mañana, habiendo trabajado poco, el primer ministro dijo: "Estoy más muerto que vivo", y se retiró.» 4 de junio de 1944.) Winston Churchill no gusta de las mieles de la victoria porque se da cuenta que el mundo va a cambiar hacia un mundo que ya no será el que él conoció y en el que se produjo su triunfo. («La pompa y la vanidad desaparecerán, el viejo mundo tendrá el honor de abrir el camino hacia el nuevo.» 2 de abril de 1944.)

Churchill empieza a comprender que Inglaterra no estará en situación de crear un equilibrio en Europa de acuerdo con sus intereses. Sabe que él no será el Metternich del siglo XX, que el poder se ha trasladado a América. («Después de esta guerra», continuó el primer ministro, «seremos débiles, no tendremos dinero ni fuerza y estaremos entre Estados Unidos y la Unión Soviética.» 23 de febrero de 1945.)

Se teme lo peor con un Roosevelt gravemente enfermo. («El primer ministro me dijo que teme que el presidente esté muy debilitado.» 11 de septiembre de 1944.) En su propio país Churchill percibe que se le escapa el poder. («Preveo una derrota aplastante de los conservadores en la próxima elección y su posible colapso igual al de los liberales tras la última guerra.» 4 de marzo de 1944.)

Llegan noticias de las atrocidades en los campos de concentración. Se apodera del primer ministro una inmensa depresión. («El primer ministro dice que este polvoriento y lamentable globo es ahora demasiado bestial para vivir en él. La gente actúa de una forma tan repulsiva que simplemente no merece sobrevivir.» 7 de marzo de 1944.)

Los acontecimientos se precipitan tras el desembarco de Normandía en julio de 1944. El tan anhelado final de la guerra llega como una exhalación. Churchill, en la cumbre de su fama, no está jubilante. («El primer ministro me dice que se siente anonadado por la perspectiva del encuentro de los Tres Grandes. Le apesadumbra la responsabilidad e incertidumbre. Bellum in pace.» 17 de mayo de 1945.)

¿Presiente Churchill su próxima derrota electoral? El 26 de julio de 1945, estando la conferencia de Potsdam con Stalin y Truman aún en curso, llegan los resultados electorales: Churchill ha perdido las elecciones. El electorado inglés, exhausto y empobrecido, ha votado siguiendo criterios de clases, y ha puesto su esperanza en la seguridad social y reconstrucción dirigista que le prometen los laboristas de Attlee. («Aquella noche Churchill dimitió, el Rey mandó llamar a Attlee. En el mundo hubo estupefacción, no en menor grado en Potsdam, donde Stalin había pensado que Churchill tendría los resultados "apañados".»)

Nuestro autor sigue en su puesto, ahora como secretario de Attlee —maravilla de asepticismo político de los funcionarios británicos—. Transcurre el tiempo. Pasa a ser secretario de la princesa heredera Isabel, se casa con su dama de honor, es trasladado a la Embajada de Lisboa. Estando de vacaciones en Inglaterra en octubre de 1951, Churchill

vuelve a ganar las elecciones. Colville recibe una llamada telefónica: «Oí una voz familiar: Norman Brook me dice que están en casa de vacaciones, ¿podrías venir a Londres a verme?» — «¿Mañana por la mañana? — «No, esta tarde.» Así acaba de nuevo de secretario de Churchill.

Todo ha cambiado. La época heroica ha pasado, el Imperio está mermado, la economía se encuentra en una situación pésima. Inglaterra lucha por mantener una posición discreta entre las potencias. La técnica militar moderna (bomba atómica, misiles, bomba de hidrógeno) va reduciendo el papel de todos los europeos, incluidos los británicos. («Cuando se anunció la explosión de la primera bomba de hidrógeno en Estados Unidos... inmediatamente telefoneó a los jefes de Estado Mayor y a todos los que en el Gobierno pudieran saber algo sobre el asunto. Nadie sabía nada.» 17 de agosto de 1953.)

### Grandeza histórica

El ciclo de Churchill está a punto de cerrarse. De derrota militar rayana en desesperación a triunfo clamoroso, pasando por su derrota electoral y posterior victoria con reaparición inesperada, ahora se desliza lentamente hacia un ocaso áureo de senectud. Le espera aún algún trabajo útil. («En los tres años y medio del último Gobierno Churchill... hubo un retorno a una prosperidad relativa y una restauración temporal de la paz en el mundo.») Le esperaba también una última prueba de entereza al sufrir una hemiplejía el 23 de junio de 1953, que se pudo mantener secreta y durante la cual su yerno, Christopher Soames, y John Colville, nuestro autor, llevaron de hecho los asuntos de Gobierno.

Todo se movía hacia un desenlace político inevitable, su dimisión, deseada por su sucesor Anthony Eden y aplazada una y otra vez por Churchill, que veía a su heredero político con el agudo escepticismo del anciano. («Cuando todos se habían ido, subí con Winston a su dormitorio. Se sentó en su cama con su jarretera, su Orden del Mérito y sus pantalones de etiqueta puestos. Durante varios minutos no habló y yo, que imaginaba estaba entristecido por ser ésta su última noche en Downing Street, permanecí callado. De pronto me dijo: "No creo que Anthony pueda con ello." Sus profecías tienden a ser confirmadas por los acontecimientos.»)

Según Max Weber, grandes hombres sólo son necesarios en períodos de crisis. Entonces, cuando las sociedades se quiebran, surge irresistible la demanda popular hacia la personalidad «providencial». El individuo «histórico» responde a un estado de excitación y de mutación social singular.

El diario de John Colville describe una situación histórica de esta índole: La Segunda Guerra Mundial. En aquella crisis, Winston Churchill se mereció el título de grandeza histórica porque supo conservar y defender lo que era precioso y viable en la sociedad que le vio crecer: la libertad. Así se convirtió en constructor del puente entre dos épocas de la historia: la protagonizada por Europa y la determinada por América, entre la época moderna y la época nuclear. □

### RESUMEN

Un buen diario, señala Brunner, es un diálogo del autor consigo mismo y debe reflejar, además, el fluido vivir cotidiano. En su opinión, el de John Colville lo es y sus páginas se magnifican por el hecho de que su

autor fuera el secretario particular de tres primeros ministros británicos, Chamberlain, Churchill y Attlee. La firme personalidad de uno de ellos, Churchill, queda especialmente reflejada en estos diarios.

### John Colville

*The fringes of Power (Los bordes del poder). Diarios de Downing Street, 1939-1955.*

Hodder and Stoughton, Londres. 1986. 725 páginas.

# El Señorío de Vizcaya

Por Miguel Artola

**Miguel Artola nació en San Sebastián en 1923. Es catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Autónoma de Madrid. Académico numerario de la Historia, recientemente fue nombrado presidente del Instituto de España. Entre sus obras destacan: Antiguo régimen y revolución liberal; La burguesía revolucionaria; Los orígenes de la España Contemporánea; y La economía del Antiguo Régimen.**

La doctrina del nacionalismo se sustenta sobre un cierto número de principios que apuntaban todos a la diferenciación presente y pasada del pueblo respecto a los vecinos. La afirmación de un pasado en que habrían disfrutado de una soberanía independiente o, al menos, de una amplia autonomía, es una constante en todos los movimientos nacionalistas europeos. Dado que el nacionalismo es un fenómeno que no se inicia hasta el siglo XIX, en un momento en que la doctrina y la práctica política se basaban en la división de poderes y el sistema parlamentario, la historia, tanto la nacionalista como la contraria, se plegaron a este esquema y el debate se centró sobre el ejercicio del poder legislativo. Hoy, aunque sobreviven los epígonos del viejo conflicto, la historia reivindica el derecho a no subordinarse a ningún fin que no sea el del conocimiento, en tanto los movimientos políticos han desplazado los supuestos de una acción hacia principios menos tradicionales. El

resultado es una historia más convincente al tiempo que más compleja que la anterior.

*Bizcaya en la Edad Media* es el empeño historiográfico más importante desde que a fines del pasado siglo publicara Labayeu su *Historia general del Señorío de Vizcaya*. El pequeño pero bien conjuntado equipo dirigido por José Angel García de Cortázar ha llevado a cabo la difícil tarea de escribir una obra general en la que todas las afirmaciones procedentes de la historiografía anterior han sido sometidas a comprobación a la vista de una documentación de base que han enriquecido y aumentado, multiplicando varias veces el total de documentos hasta ahora utilizados en las publicaciones.

## Vaciado sistemático

En la recogida y tratamiento de la información utilizan una técnica que denominan «vaciado sistemático», y que García de Cortázar aplicó en estudios anteriores, como el que publicó en 1982 con el título de *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII al XI*. Comienza con la determinación —identificación, localización— de cuantos documentos existen para un territorio dado en una época determinada. En este caso son más de 2.000 textos muy desigualmente repartidos en el tiempo, pues no hay sino 47 anteriores a 1300, en tanto la gran mayoría proceden del último tercio del siglo XV. El primer resultado del trabajo es la elaboración de un *corpus* docu-

mental que si no se publica o incorpora en una base de datos corre el riesgo de perderse, condenando a los siguientes estudiosos a repetir el trabajo. A continuación se procede a un vaciado en el que se recogen todas las noticias contenidas en el texto, sin preocuparse de su posible utilización, multiplicando el número de fichas para recoger todos los nombres, acontecimientos, instituciones, situaciones, etc. Después de este trabajo toda la información contenida en el texto original se encuentra distribuida en fichas y mediante la adecuada ordenación y reordenación, a falta de un ordenador que haría más fácil el trabajo, se dispone de todas las noticias relacionadas con cualquier problema. A lo largo de la obra se comprueba cómo los autores apoyan sus tesis con referencias concretas, y es evidente que de desearlo podrían en cada caso aumentar el número de las utilizadas.

La historia de Vizcaya y especialmente la medieval, por la importancia que tiene este período para las instituciones y acontecimientos posteriores, es uno de los más interesantes laboratorios para la comprobación de hipótesis más amplias. Si dejamos de lado las investigaciones prehistóricas, que en Europa no establecen la continuidad con la Historia, el primer hecho a destacar es el enorme paréntesis que se produce entre la información conservada del mundo romano y la que se produce en la Edad Media. No son excepcionales uno o dos siglos sin noticia alguna, y en el caso de Vizcaya las referencias más antiguas se reducen a la simple mención a *Bizcai*, en el

siglo VIII, y a mediados del siglo XI, «el caudal de fuentes escritas directas de estos tres siglos (...) cabe en tres líneas y media». El vacío documental inevitablemente se convierte en vacío histórico, espacio que la imaginación de muchos ha tratado de llenar sin éxito.

El primer acontecimiento histórico es la aparición o la llegada del hombre a un territorio. Como consecuencia de este contacto, la naturaleza se transforma, se convierte en paisaje, y el crecimiento de la población modifica a su vez el paisaje. La *organización del espacio* es la consecuencia inmediata de la aparición del hombre. La ocupación y el aprovechamiento del suelo es un primer paso que se extiende a través de la organización de núcleos de población, hasta llegar al punto en que aparecen las divisiones sociales, judiciales, administrativas y políticas que circunvalan ámbitos específicos, mediante el trazado de fronteras primeramente en el suelo, mediante mojones, para acabar representándolas en el papel.

El poblamiento histórico de Vizcaya, con independencia de unos ocupantes anteriores, conoció en los primeros siglos de la Reconquista la presencia de gentes romanizadas que buscaron en el Norte la seguridad que la presencia de los musulmanes no les ofrecía, «...a fines del siglo XI los agentes de aculturación mediterránea se habían difundido por tierras vizcainas lo suficiente como para prestar su barniz, con menor o mayor intensidad, a casi todas las áreas». Las noticias posteriores, en las que se muestra ya el interés por disponer de una información cuantificada, descubren

ASUN BALZOLA



Viene de la página anterior.



un crecimiento continuado, sólo interrumpido entre 1330 y 1380, que llevó el número de vizcaínos a los 60.000 a la altura de 1500, una cifra excepcionalmente alta que todas las investigaciones confirman, que suponía una densidad en torno a los 30 habitantes por km<sup>2</sup>.

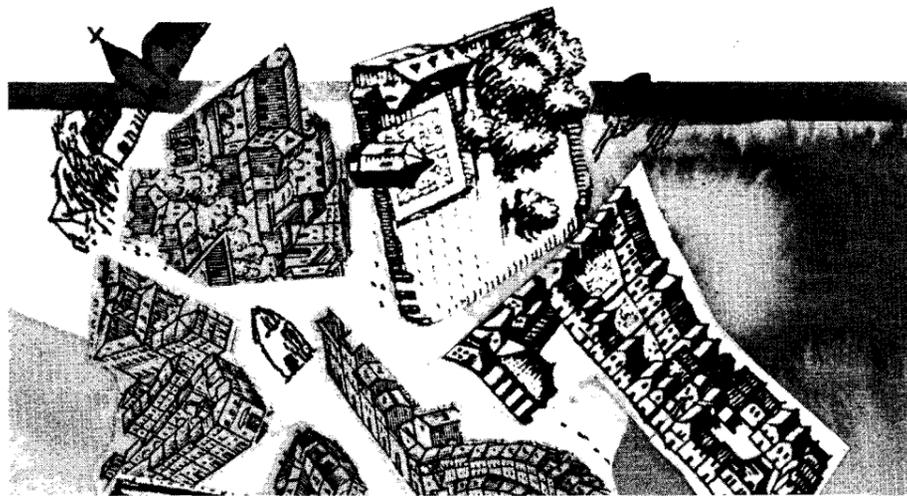
La formación del Señorío de Vizcaya fue un proceso largo y sólo conocido en sus líneas generales. El trazado de su frontera exterior fue temprano frente a Guipúzcoa, en tanto en el sur el Duranguesado no se incorporó definitivamente hasta la donación de Alfonso VIII a Diego López de Haro II después de las Navas de Tolosa (1212), en tanto Valmaseda y Orduña no lo hicieron sino a fines del XV, y el valle de Orozco no retornó al Señorío hasta 1785. La frontera occidental no incorporó la tierra de las Encartaciones hasta el siglo XIII, momento en que aparece el término «mayorazgo de Vizcaya» para expresar una entidad territorial que en lo sucesivo habría de mantener su unidad a pesar de las sucesiones. La presencia de uno y otro miembro de la casa de Haro como señor del territorio acuñó finalmente el título por el que Vizcaya sería conocida luego de haber utilizado la denominación de condado.

La agregación de territorios en torno a lo que, a falta de una denominación de época, los autores llaman «Vizcaya nuclear», produjo una entidad política cuya única institución común serían las Juntas, de las que la referencia más antigua data de fines del siglo XIII, que dice: «fizo don Diego (López de Haro V) ayuntar todos los omes buenos de Vizcaya en aquel lugar do suelen facer la junta cuando toman señor, que es en Arechabalaga». Esta Vizcaya, unida en la dependencia del mismo señor pero no uniforme en sus instituciones, experimentó los efectos de nuevas ordenaciones con la aparición de las *merindades*, que en la mayor parte del tiempo fueron siete, figurando entre ellas como una sola tanto las Encartaciones como el Duranguesado. Aún tuvo mayor importancia la creación de *villas*, creadas unas por los señores y otras por el rey entre 1199 y 1376, proceso que acabó provocando, por razones mal conocidas, la resistencia de quienes tenían la reproducción de un fenómeno como el que se dio en Guipúzcoa, cuyo territorio quedó enteramente incorporado a las villas. Varias décadas más tarde, el Fuero Viejo (1452) legalizó esta resistencia al disponer «...que el señor de Vizcaya que no pueda mandar fazer villa alguna que sea en Vizcaya sinon estando en la Junta de Guernica».

## La tierra llana

En el momento de su fundación las villas recibieron términos de cierta extensión, en tanto la mayor parte del territorio pasó a formar la *tierra llana*, en el sentido de abierta y no amurallada. Ambos espacios se diferenciaron jurídicamente al recibir las villas en su constitución el Fuero de Logroño y el Ordenamiento de Alcalá más tarde, frente a la redacción de los Fueros de la tierra llana que se inicia mediado el siglo XIV.

Sobre un espacio tan compartimentado se desarrolló una sociedad cuyo primer problema fue el de la subsistencia, dado que la naturaleza del suelo no permitía más aprovechamiento que el extensivo mediante el ganado. Esta situación, viable en la medida que la población fuese escasa, cambia a partir de 1300 como consecuencia de un intenso proceso de roturación que dio origen a explotaciones agrarias dispersas a partir de caseríos, en tanto tenía lugar el desplazamiento de las herrerías a la ribera de los ríos. La transformación económica, unida al desarrollo del comercio basada en la explotación del hierro, permitió alimentar a una población mayor, en tanto la vieja organización familiar extensa fue sustituida por la familia troncal y por la aplicación de reglas sucesorias propias del mayo-



ASUN BALZOLA

razgo, aunque no está claro en qué medida fue respuesta espontánea a una necesidad local o adaptación de una figura jurídica inspirada en el Derecho romano.

Los efectos de la nueva situación económica sobre la organización social es el punto que nos parece más discutible de la obra que comentamos. Los grupos sociales no aparecen con la necesaria nitidez cuando la única distinción legal es la que separa a hidalgos de quienes no lo son, dado que denominaciones como *infanzones*, *señores de solares* y otras semejantes no dan origen a establecer las diferencias de unas y otras. El uso del término «nobleza vizcaína» aún añade más confusión cuando lo que puede significar es simplemente señor de uno o unos solares, sin tener por ello un *status jurídico* distinto al de otro hidalgo. Si en lugar de los diversos títulos que se dan los actores en los documentos tratásemos de identificar sus situaciones económicas, lo más lógico sería pensar que la clase dominante estaba compuesta de terratenientes, dueños de más de una casería, y propietarios de herrerías, ninguno de los cuales tenía ningún título que no fuese el antes indicado. La referencia a la jurisdicción señorial que ejercían resulta dudosa y no sólo por la temprana reivindicación de la hidalguía universal cuanto porque los actos que se presentan como ejercicio del poder señorial podrían derivarse del derecho de propiedad, y sobre todo porque la jurisdicción implica determinación de un territorio y nada permite suponer que el solar fuese un espacio segregado en alguna medida de la jurisdicción ordinaria. Si en lugar de una nobleza jurisdiccional pensamos en la existencia de un grupo de terratenientes y propietarios de herrerías emparentados por la sangre y vinculados por lazos vasalláticos, destinados a proporcionar seguridad en lugar de feudos, la imagen resultante convendría mejor con las noticias disponibles así como con los violentos conflictos sociales protagonizados por los bandos de oñacinos y gamboinos que se prolongaron a lo largo de todo el siglo XV, aunque sus efectos no fuesen tan intensos, en opinión de nuestros autores, a los que Lope García de Salazar describe en su famosa obra.

La naturaleza del conflicto social, tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa y en otras partes de Castilla y de Europa, viene caracterizada por la dificultad de introducir la justicia real. El fenómeno primario, reiteradamente reflejado en la documentación, es el de la violencia incontrolada que practicaban los escuderos y otros dependientes de los parientes mayores y menores. Frente a esta situación, la demanda de una justicia inmediata tiene su reflejo en la aparición de jueces, merinos, alcaldes de hermandad, que aplican procedimientos de excepción contra aquellos que piden, en realidad intimidan, para conseguir dinero u otras cosas y con excesiva frecuencia matan. La declaración de *acotado* y el levantamiento de la población con objeto de proceder a la ejecución inmediata de los delincuentes, no es más que el reflejo de una sociedad primitiva en la que los vecinos, a falta de tribunales eficientes, se tomaban la justicia por su mano.

## Las anteiglesias

El fenómeno más significativo de la Vizcaya medieval es sin duda el desarrollo de las *anteiglesias*, que parecen ser asambleas generales de vecinos (más exacto sería decir de parroquianos), en el pórtico de las iglesias. Su existencia no constituye ninguna novedad respecto a instituciones semejantes en lugares de poblamiento disperso, en la medida en que su función se limita a resolver los problemas específicos de esta comunidad. Su conversión en poder político, y aún más en poder dominante en las Juntas, es lo que constituye una sorpresa, aunque no parece, y los autores de esta obra no dejan muchas esperanzas, que existan noticias documentales que aclaren este punto. No hay noticias de las anteiglesias anteriores a 1300, y a comienzos del XVI aparecen relaciones que mencionan a las 72 que tenían asiento en las Juntas generales. El acta de la reunión que encargó la revisión del Fuero Viejo en 1526 no menciona más que 58 anteiglesias, no se sabe si por ausencia, por no haberse constituido o por simple inasistencia. La constitución de algunas anteiglesias es un fenómeno difícil de explicar cuando aparecen dentro de los términos de las villas, como ocurre con Deusto, Abando y Begoña, reduciendo sus dimensiones y sin oposición de ésta ante la aparición de una nueva entidad, de un eventual reparto del término y de un conflicto de jurisdicciones.

Sin noticias acerca de la composición e influencias en las anteiglesias nada puede decirse de su orientación política, aunque basta ver un mapa para observar cómo estrangulaban a las villas, dejando a alguna de ellas, como Guernica, reducida al interior de una circunferencia de 500 pasos al decir de Miñano en su *Diccionario geográfico*. De sus acuerdos no hay ni actas ni noticias, y lo único que se sabe es que designaban un *fiel regidor* cuyas competencias se reducían a tasar las mercancías y vigilar el estado de los caminos además de ser representante de la anteiglesia en las Juntas. El desarrollo de las anteiglesias parece debería ser conectado con la resistencia al desarrollo de las villas. El proceso fue fulminante en las merindades de Uribe y Busturia, en tanto no se dio en absoluto en el Duranguesado y las Encartaciones, que no contaron con ninguna de estas instituciones.

La consecuencia del desarrollo de la anteiglesia se manifestó de forma decisiva en las

instituciones representativas del Señorío, cualesquiera que fueran las existentes en la época medieval. «Sabemos muy poco de las reuniones junteras de Vizcaya con anterioridad a la segunda mitad del siglo XIV», comenzando por la circunstancia de ser Arechabalaga hacia 1300 «aquel lugar do suelen facer la junta cuando toman señor». La junta que celebró en Guernica Juan Núñez de Lara (1342) acompañado de los alcaldes reunió a caballeros e hidalgos sin otra especificación, y no hay mención de las villas, que sí aparecen en cambio en la reunión de 1356.

La vuelta del Señorío a manos de los reyes de Castilla, que se produce formalmente en 1379 con el acceso al trono de Juan I, tuvo importantes efectos políticos, el más importante de los cuales fue la designación regular de un *corregidor* con un poder delegado que, como era inevitable en la época, tenía competencias de todo tipo. En 1394, por orden del rey, Gonzalo Moro llamó a una representación de las comunidades, las villas y solares, para constituir la Hermandad de Vizcaya, lo que supone que cada una de estas circunscripciones tenía unas fronteras definidas. La elección de los representantes de las merindades de Uribe y Busturia, que sumaban 58 anteiglesias, hubo de plantear problemas que desconocemos, y lo mismo debió suceder con la nómina de los solares. Las reuniones que condujeron a la redacción del Fuero Viejo en 1452 no contaron con la participación de las ciudades, en tanto en 1468 se formó una nueva junta con 10 diputados de la tierra llana y 13 procuradores de las villas, lo que no corresponde a ningún tipo de representación proporcional. Finalmente en 1526, en la Junta general que elaboró el Fuero de Vizcaya, se constata la presencia claramente mayoritaria de las anteiglesias, que en caso de votación no hubiesen tenido dificultad en imponer su criterio, aunque tampoco hay ninguna mención a la forma que tenían de tomar acuerdos, a no ser que tomemos como buenas las referencias literales a la unanimidad, expresada en frases como «de una conformidad». En cualquier caso, la determinación de la composición de las Juntas generales no se consolidaría hasta mucho tiempo después.

La elaboración de los Fueros citados fue sin duda la actividad más relevante de las Juntas, aunque en modo alguno puede considerarse a éstas como un órgano legislativo en el sentido constitucional actual. El resultado de su trabajo nunca pudo aplicarse sin la preceptiva sanción real, que no se limitaba, como sucede en los sistemas formalmente constitucionales, a la aprobación o rechazo. El Consejo real tenía la capacidad de enmendar el contenido del proyecto, y sólo este texto era el que llegaba a la promulgación.

Dar cuenta de cuatro volúmenes en ocho holandesas no es tarea fácil. Hemos seleccionado las cuestiones que consideramos más relevantes y en alguna ocasión hemos añadido alguna noticia que confirme los resultados del trabajo del equipo y por supuesto hemos planteado preguntas aun sabiendo que no tienen respuesta. En cualquier caso servirán para poner en entredicho las falsas respuestas. García de Cortázar y sus colaboradores han barrido del horizonte historiográfico una buena cantidad de ellas. □

## RESUMEN

Un equipo dirigido por J. A. García de Cortázar ha realizado un «vaciado sistemático» de la documentación existente sobre la historia medieval de Vizcaya, que para Miguel Artola «es uno de los más interesantes labo-

ratorios para la comprobación de hipótesis más amplias». El resultado es este trabajo publicado en cuatro volúmenes, que barre del horizonte historiográfico una buena cantidad de falsas respuestas sobre aquella época.

José Angel García de Cortázar (ed.)

*Bizcaya en la Edad Media.*

Haramburu Editor, San Sebastián, 1985. 4 volúmenes.

# El Post Scriptum de Popper

Por Carlos Sánchez del Río

**Carlos Sánchez del Río** nació en Borja (Zaragoza) en 1924. En 1953 obtuvo la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es académico numerario de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Se ha publicado recientemente la versión castellana del esperado *Post Scriptum a la lógica de la investigación científica*, de Karl Popper. Y digo esperado porque aunque el original inglés apareció en 1982, el libro llevaba escrito casi treinta años y partes del mismo eran conocidas y habían sido ya comentadas por algunos discípulos del famoso filósofo de la ciencia. El impacto de Popper en el desarrollo de la teoría de la investigación científica durante este siglo ha sido muy considerable, y por eso la exposición meditada de sus ideas de madurez constituye un acontecimiento importante en el mundo de la filosofía de la ciencia.

Antes de comentar, con la brevedad inevitable, algunos aspectos del libro de Popper, conviene encuadrar la figura de este filósofo en el marco de la teoría de la ciencia y su evolución a lo largo de este siglo. En sentido estricto habría que distinguir entre las consideraciones epistemológicas de los científicos de oficio y las reflexiones más propiamente filosóficas de los pensadores no especialistas. No me detendré aquí en recordar a los primeros (Ernst Mach, Henri Poincaré y Niels Bohr, por citar sólo a tres), cuya obra conoce bien Popper, porque me parece que nuestro autor pertenece por derecho propio a la corriente filosófica de nuestro siglo.

En cuanto a la teoría de la ciencia y su relación con la metafísica, conviene destacar en primer lugar la postura de Ludwig Wittgenstein expuesta en su famoso *Tractatus* en 1921 (1). Partiendo de un estudio sobre la estructura lógica del lenguaje llegó a la conclusión de que lo que se puede en general decir se puede decir claramente o, lo que es equivalente, sólo son válidos los enunciados científicos.

Este primer paso en el sentido de fundamentar lógicamente el conocimiento constituyó el programa del famoso Círculo de Viena (Wiener Kreis), fundado en 1922 por Moritz Schlick, discípulo de Max Planck. Fue un programa empiricista-racionalista, ajeno a la tradición alemana —incluido Kant— que apelaba a Hume, Mill, Mach, Frege, Russell, Wittgenstein..., etc., y que se conoce como positivismo lógico.

El más caracterizado representante del Círculo de Viena fue Rudolf Carnap, discípulo del lógico y matemático Gottlob Frege. En un libro famoso publicado en 1928 (2) expuso claramente que el objetivo de sus esfuerzos era una reconstrucción racional de la estructura total de la realidad tal como está estructura-



Karl Popper, filósofo de la ciencia.

da en el conocimiento por vía intuitiva en su mayor parte. Se trataba de aplicar a todo el método de lógica rigurosa en la forma entonces vigente en la matemática (3). Era una manera de responder a la necesidad de buscar un principio de verificación rechazando como sin sentido cualquier cuestión metafísica.

Contra este modo de ver la ciencia reaccionó Karl Popper en 1934 con su lógica de la investigación científica (4). Según él, el famoso y elusivo principio de verificación aniquila no sólo la metafísica sino también las hipótesis empíricas, y con ellas todo el conocimiento científico natural. Y resulta que el positivismo lógico acaba con las ciencias naturales porque la mayoría de los enunciados científicos no son verificables empíricamente y deberían ser rechazados como pseudoafirmaciones, es decir, como metafísica.

La solución original de Popper al problema de la lógica de la ciencia es totalmente opuesta al principio de verificación. No existe la posibilidad de tal principio. En cambio, las hipótesis científicas o enunciados generales pueden comprobarse por falsación. Por eso dichos enunciados son siempre provisionales, porque en cualquier momento puede aparecer la prueba de que son falsos. Pero mientras esto no suceda pueden darse por probados y seguir construyendo la ciencia sobre hipótesis no falsadas.

Como consecuencia de esta idea concluye Popper que al comienzo de la elaboración científica no siempre se pueden evitar conceptos no claros, y que una ciencia unitaria con un lenguaje unitario es un sinsentido. Además una teoría, falsada o no, no puede descartarse hasta que no sea reemplazada por otra.

En cuanto a la sustitución de teorías no sólo interviene el aspecto lógico (la falsación) analizado por Popper. Hay aspectos histó-

cos, sociológicos y psicológicos de los cuales se ocupó años después Thomas Kuhn con su doctrina de las revoluciones científicas (5). Según este autor, la ciencia no progresa paso a paso por falsaciones sino por cambios discontinuos que llama revoluciones. Cada revolución conduce a un nuevo paradigma que los expertos aceptan por una especie de convenio social.

El primer volumen de *Post Scriptum* lleva por título *Realismo y el objetivo de la ciencia*. Está dedicado a cuatro temas: la inducción, la demarcación, la corroboración y la interpretación propensivista de la probabilidad.

Los ataques de Popper al inductivismo como justificación de la ciencia son implacables y detallados en cuatro planos: lógico, metodológico, epistemológico y metafísico. Prescindiendo de exageraciones, sin duda presentadas para reforzar sus argumentos, es hoy evidente para cualquier investigador activo que las hipótesis científicas no se inducen de las observaciones, si bien éstas constituyen uno de los elementos sobre los que la mente del científico se basa para formular enunciados más o menos generales. Pero hay otros elementos —presupuestos metafísicos, analogías, simetrías, etc.— que juegan también un papel esencial en la elaboración de teorías. Sucede, sin embargo, que es muy difícil establecer la importancia relativa de todos estos elementos porque ni siquiera el creador de una teoría es capaz de explicar claramente cómo llegó a ella.

El problema de la demarcación entre enunciados científicos y no científicos es sin duda uno de los preferidos por Popper porque entiende que su doctrina de la falsación lo resuelve definitivamente. Por eso en el *Post Scriptum* dedica muchas páginas a la exposición rigurosa de lo que significa falsabilidad (refutabilidad empírica) en sentido técnico. Una teoría es falsable si, y sólo si, existe al menos un falsador potencial, es decir, al menos un enunciado básico que esté en conflicto con ella. Es importante no exigir que el falsador potencial sea verdadero; basta que sea lógicamente posible y que pueda observarse en principio. La falsabilidad como criterio de demarcación entre enunciados científicos y de otra clase no significa que pueda realizarse fácilmente la falsación en la práctica; se trata de una pura relación lógica entre teoría y falsadores potenciales.

Otra cuestión es saber si en la práctica es posible falsar una teoría de modo tan categórico que deba ser lógicamente desechada. Popper duda —y con razón— de que exista tal posibilidad porque no es fácil que la relación lógica entre teoría y falsador sea suficientemente rígida. Por eso en la práctica las teorías se van afianzando a medida que superan las pruebas de contrastación a que se ven sometidas. Ningún número de pruebas es suficiente para asegurar que una teoría sea verdadera, pero a más pruebas se tiene lo que Popper llama un mayor grado de corroboración. Esta terminología le parece al autor preferible a la más corriente que se expresaría en términos de probabilidad de certeza de una teoría.

## Pro indeterminismo

El segundo volumen del *Post Scriptum* se titula *El universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo*. Es un tomo dedicado a la refutación de los argumentos esgrimidos por los defensores del determinismo llamado científico. Según esta doctrina, la estructura del mundo es tal que cualquier suceso puede predecirse racionalmente, con cualquier grado de precisión que se desee, si contamos con una descripción suficientemente precisa de los sucesos pasados junto con todas las leyes de la naturaleza.

Este determinismo tiene su origen en la dinámica de Newton y su éxito en la predicción del movimiento de los planetas de nuestro sistema solar. En su forma extrema fue

formulado por Laplace a principios del siglo XIX y aceptado como válido para toda la física clásica después de la elaboración completa del electromagnetismo. Muchos físicos mantienen que este determinismo sólo entró en crisis en 1927 con el principio de incertidumbre de Heisenberg. Pues bien, Popper se declara decididamente indeterminista sin necesidad de apartarse de la ciencia clásica. Por lo que se refiere a la mecánica clásica (verdadero reduccionismo del determinismo científico), aporta el ingenioso ejemplo de Hadamard, que muestra la imposibilidad de predecir un movimiento si una condición inicial no es exacta aunque su imprecisión sea tan pequeña como se quiera. En sentido más amplio, se presentan otros muchos argumentos —algunos muy ingeniosos— en favor de un indeterminismo que sería la regla y no la excepción en un universo abierto a infinitas posibilidades.

Termina el segundo volumen con buenas razones en contra del reduccionismo y a favor de la incompletitud esencial de toda ciencia.

El tercero y último volumen del *Post Scriptum* se titula *Teoría cuántica y el cisma de la física*. Como todos los filósofos de la ciencia, Popper quedó fascinado por la mecánica cuántica; sus especulaciones filosóficas sobre la misma tienen un valor muy superior a las de otros pensadores porque nuestro autor tiene formación matemática y física suficiente, lo que le permite opinar con autoridad. Por desgracia, esta superioridad de Popper le lleva con frecuencia a usar un lenguaje muy técnico que probablemente sólo pueden comprender los físicos de oficio. El objetivo final de todos sus argumentos es bien sencillo y se puede expresar muy claramente. Popper es un realista en el sentido de que cree en un mundo externo cuyo comportamiento es independiente de lo que nosotros pensemos. Por eso rechaza la interpretación de Copenhague de la mecánica cuántica en su forma más ortodoxa. Arguye, no sin razón, que los físicos actuales que manejamos la teoría cuántica somos, consciente o inconscientemente, un tanto heterodoxos y nos invita a aceptar sus puntos de vista, más cercanos a los de Einstein que a los de Bohr.

Termina el volumen —y el libro— con un epílogo metafísico. Recordemos que para Popper son metafísicos aquellos enunciados legítimos que no son contrastables con su criterio de demarcación (es decir, que no son falsables). En este epílogo se propone una visión del mundo que consiste en cambiantes propensiones al cambio. Dicho de otro modo, la materia se interpreta como realizaciones de potencialidades o propensiones y al mismo tiempo como consistente en potencialidades o propensiones.

Este enfoque permite a Popper una interpretación de la física actual más conforme con una imagen del mundo en la que haya lugar para los fenómenos biológicos, la libertad humana y la mente humana. □

1. L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 1921.
2. R. Carnap, *Die logische Aufbau der Welt*, 1928.
3. A. N. Whitehead y B. Russell, *Principia Mathematica*, 1910-1913.
4. K. Popper, *Logik der Forschung*, 1934.
5. T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962.
6. P. K. Feyerabend, *Against Method. Outline of an Anarchist Theory of Knowledge*, 1975.

## En el próximo número

Artículos de Francisco Ayala, Carmen Martín Gaité, Ignacio Sotelo, José María Valverde, Pedro Martínez Montávez, Antonio Domínguez Ortiz, Luis de Pablo y Francisco Grande Covián.

## RESUMEN

Aunque la edición española está cercana en el tiempo al original inglés, estos textos del famoso filósofo de la ciencia llevaban escritos casi treinta años y ya habían sido comen-

tados por algunos de los discípulos de Popper. Sánchez del Río va repasando cada uno de los tres volúmenes del *Post Scriptum* a la lógica de la investigación científica de Karl Popper.

### Karl R. Popper

*Post Scriptum a la lógica de la investigación científica.*

Vol. I: Realismo y el objetivo de la ciencia, 1985.

Vol. II: El universo abierto, 1984.

Vol. III: Teoría cuántica y el cisma de la física, 1985.

Tecnos, Madrid.

## El Conde Duque y la España de su tiempo

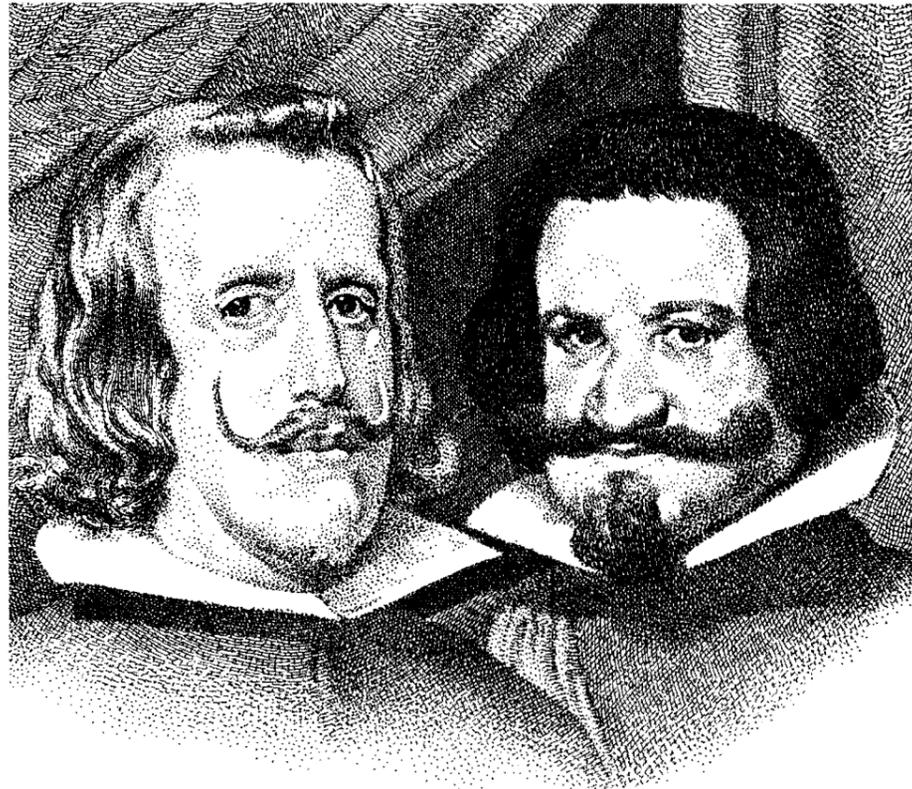
Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz nació en Sevilla en 1909 y ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es autor de obras de investigación histórica referidas a Sevilla, Andalucía y España en la Edad Moderna. Es académico de la Historia y doctor «honoris causa» por varias universidades. En 1982 le fue concedido el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y en 1986 el Premio Menéndez Pidal.

Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y más tarde duque de Sanlúcar la Mayor (1587-1645), es una de las figuras clave de la historia española: ha influido en ella más que muchas testas coronadas y es mucho más conocido que la mayoría de ellas. Su figura estuvo tradicionalmente rodeada de un halo de reprobación, ligada a la decadencia de la Monarquía española junto con la de su protector y amigo el rey Felipe IV. Al primero se le adjudicaba el ansia de poder, al segundo la frivolidad, el esteticismo decadentista y un afán de placeres; entretenido por el favorito para mantenerlo alejado de las tareas del gobierno. Entre ambos habrían precipitado al pueblo español en una serie de guerras interiores y exteriores que le acarrearón la ruina material, la desmoralización, el ocaso de la creatividad artística y literaria y el descrédito internacional.

Don Antonio Cánovas del Castillo, un político discutido con madera de buen historiador, empezó a poner las cosas en su punto. En sus *Estudios del reinado de Felipe IV* (1888), sin negar sus errores, afirmó que ni aquel rey fue un fantoche ni su valido un simple ambicioso. Lucharon bien contra una Francia que estaba en su apogeo y estuvieron a punto de conseguir la victoria. Este punto de vista fue recogido y analizado desde nuevas perspectivas por don Gregorio Marañón en un libro que, a pesar de su fecha, aún tiene plena vigencia: *El Conde Duque de Olivares*. El subtítulo («La pasión de mandar») subraya lo que, a su juicio, constituía la clave de su personalidad y de su política.

Marañón estudió desde un punto de vista psicológico al hombre y a su círculo íntimo. Faltaba un estudio del político, del estadista, tarea enormemente difícil que requiere un conocimiento profundo de una maquinaria estatal muy complicada, de una ideología política que no se puede calibrar con nuestros conceptos actuales y de una coyuntura internacional de una complejidad tremenda, por-



FRANCISCO SOLE

que los veintidós años en los que Olivares tuvo las riendas de la Monarquía hispana (1621-1643) coincidieron con las turbulencias de la Guerra de los Treinta Años. Este dato es esencial; es en el cuadro de una Europa devastada y sacudida por revueltas de todo género donde hay que situar la España de Felipe IV. Acrecienta la dificultad para un historiador riguroso la pérdida de la mayor parte del archivo personal del Conde Duque. Sabemos que, con arreglo a lo que entonces se estilaba, el favorito guardó, junto con sus papeles familiares y personales, muchos otros de carácter oficial, incluyendo su correspondencia con Felipe IV. De este inmenso material, disperso, castigado por depredaciones e incendios, sólo quedan algunos restos. Hay muchas cosas, muchos detalles, de aquel reinado que ignoramos e ignoraremos siempre.

A pesar de estas dificultades, un hispanista inglés bien conocido del público español, John H. Elliott, se sintió atraído por el estu-

dio del Conde Duque como hombre de Estado. Llegó al tema a través de su estudio pionero sobre *La revuelta de los catalanes*, que no estudia la revolución de 1640 y la guerra subsiguiente, sino los antecedentes, el estado político y social de Cataluña en los primeros decenios del XVII. Al tratar de las relaciones con la Corte, inevitablemente surgía en primer plano la figura del Conde Duque. Mucho tiempo después, y con la colaboración de José F. de la Peña, publicó dos tomos de *Memoirales y cartas del Conde Duque de Olivares* (Madrid, 1978-1980). Allí se reproducen y analizan una serie de escritos del favorito, no pocos inéditos y desconocidos. Sus notas y comentarios están dentro del modo exigente y minucioso de hacer historia que es típico de J. H. Elliott. Por circunstancias que desconozco, la publicación quedó incompleta porque no se reproduce el epistolario. Poco después, en 1982, aparecía una obra de gran empeño: el tomo XXV de la gran Historia de España editada por Espasa Calpe y dedicado a *La España de Felipe IV*. La colaboración de Elliott sintetiza en casi doscientas nutridas páginas *El programa de Olivares y los movimientos de 1640*. En 1984 daba a luz un estudio sobre *Richelieu y Olivares*, que va mucho más allá de las comparaciones tópicas entre ambos personajes y revela un profundo conocimiento tanto de la Francia de Luis XIII como de la España de Felipe IV. Y ahora nos llega lo que él considera su obra definitiva: *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*.

Este grueso volumen, avalorado por numerosas y selectas ilustraciones, es el resulta-

do de más de veinte años de trabajos y meditaciones en torno a una de las grandes figuras de nuestra historia. No es la biografía un género que hoy se cotice mucho entre los historiadores profesionales; influidos por el auge de la historia social, por el protagonismo de las fuerzas colectivas, no faltan los que ven en la biografía un género menor, anecdótico, apto para el gran público pero incapaz de penetrar en la trama básica de los acontecimientos. Punto de vista discutible, exagerado; reacción desproporcionada contra un género que ensayistas y literatos como Emil Ludwig o Stefan Zweig han popularizado y también, en alguna medida, desacreditado como instrumento de investigación histórica. Las genialidades de un carácter no pueden desviar a largo plazo los destinos de un pueblo, pero bien recientes tenemos ejemplos de cuán hondo puede ser su impacto a plazo corto y medio.

No se centra, por otra parte, el trabajo de Elliott en un estudio psicológico del personaje, aunque hay en sus páginas multitud de datos y observaciones que completan el diagnóstico, en líneas generales exacto, que ya formuló Marañón: un carácter ciclótico, sujeto a profundas depresiones pero con una tremenda capacidad de recuperación; de una capacidad de trabajo inmensa, de una megalomanía que, tal como se manifiesta en su testamento, rayaba en la demencia; de una ambición que no ponía en primer término sus intereses personales y familiares, sino los del Estado, simbolizado en el monarca. Olivares lo sacrificó todo al Estado, pero, en cierto modo, el Estado era él. Trabajando por la omnipotencia de España trabajaba por la suya propia; de este modo se concilian los aspectos contradictorios de su personalidad: egoísmo y sacrificio, ambición y renuncia. La historia de Olivares fue la de un cuarto de siglo de historia española, de historia europea, con lo que su estudio supera totalmente las limitaciones inherentes al género biográfico.

El estudio completo de este personaje ha requerido de John H. Elliott un esfuerzo in-

Qué es

# SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

### En este número

|                         |     |                         |       |
|-------------------------|-----|-------------------------|-------|
| Artículos de            |     |                         |       |
| Antonio Domínguez Ortiz | 1-2 | Francisco Ayala         | 8     |
| Pedro Martínez Montávez | 3   | Carmen Martín Gaité     | 9     |
| Ignacio Sotelo          | 4-5 | Luis de Pablo           | 10-11 |
| José María Valverde     | 6-7 | Francisco Grande Covián | 12    |

**SUMARIO en página 2**

Viene de la página anterior.



## El Conde Duque y la España de su tiempo

menso debido a la amplitud del escenario y a la dispersión de las fuentes. La ya aludida destrucción del archivo personal del Conde Duque ha sido, en parte, subsanada con rebuscas en depósitos documentales de toda Europa; en las notas a pie de página aparecen continuamente, junto a citas de nuestro Archivo Histórico Nacional y el de Simancas, otras muchas de archivos particulares, algunos de difícil acceso; del Archivo Secreto del Vaticano; de la British Library; de la Bayerische Staatsbibliothek, de Munich; de los Archives Générales du Royaume, de Bruselas... Los informes tradicionalmente explotados de los embajadores venecianos se completan ahora con los que enviaban a sus cortes respectivas los de Florencia, Módena y Luca, así como los que cursaban a Roma los titulares de la Nunciatura. Muy copioso material ha suministrado también la correspondencia epistolar del Conde Duque con varios de sus principales colaboradores.

¿Qué imagen de conjunto nos proporciona este libro? No descubre novedades sensacionales, lo que quiere decir no sólo que el autor huye de todo sensacionalismo, sino que los cimientos que la investigación reciente había sentado sobre Felipe IV, sobre su primer ministro y la España de su tiempo, son sólidos. Pero lo que en muchos aspectos era una silueta, un esbozo, ahora queda bien perfilado. Por ejemplo, las relaciones entre el rey y Olivares. No siguieron una trayectoria rectilínea; fue una relación no pocas veces difícil, cambiante, con altibajos. En una primera fase, frente a un rey casi niño, Olivares toma un aire de preceptor, le inculca sus deberes, le exhorta a tomar una parte más activa en el gobierno. Sobreviene luego una larga crisis que se abre en 1627 con una enfermedad que parecía mortal del rey; se complica con otra crisis gravísima interna y externa (desorden monetario, pérdida de la flota de Benavides, guerra de Mantua) en la que se puede apreciar cuán profunda era la impopularidad que Olivares se había granjeado. Rubens (entonces al servicio del rey de España) llegó a escribir que el pueblo se alegraba de las des-

tres por odio al Gobierno (página 364). Luego llegaron las serias disensiones entre el joven rey, que quería adquirir gloria militar combatiendo a los franceses al frente de un ejército, y su ministro, consciente de los peligros que entrañaba esta empresa. Curiosamente, en el decenio 1630-1640, conforme el horizonte se iba cargando de nubarrones y se acumulaban las malas noticias, parece que el acuerdo entre el rey y su privado se hacía más firme. Los contemporáneos no se lo explicaban. Nosotros tampoco. Por supuesto, Felipe IV tenía que asustarse de la posibilidad de tener que cargar con el cúmulo de negocios y responsabilidades que gravitaban sobre Olivares.

### Lazos íntimos

Es posible que en el fondo también hubiera algo más turbio; Olivares cuidaba de la crianza de los numerosos bastardos del rey.

La relación entre el monarca y su ministro iba, pues, más allá de las necesidades políticas y de los lazos de una amistad corriente. Esos lazos, que existían, se afianzaban con íntimos secretos compartidos. Aun después de dimitirle en enero de 1643, Felipe IV reiteraba a don Gaspar su inquebrantable amistad. Y eso plantea otro problema no resuelto: ¿Se fue o lo echaron? El doctor Marañón optó por el primer término del dilema. Elliott cree que el rey experimentó un sincero dolor al separarse de su amigo, y que al hacerlo no cedía sólo a las presiones de sus enemigos, sino a la insistente petición de Olivares por su relevo.

Con su marcha, las cosas cambiaron poco. La mayor parte del equipo que había montado Olivares siguió actuando, tanto en lo que se refiere a los burócratas como a los nobles de su parentela; de hecho, fue un sobrino suyo, don Luis de Haro, quien le sucedió en la privanza, y su yerno, el duque de Medina de las Torres, prosiguió su brillante carrera hasta ser uno de los personajes más importantes de la Monarquía. Estos hechos nos inducen a poner en sordina las afirmaciones sobre la

reacción nobiliaria del siglo XVII. En este reinado, como en el anterior, la nobleza aparece actuando no como un cuerpo compacto sino de forma insolidaria, dividida en clanes familiares que se disputan el poder. Clanes familiares cuyas ramas se unen a través de enlaces matrimoniales apoyados en dotes enormes y que tenían el carácter de tratados de amistad y alianza. Con el duque de Lerma llegaron al poder los Sandoval, Borja, Fernández de Castro y Acevedo. Con Olivares, los Haro, Zúñiga y una rama secundaria de los Guzmanes. Ninguno de los dos favoritos pertenecía a las primeras casas del reino: el duque de Medina Sidonia, el de Medinaceli, el Almirante de Castilla... Algunos, como el duque de Alba y su entorno familiar, fueron incluso perseguidos. El ansia de poder y la ambición de Lerma y Olivares se explica en gran parte por el afán de ponerse a la altura de esas primeras casas.

En un breve epílogo, el autor compara la herencia de Olivares con la de Richelieu. Ambos fueron odiados por sus contemporáneos y murieron casi a la vez sin ver el resultado de sus esfuerzos; pero mientras la obra del Conde Duque fue el preludio de una irremediable decadencia y su memoria quedó estigmatizada en las siguientes generaciones, la fama póstuma de Richelieu le ha atribuido, no sin razón, el haber puesto los pilares de la grandeza de la Francia moderna. En este sen-

tido Olivares fue un final y Richelieu un principio.

Al decir que Olivares fue un final queremos decir que heredó dos tradiciones: la de los imperialistas del reinado anterior, un pequeño grupo de estadistas, militares y diplomáticos que querían reaccionar contra el *entreguismo* del duque de Lerma, y la de los reformadores, que también se agitaron mucho en tiempos de Felipe III y que tenían puesta la vista no en el conjunto del Imperio sino en Castilla, desangrada y arruinada. En los primeros años de su gobierno, Olivares se interesó mucho por las reformas, que debían abarcar un amplio espectro: moralización de la vida pública y privada, restauración económica y demográfica, etc. Pero era más fuerte en él el impulso imperialista; a la «reputación» de la Monarquía sacrificó las posibles opciones pacíficas en tres momentos cruciales: Flandes (1621), Mantua (1628) y Cataluña (1640). Nunca perdió de vista sus reformas, pero nunca pudo ponerlas en práctica; la consecuencia fue que los intereses de Castilla quedaron subordinados a los del Imperio. Pero su fracaso no fue total; con la excepción de Portugal, la Monarquía salió casi intacta de aquella terrible crisis. Y si ello fue pagado con el abandono de las reformas hay que añadir, y J. H. Elliott lo recuerda, que no pocas de ellas fueron retomadas por los hombres de la Ilustración. □

### RESUMEN

*El Conde Duque de Olivares, figura controvertida que acabó teniendo más poder e influencia que muchos reyes españoles, desperdició hace tiempo el interés investigador del hispanista John H. Elliott. Fruto de esta aten-*

*ción es esta biografía del Conde Duque que si no trae, en opinión de Domínguez Ortiz, novedades sensacionales, sí cimenta la investigación en torno a Felipe IV, su primer ministro y la España de su tiempo.*

John H. Elliott

*The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline.*

Yale University Press, New Haven and London, 1986. XXVIII + 733 páginas.

SABER/Leer no se identifica necesariamente con la opinión de los trabajos que publica; ni mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos y no solicitados.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

**SABER** Leer

Revista crítica de libros

Edita:

**Fundación Juan March**

Servicio de Información y Prensa



Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|  | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| «El Conde Duque y la España de su tiempo», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre el libro <i>The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline</i> , de John H. Elliott                              | 1-2          |
| «Feminismo en el Egipto contemporáneo», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>El movimiento feminista en Egipto entre las dos revoluciones, 1919 y 1952</i> , de la Dra. Āmāl Kāmil Bayymubī al-Subkī | 3            |
| «Modernidad/posmodernidad: un diálogo fallido», por Ignacio Sotelo, sobre el libro <i>Der philosophische Diskurs der Moderne</i> , de Jürgen Habermas  | 4-5          |
| «Heidegger según Steiner», por José María Valverde, sobre el libro <i>Heidegger</i> , de George Steiner  | 6-7          |
| «Política y Literatura», por Francisco Ayala, sobre el libro <i>Literatura fascista española</i> , de Julio Rodríguez Puértolas  | 8            |
| «El virus de la soledad», por Carmen Martín Gaité, sobre el libro <i>Los delitos insignificantes</i> , de Alvaro Pombo   | 9            |
| «Conversaciones con Ligeti», por Luis de Pablo, sobre el libro <i>Ligeti in Conversation</i> , de Péter Várnai, Josef Häusler, Claude Samuel y György Ligeti   | 10-11        |
| «Un tratado clásico de nutrición humana», por Francisco Grande Covián, sobre el libro <i>Human Nutrition and Dietetics</i> , de S. Davidson y R. Passmore  | 12           |

# Feminismo en el Egipto contemporáneo

Por Pedro Martínez Montávez

*Pedro Martínez Montávez nació en 1933. Es Catedrático de Lengua y Literatura árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y director del Departamento de Arabe e Islam del mismo centro, del que fue rector (1978-82). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.*

Las cosas del mundo árabe suelen verse e interpretarse desde Occidente de manera harto singular, y desconocimiento, tópico y tergiversación resultan con suma frecuencia elementos no sólo inseparables sino, por añadidura, esencialmente constitutivos de las imágenes e interpretaciones que, sobre ese mundo, habitualmente circulan entre nosotros y configuran por ello nuestro específico entramado de reacciones, juicios y sentimientos acerca de él. La mujer, y todo lo que a ella se refiere, no podía ser, obviamente, excepción a esta especie de norma generalizada, y entre fugaces rostros velados y sueltas —en todos los sentidos— odalisca deambula nuestro peculiar imaginario. Parece por ello especialmente oportuno y conveniente traer a colación otros aspectos y cuestiones de ese ámbito femenino árabe bastante más reales y vigentes, al par que mucho más importantes e ilustrativos. Un reciente libro publicado en El Cairo, que aborda el estudio del feminismo egipcio a lo largo de una época especialmente significativa, nos da pie para este comentario. Se trata, sin duda, de una interesante contribución al mejor conocimiento y tratamiento del asunto, que sigue recabando la atención de muy diversos estudiosos y especialistas.

La obra de la autora egipcia es ante todo, y casi exclusivamente, un libro de historia. La documentación empleada —en proporción nada desdeñable, inédita—, la disposición y ordenación del material, la concepción global y exposición sucesiva del estudio, así lo acreditan; el propio estilo de la autora, escueto y técnico al máximo, carente de pretensiones literarias, subraya y apura esta característica quizá en algunas ocasiones —desde nuestro particular punto de vista— en demasía. De cualquier manera, un propósito deliberado de ponderación y desapasionamiento predomina a lo largo de todo el libro, que en sus cuatro capítulos va pasando sucesivamente revista al papel político que la mujer egipcia jugó durante esa época trascendental para su país, a la lucha feminista de reivindicación expresada por medio de las asociaciones creadas al efecto y de los foros internacionales en donde se debatían sus problemas, y a las principales cuestiones —velo, matrimonio, divorcio y poligamia, enseñanza de la mujer, la mujer y el trabajo—, que sustentan la actividad feminista.

La autora es también consciente de lo complicado y hasta explosivo del tema, y bien que lo pone de manifiesto desde el párrafo inicial de la introducción: «En el asunto de la mujer esencialmente, y en nuestras sociedades árabes, el investigador siente que camina sobre un terreno plagado de minas. En cada uno de los pasos que da tropieza con las tradiciones sensibles de esa sociedad, y ningún investigador puede abordar científicamente tema alguno que con la mujer se relacione sin que ante él surjan las ideas y las tradiciones vinculadas a la religión. Pero que en su mayoría no pertenecen al meollo ni a la esencia de la religión, sino que han sido utilizadas como arma esgrimida frente a cualquier buscador de la verdad.» La cuestión de la liberación de la mujer es asimismo, para la autora, «una cuestión política y social ante todo, porque no atañe tan sólo a la vida de la mitad de la sociedad, sino a la vida de la sociedad por entero; el subdesarrollo y aherrojamiento de la mujer no retrasan tan sólo a las mujeres, sino que se reflejan en los hombres y en los niños y, en consecuencia, conducen al subdesarrollo de toda la sociedad».

Es evidente que se trata de una concepción del feminismo de carácter claramente armonizador, integrador, y que renuncia a planteamientos especialmente revanchistas. Y aunque desde una óptica estrictamente teórica cabría hacer, sin carencia de parcial fundamento, planteamientos bastante más polémicos, denunciadores y «agresivos», parece francamente positivo y digno de encomio y agradecimiento que haya transitado esa vía de solidaridad y sensatez.

La historia del Egipto de entre-guerras es, principalmente, la historia del movimiento nacional de independencia, de obtención de la plena soberanía nacional, desplazada por el protectorado británico sobre el país. Conviene recordar al respecto que el final de la primera gran guerra trae para el Próximo Oriente, con la liquidación de la «revuelta árabe» y su ilusorio proyecto de unidad, una subordinación prácticamente plena a la expansión colonialista occidental en sus diversas y parcialmente enfrentadas expresiones.

El movimiento feminista egipcio constituye pieza inseparable, y en algunas circunstancias concretas claramente destacada, de ese movimiento nacional de independencia. Ya desde su decidida participación en la revolución de 1919, el feminismo egipcio demuestra claramente su rechazo de gran parte de las tradiciones que confinaban a la mujer a espacios inadmisibles y la confianza en su propia capacidad de lucha. No sólo por medio de la protesta pública manifiesta esa postura de firme defensa de los intereses nacionales; los grandes temas de la política del país son también los suyos: la soberanía sobre el Sudán, la neutralidad del Canal de Suez, la limitación de los privilegios extranjeros en el país... Y cabe recordar que a veces, en alguno de estos puntos, el movimiento feminista se manifestó de forma más enérgica que el propio gabinete ministerial de turno.

De manera análoga reaccionaron básicamente estas mujeres en circunstancias como las del año 1936, exigiendo el final efectivo de la ocupación militar británica del país, tal como estipulaba el tratado firmado —en última instancia no fielmente cumplido en este punto—, y en 1951, durante la lucha de resistencia popular en la zona del Canal.

Asimismo, el movimiento feminista trató casi siempre de mantener su independencia y autonomía de acción respecto a los partidos políticos, lo que no resultaba ciertamente fácil en la mayoría de los casos, especialmente con el *Wafd*. Evidentemente, la fuerte vinculación en origen de la mayor parte del movimiento feminista a este partido burgués nacionalista —que trataba sin duda de configurarlo como su «ala femenina»— dificultaba iniciativas de esa índole y propiciaba sin duda importantes fricciones internas en el propio movimiento, pero hay que insistir en el hecho de que, llegado el caso, tales alejamientos y confrontaciones se produjeron.

## Entre «aristocracia» y clase media

Aunque los orígenes socioeconómicos de todo este movimiento feminista no se hayan estudiado con la profundización y el detalle necesarios y los perfiles de líderes y militantes queden aún en gran proporción un tanto desvanecidos, puede afirmarse con pleno conocimiento de causa que fueron las clases sociales más favorecidas las que nutrieron casi totalmente sus filas y asumieron los correspondientes liderazgos. Puntualizando algo más, se advierte cómo fue esa específica «aristocracia» local que constituye la alta burguesía terrateniente la inspiradora real y dirigente del movimiento: la gigantesca figura de Hudá Sa'rawi (1879-1947) ejemplifica de manera cabal e incomparable esa concreta situación, dentro de la cual la conocida por el sobrenombre de «madre de los egipcios», Şafiyya



CORTESÍA DE LA EMBAJADA DE EGIPTO

Zaglul, mujer del carismático líder nacionalista Sa'd Zaglul, responde más bien a un modelo arquetípico y convencional.

Sin duda, en fases inmediatamente posteriores, la gran aportación en dirigentes y militantes viene de la cada vez menos reducida clase media ilustrada, en especial de profesionales del campo de la educación, del periodismo, de las letras o las artes. Es el caso, por ejemplo, de figuras como Nabawiyya Musà (1890-1951), Munira Tabit, Tafida 'Allam, Durriyya Şaftiq (h. 1915-1975) o An'yi Aflaün (n. en 1924). De hecho, a esas alturas cronológicas, el movimiento feminista egipcio se ha hecho ya más polifacético y responde a una gama ideológica, a unos procedimientos de lucha y a una consecución de objetivos de índole bastante más variada y amplia.

La amplitud y complejidad del asunto suscitado no permiten establecer un balance global, armónicamente repartido y concretado en las diferentes parcelas de acción en las que el movimiento se produjo. En realidad, la provisionalidad y fluctuación caracterizarían también el panorama general de adquisiciones concretas del feminismo egipcio desde esa fecha final de 1952, en que la inicial «revolución naserista» abre un capítulo nuevo en el libro del país, y en la nueva circunstancia el feminismo egipcio ha de seguir también caminos diferentes.

En el terreno fundamentalmente político, la lucha resultó dura e ingrata, y los derechos fueron conquistándose muy dificultosamente. Basta con hacer referencia, como ejemplo especialmente significativo, a la obtención del derecho al voto, reclamación mantenida por el feminismo especialmente a partir de los años 40, a veces de forma claramente espectacular, como el asalto al propio Parlamento en febrero de 1951. Tal derecho sería reconocido un año después para las mujeres que supieran leer y escribir, para ampliarse en 1956 con el derecho de elegibilidad. Conviene recordar al respecto que, entre otras cosas, hubo que vencer la rígida postura de las supremas autoridades jurídico-religiosas islámicas, que seguían empeñadas en mantener la tópica distinción entre «función pública» y «función privada», parcela esta segunda en la que estaban dispuestas tan sólo a reconocer la igualdad de derechos para hombres y mujeres.

En el terreno de las adquisiciones sociales y laborales, el saldo provisional se brinda en conjunto bastante más favorable, aunque no falten tampoco los hirientes contrastes y desigualdades. En líneas generales cabe afir-

mar que todo aquello que se refiere a la «actividad externa» ha registrado progresos más sustanciales y significativos que lo que atañe a la «situación interna». En concreto, por ejemplo, en el campo de la educación, del acceso a la cultura, y hasta, en menor grado, en el de la acción sindical y las relaciones laborales —en donde el movimiento feminista depende muy estrechamente casi siempre del análogo masculino—, se produce el mayor índice de progresos y adquisiciones, los resultados más espectaculares. Puede afirmarse en realidad —como botón de muestra— que, desde la década de los 30, el acceso de la mujer a todos los niveles de la enseñanza estaba plenamente garantizado.

En cualquier caso, la situación real de la mujer sigue siendo ampliamente desfavorable, brindando tremendas discriminaciones e injusticias y ofreciendo ante todo enormes desniveles y desigualdades, según las diferentes parcelas y marcos de desarrollo; la carencia de simetría es, en conjunto, notable, y con frecuencia sencillamente anacrónica e intolerable. La legislación pertinente puede avanzar a pasos hasta relativamente rápidos y ampliamente transformadores, y el estatuto de la mujer registrar modificaciones sustanciales, pero la teoría puede también quedarse reducida a la estricta literalidad, disecada, si no va acompañada de la aplicación práctica consecuente; si esa necesaria aplicación práctica se ve restringida por seculares hábitos sociales y domésticos que la invalidan en gran medida. Aspectos como el matrimonio, la poligamia o el divorcio pueden haber sido modificados notablemente en el contexto jurídico estricto, con beneficio parcial para la mujer aun cuando todavía seguramente no se establezcan en términos de absoluta igualdad, pero tal avance teórico puede quedar ampliamente anulado por una aplicación parcial o sesgada, o simplemente por el abrumador peso de los arraigados usos sociales colectivos. El grado de evolución, por otra parte, en las sociedades urbanas será muy diferente al que se produzca en las rurales. Y tampoco las clases socioeconómicamente desfavorecidas recorrerán un camino de adquisición de derechos similar al de las cultas o pudientes. Esta desigualdad en el proceso y esa distancia entre teoría y práctica son, sencillamente, aspectos de la cuestión que exigen un detallado análisis y una escrupulosa valoración. Esta es una de las limitaciones advertibles, sin duda, en el libro que nos ha suscitado el presente comentario. □

## RESUMEN

Si desde Occidente, señala el profesor Martínez Montávez, las cosas del mundo árabe se ven y se interpretan de manera harto singular, el tema de la mujer no podía ser una excep-

ción. Al papel alcanzado, no sin dificultades y luchas, por la mujer dedica su comentario, movido por un reciente estudio sobre el movimiento feminista en Egipto entre 1919 y 1952.

## Amāl Kāmil Bayyūmī al-Subkī

*al-Ḥaraka al-nisā' iyya fi-Miṣr mā-bayna al-tawratayn, 1919 wa 1952*  
(El movimiento feminista en Egipto entre las dos revoluciones, 1919 y 1952).

al-Hay' a al-miṣriyya al-amma li-l-kitāb, El Cairo, 1986. 214 páginas.

# Modernidad/posmodernidad, un diálogo fallido

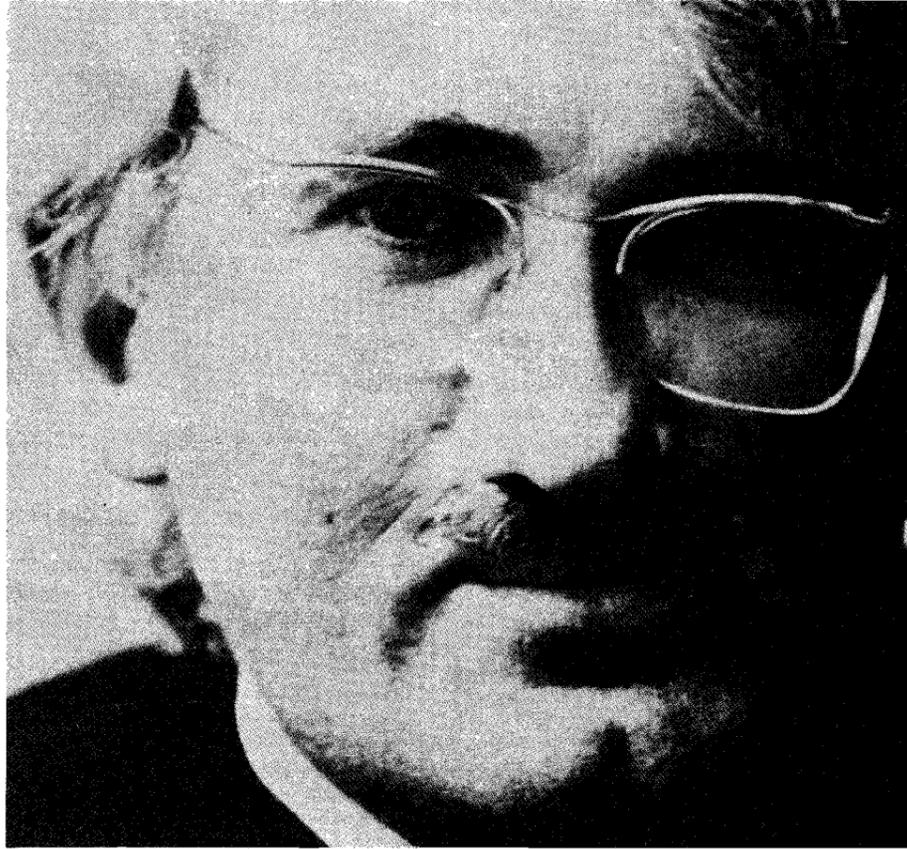
Por Ignacio Sotelo

**Ignacio Sotelo** nació en Madrid en 1936. Licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la Universidad de Colonia. Ha trabajado e impartido clases en varios países iberoamericanos. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran Sociología de América Latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

Ha corrido la voz que la modernidad ha terminado. Nos encontraríamos ya al otro lado de la frontera, en tierra incógnita que sólo cabe nombrar añadiendo un *después* a lo ya conocido. Al decir de Alain Touraine o de Daniel Bell, vivimos en la «sociedad posindustrial», o en la «poshistoria», si preferimos el neologismo que propuso, hace ya bastantes años, Alejandro Kojève y que ha vuelto a emplearse en este último lustro. El «capitalismo tardío», perdida ya toda ilusión, se ha convertido en «poscapitalismo», e incluso no ha faltado quien haya llamado «poscomunista» al nuevo sistema económico de algunos países del Este. De América nos llega la algarabía de los posmodernos, como se designa a las nuevas corrientes en las artes plásticas, en arquitectura, en literatura. Después del «fin de las vanguardias» pareciera que la última tendría que negarse como tal para adquirir carta de naturaleza; los posmodernos, empero, no constituyen una vanguardia más, ni siquiera una disfrazada de antivanguardia, porque carecen del rasgo esencial que las define, a saber, un afán de innovación radical que las impulsa a cuestionar todo lo existente. Al haberse quebrado lo que quedaba por romper y no haber provocación, por descomunal que fuere, que pueda surtir algún efecto, las vanguardias han llegado a su punto final. Las vanguardias tenían como referente a la modernidad, aunque en la forma negativa de aspirar a su destrucción; los posmodernos apuntan a otra cosa, difícil de precisar, porque se mezclan elementos varios y se entrecruzan sendas distintas, pero que, en todo caso, se produce en un contexto en el que se escamotea el sujeto —sólo se perciben estructuras y matrices—, se difuminan las diferencias entre los géneros —la filosofía se convierte en literatura o la pintura en escultura—, fundidos en una misma cultura de masas que ignora o rechaza los reservados o compartimentos especiales. El posmodernismo americano proviene obviamente del posestructuralismo, cuando no es simple expresión del neoconservadurismo político que caracteriza a lo que en Alemania se conoce por la «Tendenzwende», el cambio de rumbo, que se detecta desde comienzos de los setenta. De Francia, en fin, nos llega la conceptualización filosófica de lo posmoderno. Jean-François Lyotard define «la condición posmoderna» en relación con el nuevo estatuto que adquiere el saber en la sociedad posindustrial. Desde comienzos de los sesenta, la filosofía francesa logra ir desprendiéndose de la influencia aplastante de Hegel. Todavía a su sombra, Georges Bataille se arriesga a pensar «lo heterogéneo», aquello que escapa a la razón totalizadora y que, por ende, existe rompiendo las reglas del juego y sin derecho a la existencia. Con el estructuralismo de Lévi-Strauss, la aniquilación de la historia en Foucault y la «deconstrucción» del texto escrito en Derrida, la filosofía francesa de estas dos últimas décadas revela el pensamiento propio de la posmodernidad.

## Atar cabos dispersos

No es tarea fácil atar cabos tan dispersos. Mientras que en los países anglosajones el modernismo designa a la revolución literaria de los años veinte que llevan a cabo poetas como T. S. Eliot y Ezra Pound, o novelistas co-



Jürgen Habermas

Foto: TILMAN HABERMAS

mo James Joyce y Virginia Woolf, en la literatura española el modernismo habría empezado a finales de siglo para acabar precisamente con la generación del 27. El modernismo francés antecede al español en varias décadas. Baudelaire ensalza a la «modernité», aquel punto en el que el ahora efímero se cruza con lo eterno, sin perder nada de su instantaneidad irreplicable, como la aspiración última de su arte. El modernismo que inicia Baudelaire culmina en Flaubert y Mallarmé. En cambio, ni modernismo ni posmodernismo son categorías que sirvan para orientarse en la literatura alemana, que, al haber quedado brutalmente interrumpida con la dictadura nazi, salta del expresionismo de los años veinte al intento frustrado de recuperarlo en la segunda posguerra. Significado muy distinto tienen moderno y posmoderno en las artes plásticas y en la arquitectura de nuestros días y, desde luego, nos movemos en otras coordenadas cuando utilizamos el doblete moderno/tradicional en una sociología de la modernización. Se dan, pues, desfases cronológicos considerables, así como contenidos semánticos muy diversos, en la utilización de las categorías de moderno/posmoderno; con todo, a estas alturas, nadie duda que son las únicas de que disponemos para probar de poner orden en el caos que nos envuelve. Lejos de ser una moda pasajera, cabe muy bien tematizar la reflexión filosófica actual en torno a la cuestión de la modernidad/posmodernidad, tarea que Jürgen Habermas ha emprendido en el libro que comentamos, al cotejar el discurso de los modernos con el de los posmodernos.

En un momento en que se desvanecen los géneros literarios, parecerá ocioso subrayar que se trata de un texto proveniente de un curso universitario, que conserva la forma de la lección magistral. En este punto, como en tantos otros, muy moderno y nada posmoderno, sigo pensando con el autor que la forma no sólo no resulta insignificante, sino que condiciona y configura sustancialmente el contenido. Incluso en el título se menciona el carácter de lección para advertir de las ventajas y limitaciones del género. Entre las primeras descuella el frescor de la enseñanza viva, la alegría creadora de internarse, en compañía de los alumnos, por la selva de lo desconocido. La otra cara de la moneda descubre los inconvenientes: la espontaneidad del primer encuentro predomina sobre la sistematización

más rigurosa de lo ya elaborado. Habermas permanece fiel al espíritu clásico de la universidad alemana que surge con el rechazo al modelo napoleónico, que convirtió a las universidades del sur de Europa en agencias de divulgación científica al servicio de las demandas del Estado. La función de la universidad no consiste en propalar conocimientos ya adquiridos, sino en enseñar a conquistar otros nuevos. En consecuencia, la lección magistral no significa un compendio, una síntesis general de lo ya sabido y publicado, sino un primer escaqueo sobre un tema nuevo. En seminarios y cursos, Habermas se ha ocupado por vez primera de los temas que después, trabajados, ha convertido en libros. En la universidad ofrece un pensamiento en formación —no importa tanto los resultados como el enseñar a pensar—, dejando para las publicaciones posteriores la elaboración rigurosa de lo pensado en comunicación directa con los alumnos. Hay instituciones de enseñanza superior, me resisto a llamarlas universidades, en las que, por el contrario, el ideal consiste en ofrecer dogmáticamente desde la cúspide los resultados alcanzados y, antes que ofrecer un pensamiento en embrión, con todos sus fallos y dudas, estarían encantadas si pudieran transportar a los alumnos por autopistas terminadas, a ser posible sin bache alguno y perfectamente señalizadas.

El pensador todavía en vida más conspicuo de la modernidad, heredero, que no epígono, de la escuela de Frankfurt, se enfrenta a un pensamiento que, como el posmoderno, se coloca fuera de su horizonte, después de pretender haber aniquilado los supuestos sobre los que descansa su propia filosofía. Publicada la que bien pudiera ser su obra principal, *Theorie des kommunikativen Handelns* (1981), para Habermas habrían quedado despejadas las aporías que surgieron con el despliegue de la razón ilustrada al poder ofrecer, desde la perspectiva de la «acción comunicativa», una fundamentación nueva de la razón y de la sociedad, que serían capaces de dar cuenta de la dinámica y del contenido normativo de la modernidad. Lo inquietante para Habermas, pero también lo curioso y hasta sorprendente, es que, pese a haber resuelto los problemas más acuciantes, no haya cesado el clamor que anuncia el fin de la modernidad. Las voces más extrañas, desgarradas o imprevisibles, vienen de Francia, donde el pensa-

miento posmoderno ha arraigado con mayor fuerza. Un dato harto sospechoso para una buena parte de los profesionales alemanes dedicados a la filosofía, que suelen estar convencidos de que el país vecino no habría dado desde Descartes un filósofo verdaderamente grande. Tantas veces han sido fascinados con el don inigualable de los franceses de crear corrientes intelectuales o levantar prestigios personales prácticamente de la nada, que toda precaución es poca. Los posmodernos en filosofía bien pudieran ser otra moda francesa, como la del existencialismo en los años cincuenta, sin que deje mayor rastro.

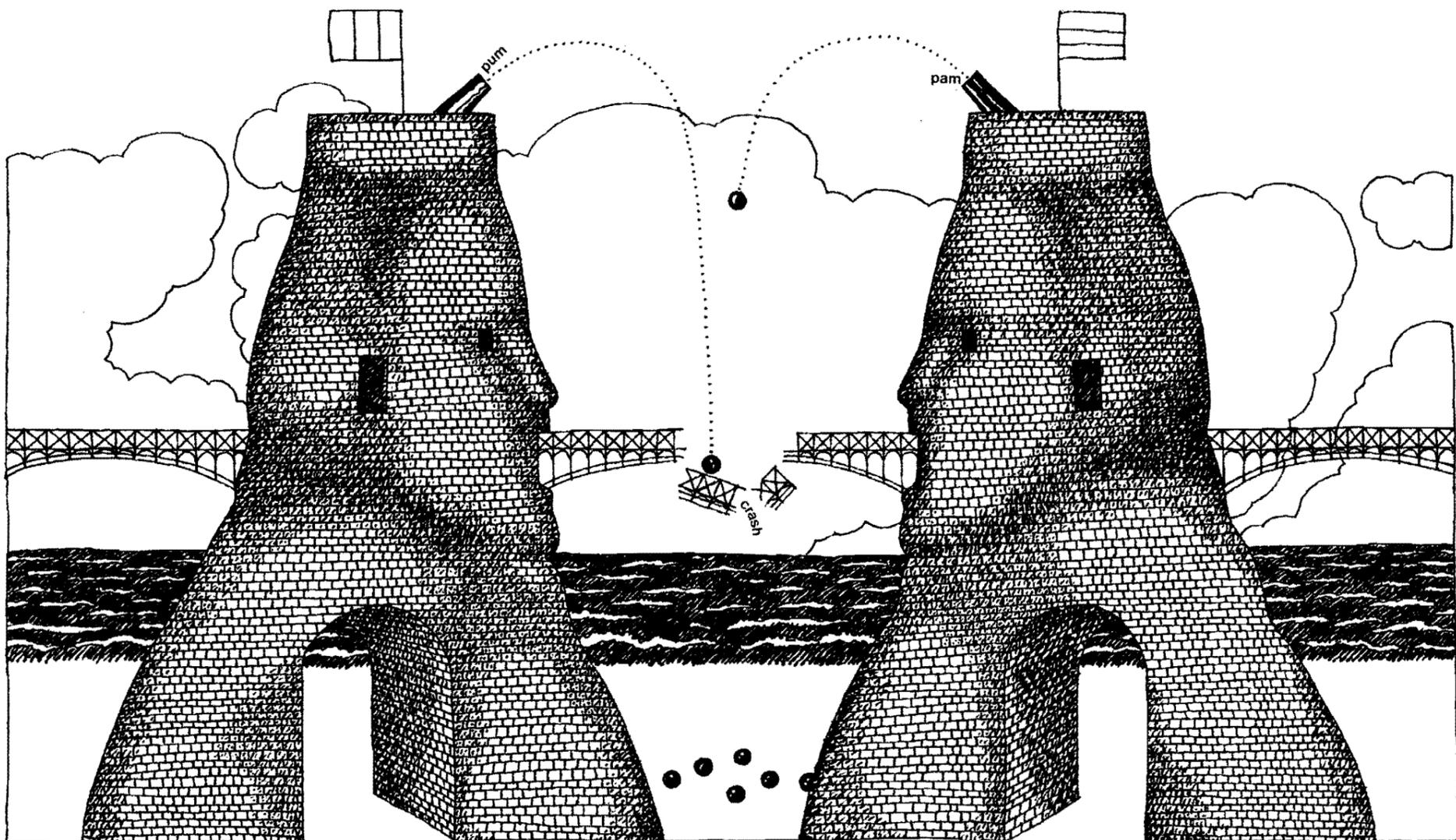
La intención de Habermas, que constituye la línea maestra de sus lecciones, es contrastar el discurso de los modernos con el de los posmodernos, de modo que quepa corroborar o refutar la validez de las críticas de los que pretenden haber superado la modernidad. Pero ocurre que el discurso de los modernos que reconstruye Habermas es exclusivamente alemán. La modernidad habría alcanzado su «conciencia» en Kant y en Hegel su «autoconciencia». Hegel es el primero que tematiza la modernidad, así como el que establece las reglas dentro de las cuales cabe ir variando el tema: la dialéctica de la ilustración. El principio constitutivo de la modernidad es el de subjetividad con sus connotaciones de individualismo, derecho a la crítica, autonomía y autolegitimación. Después de Hegel el destino de la filosofía consiste en el esfuerzo titánico por desprenderse de su sistema, sin renegar de sus planteamientos, que coincidirían con los de la modernidad. Manteniéndose fiel a los contenidos normativos y a los postulados racionales de la ilustración, hay que librarse de la idea hegeliana de razón que disuelve todas las aporías y reconcilia todas las contradicciones, pero, como ya puso de relieve la primera generación de hegelianos, desgraciadamente sólo en el ámbito de la idea. En esta necesidad de superar a Hegel, conservando sus planteamientos, «somos todavía contemporáneos de los jóvenes hegelianos» (pág. 67). Habermas comprime la filosofía después de Hegel en la historia de las buenas superaciones del maestro, es decir, aquellas que conservan su dimensión emancipadora —de Marx a Habermas— frente a las malas, que convierten a la ilustración en su negación y que tendrían todas un mismo origen en Nietzsche. El llamado pensamiento posmoderno no sería más que explicitación, variación o continuación del de Nietzsche. Así como para Habermas el discurso de los modernos es exclusivamente alemán, el de los posmodernos, aunque tenga también un origen alemán que alimenta en Alemania un posmodernismo, conservador cuando no reaccionario, que va de Martin Heidegger a Arnold Gehlen, tendría hoy su expresión más cabal en tres pensadores franceses: Bataille, Derrida y Foucault.

## Raíz hegeliana

El tema querido es el de la relación crítica entre modernidad y posmodernidad, si se quiere el contrapunto de Hegel y Nietzsche, con todas sus consecuencias. La modernidad sería en su última raíz hegeliana, porque es Hegel el primero que la piensa y, en este sentido, la constituye, aunque el modo que tiene de pensarla nos obligue a rechazar la idea totalizadora, omnicompreensiva, de razón que Hegel maneja. La posmodernidad, en cambio, arranca de Nietzsche —crítica de la razón histórica, desenmascaramiento de la razón como poder, reconversión de la filosofía en mitología— y se mueve en su órbita. Un tema implícito, de ningún modo intencionado y que puede parecer de segundo orden, es el tipo de relación entre la filosofía alemana y la francesa que subyace en los planteamientos de Habermas. Concluamos echando una mirada rápida a ambas cuestiones.



Viene de la página anterior.



MIGUEL ANGEL PACHECO

Hay filosofías que brotan de una intuición fundamental que el pensador desarrolla minuciosamente, a lo largo de su vida, sin apenas contacto con lo que se ha pensado en el pasado o se piensa a su alrededor. Charles Fourier encarna hasta la caricatura este tipo de pensamiento encerrado en sí mismo, sin comunicación con los demás. Otras, en cambio, son expresión de un diálogo permanente con la tradición y con los contemporáneos. A este segundo tipo pertenece de manera cabalmente ejemplar la filosofía de Jürgen Habermas, que ha tomado forma en relación con otros pensadores, concretamente Hegel y Marx, hasta el punto que cabe diferenciar las distintas etapas de su evolución intelectual por el interlocutor con el que se mantiene preferentemente en comunicación. Parte Habermas de la «teoría crítica» que encarnaron Horkheimer y Adorno; asume sus contenidos prácticos emancipadores, a la vez que se distancia de sus supuestos epistemológicos. La cuestión que plantea el primer Habermas, y que marca los márgenes dentro de los cuales va a transitar su pensamiento posterior, reza: cómo fundamentar científicamente una praxis emancipadora. Afán que le lleva a una discusión fructífera —por lo que asimila y por lo que rechaza— con la teoría de la ciencia, pero sobre todo con la filosofía analítica y la filosofía anglosajona del lenguaje. Las dificultades crecientes con el marxismo, sobre todo después de la gran desilusión de mayo del 68, le llevan a una «reconstrucción del materialismo histórico», en la que a su manera recupera elementos fundamentales del marxismo, a la vez que repudia otros no menos constitutivos. Esta práctica de la discusión creadora con los interlocutores más diversos —Marx, Adorno, Piaget, Peirce, Mead, Chomsky, Luhmann, para citar sólo unos pocos nombres de una larguísima lista posible— explica que el pensamiento de Habermas haya culminado en una «teoría de la comunicación» que salva y hace de nuevo operativo el concepto de razón. Encaramado a esta altura, era de esperar que el paso siguiente consistiese en enfrentarse a la filosofía posmoderna más reciente, máxime cuando quedaba fuera de su horizonte intelectual y ponía en tela

de juicio los conceptos de razón y de praxis que sustentan a la modernidad y a los que Habermas ha consagrado, en los últimos veinticinco años, su considerable inventiva y enorme capacidad de trabajo.

### Inevitable confrontación

Inevitable la confrontación entre la filosofía moderna y posmoderna desde la perspectiva de la modernidad; hasta ahora los posmodernos habían dirigido sus ataques a la modernidad sin recibir apenas respuesta. Habermas acierta en los capítulos en los que expone el discurso de los modernos —es su fuerte—; fracasa en la recepción de los posmodernos, fracaso que se manifiesta en el hecho, tan sintomático como sorprendente para el lector habitual de Habermas, de que esta vez el filósofo de Francfort no asimile nada de la filosofía con la que polemiza, no descubra en ella el menor aporte significativo, circunscrita de antemano a una readaptación de Nietzsche, es decir, de lo ya conocido. El examen que realiza del pensamiento posmoderno francés —lo cita siempre en traducción alemana—, lejos de abrir nuevas cuestiones y perspectivas, se agota en ir cerrando todas las puertas al reducirlo a sus propias categorías, con lo que confirma los juicios y prejuicios que los posmodernos albergan sobre su obra. La relación modernidad/posmodernidad que los posmodernos conciben como ruptura la reinterpreta Habermas como complementaria: la dialéctica de la modernidad incluye su negación anti-ilustrada. Imposible establecer un entendimiento entre estas dos posiciones: la comunicación exige un contexto, un horizonte común, que es precisamente lo que ha desaparecido.

Los hermanos Hartmut y Gernot Böhme, en la introducción al libro *Das Andere der Vernunft. Zur Entwicklung von Rationalitätsstrukturen am Beispiel Kants* (1983), han condensado la intención última de la filosofía posmoderna, justamente en la oposición a Habermas: «no puede tratarse ya de completar el proyecto de los modernos (Habermas), sino que de lo que se trata es de revisarlo». Cuan-

do la modernidad ha producido más de un Auschwitz, no cabe retroceder sin pensar hasta el final en el epígrafe goyesco: «el sueño de la razón produce monstruos». De acuerdo con Habermas con que hay que superar la «filosofía de la conciencia», centrada en el sujeto, y que ha constituido un logro importante el incrustar la razón en la comunicación, depurada ya de cualquier residuo metafísico, devolviendo al «logos» su significado originario de palabra y razón. Pero el haber ubicado la razón en la acción comunicativa no basta para eliminar el principio de identidad que subyace en el racionalismo que informa a la modernidad. Identidad de la razón que convierte en parte de ella lo que consigue asimilar y da por no existente lo que se resiste a ser digerido. Los posmodernos no sólo desenmascaran con la ayuda de Nietzsche y de Freud a la razón como poder o represión, sino que reivindican un espacio libre para *lo otro que la razón*, para aquello que no por resultar inasequible racionalmente dejaría de existir o de tener derecho a la existencia. Fiel al discurso racionalista de la identidad, Habermas interpreta el discurso posmoderno no como el afán de abarcar *lo otro que la razón*, sino como el discurso anti-ilustrado que comporta la dialéctica de la ilustración. Interpretación que permite destacar el fondo conservador, a veces reaccionario, del discurso posmoderno, cabalmente anti-ilustrado. El discurso moderno, incluso en su última versión de «razón comunicativa», conserva su dimensión crítica y emancipadora —en este sentido sería de iz-

quierda—, mientras que el posmoderno expresaría la reacción conservadora a la ilustración, que le ha acompañado desde el comienzo.

La filosofía posmoderna francesa, que tanto ha dado que hablar, la reduce Habermas a una mera reprimación del pensamiento reaccionario de Nietzsche, a su vez un momento —el de la negación— de la dialéctica de la ilustración. Tanto ruido para nada. Francia habría superado el período llamado de dominio de las tres hachas (Hegel, Husserl, Heidegger) para no encontrar mejor asidero que Nietzsche. La filosofía francesa, obligada a seguir traduciendo del alemán y sin aportar nada nuevo o sustancial, con el cambio habría perdido más que ganado. Y ciertamente, desde los supuestos hegelianos que siguen implícitos en Habermas, tampoco podría ser otro el resultado de su análisis. El discurso, exclusivamente germánico, de la modernidad que reconstruye Habermas trunca y al final imposibilita el diálogo filosófico entre la modernidad y la posmodernidad, pero también entre Alemania y Francia. Dejemos constancia de ello, sin espacio ya para extraer algunas consecuencias posibles para nuestro común futuro europeo. Para terminar baste señalar que resulta difícil concebir un diálogo fructífero entre la filosofía alemana y francesa mientras falte el tercer pie del trípode sobre el que se levanta el pensamiento moderno: la filosofía anglosajona. Sin los británicos como punto de referencia y de mediación, no hay diálogo productivo entre Francia y Alemania. □

### RESUMEN

La intención de Habermas, escribe Ignacio Sotelo, es contrastar el discurso de los modernos con el de los posmodernos. Subraya la difícil concepción de un diálogo

fructífero entre la filosofía alemana y la francesa si falta el tercer trípode sobre el que se levanta el pensamiento moderno: la filosofía anglosajona.

Jürgen Habermas

*Der philosophische Diskurs der Moderne.*

Suhrkamp, Francfort, 1985. 450 páginas.

# Heidegger según Steiner

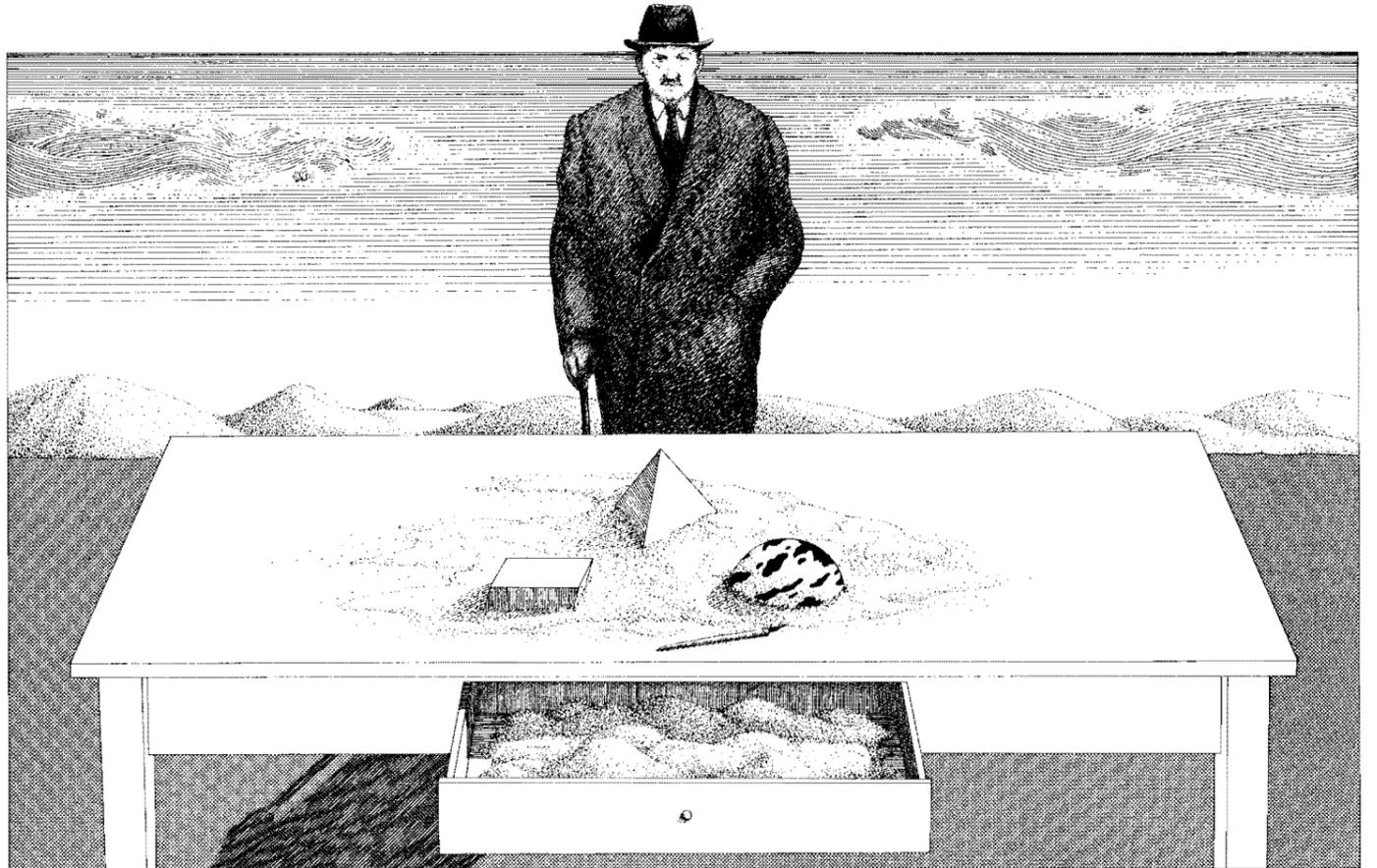
Por José María Valverde

José María Valverde nació en 1926 en Valencia de Alcántara (Cáceres). Es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona y ha sido profesor en Canadá. Es, además, ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros autores. Ha escrito, con Martín de Riquer, una Historia de la Literatura Universal.

Entre las fechas solemnes del curso 1986-87 descuella la conmemoración de los diez años de la muerte de Martin Heidegger. En sentido editorial, cabe decir que aún es pronto para una interpretación, o incluso una lectura de conjunto: de los 57 volúmenes que tendrán sus obras completas, todavía sólo ha salido alrededor de la mitad, principalmente de los 16 volúmenes que recogen libros ya conocidos —el resto son cursos universitarios de Marburgo y Friburgo—. Pero ¿quién de nosotros tendrá vida para leer, rumiar y sacar una visión de conjunto de ese más de medio centenar de nada fluidos tomos, el día que estén a mano? Heidegger ya vale ahora —en expresión recogida por Steiner— como «rey secreto del pensamiento», al menos para muchos, sin necesidad de aguardar a esa totalidad que acaso se complete bajo otra constelación en la historia de la cultura.

En todo caso, a partir de la muerte de Heidegger, el trabajo de exégesis y divulgación de su pensamiento se ha hecho más plausible y más apremiante. Aquí, sin pretensión de conferir ningún título de primacía absoluta, queremos resaltar el libro probablemente más útil que se ha escrito sobre Heidegger en esta década tras su muerte: *Heidegger*, de George Steiner, que, aparecido en inglés (Fontana/Collins) en 1978, se traduciría en México (Fondo de Cultura Económica) en 1983, y que con suerte, empieza a no ser imposible encontrar en algunas librerías españolas. Por cierto, el libro está insólitamente bien vertido y anotado por Jorge Aguilar Mora (aunque, como excepción confirmadora de la regla, en página 164, Heidegger no era un «alemán ordinario» sino un «catedrático alemán»). Esta breve obra —200 páginas— no oculta estar escrita por invitación editorial y, al parecer, tras la renuncia de algún especialista que había empezado tal tarea.

Como es sabido, George Steiner —y aquí está sin duda la clave del singular valor de este libro— es famoso no precisamente como filósofo ni como historiador de la filosofía, sino como un peculiar crítico del lenguaje, y, desde éste, de la literatura y de la cultura en general. La base de sus tareas es la consideración de la pluralidad de las lenguas y la dificultad de la traducción —*Después de Babel*, se titula su más ambicioso libro—: a partir de ahí, y de la implicada toma de conciencia de que el lenguaje y el estilo son la forma concreta de toda vida mental y cultural, Steiner presta atención especial al problema del totalitarismo en la cultura, y, en sus propios términos, a «las lecturas trágicas del hombre y el Estado» —así, el caso Sócrates, o el caso de la tragedia, sobre todo, en *Antígona*, figura ésta que centra un reciente libro suyo—. Conviene conocer un dato biográfico: George Steiner es de familia vienesa judía, emigrada a tiempo de salvar la vida, y creció en París, consustanciándose con el francés como segunda lengua. Pero su desarrollo cultural sería en Inglaterra, cuya lengua —como en el caso de sus paisanos Popper, Gombrich y otros— llegó a ser su vehículo de trabajo y de escritura: un inglés, por cierto, tan atildado y distanciado que deja entrever que su autor no es un nativo. Mientras escribimos, según nuestras noticias, Steiner enseña en la Universidad de la cosmopolita Ginebra, en una cátedra que —llámese de literatura comparada o como se llame— será sin duda la «cátedra Steiner». El ha llegado alguna vez a temer que su condición trilingüe le estorbara para tener



ALFONSO RUANO

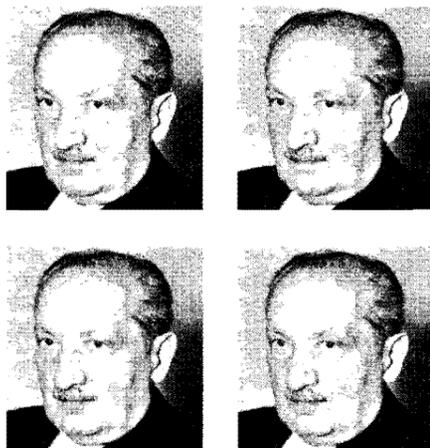
una personalidad definida ante sí mismo: una vez contó que, tras un accidente de circulación en que quedó sin conocimiento, preguntó a su mujer en qué idioma había gritado ante el choque. (No indicaba Steiner la respuesta de su mujer, ni la lengua materna de ésta, ni la lengua en que solía hablar con ella.) Esa peculiar situación lingüística sería caracterizada por él con el título de la colección de ensayos que le situó en la plena celebridad: *Extraterritorial*. (Por cierto, evitese la traducción —digamos— española, donde, por ejemplo, el título del trabajo central, «The language animal», se vertía por «El lenguaje animal», y no por «El animal de lenguaje», como definición del hombre en cuanto animal con

logos, que no es tanto «razón» cuanto «lenguaje» —y con ello ya nos acercamos a Heidegger—.)

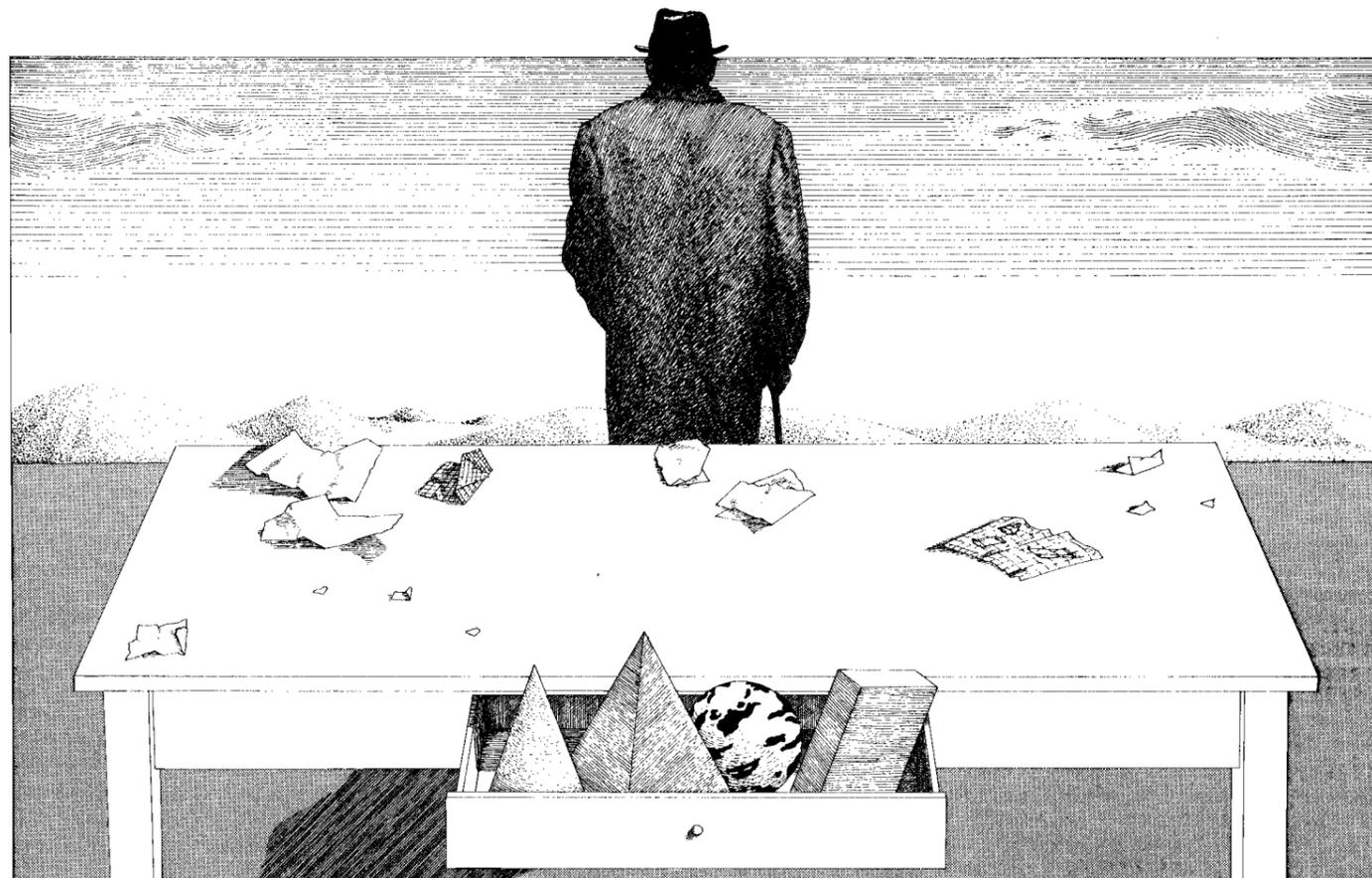
Todo esto hacía de Steiner un autor con una perspectiva única y especialmente fecunda para escribir un libro sobre Heidegger —aunque él empiece por advertir que es una tarea imposible de realizar adecuadamente—. En efecto, el atractivo de esta obra se basa no tanto en que presente una lectura no profesionalmente filosófica, y por tanto útil —como decíamos— para muchos lectores no especializados, cuanto en que responda a una conveniencia esencial: a Heidegger es oportuno tomarle precisamente por su lenguaje, por su estilo, para poder preguntarse por su me-

tafísica. Steiner empieza recogiendo la duda, flotante en el ambiente, de si la obra de Heidegger es realmente —como entienden muchos— una cumbre esencial en la cordillera de la historia filosófica, o si es lo que, en lenguaje achulapado, se llamaría «un camelo». Al final del libro no ha tomado partido en el dilema, pero sí ha dejado en claro que la aventura de Heidegger es importante para todos porque consiste en el intento de lograr una nueva manera de hablar —dentro de la filosofía, que ya es de por sí un peculiar repertorio de modos de lenguaje; pero, en cierto modo, contra la filosofía tal como se ha hecho a lo largo del tiempo—.

Pues, como es sabido, Heidegger se propone volver al origen del pensar teórico en Grecia, no para reconstruirlo arqueológicamente, sino para criticarlo en su misma fuente y ver en qué radicó su temprano «olvido del Ser», esa suerte de pecado original aún por redimir, que se cometió en términos lingüísticos. En *De camino al lenguaje (Unterwegs zur Sprache)*, en diálogo con un japonés, dice Heidegger —traducimos—: «Nuestro pensar de hoy tiene la tarea de pensar aún más en griego lo pensado en griego.» Tal «destrucción» —«deconstrucción», dirá su discípulo Derrida— de la historia de la filosofía puede parecer, a primera vista, que asume la magna revisión predicada por Nietzsche. Pero esto no es exactamente así: y en tal punto es donde creemos que este admirable libro no llega al fondo de la gran cuestión «filosofía-como-lenguaje». A nuestro juicio, Nietzsche fue el primer filósofo —o antifilósofo— que tomó plena conciencia de la condición lingüística del pensar, inevitable incluso en su pretensión más abstracta —la filosofía nunca deja de ser «lengua y literatura», estilo e incluso gramática y fonética, y ello no como estorbo, sino como encarnación: «el estilo de un filósofo», dice en cierto aforismo, «anticipa el sentido de su pensamiento»—. Así, Nietzsche socavó el concepto que hasta él tenía de sí misma la filosofía, mostrándola más bien como un *lapsus linguae*, como un uso imposible del lenguaje —aunque eso, «afortunadamente», según él, no se descubrió hasta que llegó él mismo: «afortunadamente», porque así tenemos el maravilloso espectáculo de la historia de la filosofía, basada en un fecundo malentendido, en una «felix culpa»—. ➔



Viene de la página anterior.



ALFONSO RUANO

Pero Heidegger, según sorprende ver en sus dos volúmenes sobre Nietzsche y, por ejemplo, en el ensayo que le dedica en *Holzwege* (*Senderos de bosque*, se ha traducido con inevitable vaguedad), no toma de éste su conciencia lingüística, sino que le estudia sólo por sus temas e ideas. Y eso forma parte del hecho de que su propia conciencia lingüística se queda a medio camino, sin querer atender a la concreción de las formas y mecanismos del lenguaje y, más aún, buscando arbitrariamente unas presuntas raíces de verdad prístina que quedarían en las palabras mismas —contra toda la evidencia ofrecida por la lingüística moderna—. Volvemos a ceñirnos a Steiner para situar a Heidegger en la cuestión «lenguaje-filosofía»: en la primera de las tres partes de su libro *Algunos términos básicos*, señala que se han dado varios modos de tomar el lenguaje en la historia filosófica: uno común, inconsciente, normal —así, Descartes y, ejemplo menos evidente, el segundo Wittgenstein—; otro, en que el filósofo da un decisivo giro esencializador a algunos vocablos habituales —Aristóteles, «ousía»; Hegel, «aufheben»; pero conste que estos términos son de nuestra elección—; un tercero, en que el pensador tiene conciencia del lenguaje, pero para criticarlo a la luz de unos ideales lógicos y científicos —la filosofía analítica—. Entonces —y aquí hablamos en términos nuestros— Heidegger estaría en otra posición: la de reconocer que el pensamiento filosófico, como cualquier otro, no puede ser sino lenguaje, pero no para someter a éste a un suspicaz examen desde un modelo abstracto, sino para aceptarlo poéticamente en sus formas y sugerencias propias y, más aún, para hurgar en sus entrañas —literalmente, «destriparlo»—, buscando un legado oscuro de prístinos saberes que todavía contendría y que habrían quedado olvidados a fuerza de cientificismo y de civilización técnica y multitudinaria.

### Raíces y afijos

Esta creencia da lugar, como subraya muy bien Steiner, a que Heidegger tenga en la etimología su recurso esencial. En su propia lengua alemana, ello le lleva a la descomposición de las palabras en raíces y afijos, a menudo separándolos con guiones, y a la referencia, a veces un tanto arbitraria, a viejos

significados originarios —en ocasiones, dialectales—. Ciertamente, para quienes no tenemos el alemán como lengua propia y lo hemos aprendido no por convivencia inocente, sino con intención cultural —desde las «raíces», en sentido gramatical—, este método puede ser muy sugestivo, enriqueciéndonos en la lectura. Pero para el hablante alemán normal, el resultado es una jerga chocante, porque él, al hablar, no es consciente ni de los elementos radicales ni de los afijos en las palabras, ni mucho menos de sus etimologías. (Aún quedan escritores entre nosotros que, como Unamuno, caen bajo la superstición de las etimologías.) Por eso, para darse cuenta, aunque inevitablemente a medias, de lo que puede parecer el «idiolecto» de Heidegger a los alemanes, más aún que el famoso ataque de Adorno —cuyo título debía haberse traducido por *La jerga de la autenticidad*, pero se tradujo por *La ideología como lenguaje* (Taurus, 1971)—, nos puede servir la caricatura que hace Günther Grass en su novela *Años de perro*, en boca del auxiliar de aviación Störtebecker. Pero Heidegger no se limita a aplicar el método etimológico a su propia lengua, sino que lo usa en el griego —ahí, con plena impunidad—; a esa lengua que él mitologiza como lo que hizo posible el pensar filosófico y, a la vez, como culpable del prematuro olvido del Ser, por cierto equívoco gramatical en la palabra «ón» («ente»). Cita Steiner: «La palabra “filosofía” ahora está hablando griego.»

Ahí creemos que está el punto esencial: Heidegger, quizá gracias a W. v. Humboldt, directamente o a través de Cassirer, pero más aún por su temperamento de literato dispuesto a jugar un tanto joyceanamente con las palabras, se había encarado, como Nietzsche, con la perogrullada de que pensar no es sino hablar, pero, como indicábamos ya, se resistió a mirar su azarosa modestia estructural, aparte de las «palabras», mágicas una a una. Y así, en vez de asumir la realidad del lenguaje más vivo y literario —donde no valen las etimologías y, como dice el proverbio, «no hay más cera que la que arde»—, se echó atrás en busca del presunto «origen» de las palabras.

Tal reacción, y aun «marcha atrás», tiene una implicación «reaccionaria» —concretamente, nazi, como señala con detalle Steiner—, pero, sobre todo, nos parece un mal-

entendido que amenaza desvalorar la historia entera de la filosofía en cuanto línea privilegiada —si se quiere, atípica, y aun extravagante— dentro de la historia del lenguaje humano. En efecto, en ese retroceso «en busca del Ser perdido», a ver si le vuelve a alborrear en su personal neopresocratismo, Heidegger desdeña la magna hazaña —madura ya desde Aristóteles, y llegada a su extremo cuando Kant critica el argumento de San Anselmo— de la comprensión de la palabra «ser» como la palabra más vacía, universal y flexible: como el último horizonte de todo pensar; abarcando tanto lo real como lo irreal, lo posible, lo ideal, existente o no... En cambio, Heidegger parece empeñado en concretar la palabra «Ser» casi como el nombre de una suerte de Dios oscuro —según él, por ejemplo, algo análogo a la «natura» de Leibnitz, a quien también atribuye un sentido del Ser como Voluntad que más bien nos parece schopenhaueriano—. Para Heidegger —admirador de Pascal, aunque nada cristiano y con un sentido opuesto del estilo—, hablar del Ser como, sobre todo, la mera cópula «es», o, en general, con una variedad analógica en que la existencia no esté privilegiada, tiene algo de frivolidad, de «Gerede», de hablar por hablar. Acaso la obra entera de Heidegger es un análisis —y aun un rechazo— de la «analogía entis», a partir del libro que Steiner señala que en su juventud le puso en el camino filosófico: *De la múltiple significación del ente en Aristóteles* (1862), de Franz Brentano. Ante esa tenebrosa e inconfesada divinidad del Ser heideggeriano, se encontraría sacrificada, «arrojada», la existencia humana, cuya mortalidad sólo serviría para patentizar la temporalidad de dicho Ser. (Gran paradoja, por cier-

to, que el método fenomenológico husserliano, que dejaba entre paréntesis el existir, sea aplicado por Heidegger primariamente a la «existencia más existente de todas», si se permite esta formulación nada académica: el «Dasein», nuestro modo de ser/existir.)

Pero ese primer Heidegger, el del incompleto *Sein und Zeit*, mostraba ya ciertos ecos estilísticos de Rilke —cuyas *Elegías de Duino* y cuyos *Sonetos a Orfeo*, la «parte válida» de su poesía según él, luego asumirán un papel central, como se verá en *Wozu Dichter?* (*¿Para qué poetas?*), de Holzwege—. Tal base estilística no será abandonada, sino intensificada en la nueva y larguísima etapa en que Heidegger quiere desprenderse del todo de las formas mentales de la tradición aún presentes en *Sein und Zeit*. Siguiendo a Steiner, se pueden destacar dos hechos muy diversos en la nueva etapa: en primer lugar, en 1933, la aceptación del nazismo, que, si en términos prácticos, representó sólo unos pocos meses de rectorado universitario, seguidos de dimisión y marginación, en cambio, en los textos y discursos de hasta 1934 tuvo algo de exaltación de un espíritu de irracionalismo afín al del «Blut und Boden» («Sangre y suelo»), nazi —algo de lo que Heidegger, en obstinado silencio, no renegaría nunca—. Pero, en segundo lugar, y ya en el orden del pensamiento más duradero, Heidegger, acaso bajo el influjo del Rilke también anterior a la época que él consideró más válida —esto es, el Rilke óptico y antisubjetivista del *Libro de imágenes* y *Nuevas poesías*, de las «cosas», anterior a las *Elegías de Duino* y a los *Sonetos de Orfeo*—, toma desde entonces el arte y la poesía como caminos para la verdad, esa verdad radical, que la palabra teórica sabe que no puede alcanzar. Ahora el lenguaje, «casa del Ser», habla al hombre —al menos en la gran poesía—: no es el hombre quien habla. El hombre, en principio «arrojado» fuera del fundamento, puede hallar su sentido en hacerse «pastor del Ser», su autenticidad, que en *Sein und Zeit* era estoico reconocimiento del Ser-para-la-muerte, ahora se da mejor en escuchar piadosamente la gran voz del Ser, ese lenguaje ya poco antropomórfico, confusa pero elocuentemente resonante a través de ciertos poetas, incluso dejando entrever vagas mitologías —como el «Geviert», la «cuaternidad» de dioses-mortales-cielo-tierra—, todo ello con una actitud mental que ya no quiere apoderarse rapazmente de nada para devorarlo en su jaula, sino que es instalación oyente, aceptando la circularidad tautológica en el pensar. (En una versión hoy de moda, el «pensiero debole» de Gianni Vattimo.)

El lector puede opinar que Steiner, al subrayar tanto la relación de Heidegger con el nazismo, «respira por su herida», con una historia ya vieja —que por otra parte le estorba para ver los problemas de nuestro mundo capitalista—. Pero precisamente la perspectiva política puede ser útil para reflexionar sobre el sentido de la actual importancia de Heidegger a modo de santo patrono del postmodernismo. Quizá el Heidegger post-*Sein und Zeit* vale hoy para un repliegue evasivo ante los conflictos y las llamadas morales que nos lanza el mundo, dando a esa retracción egoísta un aura de escape o retorno al Edén perdido de un Ser aún más sugestivo por no asumir rostro ni humano ni divino. □

### RESUMEN

George Steiner no es ni filósofo ni historiador de la filosofía, sino un especialista en lenguaje, literatura y cultura en general. Desde esta óptica se encara con la figura del filósofo alemán

Martin Heidegger. José María Valverde valora positivamente el punto de partida de Steiner: hay que arrancar del lenguaje y del estilo de Heidegger para poder preguntarse por su metafísica.

George Steiner

Heidegger.

Fondo de Cultura Económica, México, 1983. 200 páginas.

# Política y literatura

Por Francisco Ayala

**Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra, como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos) donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros destacan Los usurpadores, El jardín de las delicias y Recuerdos y olvidos (del que ya ha publicado dos volúmenes).**

Cierto escritor a quien yo conocí muy bien, cuyo nombre no figura en el catálogo de la *Literatura fascista española* publicado por Julio Rodríguez Puértolas (y que, por supuesto, no he de mencionar aquí), fue sujeto de un curioso avatar durante los primeros meses de la guerra civil. Joven poeta ya algo conocido para entonces dentro del mundillo literario madrileño, había mantenido hasta el momento de la sublevación sus simpatías republicanas sin decidirse, como otros colaboradores de «La Gaceta Literaria», a una u otra decantación extremista; y así, cuando las fuerzas insurgentes se acercaban a Madrid y creían tirios y troyanos en la inminente caída de la capital, nuestro hombre, temiendo no sin razón por su suerte, buscó asilo en una embajada que, en efecto, le abrió sus puertas. Allí fue acogido con alborozo por algunos de sus amigos, falangistas que, refugiados frente a la marejada del terror rojo, daban por sentado sin más averiguaciones que el recién llegado venía a unirseles en aquella isla de salvación a impulsos del mismo miedo. El cuidado no se atrevió por lo visto a desengañarlos confesando que era el temor a la saña de los inminentes «liberadores» lo que lo traía a esconderse; y de este modo, quien se acogía al asilo diplomático en calidad de republicano, permaneció asilado en calidad de fascista hasta que, dos años largos más tarde, por fin salió junto a los demás de su prolongado encierro. Con tales credenciales, ¿cómo no había de tener grata acogida en los medios oficiales del nuevo régimen hasta quedar convertido en periodista de firma asidua y respetada? Ignoro si publicaría necedades y ridiculeces por el estilo de las que con tanta abundancia colecciona Rodríguez Puértolas; no me extrañaría que lo hubiera hecho; pero no lo sé, ni importa demasiado. Si aduzco esta anécdota, a la que podrían añadirse muchísimas otras semejantes, es para mostrar la dificultad de atribuir —salvo casos muy caracterizados— la calificación de fascista a nadie, escritor o no escritor.

Y aun cuando el autor de la *Literatura fascista española* se esfuerza por definir el fascismo en general, y en particular el fascismo español, termina por meter en el mismo saco «a todo aquel que de un modo u otro puso su pluma y su pensamiento al servicio, con todos los matices que se quiera, del régimen político surgido de la sublevación militar contra la Segunda República Española el 18 de julio de 1936. Y también, claro está, a quienes antes de esa fecha formaban parte de las organizaciones que propugnaban la destrucción de la democracia y la creación de un Estado autoritario, así como a quienes después de la muerte del general Franco, el 20 de noviembre de 1975, intentan o un regreso al viejo sistema o simplemente manifiestan una ideología antidemocrática».

Con esta declaración previa, aquellos esfuerzos definitorios se hacen inconducentes y puramente académicos, quedando, a los efectos del libro, simplificado el concepto de «fascista» en los términos de adscripción política a uno de los bandos contrapuestos en la guerra civil, etiqueta paralela y correspondiente a la de «rojo» con que se designó —se denostó— a quienes hubimos de militar en el bando opuesto.

Cabría preguntarse, frente al título del libro en cuestión, ¿qué debemos entender por

«literatura fascista»? ¿Se aplicará el rótulo a aquellos escritos que de alguna manera expresan una ideología fascista, siquiera atribuyamos a tal ideología la amplitud demasiado laxa de «antidemocrática»? ¿O bien a aquellos escritos publicados por individuos de quienes conozcamos su actitud política antidemocrática, por más que se trate acaso, en concreto, de una endecha amorosa? Son cuestiones que afectan a la problemática de la obra y que al lector le ocasionan no poca perplejidad.

Queden por lo pronto en el aire esas preguntas. De cualquier modo, resulta evidente que el nuevo libro de Rodríguez Puértolas incide una vez más en la cuestión de las relaciones entre la actividad intelectual —o su expresión literaria— y la vida política, cuestión que viene siendo infatigablemente debatida desde los primeros decenios de nuestro siglo, y que de entrada lo sitúa en el terreno de la sociología con un enfoque que es sin duda legítimo y fecundo, pero que desplaza el centro de interés en el enunciado titular de su obra desde el sustantivo «literatura» hacia el adjetivo «fascista». No comprenderíamos bien su intención y propósito si pasáramos por alto este sutil cambio de énfasis; a partir de esa intención y propósito deberá ser juzgada.

La guerra civil y el régimen político a que dio lugar ejercieron tal violencia sobre la sociedad española que sus efectos han sido traumáticos y sus huellas —contusiones y cicatrices— en la vida literaria del país resultan por demás evidentes, inocultables. Para empezar, impusieron el exilio —tanto el exilio propiamente dicho como el llamado exilio interior— a quienes por vocación y profesión se dedican al desempeño de las actividades culturales. Apenas hará falta subrayar cuáles fueron las consecuencias que ello tuvo. En cuanto al extrañamiento de los que hubimos de abandonar España, esa fue una amputación más dañosa para España misma que para los que dejábamos nuestra tierra; pues, mal que bien, bajo condiciones de mayor o menor dificultad, pudimos ir saliendo adelante y cumplir en otro suelo la tarea que cada cual consideraba serle congenial, aunque —eso sí— con la penosa secuela de que nuestra obra, sólo tarde y mal conocida aquí, no ha tenido la eficacia que de otro modo hubiera sido lícito esperar, y queda arrinconada como un capítulo aparte, especie de curiosa anomalía, en la historia de las letras patrias.

## Asfixiante atmósfera

Pero lo que para nosotros era ausencia, era encierro y aislamiento para quienes permanecían dentro en una asfixiante atmósfera espiritual. Con toda energía quiero afirmarlo: la situación de exilio interior no se redujo al padecido por los adversarios del bando triunfador reducidos a soportar su opresión, sino también al de aquellos intelectuales que, encaramados al carro del triunfo o uncidos a su yugo, disfrutaban de los gajes, opulentos o mezquinos, logrados mediante su afiliación. Y creo que, paradójicamente, ese exilio interior afectó del modo más patético a los auténticos fascistas; esto es, al grupo de intelectuales (ciertamente, muy reducido: un grupito en verdad minúsculo) que, con plena convicción y buena fe entusiasta, se incorporaron a un proyecto político cuya realidad no tardaría demasiado en defraudarles. Frente a los esquemas de la utopía o a los vagos delirios de la imaginación, toda realidad es defectiva; pero ¿cuánto tiempo tardaría cada uno de esos intelectuales fascistas en reaccionar frente al engaño de sus ilusiones, y cómo sería la reacción de cada cual?

Nuestros intelectuales fascistas estaban seducidos por una ideología irracionalista acunada con elementos emocionales de procedencia tradicional diversa. El fracaso de sus ilusiones idealistas frente a una realidad sórdida y cruel tenía que empujarlos muy pronto a la decantación y una revuelta más o menos



ALBERTO SOLSONA

activa contra lo inaceptable, o bien a cerrar los ojos, contemporizar y, desentendidos, resignarse. En cualquiera de los casos, ello les colocó enseguida en una situación de «exilio interior».

Este proceso se encuentra ya limpiamente esbozado en el librito *Falange y literatura. Antología* (Ed. Labor), que José Carlos Mainer publicó en 1971, y que Rodríguez Puértolas ha tenido bien en cuenta para elaborar su voluminosa *Literatura fascista española*, a la que seguirá también una antología. Como éste, también Mainer situaba su investigación en el terreno de la sociología, dejándole al lector la responsabilidad de valorar, a base de la selección de textos que le ofrece, los resultados artísticos de la producción literaria falangista. Los caracteres generales de esa literatura —lo que pudiéramos designar como su retórica— quedaban ahí bien apuntados; pero siempre hubiera sido deseable, con vistas a facilitar dicha valoración, un análisis a fondo, partiendo de la obra respectiva, de las personalidades implicadas, de modo que esa obra pudiera ser entendida como expresión, a través de la retórica común, de una peculiar actitud frente al mundo. Pues en último extremo los escritores legítimos adscritos a esa ideología resultan ser individuos muy distintos entre sí, irreductibles en cuanto creadores literarios al denominador común que los agrupa.

Al decir esto me refiero, como bien podrá comprenderse, tan sólo a los escritores genuinos dotados de la energía espiritual e intelectual suficiente para prestar algún destello de originalidad a su pensamiento y a su estilo, y no por supuesto a la caterva de escribidores cuyo conjunto forma la llamada «república de las letras» o, en los términos más restringidos que estamos considerando aquí, la «literatura fascista española». Cierto es que, desde el punto de vista sociológico, los escritores mediocres, y hasta los rematadamente

malos y risibles, presentan el mismo interés —dado que la sociología haya de ser en efecto ciega al valor—, y hasta un interés mayor que los verdaderos creadores, por cuanto revelan con toda crudeza los rasgos de la sociedad en cuyo seno actúan. En este sentido, el trabajo de recolección llevado a cabo por Rodríguez Puértolas para su obra más reciente resulta de tremenda utilidad. La amplitud generosa con que ahí atribuye la condición de fascistas a cuantos escritores y escritorzuelos propiciaron en variable grado de entusiasmo y pertinacia el advenimiento del régimen franquista o se adhirieron a él, incluso a veces al salir de la prisión o desde dentro, para servirlo con su pluma, abre ante los ojos del lector el panorama, casi increíble desde la perspectiva actual, de la depravación en que ese régimen sumió a la sociedad española. Asomarse al cuadro que en sus páginas se pinta acaso pueda ser aleccionador, y sin duda funcione para algunos como recuerdo de viejos pecados que «se perdonan pero no se olvidan». Sin embargo, el espectáculo de ese cúmulo de vilezas, chulerías, necedades, cobardías y desvergonzadas adulaciones que se nos pone ante los ojos, produce más bien una profunda tristeza, cuyo único lenitivo sería la reflexión de que el implacable rigor del gobierno implantado por los vencedores dio ocasión también por otro lado —por el lado oculto de la cara de aquella luna siniestra— a ejemplos de abnegación y sacrificio noble, a rasgos de entereza y dignidad en que la condición humana se salva y eleva. Pues es cosa sabida que las situaciones extremas, aquellas que la filosofía existencialista expuso como casos-límite, hacen salir a la superficie tanto lo peor como lo más excelso de la humanidad. Lo detestable de esos sistemas políticos que por principio son opresores radica en que su excesivo ejercicio de la violencia invita a la claudicación con la alternativa del martirio, siendo así que el común de las gentes no tenemos madeira de héroes ni de santos.

La tarea cumplida por el autor es, como digo, muy útil en cuanto que abre camino y ofrece estímulos para análisis de mayor calado. Ya antes apunté en la dirección de un posible estudio con vistas a determinar la peculiar actitud frente al mundo de cada uno de los no demasiado numerosos escritores auténticos a quienes de veras cabe calificar de fascistas, investigándola a través de los recursos retóricos comunes a todos ellos. Este sería un estudio de alcance específicamente literario, destinado a poner de relieve las conexiones concretas que puedan existir entre la ideología adoptada y la individual creación estética. En dirección opuesta, haría falta también aquilatar y discernir mejor —aunque algunos pasos se han dado ya hacia esa meta— los elementos constitutivos de aquella retórica vacía en los tópicos prodigados por los repetidores; o —lo que acaso fuese más interesante— en la contaminación de esa retórica a escritores de ideologías diversas —conservadores, tradicionalistas, integristas católicos, y otros—, seducidos por la aparente novedad agresiva de los «slogans» falangistas.

Son éstas un par tan sólo de las muchas sugerencias que el libro de Rodríguez Puértolas despierta. Esperemos que su meritorio esfuerzo fructifique en nuevos desarrollos propios o ajenos. □

## RESUMEN

*Esta obra del profesor Puértolas incide en las relaciones, infatigablemente debatidas desde hace décadas, entre actividad intelectual y vida política. Para Francisco Ayala, que reconoce lo*

*impreciso y ambiguo tanto del término «fascismo» como también del de «literatura», este trabajo sirve, a la postre, para abrir caminos y ofrecer estímulos hacia análisis de mayor calado.*

**Julio Rodríguez Puértolas**

*Literatura fascista española, I. Historia.*

Akal, Madrid, 1986. 854 páginas.

# El virus de la soledad

Por Carmen Martín Gaité

**Carmen Martín Gaité nació en Salamanca en 1925. Es doctora en Filología Románica y novelista. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con Entre visillos y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: Ritmo lento, Retahilas y El cuarto de atrás. Como ensayista e investigadora ha publicado El proceso de Macanaz, Usos amorosos del siglo XVIII en España y El cuento de nunca acabar.**

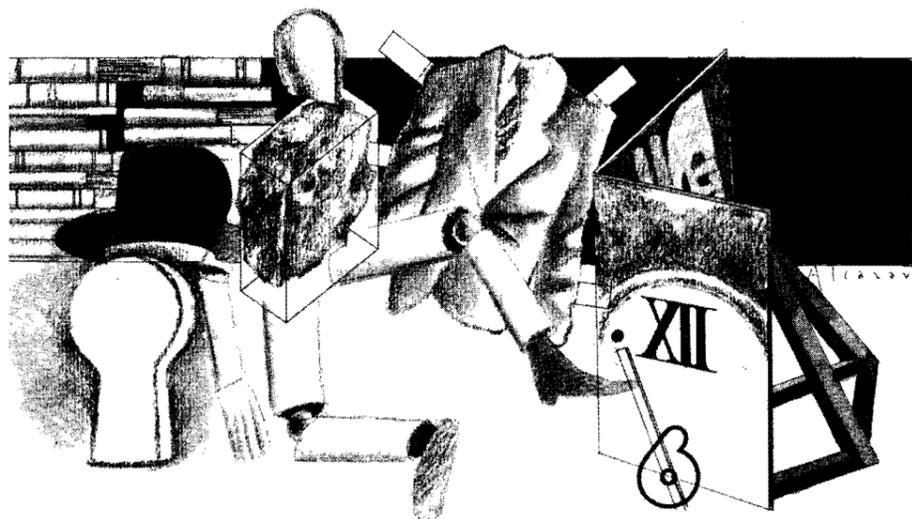
En la última novela de Alvaro Pombo (Santander, 1939) aparece un personaje que nos resulta familiar a todos los que hemos venido siguiendo con apasionada atención el desarrollo de su obra narrativa desde aquellos *Relatos sobre la falta de sustancia*, donde ya se revelaba en 1977 como un escritor obsesionado por la discutible identidad de los seres humanos y por la indagación de las fronteras entre apariencia y realidad, preocupaciones ambas que de entonces acá no ha dejado de transmitir a sus criaturas de ficción.

En este sentido, Gonzalo Ortega, el protagonista de *Los delitos insignificantes*, lleva sin duda «la marca de la casa»: es ese ente de razón en quien el autor acostumbra a delegar para que reflexione, como testigo distante y a la vez implicado, sobre la inconsistencia de la trama argumental que en torno suyo se despliega con altibajos imprevisibles y azarosos. Por trivial y absurda que sea esta trama, siempre en las novelas de Alvaro Pombo puede desembocar en situación límite, a expensas del desgaste mental de quien la padece y se encaña en sus contradicciones, sin dejar tampoco ni por un instante de analizarlas. Así, Pancho y su madre, en *El hijo adoptivo* (posiblemente la más lograda de las piezas narrativas del autor); Pepelín, en *El parecido*, o Kus-kus y Julián, en *El héroe de las mansardas de Mansard*, limitan con la nada existencial, de la cual solamente los separa el ejercicio de su propio discurso mental, acicate de angustia, por una parte, pero garantía de pervivencia, por otra. En el fondo, casi todos los seres de ficción de Alvaro Pombo son espectadores de sí mismos y del magma que los rodea, donde siempre intuyen algo repelente y a la vez fascinante.

Adicto como ellos a la práctica denodada de la elucubración solitaria, el personaje central de *Los delitos insignificantes* va a verse fatalmente envuelto, a raíz de su encuentro con un joven desconocido en la Gran Vía madrileña, en una historia que él mismo contribuye a provocar y de la que al propio tiempo recela angustiosamente por barruntar la amenaza que supone para la conservación de su precario equilibrio existencial. Historia basada precisamente, más que en sus peripecias argumentales, en esa mezcla de fascinación y rechazo con que es vivido lo imprevisible por parte de quien, como Gonzalo Ortega, nunca ha bajado la guardia frente a los asaltos inquietantes de las conductas ajenas capaces de interferir en la suya. En una palabra, Ortega (y esto es lo que sirve de explicación a todo lo que pasa en el libro) le tiene miedo a la vida.

Oficinista oscuro con veleidades literarias y un fondo larvado de homosexualidad sin resolver, ha llegado al borde de la cincuentena huyendo de cualquier enredo argumental que pueda arrastrarle a decisiones enojosas, atrincherado en el propósito de aguantar a palo seco su soledad y de pasar por la vida sin dejar rastro en nadie. Sus orígenes provincianos, su refugio en los libros por repugnancia a la acción y su apatía y timidez congénitas, lo emparentan claramente con los más eximios representantes de la abulia noventayochesca, especialmente con el Antonio Azorín de *La voluntad*, con el barojiano Fernando Osorio de *Camino de perfección* y con casi todos los personajes «nivolescos» de Unamuno.

Se nos cuenta que lleva varios años acendado en un piso impersonal de Ríos Rosas, donde los libros proliferan hasta por las paredes del pasillo, que viste con descuido y



JOSE ANTONIO ALCAZAR

que «había adquirido con los años una especie de estupor fisionómico, una inmovilidad mineral» que lo hacen poco atractivo y lo ponen a salvo de miradas curiosas, que es precisamente lo que él pretende: mirar sin ser mirado.

La desgana preside sus relaciones con el único conocido que frecuenta en Madrid, un tal Hernández, con quien acostumbra a reunirse una vez al mes por pura rutina, sin que en el curso de esas esporádicas tertulias ninguno de los dos escuche realmente al otro. Hernández, solterón tedioso, maniático y depresivo, no supone peligro para Ortega por carecer de ese mínimo ingrediente de contraste necesario para que otro nos invite a salirnos de la guarida de nuestra «mismidad».

## Contrapunto deliberado

Estas relaciones, aunque aparentemente secundarias e irrelevantes, cumplen en el texto que nos ocupa una función de contrapunto deliberado. Sin la «no existencia» de Hernández, no adquiriría verdadero relieve la existencia del joven Quirós, a quien el azar coloca sentado junto a Ortega una tarde calurosa de julio en un bar de la Gran Vía. Quirós irrumpe en la novela desde su primera página como ser vivo y agente portador de conflicto, por su capacidad de quebrar el letargo de Ortega desde que le pregunta qué hora es. A esa hora, las seis menos cinco, mientras miran pasar el gentío de media tarde con el telón de fondo de un Madrid rosáceo, como de tarjeta postal, se inicia el proceso que irá acercando uno a otro a los dos espectadores de ese bullir anónimo que contemplan como en sueños. Toda la novela será la historia de ese proceso —lento, medido y llevado con excelente pulso literario—, a lo largo del cual se van complicando y entenebreciendo las relaciones cada vez menos inocuas entre Quirós y Ortega. Quien busque en *Los delitos insignificantes* una mera historia de homosexualidad, desde luego la encontrará, pero a mi entender se habrá quedado con el residuo anecdótico de unas ataduras humanas de espectro mucho más amplio y profundo. El fundamento de ellas —como el de cualquier trato vinculante y perturbador— hay que localizarlo en la mutua curiosidad ante la epifanía de otro ser que se revela como «diferente» de uno mismo. Curiosidad fulminante en ambos, pero que en el caso de Ortega, mucho peor pertrechado y más desvalido, llega a convertirse con el correr de los días en obsesiva fascinación.

Ahora bien, ¿en qué se basa esa fascinación?

Una de las estrategias del impenitente cazador de paradojas que es Alvaro Pombo consiste aquí en una especie de guiño sutil que está haciendo al lector simultáneamente con lo que cuenta para llamar su atención sobre los escasos méritos objetivos de ese joven que, en cambio, a Ortega le ha llamado la atención de forma tan fulminante y desmesurada. Ahí está el quid de la cuestión —y también de la

novela—: en que Quirós no se presenta como un ser fascinante, sino mediocre y vulgar, y sin embargo cualquier lector medianamente avisado intuye que en el combate de personalidades que casi desde el principio se entabla, el papel de víctima le va a tocar a Gonzalo Ortega, mucho más inteligente pero también más patéticamente ajado por el ejercicio abusivo de la soledad a ultranza. En esto podría verse una muestra de la tendencia de Alvaro Pombo a hurgar —como ya ha hecho en tantos relatos suyos— en las relaciones de tipo morboso, servil o sadoomasoquista. Pero aunque haya indudablemente algo de eso, la peculiaridad del enfrentamiento en este caso reviste otros matices explicables no sólo por las diferencias entre Ortega y Quirós, sino también por sus concomitancias. Afines en el escepticismo y en el afán por vivir de espaldas a las responsabilidades, es precisamente esa primera impresión de familiaridad, esa capa de azúcar que enmascara el veneno de las diferencias, la que en parte obnubila a Ortega, suelta su lengua y le hace entrar en el juego que el otro va a proponer y controlar enseguida.

«El caso es que llevaban ya media hora hablando sin parar, como si se conocieran desde siempre, pero conscientes ambos, como por debajo, como de reojo, a la vez de que no se conocían casi nada y de que todo estaba entre los dos por descubrir. Era —pensaba Ortega— como una bebida refinada, fría, intoxicante, cuyo gusto peculiar, no del todo familiar, como el de un aguardiente de país extranjero, encubre el hielo, sobre todo al principio.»

El exotismo de esa bebida con la que Ortega va a embriagarse reside en la juventud de César Quirós, en su indiferencia ante todo y primordialmente en su ausencia total de patetismo. No es propiamente un personaje de los bajos fondos, como tantos otros presentados por Pombo en novelas suyas anteriores. Es un pequeño burgués guapo y cínico, que se autoafirma en su pereza y su desinterés por el trabajo, no se monta la cabeza con atosigamientos de futuro y subsiste gracias a los sablazos que le da a su madre viuda y a su novia. Un espécimen, en fin, de automarginado juvenil que no constituye precisamente un «avis rara» en la fauna madrileña de 1986. Lo raro es que se encuentre de manos a boca con un esceptico como él pero surgido de otro tex-

to mucho más antiguo, con un naufrago de la generación del 98. Y ahí es donde la novela tiene algo de ciencia ficción, que le da un toque muy moderno de «comic», abocado sin embargo a la tragedia en sus últimos recuadros. Y es que el anacronismo de una trama que intentan tejer al unísono dos seres escapados de novelas diferentes no puede desembocar más que en despedazamiento y descalabro.

Desde los primeros momentos del encuentro fortuito surge en ambos el chispazo de extrañeza, casi de pasmo. Cuando Quirós, a las preguntas de Ortega sobre su dedicación, contesta tranquilamente que no hace nada, «había una chispa de desafío en su mirada, como si no hacer nada en un momento en que todo el mundo se afanaba por parecer más de lo que era, fuera fruto de una rara fortaleza interior y no de la pereza». No cabe una descripción más acertada del abúlico 1986, y el otro, el «nivolesco», incapaz de convivir con su abulia sin angustia, se ve obligado a reconocer que «había topado con una pasividad aún mayor, aún más refinada y voraz que la suya propia». Quirós también le confiesa que no ha encontrado nunca a nadie como él, confesión que reiterará en sus sucesivos encuentros y que perturbará a Ortega, tambaleando sus habituales defensas y deteriorando su capacidad crítica. Tiene miedo a oírlo, a existir magnificado en el espejo de otro, pero le gusta, aunque sospeche que es mentira. Le gusta incluso que sea mentira, una mentira reverberando de la conciencia de Quirós a la suya en un juego enrevesado de complicidades y de apariencias.

Ortega, enfermo de una soledad que nunca ha aceptado del todo, es la presa ideal para Quirós, inmediatamente consciente del efecto que ejerce sobre él y dispuesto a capitalizarlo. Porque intuye, como el lector, que esa enfermedad —ya crónica en Ortega— le ha anquilosado en una seguridad ficticia, y que de tanto amurallarse en la soledad se le han ahorrado los puentes levadizos, ineficaces al primer ataque serio. La rutina de la soledad, su vicio, su virus, entrañan la imposibilidad postrera de aguantarla con convicción.

En este sentido, la vulnerabilidad de Ortega y su alternancia a partir del «flechazo» de las ráfagas de entusiasmo con las de la apatía más trágica, proponen un paralelo literario con el proceso de tardía homosexualidad que lleva a un callejón sin salida al personaje ya clásico de Thomas Mann en *Muerte en Venecia*. También Gonzalo Ortega morirá, pero aquí no hay grandes hoteles, playas viscontianas, madres sofisticadas ni puentes de Rialto, sino su caricatura. Y no porque Ortega, desde la vulgaridad en que se desarrolla su vida, no añore decorados más brillantes y grandiosos, o no los haya soñado al menos para las novelas que escribe.

Tampoco el efebo que ha desencadenado su crisis de tercera edad es un niño delicado, inocente y aristocrático. Ni los «delitos insignificantes» a que le arrastra revisten la menor grandeza. Si en algún momento sufrió un espejismo, muere en la más descarnada lucidez. Y sin alharacas. De una forma incluso un tanto hortera y siniestra. La muerte en Ríos Rosas no puede nunca ser grandilocuente. En eso reside el mensaje último de la novela. Y también su modernidad. □

## RESUMEN

Carmen Martín Gaité comenta la última novela de Alvaro Pombo, al que llama impenitente cazador de paradojas. En ella aparece un personaje, Ortega, que, en opi-

nión de Martín Gaité, no dejará de resultar familiar a todos los que han venido siguiendo el desarrollo de la obra narrativa de este escritor.

Alvaro Pombo

*Los delitos insignificantes.*

Anagrama, Barcelona, 1986. 199 páginas.

# Conversaciones con Ligeti

Por Luis de Pablo

Luis de Pablo (Bilbao, 1930) estudió en Darmstadt y París, con Max Deutsch. Es autor de cerca de un centenar de obras, como «Portrait Imaginé» (1974-75) y la ópera «Kiu» (1979-83). Fundador de «Tiempo y Música» (1959-64), «Alea» (1965-73) y primer Director del Centro para la Difusión de Música Contemporánea del Ministerio de Cultura (1983). Ha sido profesor de análisis y técnicas contemporáneas de composición en Buffalo (EEUU), Ottawa, Montreal y el Conservatorio de Madrid.

En 1983 la colección «Eulenburg» de partituras y libros musicales —colección inglesa, de origen alemán— publicó el volumen *Conversaciones con Ligeti*. Se trata de unas entrevistas con el compositor austriaco, de origen transilvano, realizadas por Péter Várnai (1978, original en húngaro), Josef Häusler (1968-69, original en alemán), Claude Samuel (1981, original en francés) y consigo mismo (1971, original en alemán). Los conocedores de la música de creación de nuestros días —especie más bien escasa entre nosotros, pero eso no debiera atañernos: allá cada cual— saben que György Ligeti es una de las figuras máximas de la composición musical presente. Su carrera ha sido un tanto sorprendente. Nacido en 1923 en Dicsöszentmárton, hoy Tîrnăveni —en Rumanía—, formado en Cluj y Budapest, abandonó Hungría en 1956, se estableció en Viena y Colonia y fue un perfecto desconocido hasta 1960: su obra *Apparitions*, presentada en el festival de la SIMC, celebrado en Colonia aquel año, causó sensación.

Mayor aún la causaron al año siguiente sus *Atmosphères*, en Donaueschingen —obra para orquesta «sin percusión», precisa su autor, con un humor e independencia de criterio típicos de su temperamento—. Desde entonces sus obras nacen a un ritmo regular y relativamente abundante, contándose entre las más interpretadas de la actual música. Se puede incluso afirmar que Ligeti es uno de los no demasiado numerosos compositores actuales que han entrado ya en el repertorio. No paso ahora a describir su lenguaje, estética, etc.: prefiero dejar al propio autor el cuidado de hacerlo, reservándome, si acaso, el derecho al comentario.

Las cuatro entrevistas son muy desiguales de extensión, aunque no de interés. La primera, con Várnai, es la más amplia y abarca desde aspectos puramente técnicos, hasta otros muy personales: historias de infancia, recuerdos de todo tipo, su experiencia como profesor, fobias y filias, etc. La segunda, con Häusler, está basada en dos obras concretas: *Lontano* y el Segundo Cuarteto de Cuerda, lo que conlleva el hablar de su producción hasta el día en que ambas fueron estrenadas; la tercera, con Samuel, se centra en torno a la producción de su ópera *Le Grand Macabre* en la ópera de París; la última, de Ligeti con Ligeti, es quizá la más técnica, tratando sobre todo problemas de estilo y forma. Porque hay que advertir que Ligeti disfruta de un don no demasiado frecuente entre creadores: la capacidad de exponer su obra y la de otros colegas, presentes y pasados, de manera clara y eficaz. Lo que ha hecho de él, desde 1959, un profesor muy apreciado, primero en Darmstadt y luego un poco en todas partes, ocupando en la actualidad la cátedra de composición de la Escuela Superior de Música de Hamburgo, y visitando regularmente universidades americanas, los países nórdicos, etc., en tal calidad. En 1961 el Ateneo de Madrid —cuya Aula de Música dirigía Fernando Ruiz Coca— le invitó a dar un cursillo sobre técnicas electroacústicas: operación en la que serví de enlace, ya que había conocido a Ligeti algún tiempo antes en Alemania. Su música no se ha oído entre nosotros con excesiva frecuencia, pero eso pasa con todos los grandes

nombres de la música actual: ¿por qué iba a ser Ligeti una excepción?

## Sinfín de atractivos

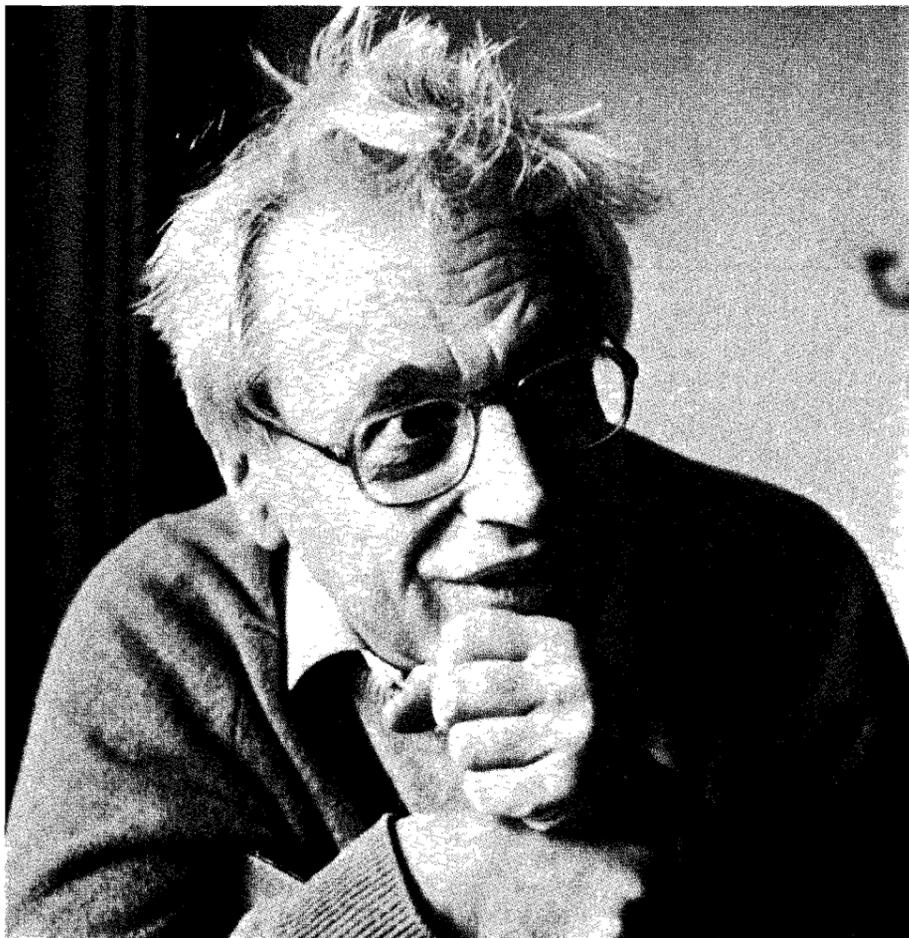
El libro que ahora me ocupa tiene un sinfín de atractivos. Quizá el que primero salte a la vista sea oír a un creador representativo de nuestro tiempo dar su opinión sobre su propia obra, sobre la música del pasado y sobre la de algunos colegas actuales. Y todo ello de forma accesible para el lector profano, sin renunciar, cuando lo estima oportuno, a ciertos aspectos técnicos, por otra parte perfectamente accesibles si se leen atentamente. No hay ejemplos musicales. Otro atractivo no menor es el ver cómo Ligeti, analista agudo donde los haya, no renuncia —al contrario— a hablarnos de sus eventuales impulsos irracionales, aunque lo haga, justo es decirlo, con prudencia y un tanto forzado por su entrevistador —en este caso Várnai—. No menos interesantes son sus reflexiones en torno a su experiencia de enseñante en países como Estados Unidos, Alemania, Francia y países nórdicos.

El libro, breve —137 páginas—, es, pues, muy representativo de la personalidad del monografiado, lo que equivale a decir que aclara e ilustra una faceta imprescindible de la música de hoy. Por otra parte —y termino con esta introducción— no deja de ser sintomático que la publicación de esta monografía sobre Ligeti en Inglaterra haya estado acompañada de otras distintas sobre el mismo tema en Hungría, Italia, Francia, Alemania y Suecia. España, claro, de campo.

Ligeti comienza su entrevista con Péter Várnai aceptando tres influencias decisivas en sus años húngaros: Bartók —sobre todo el Bartók de los cuartetos—, Stravinski y la *Suite lírica* de Alban Berg. Y añade: «En los años de la postguerra, en Hungría, no conocíamos mucho más de los compositores modernos» (página 13). Lo que parece indicar que sus preferencias nacían no sólo por razones formativas, sino también estéticas: interés por la última —o tenida por tal— producción. Pero pronto siente la necesidad de «ir más allá», aunque no supiera muy bien cómo. Era previsible: estaba más claro lo que no quería que lo contrario: rechazaba las formas tradicionales que eran la base de los tres compositores citados. Nos dice incluso que la ruptura con las bases de la forma tradicional —sobre todo, aunque no únicamente, la forma sonata— le dio el impulso para ese «ir más allá». Años después, ya en Colonia, mejor informado, encontró el camino estudiando los *Jeux* y la *Sonata en trio* de Debussy. La traducción a su sensibilidad de esa libertad formal fue típica: abandono del ritmo preciso, concibiendo la música como un *fluir* continuo, en el que las barras de compás no fueran sino maneras de «leer», pero no de «oír». Y todo ello, al servicio de una nueva expresividad. Nos dice: «Incluso en mis años húngaros, ya tenía la tendencia de escribir una música irregular, un tanto monstruosa. La música no debiera ser “normal”, “bien educada”, con la corbata siempre en su sitio» (página 14).

## Universos expresivos

A partir de aquí Ligeti nos traza un excelente ejemplo de la inevitable contradicción que siempre subyace en la gran obra de arte entre técnica y resultados. En Ligeti esta contradicción se plantea así: máximo cuidado por perfilar una escritura canónica o/y polifónica que, sin embargo, no se escucha como tal, sino como un resultado global en perpetua fluctuación. Esta técnica, que es sin duda una de las aportaciones más significativas de la música de los últimos treinta años —y que Ligeti no ha sido el primero en utilizar, aunque la haya dado una formulación absolutamente personal— ha sido designada por



György Ligeti

él como «micropolifonía». Dicho de otra forma, en palabras suyas: «Mi música no se escucha como está escrita en el papel» (página 15).

Lo que, claro, no quiere decir que lo escuchado no sea lo querido por el compositor, sino algo bastante más sutil: que la técnica de la polifonía, que en principio nació —y digo «en principio» porque luego vinieron las excepciones— para hacer posible la escucha de varias voces desde la doble perspectiva individual y global, se convierte, por hipertrofia, en originadora de masas controladas como nunca lo hubieran podido estar en la música anterior. Nada de extraño, pues, que Ligeti conozca al dedillo técnicas como la «varietas» —las voces que forman la polifonía son todas parecidas, pero no idénticas— de Ockeghem (página 49) y las de la polifonía clásica en general, y nos afirme que en ningún momento ha perdido de vista ese período de la Historia de la Música de los siglos XV y XVI.

Pero en Ligeti coexisten varios universos expresivos y, junto a este mundo de polifonía saturada, ha habido otros que, no digo lo hayan completado, pero sí mostrado la versatilidad de una sensibilidad que, de otra forma, hubiese parecido únicamente orientada hacia una reinterpretación original de ciertos medios técnicos del pasado. A estos universos se refería Ligeti cuando nos hablaba de lo monstruoso musical. Algunos ejemplos entresacados de su obra: *Aventures*, *Nouvelles Aventures*, ciertos aspectos de su *Requiem* y de su Segundo Cuarteto. Y, sobre todo, su *Grand Macabre*. Su autor lo define así: «Una enloquecida, atormentada cualidad del sonido que aparece como una gesticulación desordenada, salvaje, anárquica y sin control». «Y —prosigue— al mismo tiempo estaba intentando de veras transformar ese “hiperexpresionismo” en algo frío, como si esa gesticulación incontrolada estuviese en una jaula de cristal, tal y como pudiera verse en un museo» (páginas 15 y 16). Esa idea, un tanto irónica y perversa de una expresividad que no expresa —el recuerdo de *Locus Solus*, de Raymond Roussel, es inevitable: éste desde la ingenuidad, aquél desde el escepticismo—, se completa con su fascinación por las máquinas que

no funcionan o funcionan mal. Sus comentarios al respecto, estableciendo paralelos entre algunos aspectos de su música y *Tiempos Modernos*, de Charlot, o con la obra del escritor húngaro Gyula Krudy —obsesionado por aparatos mecánicos a los que la vejez y el abandono impiden andar como es debido— son definitivos.

Ligeti es, ya se ve —y a mucha honra—, hombre paradójico. Una de tantas paradojas suyas es la claridad con que expresa ideas y cosas aparentemente irreconciliables, pero que, como en todo gran artista, convencen a través de su obra. Y la paradoja a la que ahora me refiero es su rechazo temperamental de cualquier expresionismo. Nos dice: «Respeto el expresionismo de Schönberg en *Erwartung*, por ejemplo, pero es tan ajeno a mi sensibilidad como *Pierrot lunaire*» (página 19). Lo que no le impide ser un admirable analista de ambas obras.

## Combinaciones sonoras infinitas

Cabría decir lo mismo respecto del serialismo, a cuya explosión Ligeti asistió, nada menos que desde Darmstadt y Colonia, y que le motivó un memorable análisis de las *Estructuras*, primer cuaderno, de Boulez. Su rechazo de la técnica y estética seriales es aún más total que el que le motiva el expresionismo: «Demasiado dogmático. Y yo detesto cualquier dogma» (páginas 35-36). Detrás de todo ello, una falta de simpatía por el lenguaje resultante, lo que sin duda es la razón más profunda. Leemos: «Una reacción contra la estructura formal de esa música —serial y aleatoria—: acontecer-pausa-acontecer-pausa. El polo opuesto era el sonido continuo» (página 38). Más claro, agua.

¿Se podría hablar, pues, de una evolución —Ligeti detesta la palabra desarrollo—? Claro que sí, y en un compositor tan inventivo técnicamente —todos los compositores significativos actuales lo son— así tenía que ser. La facundia imaginativa de Ligeti es admirable, y no lo es menos observar cómo su evolución

Viene de la página anterior.



Fragmento de una partitura de Ligeti

se inserta en las búsquedas de otros compositores del mismo período, sin, como siempre, dejar de ser profundamente personal. Algunos ejemplos, por orden cronológico:

1. Cromatismo total en movimiento, con la inevitable consecuencia del predominio del timbre en evolución constante.
2. Creación de lo que su autor llama «señales interválicas», o sea: intervalos privilegiados —frecuentemente la octava— con verdadero valor funcional.
3. Aproximación, sin duda cautelosa, al mundo del microintervalo.
4. Estudios en el terreno de la microrrítmica, consecuencia del empleo de la micropolifonía.

Colofón a esta lista, en las palabras del propio autor: «Hay un número infinito de posibles combinaciones sonoras» (página 32). Así es como debe hablar un creador con fe en su imaginación.

El propósito de este artículo no es tanto hacer un resumen exhaustivo del libro comentado —lo que sería redundante, a mi juicio—, cuanto animar al lector interesado a que se lo procure y lo lea. O con más optimismo —o irrealismo— provocar su traducción y publicación entre nosotros. Me limito, pues, a decir que el resto del libro es mucho más concreto. Ya se dijo: con Josef Häusler se habla de *Lontano* y del Segundo Cuarteto; con Claude Samuel, de *Le Grand Macabre*; consigo mismo, de problemas formales. Pero hay dos puntos que no quisiera dejar sin comentario. Primero: la actividad de Ligeti como profesor de composición. Segundo: cómo inciden preferencias y rechazos musicales en su obra. Ambos están tratados en su entrevista con Péter Várnai.

Para empezar, algunas opiniones:

«Soy por temperamento un anti-educador. En ningún caso se puede enseñar a componer.

Sólo aspectos técnicos del oficio: armonía, forma musical, contrapunto, orquestación» (página 71).

«Mis exigencias respecto al alumno son que cualquiera que desee componer música hoy debe conocer perfectamente la armonía funcional, el contrapunto de Palestrina y Bach, la fuga y las formas musicales clásicas, aunque no las vaya a usar» (página 71).

«Estoy totalmente en contra del uso de formas tradicionales para imaginar el material actual melódico, armónico o rítmico. Analizar las formas tradicionales es indispensable, pero Dios nos libre de sonatas atonales» (página 71).

«En mi clase de Hamburgo todos los alumnos son compositores experimentados» (página 72).

«Enseño a ocho compositores jóvenes; nos encontramos dos veces por semana durante una tarde entera..., tenemos una discusión abierta..., casi podría hablarse de una charla de café de alto nivel» (página 72).

### Resurgir nacionalista en la composición

Lo que sigue es, a mi juicio, aún más interesante: un intento de comprender la actividad compositiva de los jóvenes. Para Ligeti, ha habido una vuelta a un cierto nacionalismo: «El estilo internacional de los 50 y 60 ha sido sustituido hoy por otro, diferenciado por las lenguas: en los países de habla alemana la moda —estamos en 1978— es la neotonalidad, la música nostálgica. Pero en Francia los compositores siguen a Boulez y Xenakis... En América, la moda musical cambia cada dos o tres años: ahora —siempre 1978— hay un equivalente al fotorrealismo en las artes visuales. Algunos compositores escriben

música del siglo XIX sin ningún distanciamiento..., lo que encuentro estúpido» (páginas 73-74). Termina diciendo: «Se puede constatar cómo en historia nada ha sucedido como la gente se imaginaba. Lo mismo con el arte. Sencillamente: no sabemos» (página 76).

No está en mi estilo el sacar conclusiones precipitadas. Menos, cuando lo dicho no coincide al cien por cien con mi opinión. Pero si se me permite un comentario, también producto de mi experiencia como profesor de composición, a veces en los mismos países en los que Ligeti ha trabajado, diré que para mí no hay duda de ese resurgir de criterios nacionales en la composición de los últimos quince años, más o menos. Criterios nacionales que poco tienen que ver con los nacionalismos del siglo XIX o principios del XX. Entre nosotros, por ejemplo, esa tradición nacional ha revestido dos formas, una lejana y otra próxima. La lejana se confunde con la citada música nacionalista. La próxima, con la corriente europea de los años 50 y 60, traducida a nuestra sensibilidad. El compositor español joven no parece —hasta hoy— sentirse atraído por

una rememoración más o menos textual de la primera. Así, por ahora, parece haber optado por la continuación de la segunda, lo que curiosamente dota a la música contemporánea española de una continuidad de la que sólo parecen disfrutar la francesa y la italiana —esta última con reservas—, aunque por distintas razones. Sería útil que algún musicólogo estudiase el tema con interés y buena fe, ya que esta hipotética continuidad, en una tradición tan «continuamente discontinua» como la española —véase lo que al respecto dice Mario Bortolotto en su *Agudeza y arte de teclado*—, no dejaría de ser una eventual sorpresa que la evolución musical en nuestro país nos hubiera podido deparar. Esperando que tal cosa suceda, hago mía la ya citada frase de Ligeti: «Sencillamente: no sabemos».

### Sentir y saber cambiantes

Pasando ahora a la eventual incidencia de los gustos —o disgustos— musicales en la composición, este libro es excelente muestra de hasta qué punto fobias y filias se transfiguran de tal manera en la obra de cualquier compositor que resulta poco menos que imposible seguir la alquimia metabólica mediante la cual algo que se dice amado se refleja en una obra, y lo contrario. Algún ejemplo: «Hans Christian von Dadelsen, alumno mío, ha analizado *Lontano* y ha encontrado un número bastante crecido de referencias al Preludio de *Parsifal*» (páginas 55-56). Más adelante: «*Parsifal* sigue resultándome insoportable» (página 79).

Otro: «El Verdi del período central y *Car-men* son parte inseparable de mí mismo desde mi niñez» (página 27). Unas páginas antes: «Mi generación sintió en su juventud que cualquier romanticismo o sentimentalismo le era ajeno. Nuestras ideas estaban, digamos, en algún sitio entre Mozart y Bartók» (página 18). En la misma vena: «Yo quería alejar de mi música las pasiones grandes, tempestuosas, todo gesto excesivo...» (página 18).

Se comprenderá que en esta selección de textos —que podría prolongarse— mi intención no es precisamente la de acusar a Ligeti de falta de lógica, sino más bien mostrar lo inútil de dar un valor definitivo —o, mejor, explicativo inapelable, como tantas veces se hace— a preferencias, gustos y rechazos. Lo que, aunque parezca paradójico, no merma en un ápice su interés. El «saber» en este terreno es siempre un «saber» cambiante, como el sentir que lo motiva. Y si un músico puede jugar a kantiano, yo haría una pequeña parodia, diciendo que nuestras preferencias intentan juzgar la tradición, sin lograrlo, no explicando ni siquiera nuestra obra en profundidad; esa obra que es nuestra verdadera respuesta a los estímulos con que tal tradición nos tienta. Me resisto a aceptar la idea de Ernst Jünger según la cual los maestros están siempre en las tumbas, aunque a veces uno tenga la impresión de que el margen de libertad que nos queda es angustiosamente estrecho. Pero en ese margen, por exiguo que pueda parecer a nuestras inevitables neurosis, siempre hay sitio para la obra personal. György Ligeti, junto con tantos otros, así nos lo muestra. □

### RESUMEN

El libro contiene cuatro entrevistas (la última se la autorrealiza el propio Ligeti) con el compositor György Ligeti, una de las figuras máximas de la composición musical presente. A juicio de Luis de Pablo, uno de los

mayores atractivos del libro es oír a un creador representativo de este tiempo dar su opinión, no sólo sobre su obra y la de otros colegas suyos actuales, sino también sobre la música del pasado.

Péter Várnai, Josef Häusler, Claude Samuel y György Ligeti (entrs.)

*Ligeti in Conversation.*

Eulenburg Books, Londres, 1983. 137 páginas.

# Un tratado clásico de nutrición humana

Por Francisco Grande Covián

**Francisco Grande Covián** (Colunga, Asturias, 1909) se doctoró en Medicina por la Universidad de Madrid. Ha sido Profesor Asociado de Higiene Fisiológica de la Universidad de Minnesota, director del laboratorio de investigación Jay Phillips y Profesor de Fisiología de la Universidad de California. Es Profesor Extraordinario de Bioquímica de la Universidad de Zaragoza.

Son pocas las obras de nutrición humana que tratan con igual nivel de competencia los distintos campos de conocimiento que en el momento actual se integran en esta disciplina. Se debe esto a que el estudio de la nutrición humana incluye conocimientos que proceden de ciencias muy diversas. Conocimientos que van desde el estudio de los procesos fisiológicos y bioquímicos, que constituyen la base de los procesos nutritivos, hasta el de la producción y distribución de los alimentos y su relación con factores sociales y económicos, pasando por el estudio de las necesidades nutritivas del organismo humano, la relación entre nutrición y enfermedad, el papel de la dieta en el tratamiento y prevención de ciertas enfermedades, la composición química de los alimentos, las transformaciones que éstos experimentan durante su preparación culinaria y su tratamiento industrial, el papel de los alimentos como vectores de agentes patógenos, el desarrollo de los hábitos alimenticios, etc.

No es pues sorprendente que muchas de las obras existentes en la actualidad dediquen atención principal a aquellos aspectos de la nutrición con los que el autor, o autores, están más familiarizados, o consideran más importantes, olvidando a veces otros aspectos cuyo conocimiento es necesario para el lector que busca información equilibrada del conjunto de la disciplina.

El conocimiento científico de la nutrición se inicia hace ahora doscientos años, con la obra del gran químico francés Lavoisier, al identificar la respiración de los animales con un proceso de combustión. Los estudios de Lavoisier constituyen la base del concepto energético de la nutrición, que queda definitivamente establecido al demostrar Rubner en 1894 que los cambios de energía que en el organismo animal continuamente se verifican, obedecen al primer principio de termodinámica, o principio de conservación de la energía.

La medicina griega se hizo cargo de las relaciones entre la alimentación y la salud del hombre, y la dietética ocupa un importante lugar en la medicina hipocrática. Pero el mecanismo de producción de enfermedades debidas a insuficiencia alimenticia no pudo comprenderse hasta que el descubrimiento de las vitaminas, hace sólo tres cuartos de siglo, permitió establecer el concepto de enfermedad por carencia. No es pues de extrañar que el estudio de la nutrición humana, hasta finalizar la primera mitad del presente siglo, se haya centrado fundamentalmente en el estudio de las enfermedades por carencia.

Pero estas enfermedades son poco frecuentes en el momento actual en los que llamamos países desarrollados, que disfrutan de abundancia y variedad de alimentos. En ellos, las principales causas de muerte son atribuibles a las llamadas enfermedades degenerati-

vas. En consecuencia, el estudio de la nutrición humana se ha desplazado hacia la investigación del papel que las alteraciones de la nutrición desempeñan en la génesis de dichas enfermedades, el papel de la dieta en el desarrollo de las mismas, y las posibilidades de su prevención por medios dietéticos.

El estudio de la composición química de los alimentos, necesario para comprender su papel nutritivo y para los cálculos dietéticos, se desarrolla originalmente como una rama de la química analítica, y de la química de los productos naturales. En el momento actual este estudio incluye el de las modificaciones que los alimentos experimentan en su composición y sus propiedades nutritivas, durante su preparación culinaria y durante las maniobras destinadas a su conservación y transformación industrial, a las que, cada vez con mayor frecuencia, son sometidos. Estos conocimientos se agrupan en la actualidad bajo el nombre de Ciencia de los Alimentos, cuya integración con los conocimientos de nutrición, cada vez más necesaria, ha dado lugar a la creación de departamentos de Nutrición y Ciencia de los Alimentos en muchas universidades.

Uno de los principales méritos de la obra que comento consiste, a mi entender, en haber sabido tratar de forma juiciosamente equilibrada las diversas áreas de conocimiento que en el momento actual constituyen la ciencia de la nutrición humana. La obra está dividida en seis partes, destinadas a estudiar respectivamente:

1. La fisiología y bioquímica de los procesos nutritivos.
2. La composición química de los alimentos, sus propiedades nutritivas, las transformaciones que experimentan durante su preparación culinaria y su tratamiento industrial, así como su papel como posibles portadores de agentes patógenos.
3. La descripción de las enfermedades directamente causadas por las alteraciones cuantitativas o cualitativas de la nutrición.
4. El papel de la dieta en el tratamiento de enfermedades no necesariamente causadas primariamente por una alteración de los procesos nutritivos.
5. El papel de la dieta en la medicina preventiva actual, la evaluación del estado nutricional de individuos y poblaciones y la disponibilidad de alimentos en el mundo.
6. Las necesidades nutritivas en las diferentes épocas de la vida (infancia, juventud, edad avanzada) y en situaciones fisiológicas como el embarazo, la lactancia, la actividad física, etcétera.

Creo que esta lista da una clara idea de la variedad de aspectos que el estudio de la nutrición humana ofrece en la actualidad y del esfuerzo de los autores de la obra para dar una visión completa, coherente y actualizada de tan compleja disciplina. Es fácil comprender por ello que la obra haya sido objeto de los más calurosos elogios en la literatura científica, que la considera unánimemente como una obra única, completa y al día, que a lo largo de sus ediciones sucesivas ha contribuido de modo innegable a conseguir el reconocimiento mundial de la importancia del estudio de la nutrición humana, tal como en ella se plantea.

La obra que nos ocupa tiene una historia singular que es digna de conocerse. Su primera edición, aparecida en 1959, tuvo como



EL TOMI

autores a Sir Stanley Davidson, profesor de medicina, al bioquímico A. P. Meiklejohn y al fisiólogo R. Passmore, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo. Davidson y Passmore figuran como autores de las siete primeras ediciones, en las últimas de las cuales figuraron también el internista John Brock y el especialista en nutrición Stewart Truswell. Davidson fue un clínico eminente, profesor de medicina, primero en la Universidad de Aberdeen y más tarde en la de Edimburgo, cuyo interés en nutrición fue despertado por su personal experiencia en el tratamiento de una grave afección renal contraída durante la primera guerra mundial y por su interés en las anemias de origen nutricional. Sobre esta cuestión publicó en 1934, en colaboración con I. Leitch, una revisión con el título: *Las anemias nutricionales del hombre y los animales*, aparecida en «Nutrition Abstracts and Reviews», que es considerada una publicación fundamental para el conocimiento de tales trastornos. Davidson fue el iniciador de la obra y tomó parte activa en la preparación de las cuatro primeras ediciones.

Reginald Passmore colaboró en todas las ediciones de la obra y ha sido el principal responsable de las cuatro últimas ediciones. La octava edición, aparecida a comienzos del pasado año (1986), conserva el nombre de Davidson, fallecido en 1981, y es prácticamente la obra de Passmore, con la colaboración del clínico M. A. Eastwood y el consejo, en algunos capítulos, de distinguidos miembros de la Facultad de Medicina de Edimburgo. Passmore ha sido pues el principal responsable de la obra a través de sus ocho ediciones, y creo firmemente que a él se debe la notable unidad de la misma y la continuidad que en ella podrá apreciar quien conozca sus distintas ediciones.

La octava edición que ahora comento difiere evidentemente de la primera publicada hace veintisiete años, pero conserva las características que han hecho de ella una obra única en la literatura científica sobre nutrición humana: unidad entre sus distintas secciones, equilibrio, claridad aun en aquellas secciones que pueden parecer más difíciles al no iniciado, y actualidad, es decir, inclusión de los nuevos conocimientos sin prescindir de las contribuciones fundamentales del pasado.

La preocupación de Passmore por destacar la continuidad de los conocimientos de nutrición científica queda bien expresada por las siguientes frases, que transcribo del prefacio

de la nueva edición: «El libro ha sido revisado en su totalidad y se incluyen referencias a 350 artículos y libros publicados a partir de 1980. Estas son las novedades del momento. Adiciones semejantes habían sido hechas en ediciones anteriores, que iban haciendo la obra inmanejable. Muchas referencias fechadas entre 1950 y 1980 han sido eliminadas, pero aún quedan más de 200 referencias de artículos y libros publicados antes de 1950. Esperamos que los estudiantes lean algunos de ellos. No es posible comprender la nutrición, ni de hecho ninguna otra ciencia, sin algún conocimiento de la forma en que los maestros del pasado obtuvieron la información y desarrollaron las ideas que hoy utilizamos.»

## Desarrollo histórico

Deseo resaltar esta característica de la obra porque, como Passmore, creo firmemente que no es posible comprender el estado actual de una ciencia sin tener alguna noción de su desarrollo histórico. La pretensión de escribir una obra «moderna» por el simple expediente de olvidar por completo la aportación de generaciones anteriores, es un gravísimo error que Passmore ha sabido evitar.

Reginald Passmore es un fisiólogo distinguido, conocido por sus estudios sobre el metabolismo energético y las necesidades de energía del organismo humano. Su revisión sobre el gasto de energía del hombre publicado en colaboración con Durnin («Physiological Reviews», 1955) y la monografía de ambos autores sobre *Energía, trabajo y ocio* (1967), son bien conocidas. El conocimiento de la nutrición arranca para Passmore de su estudio como proceso fisiológico. A este estudio dedica la primera parte de la obra, que corresponde aproximadamente a una cuarta parte del volumen total de la misma. En ella se encuentran excelentes capítulos sobre las necesidades de energía, el balance energético del organismo humano y los combustibles de los tejidos, en los que con admirable claridad, brevedad y precisión se resume el actual conocimiento científico de tales cuestiones. Especial encomio merece el capítulo sobre los combustibles tisulares, que ofrece una admirable síntesis de los conocimientos acerca de los mecanismos bioquímicos del metabolismo energético.

El objetivo de esta obra, como se dice en el prólogo de esta nueva edición, «es el ayudar a los estudiantes universitarios, pero es de esperar que siga siendo útil a otros. Muchas personas interesadas en nutrición y cuyo trabajo está relacionado con la nutrición, poseen conocimientos de una parte de su contenido, pero poco o ninguno de otras partes. Tales personas pueden ser médicos, tecnólogos o fabricantes de alimentos, educadores, economistas, científicos sociales o administradores. El libro puede ayudarles a ampliar el rango de sus conocimientos y a ensanchar sus puntos de vista».

Debido a sus únicas características, el tratado de Davidson y Passmore ha ocupado, desde su primera edición, un lugar singular entre la literatura científica sobre nutrición humana. Tengo por seguro que la nueva edición seguirá ocupando el mismo lugar preeminente, cumpliendo los objetivos que los autores se han propuesto. Los doctores Passmore y Eastwood merecen la más entusiasta felicitación por el éxito de su empresa. □

## En el próximo número

Artículos de *Juan Marichal, Francisco Rico, Francisco Ynduráin, Federico Sopeña, José Luis L. Aranguren, Pedro Cerezo Galán, Gustavo Bueno y Alberto Sols.*

## RESUMEN

Siendo pocas las obras que tratan con igual nivel de competencia los distintos campos que integran la nutrición, el profesor Grande Covián resalta esto como uno de los principales mé-

ritos del tratado que comenta: el haber sabido reunir de forma equilibrada las diversas áreas de conocimiento que en el momento actual constituyen la ciencia de la nutrición humana.

S. Davidson y R. Passmore

*Human Nutrition and Dietetics.*

Churchill Livingstone, Londres, 1986. 666 páginas.

## La Francia profunda de Fernand Braudel

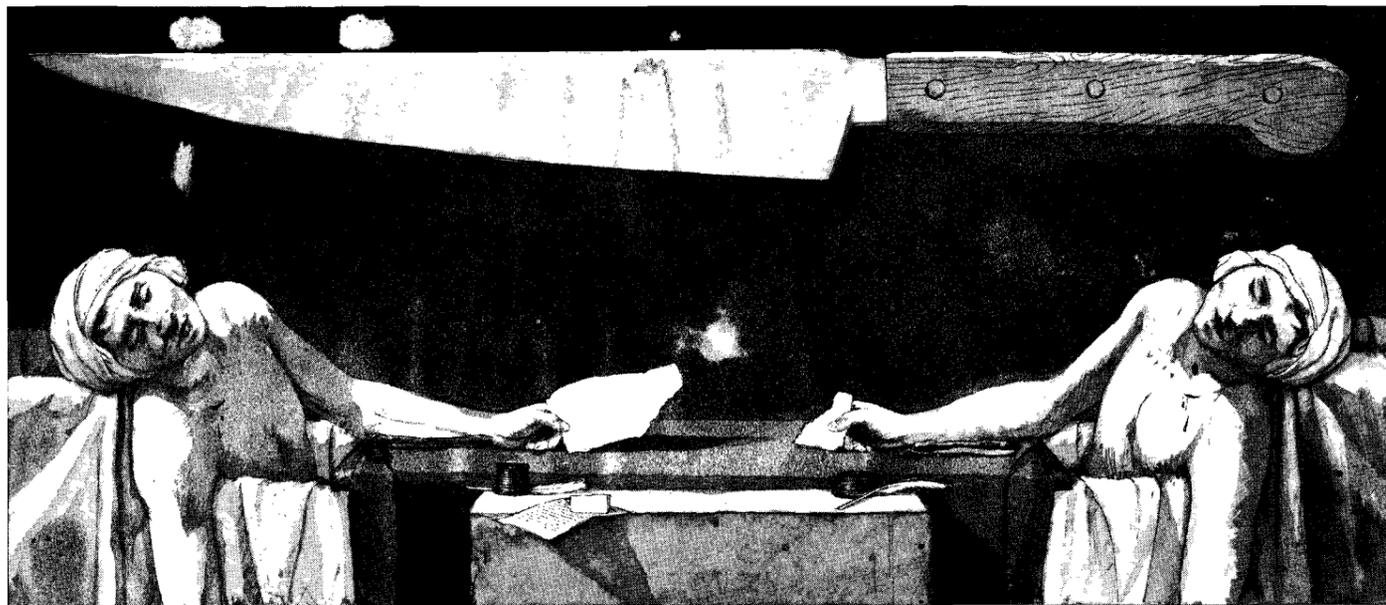
Por Juan Marichal

Juan Marichal (Tenerife, 1922) concluyó el bachillerato francés en Casablanca y se doctoró en 1949 en la Universidad de Princeton (Estados Unidos) con Américo Castro. Ocupa la Cátedra Smith de estudios hispánicos de la Universidad de Harvard. Entre otros libros es autor de *La vocación de Manuel Azaña*, *Teoría e historia del ensayismo hispánico* y *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*.

Se ha dicho (¿Nietzsche?) que el alemán es el hombre que se formula repetidamente la pregunta ¿qué es ser alemán? Observación que podría extenderse, obviamente, a la introspección colectiva hispánica —argentinos, mexicanos, españoles (incluyendo a los catalanes)— de este siglo. Mas no podría extenderse, sin embargo, a Francia. Recuerdo así la perplejidad de un colega francés cuando un eminente filólogo romanista alemán nos aleccionaba sobre el enfoque que habíamos de dar a nuestros respectivos cursos sobre la civilización de España y Francia en la universidad norteamericana donde empezábamos nuestro noviciado docente. Porque al indicar el profesor Leo Spitzer que debíamos fijarnos, como punto de partida, la interrogación «¿Qué es Francia?» —o «¿Qué es España?»—, mi colega francés mostró su inquieta sorpresa ante tal extraño requerimiento. Para él no cabía preguntarse sobre una realidad humana patentemente segura de sí misma y tradicionalmente carente de las angustiadas autointerrogaciones de otras culturas. No es, por lo tanto, sorprendente, para un lector hispánico, que el gran historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) confesara, en su libro póstumo —*L'identité de la France*, 1986—, la importancia de su relación con España al emprender su obra sobre la identidad de su patria: «Un exemple m'aura accompagné sur ce chemin» (pág. 18). El de España, añadiendo: «le lecteur sait peut-être qu'elle a beaucoup compté dans ma vie». Y tras referirse a Unamuno, Ganivet y Ortega, escribía Braudel (pág. 19):

«Je me suis plu, en esprit, à me mêler à cette troupe illustre, à partager ses réactions. Mais je resterai loin de leurs leçons. Je ne crois pas à une "essence" de la France (ni d'ailleurs de l'Espagne); je ne crois à aucune formule simple...»

Veremos, sin embargo, más adelante, que quizás no sea excesivamente aventurado pro-



ALFONSO RUANO

poner que hay en Braudel más huellas de sus lecturas españolas (sobre todo de Unamuno) de lo que él mismo hubiera querido admitir. Pero el propósito de estas páginas no es, por supuesto, reducir a Braudel a un francés españolado.

Muy al contrario, ya que Braudel era, en verdad, aunque no le gustara la palabra «esencia» (ni las simplificaciones), la quintaesencia del francés apasionadamente enamorado de su patria, de su «terroir»: «J'aime la France avec la même passion, exigeante et compliquée, que Jules Michelet» (pág. 9).

Mas Braudel empezó a ocuparse de Francia, como tal, sólo en los últimos años de su actividad docente (cursos en el Collège de France de 1970-71 y 71-72; nació en 1902). De ahí que señale que, si bien llega tarde a su «terroir» propio, lo hace con marcada satisfacción. Además, declara Braudel, el historiador no está en terreno verdaderamente firme más que en el de la historia patria: «Comprende casi instintivamente los rodeos, los meandros, las originalidades, las debilidades». Aunque el historiador posea una considerable erudición, nunca podrá disponer de tales bazas cuando «il se loge chez autrui» (pág. 10). Es cierto, por otra parte, que la aspiración de los historiadores en el último medio siglo (1935-1985) a competir con las demás ciencias sociales, les ha impuesto «la exclusión del corazón». En suma, el historiador ha de conde-

narse a una especie de silencio personal. ¿Es factible tal sequedad distante al considerar la historia nacional? Braudel lo cree, en su caso individual al menos, ya que su concepción de la historia le facilita una perspectiva despersonalizadora: la de su famosa «longue durée». Y así podrá organizar la historia de Francia «en profondeur». Ambición secreta (por así decir) que tuvo desde el triste verano de 1940, cuando en un campamento de oficiales franceses prisioneros sentía que ellos representaban la Francia perdida, pero la Francia profunda, al igual de una reserva militar, estaba en una retaguardia lejana y permanente, y sobreviviría a aquella enorme catástrofe. ¿No cabría, ahora, advertir que en Braudel, pese a todos sus propósitos de «sequedad» metodológica, actuó, como en su reverenciado Michelet, una intuición poderosa, emanada de un corazón patriota abrumado, mas no vencido, por el dolor?

Llegó así también Braudel a reconocer que lo sucedido en Francia en los años siguientes al Desastre de junio de 1940 —la guerra civil entre colaboracionistas y «résistants»— era una manifestación más de una constante de la historia francesa. «Toute nation est divisée, vit de l'être», anota Braudel (pág. 103), muy análogamente a como hubiera podido decirlo Unamuno. Pero la historia francesa supe- ra, con mucho, a otras naciones en sus conflictos internos: protestantes contra católicos, jansenistas contra jesuitas, republicanos contra monárquicos, derechistas contra izquierdistas, «dreyfusards contre antidreyfusards»: concluyendo, «la division est dans la maison française». Y hasta tal punto que un atormentado escritor, Julien Benda, afirmaba que la historia de Francia era «une affaire Dreyfus en permanence». Un historiador reciente, Marc Ferro (*La Grande Guerre 1914-1918*, 1969) era aún más tajante al escribir que, en Francia, ha predominado con creces el impulso fratricida sobre el patriótico, con la sola excepción de la guerra de 1914-1918. Así, observa Ferro, «cada uno de los conflictos béli-

cos de la nación más orgullosa de sus glorias militares ha sido, en mayor o menor grado, una lucha civil» (Braudel, pág. 104).

Mas Braudel declara que su propio pasado le impide comprender tales interpretaciones de la historia francesa. Confiesa que se ve a sí mismo como un francés del «Este» (la frontera alemana), aunque fuera bretón de nacimiento, apoyado en lo que llama «el aparato unitario de Francia», y muy consciente de que su libertad depende de dicha unidad y de la vigilancia que exige el mantenerla. Braudel se apresura a manifestar que no quiere justificar su actitud, porque ésta responde a una herencia espiritual y a experiencias vividas por él mismo. Es patente que Braudel sufría al contemplar las luchas civiles de su patria, aun las más remotas. Cita así un extraordinario texto de un protestante sobre los antecedentes y la batalla de Dreux, en 1562, entre aristócratas católicos y protestantes pertenecientes a las mismas familias, o amigos íntimos hasta entonces. Y recuerda también Braudel otro texto, procedente de las memorias de un paje de María-Antonieta, en el que un anciano caballero de la Corte predice terribles sucesos, y ante la incredulidad del joven exclama: «Monsieur, nous sommes une nation à tragédies». Textos, dicho sea de paso, que son particularmente significativos para lectores de un país como España que se ha creído muy exclusiva tierra de tragedias. También, para Braudel, son reflejos penosos de una Francia otrora dividida que, afortunadamente, él cree ya muy lejana, dados los factores actuales de unificación y acercamiento geográficos. Mas ¿no cabría también ver en la actitud de Braudel una casi genética resistencia a la identificación de «historia» y «tragedia»? Su frecuentación de Unamuno no se reconoce en la aver- sión que sentía por todo lo que fuera lucha civil, aun por la carente de confrontación sangrienta. Mas quizás (como apuntamos antes) haya en Braudel actitudes espirituales emparentadas con el pensador español.

### En este número

| Artículos de           |       |
|------------------------|-------|
| Juan Marichal          | 1-2   |
| José Luis L. Aranguren | 3     |
| Pedro Cerezo Galán     | 4-5   |
| Francisco Ynduráin     | 6-7   |
| Francisco Rico         | 8     |
| Alberto Sols           | 9     |
| Gustavo Bueno          | 10-11 |
| Federico Sopena        | 12    |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior.



## La Francia profunda de Fernand Braudel

Para Braudel, en primer lugar, la identidad de Francia no se puede propiamente datar. Frente a los historiadores contemporáneos que afirman que la Galia no tiene nada que ver con la Francia moderna, Braudel exclama indignado: «Como si la historia no descendiera hasta la profundidad de los tiempos, como si la prehistoria y la historia no constituyeran un continuo proceso!» (Se comprende que Américo Castro —que databa la identidad de España hacia el año mil— fuera tan adverso al pensamiento de Braudel.) Otro rasgo estilístico es más fielmente revelador de la actitud de Braudel ante su historia patria: el gusto por la palabra «épaisseur» (espesura, también en sus dos acepciones castellanas). Así: «la espesura entera del pasado de Francia... desde antes de la conquista romana de la Galia y hasta hoy mismo» (pág. 13). Actitud que revela también la importancia dada por Braudel a la geografía. O, más específicamente, a la geografía tal como la concebía Paul Vidal de la Blache (1845-1918), uno de los paradigmas claves de Braudel. En su ya legendaria ensayo de 1958, en los «Annales», «La longue durée», afirmaba orgullosamente Braudel que una de las superioridades francesas, en las ciencias sociales, era la escuela geográfica de Vidal de la Blache, en contraste, por ejemplo, con el absoluto desdén de los sociólogos norteamericanos por la geografía.

En el libro que nos ocupa, Braudel repite la pregunta de Vidal de la Blache: «¿Es Francia un ente geográfico?» (pág. 237). Braudel se complace en reiterar la respuesta del creador de la «geografía humana»: la historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita, ya que éste es una represa que contiene las energías acumuladas por la naturaleza, pero cuyo empleo depende de los seres humanos.

Braudel alcanza entonces, al describir los paisajes tanto históricos como geográficos, su tono más lírico, más gozoso de saberse francés: la diversidad de Francia es para él «son plus beau visage, celui que j'aime et qui, par sa seule beauté, me libère de tout raisonnement qui pourrait être triste» (pág. 110). ¿No

cabría, en verdad, ver en el entusiasmo de Braudel por la diversidad geográfica de su patria —por la densidad histórica de sus paisajes más bellos— la razón primera de su acentuación del factor geográfico como clave principal de la historia? Unamuno habló de «paisajes del alma» (parafraseando a su modo lo dicho por Amiel, «un paisaje es un estado de alma»), para referirse, sobre todo, a la que llamaba «tierra enjuta» castellana. El paisaje francés de Braudel es, en cambio, un espejo de la «cultura» (en todas sus acepciones) de un pueblo milenario muy consciente de su afortunada morada geográfica. De ahí que *La identidad de Francia* no ofrezca un ensayo de introspección colectiva, sino un nuevo «Tableau», análogo al de Vidal de la Blache; y de ahí también que sea un libro escrito, lógicamente, más para los compatriotas del autor que para lectores foráneos, a quienes resultará probablemente demasiado circunstanciado. Mas es, patentemente, un libro-modelo, además de representar, en sí mismo, una modalidad intelectual francesa de obvio interés para todos los aficionados a «las cosas de Francia» (como habría gustado de decir Azorín). Y en estos días españoles, cuando el estudio de la lengua francesa —cuyo conocimiento es indispensable para el historiador de España— está en escandaloso declive en las instituciones docentes españolas (y en particular en la segunda enseñanza), es imperativo rendir homenaje a los grandes historiadores franceses.

### Resonancia internacional

La obra de Braudel no necesita, por supuesto, apoyaturas de ningún género dada su resonancia internacional. Pero sí conviene realzar, para lectores españoles, que *La identidad de Francia* es el libro-modelo al que nos acabamos de referir. Categoría que debe, ante todo, representar el «estilo» de la escuela histórica francesa identificada con el grupo de la revista «Annales» (en la cual tanta importancia tuvo la participación dirigente de Braudel desde 1946). Otro gran maestro francés,

Ernest Labrousse (*La crise de l'économie française à la veille de la Révolution française*, 1944), observó en el prólogo al homenaje a Braudel (2 volúmenes de *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel*, Privat, Toulouse, 1973), que el grupo de historiadores de los «Annales» se había destacado no sólo por su nueva metodología, sino también por su «escritura», por una voluntad de estilo que aspiraba a elevar notablemente el nivel literario de los escritos de historia franceses. Que lo consiguieron es harto manifiesto en todos los libros de Braudel, y particularmente en muchas páginas de *La identidad de Francia*; y aquí es pertinente observar que no hay equivalentes estilísticos entre los historiadores españoles, cuya carencia de rigor literario muestra que no han seguido el ejemplo de Braudel y otros maestros de la prosa francesa pertenecientes al grupo de los «Annales». Aunque podría atribuirse tal carencia al ya antiguo contraste entre la enseñanza del francés en Francia y la del español en España.

Volvamos ahora a la relación de Braudel con el pensamiento español y en particular con Unamuno. En el prólogo de la primera edición del libro (tesis doctoral francesa), que estableció de golpe su reputación internacional, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949; traducción española, Fondo de Cultura, México, 1953), esbozó Braudel su concepto de la historia al in-

dicar que había aspirado a describir «ces grands courants sous-jacents, souvent silencieux, et dont le sens ne se révèle que si l'on embrasse de larges périodes du temps», o sea lo que llamaría poco después «la longue durée». Añadiendo: «Les événements retentissants ne sont souvent que des instants, que des manifestations de ces larges destins et ne s'expliquent que par eux». Es particularmente indicativo que al referirse Braudel a Unamuno mencione la traducción (de su amigo y colega Marcel Bataillon) de *En torno al casticismo* con el título *L'essence de l'Espagne* (1923). Mi aventurada hipótesis, casi osada seguramente para los braudelianos, es la siguiente: ¿no habrían dejado una huella en el joven Braudel, cuando leyó a Unamuno, las páginas de *En torno al casticismo* relativas al concepto de intra-historia?

No se trata, por supuesto, de considerar a Unamuno como una «fuente» de Braudel y de su concepto de la «longue durée», pero sí parece probable que la lectura de *En torno al casticismo* haya sido absorbida «unamunianamente» por el historiador francés. Y teniendo siempre presente el precepto de Unamuno —«No hay opiniones, sino opinantes»—, debemos afirmar la singularidad intelectual del «opinante» Braudel. En suma, los textos citados mostrarían, una vez más, la dimensión contemporánea, muy siglo XX, del pensamiento de Unamuno visto desde Braudel. □

### RESUMEN

Pese a que a él no le gustase la palabra «esencia», el profesor Fernand Braudel, a juicio de Juan Marichal, sí podía considerarse la quintaesencia del francés apasionadamente enamorado de su patria, y como tal dedicó, al

final de su vida, una obra a la Francia profunda. Braudel, en este libro, mira hacia atrás, acentuando, frente a los métodos de trabajo de otros historiadores, el factor geográfico como clave principal de la historia de un pueblo.

### Fernand Braudel

*L'identité de la France: espace et histoire, I*

Arthaud-Flammarion, París, 1986. 368 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

**SABER Leer**

Revista crítica de libros

Edita:

**Fundación Juan March**  
Servicio de Información y Prensa



Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|   | Págs. |
|---|-------|
| «La Francia profunda de Fernand Braudel», por Juan Marichal, sobre el libro <i>L'identité de la France: espace et histoire I</i> , de Fernand Braudel   | 1-2   |
| «Teología, ateología y postmodernidad en USA», por José Luis L. Aranguren, sobre los libros <i>La religión en la ciudad secular. Hacia una teología postmoderna</i> , de Harvey Cox, y <i>Erring. A postmodern A-theology</i> , de Mark C. Taylor | 3     |
| «El palimpsesto unamuniano», por Pedro Cerezo Galán, sobre el libro <i>Unamuno y los protestantes liberales</i> , de Nelson R. Orringer   | 4-5   |
| «Aleixandre desde Velintonia», por Francisco Ynduráin, sobre el libro <i>Los cuadernos de Velintonia</i> , de José Luis Cano  | 6-7   |
| «Unas lanzas por Benet», por Francisco Rico, sobre el libro <i>Herrumbrosas lanzas</i> , de Juan Benet  | 8     |
| «Autobiografías de investigadores», por Alberto Sols, sobre el libro <i>Memoir of a Thinking Radish</i> , de Peter Medawar  | 9     |
| «La nariz de Cleopatra», por Gustavo Bueno, sobre el libro <i>Historia de la Matemática</i> , de Carl B. Boyer  | 10-11 |
| «Recuerdos y actualidad de Anton Webern», por Federico Sopena, sobre el libro <i>Anton Webern</i> , de Claude Rostand   | 12    |

# Teología, ateología y postmodernidad en USA

Por José Luis L. Aranguren

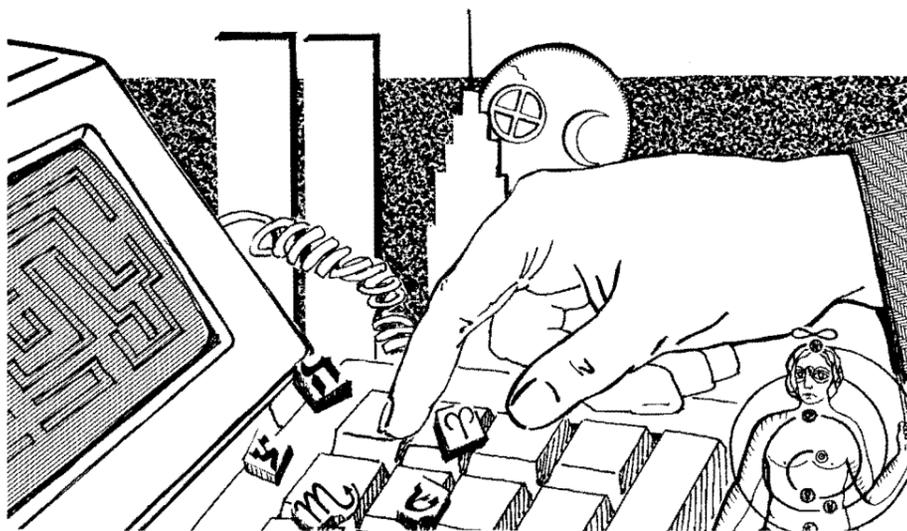
José Luis L. Aranguren (Avila, 1909) fue catedrático de Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, de Madrid. Ha dado clases también en Dinamarca y Estados Unidos. Entre sus obras figuran: La filosofía de Eugenio d'Ors, Ética y política, Moral y sociedad, La comunicación humana, El problema universitario, La crisis del catolicismo.

Harvey Cox, profesor de Teología en Harvard, se hizo famoso con la publicación del libro *La ciudad secular*. Enfrentándose allí con el problema sociológico-cultural de la Modernidad, la secularización y el weberiano «desencantamiento del mundo», su propuesta consistió en la aceptación de estos hechos y, partiendo del Karl Barth de la pura fe frente a la impura «religión», y, más directamente, de Bonhoeffer, en la mostración de las consecuencias sociales —sociología de la secularización— de esta pérdida de presencia eclesial y eclesial, de esta privatización de la fe y, en fin, de lo que, un par de años después, sería llamado por Robert Bellah la «religión civil» y por Thomas Luckmann la «religión invisible». Asimismo en América, y abierta ya la llamada «era post-religiosa», se formuló por William Hamilton y T. J. J. Altizer, al año siguiente de Cox, en 1966, la «teología radical» o «teología de la muerte de Dios».

Mas, entretanto, había estallado —década de los sesenta—, también en los Estados Unidos, el Movimiento de la Contracultura o la Revolución Cultural, con su nuevo talante de fiesta y celebración «hippie». El gran sociólogo Peter Berger, en su libro *A Rumor of Angels*, fue probablemente el primero en percibir la repercusión que para la religión había de tener este cambio radical de sensibilidad y mentalidad. Y un poco después, en el mismo año de 1969, Harvey Cox, fino perceptor siempre de los signos de los tiempos, publicó su segundo famoso libro, *The feast of Fools*, título que evoca aquellas fiestas medievales así llamadas: «Homo festivus», Fantasía, Mito, Ritual, Utopía, teología de la Esperanza (Moltmann, Sauter, Metz), fe como juego, celebración de la Vida, retorno a Dios antes en la Danza que en la doctrina y, bajo la influencia de *El Sacerdote y el Bufón*, de Kolakowski, Cristo como clown, Cristo el Arlequín, son los motivos sobresalientes del libro.

Harvey Cox, imprimió, como se ve, un giro total a su obra anterior. ¿Cómo la juzgaba ahora? «Demasiado unilateral en su activismo vehemente, su celosa preocupación por el cambio social y su hipertiroidea extraversion. Era, en cierto sentido, un libro muy «protestante», al menos en el sentido calvinista-puritano.»

Y ahora, en el libro objeto del presente comentario, un nuevo giro. Giro, como la otra vez, antes que de él, de la realidad en torno, del mundo, piensa, ya no moderno, sino «postmoderno». La Modernidad consistió, desde el punto de vista religioso, ya lo hemos visto, en el intento de adaptar el cristianismo a la secularización del mundo. Lo que estaría aconteciendo ahora, bajo el signo de la Postmodernidad, es el «religious revival», el retorno de la religión, un renovado e importante sitio para ella. ¿Es eso verdad? Yo también creo que, en efecto, se está actualmente en un «reencantamiento del mundo», como lo he llamado, en una recuperación de formas sumamente libres, exóticas, mágicas, incluso arbitrarias y supersticiosas, astrológicas, cuando no sectarias, de religiosidad. Pero las dos formas de religión y de teología de las que él trata en este libro, el neofundamentalismo norteamericano, por una parte, la religión popular y la teología de la liberación, por la otra, ¿constituyen, pueden constituir por sí mismos fenómenos realmente postmodernos? ¿Es que basta volverse «contra» la Modernidad, como hace el «antimoderno» Conserva-



MARIA LUISA SANZ

tismo religioso, para ingresar por ello, y sin más, en la Postmodernidad? Sin duda que la actual ultramodernización en la masiva utilización de los medios electrónicos de comunicación, a la que son tan dados los nuevos conservadores, y, por otra parte, los espectaculares viajes de la gran estrella de la comunicación que es, sin duda, Juan Pablo II, son fenómenos curiosos e incluso importantes, pero, en definitiva, de simple Cristianismo de Restauración. Por el otro lado, la religión popular latinoamericana y, en estrecha relación con ella, la teología de la liberación, son, a mi juicio, todavía más importantes y profundos. Pero una religiosidad en definitiva «premoderna» y una teología que ha surgido bajo influencias «modernas» ¿pueden transmutarse, sin más, en postmodernas? El talante de Fiesta, estudiado por Cox en el libro anterior, es, ahora, el refugio de un mundo de trabajo que no satisface y de la falta de trabajo: escape, más pagano que cristiano, de una realidad hostil. Lo cual no obsta a que la teología militante de la liberación, poseedora de una auténtica y directa «audiencia», pueda, como «compañera de viaje», ayudar a la emancipación centroamericana de la opresión en la que yace, y para que, al fin, puedan salir aquellos países del tercermundismo... e ingresar no se sabe bien si en el segundo o en el primer mundo. Y, por otra parte, también esa teología, se acepte sin reservas o no, puede y debe comunicar savia vital —lo está haciendo ya— a la teología occidental.

En un momento de su discurso se pregunta Harvey Cox de la teología de la liberación: «But is it really theology?» (¿Es realmente teología?) Y se responde que sí, en un sentido militante, pastoral, práctico: teología de la praxis y no «aplicada», es decir, «manufacturada» en un sitio para ser puesta en práctica, «distribuida», en otro. Y también más que teología, pues que la Biblia no es sólo un libro «religioso», sino que enseña además lo que fue una paradigmática lucha histórica para alcanzar la «tierra prometida», la liberación.

Pero, paralelamente, podemos volver su pregunta al propio Cox: ¿es realmente teología lo que él ha hecho a lo largo de estas tres etapas de su evolución? Creo que no, con lo que no hago de menos su obra; creo que lo que ha hecho siempre es sociología militante de la religión. En su primera obra, para predicar que, en la era de la Modernidad y la secularización, el cristiano superviviente había de adaptarse a ella. En su segunda etapa, la de la cultura «hippie», para que el cristianismo, saliendo de su unilateral (supra)racionalidad, se abriera al sentido de la festividad. Y ahora, tercera vez, en un tiempo de retorno a las religiones, para que recupere sus raíces religiosas, en la acepción más popular de la palabra, religiosidad del pueblo mejicano y centroamericano... y también, en la medida de lo posible, la religiosidad de la infancia del propio Harvey Cox.

Nostalgia del fundamentalismo infantil, difícilmente incorporable a la Modernidad, es-

peranza puesta en la Liberación, sí, pero con sentido crítico frente a los excesos, siempre posibles, de las religiones populares, y necesidad, aun para dejarla atrás, de pasar por la «ciudad secular», son los sentimientos y la convicción que la lectura de este libro nos quiere dejar.

Su pregunta final por «una nueva Reforma» queda suspendida y como en el aire. Personalmente yo no creo en ella. El actual «reencantamiento del mundo» es demasiado libre y aconfesional —pasó ya la época de las religiones mundiales y de las nacionales— como para aquella. El parágrafo o capitulillo titulado «Dejad hablar a las antiguas Runas», en el que, tras hacer referencia a una nueva y posible «convergencia», a una «unidad-en-la-diversidad», recoge la posición de Carl A. Raschke, preconizador postteológico de una «Dialogía hermenéutica», nos da pie para hablar ahora de la ateología de la Postmodernidad.

Si Harvey Cox es, sobre todo, un sociólogo de la religión, comprometido en ella, Mark C. Taylor, profesor de Religión en el Williams College, discípulo del último Altizer y, como él, uno de los numerosos seguidores americanos de Jacques Derrida, además de, como él mismo se considera, «gente marginal» y pensador entre la creencia y la increencia, es tanto y más «filósofo» que teólogo o, mejor dicho, filósofo y a-teólogo.

¿A-teología se corresponde con ateísmo? Hasta cierto punto sí. Pero el ateísmo establecido ha sido humanista, la teología vuelta antropología (Feuerbach) y la «muerte de Dios», un acto de autodefecación, en tanto que la a-teología pretende avanzar mucho más decididamente por la vía de la radicalidad.

Taylor divide su libro en dos partes: desconstrucción de la teología y a-teología de la desconstrucción. Se trata, en efecto, de la triple «déconstruction» de Dios (Uno), del «Self» (uno mismo) y del Libro (cerrado). «Déconstruction» también, en tanto que del Dios Uno, de la verdad una. La noción del «errar» («Irren» de Nietzsche y Heidegger,

«Erring» del título de la obra), errar o vagar en torno, acá y allá, en una coimplicación de identidad y diferencia, de diferencia e identidad, en una «kenosis» o autovaciamiento de individualidad, en un «carnaval» o «discurso carnavalesco», «fiesta de locos» y clowns, otra vez, como en Harvey Cox, pero en un sentido radicalmente destructor de la personalidad.

La a-teología que, alternativamente, se presenta es, tras esa destrucción, la afirmación del Laberinto por el que se vaga en un incesante errar y ab-errar, la afirmación de la «mazing grace», «gracia laberíntica», la que nos sitúa en medio de la encrucijada de las mil y ninguna salidas (una ilustración que reproduce el Laberinto de Filadelfia se encuentra en la página 60 del texto y en la sobrecubierta), la del «texto abierto» y la «écriture» no «sobre» algo, sino que es ella misma ese algo, y la afirmación, en fin, de una «cristología radical», pero no como acontecimiento único, sino como eterno retorno.

El libro o, mejor dicho, según el autor, el texto se halla ilustrado con abundantes juegos de palabras, empezando por el del «nombre propio» del autor, «Mark», nombre, como todos, realmente in-propio y más bien «erratic mark», marca o huella cambiante. (Habría que explorar qué es eso del «sujeto gramatical» y, por debajo de él, la «gramática del sujeto».) Ilustrado también con reproducciones, la del Laberinto, ya citada, la de «Las Meninas» de Velázquez (otra vez Foucault), a propósito de la pintura de ausencia de subjetividad, Picasso, y otras. Ilustrado, en fin, con abundantes pasajes literarios.

Teología transmutada en sociología comprometida de la religión, y filosofía o, mejor, filosofar sin objeto ni sujeto (en las acepciones más radicales de estas dos últimas palabras) en torno a lo que fue una fe, son los respectivos enfoques de los dos libros examinados. ¿Qué conclusiones se extraen de este resultado? En las universidades americanas del Este, a los estudios de teología se los denomina nada menos que de «Divinity». En el Oeste, las «Divinity Schools» son sustituidas por Departamentos de Estudios Religiosos: sociología, antropología, psicología, historia, filosofía de las religiones. Y en España, pensemos en un Gómez Caffarena, la reflexión filosófica retroalimenta la teológica o —Alfredo Fierro, Manuel Fraijó— la disuelve. Sí, el rol de la teología, cuando se mantiene, tiende a ser, como el propio Harvey Cox reconoce, «a minor one». Filosofía y teología, más y más unidas, van «detrás» de la religión, de las religiones, como detrás de la moral, de las morales —morales vividas, lo que antes se llamaba «ethica utens»—, y su tarea consiste en reflexionar sobre ellas, en sistematizar los interrogantes y en elaborar discursos hipotéticos, en decir «no» —teología negativa— y, sin embargo, también «sí» a las runas, mitos, leyendas-«legendae», poesías, Libros-Textos, Buenas Noticias; a las siempre cambiantes y, a la vez, recurrentes «imágenes», «modum recipientis», de Dios. □

## RESUMEN

Si la modernidad consistió, desde el punto de vista religioso, en el intento de adaptar el cristianismo a la secularización del mundo, lo que está aconteciendo ahora, bajo el signo de la postmodernidad, es un retorno a la reli-

gión. Esta es una de las ideas centrales del libro del sociólogo de la religión Harvey Cox, que es, junto a otro del profesor, filósofo y a-teólogo Mark Taylor, comentado por José Luis L. Aranguren.

## Harvey Cox

*La religión en la ciudad secular. Hacia una teología postmoderna*

Sal Terrae, Santander, 1985.

## Mark C. Taylor

*Erring. A postmodern A-theology*

The University of Chicago Press, Chicago, 1984.

# El palimpsesto unamuniano

Por Pedro Cerezo Galán

*Pedro Cerezo Galán (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada, donde ha sido decano y fundador de la Sección de Filosofía. Es becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Fundación alemana Alejandro Humboldt. Entre otros libros, es autor de Arte, verdad y ser en Heidegger, Palabra en el tiempo, La voluntad de aventura y Teoría y praxis en Hegel.*

La reciente conmemoración del cincuentenario de la muerte de Unamuno, invita a volver sobre la cultura española. Me brinda la oportunidad para ello el excelente libro de Nelson R. Orringer que se ha adelantado a la celebración del cincuentenario, como anticipo de una buena cosecha. «Todo decir sobre Unamuno es aventura», confiesa el autor, consciente de las dificultades de la empresa. Y, sin embargo, ha sabido Orringer encontrar un «paso honroso», convirtiendo la aventura en una pesquisa sagaz e inteligente. Ha venido así a desterrar la exégesis perezosa, que recurre al cómodo expediente de la congenialidad para ahorrarse la faena de rastrear influjos y aquilatar su alcance. Se olvida, en efecto, que un libro es fruto de otros libros, a los que lleva incorporados en sus entrañas. Hay que leerlo, por tanto —y aquí radica la originalidad hermenéutica de Orringer—, como un viejo palimpsesto, donde perviven huellas de innumerables obras. Ya conocíamos la fecundidad de este método de análisis, a lo Orringer, por su valiosa investigación sobre *Ortega y sus fuentes germánicas* (Madrid, Gredos, 1979), que tuvo el mérito de renovar la exégesis orteguiana, adormecida entre nosotros por el sopor de la ortodoxia. Y ahora ha probado fortuna con la obra capital de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, buscando su «matriz doctrinal» y reconstruyendo así «el proceso mental mediante el cual éste elaboró su pensamiento» (pág. 24).

En verdad, la pista era ya conocida por el testimonio epistolar y las citas expresas del mismo Unamuno. Ya en 1948, González Caminero, con olfato de inquisidor, perseguía los rastros de esta presencia, pero fue incapaz de dar las referencias explícitas. Poco más tarde, Julián Marías, en un libro tan inteligente como bienintencionado, inspirado, según sospecho, en una reacción liberal frente a la pleamar inquisitorial de aquellos años —García de Castro, González Caminero, Quintín Pérez—, calificaba de «frívola» la heterodoxia de Unamuno, en cuanto innecesaria e inmotivada, remitiendo, en última instancia, a un íntimo sustrato de creencia católica en su alma. Aranguren corrigió esta perspectiva, mostrando el profundo temple luterano de don Miguel, bien explícito en la angustia existencial y la lucha entre la desesperación y la esperanza contra toda esperanza.

Luego pasaría a primer plano, con distintas recurrencias, la disputa sobre ateísmo y creencia en Unamuno. Por fin, una exégesis más minuciosa de los textos capitales, como la de Nozick, Fasel, Malvido o Martínez Barrera, ha puesto de manifiesto el volumen de la herencia cultural del protestantismo liberal en la obra de Unamuno, aun cuando con distintas valoraciones sobre el sentido y el alcance de la influencia.

Me apresuro a decir que la obra de Orringer aventaja en rigor metodológico y en la pluralidad de sus registros a toda la literatura sobre el tema. Frente a la congenialidad o la simple denuncia de mimetismo, se pretende aquí valorar la originalidad de Unamuno, mediante un balance de «similitudes y discrepancias» (pág. 25), que permita ver las inflexiones que éste da a sus fuentes, y contrastar la intencionalidad genuina de cada posición; en definitiva, lograr un enjuiciamiento objetivo y no un mero registro de influencias.

¿Por qué la teología y por qué el protestantismo? Recuérdese que ya Unamuno había advertido que su quijotismo era «toda una religión sobre todo, es decir, toda una economía a lo eterno y lo divino, toda una esperan-

za en lo absurdo racional» (OC, VII, 299). Congruentemente, piensa Orringer que la clave interpretativa está en la religiosidad unamuniana. «Si Unamuno esboza una filosofía basada en la religión, hay que identificar

ésta con precisión para comprender aquélla» (pág. 14).

Por otra parte, es bien conocido el interés dominante de Unamuno, a partir de la crisis de 1897, por el tema religioso, así como el aluvión de lecturas, especialmente del protestantismo liberal, que precedió a la redacción de *Del sentimiento trágico*. Es innegable, pues, el peso en esta obra de la herencia teológica, que la convierte en el mejor exponente del «principio religioso» en el pensamiento de Unamuno. En cuanto al protestantismo liberal, Orringer hace ver su relevancia cultural en la teología de fin de siglo, dejándose sentir, en alguna medida, en el mismo movimiento krausista. Y aquí de nuevo, en vez de recurrir a la congenialidad o a la simpatía, como hacen otros intérpretes, aduce Orringer dos motivos, que encuentro muy pertinentes: de un lado, el «deseo de depurar su fe personal, mediante el libre examen» (pág. 27); del otro, el «intento de reformar la vida española» (pág. 19), inseparable de una profunda renovación de la actitud religiosa ante el mundo.

Creo que podría añadirse un tercer motivo en la búsqueda de una concordancia de la fe cristiana con las exigencias de la cultura moderna. José Luis Aranguren ha llamado la atención sobre la doble vocación de reformador político y religioso de don Miguel y su empeño en un catolicismo reformado, frente al romano/eclesial. No es de extrañar, pues, que a partir de la crisis, y en el esfuerzo de buscar una fe más personal e interior, para fundar así su apostolado laico de excitador de conciencias, se interesara por el protestantismo liberal, que representaba lo más sazonado de la herencia luterana en la época del modernismo. Las características más sobresalientes de este «Kulturprotestantismus», como ha señalado Martínez Barrera, son el antropocentrismo religioso, en concordancia con el principio immanentista de la cultura moderna, el interiorismo, la crítica al dogmatismo, al extrinsecismo y a la religión institucionalizada, la proyección ética, siguiendo en esto la reducción moral que había hecho Kant de la conciencia religiosa, y la tendencia a la realización intramundana del Reino de Dios.

El interés de Unamuno no se limita a las figuras centrales de esta corriente —Ritschl, Harnack y Hermann, a las que se suele reducir, por otra parte, la exégesis unamuniana—, sino que alcanza, según Orringer, a los epígonos como Kaftan, Troeltsch y Hobermin, y se extiende incluso a la lengua francesa —especialmente Vinet (a través de quien llega a Unamuno el influjo de Pascal), E. Menegoz y A. Sabatier—, y en lengua inglesa, a los teólogos liberales Channing, Robertson y Brooks. No es posible dar cuenta aquí de tan vasto influjo, que se muestra tanto en aspectos temáticos como estilísticos, y que Orringer desarrolla con una prolijidad y minuciosidad dignas de orfebre. El balance de este influjo se ordena en seis capítulos, «in crescendo», en una estructura ajustada al plan de la obra capital de Unamuno.

En el primer capítulo —«El punto de partida, la personalidad perdurable»— señala Orringer el antropocentrismo básico del protestantismo liberal, al centrar la religión en la economía de la salvación del alma, superior al destino del mundo (Ritschl) (págs. 63-64). La influencia del pascaliano Sabatier se hace notar en la fundamentación de la necesidad de la religión «en el instinto que tiene todo ser de querer perseverar en el ser» (pág. 59), que Unamuno reformula en el lenguaje de Spinoza. Igualmente, la agonía del yo, internamente escindido, recoge, a través de Vinet y Sabatier, la herencia pascaliana; de ahí el valor del dolor como experiencia del límite y como testimonio de la diferencia entre el yo y el mundo. De otra parte, «el hombre de carne y hueso» de Unamuno viene a ser una síntesis «de las necesidades materiales señaladas por Marx y las espirituales indicadas por los protestan-



ARACELI SANZ

Viene de la página anterior.



tes liberales» (pág. 61). Pero siempre la intención de Unamuno —y aquí radica su inflexión personal a esta herencia— no es otra que «catolizar el punto de partida filosófico de Ritschl y Sabatier» (pág. 61), al entender el afán de ser como hambre de inmortalidad, dándole así al agonismo un alcance escatológico (pág. 66).

### El síndrome trágico

La oposición básica unamuniana se analiza en el segundo capítulo —«La razón teórica contra el afán de perdurar»—. Es bien conocida la diatriba de Lutero contra la razón, proseguida en la obra de Ritschl en su crítica al monismo racionalista, ya sea éste idealista o materialista, como advierte Troeltsch, así como en la subordinación del conocimiento a los intereses práctico/vitales (Ritschl/Kaftan y Pascal/Vinet). Unamuno suscribe igualmente este primado de lo práctico/volitivo y puede radicalizar así la duda metódica en duda agónica de pasión. Siguiendo a Troeltsch, Hügel y Höffding, hace ver la contradicción latente entre el absolutismo de la razón y el sofocado sentimiento religioso; aquí yace el trasfondo trágico de todo racionalismo (Descartes/Spinoza), reconocido al cabo por Kant, quien discierne el límite de la razón teórica y la subordina al interés práctico/moral. La crítica unamuniana a la razón, inspirándose en los pascalianos Vinet y Sabatier y en el antipositivista Troeltsch (pág. 92), pone de manifiesto su carácter corrosivo, nihilista y escéptico, que acaba reduciendo fenoménicamente la sustancia y arruinando toda esperanza de inmortalidad. De ahí el conflicto trágico entre la razón y la voluntad, la lógica y la cardíaca, que alcanza a Unamuno, vía Sabatier, con referencias a Pascal, Kant y Schopenhauer (pág. 98). Procede también de Sabatier el planteamiento disyuntivo; dicho en sus propias palabras, «hace falta, entonces, renunciar a pensar para conservar el valor de vivir, o resignarse a la muerte para tener el derecho a pensar» (apud Orringer, pág. 99). Y la respuesta de Unamuno fue, como se sabe, aceptar los términos del dilema para mantener la tensión creadora del agonismo.

En el capítulo tercero —«El camino místico del conocimiento»— destaca Orringer la presencia compensada en Unamuno de Ritschl, con sus reservas hacia la mística, y de Harnack, con su caracterización de los valores específicos de la «piedad católica» (págs. 104-105). Señala también la evolución de Unamuno en la valoración de la mística, desde su primera actitud precavida hasta la abierta identificación con ella en *Del sentimiento trágico*; registra a continuación sus características sobresalientes, como la experiencia del dolor en cuanto productora de conciencia, la compasión universal, la identificación con el Cristo sufriente, la aspiración a la «apokátastasis» o deificación del universo, aunque con reservas siempre ante el peligro del engolfamiento panteísta de la personalidad en Dios, frente a lo que propone Unamuno la afirmación vigorosa de la propia individualidad.

El centro de gravedad de la obra de Orringer está, a mi juicio, en el capítulo cuarto —«Dios y las tres virtudes teológicas»—, porque en él se arroja luz sobre las ambigüedades de la teología unamuniana. Es, por otra parte, donde se hace más decisiva la influencia de Ritschl con su crítica al racionalismo teológico —cuyo exponente clásico es la teodicea con sus pruebas de la existencia de Dios— y su afirmación de un Dios Voluntad y Personalidad (pág. 124). Pero también aquí hace constar Orringer la inflexión peculiar de Unamuno, quien pone a Dios en función de la economía de la salvación del hombre, lo que «nos parece del todo ajeno al modo de pensar ritschliano» (págs. 124-125). En cuanto a la doctrina de la fe, la influencia se desplaza, según Orringer, de Ritschl a Robertson y a los simbolofideístas (Menegoz); se trata sustancialmente de una fe/«fiducia» o confianza, al

modo protestante, pero transida de dudas y en perpetua batalla contra el nihilismo; fe, en definitiva, sustentada paulinamente en la esperanza y abierta, por tanto, al futuro, y nutrida de amor/caridad, que Unamuno interpreta, en abierta oposición a Ritschl, como amor compasión, amor sufriente por Dios, «en armonía con la piedad católica individual descrita por Harnack» (pág. 149). Por último, en lo que respecta a la dimensión creadora de la fe —creer es crear, según Unamuno—, destaca Orringer en la dialéctica de la «creación mutua» Dios/hombre, la triple fuente de L. Stein, W. Hermann y A. Sabatier (págs. 145-146). Pese a la influencia del protestantismo liberal, la doctrina unamuniana de la fe responde, en última instancia, a la necesidad de garantizar el afán de inmortalidad; y juega, por tanto, dentro de una economía de la salvación. «En suma, la ilusión de ser eterno ha generado no sólo la doctrina unamuniana de Dios, sino también la visión que tiene Unamuno de la caridad, de la esperanza y de la fe» (pág. 151).

En el capítulo quinto —«Historia de la religión: de sus orígenes al catolicismo»— aborda Orringer la peculiar religiosidad unamuniana. Encuentra el origen de la creencia religiosa en el esfuerzo por personalizar el mundo, que es también la meta de la historia de las religiones. Pero en este punto —advirtiendo Orringer—, «sin modificar los hechos registrados por Harnack, el pensador de Salamanca los interpreta desde la perspectiva escatológica» (pág. 170), que fue, por otra parte, la genuina de la primitiva comunidad cristiana. Se aparta, pues, del intelectualismo y moralismo excesivos de Harnack y acepta, en cambio, su caracterización de la «piedad católica», en la que acaba reconociéndose.

### La moral heroica

Por último, corona Orringer su obra con un capítulo, el sexto, dedicado a la «Moral del individuo, de la sociedad, de la cultura», que vale como el resumen práctico de la filosofía de la religión. En este punto rechaza Unamuno, en línea con Ritschl y Robertson, la idea de un castigo eterno y acepta la teoría de la salvación universal. Siguiendo a Ritschl, Lenz y Hermann, toma de la tradición luterana el sentido y valor religioso de la vocación civil; la suya propia, como agitador de espíritus, le vino inspirada por Sabatier; y sintetizando a éste con Channing, interpreta el imperativo cristiano de la salvación, vertiéndolo a clave ontológica, como eternización de la conciencia (págs. 198-199). Ahora bien, esto exige el combate arduo de imponerse a todo lo otro y sellarlo con la propia personalidad. De ahí el carácter heroico de esta moral de la guerra, del combate por la conciencia, en Miguel de Unamuno (pág. 220).

Sobre este amplio friso de influjos —aquí apenas esbozado—, construye Orringer su tesis capital de un Unamuno «ritschliano católico» (pág. 223), en el que, a la postre, el conjunto de las influencias del protestantismo liberal es acuñado y reelaborado en una matriz peculiar de inspiración católica. Conviene recordar a este respecto que tanto Martínez Barrera como Malvido ya habían indicado el viraje o «cambio de rumbo» que se produce en Unamuno, en torno a 1907, en relación con el protestantismo, por su falta de sentido escatológico, a la vez que su preferencia confesada por el catolicismo intrapopular español. Como advierte el propio Unamuno, y señala oportunamente Orringer, «el idealismo protestante de los pueblos germánicos debilita y neutraliza nuestra aspiración casi semítica, nuestro anhelo de señales y de otra vida, nuestro realismo religioso, que se cifra en lo escatológico» (OC, VII, 20-1). Esta inspiración originaria se expresa en la obra de Unamuno, según Orringer, de diversas maneras:

a) En la primacía de la escatología sobre la tesis protestante de la justificación por la fe.

b) La sublimación del afán de perdurar (Sabatier) en ansia y exigencia de inmortalidad.

c) La interpretación de Dios y de la doctrina de la fe dentro de la economía de la inmortalización.

d) La aceptación de la «piedad católica», tal como la describe Harnack.

e) La caracterización de la fe, basada en la incertidumbre acerca de la propia salvación, como la ve el catolicismo.

f) La subordinación de la moral a la escatología, en oposición a la actitud protestante.

### ¿Inmanentismo o Escatología?

Todo lo cual supone una neta inspiración católica de fondo, que acaba determinando la actitud religiosa de Unamuno. ¿Es, pues, densa y notable la influencia del protestantismo liberal? A juzgar por las pruebas aducidas, hay que pensar que sí, como afirma Orringer, pero sin restar importancia a la inflexión específicamente unamuniana.

Sin embargo, la investigación de Martínez Barrera se pronuncia en sentido contrario: «El protestantismo liberal —escribe como colofón de su obra— no ha supuesto una influencia decisiva y determinante en la trayectoria religiosa de Unamuno» (op. cit., 280). Martínez Herrera sustenta esta tesis sobre la base de la peculiar orientación de la fe de Unamuno, a la que califica, siguiendo a Collado, de «agonismo vitalista» o inmanentismo naturalista, centrado exclusivamente en la exigencia de supervivencia, sin referencia a ninguna economía sobrenatural, al modo protestante. No estoy de acuerdo con este reduccionismo naturalista e inmanentista de la fe de Unamuno, pues, aunque algunas afirmaciones de más claro ascendiente nietzscheano pudieran sonar así, es claro que el ansia de inmortalidad está ligado a la necesidad de dar una finalidad humana al universo, y ésta, a su vez, a la postulación ética de Dios, al modo kantiano, como garante de la economía total de la conciencia, que se corona finalmente en la soteriología religiosa. Conviene advertir, sin embargo, que Unamuno también aquí es especie única. Resulta tarea vana buscarle clasificaciones, porque de todas se escapa. Más en lo cierto está, pues, Martínez Barrera cuando afirma que la concepción religiosa de Unamuno constituye «una forma de vivencia religiosa del todo singular, irreductible, por tanto, a cualquier tipo de religión convencional, sea ésta católica o protestante» (op. cit., 251). Ya Federico Urales llegó a una conclusión semejante y acabó por situarlo en el «anarquismo místico, a lo Tolstoi; en el anarquismo cristiano, pero también de allí se escaparía». Creo que la calificación que hace de él Orringer como «ritschliano católico», más que una clasificación, en el sentido fuerte del término, es un modo de calificar —no muy feliz, por cierto— la singular conjunción de catolicismo y protestantismo que caracteriza la posición espiritual de Unamuno, pero de un catolicismo intrapopular, antirromano, y de un «kulturprotestantismus» profundamente remodelado, como muestra Orringer, por el sentido escatológico.

De otro lado pueden venir los reparos al libro de Orringer. Su propio método, centrado exclusivamente en la obra, como sedimento de lecturas y escrituras, puede cerrarle a otras instancias, especialmente al contexto histórico-cultural, que está ausente, por razones metodológicas, de su consideración. Creo, por otra parte, que una metodología tan rigurosa en la identificación de los hilos de la trama puede hacer perder la figura de conjunto de un pensamiento. No es éste el caso de esta obra, pero conviene advertir de los riesgos inherentes al propio método. Se echa de menos, por lo demás, la exploración de otros textos complementarios de *Del sentimiento trágico*, y muy especialmente los poéticos, tan decisivos, si no para la filosofía de la religión, sí, al menos, para la caracterización de la experiencia religiosa en sí misma. Me refiero, sobre todo, al gigantesco poema *El Cristo de Velázquez* (1920), máximo exponente de la orientación cristológica del pensamiento de don Miguel, y al que hay que recurrir para dilucidar el sentido de su religiosidad. Como ha escrito José Luis Aranguren, allí está el «otro» Unamuno, tan opuesto al desgarrado y desesperado del temple luterano. Yo creo que este otro Unamuno es el «intra-Unamuno», y en él está la clave última de su experiencia religiosa.

Más grave me parece la ausencia de lecturas filosóficas, a las que se hacen tan sólo breves y fugaces referencias. Tal vez Orringer, buen conocedor de la biblioteca de Unamuno, se ha reservado este filón para otra oportunidad, pero en todo caso la disociación de ambas lecturas —la teológica y la filosófica— acarrea defectos de perspectiva y valoración de la obra unamuniana, incluso de *Del sentimiento trágico*, obra ciertamente de madurez, pero que anuda hilos y sugerencias de primeros de siglo, cuando está en gestación el pensamiento original de Unamuno. Se comprende así que su intento de derivación del tema de la fe/creación, a partir tan sólo de las fuentes teológicas (págs. 145-146), resulte artificioso, por no tomar en cuenta las influencias decisivas a este respecto de W. James y Nietzsche en los ensayos de primeros de siglo. Otro tanto ocurre con el tema del «conatus», que antes que de Sabatier, procede de la conjunción Schopenhauer/Spinoza, o con el de la piedad o compasión universal de impronta genuinamente schopenhaueriana. El mismo autor es consciente de esta laguna motivada por la economía de su investigación (pág. 223). En su descargo podría alegar que, al fin y al cabo, las lecturas teológicas constituyen la clave de una obra fundamentalmente teológica, como parece ser *Del sentimiento trágico*. Pero no conviene olvidar que la teología y hasta la filosofía de la religión llegan siempre demasiado tarde con respecto a la experiencia religiosa misma. Por otra parte, la religión en Unamuno envuelve una experiencia ontológica, como ha mostrado Meyer, que tiene sus propias mediaciones filosóficas. A la teología de Unamuno subyace, pues, una «metantrópica», por decirlo en sus propios términos, o antropología metafísica, y hasta tanto no se especifique ésta, cualquier otra lectura, por muy ricos que sean sus registros y claves, como es el caso, está condenada a moverse en el vacío. □

### RESUMEN

El profesor Cerezo Galán justifica el título de su comentario por el hecho de que, en su opinión, este libro de Nelson R. Orringer, que se adelantó al cincuentenario de la muerte de Unamuno, debe leerse como un viejo

palimpsesto, en donde perviven huellas de innumerables obras. Orringer ha aplicado su particular método de análisis a la obra capital del escritor vasco, *Del sentimiento trágico* de la vida.

Nelson R. Orringer

*Unamuno y los protestantes liberales*

Gredos, Madrid, 1985. 254 páginas.

# Aleixandre desde Velintonia

Por Francisco Ynduráin

**Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid y rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Fundó y dirigió el Archivo de Filología Aragonesa y la revista «Universidad», de Zaragoza. Se ha ocupado de distintos temas y autores desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.**

Acaba de aparecer un libro de José Luis Cano, *Los cuadernos de Velintonia*, dedicado a Vicente Aleixandre y al círculo en su morada de amigos y visitantes, unidos todos en comunión lírica. Recuerdos, noticias, anécdotas vienen a darnos un curioso panorama del Madrid literario que fue —casi medio siglo— visto desde el forzoso retiro de aquel Aleixandre retenido en su casa por larga dolencia, pero compensando la obligada limitación con entrega y apertura íntegras al menester literario en continuo ejercicio. No veo otro más, a no ser Juan Ramón Jiménez, que haya dedicado tal pasión en exclusiva a la poesía: ambos caben por méritos propios en la categoría de héroes, de poetas-héroes que Carlyle definió. Hizo y vivió Aleixandre la poesía, la propia y la ajena, con magisterio que ha de quedar como ejemplo memorable. De ello, José Luis Cano fue partícipe y ahora resulta puntual fedatario, por donde con este libro nos induce a recordar otros libros preclaros que nos han transmitido testimonio directo de otros autores: concurren a la memoria las *Conversaciones con Goethe*, de Johann Peter Eckermann, o *The Life of Samuel Johnson, Ll. D.*, por James Boswell (terminada en 1791 y no publicada, en primera entrega incompleta, hasta 1925). No apunto con esto a comparacio-

nes de valor en calidad ni en extensión (Boswell dejó más de mil doscientas páginas), pues me limito a situar estos *Cuadernos* en una marca de afinidades temáticas y de enfoque. Acaso algún lector vea en el libro de Cano pasajes que le resulten triviales o de escasa relevancia; pero ello obedece a la intención de transmitir detalles indispensables para la historia mayor. Bien lo dejó advertido el puntual Boswell cuando justifica una y otra vez la inclusión de datos y notas de menor momento, por considerar que por tal medio salvaba la verdad más íntegra. En los tres libros mencionados nos llega algo que no es biografía en sentido estricto, ni memorias personales tampoco, aunque de ambas participe; pero desde cada uno de los tres nos solicita un personaje y su medio social en vivo, sin idealizaciones de receta. No algo humano, demasiado humano; simplemente, humano, con doble ejemplaridad, poética y existencial.

Las diferencias entre las tres ciudades con el fondo social de los tiempos respectivos y desde el punto de vista de cada escritor, tampoco son del caso para comparaciones homologables. Tres ambientes con marcadas diferencias en la relación entre escritores y su medio del que resultan muy varias facilidades o resistencias para la creación literaria. De todo ello debería surgir ejemplo y estímulo fecundos para que otros leguen al futuro «memorable» que el flujo irrestañable del tiempo se ha de llevar. El libro de Cano debe sonar como un alerta. ¿Tendrá seguidores?

## Vividura poética

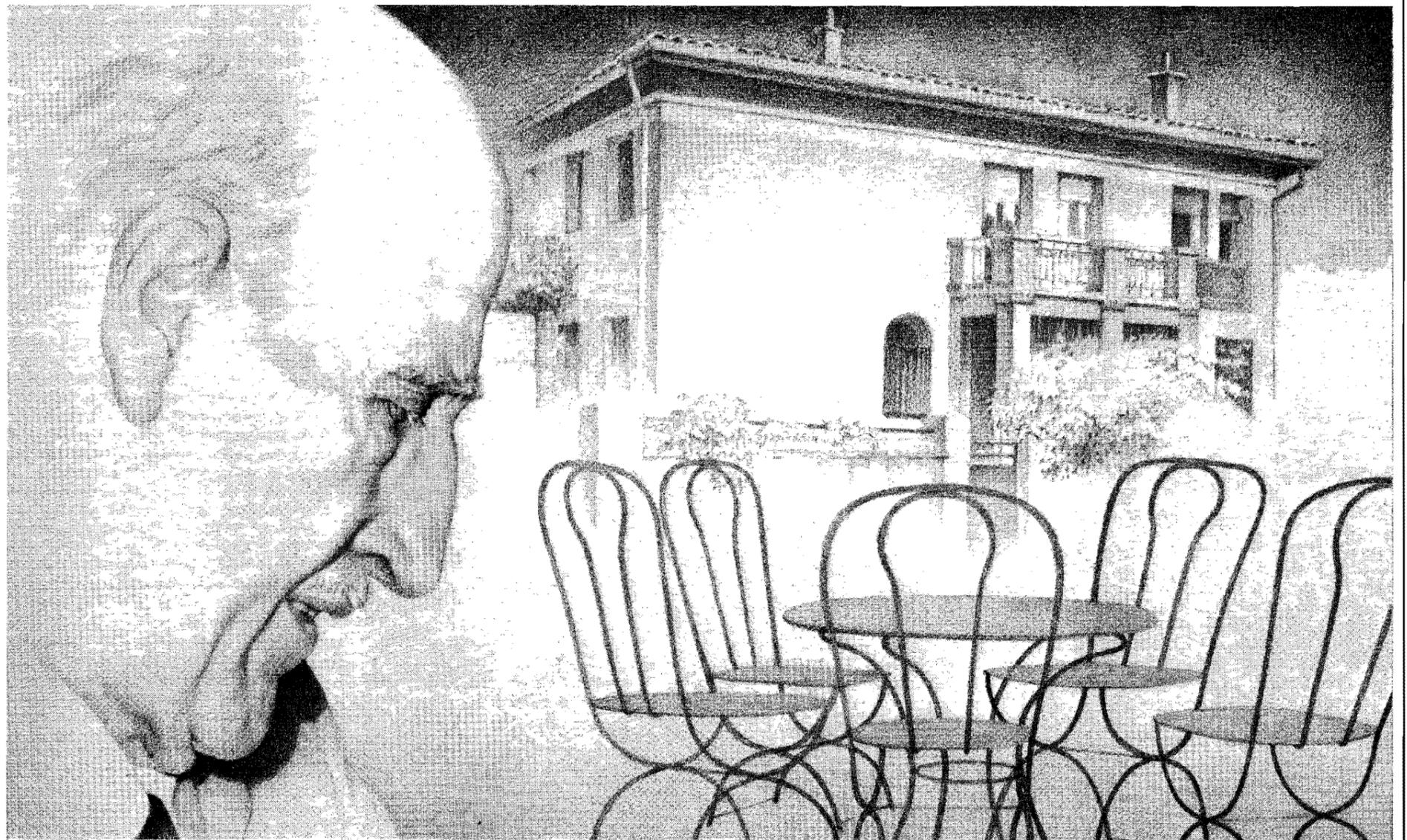
No estará de más recordar algo tan sabido como la historia personal de Aleixandre, su vividura poética, algo que fue razón de vida. Su reclusión de enfermo continuo hizo de

su morada lugar de encuentro donde recibía, escuchaba y aconsejaba a poetas jóvenes, mientras compartía el trato con los de su tiempo. Dámaso Alonso, testigo de excepción desde los primeros pasos de Aleixandre por la senda de la lírica, allá en 1917, en Las Navas del Marqués, ambos veraneantes, algún día nos dará a conocer los poemas que él conserva, o la edición de Rubén Darío, anotada por Aleixandre en el ejemplar procurado por su guía (*Ver a este propósito Vida y obra*, eds. «El caballo griego para la poesía», Madrid, 1984, del mismo Dámaso.)

Pero los contactos de Aleixandre con poetas fueron muchos más que los de intramuros, como puede verse en prólogos a ediciones, presentación de revistas y correspondencia apenas recogida. Si repasamos la lista de poetas para cuya obra tuvo papel de mentor, no falta allí nombre desde los más jóvenes en sucesivas promociones, vinculados o no con grupo o tendencia. Desde 1944, más o menos, ejerció un magisterio en el más noble sentido, enseñando, corrigiendo, aprendiendo de sus visitantes y corresponsales. Fue también consejero para la disposición en libro de poemas, proponiendo organización armoniosa y congruente, no mero cúmulo adventicio sin más norte que el de la imprenta. Porque, en efecto, una de sus preocupaciones fue la de darnos libros constituidos en unidad integrada, necesaria. Basta recorrer lo que ha dejado escrito en el repaso de sus libros o en justificaciones de alguna edición. Así, en *La destrucción o el amor* (Madrid, 1945, Premio de Literatura en 1.ª ed., 1934) aparece una nota, al final, poco antes del «Índice»: «De este libro se ha retirado para la presente edición el poema “Cada cosa, cada cosa”, que será reintegrado en su día al anterior libro del autor, *Espadas como labios*, al que “virtualmente” pertenece; habiéndose incluido en su

lugar el poema inédito “Triunfo del amor”» (pág. 180). Todavía, en su libro menos orgánico, *Nacimiento último* (Madrid, Insula, 1953), se nos exculpaba por la suma de poemas que «no se desarrollan alrededor de un tema central», y tiene que justificar las partes incluidas y la procedencia y fecha de otros poemas. Más tarde, en *Mis poemas mejores* (1977), precisa cómo desde un primer poema, «Primavera en la tierra», «concebí la obra como un todo, y desde la intuición inicial vino el desarrollo sucesivo y concéntrico» (pág. 129). Remite a su libro *Sombra del paraíso* (1939-49). Con esto limito mi apreciación a un aspecto en las exigencias del poeta con su obra antes de darla a la imprenta.

Por otra parte, su carrera ha sido de sostenida continuidad, sin interrupciones de mayor espacio, sin descaminos ni digresiones, ya que sus escritos en prosa no resultan exentos del toque poético. Ya en su libro temprano *Pasión de la tierra* (1928-29, publicado en 1935), libro que reconoce como de lección más difícil, se estrenó en «el poema en prosa», que consideraba como poesía «en estado naciente», con un mínimo de elaboración. Más aún, en otras páginas en prosa, incluso en las que ronda lo doctrinal o teórico, brotan, surgen como sin propósito muestras de tensión lírica: así, en *Los encuentros* (1958), colección de semblanzas de autores, poetas los más, donde se nos ofrecen otros tantos hallazgos de lírica tensión: silencios de Azorín, de Gerardo Diego..., evocación de Dámaso Alonso. Si le seguimos en prólogos a libros de poetas, presentación de revistas, en el conjunto de prosas recogidas en sus *Obras completas* (que, como es usual, no lo son), creo que no learemos un texto donde esté ausente la chispa lírica, en temple y expresión.



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior.



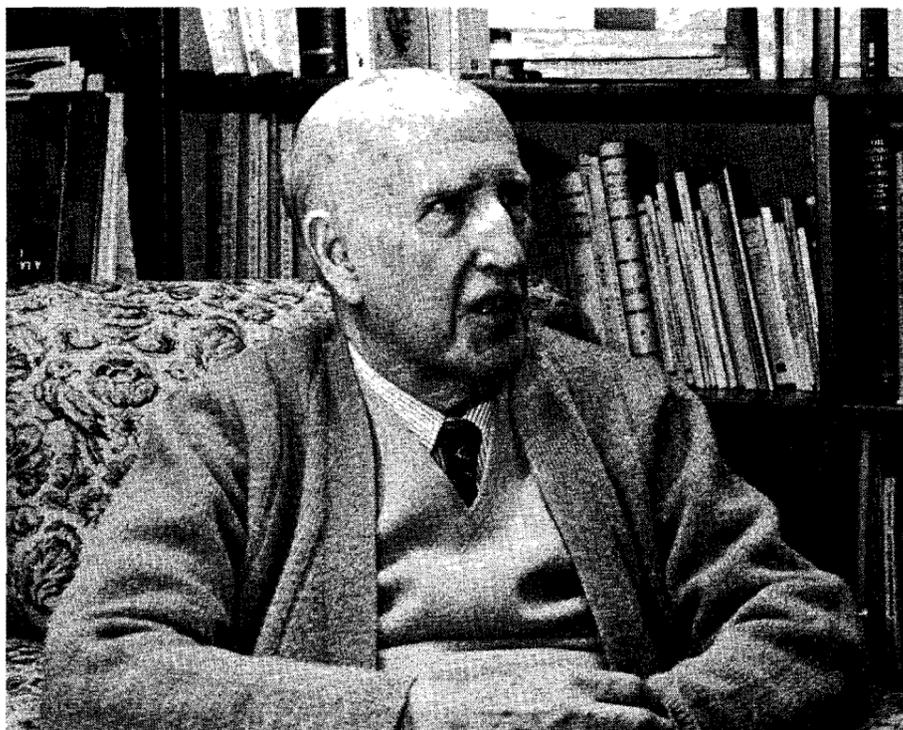
He venido empleando el término «poesía» con obligada laxitud, por lo que me veo obligado a intentar siquiera una aproximación definitiva para nuestro caso. Empezaré con nuestro autor, que ya en 1930, y para la *Antología* dispuesta por Gerardo Diego, confesaba: «No sé lo que es poesía», y volvía a repetirse en la edición de 1933, con subrayado, añadiendo: «no es cuestión de palabras», sino más bien: «la oscura revelación para la que las palabras trastornan su consuetudinario sentido». (¿Algo como la aspiración del simbolismo francés, a dotar las palabras de la tribu con un sentido más puro?) En el concepto de «poesía» nos solicitan una esencia y una historia desde la cual podamos tener acceso a la primera; así ocurre en el caso de nuestro poeta. Recogeré, pues, algunos textos escalonados, antes de buscarle conexiones o influencias positivas y de rechazo. Omito su primer libro publicado, *Ambito* (1928), por no ver en él lo que me parece más peculiar suyo, si bien ya en ese mismo año hubiera iniciado lo que luego publicaría como *Pasión de la tierra* (1935). En edición posterior escribe: «Allí estaba, pues, como en un plasma (...), toda mi poesía implícita. Esta es un camino hacia la luz, un largo esfuerzo hacia ella. Sólo mucho después yo he descubierto la claridad y el espacio. Pero desde la angustia de la sombra (...) estaba presentida "la coherencia total del mundo poético"».

### Elementos irracionales

En un ensayo, «Poesía, comunicación» (1951), responde a una supuesta pregunta: «¿Poesía es belleza?» (...) «Ponga usted que poesía es más que belleza, es cosa de comunicación. (...) Una forma de conocimiento amoroso.» Antes había rechazado los vocablos «poéticos» y «no poéticos», liberándose de un vocabulario exclusivo y excluyente con prestigio dado y convenido. Si le seguimos ahora en lo positivo de su poetizar veremos que en *Poemas de la consumación* (1968, empezado en 1965) sintió «la precisión del empleo en mi verso de los elementos irracionales, pero sin que esto supusiese un innecesario retorno a las formas expresivas ya usadas en mi etapa surrealista. Traté, pues, de irrationalizar el elemento expresivo "desde" la experiencia del realismo». Y remite a *Historia del corazón*, *Retratos con nombre* y parte de *En un vasto dominio*. Si contrastamos estas declaraciones, en su tiempo, lo que sobresale es una atención a zonas subliminarias de la conciencia en comunión con mundo y trasmundo, sin sometimiento a dictados de la razón, mediante un lenguaje directo, sin marca previa de poeticidad. Ambas notas resumen predisposición y talante poéticos.

En la formación del poeta se acusan dos marcas, positiva la una, con sus lecturas confesadas de Freud más el influjo del «surréalisme» francés; negativa la otra, en su rechazo de formalismos preestablecidos en léxico, rima, ritmos y otros efectos sonoros. Pronto se consideró exento de aquellas influencias, que, sin embargo, dejaron un poso en su obra. Todavía, al conocer la muerte de André Breton, le dedica un poema en el cual evoca a sus compañeros de aventura surrealista —surrealista, mejor—, aludiéndolos por los títulos de sus obras más representativas: *Marinero en tierra*, *Un río, un amor*, *Sobre los ángeles*, *Poeta en Nueva-York* y *La destrucción* (sic) de él mismo. Estamos en 1966.

En el número que «La Nouvelle Revue Française» (I-IV-1967) dedicó a hacer un balance del movimiento surrealista, aparece la traducción del poema de Aleixandre y un artículo agudamente ilustrativo de Jorge Guillén, «La stimulation surréaliste» (págs. 895-901), donde expone su muy admisible teoría de que el movimiento artístico y literario que ya bautizara Apollinaire no pasó de ser entre nuestros poetas algo como un estímulo, una orientación hacia las zonas irracionales de



Vicente Aleixandre

la personalidad. Añadiré que algo hay en nuestras letras, un insuperado antecedente, tampoco exclusivo: la poesía de San Juan de la Cruz aun leída sin su trasfondo místico —si cabe tal disociación—, simplemente como lírica. Que la abierta recepción de Aleixandre percibió la misteriosidad irracional experimentada del carmelita en su verso puede ser notada no sólo en el poema que dedicó a San Juan, «Homenaje», sino en ecos perceptibles en alguno de sus poemas, donde nos suena la «música callada», las «noches», «Y es de noche», que van mucho más allá del simple meteo en sus solicitaciones. Ya los poetas del simbolismo francés ofrecen ejemplos de cómo llegaron a percibir y expresar lo que desborda nuestra experiencia racional. Uno de los tratadistas de esta corriente, C. M. Bowra, vio la relación de analogías entre vidadura poética y religiosa precisamente en San Juan: «Tampoco es fácil decir si el rapto que tanto subyuga en la poesía de San Juan de la Cruz es realmente religioso o estético. En ciertos rasgos el deleite estético puede parecerse a la devoción religiosa» (en la introducción a *The heritage of symbolism*). Uno piensa que pueden unirse, fundidos, el encanto religioso y el lírico, cada uno con su llamada peculiar también. Pero luego he de volver sobre San Juan, desde otro ángulo. Por de pronto, lo irracional en la poesía está ya en Platón, como puede leerse en el diálogo primerizo, *Ion*, y en *Fedro*, y en Michel Canouges, *André Breton et les données fondamentales du surréalisme* (Paris, Gallimard, 1950, pág. 152). Y Eckermann nos ha salvado palabras de Goethe en que exige admitir en poesía «algo francamente demoníaco, especialmente en la inconsciente, a la que no presta ayuda la razón». Y sigue con «la necesidad que tiene el culto religioso de la poesía, medio indispensable para dar al hombre la sensación de lo maravilloso». El hallazgo de Lautréamont habría quedado en el anonimato sin valedores y escena de lanzamiento.

### Palabras tan bellas

Viniendo ya a los rechazos de Aleixandre repetiré su menos estima y utilización de los recursos tradicionales en la lengua poética. Si los acoge, será en raras ocasiones y no sin motivo, ni deja de reconocer que «hay palabras tan bellas». Excepcionalmente, puede servirse de un expresionismo fónico, como en el poema dedicado a Camilo José Cela, «Formentor»:

«Formentor: la palabra se diría/al eco largo/de un dorado trueno de luz... A tí,

Camilo,/mando una astilla/del recuerdo... Acógele en tu isla y ruede,/ruede,/ruede,/hasta el confín de Formentor/redondo.» (En *Retratos con nombre*, Barcelona, El Bardo, 1965.)

Ahora bien, si seguimos las obras de poetas y prosistas que han ganado la admiración de Aleixandre, se obtiene un panorama de extraordinaria variedad en lecturas que no le han distraído de la línea personalísima en su propia obra. Entonces, ¿qué nos brinda la lectura de Aleixandre? Primero, nos exige la identificación con un estilo de ver que al expresarse en palabras requiere congruente aplicación del código lingüístico e imaginativo operantes. Aquí de la poesía como comunicación especial antes aducida, citando al poeta. Pero hay en él algo más que una retórica distinta, propia, y es que se nos instala en una personal cosmovisión donde se funden naturaleza sensible, hombre entero y misterio. Hay una acusada sensibilidad para las sensaciones del tacto. La boca, el conjunto anatómico labio-buco-dental, aparecen una y otra vez con marcada reiteración a cierta altura de su obra. Pero en un poema titulado precisamente «Los besos» se ha ido trasmutando el contacto, y termina:

«Suben altos, dorados. Van calientes, ardiendo. Gimen, cantan, esplenden. En el cielo deliran.» (En *Nacimiento último*.)

Se ha propuesto el texto como ejemplo de otros tantos casos en que Aleixandre funde, trascendiendo desde un aquí hasta un más allá poético, experiencias sensoriales. En algún lugar Aleixandre ha dejado escrito que aspira a cantar lo que es permanente en el hombre en todos sus niveles accesibles, a comunicar la esencia que los une a todos. Bien lo advirtió el crítico —anónimo, según uso— del suplemento literario de «The Times», de Londres, cuando la muerte de nuestro poeta: «He spoke of his central concern, the inspiring principle of the unity of the poet with the who-

### RESUMEN

*Aleixandre hizo y vivió la poesía, la propia y la ajena. De salud incierta durante toda su vida, el chalet de la calle Velintonia se convirtió en lugar de encuentro para muchas generaciones de poetas y amigos. José Luis*

José Luis Cano

*Los cuadernos de Velintonia*

Seix Barral, Barcelona, 1986. 285 páginas.

le of creation, the world, the man» (15-XII-84). Síntesis que me parece aceptable si al término «creación» se le exonera de credo o dogma establecidos. Opiniones que degradan la validez de tal compromiso pueden verse en Luis Landínez, «Cara y cruz en la poesía de Vicente Aleixandre» (Revista de la Universidad de Oviedo, 1950), y en Pedro Salinas al dar cuenta en «Índice literario» (mayo 1935) de *La destrucción o el amor*. «Se comprende que las muchas personas que se sientan por completo ajenas, por respetabilísimas razones de criterio estético, de formación a este linaje de poesía, rechacen este libro.» A lo cual tengo que objetar desde mi punto de vista lector, pues uno pide la máxima disponibilidad receptiva, adecuada a cada texto, tratando de recrear la estética de cada uno, la que lo ha producido y se nos trasmite. Luego vendrá, si llega, la relación comparativa.

No ha sido accidental el recuerdo de San Juan de la Cruz como poeta, pues ha venido estimulado también por un libro reciente, *Simposio sobre San Juan de la Cruz. Ponencias* (Avila, 1986). Se trata, en efecto, de ocho lecciones sobre el carmelita, más desde puntos de vista eruditos y literarios que estrictamente religiosos. Simposio y edición han salido adelante gracias al mecenazgo de entidades religiosas —Obispado de Avila—, organismos públicos y empresas privadas radicados en el «castillo interior» por excelencia. Ello me lleva a considerar la situación en que hoy se encuentran las publicaciones y lecturas de poesía. Desde hace unos años se viene observando un incremento en la protección económica para recitales, conferencias y publicaciones de y sobre poesía.

Solía decirse poco ha que teníamos unos dos mil poetas en España, lectores entre sí de los dos mil ejemplares de tirada para cada nuevo libro. Una ingeniosidad puede valer más como indicio que como dato preciso. Otro aspecto de la cuestión es el de la repartición geográfica de poetas y lectores en España, y ahí dejo por el momento el asunto.

Producción y consumo literario pueden ser atendidos desde esta realidad, como ya lo hiciera mi admirado amigo Robert Escarpit desde el centro universitario de Talence. Lo que suele resultar en tales sondeos afecta más a la estadística que a la calidad de lecturas. En fin, la poesía hoy entre nosotros tiene acogida en muchísimas revistas exclusivas o de carácter literario general. Ni faltan en diarios, en medios de comunicación a masas o con voz directa de cantores y cantautores (curioso el neologismo), que nos retrotraen a los tiempos de juglares y troveros.

Este excursus, que puede parecer a ratos digresivo, ha venido suscitado, y no eludido, desde el libro de José Luis Cano sobre Aleixandre, su casa en Velintonia, 3 —hoy, Vicente Aleixandre, 3—, foco de recepción e irradiación líricas que nos ha permitido contemplar una fase de la poesía en su hacer individual y social.

El autor, poeta vinculado al lugar y personaje desde 1944, fue promotor con J. Guerrero de la colección poética de más larga andadura, «Adonais» (más de cuatrocientos cincuenta números), y de la revista literaria «Isula», no menos longeva, publicación que sirvió de acogedora insularidad a no pocos de los que se resistieron al aislamiento. □

*Cano, que reúne las dos condiciones, hace inventario de su relación con el poeta, recogiendo en este diario buena parte de la historia personal de Vicente Aleixandre, origen del comentario del profesor Ynduráin.*

# Unas lanzas por Benet

Por Francisco Rico

Francisco Rico (Barcelona, 1942) es catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales en la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro de la Real Academia Española. Ha escrito varios libros sobre literatura medieval y renacentista española e italiana. Su publicación más reciente es la nueva edición, exhaustivamente comentada, del Lazarillo de Tormes (1987).

«Por una anomalía cronológica, muy comprensible, la reunión del 8 de febrero de 1938 se vio dominada, en el espíritu de los combatientes regionatos, más por el recuerdo y los precedentes de la campaña de 1936 que por los combates que se sucedieron a lo largo de 1937.»

Por un procedimiento constructivo de tanta raigambre como el «hýsteron próteron» de Homero, el primer volumen de *Herrumbrosas lanzas* (libros I-VI) parte de esa reunión del Comité de Defensa de Región, el martes de marras, y se demora especialmente en tal «recuerdo» y en la evocación de las «dramatis personae»; la segunda entrega (libro VII) inserta las 200 páginas sobre la viuda y los hijos de Ricardo Mazón —cuando la primera República y la tercera carlistada— en medio de la treintena dedicada al intento de un descendiente suyo, el último Eugenio, por abrirse paso en la Sierra, en la ofensiva sobre Macerta que el tomo tercero (libros VII-XII) lleva hasta las puertas de la ciudad, en el bando nacional, y hasta el 23 de abril de 1938, tras treinta y un días de lucha.

## El signo de la épica

*Herrumbrosas lanzas* está presidida por el signo imperioso de la épica. En el desenlace del volumen recién publicado, así, la brigada de Eugenio Mazón ha llegado hasta los arrabales de Macerta «con el apoyo de la fortuna»; desde esa hora, a los soldados «no les quedó expedita otra salida que la desbandada»: «la aventura común había de conocer su fin para prolongarse en la peripecia personal de cada cual que —despojado de un destino compartido— con sus propios medios buscaría el sendero opuesto al de la guerra, la vuelta a casa o la capitulación».

En verdad, ningún motivo más propio de la epopeya que los desmanes de la «fortuna» y la tiranía del «destino». La página por ahora última de *Herrumbrosas lanzas* los invoca con singular viveza, en tanto imagina, siempre con maneras épicas, el «vuelo migratorio» de «la alada, veleidosa y mercenaria victoria». Pero en todas partes se hace sentir la presencia omnipotente del destino, que con la estricta lógica del azar lleva a una derrota que los guerreros de Región quieren indeclinablemente suya.

El planteamiento se fija desde el mismo incipit: con independencia de las intenciones de los contendientes, «aquel destino quería que la guerra se prolongara, aunque fuera innecesaria; que se prolongara incluso más allá de sí misma, a lo largo de una rencorosa, sórdida y vengativa paz; y quería que hasta donde alcanzasen las vidas de los combatientes —y acaso las de sus hijos— se desarrollasen en un país diezmado y quimérico, en el que ni germinarían las semillas de las ideas nuevas y modernas ni volverían a cultivarse los antiguos jardines. Se trataba de un destino con la vista puesta en un limbo de himnos y colgaduras —un limbo de vocablos— donde hasta las rosas habían de florecer para tomar partido». El éxipit del tomo primero recoge, perfila y traduce en conducta esa proclamación de principio: «quién sabe si aquel malhadado y afortunado asunto les sirvió para aceptar con fuste tamaño destino, para engolfarse en la lucha sin volver a pensar en su prevenido resultado, para encararla sin ninguna clase de derrotismo, para adoptarla y dar el nombre propio

a la criatura que otros habían dejado huérfana y para, puesto que estaban empeñados en un juego que no mostraba más que una salida y un solo ganador señalado de antemano, aprovecharlo en cada envite para exhibir sus aptitudes para él y, de paso y si a mano venía, extraer de su desarrollo alguna que otra satisfacción personal».

En *Herrumbrosas lanzas*, el destino se dice de muchas maneras: expresa o tácitamente, en la traza general y en los episodios, en los símiles y en las minucias de la disposición. El narrador puede subrayar con trazo grueso el «veredicto histórico que el hombre de aquel país había recibido como herencia inajenable y de cuya confirmación, por sus propias culpas y no por las de sus abuelos o antepasados, deseaba ser merecedor». O en el paso de una cuadrilla puede identificar «una imagen de anteayer que venía a demostrar que ni la guerra ni la paz habían cambiado no ya en decenios, sino en siglos». Pero la mano férrea del destino, la conciencia de que hombres y hechos son antes que otra cosa el cumplimiento de una ancestral sentencia de desamor y derrota, se reconoce sin necesidad de hallarla ponderada en términos tan directos.

De hecho es más eficaz artísticamente advertir, por ejemplo, que el descubrimiento del traidor Arderius termina por permitir a los regionatos «usar a su antojo (y tanto más cuanto que la oposición a ella procedió de Arderius) toda la caballería que pudieran reunir»: vale decir, contra «quienes habrían deseado canalizar [la lucha] a través de las normas de la guerra moderna y despojarla así de todo sabor local», les permite allanar la vía del destino, elegir el arma con que ganarse la derrota y perderse, retrospectivamente, en un «horizonte lejano y romanesco», al amparo de la profecía de don Tertuliano: «Lástima de música; se acabó el papel de la caballería».

Los dos centenares de páginas a cuenta de Ricardo Mazón, Laura Albanesi y su prole declaran con insistencia el señorío del destino: no porque en las rencillas de los abuelos se prefiguren anecdóticamente las desavenencias de los nietos, sino porque unos y otros se nos revelan, con idénticos títulos, como personajes de un solo drama, escrito desde siempre en un espíritu irónico e inmisericorde. Pero los dictados de anacronía y fracaso que pesan sobre Región no precisan 200 páginas para hacerse palpables, sino que pueden cifrarse epigramáticamente en el par de líneas de una apostilla sobre «un pastor que aún merodeaba por allí», por el monte, y de quien basta anotar: «Llamado Ausencio Maroto, hijo y nieto de Ausencio Maroto, padre de Ausencio Maroto...»

Del mismo modo que se remachan una y otra vez en las notas al pie, que ponen epitafio a la multitud de comparsas de quienes poco más refiere la crónica: «...donde falleció en 1946», «fue detenido y conducido a Valladolid...», «juizado por sedición...», «caído...», «prisionero...», «desaparecido...», etc., etc.

La suprema crueldad de ese destino regionato es reservarse para sí toda grandeza épica y abandonar a quienes lo sufren a una pequeñez sin paliativos. A más de uno no se le concede ni la dignidad del conocimiento, según ocurre con el par de lugareños que los falangistas toman como rehenes en El Salvador: «Hasta el último instante no supieron o no comprendieron que iban a ser fusilados. No sabían lo que era eso». Con escasas excepciones, cuantos tienen que ver con la última guerra de Región apenas esperan otra cosa que sacarle —léamos— alguna pasajera y minúscula «satisfacción personal» o, si acaso, «un aval en el campo de los vencedores». Entendemos la razón de tan universal mezquindad o insignificancia: el destino verdaderamente despiadado, la más grave condena que aguarda a Región, no es la guerra, sino la posguerra, «la paz canalla que vendrá a continuación»; y los auténticos horrores de la guerra



FUENCISLA DEL AMO

están en empezar a medir por los raseros de miseria e ignorancia triunfadores en la posguerra.

## Estilo y destino

Va siendo hora de precisar que el destino de cuya prepotencia en *Herrumbrosas lanzas* he anotado unas pocas muestras me interesa menos como tema que como técnica o tenor de estilo. Más allá de alguna duda ocasional y presumiblemente burlona, el narrador goza de una omnisciencia sin resquicios, porque su voz es ni más ni menos la del destino. El narrador no es un oráculo, sino el destino mismo, que dice y crea una realidad absoluta: unas figuras y un ámbito —el famoso «espacio mítico» de Región— con larga analogía con la España de ayer, pero que sólo importan como enunciado, como discurso. No podría predicarse otro tanto, creo, de la mayoría de las novelas centradas en la guerra civil española, disculpablemente presididas por el impulso mimético, duplicatorio. Por el contrario, con semejante punto de referencia argumental, no conozco ninguna otra en que el empuje propiamente creador sea más decidido que en *Herrumbrosas lanzas*.

*Herrumbrosas lanzas* es un sostenido acto de dominio: menos una novela de la guerra que la autoridad de la voz que cuenta una guerra. No se trata de conseguir la impresión de verdad, «l'illusion comique» habitual: se trata de obtener el asentimiento del lector a la instauración de un universo de lenguaje. El narrador pone sobre la mesa unas condiciones perentorias: el lector puede aceptarlas o rechazarlas, pero no discutir, y en cualquier caso, el narrador no cesa de recordarle página tras página quién manda allí.

Así, por ejemplo, *Herrumbrosas lanzas* exhibe un copioso repertorio de dos de los rasgos de estilo que nunca dejan de señalarse como característicos de Benet: la escasez —casi inexistencia— de diálogo directo y la abundancia de extensos períodos en que paréntesis e

incisos se encastran unos en otros y donde toda interpolación tiene asiento. Los críticos parecen unánimes al elucidar el segundo de tales procedimientos: indica —afirman— la complejidad de la vida, la confusión o la ambigüedad de cosas y personas, la inefabilidad de la experiencia... Sin negarlas rotundamente, confieso que esas interpretaciones se me antojan un tanto mecánicas y no llegan a satisfacerme.

Benet es maestro en sugerir dimensiones enigmáticas, apuntar a las zonas de sombra, entronizar incertidumbres. No creo, sin embargo, que ese arte lo ejerza en forma especial mediante el recurso a la peculiaridad sintáctica tan celebrada (o deplorada); y, desde luego, no pienso que en ella deba apreciarse ninguna «dificultad», entendiéndola como «obstáculo a la captación del referente» («referent»). Porque, si se diera en los párrafos en debate, lo que habría que captar sería la «dificultad», el «obstáculo», y porque Benet excluye todo «referente» ajeno al discurso en sí mismo.

Los meandros de la sintaxis benetiana, deliberada y obviamente artificiosos, realzan justamente ese último dato: el narrador nos obliga a plegarnos a sus propias exigencias, para que no descuidemos que no hay más realidad ni más valor que la voz que cuenta. (Claro está, dicho sea de paso, que la renuncia a seguir una línea argumental sin quiebros o «digresiones» y, en concreto, la prolongada incursión en el siglo XIX que nutre el libro séptimo de *Herrumbrosas lanzas*, en buena medida no son sino otra versión, a distinta escala, de la misma técnica).

Pero no dispar, y más inmediatamente perceptible, es la función del otro rasgo discursivo: pues la escasez del diálogo es uno de los modos más tajantes de promulgar el principado del narrador, el imperio del estilo sobre todas las cosas.

La singularidad estilística de la voz que cuenta se impone tan ineludiblemente al lector como el destino se impone a los personajes. El estilo es el destino. □

## RESUMEN

Son ya tres los volúmenes que ha publicado Juan Benet sobre el particular desarrollo de la guerra civil en Región, ese espacio literario, inencontrable en los mapas convencionales, en el que transcurren sus

narraciones. Francisco Rico, que reseña no sólo la última entrega sino las dos anteriores también, encuentra en ellas ecos épicos, destacando la fascinación de su prosa suprema.

## Juan Benet

### *Herrumbrosas lanzas*

Alfaguara, Madrid, 1983 (I), 1985 (II), 1986 (III). 307, 218 y 305 páginas.

# Autobiografías de investigadores

Por Alberto Sols

**Alberto Sols (Sax, Alicante, 1917)** es doctor en Medicina, profesor emérito de Bioquímica de la Universidad Autónoma de Madrid y consejero de número del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es premio Príncipe de Asturias de Investigación. Ha sido presidente de la Sociedad Española de Bioquímica y es miembro de honor de las sociedades de Bioquímica de Argentina, Chile, España y Estados Unidos.

La Oxford University Press publicó en 1986 un libro titulado *Memoir of a Thinking Radish (Recuerdos de un rábano pensante)*. Título chocante, sobre todo viniendo de una editorial tan seria... y de un premio Nobel. Corresponde a una clara tendencia actual de las autobiografías de científicos investigadores. A comienzos de siglo tenían títulos simples y descriptivos, como los *Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica*, de Cajal, o *The Way of an Investigator*, del fisiólogo americano Cannon. La famosa *Doble Hélice*, de Watson, marcó una transición. Ahora son, en ejemplos de 1985, *A slot machine, a broken test tube*, del biólogo S. E. Luria, o *Surely you're joking, Mr. Feynman*, del físico R. P. Feynman, ambos premios Nobel. El enigmático título que ahora nos ocupa es el escogido para su autobiografía por otro gran científico contemporáneo, el inmunólogo premio Nobel de Medicina y académico de la lengua inglesa Peter Medawar. Algo así como podía ser, en el panorama cultural español, una mezcla de Severo Ochoa y Pedro Laín.

Cómo llegó a ese título se cuenta en la introducción, pretendiendo que fue consecuencia de querer no caer en ningún snobismo de grandeza. Pretensión un tanto irreal en quien llegó muy joven a la Royal Society (treinta y cuatro años), joven al premio Nobel (cuarenta y cinco años), y ha acumulado después una serie de doctorados «honoris causa» (una veintena), que le lleva a la broma de echar de menos algunas letras del alfabeto, como Yale y Zimbabwe. La vanidad natural en los grandes científicos se reviste a veces con una capa de alardes de modestia.

Medawar nació en Brasil, de padre libanés y madre inglesa. Después de pasar su primera infancia en Río de Janeiro le internaron en una escuela privada en Inglaterra, de la que conservó buen recuerdo y donde empezó a leer «omnivoramente, continua y compulsivamente», recordando entre los autores que influyeron en él a H. G. Wells y Julio Verne, que «colorearon sus pensamientos y los orientaron hacia la ciencia». A su debido tiempo pasó a una típica escuela pública inglesa para su educación secundaria. Allí contactó con un buen biólogo —doctor en Ciencias por la Universidad de Cambridge— que era profesor de la escuela y con quien, dice, «empezó mi carrera en biología, estudiando con suficiente extensión e intensidad para alcanzar muy pronto el punto sin regreso».

A los diecisiete años ingresó en la Universidad de Oxford, donde vuelve a insistir en su copiosa lectura, a la par que ensalza las librerías de Oxford. En el Magdalen College tuvo un «tutor relativamente bueno», comentando del sistema tutorial que «una sesión tutorial con un buen tutor es una experiencia reavivadora». En Oxford cursó zoología y tras graduarse siguió allí como becario-tutor. Pero no le gustaba la sobrecarga docente —con las largas sesiones tutoriales— que interfería con su investigación de laboratorio que «era muy exigente de tiempo y energía». Y acabó dejando Oxford cuando se le ofreció la coyuntura de una cátedra en la Universidad de Birmingham. A propósito de los profesores de Oxford hace el comentario de que «la asistencia a comités crea la ilusión de actividad y al mismo tiempo da una excusa para no hacer trabajo creativo».

Su primera investigación en Oxford consistió en utilizar los cultivos de tejidos —en-

tonces técnica de moda— al estudiar la hipótesis de que un organizador embrionario podría hacer que células cancerosas volvieran a diferenciarse. Pero no consiguió nada. De esto pasó a investigar un presunto factor en extracto de malta que retardaba el crecimiento de fibroblastos cultivados, perdiendo cerca de dos años en otra pista falsa. Después de este fracaso experimental se puso con un estudio matemático del crecimiento, «una búsqueda estéril que no arrojó ninguna luz sobre la fisiología». Y al fin escribió una tesis con el conjunto de sus investigaciones, pero ante el informe poco favorable de Peters, entonces profesor de Bioquímica de Oxford, no llegó a solicitar el grado de doctor.

Poco después del fracaso de su proyecto de tesis empezó la segunda guerra mundial. Medawar tenía los pies planos y le dejaron en Oxford con la recomendación de que investigara en algo que pudiera ser útil para la Medicina. Y en el laboratorio de Florey inició experimentos que pudieran ser relevantes para el tratamiento de heridos de guerra, especialmente de quemaduras. Estando en esta situación presenció la caída de un bombardero cerca de su casa, en la que el piloto perdió más

bido al hecho de que todos los gemelos vacunos comparten una placenta, lo que da lugar a intercambio de sangre durante la vida embrionaria. Y de ahí pasó Medawar a planear y conseguir la tolerancia adquirida en el ratón por inoculación «in situ» de embriones de una cepa endogámica de ratones pardos con células vivas de una cepa endogámica de ratones blancos, tras lo que los ratones pardos así pretratados admitieron trasplantes de piel de los ratones blancos. Este descubrimiento de la «tolerancia inmunitaria adquirida» fue publicado en un corto artículo en la revista «Nature» en 1953 y condujo muy oportunamente al premio Nobel de Medicina en 1960, compartido con Burnet, que había formulado la teoría de la inmunidad según la cual las células del sistema inmunitario aprenden durante la vida embrionaria a reconocer lo propio, teoría que fue elegantemente confirmada por los experimentos de Medawar.

La colaboración es la regla en la investigación moderna. Medawar hace hincapié en que casi todo su trabajo se ha hecho en colaboración. Y hace comentarios muy interesantes sobre la colaboración científica en general. Dice Medawar que la esencia de la inves-

Banting repartió el importe de su premio con Best.

Años después, y sobre todo a partir de su primer ictus, que le sobrevino mientras, en su calidad de presidente de la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia, en 1960, leía la lección en una catedral, pasó a primer plano intelectual la colaboración de su mujer, Jean, con la que ha escrito dos libros: *The Limits of Science* y *Aristotle to Zoos. A Philosophical Dictionary of Biology*. Y por otra parte no descuida reconocer su «singular fortuna en haber tenido una serie de secretarías muy inteligentes».

Cuando estaba siendo considerado como candidato para Fellow del Magdalen College de Oxford le preguntó el presidente del colegio que cuántos trabajos había publicado. Y al contestar Medawar, que tenía entonces unos treinta años, que «unos diez o quince», comentó el presidente: «Eso es claramente demasiado». ¡Qué lejos está esta reacción en Oxford en los años 40 del actualmente tan por desgracia generalizado aforismo «publica o perece»!

A propósito de su investigación en Oxford en la década de los 40 comenta Medawar que en aquellos días apenas existían ayudas de investigación y que la mayor parte de los materiales que necesitaban los investigadores se los compraban ellos mismos, de su propio bolsillo (¡aún medio siglo después de Cajal, y no en España, sino en Oxford!). Y además tenía que hacérselo todo porque no había ayudantes de laboratorio. Y, sin embargo, Medawar aún tenía sentimientos de culpabilidad si después de la larga jornada de trabajo no se llevaba algo para trabajar en casa.

Medawar tuvo su experiencia de las dificultades de hacer ciencia diríamos en provincias durante sus años en Birmingham, pese a lo cual diría que disfrutó grandemente de su estancia en dicha Universidad, incluyendo el disfrute de la vertiente docente de sus deberes allí. Pero no le gustó la experiencia de que le hicieran decano de Ciencia, que le preparó, sin embargo, para aceptar una oferta para trasladarse a una cátedra en el University College de Londres. Aunque también allí tuvo no pocas complicaciones administrativas, más una serie creciente de comités nacionales. Y en 1962 aceptó la dirección del gran Instituto Nacional de Investigación Médica de Mill Hill («a hell of a job»).

Una de las lecciones más importantes para los investigadores es el franco reconocimiento y extensos comentarios de Medawar sobre los errores en su carrera investigadora. Y así, además de su fracaso inicial en Oxford, cuenta cómo malgastó dos años en Birmingham trabajando en una hipótesis equivocada sobre el mecanismo de la extensión pigmentaria en autotrasplantes de piel de animales manchados. Medawar generaliza diciendo que todos los científicos formularán alguna vez una idea equivocada y perderán tiempo persiguiéndola.

Pero el valor principal de esta franca autobiografía de un investigador, con su notorio éxito y sus reconocidos fallos, es que tiene gran ejemplaridad en el mundo actual. Recomiendo calurosamente su lectura a los investigadores jóvenes, particularmente en el área de las ciencias biomédicas. □



ASUN BALZOLA

de la mitad de su piel. Esto le llevó a estudiar el problema del rechazo sistemático de la piel heteróloga. Y aquí ocurrió una encrucijada decisiva. Dice Medawar que «un científico que quiera hacer algo original e importante debe experimentar, como yo hice, alguna especie de shock que impone sobre él un problema que debe ser su deber y que será su placer investigar». La impresión que le produjo la exquisita capacidad del organismo para distinguir entre propio y extraño le llevó a dedicar «la mayor parte de su tiempo, pensamiento y energía creadora», a dilucidar sus causas. Empezando por pasarse años experimentando con injertos de piel. Su primera conclusión fue que el rechazo de la piel heteróloga se debía a un proceso inmunológico.

Pocos años después de haberse embarcado en esta gran empresa contactó en un congreso de Genética en Estocolmo con un investigador de Edimburgo que buscaba un método seguro para el reconocimiento de gemelos idénticos en el ganado vacuno. Y Medawar le dijo: «Fácil, hacer injertos de piel». Pero cuando lo ensayaron juntos fracasaron: ¡todos los gemelos daban tolerancia, incluso los que por su sexo diferente era seguro que no eran monocigóticos! Y entonces vino la ayuda de un golpe de suerte: la lectura de un libro publicado por el inmunólogo Burnet sobre la producción de anticuerpos, en el que se informaba de recientes experimentos que habían mostrado que todos los gemelos vacunos —fraternos o idénticos— tenían los mismos grupos sanguíneos. Y que ello parecía de-

tigación colaborativa es el sinergismo de dos o más mentes trabajando hacia la solución del mismo problema, añadiendo que dos o más personas trabajando juntas pueden conseguir más de la suma de lo que hubiera sido posible si esas personas hubieran trabajado en solitario.

Entre sus colaboradores ocupa un lugar destacado R. P. Billingham («Bill»), su colaborador principal en Birmingham y en Londres. También destaca Medawar a L. Brent, que se unió a ellos en 1951 cuando se instalaron en el University College. Medawar dice que cuando le concedieron el premio Nobel sintió mucho que no lo hubieran recibido con él estos dos excelentes colaboradores, con los que repartió el importe de su premio. Acción y reconocimiento muy meritorios que recuerdan el famoso caso de la insulina, en el que

## RESUMEN

El profesor Alberto Sols comenta la autobiografía que, con un título chocante (*Recuerdos de un rábano pensante*), ha publicado el inmunólogo y premio Nobel de Medicina Peter Medawar. Hombre culto, inte-

resado no únicamente en su especialización, Medawar va recogiendo en su libro detalles y anécdotas de su vida, dando primacía, por supuesto, a sus muchas aportaciones y descubrimientos en el campo inmunológico.

Peter Medawar

*Memoir of a Thinking Radish*

Oxford University Press, 1986. 209 páginas.

# La nariz de Cleopatra

Por Gustavo Bueno

Gustavo Bueno (Santo Domingo, Rioja, 1924), catedrático de Filosofía en la Universidad de Oviedo, es autor de trabajos relacionados con la Teoría de la Ciencia, así como con la Gnoseología de la Lógica y de las Matemáticas: Etnología y utopía, Ensayos materialistas, Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial, La metafísica presocrática y El animal divino.

La decisión de Alianza Editorial de publicar entre su colección de textos universitarios el ya casi clásico manual del profesor de New York Carl B. Boyer (*A History of Mathematics*, John Wiley et Sons, Inc., 1968), excelentemente traducido por Mariano Martínez Pérez, puede estar llamada a tener una cierta importancia histórica en el contexto de los países de lengua española. Decimos esto pensando que las características de esta obra —su homogeneidad y claridad aparentes (aparición que se refuerza en el uso del singular en el título español: «La Matemática»), la amplitud de su información y la amenidad de su estilo, incluso para lectores que no son matemáticos profesionales— contribuirán a hacerla accesible a un público muy amplio, que suele estar muy alejado del proceso histórico de las Matemáticas, e incluso a los propios estudiantes de Matemáticas, que pueden encontrar en esta obra un instrumento que mantenga viva la conciencia histórica.

Y no constituiría una paradoja el atribuir esta capacidad de penetración a un libro de texto, como lo es el del profesor Boyer —un libro de texto que quiere sustituir con ventaja al de Howard Eves (*An Introduction to the History of Mathematics*, que viene editándose desde 1955), «el libro de texto más adecuado y de mayor éxito hoy (en EE.UU.)», y que como tal libro de texto acaso es tributario de una cierta «rudeza» y simplicidad gnoseológica. Boyer ha prescindido de cualquier tipo de prolegómenos metodológicos y se ha lanzado desde el principio a la exposición de su material histórico. Nada de consideraciones preliminares sobre «rupturas epistemológicas» bachelardianas, o de «revoluciones científicas» o «cambios de paradigma» kuhnianos. Boyer comienza desde el principio a contar (narrar) los sucesivos y más importantes descubrimientos matemáticos, cronológicamente ordenados (los ciclos indio o chino se insertan donde mejor se puede), desde el papiro de Ahmes hasta los *Elementos* de los Bourbaki. Toda la gracia consiste en la escala adoptada. Una escala que procura adaptarse al propio curso histórico, que procura hablar de Euclides con conceptos euclidianos o, a lo sumo, utilizando los conceptos más próximos del curso histórico.

El problema es el siguiente: ¿cómo una exposición que se mantiene en una escala llamémosla narrativo-sucesiva puede lograr una significativa aproximación a la perspectiva histórica interna del desenvolvimiento de las Matemáticas, en lugar de resolverse en una suerte de yuxtaposición cronológica de estampas correspondientes a los signos sucesivos? Acaso valga la siguiente respuesta: En virtud de la propia naturaleza del «material», en virtud del entretejimiento histórico mismo de los problemas y conceptos matemáticos, en tanto ellos forman de hecho una tradición muy compacta. Tradición a la que Boyer se refiere de vez en cuando prefiriendo incluso el esquema de una evolución continuada, incluso «in situ», al esquema de los cortes o influencias abruptas. El Renacimiento, por ejemplo, no debería entenderse como un acontecimiento inusitado, dependiente de circunstancias exógenas (la recepción de manuscritos griegos, etc.). «En Matemáticas por lo menos, el Renacimiento se caracterizó especialmente por el desarrollo del álgebra, y a este respecto no fue más que una continuación de la tradición medieval» (pág. 357, ed. española).



René Descartes, Isaac Newton (arriba) y Gottfried Leibniz (abajo).



Ahora bien, una cosa es que esta tradición compacta exista como un hecho y otra cosa es cómo exponerla, dado que, en general, la propia idea de tradición, en tanto supone el concepto de una posterioridad recurrente, compromete la posibilidad de un relato histórico «emic» («filológico», si se quiere). Y ello porque el sentido de gran cantidad de descubrimientos de una época dada sólo aparece en la siguiente. De aquí el anacronismo obligado de una Historia de las Matemáticas. Estamos, por ejemplo, ante los descubrimientos de Cavalieri. En lugar de explicarlos históricamente («filológicamente»), Boyer dice: «Cavalieri se concentra en un teorema geométrico extraordinariamente útil que viene a ser el equivalente al resultado que se formula en la terminología moderna del cálculo infinitesimal:

$$\int_0^a x^n dx = \frac{a^{n+1}}{n+1} \text{ (pág. 417).}$$

Pero precisamente lo que interesa históricamente es el modo como Cavalieri se «aproximó» a este resultado, al margen de la notación de los conceptos de integral y de diferencial. Cuando estas cosas no se explican, los relatos históricos tienen mucho de externos, de historia-ficción, cuando tampoco hay en ellos una «reconstrucción racional», en el sentido de Lakatos.

## Pensamiento matemático

Con todo, la aproximación histórica que en cada caso suele Boyer ofrecernos es mayor de la que podría esperarse. Esto se explicaría en parte en virtud de la propia naturaleza histórica del pensamiento matemático, entendiendo aquí por histórica la condición de un pensamiento que se apoya sobre resultados anteriores y lo reexpona, que tiene un orden interno no sólo en el descubrimiento, sino en la justificación. Por tanto, que las circunstancias externas (políticas, psicológicas, etc.), más que alterar los eslabones de este orden, le imprimirían un cierto ritmo que no tiene por qué ser uniforme. No sugerimos con esto la existencia de un orden sistemático objetivo absoluto, cuyo eslabonamiento interno fuera recorriéndose en virtud de causas externas, que marcarían el ritmo histórico. Queremos simplemente decir que las líneas según las cuales

efectivamente, de hecho, se ha desplegado el pensamiento matemático, sin necesidad de formar parte de un sistematismo absoluto (más bien se ha partido de situaciones relativamente contingentes, y en torno a ellas se han logrado estructuras sistemáticas: ésta es la razón por la que, por nuestra parte, preferiríamos la expresión *Historia de las Matemáticas* a su alternativa *Historia de la Matemática*, sospechosamente monista), se han dibujado en virtud del encaballamiento de sus pasos sucesivos, y este encaballamiento es suficiente para dar cuenta, en una gran medida, del orden histórico interno. Un orden que se refiere tanto al contexto del descubrimiento como al contexto de justificación, puesto que en Matemáticas sólo de un modo muy artificioso se aplica siempre esta distinción. No hay un descubrimiento que no esté, por así decir, justificado, pues hasta que no está justificado es pura conjetura, aunque sin duda caben muchos niveles de justificación. El problema número siete de Hilbert constituye, en cierto modo, un descubrimiento cuya justificación, o si se quiere el descubrimiento de su justificación, correspondería al teorema de Gelfont. Al mismo tiempo, es el encadenamiento objetivo la misma estructura capaz de constituir una regla «diamérica» (que enlaza partes con partes del mismo contexto, por ejemplo, cuadraturas de lúnulas y de semicírculos) de selección histórica, una regla crítica que no pierde nunca de vista la cuestión de la verdad de los descubrimientos. Si se destaca la importancia matemática del regionmontano y se impugna la importancia que algunos otorgan a Cusa (por ejemplo, Max Simon), no será debido a un juicio de apreciación subjetiva, sino a un juicio fundado en el significado de Juan Müller en orden a la aplicación del álgebra a la geometría, y sin que ello implique una desatención de la importancia histórica que los errores del cusano (al pretender establecer la cuadratura del círculo «basándose en el ingenioso proceso de promedio entre polígonos inscritos y circunscritos») pudieron comportar (pág. 350).

Pero esta regla de selección sólo funcionará, en virtud de su misma naturaleza, «in medias res», cuando se supongan ya en marcha los términos de los procesos de construcción de estructuras matemáticas. Como estos procesos son múltiples, es decir, como el desarrollo de las Matemáticas no constituye un

proceso lineal único, resultará, de hecho, que los puntos más débiles de este tipo de historia habrá que esperarlos en los lugares en los cuales comienza un «ciclo» determinado. Y, por supuesto, en el comienzo de la Historia de las Matemáticas, en general. Carente de punto de aplicación, la regla diamérica se vuelve inútil y entonces se descubre la pobreza de los conceptos gnoseológicos. Por ejemplo, al tratar de «los orígenes primitivos», en donde Boyer intenta hacernos creer que se alcanza la máxima profundidad posible en la Historia de las Matemáticas regresando a las experiencias sobre la percepción de conjuntos «hasta de cuatro elementos» propia de algunas aves (pág. 19). Se trata de una fenomenología-ficción del espíritu matemático, que encubre la ausencia de una más ajustada concepción de lo que sea la ciencia matemática. Al menos, desde la perspectiva de la teoría del «cierre categorial» (véase *Actas I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*, Oviedo, abril 1982, págs. 101-164), la ciencia matemática no podría hacerse comenzar a partir de ciertas percepciones de relaciones, ya sean de mamíferos, ya sean de aves, sino a partir de determinadas operaciones. Sólo cuando hay operaciones cabe hablar de matemáticas, o de ciencia en general. Pero las operaciones comienzan siendo tecnológicas; la distinción entre teoría pura y práctica es superficial. Las operaciones matemáticas comienzan ya en la alfarería, o en la cestería (teoría de las matrices), o en los cálculos de los comerciantes o de los agrimensores. Y lo que se llama «matemática pura» no tiene nada que ver con el paso a la contemplación —frente a la acción práctica—, sino con el paso a la construcción cerrada, interna, inmanente al propio horizonte categorial matemático. El famoso ideal del «rigor» matemático, si es algo más que un requisito escolástico, acaso no tiene otro contenido material que el propio cierre de un proceso, como puede serlo la teoría de los límites de Cauchy. Un cierre que no implica terminación o clausura, sino justamente el principio de nuevas construcciones. Y un cierre que en cada dominio del campo matemático no se produce tanto por eliminación o «corte» de materiales tecnológicos o físicos (por ejemplo, las consideraciones de tiempo) cuanto por un entretejimiento de operaciones heteroformantes

Viene de la página anterior.



que logran instaurar un determinado núcleo categorial.

El paso de la operatoriedad tecnológica a la ciencia estaría determinado, por lo demás, no ya por una gratuita voluntad de conocimiento puro que sobreviene sin saber cómo (o, lo que es lo mismo, en virtud de motivaciones externas, el ocio sacerdotal, invocado por Aristóteles) en el curso de la actividad tecnológica, sino en virtud de la dialéctica interna de los conflictos de las mismas tecnologías, cuando, en un momento dado de su desarrollo, determinan desajustes o contradicciones. Dialéctica tanto más aguda cuanto las tecnologías confluyentes sean más heterogéneas, procedentes acaso de diversos círculos culturales. Un modo de formular el «privilegio» de los matemáticos griegos sería éste: subrayar la asimilación que ellos hicieron tanto de métodos egipcios como babilónicos. No se trata de regatear la importancia de los desarrollos calculísticos o geométricos de egipcios y babilonios, sino de interpretar estos desarrollos como proto-matemáticos, precisamente por su carácter meramente tecnológico. Las matemáticas griegas comenzarían, según esto, prácticamente en el mismo momento en el cual comenzaron a percibirse conflictos entre ciertas construcciones, dificultades de principio que sólo aparecen cuando se está ya dentro de un campo categorial múltiple, rico, que consta de regiones heterogéneas que es preciso organizar y que no son, sin más, conmensurables. Según esto, el «encuentro con los inconmensurables» no sería tanto un accidente producido en el curso del desarrollo del pensamiento matemático griego cuanto la misma sustancia de ese pensamiento, que podría verse ya presente en el mismo «teorema de Tales» en tanto contiene figuras tan heterogéneas como puedan serlo los círculos y los triángulos rectángulos. Los tres problemas clásicos —la cuadratura del círculo, la duplicación del cubo y la trisección, en general, del ángulo— tienen de común precisamente esas dificultades de conmensuración de lo que sólo en apariencia (en la apariencia de la metafísica monista) carece de toda dificultad de fondo.

### Continuidad histórica

La continuidad histórica de las Matemáticas no es, en todo caso, lineal, o, aunque lo fuera, su linealidad no es inmediata. Por eso, si se quiere mantener la apariencia de un proceso global unitario será preciso introducir de vez en cuando algún «deus ex machina» para que el relato no se extinga por alguna de sus ramas. Y es aquí donde las preferencias del autor se hacen más patentes. Por ejemplo, parece como si Boyer se moviese más a gusto en el momento de exponer el desarrollo de las matemáticas del siglo XVII. Los capítulos XVII (la época de Fermat y Descartes) y XVIII («Un período de transición: Lahire, Mohr..., John Wallis...») son admirables por la abundancia de los materiales que remueven y por la claridad de su exposición (Boyer es autor de un importante libro, muy citado, sobre la historia del cálculo infinitesimal, *The History of the Calculus and its Conceptual Development*, New York, Dover, 1959). Diríamos que estos capítulos, y acaso alguno de los que cubren el siglo XVIII, constituyen la parte históricamente mejor trabajada de este libro. Los demás capítulos son comparativamente convencionales, casi de trámite, y aun superficiales. Por ejemplo, la Historia de las geometrías no euclidianas es muy pobre (diríamos que el párrafo 11 del capítulo XXIV es prácticamente inútil: al especialista le ofrecerá una suerte de guión fragmentario que sólo alcanza su significado tras la propia reconstrucción; para el que no es especialista, el párrafo es ininteligible), así como también todo cuanto se refiere al origen y desarrollo de la Topología. Incluso, a nuestro juicio, Boyer no está en este libro a su altura en el tratamiento histórico de temas de los cuales él es especialista, y no por



SALVADOR F. MIRALLES

célebres menos fundamentales, como pueda serlo el tema de los orígenes del cálculo infinitesimal. Incluso citaríamos el capítulo XIX del libro de Boyer como un contraejemplo de lo que cabría esperar de una auténtica historia gnoseológica, como una apariencia de lo que debe ser la historia de una ciencia. No nos referimos a la circunstancia de que Boyer ni siquiera menciona la «polémica de la prioridad» entre Newton y Leibniz. Cabría, desde luego (como hacen los Boubarki), considerar mal planteada esta cuestión en nombre de una perspectiva que, al subrayar mucho más el trabajo colectivo históricamente acumulado (Arquímedes, Cavalieri, Wallis, Huygens, Mercator, Barrow...), reduce la obra de Newton o Leibniz, sin perjuicio de su genialidad, a la ejecución, acaso paralela o convergente, de unos resultados que estaban ya virtualmente maduros en sus precursores inmediatos. En esta perspectiva será pura anécdota o historia externa el relato de detalles consabidos, por ejemplo, la visita que Leibniz, en Londres, octubre de 1676, hizo a Collins, que le habría dado acceso a ciertos papeles de Newton y que Leibniz se habría dedicado simplemente a plagiar a su regreso a Alemania, cambiando la notación (como ha vuelto a sostener W. W. Rouse Ball) o, por el contrario, la constatación de que en un escrito del mismo año, pero anterior al viaje a Londres (*Analysis Tetragonística*, etc.) Leibniz ya utiliza equivalencias del tipo:

$$\int x^2 = \frac{x^3}{3},$$

aunque esta expresión, al menos formalmente, no incluya aún el nexo entre el «algoritmo de las sumas» (la «summa omnium» de Cavalieri) y el «algoritmo de la diferenciación». En realidad ocurre que la distinción entre lo que es externo y lo que es interno depende de la escala de análisis utilizada. Si consideramos

los descubrimientos de Leibniz como algo que se da en el terreno de la «notación», o bien, si consideramos la acción de Leibniz o de Newton como ejecución (genial, se concede, aunque de modo retórico) de conclusiones virtualmente ya maduras, entonces será anecdótico o biográfico el cotejo de fechas de manuscritos, viajes o entrevistas, y el punto de vista histórico podría considerarse alcanzado precisamente cuando estos detalles se desvanezcan —como, a la debida distancia histórica, se desvanece el detalle de la nariz de Cleopatra—. Pero si consideramos la notación como un componente indisoluble de la misma conceptualización matemática y entendemos que el paso que hay que dar desde la interpretación de la función cubierta por el signo  $\int$  como modo de determinar simples sumandos, hasta la interpretación de ese mismo signo como una función diferencial (con lo que se abrirá el camino hacia la segregación de la «ganga geométrica» del concepto de integral definida) para que el cálculo diferencial quede esbozado en lo esencial, y un paso que no puede reducirse a una mera deducción, entonces cobrará importancia gnoseológica el análisis

### RESUMEN

Para Gustavo Bueno, la traducción de este libro de texto, de C. Boyer (1906-1976), puede llegar a tener una cierta importancia histórica en el mundo hispánico, dado que, por su homogeneidad, claridad, amplitud de infor-

de su proceso. Hablar de «intuición genial» no será decir nada, porque de lo que se trata es de penetrar, si es posible, en la naturaleza gnoseológica de este «paso» (¿autologismo?) cuyo descubrimiento es su propia justificación.

Ocurre al final lo que pasaba al principio: también es muy pobre el capítulo dedicado a los *Elementos* de Euclides, no solamente porque contiene muy escaso análisis histórico, sino porque esta penuria podría estar relacionada con ciertos prejuicios generales del autor sobre la naturaleza misma de las Matemáticas, con el supuesto carácter, en principio arbitrario y axiomático de las mismas, como ciencias culturales y, por tanto, con la posibilidad de enjuiciar críticamente todo aquel contenido que no pueda ser definido lingüísticamente de modo riguroso. «Decir, como hace Euclides, que un punto es lo que no tiene partes... apenas significa definir estos objetos, pues una definición debe expresarse en términos de cosas anteriores y que son mejor conocidas que las cosas que se definen» (pág. 146). Pero, con esto, está Boyer prejuzgando nada menos que el significado de los *Elementos* de Euclides, sin pararse siquiera a discutir la posibilidad de que las famosas definiciones del libro primero, por ejemplo, pudieran tener un sentido apagógico, y debieran interpretarse anafóricamente en función de sus consecuencias (al modo, por ejemplo, de Strong). Tanto más sorprende este criticismo de Boyer ante Euclides cuanto que deja pasar por alto, como bien orientadas, las indicaciones acerca de cuadraturas de lúnulas construidas sobre el exágono inscrito de Hipócrates de Quios (pág. 100), siendo así que esta cuadratura es un sofisma, como ya lo sabía Aristóteles. Tampoco deja de sorprender, dada la orientación general de la obra, la escasa o nula atención que dedica el autor a cuestiones tales como la carencia del cero posicional entre los griegos o los orígenes de la idea de variable y de función.

La *Historia de la Matemática*, de Carl B. Boyer, no es evidentemente una obra de historia gnoseológica, y no ya por su carácter global, general y elemental. No es una historia, sino más bien un conjunto de materiales para la Historia de las Matemáticas en donde el orden cronológico y los nexos de muchas tradiciones nos aproximan a la verdadera construcción histórica, sin confundirse con ella. «Siempre está presente la tentación de que, en una clase de Historia de la Matemática, la finalidad fundamental es la de enseñar matemáticas y, en consecuencia, cualquier desviación de las normas matemáticas usuales es un pecado mortal, mientras que un error histórico es simplemente venial», dice Boyer en su prólogo (pág. 10). Pero aquí, más que errores, hay simplemente ausencias. Lo que, a nuestro juicio, verdaderamente importa es que no se confunda el ritmo de la construcción del libro de Boyer con el ritmo de una auténtica historia gnoseológica de las Matemáticas, porque, en este caso, la amenidad de la exposición se tornaría peligrosa y nociva y embotaría el verdadero sentido de las cuestiones históricas o, a lo sumo, estimularía curiosidades más o menos anecdóticas que no pueden confundirse, es cierto, con los problemas de una Historia más profunda. □

Carl B. Boyer

*Historia de la Matemática*

Alianza Editorial Textos, Madrid, 1986. 808 páginas.

# Recuerdos y actualidad de Anton Webern

Por Federico Sopeña

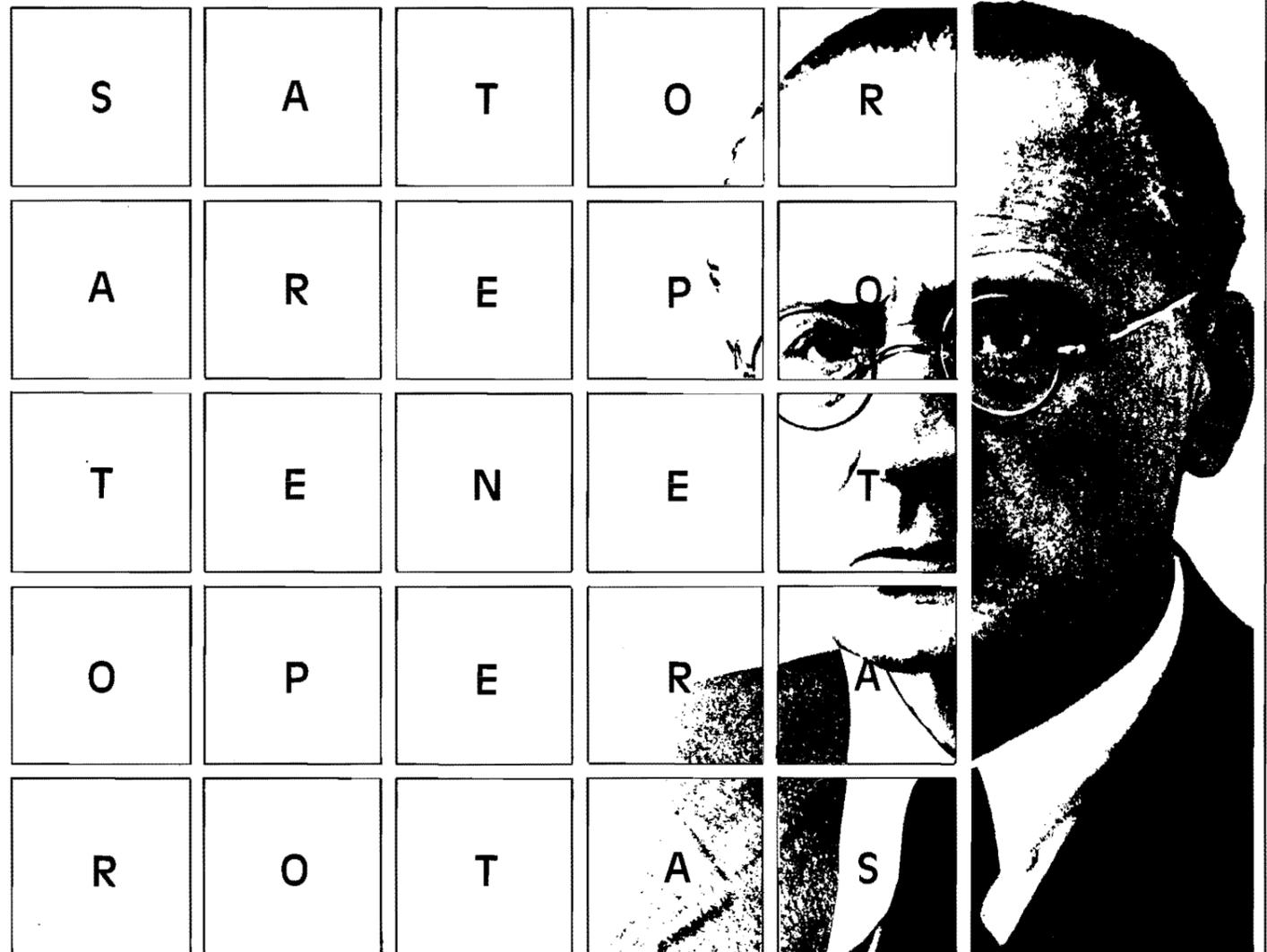
Federico Sopeña (Valladolid, 1917) ha sido catedrático de Estética e Historia de la Música del Real Conservatorio Superior de Madrid, director del citado Conservatorio y del Museo del Prado. Es académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Academia de Artes, Ciencias y Letras de París. Es autor, entre otros libros, de Historia de la Música Española Contemporánea.

Cuando hace dos temporadas la serie de conciertos de la Orquesta Nacional incluyó en su primer programa *Das Augenlicht*, opus 26, de Anton von Webern, la intensa belleza de la obra, lo significativo del texto de Hildegard Jone, nos obligó tiernamente a repasar/recordar lo que supuso para toda una generación y aun para la siguiente la lección de este músico singularísimo. Stravinsky, a los sesenta y pico de años, cambió su modo de componer, y no digamos los compositores de la generación mucho más joven. Siempre se liga a Webern a Schönberg y Berg: razones hay, y la fundamental es que Webern nunca rompió de su maestro sino todo lo contrario, pero en esa trinidad vienesa Webern no era hebreo, sino católico «normalmente» practicante.

La diferencia vital es hondísima. Schönberg y Berg, cada uno a su manera, fueron hombres de polémica frente a una Viena reaccionaria e incomprensiva. Webern coincidió con ellos en la pasión por Mahler precisamente irritado por la incomprensión vienesa; coincidió también y sin retórica en la preocupación por la educación de los obreros, estimulado por el partido socialista, entonces muy peleón, no pudiendo soñar la tranquila socialdemocracia de la posguerra austríaca. Y todo eso a través de una vida reservada y aun tímida, una vida casi sin anécdotas, cerrada por una muerte estúpida, si es que se puede poner ese calificativo: un error de un centinela americano acabó con él en la misma puerta de su casa.

Musicalmente, también la diferencia es honda y se resume en una sola palabra: pureza absoluta, concisión, austeridad... A través de esos caracteres Webern nos introdujo en un serialismo donde cada nota con su timbre singular nos sacaba del mundo habitual: era como un mundo de estrellas unido de forma mágica al silencio. Hoy no se compone como Webern, pero sin él no se hubiese llegado tras esa cura de esencialidades, verdadera ascesis instrumental, al fondo de la música de hoy: Stravinsky sí que es el ejemplo más llamativo, pero luego están desde nombres como los Boulez y Messiaen hasta los nuestros, con Luis de Pablo y Cristóbal Halffter a la cabeza. Sería muy útil repasar intensamente su obra; me imagino la sorpresa, yo la he vivido, de los oyentes, especialmente los universitarios: acostumbrados a oír música de nombres tópicos o de un tanto artificial exotismo, el reencuentro con esa «pureza originaria» les hará conocer lo que podríamos llamar «polvo de estrellas».

Damos la bienvenida a la traducción del libro de Claude Rostand. En el panorama de la crítica musical francesa, Rostand ha estudiado la música alemana. Hay un precedente: el de Romain Rolland, pero lo de Rostand



MIGUEL ANGEL PACHECO

es distinto porque aquél estudió a Beethoven, a Strauss en el ambiente de polémica de la primera guerra mundial. Rostand (1912-1970), aparte de ocuparse como crítico de la música francesa, puso su especial atención en la alemana. A él le debemos el libro exhaustivo sobre Brahms (París, 1954-55), un largo ensayo sobre Wolf y una breve pero enjundiosa introducción a Strauss (*Strauss: L'homme et son œuvre*, París, 1964). No se ha traducido ninguno de sus trabajos, y es una lástima porque con él ocurre lo que señaló Rilke al leer sus poemas traducidos al francés: que el idioma francés se presta casi milagrosamente para dar claridad a lo que en alemán podría parecer oscuro. Lo mismo ocurre con Heidegger «mostrado» por Sartre.

El libro es, a lo Webern, conciso, agudo y puntual. Hay una introducción sobre la vida, seguida de un «retrato» de la persona que abre el estudio de cada obra. No como discrepante, sino como técnico, quiero aclarar algo esencial que es un capítulo de sociología religiosa. Webern combinaba la admiración por Goethe —no está lejana su maestría instrumental de la *Teoría de los colores*— con un cariño entrañablemente particularizado por la Naturaleza. No se limitaba a la admiración sino que deseaba conocer sus detalles: es una forma de oración del católico Webern, una

forma original con los libros de botánica en la mano. Es lógica la tentación del panteísmo, herencia romántica, asumida, vencida por el escrupuloso y apasionado conocimiento.

Hay otro capítulo interesante desde el punto de vista sociológico ya apuntado. Una forma refinada del anticlericalismo es desdeñar, por falta de enfoque, el catolicismo profesado por Webern: no se trata de declaraciones especiales, sino de un «testimonio» ligado irreparablemente con su música abundante sobre textos religiosos, como los de la opus 16. La aplicación rigurosa de la teoría serial, aunque extremando la delicadeza tímbrica, coloca a esos textos en una extraña irrealidad que estremece. No se trata de que lo «sobrenatural se haga natural», según la afirmación de Schönberg, sino de algo más hondo ligado con la sensibilidad de la época, esa sensibilidad inseparable de *El castillo*, de Kafka: es algo más, es la imposibilidad humana de acercarse a Dios, eso con lo que dramáticamente pelea Karl Barth, el más grande teólogo de nuestro siglo, que ablandó su dureza seducido, aun siendo protestante, por la personalidad de Juan XXIII. No podemos adscribir a Rostand esa crítica teológica, pero dirigiéndome a universitarios no podía dejarlo al margen.

## Circunstancias de su muerte

Insisto en que el libro de Rostand sigue con un estudio de cada obra que servirá, seguro, para inspirar o transcribir notas de programa. Es muy llamativo el resumen de la investigación sobre las circunstancias de su muerte a los sesenta y dos años. El exhaustivo trabajo de Hans Moldenhäus tuvo como resultado (¿feliz?) identificar al autor y conseguir la siguiente declaración de su viuda: «Nació el 16 de agosto de 1914. Su profesión era la de jefe de cocina de un restaurante. Murió de alcoholismo. Sé muy poco sobre el accidente. Cuando volvió a casa después de la

guerra me dijo que había matado a un hombre en los límites del deber. Sé que estaba muy atormentado por ello. Cada vez que estaba borracho decía: "Me gustaría no haber matado a ese hombre". Creo sinceramente que esto contribuyó a labrar su desgracia. Era un hombre muy bueno que amaba a todo el mundo.»

En cuanto a la bibliografía de Webern, citemos sobre todo su libro *El camino hacia la nueva música*, del que hay traducción francesa del año 1980, y que incluye cartas a Hildegard Jone, la casta musa del compositor.

Con este libro, «Alianza Música» sigue su tenaz e inteligente labor de divulgación musical. El libro está patrocinado por el «Fondo Música Adolfo Salazar», creado en Méjico por Carlos Prieto en memoria de nuestro gran crítico musical. Si hubiera estado con nosotros en la posguerra, él, antes que Rostand, hubiera muy tempranamente explicado la música de Webern. Nos contaba Pérez Casas que a su vuelta de un festival de la SIMC (Sociedad Internacional de Música Contemporánea), Salazar se lamentaba de nuestra ignorancia sobre la Escuela de Viena. Pérez Casas, molesto, pidió la partitura de la *Sinfonía* opus 21, de Anton Webern, y no se atrevió a ponerla. El maestro Arbós, que había dirigido una suite del *Wozzeck*, de Alban Berg, antes que se hiciese en París, tampoco se atrevió. □

## En el próximo número

Artículos de Elías Díaz, José Luis Sampedro, Eduardo García de Enterría, Julián Gállego, Ricardo Carballo Calero, Alonso Zamora Vicente, Fernando Lázaro Carreter y Claudio Prieto.

## RESUMEN

Aunque hay entre ellos diferencias importantes, siempre se ha ligado al compositor vienes Anton Webern con Schönberg y Berg. Federico Sopeña, que se ocupa de una biografía del músico austríaco, recientemente traducida, señala que ya no se compone como lo hace Webern, pero sin éste difícilmente se hubiera llegado al fondo de la música de hoy.

## Claude Rostand

Anton Webern

Alianza Música, Madrid, 1985. 155 páginas.

## Guerra en la guerra: Unamuno, 1936

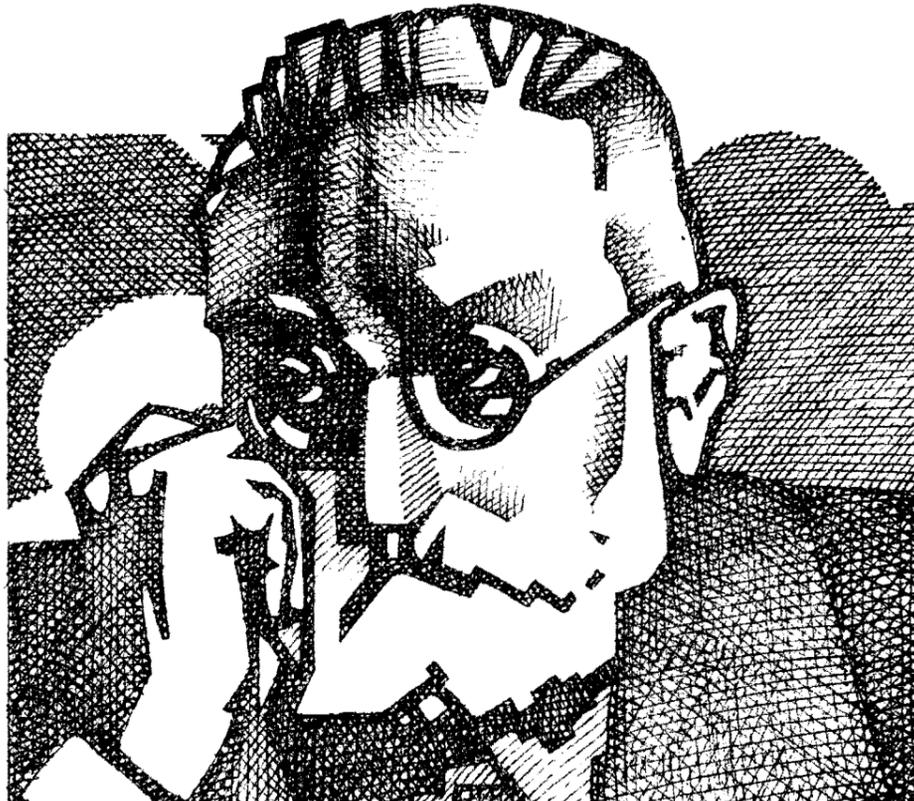
Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. Dirige la revista de pensamiento «Sistema». Ha publicado, entre otros trabajos: Estado de Derecho y sociedad democrática, Revisión de Unamuno. Análisis crítico de un pensamiento político, Legalidad-legitimidad en el socialismo democrático y De la maldad estatal y la soberanía popular.

Si no supiéramos que el libro que Unamuno preparaba cuando le llega la muerte en la Salamanca bélica, el 31 de diciembre de 1936, tenía ya título puesto expresamente por él (*El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*), tal vez el que encabeza estas líneas también hubiera podido valer como símbolo de su pensamiento y de su actitud de fondo en aquel final del verano y, sobre todo, en aquel otoño del que habría de ser su último tiempo de vida.

El autor de *Paz en la guerra*, su primer libro (de 1897), el libro de su primera guerra civil, la de su infancia, la de 1872 a 1876, con en medio el sitio de Bilbao de 1874, se habría así convertido, casi exactamente cuarenta años después, conservando su identidad pero también con una profunda revisión de su inicial pensamiento, en el de esta *Guerra en la guerra*, el libro de su postrera y más terrible y desoladora guerra civil, la de 1936 a 1939. Y entre una y otra, toda su vida, toda su obra, a replantear y repensar con una nueva conciencia y consciencia en este agónico final: ya no habrá más paz en la guerra; en la guerra sólo hay guerra, es decir, objetivamente, odio, violencia y degradación; y de la guerra, de esa guerra, ya no saldrá la paz, una auténtica paz, sino sólo la victoria impuesta por la fuerza, dogmática y totalitariamente, por unos españoles sobre otros, los vencidos. Tal es su estado de ánimo, de mente y de espíritu, a medida que se avanza hacia la conclusión de ese 1936.

*Agonizar en Salamanca* (unamuniano título del intimista, entrañable y muy importante libro de Luciano González Egido) es, en la más estricta semántica de aquél, «luchar en Salamanca». Lo recuerda expresamente el autor; recuerda cómo Unamuno, en 1924, en *La agonía del cristianismo* había escrito que «agonía quiere decir lucha. Agoniza —añadía aquél— el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte». En



MIGUEL ANGEL PACHECO

la capital provisional de la España «nacional», Unamuno lucha contra la muerte, contra la suya propia y la de los demás, y contra una vida que en esas circunstancias se va degradando día a día, tal vez irremediamente, pero sin que él se rinda del todo en ningún momento: la suya es una lucha contra la represión y la barbarie, contra las violencias físicas y el crimen, contra la locura y las miserias morales de esa devastadora guerra civil-incivil que asola España en aquel trágico 1936, hace ahora de ello cincuenta años.

No hay todavía «suficiente» bibliografía sobre este lado público, pero a la vez inevitablemente íntimo, de la guerra (civil-civil) de don Miguel de Unamuno. Además de las lógicas referencias en las biografías completas sobre él, y de modo muy especial en la mejor de ellas, que en mi opinión sigue siendo la de Emilio Salcedo, o en la de Margaret Rudd, sólo tenemos algunos breves artículos periodísticos sobre los momentos más destacados —12 de octubre o 31 de diciembre—, así como, casi exclusivamente, los trabajos de José Luis Cano, de Guillermo Cabanellas o, con mayor amplitud, de Carlos Rojas. Yo mismo he venido también trabajando desde hace algún tiempo en torno a estas cuestiones: casi, aunque con grandes períodos de latencia, desde

la publicación en 1968 de mi libro sobre su pensamiento político, y más recientemente con mucha mayor asiduidad.

La obra de Luciano González Egido es, en este contexto y sin agotarse en él, una contribución muy valiosa también para ese sector de la bibliografía unamuniana. Lo que quiero por de pronto decir es que su relato, su recreación de don Miguel, se basa siempre en datos totalmente fiables, históricamente correctos (en el estado de la investigación actual), y que, incluso, proporciona y da a conocer textos y documentos nuevos que hasta ahora poco o nada habían sido utilizados: así por ejemplo, entre otras, las impresionantes y austeras cartas del pastor protestante Atilano Cocco o de la viuda del asesinado alcalde Casto Prieto Carrasco; o asimismo, la durísima crítica de Ilya Ehrenburg, por un lado, y la envenenada mistificación de Ernesto Giménez Caballero, por otro.

Pero, desde luego, su mayor mérito, su valor principal realmente excepcional va —creo— por el lado de la creación; hasta casi diría que por el de la misma ficción. *Agonizar en Salamanca* es, sobre todo, una obra de creación y recreación, magníficamente escrita además: como suele decirse, se lee de verdad como una buena novela, como una apasionante novela. El autor ha querido ser más escritor que historiador; ha sido también lo segundo —no se «inventa» un Unamuno ajeno al Unamuno real (aun siendo muy difícil decir cómo era realmente aquél)—, pero su talento y su «estilo» son sin duda los de un escritor, yo diría que los de un gran escritor: riqueza y expresividad del lenguaje, en perfecta simbiosis con el tan característico de don Miguel, una muy aguda capacidad de introspección, gran poder de sugestión, suficiente distanciamiento para no ser demasiado enjuiciador, son algunas de sus cualidades. La ficción, me interesa decirlo, nunca falsea ahí la historia, la realidad: «sólo» la complementa,

la prolonga, la profundiza, la ilumina con claridades intuitivas que dejan, y crean a su vez, sombras incitantes, significativas, haciéndola así mucho más atractiva y, al propio tiempo, mucho más real.

La lucha, la agonía de aquel hombre viejo es, desde esta principal perspectiva interior, lucha por la autenticidad personal, por la libertad crítica, por la recuperación de la palabra y la comunicación intelectual, por la reconstrucción de su verdad tras el engaño inicial; lucha, pues, contra la soledad, contra el aislamiento en el que —no sin responsabilidades propias— le han dejado los unos y los otros, los que él llama en su versión pública, política, «los hunos y los hotros»; lucha también contra la vejez, contra una realidad que ya no entiende bien y se le escapa, contra las miserias de todos los días, odios, envidias, delaciones, refugiándose en el mundo de sus grandes mitos, la niñez, la mujer-madre, la intra-historia, España, Dios...

Pero el monólogo interior unamuniano es —siempre fue— inseparable de su política, de su monólogo exterior, de su pensamiento sobre los otros, sobre el mundo y España, y de su acción pública: inseparable no quiere decir, en modo alguno, exento de contradicciones y hasta de confusiones. Desde esa dual, integral, perspectiva deben —creo— leerse los principales testimonios, textos y documentos producidos en esos meses por Unamuno.

Además de los hechos escritos, en íntima interrelación con ellos, están para examen los hechos vividos, algunos de los cuales influyeron muy poderosamente en la evolución de Unamuno, en la ruptura de su primitiva adhesión a los sublevados: así, el asesinato, ya en los primeros días de la guerra (el 28 de julio), de su íntimo amigo el alcalde, diputado del Frente Popular y catedrático Casto Prieto Carrasco, junto con el del socialista José Andrés Manso; más adelante, los de su discípulo Salvador Vila, rector de la Universidad de Granada, y de Atilano Cocco, pastor evangélico de Salamanca. Con alguna ingenuidad y bastante irresponsabilidad, don Miguel había creído en los primeros momentos que el alzamiento militar podía ser simplemente una rectificación de la República, con un poco más de orden y moderación frente al «caos y la anarquía». Esas muertes, y otras muchas que a lo largo de aquel sangriento verano se van produciendo en torno suyo y por toda España, las persecuciones de todo tipo, la orientación política general hacia el dogmatismo, el totalitarismo y la conexión nazi-fascista, contra la libertad y la dignidad humana, le hicieron comprender pronto su error inicial.

Junto a todo lo anterior, González Egido subraya también la importancia que para la sensibilidad de Unamuno tuvieron otros hechos «menores» que influyeron decisivamente en su solitaria agonía y en su total desencanto: la presencia de la bandera bicolor en el Ayuntamiento de Salamanca desde el 4 de agosto; la detención poco después (el día 10) de su íntimo amigo el doctor Filiberto Villalobos; las coincidencias concretas y la aproximación a él de personajes como el general Mola, a quien despreciaba; la promulgación

### En este número

#### Artículos de

|                            |     |                          |       |
|----------------------------|-----|--------------------------|-------|
| Elías Díaz                 | 1-2 | Ricardo Carballo Calero  | 8     |
| José Luis Sampedro         | 3   | Alonso Zamora Vicente    | 9     |
| Eduardo García de Enterría | 4-5 | Fernando Lázaro Carreter | 10-11 |
| Julián Gállego             | 6-7 | Claudio Prieto           | 12    |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



## Guerra en la guerra: Unamuno, 1936

del decreto de abolición oficial de la bandera tricolor republicana, el 27 de ese mismo mes; las cartas y visitas de esposas y familiares de perseguidos y fusilados, así como la inutilidad de sus esfuerzos y de su «utilitarista» colaboración en favor de ellos; el resentimiento contra la inteligencia y contra los intelectuales, tan presente en amplios sectores de los sublevados y de los que es exponente público el general Millán Astray en el famoso acto del 12 de octubre, en el que ya —pase lo que pase— Unamuno, hartado de todo, decide «saltar». Todos éstos, y otros muchos, son hechos que le llevan a superar su primitiva adhesión a una de las zonas en guerra —de todos modos no incondicionalmente asumida— y que van a ir cargando de razón, y de pasión, su actitud prebélica en pro de una «alterutalidad» dialéctica, es decir, la de estar, a la vez, con unos y con otros, uniéndolos, impidiendo la fractura de un signo u otro entre la España «tradicional» y la denominada Anti-España.

Y como trasfondo último de su crisis y mutación, algo que le afecta y le socava en lo más profundo: el proceso de auténtica locura y degradación moral colectiva, de envilecimiento y devastación interna de las conciencias que la guerra está produciendo en las gentes de un lado y de otro: mujeres presenciando y disfrutando con las ejecuciones, acusa don Miguel; jóvenes y niños que van quedando insensibilizados ante los asesinatos y la barbarie; delaciones políticas para satisfacer odios y venganzas personales; perseguidores —son casos reales— que se lamentan de que no existan culpables ni malhechores en un pequeño pueblo ocupado, y que se los inventan para no perderse así la ocasión y el gozo de poder matar. «Da asco ser hombre», escribe en esos días Unamuno.

«La guerra civil se le hacía estado de conciencia», hace notar acertadamente González Egido. «Por eso —añade— tenía que seguir acumulando materiales para su nuevo libro, que sería la respuesta de la inteligencia a la guerra civil. Porque necesitaba aclarar y aclararse las ideas.» Y también: «Necesitaba recomponer su racionalidad, que se le escapa-

ba por las agresiones de aquella guerra espantosa.» En ello estaba Unamuno en esos meses del otoño salmantino de 1936: concuerdo plenamente con esta fase interpretativa de aquél. Y lo que hubiera podido salir de ahí era importantísimo cuando la muerte lo sorprende, cansado y triste, es cierto, justo el día final de aquel año siniestro. Hay, en efecto, una nueva lucidez producto de la guerra, una nueva conciencia y consciencia en el último Unamuno.

«¿Era la lucidez del desencanto total? ¿La del nihilismo final, que siempre le había tentado, atraído por la nada germinal y confirmado por su última decepción?», se pregunta no obstante Luciano González Egido. La respuesta en su esquema total de interpretación es más bien afirmativa. Yo disiento de ello en buena medida, y ahí radica tal vez mi principal discrepancia con él. Su libro, puede decirse, está casi enteramente construido y reconstruido desde la muerte, desde la muerte de Unamuno: no es para nada casual, ni mero recurso literario, que las primeras palabras de él, con las que se inicia la Introducción, sean precisamente «El día 31 de diciembre de 1936», y que empiecen rememorando el final, es decir, la muerte de aquel hombre viejo. La muerte y el camino, que se sabe irremediable, hacia ella condicionan en exceso la exégesis de lo que antes de ella, sobre todo en las últimas semanas, avviene. Luciano González Egido —ésta es mi mayor crítica— se cree Dios, bueno, ¡se cree y lo es!, porque él sabe que Unamuno va a morir a las cinco de la tarde de aquel 31 de diciembre, y actúa en consecuencia. Desde ahí, sabiendo eso, va construyendo y reconstruyendo, mejor dicho, va destruyendo y deshaciendo —no sin perplejidades y hasta contradicciones— todo el entramado de lo que (esperanza, lucha, comprensión) sabe que con su muerte va a desaparecer para siempre. No sin alguna parte de razón va, creo, preparándole la muerte de antemano.

En su libro, la muerte (de Unamuno) se ve como un proceso de (¿lógico?) acabamiento, casi como muerte anunciada. Yo la veo más bien —murió además de repente— como

interrupción totalmente inoportuna. Disiento, pues, de sus palabras cuando, aun reconociendo —dice— que «la muerte siempre llega a destiempo», no duda en escribir que «aquél hombre había muerto cuando debía morir, cuando probablemente estaba ya muriendo, cuando la biología celular era su único débito con la vida.» Eso precisamente es lo que le permite, mejor dicho, le exige, anticipar un Unamuno que en los últimos tiempos de su vida parece estar ya totalmente acabado y no creer en nada; un hombre que «ya no sabía lo que era la libertad», y al cual «el terror —dice— le iba paralizándolo las ideas y la inercia intelectual le impedía la comprensión». La muerte, la lenta y suave caída en los instantes finales hacia una nada acogedora, la serena disolución de la conciencia en el universo, en que se detiene morosamente González Egido quizá en las mejores páginas de su libro —y esto no es tampoco casualidad—, muestra ya la muerte de un hombre totalmente agotado, de un hombre terminado, en cierto modo derrotado y rendido: la muerte de un muerto.

No lo veo yo del todo así; y no creo tampoco que el autor de este (¿estructuralmente autobiográfico?) libro niegue del todo —es cuestión de énfasis— la otra faceta: por eso hablé antes de perplejidades y hasta de contradicciones en su relato; pero tal vez no sean éstas sino las mismas perplejidades y contra-

dicciones de aquel hombre viejo en la Salamanca bélica de 1936, debatiéndose entre intentar resistir o dejarse morir. Yo, no arbitrariamente, prefiero verlo hasta el final dando prevalencia a la primera actitud: agonizar, en Unamuno, es mucho más luchar que morir. Y lo confirman los hechos: «no se me ha perdido la gana», escribiría retador en su *Cancionero*; y su invocación final —«¡España se salvará porque tiene que salvarse!»— es también, a su modo (y así lo recoge González Egido), un profundo grito de protesta.

Pero no era sólo una protesta semántica, con ser eso mucho, o exclusivamente voluntarista contra la incapacidad de la razón o la inevitabilidad de la realidad. Unamuno, sin perder nunca su identidad, se estaba trazando un plan bastante racional de futuro trabajo y de acción intelectual y política. Franco lo hubiera tenido difícil con él: «La experiencia de esta guerra —escribe don Miguel en sus notas contra *El resentimiento trágico de la vida*, es decir, para su nonnata *Guerra en la guerra*— me pone ante dos problemas: el de comprender, repensar mi propia obra empezando por *Paz en la guerra* —es importante y muy sintomático que sea él mismo quien aluda a este su primer libro de manera explícita— y luego comprender, repensar, España.» Una nueva, renovada, conciencia (y consciencia) estaba surgiendo en efecto a través de la guerra en el viejo Unamuno. □

### RESUMEN

Cuando Unamuno muere en diciembre de 1936 ya tenía título el libro en el que estaba trabajando: El resentimiento trágico de la vida, que modificaba leve pero significativamente el título de una de sus obras más conocidas. El profesor Elías Díaz, que reflexiona,

al hilo de un reciente libro, sobre los últimos meses de la vida del escritor vasco, titula su comentario, siguiendo en esa línea, «Guerra en la guerra», que modifica leve pero también significativamente otro de los títulos más conocidos de Unamuno.

Luciano González Egido

*Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre 1936*

Alianza Editorial, Madrid, 1986. 276 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.



**Revista crítica de libros**

Edita:

**Fundación Juan March**

Servicio de Información y Prensa



Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|   | Págs. |
|---|-------|
| «Guerra en la guerra: Unamuno, 1936», por Elías Díaz, sobre el libro <i>Agonizar en Salamanca</i> , de Luciano G. Egido   | 1-2   |
| «La Comunidad pendiente», por José Luis Sampedro, sobre el libro <i>Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social. Informe FAST</i> , de la Comisión de las Comunidades Europeas                | 3     |
| «De Gaulle: la historia con nombres propios», por Eduardo García de Enterría, sobre los libros <i>De Gaulle. Le rebelle. Le politique. Le souverain</i> , de Jean Lacouture                       | 4-5   |
| «¿Hubo un estilo clementino?», por Julián Gállego, sobre el libro <i>El Saco de Roma, 1527</i> , de André Chastel   | 6-7   |
| «Los clíticos en gallego-portugués», por Ricardo Carballo Calero, sobre el libro <i>Prosodie et syntaxe. La position des clitiques en galicien-portugais</i> , de Domingo Prieto                  | 8     |
| «Valle Inclán otra vez», por Alonso Zamora Vicente, sobre el libro <i>Guía de «Tirano Banderas»</i> , de Gonzalo Díaz Migoyo  | 9     |
| «La lógica de la literatura», por Fernando Lázaro Carreter, sobre el libro <i>Logique des genres littéraires</i> , de Käte Hamburger  | 10-11 |
| «Reflexiones en torno al legado Barbieri», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Biografías y documentos sobre música y músicos españoles</i> , de Francisco Asenjo Barbieri (Emilio Casares ed.) | 12    |

# La Comunidad pendiente

Por José Luis Sampedro

José Luis Sampedro (Barcelona, 1917) ha sido catedrático de Estructura e Instituciones Económicas en la Universidad Complutense de Madrid y profesor visitante en las Universidades de Salford y Liverpool. Es Premio Nacional de Teatro «Calderón de la Barca» por la obra *La paloma de cartón*. Como novelista es autor, entre otros, de los siguientes títulos: *Congreso en Estocolmo*, *El río que nos lleva*, *Octubre, octubre* y *La sonrisa etrusca*.

En enero de 1974 el Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea adoptó un importante acuerdo a fin de concretar una estrategia común para la política de investigación y desarrollo técnico, que no aparecía específicamente tratada en los convenios de la CECA ni del EURATOM, y que sólo era aludida en el de la CECA para el sector agronómico. Desde entonces esa estrategia se ha manifestado en múltiples formas, especialmente en numerosas publicaciones, entre las cuales destacan los informes FAST, a partir del llamado «Mandato FAST», en 1978. Uno de esos documentos es el recientemente aparecido en España gracias a una acertada iniciativa de la «Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones (FUNDESCO)», con el expresivo título de *Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social*. Su traducción castellana es singularmente oportuna tras ese primer año de nuestra incorporación a la Comunidad, porque el texto provoca muy serias reflexiones acerca del futuro europeo, al mismo tiempo que informa de las tareas concretas ya en marcha para orientar ese futuro según los criterios tecnológicos prevalentes en Bruselas.

Ordenaré sucesivamente esas reflexiones, dentro del espacio disponible, en tres planos: la política emprendida, sus posibilidades de éxito y el fondo de la cuestión.

Las letras FAST —título general de las aludidas publicaciones— son las iniciales del epígrafe inglés «Forecasting and Assessment in Science and Technology», traducido aquí como «Predicción y Asesoramiento en Ciencia y Tecnología». Basta dicho título, ligado en este caso al enunciado de «Europa 1995», para percibir que la Comunidad confía sobre todo el futuro europeo a la ciencia y la técnica; lo que, a su vez, es consecuencia de una concreta visión del presente que puede resumirse como sigue: Europa se encuentra ante un reto histórico al que debe responder mediante los adelantos científicos, so pena de perder su posición en el mundo e incluso su autonomía y su identidad cultural.

Ese desafío se define así en la página 208 de la publicación comentada: «Necesidad de responder constante y simultáneamente al doble reto: ser fuertes contra los competidores y mantener una adecuada cohesión social interna. Las conclusiones del Informe son bastante claras: si Europa no domina la tecnología de la información, tanto en el plano industrial como social, no se puede garantizar a medio o largo plazo ni la supervivencia de la industria europea en una economía libre de mercado ni la continuidad de la cohesión de Europa como entidad social.» Más aún: ese doble reto se agrava cada día porque, como hace constar el Informe en otro lugar, en el mundo «aumentan las tensiones en varios sectores que mutuamente nos conducen y fomentan el fracaso de distintas maneras» que el texto detalla a continuación: la ruptura entre los países ricos y pobres, la de los grandes equilibrios en el medio ambiente, la del sistema monetario y financiero internacional, la ruptura entre el hombre y su trabajo, el fracaso de la estabilidad urbana y otras (pág. 206).

Ahora bien, como afirma Riccardo Petrella, en su presentación del Informe, «las opciones tecnológicas son esencialmente opciones sociales. El problema central del cambio tecnológico no es de carácter tecnológico, sino social... Por sí sola la innovación tecnoló-



ALBERTO URDIALES

gica no garantiza ni la competitividad a largo plazo de una economía, ni el crecimiento económico, ni el empleo, ni el bienestar individual y colectivo. Para alcanzar tales objetivos debe inscribirse en un proceso global de innovación social» (pág. 11).

Teniendo todo eso en cuenta, «¿puede Europa, basándose en la ciencia y en la tecnología, construir un futuro mejor para las sociedades que la forman? Si es así, ¿cómo?».

En otras palabras, es necesario establecer prioridades, lo que ha sido resuelto en el proyecto FAST comenzando por acotar los tres grandes campos más decisivos para el futuro, a saber: la «bio-sociedad», dado el supuesto de que la biotecnología y las ciencias de la vida podrán ofrecer a la sociedad una serie de oportunidades significativas en los próximos treinta años; «la sociedad de la información», porque ésta es la mutación técnica más destacada en los próximos veinte años; y «el trabajo y el empleo» porque, como reconoce el propio Informe, mientras que «la década de los 70 estuvo marcada por la crisis energética, los años 80 estarán marcados por la crisis del empleo» (pág. 205). Y, dicho sea de pasada, esa famosa «sociedad del ocio» que algunos futurólogos optimistas nos prometen en el horizonte, no va a ser lo que de veras nos aguarda según los autores del Informe: «Tampoco será la sociedad europea de 1995 la sociedad del ocio en la que las máquinas realicen todo el trabajo» (pág. 110).

Dentro de esos tres campos prioritarios se determinaron unos objetivos específicos y se encargaron unas tareas concretas previo estudio de treinta y seis investigaciones diferentes en colaboración con unos sesenta equipos investigadores de los países miembros de la Comunidad (pág. 25); todos ellos basándose en el principio de que el futuro no está pre-determinado, sino que será el resultado de la acción recíproca o la confrontación de los proyectos llevados a cabo por los distintos actores.

Como se comprenderá, no trataré de resumir aquí los numerosos proyectos ya en marcha, que van en la biotecnología, por ejemplo, desde la investigación en energía solar hasta las proteínas monocelulares; mientras en el campo informático abarcan desde los electrodomésticos y el «hogar cableado» hasta la videocomunicación; a la vez que en el área del empleo se investigan desde las repercusiones de la explotación de la biomasa has-

ta las oportunidades creadas por la expansión de los servicios, no muy alentadoras como veremos (pág. 154). Pero el limitarme yo a esos pocos ejemplos ilustrativos no debe interpretarse como desdén hacia esa información concreta. Al contrario, la detallada referencia del Informe a los proyectos específicos investigados en el programa FAST es una aportación valiosísima porque permite conocer, desde ahora, cuáles van a ser los sectores de punta en la política científica europea y dónde están, por tanto, las máximas oportunidades para quienquiera que se proponga desarrollar actividades productivas.

No cabe duda, en fin, de que la Comunidad, coordinando tareas en todos los países, viene realizando un extraordinario esfuerzo para responder al reto del presente. La cuestión, no obstante, es si ese esfuerzo basta para las exigencias históricas actuales. Por eso, completada mi pura tarea informativa sobre el contenido de la publicación comentada, paso al segundo plano de mis reflexiones: las posibilidades de éxito del programa, a base de las afirmaciones del propio Informe.

De los tres campos prioritarios ya enumerados, el de la «biosociedad» es aquel en que la Comunidad considera tener mejores perspectivas, en parte por la índole de las técnicas utilizadas y el menor desfase de Europa, así como por la positiva reacción académica y empresarial. Pese a ello, el Informe reconoce «las dificultades que hay que vencer para conseguir la cohesión y la aprobación de un programa conjunto europeo», al aludir al Programa de Ingeniería Biomolecular, que exigió seis años de negociaciones previas (pág. 47).

Más inciertos son los resultados en lo referente a la futura «Sociedad de información», a pesar de que «para las sociedades europeas... no se trata de una cuestión de aceptarla o rechazarla», pues «la nueva tecnología de la información, en términos generales y en el sentido estricto de la utilización o del tipo de tecnología, es inevitable para Europa» (pág. 90). En efecto, la industria europea la necesita para ser internacionalmente competitiva, las sociedades la requieren para combatir los importantes problemas de ajuste social hoy planteados y, finalmente, no podrá impedirse que una élite social la emplee, siempre según el Informe.

Pese a ser ineludible esa tecnología y a los esfuerzos aplicados a lograrla, el texto comentado no es demasiado optimista porque «ningún país europeo puede abarcar una gama tan amplia de opciones tecnológicas», afirmación que vuelve a poner de manifiesto, como en el caso anterior, el problema clave del momento histórico europeo.

Antes de formular ese problema con toda su crudeza añadiré que precisamente es en el tercer sector, el del empleo, donde aparecen menos esperanzas, pues, tras considerar tres posibles escenarios futuros, el Informe reconoce que «el empleo agrícola disminuye continuamente a gran ritmo», sobre todo en los países mediterráneos, mientras que «en el sector de la producción industrial es donde existe mayor incertidumbre» y sólo en los servicios parece que el empleo «continuará creciendo en todos los casos, aunque a un ritmo más lento». Y, para rematar la suerte, se afirma que «el escenario de la "tendencia" que... parece ser el más probable... de todas maneras nos parece poco deseable» (págs. 165-166).

## RESUMEN

Incorporada España a la Comunidad Económica Europea, las preocupaciones y previsiones de ésta en lo que se refiere a la política de investigación y desarrollo técnico deben ser

¿Por qué ese escepticismo, dados los recursos económicos y humanos de la Europa donde nació la técnica moderna? Pues por ese grave problema, una y otra vez aflorado en el Informe: la falta de auténtico sentido comunitario y la frecuente prevalencia de intereses nacionales, olvidando que el mayor país europeo es hoy insuficiente unidad de organización para aplicar con eficacia las técnicas modernas. Por eso leemos, por ejemplo: «Las perspectivas inmediatas para la distribución de los beneficios y de los riesgos relacionados con las aplicaciones de la nueva tecnología informática no son muy alentadoras» (pág. 115). Y también: «La crisis de trabajo y empleo traspasa la estructura de la nación-estado. La Comunidad Europea parece ser el marco ideal en que operar» (pág. 144).

¿A qué seguir multiplicando las citas? Después de todo, esa impresión general del Informe no hace más que corroborar nuestras percepciones cotidianas. La realidad es que el gran proyecto político que fue la CECA en la mente de sus fundadores, transferido luego a la CEE, ha ido quedando degradado hasta reducirse a un foro de negociaciones multilaterales con más espíritu mercantil y a corto plazo que visión histórica de largo aliento. El apelativo vulgar de «Mercado Común» refleja bien ese encanijamiento de la «Comunidad», porque en una auténtica comunidad los miembros no se paran a negociar entre sí la contrapartida de sus aportaciones, puesto que todas ellas son en beneficio del conjunto y, por tanto, de ellos mismos. Ese es, en suma, el problema central del presente europeo: o las instituciones de Bruselas elevan su nivel hasta crear una auténtica Comunidad o será inalcanzable el futuro previsto por la estrategia científica y tecnológica, y Europa seguirá descendiendo de nivel en las comparaciones internacionales. Así lo reconoce el Informe —del que ya cité su convicción de que las cuestiones técnicas son cuestiones sociales— al afirmar que «la implantación de esa estrategia es más ambiciosa en cuanto que el futuro no va a ser muy fácil para las instituciones de la Comunidad».

En suma: la Comunidad es una «asignatura pendiente». Ese es el fondo de la cuestión y ésta es la gran lección del Informe, aparte de recoger los valiosos esfuerzos realizados por los técnicos para compensar las deficiencias institucionales comunitarias en el campo de la ciencia y la tecnología, logrando al menos un mínimo de coordinación. Con eso cierro mi comentario sobre el texto, pero no me resisto a asomar a mis lectores a otro problema todavía más radical y de fondo, a saber: esa apuesta comunitaria por la tecnología sobre todo lo demás, ¿es en verdad la vía de salvación para Europa? Porque dado un desfase histórico entre dos componentes de un sistema —el técnico y el institucional, en este caso— no parece que el equilibrio vaya a restaurarse acelerando aún más el desarrollo del componente adelantado, en vez de dedicarse a modernizar al máximo esas instituciones anacrónicas... Y aquí me detengo porque ése no es el problema de Europa, sino el problema vital de toda la humanidad y la reflexión más urgente y trascendental para salir de la crisis. Una reflexión, concluyo tristemente, que no parece pasárselos por la mente a quienes hacen de la técnica no un utilísimo instrumento, sino un fin en sí mismo. □

## Comisión de las Comunidades Europeas

Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social. Informe FAST

FUNDESCO, Madrid, 1986. 230 páginas.

# De Gaulle: la historia con nombres propios

Por Eduardo García de Enterría

**Eduardo García de Enterría (Cantabria, 1923)** es catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Complutense de Madrid y ex-rector del Consejo de Estado. Es premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1984). Entre sus obras destacan: La constitución como norma y el Tribunal Constitucional, La lucha contra las inmunidades del poder en el Derecho Administrativo y Código de las Leyes Administrativas.

La coronación de esta magna obra sobre De Gaulle, que acaba de cumplirse en el año último, permite intentar establecer ya un juicio de conjunto sobre la misma.

Permitaseme comenzar diciendo que el autor de esta reseña emprendió y realizó la lectura de obra tan extensa, porque fue leyendo cada uno de los tres gruesos tomos a medida en que fueron sucesivamente apareciendo, 1984, 1985 y 1986; quiero decir que de haberse publicado simultáneamente los tres tomos hubiera encontrado probablemente alguna resistencia en acometer tarea tan extensa, situación en la que comprendo que se encuentren bastantes de los posibles nuevos lectores a partir de ahora.

Ello no obstante, debo indicar que el lector haría mal en dejarse llevar por ese desánimo inicial. El libro es, en efecto, inusualmente extenso, pero es, también, inusualmente vivaz y emocionante, además de primorosamente escrito; es fácil pronosticar que quien se inicie en su lectura la llevará, prendido por la inverosímil (aunque fielmente verdadera) historia que el libro cuenta, hasta su final, que, como el de ciertas sinfonías, se cierra con unos tenues golpes de timbal poco a poco apagados que dejan la congoja en el ánimo tras el vasto, el increíble esplendor de la vida de un hombre.

Nada hay en la obra del centón de datos menudos a que suelen tender las biografías «oficiales», y ni siquiera, he de añadir, la inclinación hagiográfica final en que éstas suelen concluir. El personaje Charles De Gaulle fascina, evidentemente, a su biógrafo, pero éste conserva intacto su sentido crítico y se aleja de su objetivo lo suficiente como para verlo bajo todos sus ángulos, y no sólo en la postura favorecedora.

Lacouture no militó, además, nunca en el gaullismo activo y fue más bien, como periodista de «Le Monde» y de «Le Nouvel Observateur», tocado de un progresismo que se reconocía mucho más en Mendès France (a quien dedicó, por cierto, otra biografía en 1981) que en el extraño general sobre el que ahora se ha detenido más cuidadosamente.

El autor ha sido un gran periodista a quien podría catalogarse rápidamente, para procurar un rápido entendimiento, en el género de gran repórter. Como tal era ya conocido por varios libros (el primero, sobre Egipto, es de 1956) dedicados a distintos episodios y protagonistas del proceso descolonizador y del tercer mundo, proceso que le fue dado vivir muy de cerca. Sobre el propio De Gaulle escribió, en vida aún del general, 1965, un pequeño libro que, además de ser muy crítico, era característico de ese modo de abordar los temas en grandes y expresivos frescos, y más intuitiva que analíticamente. Comienza a superar este género justamente al pasar del periodismo a la biografía y de la biografía puramente descriptiva a la de personajes sobre los que se sabe algo más y bastante más concreto que sobre Hô Chi Minh o sobre Nasser (sobre los dos escribió Lacouture sendos libros en 1967 y 1971), sobre personajes franceses, precisamente, envueltos en panoramas mucho más complejos que los que pueden intentar resumirse en una sola ocasión fulgurante o en un cruce histórico de destinos, por mucho que éste fuese significativo. Estas biografías comienzan con la de Malraux, 1973, ya doblada de crítica literaria, y continúan con una serie

notable de políticos y escritores (Blum, 1977; Mauriac, 1980; el ya citado de Mendès).

Pero esta vez, con el libro que reseñamos, Lacouture ya no es sólo un repórter brillante y agudo, sino que ha dado un salto cualitativo y se nos presenta como un verdadero historiador, tanto por la amplitud con que aborda la comprensión personal y política de su biografiado como por la documentación previa sobre la que ha trabajado, que incluye, junto a las importantes fuentes ya publicadas sobre De Gaulle, un muy calificado material inédito, personal y oficial, incluyendo entrevistas con los colaboradores e incluso antagonistas del general, testigos de hechos o de circunstancias significativas de su vida. Los descubrimientos, las claves ignoradas, las perspectivas que el libro pone en pie, así en el terreno interior del personaje como en su decisiva y variada actuación histórica, son constantes. Se citan con oportunidad, pero con sobriedad, esas fuentes para fundamentar exposiciones o interpretaciones a veces espectaculares; hay, pues, un soporte de «investigación» real de datos muy bien aliado, por cierto, con el penacho literario.

Pues lo que el autor ha conservado, sobre todo, de su pasado periodístico es una lengua vivaz y expresiva (escribe el francés, hoy no muy común —y que, quizás por afinidad,

dente es que esta redacción infantil resulte casi literalmente cumplida).

Los signos no concluyen de marcarle. A lo largo de sus años de profesor de historia militar, en Saint Cyr primero, en la misma Escuela Superior de Guerra después (1922-25), ha podido contribuir de una manera abierta a la crítica de la doctrina francesa sobre la guerra, significándose desde el primer momento como un disidente, opuesto a los grandes dogmas que el Estado Mayor francés ha extraído de la guerra mundial y propugnando siempre el movimiento o la maniobra y la ofensiva, frente a la defensiva sistemática (es esta idea la que Lacouture juzga definitoria de toda su personalidad y de su obra). Pero en 1925 entra en el gabinete del gran jefe exponente de esa doctrina que él repudia, el mariscal Pétain, el cual le dispensa un afecto y una admiración sinceras (cuando está encarcelado tras la segunda guerra, Pétain asegura que «no se había ocupado nunca tanto de un joven oficial» como de De Gaulle). Este asombroso encuentro se inicia porque Pétain discierne bien que De Gaulle (que ha publicado ya en 1924 su primer libro: *La discordie chez l'ennemi*, donde plasma por vez primera sus ideas militares) tiene una gran personalidad y un efectivo talento literario y pretende utilizarlo como «negro» en la elaboración de artículos y,



De Gaulle el día de la liberación de París.

los españoles solemos preferir—, de párrafo y aliento largo, sobre el polo Chateaubriand más que sobre el modelo ordinario y académico del canon gramatical dieciochesco, estilo, por cierto, muy adecuado al tema y al personaje cuya vida expone), un golpe de ojo sagaz y seguro, una dramatización de la escena sumamente eficaz; pero estimo que pocos historiadores profesionales podrían renegar de este trabajo, del que envidiarán normalmente, por lo demás, su notable brillantez.

Del general De Gaulle podría decirse, y aún con más fundamento, lo que de Víctor Hugo dijo Jean Cocteau: que fue un loco que se creía el general De Gaulle. Resulta, en verdad, asombrosa la historia personal de este hombre y su mezcla singular, rara vez producida con tanta claridad, de voluntad y de destino. No es demasiado extraño, por ejemplo, que un adolescente de quince años, alumno aún de los jesuitas, que, en el ambiente de la Francia revanchista y del nacionalismo lírico de Barrés, ha decidido ya su vocación militar, redacte un texto de historia-ficción que sitúa en 1930 (estamos aún en 1905) en el cual el general De Gaulle aparece ya mandando uno de los cuerpos de ejército franceses que ha de destruir a los agresores alemanes mediante una maniobra dirigida a impedir la unión de dos columnas invasoras. ¿Qué niño un poco imaginativo no ha reservado en sus sueños para sí los más altos destinos? Lo que es sorpren-

sobre todo, de un libro sobre la historia del soldado que él proyecta como cierre mayestático de su gran carrera. Pero la colaboración directa de estos dos militares va a durar apenas unos meses, porque en 1925 Pétain es nombrado sustituto de Lyautey en Marruecos para combatir la rebelión de Abdelkrim, que tan conocida nos resulta a nosotros.

Sin embargo, Pétain no se olvida del brillante oficial y va a imponerle en 1927 como conferenciante en la Escuela Superior de Guerra, en un famoso curso de conferencias que él mismo preside, sin faltar a una, y que versa sobre el jefe y el mando militar (conferencias que repetirá en la Sorbona y que, algo relaboradas, formarán lo que va a ser el segundo libro de De Gaulle: *L'efil de l'épée*, 1932). Aunque su ascenso a comandante en 1927 le desplaza de París, parece que continúa la colaboración para la publicación del libro sobre el soldado, colaboración que da lugar a unas cartas asombrosas, una dirigida a Pétain mismo con un estilo altivo y ya profético (donde acepta escribir para el mariscal, pero no que otra persona le corrija, y le pide «con respetuosa insistencia» que declare en un prefacio el nombre de su colaborador; si así no fuera, llega a decir, «el «porvenir» se encargará «fatalmente» de poner las cosas en su sitio», dado que la «forma del pensamiento y del estilo que se encuentra en *El Soldado* ciertas personas las conocen ya. «Por la fuerza de las co-

sas, otras la descubrirán más tarde»); los entrecuñados son míos, obviamente), que marca ya la primera chispa producida por el cruce de esos dos destinos excepcionales.

## De Gaulle y Pétain

Pero no es lo curioso esta relación, sino el hecho de que sus actores van a personificar en la escena histórica exactamente los mismos papeles que representan en la concepción de la guerra que desde el comienzo les separa: Pétain, tras inspirar la línea Maginot y su dispositivo defensivo, acepta la derrota por un ejército que actúa según las ideas mismas de De Gaulle sobre el «ejército de blindados», el «ejército mecánico» y el movimiento (especialmente en su libro de 1938 *Vers l'armée de métier*; en su famosa carta de 3 de junio de 1940 al Presidente Reynaud, De Gaulle dice: «nuestra primera derrota proviene de la aplicación por el enemigo de concepciones que son las mías y del rechazo por nuestro mando de la aplicación de dichas concepciones»; recordemos también que en enero de 1940, cuando aún está lejos el ataque alemán, dirige un memorándum a Leon Blum, ministro de Finanzas, y a otras ochenta personalidades civiles y militares, apoyando con lucidez su tesis, con el título *L'Avènement de la force mécanique*; esa aceptación de la derrota concluirá llevando al mariscal a «colaborar con el enemigo». De Gaulle, fiel a sus concepciones y más afirmado en ellas que nunca, consigue que en plena batalla de 1940 se pongan a sus órdenes varios batallones de tanques, y con ello será el único que cree algún peligro a la línea alemana, pero ya sin posibilidad de decidir sobre la suerte final del encuentro (en mérito de esta acción es «habilitado temporalmente» —«estampillado»— como general de brigada, menos de un mes antes de su histórico llamamiento de 18 de junio). Como ha previsto exactamente los acontecimientos y es el único que propone algo frente a ellos, el Presidente del Gobierno, Reynaud, le llama a su último Gobierno (como «subsecretario de Estado» en el Ministerio de la Guerra, que el propio Reynaud ocupa) el día 6 de junio, inmediatamente antes del desastre final. El no acepta la derrota y, como ya propuso en su primera reunión con Churchill, Eden, Pétain y Weygand del «Consejo Supremo interaliado» el día 12 (el día antes Italia entra en la contienda), propugna ardientemente la continuación de la guerra, estudiando ya el repliegue hacia África del Norte. Pétain y Weygand proponen, sin embargo, al día siguiente al Consejo de Ministros la firma del armisticio. El 14 entran los alemanes en París y el 15 se embarca De Gaulle, desde Burdeos, con misión del Presidente, a Londres. El 16 de junio Reynaud dimite y es sustituido por Pétain. El 18 de junio, tras una conversación personal con Churchill el día anterior, el general De Gaulle lanza su famoso «appel» desde la radio de Londres: «ciertamente, hemos sido sumergidos por la fuerza mecanizada, terrestre y aérea del enemigo... ¿Pero está dicha la última palabra? ¿Debe desaparecer la esperanza? ¿Es definitiva la derrota? ¡No!» Rechaza la derrota, pues, y a ella opone de nuevo la maniobra, el movimiento, a través ahora de una estrategia mundial —una estrategia que concluirá venciendo al enemigo definitivamente—.

Pero ahí empieza también la increíble aventura, que él emprende con fe absoluta y resuelta en su destino. Por vez primera usa en ese discurso histórico la fórmula famosa, tantas veces repetida después, que podría parecer cómica si no estuviera apoyada en una seguridad tranquila y si, finalmente, la historia no la hubiese justificado: «Moi, général De Gaulle». Contando el hecho en sus *Memorias*, dice sobriamente: «A los cuarenta y nueve años entraba en la aventura como un hombre a quien el destino lanzaba fuera de todos los modelos.»



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Desde ese momento De Gaulle se siente firmemente el depositario personal de la «*légitimité française*». El lo dice sin énfasis, pero con absoluto aplomo. En uno de sus grandes discursos televisivos, que, por cierto, tuvo la fortuna de ver personalmente, el 29 de enero de 1959, con ocasión de la famosa insurrección de «*las barricadas*» de Argel, se encuentra esta frase inverosímil: «Finalmente, me dirijo a Francia. Y bien, mi querido país, mi viejo país, henos juntos, todavía otra vez, frente a una prueba dura. En 'virtud' del mandato que el pueblo me ha dado y 'de la legitimidad nacional que yo encarno desde hace veinte años', pido a todos y a todas que me sostengáis»; de un golpe quedaban borrados los catorce años de la IV República, reducida a gobierno «*de facto*». Será ya el «*Grand Légitime*» hasta su muerte. ¿Para qué repasar sucesos recientes más en la memoria?

Esa confianza absoluta en su papel, ¿es la que fuerza el destino o es el claro presentimiento de éste, quizás, el que le infunde tal fe? Magnífico, por ejemplo, el capítulo del tomo 3 de la obra que reseñamos, donde estudia la fascinación que sobre De Gaulle ejerce la conquista y la disposición del arma nuclear, que le da entrada al club de los grandes. La terrorífica capacidad de decisión de iniciar el apocalipsis él la asume con absoluto aplomo, con una secreta y trágica alegría incluso, por la certeza de que sólo «*la France*» y Dios guiarán su mano.

## Historia y grandes hombres

Si hay un ejemplo del poder de una sola persona en la historia, estamos quizás aquí ante su paradigma en nuestro tiempo, en un tiempo en el que la conciencia de los condicionamientos sociales y económicos y su extensión a la escena entera del mundo parecían justificar definitivamente la historia social y colectiva, «*sin nombres propios*». Nada más lejos de la historia que este libro nos cuenta (la de un hombre que durante treinta años cambia el curso de la historia de Francia en ocasiones sucesivas, diríase que ciclópeamente), nada más lejos que lo que Tocqueville llamaba «*esos sistemas absolutos que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras, enlazándose las unas a las otras por una cadena fatal y que*

suprimen, por decirlo así, los nombres de la historia del género humano». Y añade Tocqueville (la historiografía marxista está aún por venir): «Yo creo, aunque desagrada a los escritores que han inventado esas sublimes teorías para nutrir su vanidad y facilitar su trabajo, que muchos hechos históricos importantes no podrían ser explicados más que por circunstancias accidentales y que muchos otros permanecen inexplicables; que, en fin, el azar, o más bien ese entrecruzamiento de causas secundas al que llamamos azar por no saber desenmarañarlas, entra en una gran parte en todo lo que vemos sobre el teatro del mundo.» ¿Qué más «*circunstancial*», qué más «*azaroso*» que la vida de un sólo hombre, de un hombre que estuvo, además, varias veces en el punto de mira de los asesinos y que se encontró siempre en los gigantes turbones de la historia actual?

No sería ser fiel exactamente al personaje intentar su interpretación desde la doctrina de los grandes hombres, desde la concepción carlyliana de la historia como subproducto de los héroes, desde la «*canción de gesta*», aun teniendo para esto último la facilidad de su nombre, Charles De Gaulle (que tanto le encantaba, por cierto: firmaba con él entero las cartas a sus padres desde la adolescencia y se designaba con él a sí mismo en tercera persona en su acción política, desde el mismo «*appel*» de 18 de junio de 1940, como vimos, hasta sus *Memorias*), un nuevo Carlomagno de la Galia, que parece ser el más simple de sus «*signos*» premonitorios. A De Gaulle le toca, justamente, enfrentarse con el fascismo, que es la más grotesca explotación del mito de los grandes hombres. Su nacionalismo tendrá que ser, por fuerza, más objetivo, más «*orgánico*», podría decirse, y ese nacionalismo íntegro también, y de manera predominante (y ésta es una de sus grandes diferencias con el maurrasismo, algunos de cuyos elementos, sin duda, le alcanzan), la tradición francesa de la libertad, el gran suceso de la Revolución Francesa, que sigue, a su juicio, y lo explicita muchas veces así, irradiando en el mundo la obra del genio francés. Luchador de la libertad, de la libertad de su pueblo y de la de todos los hombres, es, además, plenamente consciente, a través del ejemplo de su antagonista, el mariscal Pétain, de los riesgos de un culto de la personalidad, riesgos que él elude, además de con su carácter de acero, con

la opción consciente por un ascetismo religioso activo, extrañamente bien acordado con la orgullosa y tranquila autoconciencia de su condición de hombre superior y «*llamado*» (la obra de arte de sus exequias fúnebres, por él dispuestas con todo detalle, es quizás la cima de esa difícil mixtura); estamos ante un héroe sin desmesura (sin contar la de su esqueleto, que siempre exigió camas especiales y, finalmente, un féretro también singular: 2,05 metros, precisa el cronista) y, seguramente por ello, melancólico.

## La búsqueda carnal del pueblo

Por eso buscará constantemente, la provocará incluso con sus referendums «*oportuno e inoportuno*», la aceptación expresa de su pueblo (la buscará casi carnalmente en sus famosos «*bains de foule*»), y no sólo no caerá jamás en la tentación dictatorial, que tan fácilmente y en tantas ocasiones pudo consumir, sino que siempre que su pueblo le mostró desafección (tres veces: al aprobar la Constitución de 1946, al no poder llevar al triunfo mayoritario a su «*Rassemblement du Peuple Français*» en el sistema de partidos de la IV República y, en fin, en el referéndum de 1969, en el que, como en todos, pone en juego su continuación) se retirará altiva y sobriamente a su modesta casa del bosque de los Vosgos a escribir sus *Memorias*, dignas, por cierto, de Julio César, otro hombre de acción lúcido (aunque ahora no podamos detenernos en este aserto).

No fue «*ciertamente*» infalible en toda su acción pública, aunque el balance global re-

sulte admirable. Hoy sentimos bien que fue, probablemente, el último representante del gran nacionalismo europeo, que puede decirse que desaparece definitivamente con él. Pero aún en este aspecto también su extraño genio de adaptarse a las circunstancias, como buen militar de maniobra, sabrá guiarle certeramente y será él mismo, precisamente, el que proclame, primero (Brazzaville, 1944), y realice, después, la descolonización, el que identifique los valores humanos del «*tercer mundo*», y no sólo para romper la bipolaridad de los grandes; comprenderá, finalmente, y en último extremo apoyará, la fórmula comunitaria europea, aunque sin rectificar totalmente su visión inicial en términos de hegemonía francesa. No acertará, sin embargo, con el diagnóstico de la crisis de 1968, y esta perplejidad (además de causarle uno de sus pocos desfallecimientos conocidos, la famosa «*huida*» a Baden-Baden, desfallecimiento que le duró exactamente 89 minutos) le costará también su retirada política definitiva.

Si algo prueba la posibilidad de esta historia con nombres propios, como ésta singular sobre la que hemos intentado llamar la atención, es la indeterminación del cambio histórico, el hermetismo del futuro (el fin de todas las inocentes prospectivas y aún de los más esquemáticos planes económicos plurianuales así lo acredita; llevamos lustros navegando «*a la estima*» en casi todos los órdenes) y, por tanto, paradójicamente, la posibilidad misma de intentar forzarlo, como hizo ejemplarmente De Gaulle, convirtiendo la fe y la voluntad —ardientes, iluminadas, avasalladoras frente a todas las circunstancias adversas— en destino. □

## RESUMEN

Desde una postura de total independencia y como un verdadero historiador, el periodista Jean Lacouture se ha encarado, en tres volúmenes, con una de las figuras claves de la historia contemporánea de Francia y, a juicio de Eduardo García de Enterría, el último re-

presentante del gran nacionalismo europeo. Esta monumental biografía de De Gaulle se beneficia del lenguaje vivaz y expresivo propio de la condición periodística de su autor, y hará envidiar, piensa el comentarista, por su brillantez a los historiadores profesionales.

Jean Lacouture

*De Gaulle. Le rebelle. Le politique. Le souverain*

Editions du Seuil, París, 1984 (878 páginas), 1985 (728 páginas) y 1986 (870 páginas).

# ¿Hubo un estilo clementino?

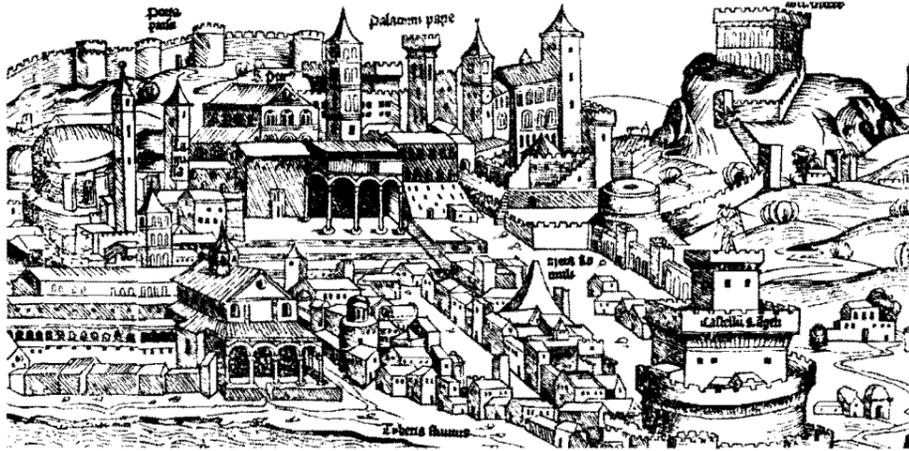
Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) es doctor en Derecho y en Historia. Fue profesor de las Universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente imparte cursos en el doctorado de Arte. Es autor, entre otros, de los siguientes trabajos sobre arte: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Los historiadores de arte españoles no han dedicado, que yo sepa, una especial atención a las consecuencias que el saqueo de Roma por las tropas del Emperador Carlos V, en mayo de 1527, pudo tener para el desarrollo de una cultura visual, en su apogeo en tal momento. Bien es verdad que de ese hecho tampoco otros historiadores, más generales, han hecho tema preferido de investigación. La intervención directa de españoles en ese suceso lamentable, que parece volver a poner sobre el tapete internacional las luchas entre el Pontificado y el Imperio, ha impedido su inserción entre los fastos que nuestra historia oficial celebra, y que han hallado en el siglo XIX tan aplicada difusión a través de la Pintura de Historia, contribuyendo a la formación de una idea patriótica de la nación cuyas críticas eran, sencillamente, calificadas de Leyenda Negra. Es verdad que en ese ejército, mandado por un francés, el Condestable de Borbón, figuraban alemanes y hasta italianos; pero no es menos cierto que también hubo españoles, cuya reputación quedó tan afianzada en el pueblo romano que, cuando, veintinueve años después, el Duque de Alba (respondiendo a los reproches que el Papa Paulo IV lanzó a los cardenales españoles respecto a la conducta de sus compatriotas en el Saco) se dirigió con sus tropas desde Nápoles hacia Roma, en la Ciudad Eterna cundió el pánico y algunos artistas huyeron precipitadamente, como en 1527 lo habían hecho sus mayores. Lo recuerda Giovanni Armenini en el libro *De veri Praecepti della Pittura* (Rávena, 1585).

Los tratadistas españoles no son tan explícitos. Jusepe Martínez, en sus *Discursos Practicables del Nobilísimo Arte de la Pintura*, inéditos a la muerte de su autor, en enero de 1682, y que pueden datarse de unos pocos años antes, al hablar (en el Tratado XVI) de Clemente VII dice que «prosiguió las huellas de su gran tío (León X), de donde resucitaron los nobles ingenios de todas las facultades: pero duró este tiempo muy poco, por aquel miserable estrago que sobrevino sobre aquella pobre ciudad de Roma por el ejército imperial, siendo capitán general Borbón, que la saqueó sin orden de S. M. Cesárea; que obligó a que todos los hombres de buen ingenio en esta profesión se ausentasen de Roma, con muy grande miseria» (cf. págs. 172-73 de mi edición de los *Discursos*, Barcelona, Seleccion Bibliófilas, 1950). El aragonés Jusepe carga la responsabilidad del saqueo sobre las espaldas del Condestable francés, quien, de no haber perecido en el asalto, acaso hubiera tratado de frenar la brutalidad y codicia de sus huéspedes. Dentro de la historia oficial española, el papel del Condestable queda tan mal parado que, más que de los incendios de Roma, en los que él ya apenas tuvo parte, el español medio está informado del incendio de un caserón toledano, del que Borbón fue involuntario motivo, al hacerse hospedar por la autoridad cesárea y contra la voluntad de su dueño, «un castellano leal», según el celeberrimo romance de don Angel de Saavedra, Duque de Rivas:

...«que si él es de reyes primo,  
primo de reyes soy yo  
y Conde de Benavente;  
si él es Duque de Borbón,  
llevándole de ventaja  
que nunca jamás manchó  
la traición mi noble sangre  
y haber nacido español»...



«Vista de Roma», detalle; Nuremberg, 1493.

Como puede verse, ya en el siglo XVI (convenientemente comentado por el XIX) ser español era una de las cosas más serias que se pueden ser en el mundo, y no es de extrañar que el Conde decidiera «purificar con fuego» su palacio, mancillado por el hecho de que el francés durmiera en él. Por suerte para el Duque, el Saco de Roma no había tenido lugar antes de tan desastroso hospedaje; y entre las preocupaciones que don Angel atribuye a Carlos V no figura nada de eso, aunque sí los «asuntos de Alemania agitada por Lutero», que, como veremos, han podido incidir en el saqueo de la capital de la Iglesia católica.

A este respecto, Alfonso de Valdés, secretario del Emperador, escribió un *Dialogo donde particularmente se trata de las cosas ocurridas en Roma el año de MDXXVII*, probablemente dos años después (edición de J. F. Montesinos, Madrid, 1928), como para paliar el mutismo imperial. Erasmista distinguido, como ha estudiado Marcel Bataillon (cf. cap. 8.º de *Erasmus et l'Espagne*, París, 1937, así como su estudio sobre el *Diálogo de Mercurio y Carón*, publicado en «Homenaje a R. Menéndez Pidal», Madrid, 1926), Valdés hace recaer la responsabilidad del saqueo sobre el Papa Clemente VII, que no supo actuar como pastor, sino como jefe de estado, y la propia ciudad de Roma, cuyas abominaciones merecían, como castigo preciso y providencial, todos y cada uno de los horrores de su destrucción. Esta posición, aunque sin el erasmismo de Valdés, es la del abad de Nájera en carta dirigida al Emperador con fecha 27 de mayo de 1527. No se ha de olvidar que Baltasar Castiglione, nuncio del Papa en aquel momento, replicó airado a la teoría de Valdés aseverando que ninguna corrupción o falta de la Roma pontificia podía justificar el ataque y aún menos los sacrilegios del ejército imperial. Carlos V, que apreciaba al autor del *Cortegiano*, debió quedarse perplejo, y aunque persistió en su mutismo, manifestó un talante contemporizador que había de llevar a la reconciliación entre la Iglesia y el Imperio, demostrada por la coronación de Carlos por Clemente VII en la basílica de San Petronio de Bolonia el 24 de febrero de 1530, y (tras la muerte de este Papa, en octubre de 1534) por la entrada triunfal del Emperador en Roma, 5 de abril de 1536, en el pontificado de Paulo III, quien esperaba sentado a la puerta de San Pedro del Vaticano (de entonces) al César, que, tras doble genuflexión, besó el pie del Pontífice, quien le bendijo, hizo alzar y abrazó antes de entrar en el templo. Con esta ceremonia se dio vuelta a la página conflictiva, aunque no había de ser olvidada por Paulo IV, para quien los españoles eran «eretici, cismáticos, e maledetti di Dio, seme di Giudei e di Mori, foccia del mondo». Un dialogante de *Il Ragazzo*, de Lodovico Dolce (impreso en 1541), afirma que «sempre li Spagnuoli hanno nel capo qualche poco di eresia», acaso pensando en Valdés y sus compañeros erasmistas. Con feroz ironía, Ludovico Ariosto habla del «Peccadiglio di Spagna», aludiendo al cuento de cierto cura que confesaba no tener más que un peccadillo: no creer en Dios (cf. Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, 4.ª edición, Bari, 1949).

En el terreno de la historia pura destacan los libros de A. Rodríguez-Villa, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527* (Madrid, 1875) e *Italia desde la batalla de Pavia hasta el saqueo de Roma* (Madrid, 1885), y de don A. Cánovas del Castillo, *Del asalto y saqueo de Roma por los españoles* (Madrid, 1858), amén de la *Crónica del Emperador Carlos V*, de A. de Santa-Cruz (edición de Madrid, 1920-25) y algunas relaciones y documentos, como los publicados por P. de Gayangos. Destacan los opúsculos de Valdés, en especial *Pro divo Carolo, apologeticus libri duo*, que vio la luz en Alcalá en 1527, reeditado en Maguncia (...y no Mayence) y en Amberes, y el ya citado *Diálogo*, al que replicó Castiglione, amén de otros muchos estudios, documentos y cartas. El espíritu apasionadamente devoto que siguió a la tragedia respira en los poemas de Miguel Angel y en los *Diálogos de la Pintura Antigua*, de Francisco de Holanda (que tradujo al español cierto Denis o Díniz), en cuya segunda parte se recogen los coloquios del autor con Vittoria Colonna, Lactancio Tolomei y el propio Buonarroti en San Silvestro de Roma, en 1538 (del original portugués existen varias ediciones de Joaquim de Vasconcellos y otra reciente —Lisboa, 1983— de Angel González García, prologada y anotada en castellano).

El libro de André Chastel, *El Saco de Roma, 1527*, editado por Espasa-Calpe, recoge cantidad de esos y otros estudios y fuentes, en copiosa y erudita bibliografía. Aparecido en inglés (1983) por las prensas de la Universidad de Princeton, acaba de traducirse al español por Consuelo Vázquez de Parga, que merece nuestros sinceros elogios por una labor espinosa y detallista. Me limitaré a señalar algunos leves lunares. Por desgracia, el primero se lee en la primera página de la introducción: emplea la fórmula de «usted» en una carta escrita por Aretino a Tiziano a mediados del siglo XVI. Esa contracción de «vuestra merced» no se usa, según Corominas, antes de 1620.

Tampoco es de mi gusto el conservar en italiano (aunque el texto inglés lo emplee a falta de equivalente) la palabra «impresa» para ese acertijo simbólico que los españoles llamamos «empresa» o «mote» ya desde *La Celestina*, y que divulgaron Juan de Borja, Diego de Saavedra Fajardo y otros autores hispanos. La palabra «camafeo» expresa, según el *Diccionario de la Real Academia*, una «figura tallada en relieve en ónice u otra piedra dura y preciosa», pero no una pintura mural monocolor, que cabría calificar de «grisalla», por más que el citado Diccionario no recoja esta palabra usada por los artistas, acaso por su ausencia de la docta casa. En fin, en España la palabra «Verónica» (olvidemos su derivación taurina) es nombre propio de una piadosa mujer de Jerusalén y no del paño con que enjugó e imprimió la «Santa Faz» (en italiano «Volto Santo») de Cristo; aquí es A. Chastel quien prefiere el primer nombre ya desde un artículo de 1978. Y «pageants» puede traducirse correctamente por «cuadros vivos».

«Miseria Caput Mundi» se titula el capítulo primero, refiriéndose a Roma, cabeza misera del orbe tras el pillaje de los imperiales. Como escribe Aretino en una de las numerosas coplas lamentosas que lloran el saqueo: «Ro-

ma coda mundi per gratia de li Spagnuoli e dei Tedeschi.» Este capítulo se inicia con una cita de un romance castellano recogido por Durán: el del «Saco de Roma por las tropas del Condestable de Borbón», que comienza así:

«Triste estaba el Padre Santo  
lleno de angustia y de pena  
en Sant Angel, su castillo,  
de pechos sobre un almena...  
...viendo a la Reina del Mundo  
en poder de gente ajena...»

Muy ponderado en todo, Chastel, como buen francés, parece lamentar la «brutal» derrota de Francisco I en Pavia y hasta la muerte del joven Médicis, Giovanni delle Bande-Nere, en 1526, que privó a las tropas de la Liga de Cognac de un general competente. Aunque la retroactividad no es de buen uso en Historia ni en Derecho, el autor se pregunta (pág. 36) si no hubiera sido más prudente que Roma accediera al pacto que la facción imperialista de la Curia reclamaba. A su regreso del cautiverio de Madrid, el rey de Francia ha firmado un acuerdo con el Papa. Los dos partidos se verán enfrentados poco después (23 de junio de 1526) al publicarse el «breve» de Clemente VII recordando los derechos imprescriptibles (el libro dice «indescritibles», supongo que por errata) del Papa, a lo que responde brevemente la llamada «Memoria de Granada», que reprocha al Pontífice de usar un lenguaje poco cristiano, que merece corrección por el Emperador y por un Concilio. Los dos ejércitos se ponen en marcha a través de la sufrida península italiana.

El ejército de la «Liga» lleva franceses, venecianos y naturales de otras regiones de Italia. El llamado «Imperial» se compone de españoles, italianos y numerosos alemanes, lansquenets desmesurados y hondamente influidos por los panfletos reformistas que acusan a la Roma papal de nueva Babilonia y claman por su destrucción apocalíptica. El Condestable «no podía contener a lansquenets y españoles más que prometiéndoles el botín de Roma», escribe Chastel (pág. 38). El ejército de la «Liga» se retrasa; los «Imperiales» avanzan rápidamente y el lunes 6 de mayo de 1527, entre las nieblas del amanecer, entran a saqueo en la Ciudad Eterna.

Profesor del Collège de France, cuyo curso de 1971-72 consagró al Saco de Roma, André Chastel es uno de los mejores conocedores de la cultura italiana, a la que ha dedicado numerosos estudios (uno de los más recientes, su manual de *L'Art italien*, París, 1982). En 1977 pronunció en la Galería Nacional de Washington un ciclo de conferencias sobre el mismo tema que, corregidas y ampliadas con las noticias bibliográficas de A. Brulhart y los índices de su ayudante A. M. Lecoq, forman la base de este tomo, claro y atractivo, que no aburre ni un momento, sin prescindir por ello de una copiosa erudición. Yo no soy quién para enjuiciar el libro bajo un punto de vista puramente histórico. Mi comentario sigue el enfoque que Chastel le ha dado: la implicación del asalto y saqueo de Roma, y consiguiente prisión del Papa y huida de numerosos intelectuales y artistas, en las artes del siglo XVI, interrumpiendo una época de gracia y elegancia profanas y cultas, que hizo florecer lo que llama «estilo clementino».

Ese calificativo deriva del nombre de Clemente VII, anteriormente cardenal Julio de Médicis, sobrino de León X. Su pontificado, que se extiende de noviembre de 1523 a septiembre del 34, tiene una dolorosa solución de continuidad en mayo de 1527, con la irrupción de los soldados imperiales y el inútil refugio del Papa en el castillo Santángelo. Con Julio II (della Rovere, nacido en Savona), que reina de noviembre de 1503 a febrero de 1513, y León X (Juan de Médicis), que le sucede hasta diciembre de 1521, se alcanza el apogeo de una cultura humanista y paganizante que hace de Roma la capital intelectual y artística del

Viene de la página anterior



Occidente, pero no deja de apartarla de la iglesia de los pobres y de la sencillez evangélica, haciendo del Sumo Pontífice un soberano temporal tanto como espiritual. El belicoso Julio y el cultivado León logran unas cimas estéticas acaso jamás sobrepasadas, pero que no siempre responden a cumbres de espiritualidad cristiana. El piadoso y austero Adriano VI (holandés nacido en Utrecht), que sucede a León X, quiere volver Roma a esas fuentes de los primeros mártires, con cierto talante reformista, que mucho después se respirará en Trento. Pero los romanos le reprochan su barbarie nórdica, y hasta los más católicos artistas le acusan de desinterés. Nuestro Jusepe Martínez nos dice (pág. 171) que con Adriano de Utrecht «vimos el mayor trabajo (en sentido de pena) a esta profesión del dibujo y la pintura, que en todo su tiempo, que duró dos años, ni se fabricó, ni la fábrica de San Pedro (la basílica) pasó adelante. Este santo varón fue tan dejado en cosas de ingenio que en todo su pontificado no acrecentó cosa alguna: antes fue tan contrario a los ingenios y a las cosas ilustres de Roma que la hacen memorable, intentando echar las mejores estatuas en el río Tíber, y el incomparable *Juicio de vivos y muertos*, del grande Michael Angelo pintado, lo quiso echar a tierra dando por excusa que parecía mal tanta figura desnuda...» La prevención del pintor aragonés, que visitó Roma un siglo después, es tan grande que atribuye al Papa Adriano la intención de destruir una pintura que Miguel Ángel ni había pensado ejecutar en su tiempo y que sólo iniciaría tras la muerte de Clemente VII.

Martínez recoge, sin embargo, una anécdota que también cuenta Vasari y que repite Chastel: la del joven Francisco Mazzuola, el Parmigianino, que no abandonó Roma durante el saqueo y siguió trabajando en su taller en una pintura de la «Madonna», con asombro de dos capitanes invasores que se presentaron con ánimo de despojarle de sus riquezas y hasta de la vida y quedaron conquistados por su sangre fría y su gracia artística. André Chastel no deja, sin embargo, de calificar de «clásico de la Leyenda Dorada del arte» este suceso, demasiado semejante al del rey Demetrio en la toma de Rodas, admirando y protegiendo al pintor Protógenes. Como, según dicen, «no hay nada nuevo bajo el sol», recordar que una anécdota semejante se cuenta de unos oficiales nazis en el taller de Picasso, en la rue des Grands-Augustins, durante la toma de París en la última guerra mundial.

Julio II y León X habían encargado a Rafael la decoración de las salas o «estancias» del Vaticano contiguas a la Capilla Sixtina; tres de ellas, las de *La Segnatura*, *Elíodoro* y el *Incendio*, estaban ya concluidas a la llegada de Adriano VI, dando a las escenas históricas una proyección actual que justifica el poder temporal del Papado. La cuarta, llamada *de los Papas* o de *Constantino*, sólo iniciada a la muerte de Rafael en 1520, continuada por Julio Romano, se interrumpe durante los veinte meses del pontificado del holandés y se concluye, bajo Clemente VII, en 1524. El Papa ha querido dedicar un fresco al episodio de la historia de Constantino entregando al Papa Silvestre la propiedad de Roma.

Ese poder temporal era furiosamente negado por los reformistas septentrionales tanto en sus tratados y discursos como en libelos o panfletos ilustrados con estampas en madera, en donde se manifiesta la contradicción entre los preceptos del Evangelio y el apego de los papas a las propiedades terrenales. El libro de Chastel recoge, entre esos libros numerosos, una interesante selección. Por ejemplo, en la *Passional Christi und Antichristi*, publicado poco después de la Dieta de Worms con aprobación de Lutero y textos de Melanchton y Schwertfeger, las xilografías de Lucas Cranach oponen a la autoritaria opulencia de Roma la humildad evangélica: Cristo rechaza la realeza mientras el papa la reclama; Cristo besa los pies de los apóstoles mien-

tras el Papa se hace besar los suyos, etc. En esos panfletos Roma es equiparada a Babilonia y su destrucción es justicia en pago de sus crímenes. Los lansquenets alemanes del ejército imperial se ven, así, de antemano animados y justificados en todas sus depredaciones. Sus profanaciones de sacramentos y reliquias se pueden ver autorizadas por la Reforma. Una vez más en la historia cada cual se atribuye el papel de justiciero. Los grandes hombres del protestantismo valoran en nada esas devociones. Al parecer fueron sólo los soldados españoles quienes siguieron respetando y devolviendo relicarios y custodias. Cierta Julio de Castillo (acaso Julián del Castillo), citado en los archivos vaticanos, figura entre quienes salvan esas reliquias, con las que en 1528 se organizará una gran procesión reparadora. «El furor de los españoles fue más vivo y horrible; el de los alemanes más innoble en los tormentos que infligían a los curas», se lee en una *Historia Direptionis*. Y Navagero cuenta que el general de los franciscanos, Fray Francisco de Quiñones, se dirigió al Emperador acusando a los «capitanes de Lutero» y exigiéndole el desarme de sus tropas para no merecer él mismo ese apodo.

### Nuevo paganismo

Hay, enmarcando estos conceptos, una cuestión de gusto estético, que hace que Melanchton y los grandes literatos protestantes, que lamentan la destrucción de las bibliotecas y la persecución de los eruditos de Roma, estén en contra de las pompas de las artes plásticas. Erasmo critica acerbo el nuevo paganismo de la Roma de los Médicis, la permanente inclusión de falsos dioses y musas en las historias edificantes de la Biblia; aunque, como apunta Chastel, él mismo «se nutre de imágenes y fórmulas clásicas (y) debe su elocuencia a los autores paganos» (pág. 147). Fray Luis de Carvajal llega a responsabilizar a Erasmo del Saco de Roma. Adriano VI, en su «admirable y piadosa tentativa» de reformar la Curia, de cuya necesidad se hablaba hacía tiempo y en la que Erasmo y otros tenían esperanza, fue calificado de «bárbaro» por los romanos. Ya hemos visto el comentario (no recogido por Chastel, acaso por ser uno más entre cien) de Jusepe Martínez. Ese pontificado fue una catástrofe para la cultura. Y, como escribe Vasari, «el advenimiento de Clemente VII fue un gran descanso para las artes de la pintura y la escultura, pues Adriano VI... las había despreciado, y no sólo nadie trabajaba, sino que al no amarlas, al incluso odiarlas, hacía que los demás... no gastaran en ellas ni mantuvieran a los artistas» (pág. 153).

Clemente VII es, pues, acreedor a la gratitud de los aficionados al arte. En su tiempo, Lorenzetto inicia la costumbre de recomponer decoraciones en relieve y estatuas romanas juntando fragmentos de diversas procedencias y «modernizando» esos restos. Chastel no señala que, dada la proporción exageradamente alargada de las figuras manieristas (hasta diez cabezas en la talla total de la persona) que apreciamos en los seguidores de Miguel Ángel, se tendía a emplear cabezas más pequeñas en cuerpos mayores. La arqueología, aunque sui-generis e impregnada (¿cómo no?) de la óptica del momento, contribuye a crear un estilo, acaso la mayor novedad de este libro: el «estilo clementino», que Chastel estudia en su capítulo V y que responde, en esa alquilara única que es la Curia romana, a una reforma lingüística y un estilo literario, con Bembo, Pierio Valeriano, G. della Casa y el traductor de *El Asno de Oro*, Firenzuola.

La animación de esta renovación cultural, menos potente, más delicada que la de la época de León X, se evidencia en las *Memorias* de Benvenuto Cellini, testigo y actor de ese momento. Hay en la plástica, en 1525, un «relevo» de talleres y de estilos. Se impone la gracia elegante de Parmigianino, joven prodigio descubierto por Clemente VII, y la si-



«Portaestandarte y criado», dibujo de Urs Graf.

nuosa manera de Rosso Florentino, que en torno a esa fecha imponen este «estilo clementino», que, según Chastel, «acaba por apartar a los artistas tanto de la adhesión excesivamente estricta a los «modi raffaelleschi» como de la exagerada sumisión a la «maniera michelangelolesca»» (pág. 167), y cuyo decaimiento sería Sebastiano del Piombo y otros miembros, los ayudantes de Rafael en las «Loggie», Pierino del Vaga y Polidoro de Caravaggio. Todos ellos cultos, brillantes y amantes, aunque forasteros, de una Roma que para ellos era como una religión estética. El desarrollo de la estampa en este pontificado hará llegar ese estilo a los confines de la cultura. Su acusación de «paganismo» se desmiente, según Chastel, por dos cuadros inspirados: el *Cristo muerto entre ángeles*, del Rosso (Museo de B. A. de Boston), y la *Madona de San Jerónimo*, de Parmigianino (Galería Nacional de Londres). «Entre la última «maniera» de Rafael y la vuelta a Roma de Miguel Ángel, el vacío se llenó con algo de una sofisticación que ni uno ni otro habían practicado y que permitió a un grupo de jóvenes artistas de extrema sensibilidad explotar los grandes temas. Si esto era así, el Saco... fue un accidente histórico tan importante para el arte como para la vida política de Italia e incluso más, por lo que interrumpió y deshizo para siempre.»

Hay efectivamente una diáspora de artistas que huyen ante la barbarie de la soldadesca imperial; algunos pagan con la vida su condición, como Marco Dente o Maturino. Rosso ha de trabajar como faquino o cargador. Sebastiano del Piombo se instala en Venecia, con los artistas y escritores más notables. Las «Vite» de Vasari dan cuenta de todo ello. El

dux Andrea Gritti aprovecha el éxodo y trata de hacer de Venecia «la nueva Roma».

Lo sorprendente es que, en cuestión de unos años, Roma recobra su poder y su resplandor estético, dominado por un tono más austero. Clemente VII reaparece con barba de penitente, una larga barba canosa. No por eso se siente merecedor del ataque, expolio y cautiverio sufridos. «En toda la Curia ni una sola voz se alzó para excusar o justificar el horror del Saco» (pág. 199). El tema de San Miguel envainando su espada se pone de actualidad. Pero queda una sombra apocalíptica, una dolorida devoción de que dan cuenta los diálogos de Francisco de Holanda. Hay artistas que jamás volverán, como Rosso y Parmigianino, estrellas del «estilo clementino». Pero llegan otros de Toscana y Flandes. El arte vuelve hacia la «terribilidad». «Por un reflejo típico, Clemente quería que hubiera una obra de arte que reflejara la catástrofe.»

Y así nace el enorme fresco del *Juicio Final*, de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina, según proyecto de Clemente VII, cuya muerte (13-X-34) le impedirá verlo realizado. Será Paulo III quien confirme el encargo, que Miguel Ángel comienza el 8-XI-1536 y cuya ejecución le exigirá seis años, siendo destapado la víspera de Todos los Santos de 1541. Es la obra más grandiosa (si no la mejor) del genio florentino y la consecuencia más afortunada de la tragedia del asalto y Saco de Roma. Pero no nos atreveríamos a decir «felic culpa», como los teólogos al hablar del Pecado Original, que motivó la Redención: por más que los infinitos turistas boquiabiertos que contemplan a diario esa pintura mural no estarían muy lejos de pensarlo. □

### RESUMEN

El célebre Saco de Roma en 1527, de evidentes implicaciones históricas y políticas, interrumpió una época artística especialmente fecunda e interrumpió asimismo el florecimiento del llamado «estilo clementino». De estas

implicaciones y de sus consecuencias artísticas trata el libro de André Chastel que es objeto del comentario del profesor Julián Gállego, quien se pregunta si, a la sombra del Papa Clemente VII, se produjo un verdadero estilo.

André Chastel

*El Saco de Roma, 1527*

Espasa-Calpe, Madrid, 1986. 332 páginas.

# Los clíticos en gallego-portugués

Por Ricardo Carballo Calero

Ricardo Carballo Calero (Ferrol, 1910) es doctor en Filosofía y Letras y licenciado en Derecho. Catedrático jubilado de Lingüística y Literatura Gallega de la Universidad de Santiago, entre sus libros destacan: Gramática elemental del gallego común e História da literatura gallega contemporánea.

La colocación y dislocación de los pronombres átonos en ibero-románico occidental es una de las más interesantes peculiaridades que presenta aquel sistema lingüístico, no sólo con referencia a los demás grupos peninsulares, sino también por lo que dice respecto a las lenguas románicas modernas en general. Estas, aunque en sus manifestaciones más antiguas ostentan rasgos emparentados con los propios del gallego-portugués actual en lo que afecta a la sintaxis de los clíticos, han ido, por vía de regla, evolucionando hacia una preferencia muy marcada por la posición preverbal de las formas pronominales átonas en el caso de las frases finitas, de manera que la posición posverbal ha quedado prácticamente reducida al caso de las frases con verbo en forma infinita, fuera de algunas situaciones residuales o explicables por razones expresivas, situaciones que exceden los límites de la gramática para incidir en el campo de la estilística.

La situación en gallego-portugués (y por tanto en gallego, si damos este nombre a la modalidad propia de los territorios que constituyen la correspondiente comunidad autónoma española) es más compleja y más arcaica, en cuanto que por una parte perpetúa como normal la posición posverbal de los clíticos superada en los demás romances y por otra registra desplazamientos de los mismos a la izquierda del verbo que suponen importantes alteraciones del modelo general.

La bibliografía relativa a la cuestión ha venido tradicionalmente pagando tributo a un criterio excesivamente limitado a la morfosintaxis, en el sentido de buscar la regulación de la posición de los clíticos en la presencia y ubicación de determinados centros de gravitación definidos por su clasificación dentro de las categorías gramaticales. Sin embargo, la evidencia de que la actividad de una palabra que ocupa una determinada posición con respecto al pronombre, puede ser aparentemente ambigua para determinar la colocación del mismo, abrió la puerta a la consideración de los aspectos prosódicos del caso, y los textos que del autor de este artículo se citan en el libro que comentamos, mencionan expresamente el «realce» y el «énfasis» que queremos dar a las palabras, las cuales actúan en cuanto a su condición prosódica según un equilibrio determinado por elementos suprasegmentales: la entonación con la distribución de «acentos» y «pausas». Conclusión que Domingo Prieto estima que constituye ya el esbozo de la formulación de la hipótesis más probable sobre la cuestión planteada.

Domingo Prieto es un lingüista gallego que se ha formado en las Universidades de Lille y la Sorbona y que desde 1973 trabaja en la Universidad de Groningen. Son bien conocidos y estimados entre los especialistas sus trabajos sobre fonología y métrica del gallego. Este libro constituye su tesis para el doctorado en Letras por la Universidad de Utrecht. El trabajo se inscribe dentro de las modernas concepciones de la gramática generativa. Las cuestiones que trata, en la búsqueda de un criterio unitario para explicar los comportamientos gramaticales, pertenecen, cruzándose, a las áreas relativas a los componentes sintácticos, semánticos y fonológicos de la organización gramatical.

Los clíticos sustituyen a los nombres, pero en el orden de la frase autónoma aparecen normalmente a la derecha del verbo. Su lugar en la estructura profunda sería el del elemento sustituido; pero si éste no ocupa una posición inmediatamente a la derecha del ver-



EUGENIO RAMOS

bo, el clítico que lo reproduce se desplaza a esa posición en la estructura de superficie. A «Tamara baila bem a moinheira» corresponde «Tamara baila-a bem». Hay, pues, un movimiento que traslada el pronombre, del lugar del nombre a la derecha del verbo cuando el nombre («Tamara baila a moinheira») no ocupa ya esa posición. No podemos decir «Tamara baila bem a». Esta última frase sería agramatical.

Tal movimiento de los clíticos, de la posición original del elemento nominal que representan hacia la posición inmediata posverbal, es la operación más frecuente en la estructura superficial de la frase. Pero, como hemos dicho, tenemos casos en que esa regla no funciona, casos en que la frase gramatical exige el clítico en posición preverbal.

Hay, por lo tanto, que registrar dos reglas que determinan la posición de los clíticos con relación al verbo: la regla del «movimiento», que es, como si dijéramos, la general y la regla de la «inversión», que, al ser así denominada, transparenta un carácter particular, o excepcional, o secundario, respecto a la conducta gramatical primaria, o básica. Es decir, que esta segunda regla ostenta un carácter diferente al propio de la primera regla. La regla de Movimiento-Cl es la fundamental, y se aplica obligatoriamente, mientras que la regla de Inversión-Cl es aplicada sólo en ciertas circunstancias especiales.

En un examen superficial, podría parecer que la regla especial de Inversión-Cl se aplica cuando el verbo va precedido de otro elemento («Isto me dixo»). Pero no es así, pues muchas frases del gallego-portugués demuestran la incorrección de esa hipótesis. Son frases en que el verbo va precedido de otro elemento, a pesar de lo cual el pronombre se sitúa en posición posverbal. Y es que la regla de Inversión de los clíticos sólo funciona cuando es desencadenada por otra regla de Inversión, la regla de Inversión-Foco.

El Foco es el elemento constitutivo de la frase que ostenta en ella la preeminencia semántica, porque proporciona la *información nueva*, y por ello prosódicamente es marcado con el acento principal en determinado tipo de lenguas. Pero en otras, el proceso de focalización puede manifestarse también o exclusivamente por un movimiento del constituyente focalizado a ciertas posiciones de la frase. En gallego, la posición de base es en este caso la extrema derecha. Así, el Foco puede definirse por su acentuación o por su localización; mediante, pues, mecanismos fonológicos o mediante mecanismos sintácticos. Y, por supuesto, en muchas lenguas, por la naturaleza prosódica de las mismas, la localización va acompañada de énfasis, de modo que aunque el rasgo relevante se manifiesta en la sintaxis, hay un rasgo inherente, secundario o redundante, pero necesario, como una propiedad no esencial, que pertenece a la forma fonética.

El proceso de focalización, en gallego-portugués, tiene lugar dentro de la sintaxis, mientras que, por ejemplo, en francés, la focalización tiene lugar en la forma fonética. Al Foco se opone en la frase el Tópico. El Tópico lleva el acento secundario de la frase y puede ser separado del resto de la misma por una pausa interior. Sintácticamente, el Tópico es la categoría de extrema izquierda en la cadena escrita. Uno o varios elementos se interpretan como Foco de la frase si pueden insertarse en la expresión «... que (quem)». Uno o varios elementos se interpretan como Tópico si pueden ser introducidos por las expresiones topicalizantes «quanto a, com respeito a», sin que sufra cambio alguno la estructura informativa de la frase.

Podemos, pues, establecer una estructura de base en la que a la extrema derecha y a la extrema izquierda, respectivamente, existan unos núcleos vacíos o alvéolos que pueden ser ocupados, mediante determinadas reglas transformativas de topicalización y focalización, por ciertos constituyentes que adecuadamente se desplacen:

«Joam contestou a pregunta.»

«A pergunta contestou-na Joam.»

Ambas frases tienen la misma estructura sintáctica (con la inclusión en la segunda de un pronombre semánticamente redundante, pero gramaticalmente obligatorio). Mas en la primera, el Foco está constituido por el objeto directo, mientras que en la segunda, el Foco está constituido por el sujeto agente. El lugar del Tópico lo ocupa el sujeto en la primera versión, y el objeto en la segunda.

La regla de Inversión-Foco desempeña un importante papel en la dislocación de los clíticos en gallego-portugués, pues desencadena la transformación del orden Verbo-Clítico en Clítico-Verbo. El Foco que se desplaza a la izquierda, arrastra sucesivamente al clítico y al verbo en su caso, determinando una imagen especular («image au miroir»). De modo que al orden Verbo-Clítico-Foco sustituye ahora el orden Foco-Clítico-Verbo. El pronombre posverbal se ha transformado en pronombre preverbal. «Ajudou-nos ela», «Foromse todos» y «Sabe-o Deus!», al verificarse la inversión del Foco revisten la forma «Ela nos ajudou», «Todos se foram» y «Deus o sabe!». El proceso de topicalización, al contrario que

el de focalización (Focalización e Inversión-Foco), no modifica la posición de los pronombres clíticos. De modo que una misma palabra o elemento, según funcione como Foco o como Tópico, situado al principio de la frase determinará la posición preverbal o posverbal del clítico: «[F Isto] nos aconselha o noso pai»; «[T Isto], aconselha-no-lo o noso pai». La primera sucesión, cuando «Isto» está focalizado y representa semánticamente la novedad de información y prosódicamente el acento fundamental de la frase, sin pausa posible a continuación. La sucesión segunda, cuando el pronombre objeto directo está topicalizado, el acento fundamental recae en el Foco «pai» y cabe pausa después del Tópico.

En caso de que se sucedan el Tópico y el Foco invertido, éste también conserva su acento nuclear, y determina por lo tanto a su favor la enclisis del pronombre átono: «[T A pergunta], [F Joam] a contestou». Mediante esta doctrina, se logra una comprensión del fenómeno de la posición de los clíticos que pone unidad, concreción y coherencia en la descripción de unos hechos lingüísticos difícilmente o precariamente reducibles a orden si nos obstinamos en resolver el problema dentro del campo de la pura sintaxis categorial. Hay una sintaxis prosódica o una prosodia sintáctica. Toda sintaxis es resultado de una lógica que al enlazar conceptos y juicios desemboca en una silogística suministradora de datos y funciones semánticas que han de hallar expresión lingüística. Según la arquitectura de cada lengua, tenemos diferentes reflejos formales de la función conceptual.

Ya hemos aludido al hecho de que desde tiempo atrás se viene introduciendo en la teoría de la sintaxis de los clíticos la noción del «ritmo» o del «accento», lo cual es natural, pues el concepto mismo de clíticos pertenece a la prosodia. Así explicamos que puedan construirse frases formalmente idénticas en la escritura salvo en la posición posverbal o preverbal de los clíticos. Depende del «realce» o «énfasis» que queramos dar a determinados elementos constituyentes. En la cadena hablada, el acento nuclear elimina la ambigüedad en gallego-portugués, pues el Foco, hállese donde se halle, está marcado por su acento contrastivo. Pero ahora vemos con mayor claridad que hay frases neutras con referencia al discurso en las que no aparecen marcadas las categorías de Foco y Tópico.

Las conclusiones de Prieto afectan al gallego-portugués en las que él llama modalidades gallega y lusitana, pues la modalidad brasileña presenta fenómenos de prosodia pronominal que repercuten en la acentuación y el orden de las palabras en el sentido de hacer posibles localizaciones prohibidas en el sistema general o tradicional. Muchos escolios y corolarios, e incluso excursos importantes y otras cuestiones situadas en otro nivel, son más o menos extensamente, pero siempre rigurosamente, examinados.

Un estudio general de carácter comparativo que pone en relación el problema de los clíticos en gallego-portugués con el comportamiento de los mismos en las lenguas románicas antiguas y modernas, cierra la densa investigación del profesor Prieto, que, constituyendo un importante hito en la consideración del problema de los clíticos, abre al mismo tiempo nuevas perspectivas en el campo de la gramática transformativa. □

## RESUMEN

Dentro de la doctrina sobre las relaciones entre prosodia y sintaxis a la luz de la gramática generativa moderna, se inserta la aportación que, a la teoría de los clíticos,

hace el libro de Domingo Prieto, comentado por el profesor Carballo Calero al analizar esta peculiaridad del sistema lingüístico gallego.

Domingo Prieto

*Prosodie et syntaxe. La position des clitiques en galicien-portugais*

Regenbook Stichting, Groningen, Pays-Bas, 1986.

# Valle Inclán otra vez

Por Alonso Zamora Vicente

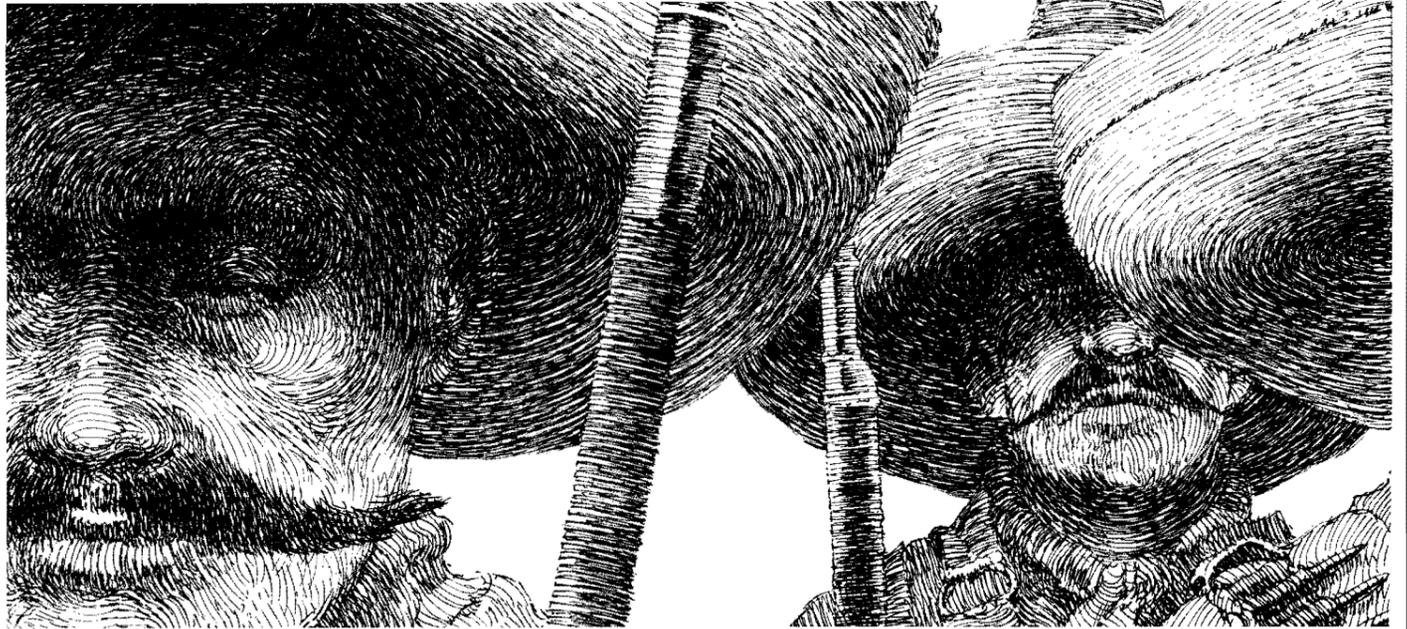
Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y es secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor además de varias colecciones de cuentos.

La bibliografía de Ramón del Valle Inclán va siendo copiosísima. Por desgracia, abunda en demasía una crítica excesivamente enunciativa. Tengo sobre la mesa la *Guía de «Tirano Banderas»*, de la que es autor Gonzalo Díaz Migoyo, distinguido profesor español recalado en California. La he leído con vivo interés, al igual que los trabajos aparecidos en números conmemorativos de diversas revistas, en la confianza de encontrarme con otro Valle, el Valle entrevistado por unas generaciones más jóvenes, un Valle más afín a la sensibilidad actual, muy distante ya de la consagrada. Y no es difícil verlo por aquí y por allá, especialmente en lo que a la interpretación teatral se refiere. La distancia va creciendo y Ramón del Valle Inclán se va quedando en la ceñida comarca de los clásicos, segura cita acogedora y fiel, voz y gesto próximos, dispuesto a aceptar innumerables interpretaciones, incluso contradictorias, según vaya siendo el fluir del tiempo. Con su libro, Díaz Migoyo recuerda, hasta cierto punto, la costumbre anglosajona de editar libros que sirven de lazarillo o de piloto para lecturas más arduas. El propio *Tirano Banderas* ha sido ya sometido a un proceso de este tipo, si bien más limitado de proyección, en el trabajo de Verity Smith (1971).

Díaz Migoyo nos proporciona una nueva recreación de la asendereada vida de Valle. Destaca muy acertadamente la intensa y permanente teatralización en que Valle vive. Eterno personaje en escena, desde el atuendo a la frase, Valle necesitará siempre un público ante él. A él se dirige y a él pretende llevar a la meta propuesta, empleando cualquier procedimiento de seducción. La vida teatral, la tertulia en los cafés, el deambular nocturno y sin rumbo fijo, acosados por el diálogo brillante, etc., se nos pone otra vez de pie delante de nuestra sonreída complicidad en estas páginas de Díaz Migoyo. Lástima que la lejanía en que parece haber sido escrito este libro haga que el autor se entregue sin mayor crítica a algunos lugares comunes poco meditados —¿cuándo meditaremos despacio sobre nuestras cosas en vez de seguir cómodamente los impulsos y los juicios consagrados?—. Sirvan de ejemplo los prejuicios sobre la Real Academia Española con motivo de la no concesión del Premio Fastenrath en 1932, y sobre el Ateneo con motivo de la elección de Valle para suceder a Manuel Azaña en la presidencia.

De todos modos, y tal como esperaríamos de una guía pensada probablemente para estudiantes (en el fondo todo cuanto escribe un profesor lleva entre sus líneas el trasfondo de su auditorio habitual), habría bastado con enunciarlo, sin mezclarlo ni hacer juicios inoportunos.

Acuerdo inicial de este libro es el de no sumergirnos en erudiciones adormecedoras, sino que se aprovechan cuando es necesario los soportes eruditos o doctrinales, sin exhibición voluntariosa de «autoridades» o de citas. Esto último suele ser mal frecuente en nuestros estudios. Díaz Migoyo se sujeta al texto, se esfuerza por desentrañarlo ante nuestros ojos y pone en evidencia su inalienable lección. La arquitectura de la novela, nitidamente levantada sobre unos cuantos ejes entrelazados, se aclara al lector atento, una vez terminada la lectura, con deslumbradora diafanidad. Valle, con maestría excelente, ha sabido mover los hilos de la acción —teatral en su mayoría— para tenernos embelesados durante el plazo temporal —tan corto— en que se desarrolla



FRANCISCO SOLÉ

la novela. No en vano estaba orgulloso de ella, a la que consideraba como un gran trabajo ejemplar. Sobrenada la soterrada visión mágica que anima la narración. El estudio del profesor checo Oldřich Bělič ha puesto luz en estos extremos tan certeramente que no podemos pensar en una casualidad. Es algo profundo. Es evidente que en los años de la experiencia humana de Valle Inclán, el espiritismo (o su degeneración en la fraseología y en la superstición popular) desempeñaba un gran papel. Virtud del comentarista es recordar a Allan Kardec, a Elena Blavatsky, a las revistas del tiempo dedicadas al conocimiento del trasmundo. Pero para un jovencillo de esos años, el asistir a reuniones espiritistas, más o menos científicas o falaces, era el pan nuestro de cada día. Quizá se trata de una actitud que se corresponde con períodos de crisis, en los que el hombre necesita hallar una solución a problemas acongojantes. Para el público medio, municipal y espeso, en esas reuniones —habitación en penumbra, velador que golpea, médium que habla o escribe atolladamente mensajes del trasmundo— todo se reducía a preguntas elementales sobre cosas o amores perdidos, herencias, peleas de familia... En *Tirano Banderas* es armonía profunda y eje sin el cual la narración no se despliega.

La parte más sugerente de la novela son sus implicaciones y nexos con la realidad circundante. Cada vez veo más nitidamente una característica, la fundamental probablemente, de Ramón del Valle Inclán como escritor: Valle no es un inventor de fábula, sino un genial mixtificador de las fabulaciones ajenas. Necesita estar apoyado en algo real, ajeno, algo que está ahí, afuera, palpitante; algo que, generalmente, él mismo ha convivido como sujeto histórico y a lo que sabe vestir y poblar de resonancias nuevas. De ahí la presencia de personajes y personajillos que fueron peones de una circunstancia real y verdadera en sus páginas. Quizá el secreto último de la esperpentización radique en esa sombra evasiva de realidad. Es, y para siempre, mucho más importante y real la ficción que la realidad maltrecha que utiliza a cada paso.

Díaz Migoyo hace un largo y detenido viaje por *Tirano Banderas*. Más que un balance de reconocimientos es un catálogo de personajes que, al ser evocados, desparraman datos valiosísimos para reconstruir los caminos de la creación de Valle, sus lecturas, sus simpatías y diferencias, su capacidad de condensación o de disimulo. Así, por ejemplo, es muy atinada la observación sobre los dictadores que se esconden bajo Santos Banderas. Sin que la estampa de Porfirio Díaz se difumine, la presencia de Victoriano Huerta, de tan triste memoria, está muy bien interpretada. La identidad Filomeno Cuevas = general

Obregón debe ser perseguida con minucia. Es evidente el reflejo literario y muy clara la estimación del autor por el personaje. Para mí es indudable que Valle leyó con frecuencia y con mimo los *Ocho mil kilómetros de campaña*, de Obregón, libro del que sacó innumerables vivencias literarias.

De toda la rebusca de datos que nos brinda Díaz Migoyo, considero de la mayor importancia la identificación del pasaje, escalofriante pasaje, del niño destrozado por los cerdos, con un cuento, seguramente tradicional, de Gerardo Murillo, «El niño quindaba porai». De todos modos hay que estar muy alerta en este perfil de «reconocimientos» y no dejarnos llevar por el relámpago de luz que el encuentro con una verdad de carne y hueso nos produce. Desde los nombres de los perros (Porfirio, Merlín, tan significativos) a las posibles relaciones con la vida corriente. Creo que no es forzoso pararse a encontrar el personaje concreto. Simplemente evocan y nada más. Evocan un estilo, un clan, una forma de vida, una trascendencia poderosa. En esos casos no es alguien el que provoca la personalidad, sino la intencionalidad valleinclanesca. Esto de los «reconocimientos» es lo que ha llevado a exagerar algunos aspectos profesionalmente y, en consecuencia, a descubrir familiares mediterráneos. Tal es el caso de la relación Lope de Aguirre = Santos Banderas, que la crítica ha aireado como «descubrimiento» cuando se trata de un ambiente de lecturas generalizadas en los años primerizos del siglo, con la edición de las *Crónicas* de la conquista americana. Los comentarios más a flor de piel al aparecer *Tirano Banderas* hablaron concordemente sobre la presencia de Lope de Aguirre y su muerte en la figura del tirano. ¿Por qué lanzar las campanas al vuelo unos años después? Mejor será destacar cómo Valle emplea como soporte determinados personajes, o situaciones límite de esos personajes, para emplearlos como apoyatura de sus legítimos héroes ficticios. Alejandro Sawa no es exclusivamente Max Estrella, ni Max Estrella es todo Sawa. Se soportan y ayudan mutuamente. Lo mismo nos pasa con el presidente Madero y Ro-

que Cepeda, unidos por la base espiritista y con otras muchas manipulaciones de la realidad que Valle hace: los indios, por ejemplo, presentados como estereotipos, cuando la realidad fue muy otra, atiborrada de matices y de situaciones cambiantes. Los cuatro ministros gallegos que se recuerdan en *Las galas del difunto* lo fueron en un gabinete de Eduardo Dato en 1920, fecha que no tiene que ver con lo que ocurre en la obra. Los trucos del texto en las sucesivas apariciones son también buena prueba de cómo Valle utiliza la pequeña historia en provecho de una idea, incluso de una manía. El «Pollo de Cartagena», de *La hija del capitán*, se llamaba, en la primera versión, «Pollo del Triánón». De esta designación primera, que nos lo presentaba como asiduo a un local de ese nombre, no-cherneño, amante de la juerga y de la vida relajada, a la de «Pollo de Cartagena», hay un largo camino. Pocos saben ya que el auténtico personaje recordado en el esperpento, la víctima del famoso crimen del capitán Sánchez, llevaba, entre sus negocios, la sala de juego del Círculo Militar de Cartagena. Es necesario desentrañar las citas de Valle, sí, y cuidadosamente. Sigo pensando, cada día con más fundamento, que todo cuanto se cita en la obra esperpéntica tiene un trasfondo de verdad, aconteció de veras sobre la haz de España. Dicho de otro modo: necesitará (necesita ya) un laborioso comentario. Pero en manera alguna hemos de sobrevalorar nuestros hallazgos. Para Valle todo ese acompañamiento básico es un simple procedimiento de denuncia, de patética acusación hacia una realidad social triste y envilecida. La concreta versión documental se queda extramuros y muchas veces aparece incompleta y hasta falseada.

*Tirano Banderas* tiene ya una excelente guía para adentrarse en su complejidad y desgarrar sus conflictos. Invitación a la lectura recreadora, tan abandonada en estos tiempos de televisión, superficialidad charlatana y frívolas actitudes organizadas, e invitación certera. Ojalá no sea éste el último trabajo que los cincuenta años de la muerte de Valle nos pongan sobre la mesa. □

## RESUMEN

Para Alonso Zamora Vicente, el cincuentenario de la muerte de Valle Inclán debería servir para entrever otro Valle, un Valle más afín a la sensibilidad actual, y sin embargo, en su opinión, va a quedar ceñido a la comarca

de los clásicos. Por lo que respecta al libro comentado, considera Zamora Vicente que Tirano Banderas tiene con él una excelente guía para adentrarse en su complejidad y desgarrar sus conflictos.

Gonzalo Díaz Migoyo

*Guía de «Tirano Banderas»*

Fundamentos, Madrid, 1985. 300 páginas.

# La lógica de la literatura

Por Fernando Lázaro Carreter

*Fernando Lázaro Carreter (Zaragoza, 1923) ha sido catedrático en Salamanca y en la Autónoma de Madrid; en la actualidad es catedrático de Gramática General y Crítica Literaria en la Universidad Complutense. Es académico de número de la Academia de la Lengua y autor de trabajos sobre lingüística, literatura y poética.*

Esa obra magna de la moderna teoría de la Literatura que es *Die Logik der Dichtung*, la reciente y excelente traducción francesa acaba de procurarle un nuevo canal de difusión. Publicada por la autora la edición definitiva en 1968, fue traducida al inglés en 1973 con el título más fiel de *The Logic of Literature*, ahora alterado sin mucha justificación, porque si es cierto que de géneros trata, el empeño de Käte Hamburger consiste en definir la literatura («*Dichtung*») como categoría ontológica diversa de la realidad. Con vistas a ello parte de una caracterización del género que, según sus supuestos, representa el arte verbal con mayores títulos, el relato en tercera persona (épica) para referir a él los géneros dramático y lírico, y el cine, resueltamente incluido en el ámbito de lo literario. Y para situar en zonas fronterizas, aunque sin expulsarlas, la balada y la novela autobiográfica. De todos los otros géneros posibles —en-

sayo, historia, diversos tipos de elocuencia, etc.— nada se dice, salvo que, aunque sea mucha su belleza formal, no son literatura. Insisto, es ésta la que se intenta caracterizar —el título original lo indica— y no los géneros y sus problemas específicos, aunque haya de pasar por una consideración de algunos de ellos para alcanzar el centro de su reflexión.

Sólo muy avanzado el libro, y cuando ya estamos familiarizados con la naturaleza de la indagación, se explicita el concepto de lógica de la literatura: es, se dice, una disciplina que, en el campo de lo literario, se corresponde con la «gramática general» elaborada por Saussure, Marty, Hjelmslev, Jespersen, etc., por cuanto trata de mostrar cómo fenómenos aparentemente dispares son variantes de una misma estructura. Lo que la autora intenta es fundar el estatuto del arte verbal sobre una base lingüística: los textos artísticos pertenecen al orbe del lenguaje, y trata de hallar su especificidad dentro de él; en este sentido, el libro constituye una teoría de la literatura en cuanto lenguaje (y, por supuesto, no en cuanto arte bella).

Todo él, en efecto, consiste en una indagación de las diferencias esenciales que se observan entre el idioma cuando sirve para hablar del mundo real (el enunciado de realidad) y el que constituye o fabrica el mundo de la ficción. Porque, partiendo de la *Poética* aristotélica, Käte Hamburger limita a la «mimesis» la condición de lo literario, con un con-

cepto muy preciso de tal término que lo identifica con «poiesis»: la literatura no imita lo real, aunque lo real constituye su materia; por el contrario, construye el mundo de la ficción mediante recursos específicos. Y tal posibilidad sólo es reconocible en el relato épico en tercera persona (epopeya, novela, cuento, etc.) y en la obra dramática. Para que la literatura acoja también a la lírica (lo cual, como es bien sabido, no consintió Aristóteles), Käte Hamburger se ve forzada a un ensanchamiento del concepto que ella misma califica de «artificiosos».

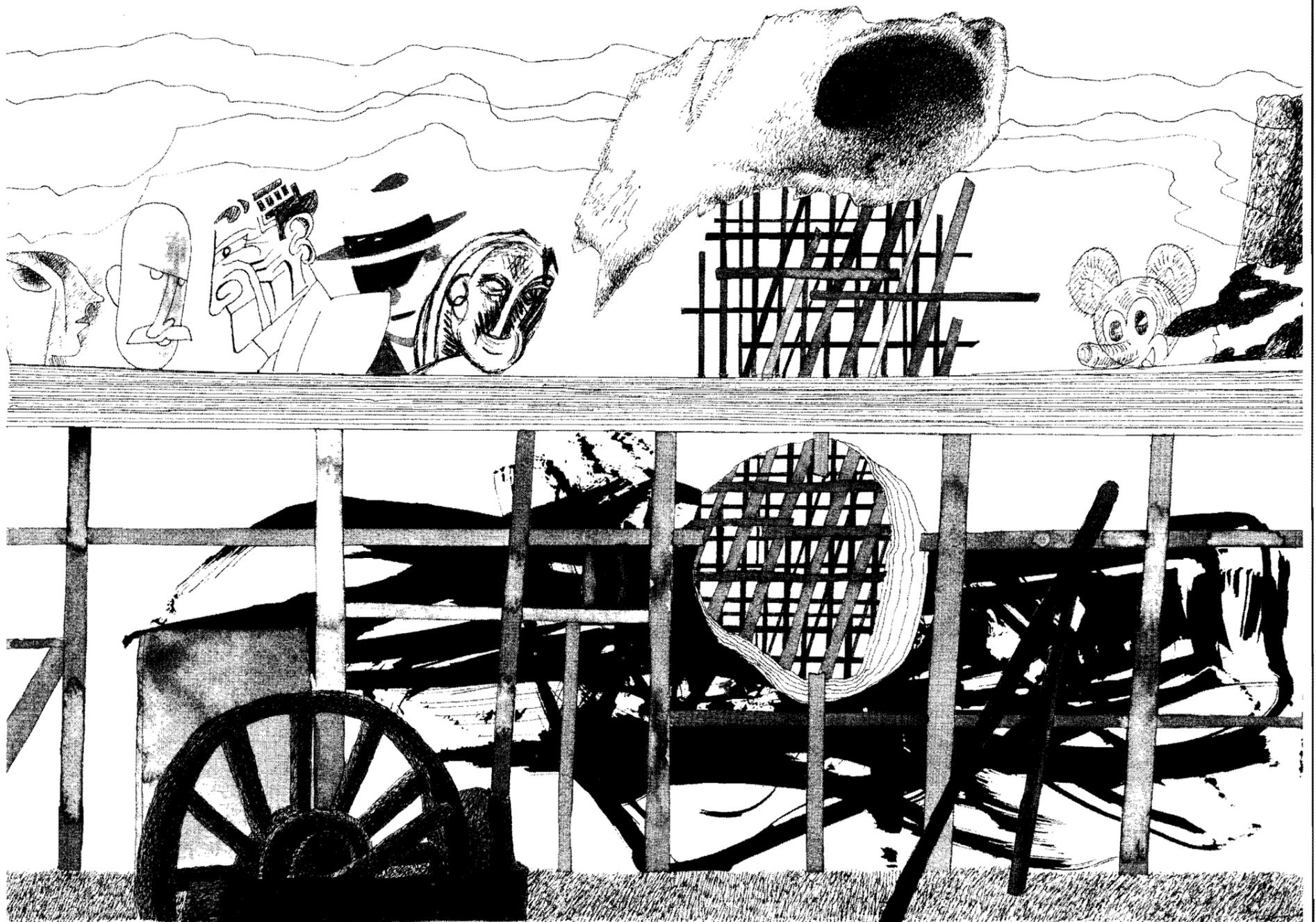
La diferencia entre los enunciados de realidad y de ficción radica en el sistema enunciativo de la lengua. El primero posee un sujeto responsable de lo que afirma, pregunta, manda o exclama. Y la enunciación puede ser de tres tipos: «histórica», cuyo sujeto está presente como «yo» que enuncia (cartas, por ejemplo); «teórica», en que no interviene la personalidad de quien enuncia (formulación de un teorema), y «pragmática», cuando el sujeto quiere algo referente al objeto de su enunciado (desea, pregunta, ordena, etc.). El enunciado de realidad no tiene fundamento en la realidad del objeto enunciado, sino en el sujeto de la enunciación (en cualquiera de sus tres tipos); de ese modo, hasta un enunciado irreal (una mentira, un error, una ensoñación) es un enunciado de realidad cuyo sujeto está siempre localizado en el tiempo y en el espacio: ambas coordenadas son la realidad «tout

court». Y de ellas, el tiempo es el factor más importante, más existencial.

## Fingiendo lo real

Pues bien, estos supuestos y otros más sutiles referentes a las nociones de «subjetividad» y «objetividad», que aquí no puedo considerar, permiten definir la literatura como un caso aparte en el sistema de la lengua. El narrador crea un mundo no «como si» fuera real (es decir, «fingiendo» lo real), sino «como» fictivo. Lo hace dándole apariencia de vida; sólo el relato puede lograrlo, porque es la única de las artes que puede presentar seres humanos poseedores de un *yo* y que, por tanto, viven, sienten, piensan, hablan y se callan. En el relato en tercera persona, la mimesis (fabricación de un mundo y no imitación del mundo) alcanza su pureza química. Y en su modo de producirse hay que examinar los peculiares modos de la enunciación y de los enunciados.

Käte Hamburger observa con extraordinaria acuidad características fundamentales de los enunciados literarios en el comportamiento del verbo, ya que él decide el «modo de ser» (y de estar) de los personajes y de los objetos por localizarlos en el tiempo, factor máximo de realidad, según hemos dicho. Y la primera conclusión sorprendente es que, en el relato,



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Viene de la página anterior



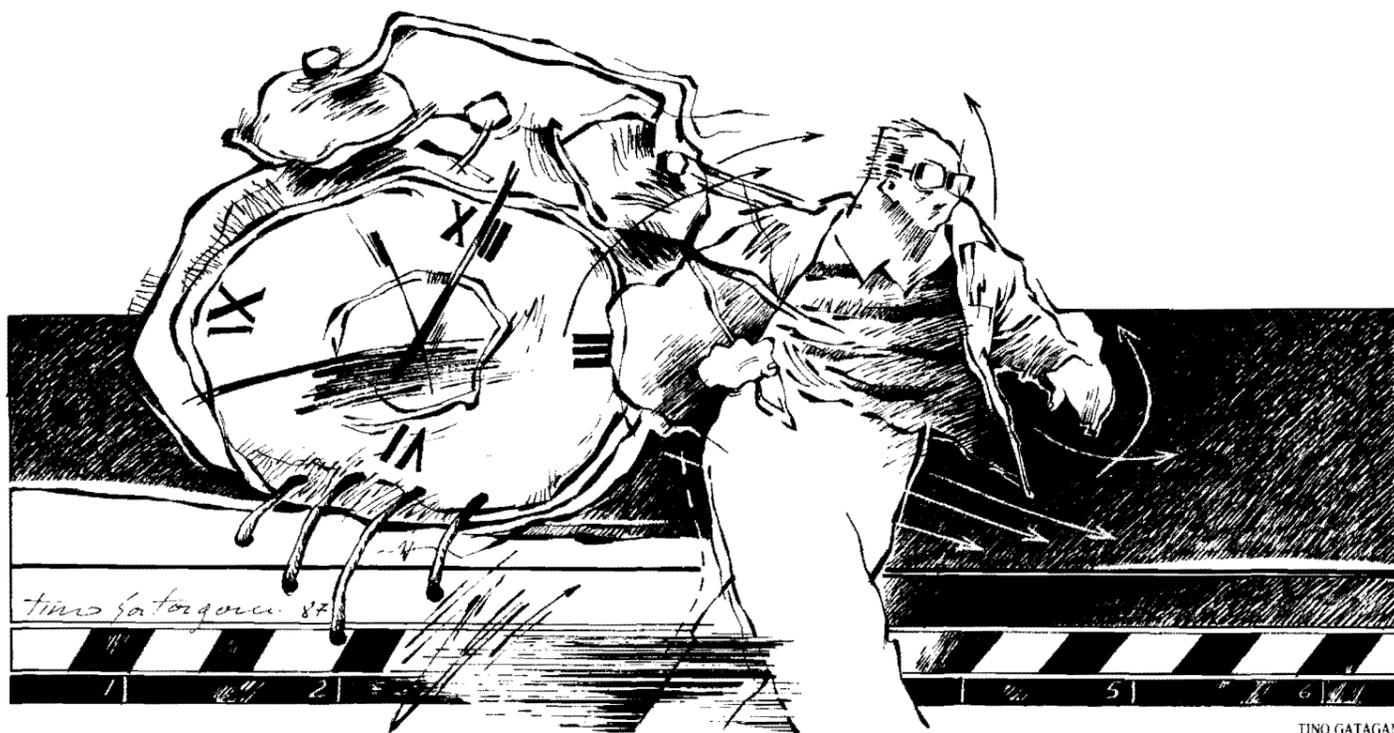
el pretérito pierde la función gramatical de señalar el pasado. La razones son complejas; en sustancia, tal pérdida se debe a que, en los textos narrativos, el «yo-origen» o sujeto de la enunciación no es el autor, sino el personaje. El tiempo se des-realiza en ellos para convertirse en un sistema autónomo, fictivo, de referencias para articular el relato; ha adquirido, por tanto, una naturaleza diferente de la que posee en el enunciado de realidad. Prueba de ello es su combinación posible con deicticos adverbiales que serían imposibles en éste del tipo: «Mañana era Navidad». El relato literario neutraliza la contradicción entre el futuro y el pretérito. Son muy brillantes las páginas dedicadas a refutar la supuesta función «presentificadora» del presente histórico: éste resulta no de un intento de hacer actual el pasado, sino del hecho de que el factor temporal «real» no actúa en la narración, y las formas verbales están disponibles para ser removidas de sus funciones. (Objeción posible: el presente histórico aparece también en los enunciados de realidad. No es suficiente el cotejo que hace de tal forma en la novela con su empleo por los historiadores.)

### Enunciados de realidad

En el enunciado de ficción es notable otra particularidad: el narrador emplea los verbos que significan procesos interiores («pensar», «creer», «sentir», etc.) de manera vedada a los enunciados de realidad. Porque, hablando de ésta, no podemos decir que una persona piensa o siente, o que una experiencia directa del sujeto, sino sólo como deducción o por testimonio del que piensa o siente. En cambio, el relato fictivo permite representar operaciones mentales en el personaje mismo, es decir, sin mediador.

En esos verbos de proceso interior se funda el estilo indirecto libre, que constituye la «prolongación última» de aquéllos. Y se confirma la destemporalización del pretérito. Käte Hamburger vuelve una y otra vez sobre esta cuestión, básica en su teoría de que, al producir la apariencia de vida, la ficción épica (y también la dramática y la cinematográfica) la arranca del tiempo y, por ello, de la realidad. Lo cual no quiere decir que la hace presente: simplemente la sume en lo atemporal. Esa atemporalidad es probada con un ejemplo de la *Zürcher Novellen*, de Keller, una de las cuales empieza así: «Hacia el fin de los años 1820, cuando la ciudad de Zurich estaba rodeada de obras fortificadas en todo su perímetro, un joven, en el centro de la ciudad, salía de su lecho...». Aparentemente se trata de una acción pensada en el pasado y contada en el pretérito. ¿Cuándo se desarrolla? A finales de la segunda década del XIX. ¿Qué se nos dice que ocurrió en esa época? La respuesta es que un joven, en el centro de la ciudad, salió de su lecho. Y ¿cuándo salió de ella? Hacia fines de los años veinte del ochocientos. Lo absurdo de estas contestaciones revela que el texto perfectamente aceptable de Keller está constituido por enunciados de ficción. Y ello porque la indicación temporal del pasado se ha reducido a nada en el sistema temporal fictivo, que, como hemos visto, es atemporal. El tiempo del relato, en efecto, con sus tres localizaciones (pasado, presente y futuro), es una creación del arte narrativo: un aspecto más de la realidad trocada en ficción. La experiencia que, como lectores, tenemos de los acontecimientos narrados corresponde a un punto cero cognoscitivo del sistema de la realidad, tal como la determinan las coordenadas del tiempo (y del espacio).

Todos estos hechos detectados en el recinto fictivo (pérdida del valor «pasado» del pretérito, posibilidad de combinarlo con adverbios de futuro, empleo de la tercera persona de verbos que significan proceso interior, y el estilo indirecto libre, como consecuencia de lo anterior) delatan una naturaleza muy diferente de la que posee el enunciado de reali-



TINO GATAGAN

dad. Pero ambos tipos de enunciados se oponen también en el hecho mismo de la enunciación, por cuanto en el relato no son sujetos de ella ni el autor ni el narrador interpuesto, sino los personajes. Son éstos, como se ha dicho, los que actúan como referencia de los índices espacio-temporales, no el autor ni el narrador. Los cuales, al carecer de tales anclajes, quedan destituidos de su función de sujeto. Este, a diferencia de lo que ocurre con el enunciado de realidad, no «habla» de personas y cosas, sino que «cuenta» personas y cosas, creándolas. Y así, mientras en el uso ordinario del lenguaje hay una relación entre el objeto narrado y la narración (que son realidades diferentes), en el relato sólo existe un nexo «funcional» (la narración crea su objeto). El narrador desaparece a medida que produce personajes, lugares, acciones y tiempos de ficción, y abdica en los primeros la función de sujeto, puesto que les cede, además, el don de pensar y hablar. Obvio es decir que, cualquiera que sea el rigor lógico con que se alcanza esta conclusión, no puede resultar más escandalosa en el marco de las copiosas y refinadas indagaciones actuales sobre la figura del narrador.

No menos chocante, si se pierde de vista el carácter lógico y no estético de la indagación, es la inclusión de la literatura dramática en la misma categoría que la narrativa. Su modo de manifestación dialógico establece, por supuesto, según Käte Hamburger, diferencias que no anulan el hecho decisivo de ser ambos resultado de un mismo «élan» creador: el de la mimesis.

El drama presenta, aún más claramente que el relato, a los personajes como sujetos de la enunciación. En él queda derogada la función narrativa y los personajes se constituyen en los diálogos, los cuales aparecen en la épica de modo fluctuante. La palabra se hace forma total, de igual modo que la piedra se convierte en estatua. Y los personajes adquieren el aspecto de personas, que el espectador está invitado a contemplar como si fueran las del mundo real. Sin embargo no lo son, sino objetos fictivos. Lo demuestra el hecho de que el espectador o lector no puede ampliar su imagen: sólo podemos saber de ellos lo que ellos mismos revelan con sus acciones y palabras. Sus enunciados son fictivos, reacios a someterse a cualquier verificación. Y precisamente porque su apariencia de realidad es mayor, manifiestan más, paradójicamente, su carácter fictivo.

El cine, al que Käte Hamburger dedica una atención lúcida, forma, con el relato y la novela, el cuerpo más conspicuo de la literatura, lógicamente considerada. Sus personajes y acciones no son identificables con los del teatro, sino que poseen una forma de existencia épica. Los razonamientos con que lo prueba poseen fuerza convincente.

Menos persuasivo es su esfuerzo por introducir el género lírico en el terreno literario que tan drásticamente ha acotado. Carente de ficción el poema, su procedimiento enunciativo también resulta diferente, pues el «yo» lírico (el del poeta) es un sujeto de enunciación, el cual no se corresponde con ninguno de los tres que vimos (histórico, teórico y prag-

mático), sino que aparece como «sujeto lírico», cuyo rasgo diferencial es que sólo funciona como sujeto de una enunciación: enuncia simplemente, sin pretender que los enunciados tengan finalidad práctica alguna en el mundo real. Fuera de esto, que es, sin embargo, tan importante, la poesía pertenece al sistema enunciativo de la lengua (con el «yo origen» en el hablante), y se separa, por tanto, del género fictivo.

Al no ir orientado el poema hacia el objeto, es decir, hacia la realidad, sus enunciaciones quedan retenidas en la esfera del sujeto; y se estructuran unas en relación con las otras, «gobernadas por el sentido que el «yo» lírico trata de expresar con ellas». En la medida en que el poeta metamorfosea con más o menos intensidad el objeto, atrayéndolo hacia sí, el sentido del poema resulta más o menos hermético. La realidad no es referida en la lírica como finalidad, sino como ocasión para los enunciados del sujeto. Y no por eso dejan de ser enunciados de realidad, directamente vinculados al «yo» lírico enunciativo. A diferencia de lo que sucede en la novela o en el drama, que seducen por el mundo que crean, el poema es una «re-experiencia» de nosotros mismos.

### La linde de lo literario

Provocativa es también la reflexión de Käte Hamburger sobre el relato autobiográfico, que opone radicalmente al narrado en tercera persona, y que sitúa en la linde ya de lo literario. En efecto, el sujeto de tales narraciones pretende ser un «yo» histórico; cuenta lo que ha vivido y lo presenta como verdadero. Es «fingimiento» y no «ficción». Y a diferencia del relato en tercera persona, posee un verdadero narrador, al que están vedadas las operaciones característicamente miméticas. Sólo puede hablar de los otros personajes como objetos; le resulta imposible sacarlos del campo de su experiencia propia; su «yo origen» está siempre presente y todo debe a él su existencia. Además, varias formas lingüísticas de la ficcionalización no pueden penetrar en esta clase de relatos (al que, obvio es decirlo, pertenecen las novelas picarescas). Así, están excluidos en ellos los verbos de proceso interior atribuido a terceros, el estilo indirecto libre, el diálogo entre personajes si no es con el narrador, etc.

Ya he anunciado que era sumamente difícil condensar un pensamiento tan complejo

y, a veces, tan arduo como es el del presente libro, que no ahorra las reiteraciones, los excursos y, a veces, cierta germánica aversión a lo nítido. La autora no realiza, en muchas partes, la necesaria poda de sus tanteos privados para llegar a conclusiones claras; aunque éstas llegan, en ocasiones, cuando ya no se esperan. A cambio, las ejemplificaciones, muy abundantes, constituyen apacibles remansos transparentes.

Su objetivo, verdaderamente digno de gratitud por parte de quienes nos ocupamos de Poética, es negar la verdad de aquella conocida aserción de Hegel según la cual, en la literatura, «el arte comienza a disolverse y alcanza, desde el punto de vista del conocimiento filosófico, un punto de transición (...) hacia la prosa del pensamiento científico». Como tal disolución podría justificarse por el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre con las otras artes, su material, el lenguaje, es el mismo en los usos artísticos y no artísticos, Käte Hamburger postula y prueba que, en la literatura, el idioma desarrolla propiedades que lo caracterizan absolutamente.

Para ello la encierra dentro de los límites estrictos de la mimesis como creación de mundos fictivos, aunque dejando apartado, con gestos de sospecha, el relato autobiográfico. Por contra, la poesía, género no fictivo, es introducida en el recinto literario porque, a pesar de que su lenguaje corresponde a la estructura enunciativa ordinaria, se somete a un «yo» lírico que le impone la renuncia a actuar en un contexto de realidad.

Esta aplicación de dos principios diferentes, y hasta opuestos, para caracterizar enunciativamente lo literario, no deja de suscitar alguna duda. Que el enunciado fictivo no funcione en el mundo real porque no puede (ya que es otra cosa), y que el enunciado lírico no funcione porque no quiere (aunque es de la misma naturaleza enunciativa), parece fundamento escaso para constituir sobre tales principios el carácter lógico de la literatura, limitada, además, a esos dos géneros. Virtud del libro es, sin embargo, la férrea argumentación con que, de esos principios, se llega a conclusiones que, unas veces, esclarecen potentemente los fenómenos literarios y, otras, obligan a plantearse los a una nueva luz.

En cualquier caso, lo hemos dicho al principio, esta obra no es de las que se publican en vano, y los estudiosos del arte literario hallarán en sus páginas muchos incentivos para meditar sobre los fundamentos esenciales de su disciplina. □

### RESUMEN

El empeño de la autora de esta obra, comenta Fernando Lázaro Carreter, consiste en definir la literatura como categoría ontológica diversa de la realidad. Lo que la autora

intenta es fundar el estatuto del arte verbal sobre una base lingüística: los textos artísticos pertenecen al orbe del lenguaje, y trata de hallar su especificidad dentro de él.

### Käte Hamburger

*Logique des genres littéraires*

Seuil, París, 1986. 307 páginas.

# Reflexiones en torno al legado Barbieri

Por Claudio Prieto

*Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934) ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía» de Composición Musical y el de Radio Televisión Italiana.*

Han sido más de cincuenta años los que Francisco Asenjo Barbieri (Madrid, 1823-1894) dedicó a una exhaustiva labor de investigación y recopilación de documentos y datos sobre la música española y sus protagonistas más directos. Toda una vida, como se suele decir, inmerso en la búsqueda de lo que debía constituir una obra básica de la historia musical de nuestro país que obedeciera a unos criterios documentales rigurosos. Esta faceta de Barbieri era conocida y respetada dentro y fuera de nuestras fronteras pero, curiosamente, Barbieri debe su enorme popularidad a la creación musical, a sus zarzuelas —de las que, a modo de ejemplo, podríamos citar «Jugar con fuego», «Pan y toros», «Los diamantes de la Corona», «El marqués de Caravaca» y «El barberillo de Lavapiés».

Sin embargo, es su labor como musicólogo la que se ha querido significar cuando el pasado año se saludaba y aplaudía la feliz idea de la publicación del primer volumen del *Legado Barbieri*, que aparece bajo el título *Biografías y documentos sobre música y músicos españoles*, de Francisco Asenjo Barbieri.

Este legado, cuya edición ha corrido a cargo del profesor Emilio Casares, catedrático de Musicología de la Universidad de Oviedo, y bajo el patrocinio de la Fundación Banco Exterior, se nos presenta como una especie de homenaje a la memoria del Barbieri humanista e historiador precisamente cuando está próximo a cumplirse el centenario de su muerte.

El profesor Robert Stevenson, de la Universidad de California, apunta en el prólogo un hecho que puede explicar por qué no ha trascendido la fama de Barbieri como historiógrafo en la misma medida que lo ha hecho como compositor. Para ello, Stevenson se basa en el escepticismo que siempre ha existido en Europa ante el binomio compositor-musicólogo o viceversa, el cual ambas profesiones son más o menos incompatibles y el prestigio como compositor puede perjudicar al de musicólogo, especialmente si nos situamos frente al gran número de auténticos eruditos que ha dado Europa en materia musicológica. No olvidemos que Europa tiene una larga tradición en investigaciones musicológicas, de tal suerte que hoy existen estudios, generales o parciales, tanto de movimientos musicales como de los músicos que las protagonizaron a lo largo de su historia, mientras en España, por mucho que nos duela decirlo, carecemos de esa tradición que nos podría abrir las puertas del prestigio mundial. Me atrevo, por tanto, a sumar esta última circunstancia a la observación hecha por el profesor Stevenson, aun teniendo en cuenta que, en el caso que nos ocupa, la fama de Barbieri y, más concretamente, la fama que cosechó su biblioteca, de todos reconocida como una de las más importantes del siglo XIX,

hiciera que muchos estudiosos —españoles y europeos— acudieran a él para consultarle datos o plantearle dudas.

Prácticamente hasta el siglo XIX no aparecen en España los estudios sobre música y, cuando lo hacen, no se presentan con auténtico espíritu musicológico —es decir, el análisis de las obras que nos dejaron nuestros antepasados—, sino con espíritu historiador. Así lo señala el profesor José López-Caló, de la Universidad de Santiago de Compostela, en su estudio sobre «Barbieri y la historiografía de la música española», que precede a la «introducción» al legado realizado por Casares.

López-Caló contraponen la rigurosidad histórica que caracteriza a Barbieri frente a las carencias que, en este sentido, muestran José Teixidor, Mariano Soriano Fuertes, Baltasar Saldoni e Hilarion Eslava en sus respectivos escritos. Efectivamente, es de resaltar que Barbieri siempre nos ofrece datos absolutamente fidedignos, ya que están todos confirmados en las fuentes originales y nunca aporta información que sea mero objeto de sus especulaciones o hipótesis. No obstante, y volviendo al tema anterior, Barbieri tampoco escapa a ese espíritu puramente historiador, e incomprensiblemente el legado no nos permite suponer que estuviera interesado en analizar las partituras que sin duda encontró en los archivos y cuyos autores aparecen en sus apuntes. En este sentido estoy completamente de acuerdo con la opinión de López-Caló respecto a las lagunas que, desde un punto de vista actual, tiene este primer volumen del legado: por una parte, la ya mencionada ausencia de análisis musical y, por otra, la enorme cantidad de datos recopilados de forma desigual, que me han dejado la impresión, tras una lectura detallada, de carecer de una unidad concreta establecida en torno a un objetivo claramente definido. Así, por ejemplo, en muchos casos sólo aporta pequeños datos de pagos concedidos a seises, capellanes, ministriles, festeros de iglesias, atabaleros y un largo etcétera de diversos oficios que ofrecen poco o nulo interés a la historia de la música. En otras ocasiones nos encontramos con maestros de capilla, compositores, cantores, organistas, etc., de los que hace poco más que mención, debido, probablemente, a que no pudo conseguir más documentación sobre ellos.

Esto no resta, en modo alguno, importancia al valiosísimo legado que Barbieri quiso transmitir, máxime si lo situamos dentro de su contexto, en el que, salvo contadas excepciones, el criterio musicológico generalizado en España respondía a unas pautas claramente historiográficas, como ya he señalado. En todos los casos que podría citar sería difícil encontrar alguno que se hubiera sumado con plenitud a las corrientes europeas de investigación musical. Esto no es sólo achacable al maestro Barbieri, sino a toda una generación que, sin embargo —y justo es decirlo—, puso en marcha la musicología española.

Debo insistir en que Barbieri tuvo especial cuidado en citar al pie de cada documento todos los detalles que aludían a su procedencia, lo cual le hace no sólo absolutamente fiable, sino también merecedor de nuestra admiración y gratitud, ya que es muy probable que nadie se hubiera planteado semejante recopilación procedente de puntos tan dispersos y, o bien hubiera quedado sin salir a la luz o incluso se hubiera perdido.



Francisco Asenjo Barbieri

Antes de pasar al legado propiamente dicho, Emilio Casares hace una interesantísima introducción en la que pone de relieve la enorme importancia de Barbieri en el terreno de la investigación musical, resaltando la estima en que se tenían sus opiniones y estudios y la enorme preocupación por cimentar todas sus afirmaciones con los documentos originales. El mismo Barbieri, bastante consciente de que historiadores como Soriano, Eslava o Saldoni no acudían a las fuentes de primerísima mano y, por tanto, deslizaban muchos errores en sus datos, no se priva en absoluto de criticarles y corregirlos de manera ostensible, como puede verse en alguna de las biografías que forman el legado.

Casares, por otra parte, hace una detallada enumeración de los conjuntos de carpetas que Barbieri legó a la Biblioteca Nacional poco antes de su muerte, y en especial de las veintiocho carpetas que constituyen el apartado de «Biografías de músicos españoles» que integran este primer volumen, así como una descripción en cuanto a su orden en los manuscritos. Aporta, asimismo, observaciones muy significativas respecto a las intenciones que Barbieri pudiera albergar al coleccionar estos documentos, además de una relación de las fuentes a las que acudió, y finalmente los criterios que se han seguido para la edición de este primer volumen del *Legado Barbieri*.

La obra consta de tres apartados: en el primero se incluyen todas las biografías, que ya han quedado descritas en párrafos anteriores; el segundo consiste en una relación de los lugares a los que Barbieri acudió o de los que solicitó información y lo que cada archivo contenía; el tercero, por último, es el denominado «Apéndices», en los que aparecen personajes no relacionados con la música y músicos extranjeros a los que Barbieri cita, y una relación de canónigos y racioneros de la catedral de Toledo, de quienes no consta su dedicación musical y que aparecen documentados por Barbieri.

En algunas ocasiones encontramos un nombre tan sólo citado y acompañado de un asterisco. Estos personajes, como ya nos lo anuncia Casares, formarán parte de un próximo volumen dedicado a la correspondencia que con ellos mantuvo Barbieri. En ella se dan cita compañeros de profesión, amigos, familiares..., una larga lista de nombres entre los que podríamos entresacar: Baltasar Saldoni, José Foradada Salvador, Mariano Téllez Girón, Pedro Sarmiento, Pedro Herrero, Blas Hernández, Leandro Ruiz, Joaquín Gaztambide, Emilio Mayquez, Ramona de la Sierra, etcétera.

Hasta aquí, un breve recorrido por la obra. Pero ahora cabe preguntarse: ¿cuál es el contexto actual en el que aparece este legado?, ¿se encuentra perfectamente arropado dentro de los frutos de una investigación habitual, común y extendida? Obviamente, me encantaría responder con un sí rotundo, pero eso sería faltar en algunos aspectos a la verdad. Si retrocedemos en el tiempo y observamos el panorama existente en el siglo XIX, contabilizaríamos no más de una veintena de estudiosos de la música, de los que tan sólo han tenido verdadera trascendencia para nosotros las obras de seis o siete autores. Si pudiéramos coger ese panorama y calcarlo ahora, cuando han transcurrido cien años, encon-

traríamos una cifra próxima a las cincuenta personas que de forma más o menos habitual realizan estudios y los publican. Evidentemente, y teniendo en cuenta nuestra falta de tradición en tales menesteres, el avance ha sido importante. En los últimos años se han sentido las bases para que la musicología española pueda empezar a caminar a un ritmo que la sitúe a la altura de otras ciencias de investigación. Tanto en la Universidad como en el Conservatorio existen cátedras de Musicología que ofrecen esta posibilidad, y ya hay varios centros dedicados a recoger, clasificar y catalogar documentación musical. Si estas bases dan los frutos que serían deseables o no, es algo que tenemos que dejar necesariamente en manos del futuro, pero lo cierto es que, a punto de concluir nuestro ajetreado siglo XX, uno se encuentra con que al campo de la musicología española le falta aún mucho por abonar.

Es cierto que existe un número considerable de firmas cotidianas entre nosotros, muchas de ellas surgidas en la última década, mas un rápido vistazo nos indicaría que se funciona siempre en el terreno de lo individual. Y tal vez sea aquí donde radique uno de los aspectos del problema, porque la investigación, cuando está concebida en base a individualidades, comporta muchas limitaciones. Esto queda bastante claro cuando hablamos de materias como medicina, química, física o biología, donde cada vez existe una tendencia más acusada a trabajar en equipos coordinados entre sí. Esto mismo sería deseable cuando de musicología se trata, aunque no es menos cierto que la propia idiosincrasia del pueblo español —y no quiero caer en eufemismos— no se muestra muy dada a las actividades cooperacionales. A pesar de ello, no quiero dejar en el tintero esta observación, ahora que nos encontramos en la cimentación de este singular edificio.

He querido dejar para el final el comentario de lo que todavía hoy es una de las mayores lagunas en la musicología. En un curioso baile de términos, el concepto de musicología parece quedar en condición de sinónimo con el de historiografía, siendo en realidad bastante distintos. Como ya apuntaba al tratar la obra de Barbieri, lo que verdaderamente proliferaba en su época eran estudios historiográficos sobre música y no musicológicos. Incomprensiblemente, salvando contadas excepciones, en la actualidad se sigue una pauta similar que da como resultado la carencia de análisis detallados de las partituras que llegan hasta nosotros. Podemos conocer, sí, la vida de los compositores, sus pensamientos, triunfos y fracasos, incluso en sus detalles más íntimos, pero si por algo los compositores llenan páginas de la historia —antigua o contemporánea— es precisamente por sus obras. La musicología en su sentido más purista debe preocuparse de analizar esas sonatas, sinfonías, cantatas, óperas y tantas otras piezas que son las que verdaderamente forman nuestro legado musical.

Historiografía y Musicología deben recorrer caminos paralelos y complementarse mutuamente para obtener los resultados más satisfactorios. Barbieri escogió la primera y nos ha dejado, sin el menor equívoco, un trabajo digno de los mejores aplausos. Un valiosísimo ejemplar para los estudiosos de la música. □

## RESUMEN

*Aunque la popularidad le venga por sus composiciones musicales, Barbieri llevó a cabo una importante labor como musicólogo, recogiendo documentos y datos sobre la música*

*española y sus protagonistas. Este material es comentado por Claudio Prieto, quien reflexiona además sobre historiografía y musicología.*

Francisco Asenjo Barbieri

*Biografías y documentos sobre música y músicos españoles (Legado Barbieri, I)*

Ed. Emilio Casares, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1986. 640 páginas.

## En el próximo número

Artículos de José Ferrater Mora, Francisco García Olmedo, Miguel Querol, Manuel Alvar, José María Martínez Cachero, Olegario González de Cardedal y Domingo García-Sabell.

## El principio antrópico

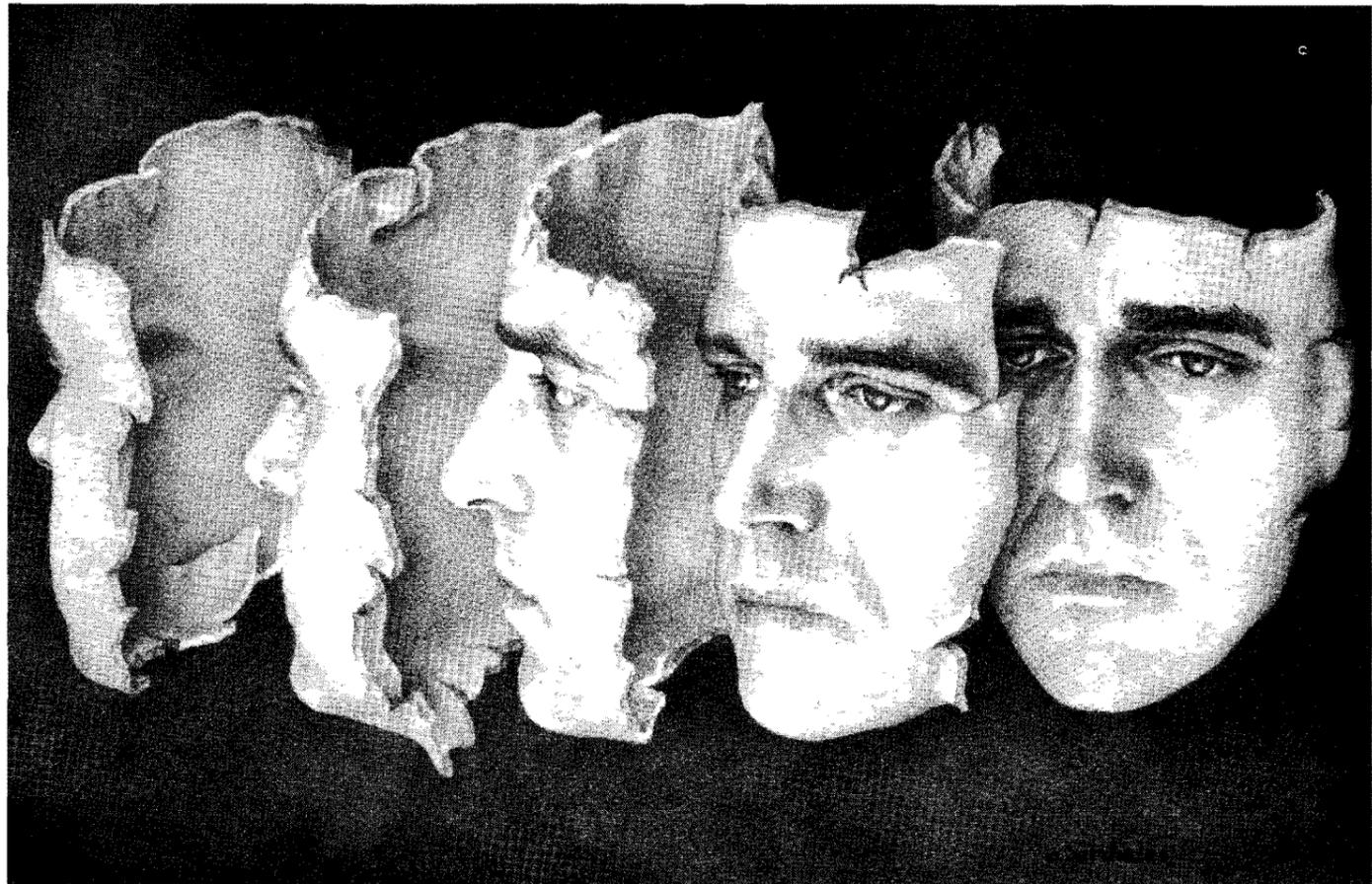
Por José Ferrater Mora

José Ferrater Mora (Barcelona, 1912) ha sido profesor de Filosofía en Estados Unidos, país en el que reside. Es autor de diversos trabajos filosóficos como *Diccionario de filosofía*, *El ser y la muerte: bosquejo de filosofía integracionista*, *La filosofía actual*, *Fundamentos de filosofía*, *Modos de hacer filosofía*, *Unamuno: bosquejo de una filosofía y Ventana al mundo*. Entre sus libros literarios figuran *el de relatos* *Voltaire en Nueva York* y *las novelas* *Claudia, mi Claudia* y *Hecho en Corona*.

Hace aproximadamente medio siglo era común entre muchos pensadores alemanes —incluyendo los mejores— plantearse los problemas filosóficos históricamente «ab ovo»; fuera cual fuese la cuestión suscitada —la posibilidad del conocimiento, la relación entre hechos y valores, los diversos modos de decir que algo existe o no existe—, parecía obligado empezar por lo menos con Tales de Mileto, si no con los babilonios y los egipcios. Como desde aquellas remotas épocas ha pasado mucho tiempo y han florecido entretanto innumerables doctrinas, los libros de los filósofos aludidos tendían a la obesidad. Al final, ya no quedaba mucho espacio para ocuparse del problema capital por ventura elegido y había que tratarlo un poco a la carrera, prometiendo un nuevo volumen sobre «el estado (actual) de la cuestión».

La obra de los profesores Barrow y Tipler sobre «el principio cosmológico antrópico» —o, simplemente, «el principio antrópico»— recuerda no poco aquellas superproducciones teutónicas. En todo caso, participa de ellas en lo que toca a la abundancia de fuentes.

Por ejemplo, los autores se dan cuenta desde el comienzo de que los argumentos en favor del principio antrópico no son ajenos a los que formularon en el pasado los partidarios de la llamada «prueba [de la existencia de Dios] por el designio» (o «propósito»). Estos argumentos dependen, a su vez, de muchos de los razonamientos de tipo «teleológico». En vista de ello, dedican casi cien nutridas páginas a la historia de dichos argumentos a partir de Anaxágoras y no paran hasta llegar a Teilhard de Chardin y a sus especulaciones sobre el «Punto Omega». La historia que relatan es lo bastante detallada para incluir un estudio especial de las varias relaciones en pasados siglos entre «el argumento por el designio» y el «argumento cosmológico»,



ALBERTO URDIALES

así como una sección sobre las formas que dichos argumentos han adoptado en las religiones y las filosofías no occidentales: maya, sumeria, egipcia, bantú, persa, china, etc.—. Pero aun limitándose al «Occidente», figuran en esta historia numerosos autores que no es fácil rastrear inclusive en repertorios históricos especializados. ¿Quién, hoy día, recuerda a Paul Janet y su otrora famoso libro sobre (o, más bien, contra) «las causas finales»? Barrow y Tipler se encargan de refrescarnos la memoria. Por si fuera poco, traen a colación «argumentos» que van más allá de la mera apelación a un «designio cósmico» o a una «causa final última». Muestra de ello es su referencia a Bernardín de Saint-Pierre y sus desconcertantes tesis, como la de que «los perros son, por lo común, de uno de dos colores opuestos, uno claro y el otro oscuro, con el fin de que, cuando están en la casa, se pueda

distinguirlos de los muebles, con cuyo color podrían confundirse». La cita procede del aludido libro de Pierre Janet, pero Barrow y Tipler han preparado cuidadosamente su lección: en una nota (n.º 187, pág. 119) citan directamente de la página 495 de los *Etudes de la Nature*, de Bernardín de Saint-Pierre, donde este autor ultra-finalista «formula un memorable enunciado de lo que cabría llamar “antiselección”: “las pulgas saltan sobre colores blancos; es un instinto que se les ha dado con el fin de que podamos eliminarlas más fácilmente”». Cabe preguntar por qué, dada la notoria simpatía de los autores del libro aquí comentado por autores que han elaborado argumentos de tipo «teleológico» y «cosmológico», mencionan ejemplos que, como apuntó ya Paul Janet, parecen destinados únicamente a desacreditar las teorías que, en principio, tenían que apoyar, pero ello muestra únicamente la «Gründlichkeit» de nuestros autores, los cuales, por lo demás, saben perfectamente que se pueden encontrar ejemplos capaces de ridiculizar «cualesquiera» teorías.

La «Gründlichkeit» —traduzcamos, la «exhaustividad»— de referencia no es menor, sino mayor aún, en lo que concierne a desarrollos científicos —físicos, cosmológicos, biológicos, informáticos, etc.— contemporáneos. Las más que 700 generosas páginas de *El principio cosmológico antrópico* son casi una enciclopedia científica donde pueden encontrarse, entre otras cosas, datos muy detallados sobre la hipótesis de Dirac (la «hipótesis de los números muy elevados»), las leyes

de la física, las fuerzas nucleares, la formación de las estrellas, los agujeros negros, las teorías sobre la unificación de fuerzas, las condiciones límite antes de la Explosión Primigenia, las varias interpretaciones de la mecánica cuántica, la idea de una multiplicidad de universos, la relación entre masa y gravedad, las propiedades bioquímicas de la vida biológica, la probabilidad (o improbabilidad) de vida inteligente extraterrestre, las peculiarísimas características del hidrógeno y del oxígeno y, «last, but not least», el futuro del universo (incluyendo una historia de las doctrinas sobre tal futuro) y «el estado final del universo». Uno se pregunta si no hubiera sido mejor ordenar todos esos datos por temas, o hasta alfabéticamente, y presentarlos bajo la forma de un «Tratado (o un Diccionario) de cosmología y ciencias afines», pero la intención de los autores no ha sido obviamente la de inventariar conocimientos, sino la de manipularlos con el fin de mostrar hasta qué punto «el principio antrópico» está íntimamente ligado con lo que se sabe sobre lo que ha sido, es y posiblemente será el cosmos.

Decimos «el principio antrópico», pero ya desde muy pronto se nos pone de relieve que la fórmula propuesta por Brandon Carter, a quien se debe tal expresión, es decir, que «nuestra posición en el universo es necesariamente privilegiada en la medida en que es compatible con nuestra existencia en tanto que observadores», es unilateral o insuficiente (o



### En este número

#### Artículos de

|                         |     |                         |       |
|-------------------------|-----|-------------------------|-------|
| José Ferrater Mora      | 1-2 | J. M. Martínez Cachero  | 8-9   |
| Francisco García Olmedo | 3   | Olegario G. de Cardedal | 10-11 |
| Miguel Querol           | 4-5 | Domingo García-Sabell   | 12    |
| Manuel Alvar            | 6-7 |                         |       |

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## El principio antrópico

ambas cosas a la vez). Hay, en rigor, según los autores del libro comentado, cuatro posibles definiciones del supuesto principio antrópico, al punto de resultar cuatro versiones de dicho principio o, si se quiere, cuatro «principios». Son las siguientes:

«Principio antrópico débil» (abreviemos PAD), el cual reza como sigue: «No todos los valores observados de todas las cantidades físicas y cosmológicas son igualmente probables, sino que más bien toman valores restringidos por la estipulación de que existen lugares donde la vida basada en el carbono puede evolucionar y por la estipulación de que el universo haya durado el tiempo suficiente a tal efecto.»

«Principio antrópico fuerte» (abreviemos PAF), según el cual «el universo ha de poseer las propiedades necesarias para permitir que en alguna fase de su historia se desarrolle la vida [biológica].»

«Principio antrópico participatorio» (abreviemos PAP), en el que se afirma que «los observadores son necesarios para la existencia de un universo.»

«Principio antrópico último» (abreviemos PAU; literalmente es «principio antrópico final», pero usamos «último» para poder distinguir entre la abreviatura de la segunda versión y la de la versión cuarta), según el cual «tiene que emerger en el universo el proceso informativo de carácter inteligente y, una vez aparecido, no perecer ya nunca más.»

### Diferentes versiones

Como ocurre a menudo cuando se tejen diferentes versiones de un mismo principio, no es siempre fácil distinguir entre ellas, especialmente entre las dos más próximas (primera y segunda, segunda y tercera, tercera y cuarta). Así, la diferencia entre PAD y PAF puede parecer meramente verbal hasta el momento en que se advierte que es una diferencia entre un enunciado no modal y otro que incorpora una modalidad («ha de poseer», «es necesario que posea», etc.). A la vez, se puede entender de

varios modos una de las versiones hasta obtener una interpretación equivalente a otra. Así, y como los propios autores indican, PAF es interpretable como: (A) «Existe un universo posible "armado" con el fin de engendrar y mantener a "observadores";» (B) «los observadores son necesarios con el fin de que exista el universo»; y (C) «es necesario un conjunto de otros universos para la existencia de nuestro universo». La interpretación (B) de PAF es prácticamente equivalente a PAP, y la versión (C) es prácticamente equivalente a PAU.

Es siempre un tanto injusto examinar un libro que contiene miles de datos y centenares de argumentos en unas cuantas páginas, pero a veces esta injusticia responde a una necesidad: la de destacar lo realmente esencial en la obra.

A la postre, todo gira en torno a la mayor o menor «fuerza» o alcance que se otorgue al principio (o principios) de que se ha estado hablando. Pero entonces el resultado obtenido es un poco descorazonador —cabe preguntarse si toda esa «Gründlichkeit» no serán las clásicas penas de amor perdidas y si unas cuantas páginas de análisis un tanto apretado no llegarían tan al fondo del asunto como esas interminables y desesperadas brazadas en un océano de datos y discusiones.

En efecto, la versión débil del principio no ofrece grandes dificultades, pero sólo en la medida en que se advierte que es perfectamente trivial. El PAD no dice, en el fondo, más que esto: si estamos aquí, y hasta si somos los únicos seres inteligentes que cabe rastrear en el universo, es porque se han dado las condiciones necesarias y suficientes para que así sea. Es un poco como explicar por qué una piedra lanzada al azar sobre un campo cae sobre un lugar determinado; es porque la fuerza impresa a la piedra, el tamaño y peso de ésta, la resistencia del aire, la ley de gravedad, etc., han «conspirado» para que haya caído donde ha caído. Con el PAD no decimos, pues, más que «lo que fue, fue», y acaso también, como en la cancioncilla famosa, «lo que será, será». No necesitamos grandes andan-

zas por el laberinto de la física, la cosmología, la biología y la informática.

Por su parte, la versión última del principio es tan especulativa que, por lo menos en el estado presente de los conocimientos científicos, no hay modo ni de comprobarla ni de falsarla. Algo semejante le ocurre a la versión participatoria, a menos que ésta se haga tan «débil» que equivalga, paradójicamente, a la versión fuerte. Para seguir recurriendo a las abreviaturas, PAU está por el momento (y es bastante probable que así siga por mucho tiempo, si no para siempre) fuera de nuestro alcance, y PAP se halla en las mismas condiciones a menos de atenuar su fuerza y alcance y hacerla coincidir con PAF.

### Principio fuerte

El problema es, pues, el de PAF o principio antrópico fuerte. Que es realmente un problema se halla testimoniado por la muy variada actitud al respecto de muchos físicos y cosmólogos. Algunos, como los autores de la obra comentada, no solamente afirman que es posible corroborar PAF, sino que está, de hecho, corroborado, y lo está, además, desde muy distintos puntos de vista —una gran parte de las susodichas 700 amplias páginas están consagradas a tratar de probar este aserto—. Otros, en cambio, mantienen que la información de que disponemos no corrobo-

ra en modo alguno PAF, de modo que cabe descartarlo por completo. Finalmente, otros indican que hay un desenchaje completo entre PAF y cualesquiera datos y argumentos que puedan entresacarse, o inferirse, de los resultados de la física y la cosmología actuales. PAF no es, como ocurre con PAD, trivial, pero no tiene mucha (acaso ninguna) relación con la realidad a la cual aspira a aplicarse.

Si el lector quiere saber la opinión del reseñador al respecto, diré acto seguido que coincide con la de los últimos autores aludidos. Pero con esto todavía no se ha probado nada; habría que examinar esta opinión, así como la de los demás autores, a fondo, y es seguro que para esto se necesitan más de media docena de páginas. Pero esto quiere decir que las 700 páginas de Barrow y Tipler no son enteramente inútiles. Hay cuestiones que, mírese por donde se mire, no se esforzará nunca por completo, y la que suscita el «principio antrópico» es una de ellas. Acaso sean sólo los seres titulados «inteligentes» quienes se pregunten por qué y para qué organismos dotados de la capacidad de reflexionar sobre sí mismos y sobre el mundo han aparecido, y si hay muchos de tales seres repartidos a lo largo y ancho del cosmos, o si se restringen a quienes han ocupado (y, en parte, expoliado) la faz de la tierra. Pero es comprensible porque, de todos modos, la cosa sigue siendo, si se permite un término anti-científico (y hasta anti-filosófico), un misterio. □

### RESUMEN

En esta voluminosa enciclopedia científica, que esto es, en opinión del profesor Ferrater Mora, el libro del que se ocupa, sus autores no han tenido la intención de inventa-

riar todos los conocimientos, sino la de manipularlos con el fin de mostrar hasta qué punto «el principio antrópico» está íntimamente ligado con lo que ha sido, es y será el cosmos.

John D. Barrow & Frank J. Tipler

*The Anthropic Cosmological Principle*

Clarendon Press, Oxford, 1986. XX + 706 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|   | <i>Págs.</i> |
|---|--------------|
| «El principio antrópico», por José Ferrater Mora, sobre el libro <i>The Anthropic Cosmological Principle</i> , de John D. Barrow y Frank J. Tipler          | 1-2          |
| «Después de Asilomar», por Francisco García Olmedo, sobre el libro <i>Biotechnology. An Industry Comes of Age</i> , de Steve Olson                          | 3            |
| «Una capilla de música en el XVII», por Miguel Querol, sobre el libro <i>La música a la catedral de Barcelona durant el segle XVII</i> , de José Pavía Simó | 4-5          |
| «Vidas menudas de Castilla», por Manuel Alvar, sobre el libro <i>Castilla habla</i> , de Miguel Delibes   | 6-7          |
| «Las seis vidas de Roque Fernández», por José María Martínez Cachero, sobre el libro <i>Roque Six</i> , de José López Rubio                                 | 8-9          |
| «Realidad, mundo, Dios», por Olegario González de Cardedal, sobre el libro <i>Teología de la creación</i> , de Juan Luis Ruiz de la Peña                    | 10-11        |
| «España en su propia esencia», por Domingo García-Sabell, sobre el libro <i>Historia crítica del pensamiento español</i> , de José Luis Abellán             | 12           |

# Después de Asilomar

Por Francisco García Olmedo

*Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid. Ha sido Honorary Fellow y profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota (Estados Unidos). Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas, tema sobre el que ha publicado cerca de un centenar de trabajos.*

Un problema no resuelto en las sociedades democráticas avanzadas es el de la participación del ciudadano en los procesos de decisión relativos a cuestiones complejas, cuya plena comprensión requiere un alto grado de especialización y cuya trascendencia hace desaconsejable su adscripción al coto exclusivo de los especialistas. Tal puede ser el caso de algunos aspectos de la investigación científica y técnica que potencialmente comportan algunos riesgos para la salud pública o para el medio ambiente.

Los tímidos intentos por alcanzar el objetivo utópico de la plena información han pasado a menudo por la elaboración de textos de enlace, a partir de las fuentes primarias, cuyo principal destinatario es el ciudadano culto. Es éste el caso del libro que aquí traemos a la atención del lector, recientemente publicado por el divulgador profesional Steve Olson bajo el patrocinio de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. El libro es esencialmente una síntesis de los asuntos tratados y de las conclusiones alcanzadas en una reunión que para analizar el estado actual de la Biotecnología fue convocada por dicha institución en febrero de 1985, con motivo del décimo aniversario de la controvertida Conferencia de Asilomar.

## El miedo a la nueva Biología

En julio de 1974, un grupo de relevantes científicos, encabezados por Paul Berg, dirigió una carta abierta a la comunidad científica (1) proponiendo un moratorium voluntario para ciertos experimentos de recombinación de DNA «in vitro», en espera de que se pudiesen estimar sus posibles riesgos y establecer las normas de seguridad apropiadas para su realización. Pocos meses más tarde, en febrero de 1975, la citada Academia convocó a más de un centenar de científicos, junto con varios juristas y periodistas, en una capilla convertida en el centro de reuniones de Asilomar, California. Se trató de estimar los riesgos potenciales de los distintos tipos de experimentos y señalar las características que se deberían incorporar a unas eventuales normas de seguridad (2). El primer borrador de dichas normas, que fue elaborado dentro del mismo año, provocó una considerable controversia, ya que ciertos sectores opinaron que se había bajado la guardia con respecto a las conclusiones de Asilomar (3, 4). La versión definitiva de las normas entra en vigor a finales de 1976 (5), sin lograr disipar un clima de suspicacia general en el que se dieron manifestaciones tan pintorescas como un editorial del «New York Times» proponiendo que no se concedieran premios Nobel por investigaciones sobre la recombinación artificial del DNA o la interrupción tumultuosa de un forum convocado por la misma Academia en 1977, entre cantos de «No nos clonarán» (música de «No nos moverán»). A pesar de este clima, pronto se vio que las directrices iniciales estaban teniendo un efecto paralizante sobre el desarrollo de algunas investigaciones cruciales, y, tras un largo debate público, los científicos lograron en 1979 una revisión de dichas directrices en términos menos restrictivos (6). Ha pasado más de una década después de Asilomar y se han realizado miles de experimentos sin que se haya materializado ninguno de los temores iniciales. Nuestro conocimiento de



MIGUEL ANGEL PACHECO

los procesos informáticos en los seres vivos ha sufrido un avance dramático y en su estela inmediata se ha producido una verdadera revolución tecnológica.

## Mayoría de edad de una industria

La primera empresa de Biotecnología que cotizó en Wall Street fue Genentech, en 1981, y en la actualidad son numerosas las que han seguido sus pasos. Productos biotecnológicos de gran interés, tales como hormonas, vacunas, etc., han llegado a la fase de comercialización, por lo que podemos decir, de acuerdo con el autor, que esta industria ha alcanzado su mayoría de edad.

La primera parte del libro glosa el estado actual de las aplicaciones de la ingeniería

genética y de los anticuerpos monoclonales en todas aquellas industrias que tienen una base biológica: productos moleculares y organismos alterados genéticamente que son relevantes en Agricultura, Biomedicina, Industria Alimentaria, Minería, etc.

## RESUMEN

Esta obra resume los avances de la nueva Biotecnología y analiza los aspectos éticos, legales y socioeconómicos de su desarrollo. A juicio de Francisco García

Dentro de esta exposición general puede revestir especial interés el capítulo que trata de la posibilidad técnica de alterar de un modo constructivo la constitución genética del animal humano. Esta posibilidad aporta unas perspectivas inusitadas para la corrección de los errores hereditarios del metabolismo, al mismo tiempo que abre una endiablada «caja de Pandora» de grandes interrogantes éticos.

La liberación al medio natural de organismos manipulados genéticamente puede ser elemento esencial del proceso aplicativo, o consecuencia inevitable, o mero accidente. Los aspectos técnicos de dicha liberación y de su posible impacto ecológico son tratados en el capítulo que completa la primera parte del libro.

## Exento de argot

Todos los capítulos que describen la nueva tecnología están escritos en un lenguaje fluido, exento del argot que a menudo caracteriza a escritos similares realizados por científicos, y han sido purgados de errores e imprecisiones mediante revisión por parte de los autores de la información en que se basan. Para un especialista es difícil juzgar si el texto cumple su propósito educador frente a un público general; sospechamos que posiblemente sea demasiado superficial y escueto para alcanzar plenamente dicho objetivo, aunque sea al menos adecuado como introducción obligada a la segunda parte del libro, que aborda de un modo riguroso y eficaz los aspectos éticos, legales y socioeconómicos de la nueva industria.

El capítulo relativo a la regulación gubernamental de la Biotecnología constituye el meollo de esta segunda parte, en la que también se describen las características distintivas de los centenares de industrias de este tipo que se han creado en los últimos años y las peculiaridades de las patentes y de los secretos industriales cuando se trata de organismos vivos. Completan esta obra dos breves capítulos, respectivamente dedicados a analizar las estrechas relaciones Universidad/Empresa que han mediado en esta revolución tecnológica y a describir la pugna entre Estados Unidos y Japón por la primacía en este campo.

Es tentador vaticinar un brillante futuro a esta reciente revolución industrial. Sin embargo, después de unos años de relativa calma, el clamor popular contra este tipo de manipulaciones parece reverdecer; a los viejos temores les han sustituido otros nuevos. Los grupos en torno a Rifkin, Commoner y, más recientemente, Nader en América, así como los «verdes» en Alemania, representan probablemente los exponentes más radicales e indiscriminados de esta actitud. El miedo irracional sólo es combatible por una información veraz y desapasionada. El temor racional es un ingrediente imprescindible para un desarrollo equilibrado de la nueva industria, de cuyos beneficios netos no deberíamos dudar. □

- (1) P. Berg et al., *Science* 185, 303 (1974).
- (2) P. Berg et al., *Proc. Natl. Acad. Sci. USA* 72, 1981 (1975).
- (3) Anon, *Nature* 257, 637 (1975).
- (4) N. Wade, *Science* 190, 767 (1975).
- (5) D. S. Frederickson, *Fed. Regist.* 41 (176), 38444, sept. 9 (1976).
- (6) J. D. Watson & J. Tooze, *The DNA Story*. W. H. Freeman and Co. 1981.

Steve Olson

*Biotecnology. An Industry Comes of Age*

National Academy Press, Washington, 1986. 120 páginas.

# Una capilla de música en el XVII

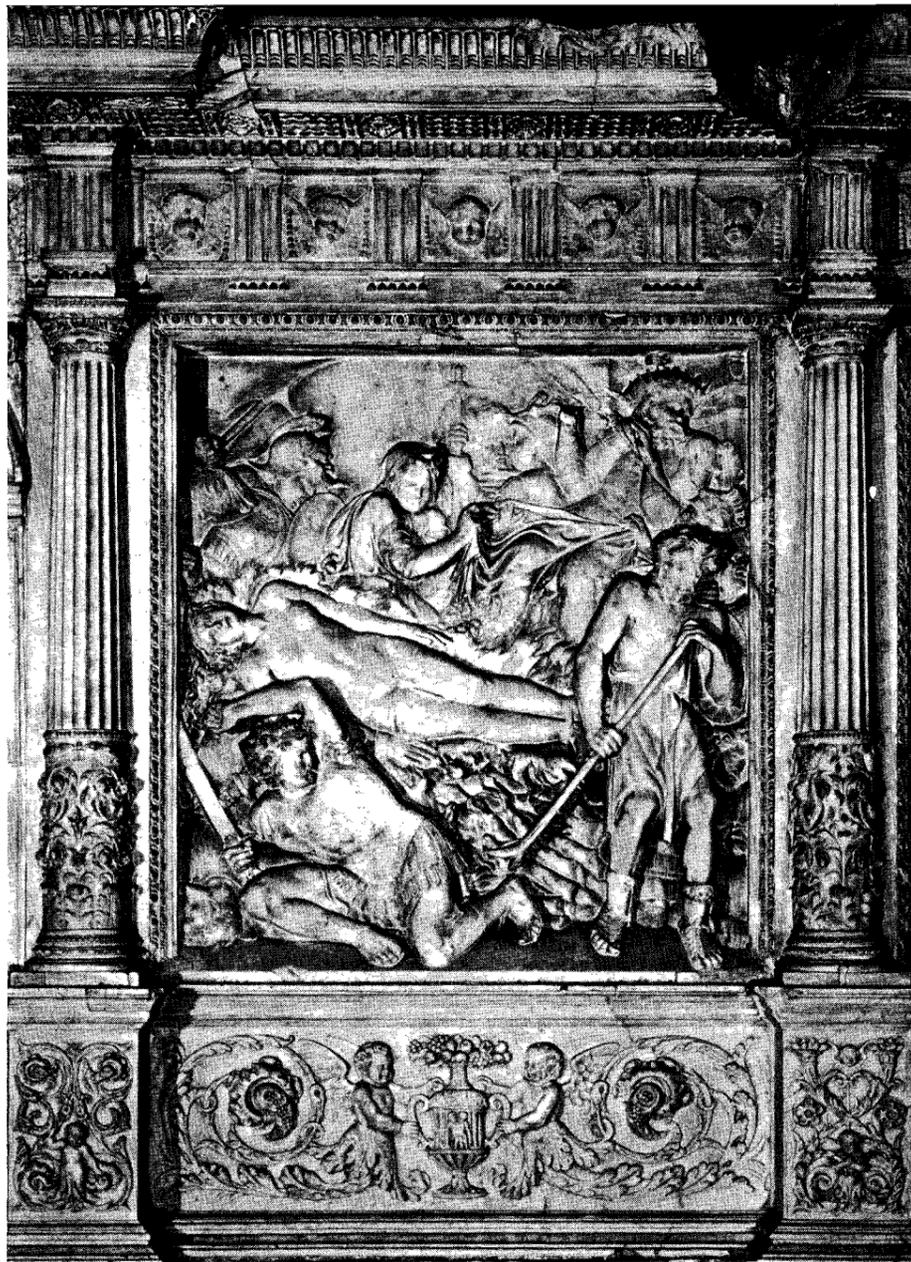
Por Miguel Querol

*Miguel Querol (Ulldecona, Tarragona, 1912) es doctor en Filosofía, ex-director del Instituto Español de Musicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y miembro del Presidium de la Sociedad Internacional de Musicología. Ha publicado veinticinco libros y escrito más de doscientas obras de creación propia. Es Premio Nacional de Música.*

A pesar de la lista de publicaciones de música barroca española del siglo XVII que cité en *Música barroca española* (vol. I, 1970, página 41 de la introducción) y de los numerosos libros editados posteriormente por otros excelentes musicólogos, como F. Civil, J. Climent, J. López Calo, A. Martín Moreno, E. Casares, L. Siemens, P. Calahorra, J. Pavía, F. Bonastre, M. Querol, los monjes de Montserrat en su colección de «Mestres de l'Escolanía» y algunos más, la música española del siglo XVII, exceptuada la de órgano, continúa y continuará siendo durante muchas décadas el período más desconocido de la historia musical española. Por ello merece nuestro aplauso y congratulación la aparición de una obra como la que comentamos ahora en estas páginas, que tanto aporta al conocimiento de dicho siglo XVII.

**I. Infraestructura del personal catedralicio relacionado con la música.** Aunque parezca increíble, mientras todas las catedrales de España, ya en pleno siglo XVI y algunas desde mucho antes, tenían su capilla de música con su correspondiente maestro y cantores de plantilla, la catedral de Barcelona, hasta entrado ya el siglo XVII, no tiene una capilla musical institucionalizada. No se puede abrigar duda alguna al respecto, puesto que el 7 de enero de 1611 el Cabildo escribe a «Francisco Sa Font del Consejo de S. M. y su lugarteniente de Prothonotario», diciéndole: «Mucho tiempo ha que entre nosotros se ha pensado y tratado cómo constituir una Capilla de Cantores en nuestra Iglesia, que, siendo la más principal de este Principado, no tiene Capilla de Cantores como las demás catedrales.» Y en otra carta dirigida «Al Rey Nostro Sr. ... deseando remediar una notable falta de esta Iglesia que es el no tener una capilla de cantores...» (1). En la catedral de Barcelona eran tan escasos los cantores que con frecuencia hablan de pedir el concurso de «cantores forasteros», o sea de fuera de la catedral, pues ésta no dispone de dinero para plazas fijas de cantores. De hecho, infinidad de documentos y gestiones burocráticas del Cabildo que abarcan más de la mitad del siglo XVII no tienen otro objeto que encontrar la fórmula jurídica para disponer de fondos económicos para subvencionar una capilla.

La situación no podía ser más anómala, dado que todas las catedrales de Cataluña tenían capilla musical y en la misma ciudad de Barcelona la tenían las basílicas de Santa María del Mar, Santa María del Pino, la iglesia del Palau de la Condesa, regentada por los jesuitas, y algunas más. En realidad la catedral de Barcelona tenía muchas ricas donaciones y administraciones. Lo que sucedía es que cada vez que se hablaba de sacar dinero de uno u otro capítulo o concepto para aplicarlo a la música, los canónigos no se ponían de acuerdo, temiendo que con ello saldrían perjudicados ellos mismos en sus varias prebendas. Tal estado de cosas hace que la capilla de música de la catedral de Barcelona en el siglo XVII se comporte un poco como una especie de mafia musical, pues, para tener más ingresos, consiguen el privilegio de que la capilla catedralicia y sus cantores tengan jurisdicción para cantar en cualquier iglesia u acto público religioso de la ciudad, mientras las demás capillas sólo pueden actuar dentro de su propia iglesia y no se les permite cantar fuera de ella sin pagar a la capilla de la catedral una tasa fijada para cada vez que canten fuera. Esta situación, que dio lugar a numerosos pleitos y pactos con las demás capillas, duró hasta



Relieve del trascoro de la catedral de Barcelona.

1685. Es más — y no deja de ser esto otra originalidad dentro de la misma cuestión — en toda la ciudad de Barcelona solamente podía enseñar canto de órgano el maestro de capilla de la catedral u otro autorizado por él mismo. Por otra parte, cuando daba lecciones de canto podía asistir libremente a sus clases cualquiera que estuviese interesado en ello. Pero si algún canónigo quería aprender canto llano, entonces el maestro estaba obligado a ir dos o tres veces por semana al domicilio del canónigo, lo que no dejaba de ser una incómoda servidumbre.

El cargo de «maestro de canto» existía desde tiempo inmemorial en la Seo de Barcelona, pero la primera vez que aparece con la designación de «maestro de capilla» es, dice el doctor Pavía, en un documento de 1613. Teniendo en cuenta que J. Pujol fue nombrado maestro de capilla en noviembre de 1612, es mi opinión personal que la capilla se institucionalizó durante su magisterio, pues no creo que J. Pujol, uno de los mejores compositores españoles a caballo de los siglos XVI-XVII, hubiera dejado el Pilar de Zaragoza, donde estaba bien pagado, admirado, querido y apoyado por todos. Por otra parte, téngase en cuenta que, sólo después de la muerte de Pujol, los maestros de capilla tendrán ya que hacer oposiciones, cuya celebración será anunciada a las demás iglesias mediante edictos. Anteriormente eran elegidos por el Cabildo «ad nutum», es decir, a su voluntad, sin concretar el tiempo de duración en el cargo.

Otro aspecto de interés sociopolítico es constatar que mientras en todo el repertorio musical de la catedral no hay un sólo villancico en catalán, casi toda la documentación

burocrática está en lengua catalana, incluso en cartas dirigidas a altos dignatarios del Gobierno Central y al propio Rey. Lo mismo sucedía en las iglesias de otras ciudades fuera de Barcelona.

En la infraestructura musical de la catedral barcelonesa hay que tener en cuenta la serie de dignidades y cargos u oficios relacionados con la música: el «precentor» o «capiccol», y el «succentor», ayudante y suplente del «precentor», son comunes con todas las catedrales. Pero en la de Barcelona nos encontramos con dos nombres y oficios de difícil traducción: el «dormitorer», que era una especie de persona apta para todo servicio y que debía residir en la misma catedral. En lo que respecta a la música tenía que suplir al «precentor», al «succentor» y al «entonador» en todas sus obligaciones cuando éstos estaban ausentes. Cargo importante, se cubría por oposición y concurso. A los más entendidos se les hacía colaborar con la capilla y algunos de ellos, como J. Pujolar y J. Simó, llegaron a ser maestros de capilla. El doctor Pavía nos da datos biográficos de 29 «dormitorers» que abarcan todo el siglo XVII. Junto a éstos estaban los «domers» o hebdomadarios. Eran cuatro canónigos cuya misión era administrar los sacramentos y entonar en el coro en determinadas fiestas. La plaza de «domer» se cubría también por oposición y se les examinaba de canto. Todos los cargos citados eran jurídicamente más importantes que el maestro de capilla. El 11 de mayo de 1612 el Cabildo crea el oficio de «entonador», con más categoría musical que cualquiera de los cargos citados, pero, absurdamente, su paga era inferior, porque sólo tenía la obligación de cantar.

**II. Los maestros de capilla.** JOAN PUJOL. El doctor Pavía, de acuerdo con su propósito, se ha limitado a aducir nueva documentación y aclarar confusiones de otros musicólogos acerca de los maestros de capilla referidos solamente al tiempo en que los compositores estudiados ocuparon la dirección de la capilla de la catedral barcelonesa. Yo, por mi parte, me limitaré solamente a resaltar las más importantes aportaciones del autor respecto a los maestros más famosos, dejando a otros por falta de espacio. La documentación presentada por Pavía prueba de manera indudable que Joan Pau Pujol nació en la ciudad de Mataró y fue bautizado el 18 de junio de 1570 en la parroquia de Santa María de dicha localidad. Pavía nos da el nombre de sus padres y de sus ocho hermanos. Otra nueva aportación trascendental es que Pujol el 18 de marzo de 1593 fue nombrado maestro coadjutor de J. Andreu Vilanova, maestro de canto de la catedral barcelonesa, «con derecho a sucederle» cuando aquél muriese. Así pues, Pujol, antes de tomar posesión del cargo de maestro de capilla de la catedral de Tarragona en noviembre de 1593 y del Pilar de Zaragoza en enero de 1595, sabía que, a la muerte de Vilanova, la plaza de maestro de la catedral de Barcelona sería automáticamente suya, sin necesidad de oposiciones ni nuevos trámites, como así fue. El 11 de enero de 1612, cuando Pujol estaba todavía en Zaragoza, el Cabildo de Barcelona le ofrece la dirección de la capilla de la Seo de Barcelona. Pujol entra por la puerta grande. Para empezar «le dan un aumento de salario, "solamente para él y no para los que le sucederán", treinta libras más de las que recibe hoy el maestro... por estar el Reverendo Capítulo enterado de su buena habilidad». Le dieron casa franca y le eximieron de todas las obligaciones de entonar en el coro, exigiéndole solamente las obligaciones estrictas de maestro de capilla, y le dan plenas facultades para organizar la escolanía.

Pavía da una larga lista de las obras de Pujol en la catedral barcelonesa. Yo, por mi parte, por tratarse de uno de los más grandes compositores españoles, añadiré un dato de todos desconocido, y es que Pujol y el maestro Mateo Romero, alias Capitán, son los dos más grandes compositores de tonos humanos de las primeras décadas del siglo XVII. De Capitán se han conservado 31 tonos; de Pujol, 30, todos de la más alta calidad, por lo que varios figuran en el Cancionero de Munich que contiene el repertorio de la Corte de los Felipes III y IV.

MARCIAN ALBAREDA. Sucedió a Pujol en el magisterio el 24 de julio de 1626, desempeñando el cargo hasta agosto de 1673, en que murió. Pavía observa respecto a este maestro que el Cabildo, mientras por una parte le concede honores, por otra le va recortando prerrogativas de las que gozaba su predecesor. Entre la mucha documentación aportada por Pavía solamente recordaré un hecho único en toda la historia del Barroco musical español y el segundo en toda Europa. Se trata de una misa policoral a 32 voces repartidas entre ocho coros, cuya situación local dentro de la catedral se puntualiza. Con motivo de una victoria contra los franceses en la localidad de Salses, el 17 de febrero de 1640, el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, hace voto de celebrar una misa en honor de Santa Eulalia, patrona de Barcelona. Traduzco del documento (págs. 207-208 del libro de Pavía) lo que atañe a nuestro propósito: «...el Oficio fue a canto de órgano, con ocho coros, la composición era a cuatro duplicados, eran ocho, colocados así: En primer lugar la capilla de la iglesia en la tribuna del suelo del coro y en el órgano; la capilla de Santa María (del Mar) en el órgano viejo de la mongía; la capilla del Pino en el púlpito del Evangelio; la capilla del Palau (de la condesa) ante el facistol del medio del coro sobre un catafalco; la capilla de San Franch junto a la columna

Viene de la página anterior



que baja a Santa Eulalia delante de la sacristía y con su catafalco; al otro lado de la misma columna estaba la capilla de la Santísima Trinidad, y en el coro, al lado de la silla episcopal, arriba a donde ponen el púlpito de Cuaresma, en otro catafalco, estaba la capilla de San Justo y San Miguel, y el señor maestro de capilla Marcián Albareda estaba con una antorcha en la mano llevando el compás sobre una tarima delante de donde ponen el púlpito en la Cuaresma.» Como puede observarse, la capilla de la catedral se subdivide en dos coros, uno colocado en el suelo del coro y otro en el órgano. Esta gran estereofonía barroca solamente fue superada por Horacio Benevoli en su *Missa Salsburgensis*. Quizá sea oportuno recordar que Benevoli y Albareda eran contemporáneos, muriendo el primero en 1640 y el segundo en 1641.

**LUIS VICENTE GARGALLO.** Era maestro de capilla de la catedral de Huesca cuando pasó a dirigir la de Barcelona el 17 de noviembre de 1667, siendo votado por unanimidad por el jurado formado por Marcián Albareda, el maestro Reig, de Santa María del Mar, y Bernabé Iriberia, organista de la catedral barcelonesa.

Como fuerte personalidad topó más de una vez con el Cabildo. El 30 de junio de 1667 el Capítulo resolvió que del tributo de las parroquias para obtener permiso para cantar en las iglesias se dieran cincuenta libras a Gargallo, pero aun así éste se consideraba perjudicado por haberle quitado algunas misas muy bien remuneradas.

Era requerido en toda España como examinador de otros maestros de capilla. Era un músico tan completo que, a la muerte de Bernabé Iriberia, ejerció de organista durante dos años, además de maestro de capilla. Murió en febrero de 1682. Pavía recoge 35 títulos de obras de Gargallo.

**JOAN BARTER.** A fin de encontrar un digno sucesor de Gargallo, se envió un edicto impreso a todas las iglesias de España anunciando la convocatoria de oposiciones. Se presentaron como aspirantes tres conocidos compositores catalanes: Felipe Olivelles, maestro de capilla de la catedral de Tarragona; Josep Pujolar, de la Seo de Urgel, y Joan Barter, de la catedral de Lérida, siendo elegido este último. Limitándose al Catálogo de Pedrell, Pavía da el título de 13 obras de este maestro.

**FRANCISCO VALLS.** Los últimos tres años del siglo XVII ocupó el magisterio Francisco Valls, que había sido nombrado coadjutor de Barter. Valls, entre maestro titulado y jubilado, regentó el magisterio de la Seo barcelonesa durante cincuenta años. Su producción pertenece principalmente al siglo XVIII. Afortunadamente Pavía no resistió la tentación de darnos a conocer el Inventario de las obras de Valls entregadas por éste mismo a la catedral. Evidentemente no hay en España en todo el siglo XVIII otro compositor que pueda compararse con Valls tanto en su fecundidad creadora como en el dominio de la técnica y aun en la teoría y estética.

**III. Organistas y organeros.** Los órganos de la catedral de Barcelona han sido estudiados principalmente por F. Baldelló (2) y J. Pavía (3). Aquí, dejando de lado los órganos, hablaremos sólo de organistas y organeros.

**LLUIS FERRAN VILA (1580-1639).** Durante cerca de un siglo la familia de organistas Vila deleitó y entusiasmo al Cabildo y a los fieles con el genio de su arte en tocar el órgano. Pavía aclara la confusión que tuvieron Pedrell y Anglés. En resumen: existieron tres organistas de la misma familia y apellido: Pere Vila, *senior*, tío de Pere Alberch Vila, *junior*, y Lluís Ferrán Vila, sobrino de este último. Por la influencia e internacional prestigio de que gozaba su tío, el canónigo Pere Alberch Vila, Lluís Ferrán Vila fue nombrado coadjutor de su tío cuando sólo tenía quince o dieciséis años. Ante tal fenómeno fue el único opositor que se presentó y sus exa-

minadores le consideraron hábil e idóneo para ejercer el oficio de coadjutor del organista y con profundos conocimientos para ejercer dignamente su oficio.

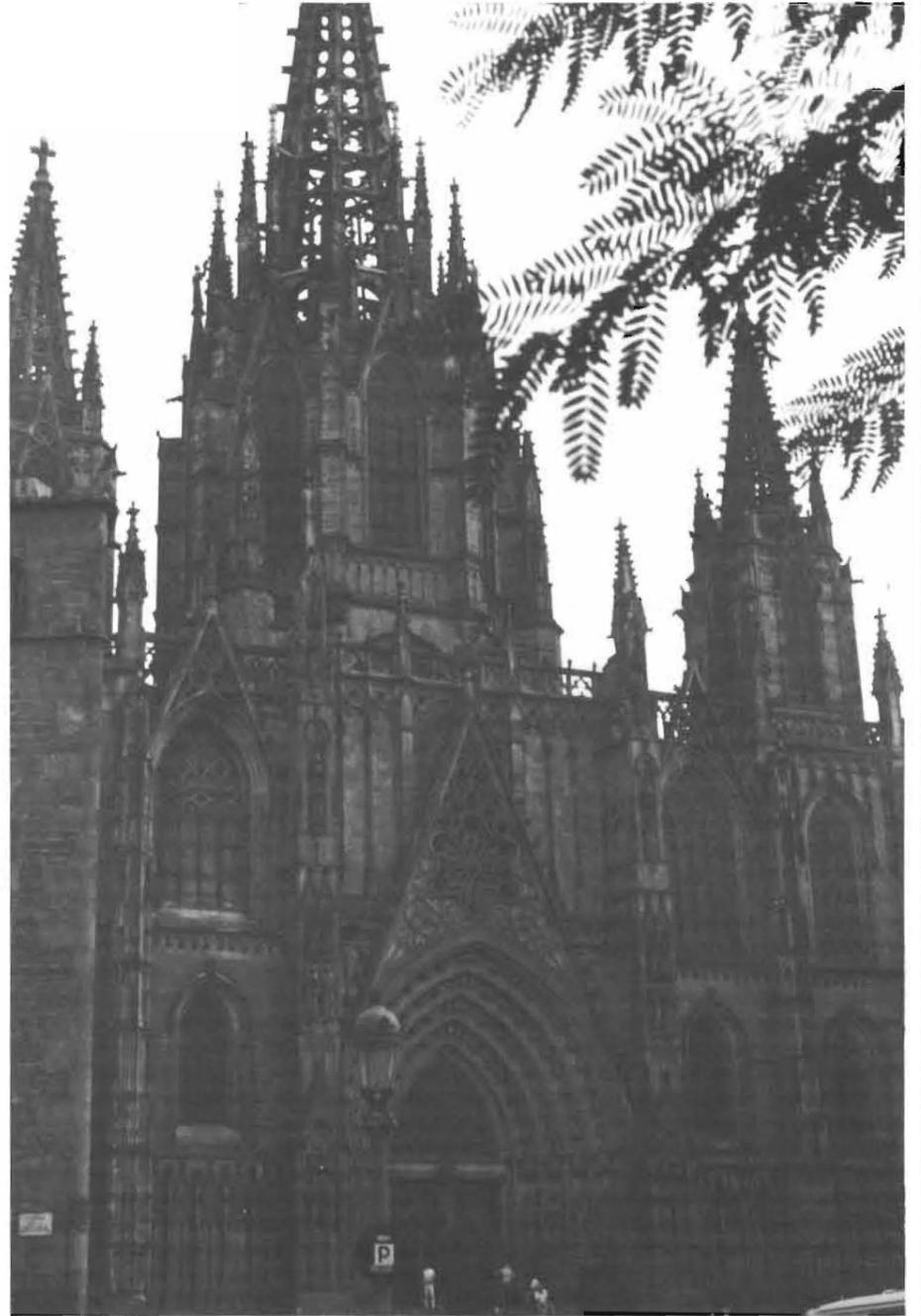
Cuando llegó su jubilación el Cabildo andaba preocupado buscando un sucesor digno de L. Ferrán Vila. Se había nombrado como coadjutor a Jaime Salvador Fontanals, pero el Cabildo, acostumbrado al arte de los Vila, no se decidió a nombrarlo organista y puso la plaza a oposición, ganándola el aragonés Jerónimo la Torre.

**JERONIMO LA TORRE.** Las oposiciones a organista se celebraron el 14 y 19 de noviembre de 1636. Hasta el presente se hablaba de un sólo Jerónimo de la Torre y su biografía puede leerse en el *Diccionario de la Música Labor*. Pero de las investigaciones de Pavía parece desprenderse con toda claridad que existieron dos organistas diferentes, ambos aragoneses, Jerónimo de la Torre y Jerónimo la Torre (éste siempre sin el «de»). El 20 de noviembre de 1636 se dio la plaza de organista a Jerónimo la Torre, «cesaraugustanum Tarracone residentem». Por el Capítulo celebrado el 11 de julio de 1640 se ve que la Torre tenía un «organet» de su propiedad. Si lo llevaba consigo cuando cantaban fuera de la ciudad, le daban diez sueldos; si no lo llevaba, sólo cinco.

Apoyado en las investigaciones llevadas a cabo por J. Climent y L. Siemens en el *Anuario Musical*, XVII y XXIII, respectivamente, Pavía concluye que el Jerónimo la Torre, organista de Barcelona y Valencia, y el Jerónimo de la Torre, organista de la Seo de Zaragoza y de la Basílica del Pilar, son dos organistas diferentes. Por una parte no concuerdan las fechas de sus cargos y, por otra, la personalidad del de Barcelona y Valencia se comprueba con la comparación de la firma de los documentos autógrafos conservados en Valencia y Barcelona, que es la misma. Pavía da el título de tres tonos humanos y dos religiosos de Jerónimo la Torre conservados en la Biblioteca de Cataluña.

**BERNABE IRIBERIA.** Hasta ahora solamente se sabía que existió un organista de este nombre en el siglo XVII. Con la aportación de Pavía sabemos que era oriundo de Tudela, que ejerció de organista en la catedral de Barcelona desde 1647 hasta el 4 de marzo de 1677, en que murió. Que entre 1650-1652 estuvo en las «cárceles reales» por las circunstancias políticas de su tiempo y que el Cabildo barcelonés mandó a un emisario para obtener la libertad del organista, alegando que la catedral tenía gran necesidad de sus servicios. En 1653 vuelve ya a ejercer en la catedral de Barcelona. Varios documentos más hablan del retraso con que el organista cobraba sus haberes.

**CARLOS BELMONTE.** Fue un gran organista cuyo nombre no figura en ningún diccionario. Sucedió al maestro de capilla Gargallo, que ejerció también de organista los dos años inmediatos a la muerte de Iriberia, hasta que se convocan las oposiciones en mayo de 1679 que ganará Belmonte. Dos puntos hacen particularmente interesantes estas oposiciones: la categoría del jurado examinador, formado por el P. Cererols, maestro de la escolanía y capilla del monasterio de Montserrat; B. Buscarons, maestro de Santa María del Pino; Juan Barter, maestro de la catedral de Lérida; y Juan Baseya, organista de la catedral de Vich; y más aún la valía de los opositores Pere Jeroni Borobia, Carlos Belmonte, Gabriel Manalt y el famosísimo Diego Xarava, «organista de la capilla de Su Majestad». Celebradas las oposiciones, fue calificado en primer lugar, por unanimidad, Diego Xarava. Pero se recibió una carta de «Don Jerónimo de Eguía, secretario del despacho universal de Su Majestad», dirigida al obispo de Barcelona, de parte del Rey, pidiendo que no admitiesen a Xarava como organista. Aunque éste solicitó al Cabildo esperasen unos días, lo excluyeron y dieron posesión del cargo de organista a Carlos Belmonte.



Fachada de la catedral.

**ORGANEROS.** El construir órganos es uno de los oficios más apasionantes del mundo de la música y hoy día es un tema que interesa a multitud de musicólogos, además de a los organeros propiamente dichos. Pavía explica todas las reparaciones concretas realizadas en cada caso en los distintos órganos de la Seo barcelonesa con la relación de las fechas, coste y pagos de cada reparación, desde la primera efectuada en 1603 hasta la última en 1698. Aquí yo me limito a dar el nombre escueto de todos los organeros que intervinieron a lo largo del siglo XVII. Estos son: Francesc Bordons, Puig d'Orfila, Guillem Llura, José Galtayses, Josep Bordons, P. Bordons, José Cesma Infanzón, Bartolomé Triay y Josep Boscá, de todos los cuales Pavía ofrece abundante documentación.

**IV. Otros instrumentos y oficios musicales.** Además de los órganos disponía la capilla catedralicia de archilaúd; clavicémbalo; cebra de ministriles; corneta; chirimías; un instrumento llamado vulgarmente «serpent» (seguramente era el serpentón); el «sigó», instrumento del cual solamente conocemos el nombre por los documentos aducidos por Pavía; tambores; trompetas; «tible»; chirimía de timbre especial; violas; y sobre todo bajones. Al bajón y a los bajonistas dedica todo un capítulo por la importancia que tenían en la ejecución de la polifonía del siglo XVII. Pavía da los nombres y notas biográficas de los 13 bajonistas que van desde 1614 a 1699.

Hay otros dos oficios humildes de los que raramente se habla y sin los cuales no hubiera sido posible ejecutar la música de varios siglos. Uno es el «manchador del órgano». El órgano, los órganos, intervienen en toda la música vocal del barroco, y no hay que decir en la propia de este instrumento. Pues bien, sin una persona que mueva los fuelles para llenar de aire los tubos del órgano, éste no sonaba en los siglos pasados. Más aún, cada vez que se reparaba o afinaba el órgano era necesaria la actuación del manchador, el cual en estos casos recibía un plus de dinero sobre su salario habitual. Pavía, con gran cariño, nos da nombres y noticias de los diez manchadores que ocuparon todo el siglo XVII. Finalmente, Pavía nos da noticias sobre los «copistas de música», sin cuya actividad tampoco hubiese sido posible la ejecución de las obras. Nos da el nombre y noticias acerca de los ocho copistas que copiaron la música de la catedral de Barcelona desde 1611 a 1687. □

- (1) Tanto la carta dirigida al Rey como la anterior a Sa Font están escritas en catalán.
- (2) *Organos y organeros en Barcelona, siglos XIII-XIX*, en «Anuario Musical», I (1946); *Los órganos de la catedral de Barcelona*, en «Anuario Musical», VII (1952); *Els orgues menors de la Catedral Basílica de Barcelona*, en «Analecta Sacra Tarraconensis», XXXVII (1965).
- (3) *Historia del órgano mayor de la Catedral de Barcelona*, en «Anuario Musical», XXXIII-XXXV (1982).

**RESUMEN**

Contra lo que era habitual —el que en España las catedrales tuvieron ya en el siglo XVI, o antes, capilla de música—, la catedral de Barcelona hasta muy entrado el XVII no contó con una capilla musical

institucionalizada. De cómo se organizó, por fin, ésta, de las personas que la integraron y de las actividades llevadas a cabo trata el libro de José Pavía, que comenta Miguel Querol.

**José Pavía Simó**

*La música a la catedral de Barcelona durant el segle XVII*

Fundació Salvador Vives Casajuana, Barcelona, 1986. 566 páginas.

# Vidas menudas de Castilla

Por Manuel Alvar

**Manuel Alvar** (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático en Granada y en la actualidad lo es de Historia de la Lengua Española de la Universidad Complutense de Madrid. Académico de la Real Española, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas lingüísticos del español. Es Premio Nacional de Literatura.

Estamos acostumbrados a la clasificación de manual. Aquí esto, ahí eso, allí aquello. O con pronombres personales yo soy, tú eres, él es. Pero la comodidad no quiere decir acierto. El novelista, sin dejar de serlo, puede merecer otros títulos. Diría más: es necesario que los tenga si quiere ser un buen novelista. Porque el novelista escribe historias y esas historias —si dan en el clavo— son algo más que la vida de un personaje. Sutil y debatida cuestión: Unamuno dio un corte de estilete y puso a un lado las circunstancias y al otro las descarnadas historias de pasión. Habían nacido las «nivolos». ¿Acierto? ¿Desacierto? Si la fórmula fuera ésta, todo el mundo leería las novelas de Unamuno, y nadie las lee. Fue el dictamen de Baroja, pero don Pío tenía su técnica y era comprensible que las otras no le gustaran. Lo que no quiere decir que el diagnóstico fuera cierto. Miguel Delibes ha hecho algo de lo que preconizó Unamuno: ha reunido un manojo de circunstancias externas (paisajes, quehaceres, gentes que narran) y ha creado un libro. Apasionante donde los haya, dramático como el que más de los suyos, angustioso con un reverdecir de ansias españolas. Pero lo ha hecho por un procedimiento distinto que Unamuno: para don Miguel, *Niebla*, *Nada menos que todo un hombre*, *San Manuel Bueno*, estaban en un platillo de la balanza; *Andanzas y visiones españolas*, *Por tierras de Portugal y España*, *Paisajes del alma* (o como él lo hubiera bautizado), en el otro. Miguel Delibes procede de modo distinto: tras habernos dado una buena gavilla de novelas, unas más tradicionales y otras menos, nos regala un libro que no es novela, ni historia de pasión, ni paisaje y que, sin embargo, es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de psicología, de antropología y de dialectología. Algo que hará feliz a más de un loco de hoy que no vacilará en colgarle un marbete pedante y horrendo (si ambas cosas no son una sola y, además, mutuamente solidarias): interdisciplinar. Volveré sobre esto, pero quiero no dejar suelto ningún cabo: Delibes nos da el sustento de muchas de sus páginas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación, que todo es posible y todo lícito, si lo que se logra es un libro como éste. Muchas de estas páginas podrían estar en *Los santos inocentes*, o en la *Parábola del naufrago*, o en *El disputado voto del señor Cayo*, o en los *Diarios*, o en otra serie de «oes» que silencio para ahorrar tiempo, aunque guarde las mil páginas que ha dedicado a cazadores, pescadores, tramperos y otros personajes que viven en y de la naturaleza. Salgo al paso: esto no es un «carnet» de escritor como los que conocemos al uso, y alguno, como el de W. Somerset Maugham, gozó de buenas andanzas por la España de los cincuenta y que, en cierto modo, se relacionarían mejor con ciertas páginas de *Por esos mundos*, *Un año de mi vida* o *USA y yo*. Salvemos lo mucho que hay que salvar, pero nos valga la referencia aproximativa. *Castilla habla* es una frondosa támara desgajada del árbol de las novelas, pero he dicho que es un libro apasionante, dramático y angustioso. Y, si añadiera cuanto creo, tendría por mermaidas esas caracterizaciones, pues para mí es mucho más que todo ello, según podremos ir deduciendo de la triple andadura que me he marcado.

Porque la pasión está en el amor que el hombre Delibes pone en las criaturas a las que trata y en los paisajes que describe. Sin que-

rer ha caído en la tesis hegeliana: «en el mundo, sin pasión no se hace nada grande». Delibes ha buscado esas criaturas para transmitirnoslas y, a través de sus pequeñas o grandes peripecias, nos ha dado la visión del mundo. Nos asalta el 98: la única forma de entender la historia universal es encerrarse en una minúscula aldea; las cosas, en su puesto, cobran su total sentido. No hay grandezas ni miserias; la lejanía se inicia en el valor absoluto al que llamamos relatividad.

## La intrahistoria

El libro es la intrahistoria de esta Castilla por la que el señor Miguel —como respetuosamente lo llama más de una de aquellas criaturas— camina al paio de recuas y molineros, de trapenses y capadores, de caracoleos y colmeneros. Son hombres y mujeres que nacen, crecen, aman y un día se mueren sin dejar ni voces ni gritos, si estas páginas no hubieran existido. Ya tenemos el por qué de la pasión, y el por qué de este libro es más de lo que he dicho en mi primer planteamiento: la pasión nos ha llevado al hombre y el hombre a la historia. Y vuelvo al 98: no hay Historia, sino historias. Aquellas criaturas que se van ensartando por el sutil hilillo del amor, juntas, mantienen su insobornable independencia, pero yuxtapuestas constituyen una página grande de historia o una página de la Historia grande. Como en esas novelas —y Delibes ahora no la ha querido escribir— en que un personaje ocupa sólo dos páginas del relato, pero se une a otras dos independientes y éstas a otras y éstas a otras, y así hasta que entre los dedos no tenemos la estampa más o menos costumbrista, sino la vida total de una gran ciudad en un momento determinado. Técnica novelesca o cinematográfica o sociológica. Sin pretenderlo y en esa aparente —y cierta— objetividad, lo que se ha hecho es lisa y llanamente historia verdadera, la más difícil de todas, porque no se ha escrito con ira, sino con amor hacia los pobres seres de los que nadie suele acordarse y de los que ningún provecho podrá conseguirse. Pero basta con lo que el cronista, andariego, cazador o lo que sea, arroja ambostada tras ambostada: ciencia de amor. Lo demás se le da por añadidura.

Un día, en el verano de 1972, nos reunimos en Málaga novelistas y críticos. Miguel Angel Asturias empezó así su contribución: «Vamos a tratar del aporte, o aportes, de la novela y del uso de sus materiales por la ciencia, que, esta vez, ponga atención, no va a manejar hechos, sino ficciones». Acaso no podamos decir que ésta es una idea totalmente nueva; más aún, ni siquiera hace falta que lo sea. Porque el lugar común vale por ser experiencia repetida o, si se prefiere, la reiteración de unas constantes que de puro repetidas hace que se admitan sin discusión. Porque —tal vez— no tienen la posibilidad de ser discutidas. Mil veces se ha estudiado la sociedad en las obras de Lope o de Cervantes, la política en el teatro de Corneille o el valor social de los sermones. Cierta que podemos ver estas mismas cosas en los relatos novelescos; más aún, en ellas (o en la oración literaria, para no pecar de cicateros) aprendemos mil cosas que la Historia no nos dice o que se silencia porque padecieron los avatares gentes que poco pesaron sobre la grama. ¿Y no es lo mismo lo que nos denuncia un viejo cuadro? *Los santos inocentes* o *El disputado voto del señor Cayo* más de una vez alimentarán a los libros de sociología o a los de historia actual, como han servido ya para conocer procesos lingüísticos que de otro modo no conoceríamos. Y estas páginas de *Castilla habla* son, antes que nada, intrahistoria o, digamos con menos arrequives libresco, vidas menudas sobre las que se proyecta la Historia y que la sustentan. Remacho: Unamuno separó hombres de paisajes y trazó las dos andaduras disidentes; Delibes, tan adelante su tarea de creador,

ha desgajado sus ramas y ha creado un libro que podría evocar técnicas novelescas (las vidas que se pueden unir en un momento y que luego se disocian, los retazos vividos que se sueldan en la vida colectiva), pero que, al ser treinta y dos imprints sin conexión, nos permiten asomarnos a esa colección de vidas sorprendidas en un solo momento, el que el autor ha creído que mejor lo caracterizaba, y lo que era un cuadro ha pasado a ser sinfonía acabada. ¡Cuán lejos del costumbrismo! Aquí la verdad de cada tipo y su presencia en la tierra que lo cobija. Pero aún no sabemos lo que es este libro, mas lo buscamos con nuestros tanteos.

He dicho que es también un libro dramático, incluso reduciendo la palabra a lo que es teoría teatral. Comentando *L'essence du théâtre*, de Henri Gouhier, Gaston Baty escribió palabras que ahora nos convienen: «Tout ce qui est, est matière dramatique [...] Il ne s'agit pas de parler de tout cela, mais de rendre tout cela "sensible"». La visión que Delibes nos da de Castilla convierte a su materia en criatura sensible. (Luego volveré sobre ese «hablar» del narrador.) Criatura sensible para nosotros, sensible en sí misma. Es la Castilla real que conocemos y que, en su pobreza y en su sobriedad, amamos apasionadamente.

## El mito de Saturno

La Castilla que hace a sus hombres y los devora porque ninguna otra cosa tiene para sí: el mito de Saturno actualizado y redivivo, cierto y veraz, como las palabras que sirven para narrarlo. Y, sin embargo, no estamos ante unas pinturas negras. Recuerdo el viaje memorable de Emile Verhaeren y Darío de Regoyos: llegaban a los pueblos cuando el lubricán se había tendido y todo cuanto acertaban a ver eran lobregueces y tétricos fantasmas; tampoco es la visión de Solana, con sus gentes zafias y los chafarrinones de las ferias pueblerinas. No. Esta es una Castilla que carece de recetas para que salga la España negra; es la vida, lisa y llanamente, la vida como es: llena de ternura, si encarta encontrarnos con el señor Luis y la señora Victoria; pedante, si se nos tercia Salvador de la Viuda; respetuosa, si cuadra José Delfín Val; o astuta, si se llama Florencio López. Podríamos seguir enumerando posibilidades. Que baste con éstas: la imagen de la vida, que por ser sensible nos acomoda a una realidad que pinta cómoda o incierta, pero a la que no podemos condicionar con nuestros propios deseos. Y que, además, rebasa cada una de esas contingencias ocasionales para darnos una visión total de lo que es, por encima de la posibilidad de cada uno de sus hijos. El dramatismo se ha logrado con sólo contar unas verdades que no nos dejan indiferentes, porque no podemos ser insensibles a la condición del hombre; gentes que viven sus peripecias cotidianas en un medio hostil al que domeñan o en el que sucumben, sin la posibilidad de evasión. Aquellas gentes que un día buscaron su fortuna en la otra banda del mar o en la evasión celeste por encima de los berrocales. ¿Y hoy? Ya no hay Américas que descubrir y, alevosamente, les han cercenado las alas de la fe. Desazona la sed del señor Pedro, y los conejos que ya no tiene Pepe el Cepero, y la ruina de Darío Espinosa, y el vencimiento de Eusebio el Listezas. ¿Para qué seguir? No cabe el gesto altivo de jugarse la vida a una sola carta, sino el heroísmo de vivir la penuria de cada momento intentando salir adelante con un viejo molino de caz y rodezno o con la esperanza dorada de los girasoles. Leyendo el libro de Delibes, uno piensa en la grandeza perdida, pero piensa también en esa grandeza de no desertar, ni siquiera cuando la tierra no ofrece nada a cambio. Cierta que por aquí no pasan capitanes como Luis de Oñate, o Vázquez Coronado, o Gaspar de Villagrán; por estas tierras de santos y de cantos hace mucho que no se siente el leve peso de las sandalias carme-

litas, pero Rubén diría que a un presidente de Estados Unidos no se le puede cantar con los mismos versos que a Heliogábalo, y tenía razón.

Lo decía al principio: éste es un libro angustioso, con un reverdecir de ansias españolas. Ya no extraña mi tercer postulado. Corolario y consecuencia de lo que he comentado. Yo diría que es un libro noventayochista. Algo así como un salto atrás en nuestra historia, porque la vida de España no es un seguro caminar, sino un incierto andar y desandar. Acaba el siglo XX y sentimos en nuestros pulsos el latir disconforme de hace un siglo o las preocupaciones acuciantes que desazonaban a nuestros mejores hombres del siglo XVIII. Pero una vez que se puede apostar por la esperanza, y una segunda, ¿también una tercera cuando todo marra? Miguel Delibes es un hombre castellano («Villa por villa, Valladolid de Castilla»), y al hablar de sus tierras arranca con gallardía en la primera página de su libro: «una región que en el pasado alumbró mundos y que hoy se nos muestra achacosa, mal comunicada, pagana de un incipiente desarrollo, siquiera la incompreensión periférica haya venido considerándola, en el último medio siglo, como expresión del centralismo español».

Castilla se dejó sus muertos por toda la tierra conocida. Ya sé qué dirán los hebenes de hoy, pero también ellos pertenecen a la Historia que un día los juzgará en su valle de Josafat. En la historia (con «h» o «H») no hay valores relativos y sólo cuentan las monedas de sangre, lo dijo León Felipe, que nació por las tierras que Delibes ama tanto. Y yo añadiría que un muerto en Rocroy y otro en Cerriñola y otro en las calzadas de Tenochtitlán y otro en los hielos del Aconcagua y otro... valen más, infinitamente más, que todas las onzas de azafrán que los mercaderes puedan vender en Frankfurt. Y lo que Delibes nos da es el último retazo del heroísmo, el que, exhausto, ya no tiene fuerzas ni para morir de un golpe. Y, sin embargo, estas criaturas desgraciadas superan el noventayochismo del libro, porque lo superan. El narrador de hoy cuenta como sus abuelos hubieran contado, ve limpiamente lo que ellos hubieran visto y ama lo que ellos amaron. No está mal para dar continuidad a nuestra cultura. Pero se aparta de los abuelos. De ellos aprendió cuanto de bueno podía aprenderse, pero se apartó —como ha hecho en otras cosas— de lo que no le cuadraba, y es el último hombre del 98 porque su visión supera a la de todos ellos. Caracterizo, no juzgo, porque la objetividad no suele acompañar a las valoraciones.

## Superación del 98

Julio Senador era un arrastre de lo peor del 98: atrabiliario, injusto; Delibes es la superación del mejor 98: amor, fidelidad. Incluso hacia el hombre, al que las gentes de fin de siglo veían como perturbador del paisaje. El narrador de hoy va más lejos: integra a las criaturas en su paisaje y las siente con ternura. Que lo digan estos treinta y dos personajes o que lo digan esas criaturas que, en sus novelas, se llaman Azarías, Tomás, Pacífico, el Tiñoso, Daniel, la Vitor o de mil otros modos. El hombre se ha integrado en un paisaje al que hace y por el que es hecho. Castilla sin sus hombres ya no es Castilla, ni los hombres son nada sin el ambiente que va alrededor de cada uno de ellos. Y, para que nada falte, la protesta contra los politiquillos de tres al cuarto, tan suficientes hoy como hace cien años, como hace más de doscientos, y el pobre pueblo que paga la codicia de unos, la ignorancia de otros y la estupidez de los demás.

Nos vamos aproximando a lo que son estas páginas. Creo que con lo dicho, que no es poco, nos acercamos a los problemas que podrían caracterizarlas. Con menos palabras que

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

yo lo dijo el autor: «Este libro no es una novela, pero tampoco un estudio científico, apoyado en datos y estadísticas, sino algo a mi juicio más elocuente: un libro vivo donde la realidad castellana nos es expuesta por sus propios protagonistas, los más humildes vecinos de nuestros pueblos y aldeas.» Recojamos el hilo que dejamos suelto en el cadejo: páginas atrás he hablado de interdisciplinariedad, horrenda palabra que no cabe ni en un octosílabo. Digamos, puesto que el libro no es un libro científico, que esos más de treinta relatos participan de lo que la vida es: complejidad, diversidad, múltiples quehaceres y mil formas de hablar. Pero aquí se me plantean nuevos problemas. Delibes dice que no tiene estadísticas ni datos, y yo pregunto: ¿para qué? La certeza no las necesita: esos pueblos en ruinas, esas especies desaparecidas, esas gentes que sólo esperan la dally de la muerte, ¿serían más o menos porque tuviéramos unos números? En el siglo XVIII, siglo que nos ha preocupado, Georges-Louis Leclerc, Comte de Buffon, lo había dicho en el primer discurso de su *Historia Natural*: «En las ciencias abstractas se va de definición en definición; en las ciencias reales se camina de observación en observación. En las primeras se llega a la evidencia; en las últimas, a la certeza». Si nos acogemos a estas especulaciones estamos en una certeza obtenida por esas mil observaciones, pero éste es un proceder científico, y al plantear esta cuestión de forma no puedo sustraerme de lo que es mi propio quehacer. No porque sea mío, sino porque a él ha llegado la sabiduría de los demás.

El libro pertenece a ese mundo heterogéneo al que se llama antropología cultural. Algo que cuenta con no pocos, e importantes, antecedentes. Un hombre narra su vida y el investigador —objetivamente— transcribe. Puede ser un indio yahi, un negro cimarrón o un campesino andaluz; hoy el magnetófono gira impasible y se van grabando cintas y cintas para que quede recogida la historia de unas familias mejicanas. Se ha dicho que así se han cosechado diálogos que luego pasan a los relatos, con lo que la novela —una vez más— es un trasunto fiel de la realidad. Dentro de estas posibilidades metodológicas se inscribe *Castilla habla*. Castilla es el conjunto de esos treinta y tantos personajes que cuentan un aspecto parcial de su vida; las piezas ensambladas son el hombre de esta región variopinta o, si se quiere, la vida total de una tierra.

### Una visión nueva

Llego al final, pero tengo que volver al principio: ¿qué es este libro? Para quien lo lea sin otra preocupación que la de leer, una visión nueva de Castilla; para quien sea historiador de la literatura, el arte de novelar para crear estructuras superadas desde fragmentos caleidoscópicos o la disociación del relato en historias individuales y ambientes acogedores; para el dialectólogo, una colección de encuestas dirigidas con sus buenas dosis de palabras y cosas; para un lexicógrafo, un venero riquísimo de palabras vivas; para un sociólogo, el

testimonio de la realidad desde la perspectiva del «sujeto»; para un etnólogo, la información detallada de unas cuantas parcelas del mundo; para un psicólogo, el alma individual como reflejo de conductas colectivas; para un... Basta ya. Alguien dirá que éste es un libro extraño, y tendrá razón, porque la verdad es más sorprendente que las ficciones que podemos inventar; por eso es un libro apasionante y de lectura ansiosa. Acaso el sagaz de Bernard Shaw tenía razón cuando decía que la verdad es la cosa más divertida del mundo. Tenía razón, aunque no apuntara a este blanco.

Este es un libro veraz en cuanto a sus problemas, en cuanto a sus gentes, en cuanto a su discurso. Acaso se me diga que un necio provisto de un magnetófono podría escribir otra obra como ésta. Fácil respuesta: ni el excursionista hace arte con su cámara fotogr-

fica, ni sabe transcribir el estudiantillo cargado con una grabadora. En uno y otro caso, y en otros muchos casos, se impone la palabra «selección»; para el artista que elimina lo superfluo y para el científico que no se pierde en caminos errados. Tal vez sea la gran lección de este libro tan fácil: haber sabido escoger para contar, y elegir para el modo de contar. Es lo que no hará nunca una máquina ni un necio. Porque, incluso para decir verdades, es necesario tener la perspectiva que da el conocimiento del corazón humano. Sencilla fórmula que vale para estas hojas: el hombre, su verdad, la maestría del narrador.

Así es muy fácil escribir buenos libros. Y entonces acaso no están tan lejos todas las cosas que hemos visto mezcladas y que, deliberadamente, he mezclado con otras para que leyéramos con claridad. □

### RESUMEN

«*Castilla habla*», la última obra de Miguel Delibes, no es, comenta el profesor Manuel Alvar, una novela ni una historia de pasión, ni de paisaje, sino que es un libro de andanzas y visiones, de sociología y de

psicología, de antropología y dialectología. Delibes nos da el sustento de muchas de sus páginas contando estas vidas con las que se ha cruzado o a las que ha buscado con deliberación.

### Miguel Delibes

#### *Castilla habla*

Destino, Barcelona, 1986. 187 páginas.

# Las seis vidas de Roque Fernández

Por José María Martínez Cachero

*José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) es catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y profesor visitante en las Universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.*

De algún tiempo a esta parte, el nombre y la obra del escritor José López Rubio (nacido en 1903) disfrutan de una cierta popularidad, apoyada en títulos y hechos como los que siguen. De 1983 data la publicación del libro *Entrevista con la madre Teresa de Jesús*, singular invento de un curioso preguntador venido de bien lejos en el tiempo (nada menos que cuatro siglos de por medio) para, seducido por la lectura de los escritos de la monja carmelita, amistar entrañablemente con ella. El día 5 de junio de ese mismo año se celebró en la Real Academia Española de la Lengua la recepción de López Rubio como miembro de número; el recipiendario leyó entonces un discurso acerca de *La otra generación del 27*, emocionada memoria de cuatro escritores amigos —Edgar Neville, Enrique Jardiel Poncela, Miguel Mihura y Antonio de Lara «Tono»—, que, junto al propio López Rubio, pueden constituir, dentro del amplio espacio de esa generación (nada menos que ciento diez nombres figuran en el recuento efectuado por Juan Manuel Rozas), grupo aparte, distinguido por una preferente (aunque no exclusiva) dedicación al teatro y al cultivo del humor —esto último con especies tan variadas como el artículo periodístico, la narración corta y extensa, el mismo teatro—, muy ligado dicho cultivo al magisterio, insoslayable por entonces (años 20 y 30), de Ramón Gómez de la Serna. Más recientemente, en abril de 1986, el dramaturgo López Rubio, después de prolongado tiempo de silencio como tal (la comedia *El corazón en la mano* se estrenó en 1972), volvió a los escenarios con una obra, *La puerta del ángel*, escrita tiempo ha, pero diferida su representación por escrúpulos o inseguridad

del autor, pues se trata de una pieza harto distinta por el tono —dramático— a lo más habitual, tópico si se quiere, de su teatro: evasivo, frívolo en apariencia, como más de una vez se dijo y no siempre con intención comprensiva. Coincidiendo en el tiempo con este estreno, que fue un éxito de crítica y de público, se produjo la reedición de la novela *Roque Six*, objeto de nuestro comentario.

\* \* \*

1928, año de su publicación, es también el de un premio para la comedia inédita *De la noche a la mañana*, fruto de la colaboración de José López Rubio y Eduardo Ugarte. El diario madrileño «ABC» había convocado un concurso para autores noveles, al que concurren 884 originales y que falló un jurado que formaban Arniches, José Juan Cadenas y Eduardo Marquina; el premio tenía una dotación económica de dos mil pesetas más «la seguridad de estrenar la obra en un teatro de esta corte», tal como sucedió no tardando mucho y con buen éxito. Se iniciaba así un camino literario —el del teatro— por el que avanzaría brillantemente López Rubio, ya sin colaboradores, años después y hasta nuestros mismos días.

Otro camino literario —el de la narrativa— había sido iniciado también por López Rubio incluso antes de 1928, ya que el volumen *Cuentos inverosímiles*, muestra de un humor que se balancea entre Wenceslao Fernández Flórez, un clásico ya en el género, y Ramón Gómez de la Serna, su revolucionario renovador, data de 1926 y levemente anticipa, así en personajes como en situaciones y expresión, lo que poco más tarde cuajaría, espléndidamente por cierto, en *Roque Six*. Su autor parecía comprometido a seguir por este camino, añadiendo otros títulos, tal como lo atestigua el hecho de que en alguno de los libros publicados por Biblioteca Nueva (Madrid) dentro de la serie «Grandes Novelas Humorísticas» (en la de Neville, *Don Clorato de Potasa*, 1929, por ejemplo), se anuncia como «en preparación» obra de López Rubio, nunca publicada que sepamos. El teatro pasaría, por tanto, de ser «otro» camino a convertirse en el «único» camino literario de nuestro autor,

entrevistado, mencionado, estudiado siempre como dramaturgo y, de ordinario, olvidado o apenas recordado en cuanto narrador.

La composición de *Roque Six* corresponde (según expresa declaración de su autor) a 1924-1926 y 1927, años que —como el de 1928: publicación— están signados en la narrativa española por hechos y tendencias que deben recordarse a la hora de comentar esta novela. En el mismo 1928 veían la luz, entre otras novelas, *Los príncipes iguales* (Joaquín Arderius), *El bloqueo* (José Díaz Fernández), *Puerto de sombra* (Juan Chabás) o *El caballero del hongo gris* (Ramón Gómez de la Serna), a las cuales unifica, por encima del talento y edad de sus autores (Ramón es el mayor), la novedad técnica del relato servido por una expresión a la que distingue la frecuencia comparativa y metafórica, más, en ocasiones, un ingenioso toque de humor. Pero si Chabás y Ramón dirían que no pretenden otra cosa sino jugar con tales ingredientes y sorprender así al lector, Díaz Fernández, joven escritor que no desdeña el uso de semejante instrumental, va más allá y carga de intención significativa —una ideología: el pacifismo y el antimilitarismo, verbi gratia— las siete narraciones reunidas en *El bloqueo*; se vislumbra, pues, lo que sin tardar mucho tiempo —a la altura de 1930— sería, de mano del propio Díaz Fernández, claro deslinde entre una literatura (novela en este caso) de «vanguardia» —solamente en lo externo y estético— y otra de «avanzada», a la cual se adscribe el deslindador, que arrastra consigo un compromiso político-ideológico. A lo que nadie —y menos si es joven en años— podía sustraerse por entonces, so pena de quedar en rezagado decimonónico, era al vuelco que, desde 1902 concretamente, venía experimentando nuestra literatura narrativa por obra y gracia de algunos noventayochistas —Unamuno, Azorín y Valle Inclán más que Baroja— y novecentistas —Miró y Pérez de Ayala— hasta llegar al influyente Ramón Gómez de la Serna, a lo que debe sumarse, en el orden teórico, la doble formulación orteguiana de 1925 —sus ensayos *La deshumanización del arte* e *Ideas sobre la novela*—, que, pese a su propósito de mero y aséptico informe acerca de una deter-

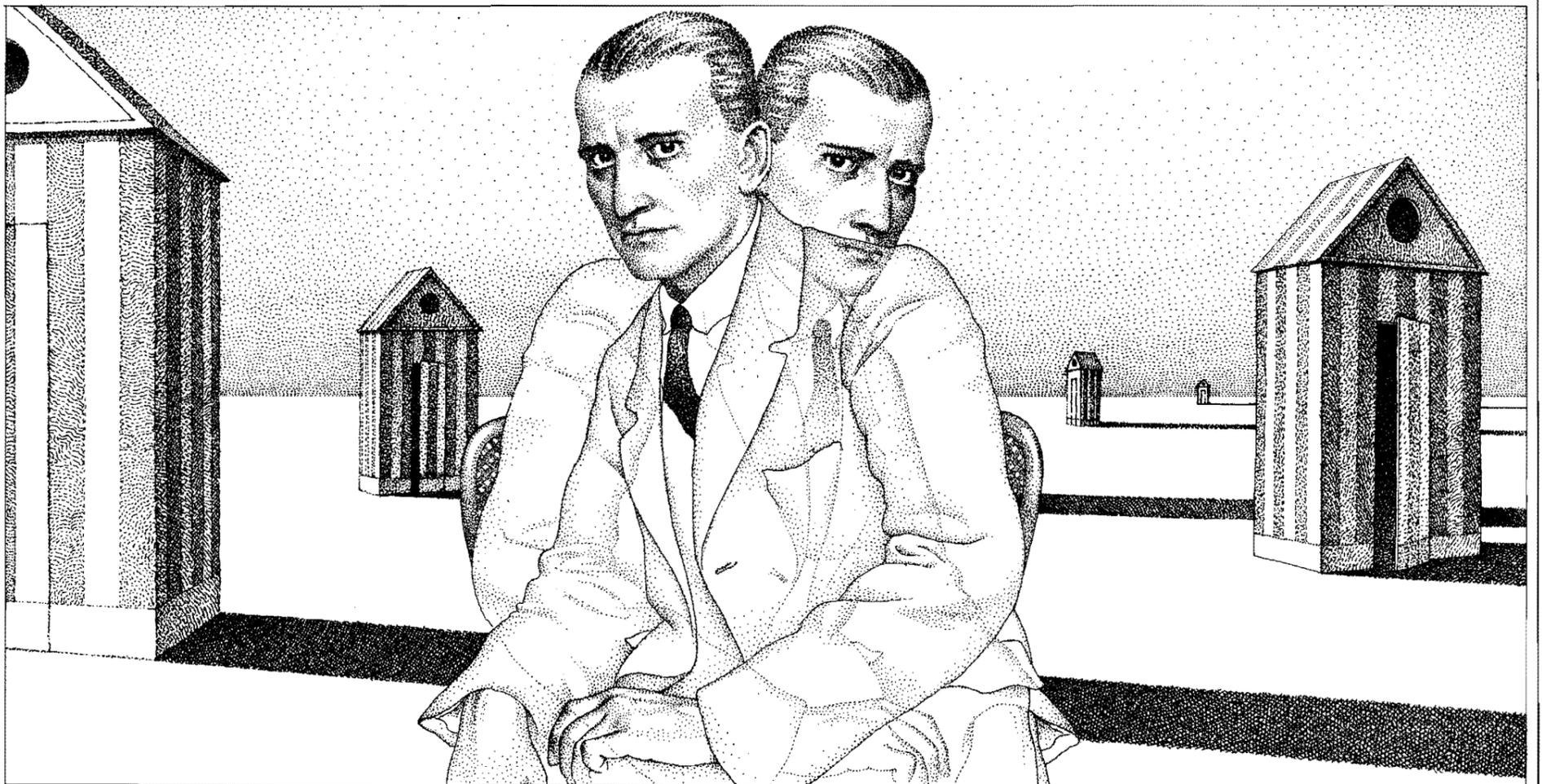
minada situación, pesó decisivamente en la voluntad creadora de bastantes jóvenes que empezaban por entonces su carrera, caso por ejemplo de Rosa Chacel, por ella misma confesado, y de los que alguna vez llamé narradores «Nova novorum».

Cabe pensar que a nada de todo esto fue ajeno el autor de *Roque Six*, cuya situación literaria coetánea, sin olvido de otros débitos, adeuda mucho al ejemplo estimulante del creador de las Greguerías, tal como se echa de ver en el tono deliberada y desenfadadamente lúdico de esta novela, con personajes y situaciones sacados de sus quicios normales y con la reiterada presencia de un humor nada tónico; tanto para él mismo como para su reducido grupo de colegas afines fue decisivo (López Rubio lo reconocerá bastantes años después, al ingresar como académico) «este fenómeno que aturdió a este grupo de jóvenes y los dejó como si les hubiera dado un aire, llenando sus cabezas de violentos hálitos, que se llamó Gómez de la Serna».

## Reencarnaciones

Lo que le ocurre a Roque Fernández, protagonista de la novela *Roque Six*, tras su muerte y entierro en las dos primeras páginas del libro, es nada menos que una sucesión de reencarnaciones o nuevas vidas, en número de seis; de la anterior o primigenia se nos cuentan en el momento oportuno algunos pormenores —como «cosas pequeñas» son calificadas— que constituyen la primera imagen, desde luego incompleta y no en acto, sino en recuerdo, del personaje, muerto finalmente a causa de una pulmonía.

Semejante recordación ocupa unas pocas páginas (de la 7 a la 11), colocadas inmediatamente antes de que comience la aventura de su reencarnación número uno —en este caso como Jean Rocherier, funcionario del ministerio francés de Justicia, con residencia y familia en París—. Este proceso o esquema, donde alternan muerte-reencarnación y vida-muerte, se repetirá en seis ocasiones —de ahí



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



el numeral latino que acompaña en el título al nombre del héroe— inexcusablemente, pero con algunas variantes que impiden la monotonía de la repetición al pie de la letra y peculiarizan cada uno de los núcleos o episodios que dan cuerpo a la acción; entre una y otra anécdota vital, de importancia y longitud desiguales, van, a modo de paréntesis, algunos párrafos que ofrecen noticia de las sensaciones físicas y de otro orden experimentadas por el sujeto paciente de las mismas, pero adivinadas por el narrador-autor (una sola persona). Tal es, globalmente descrita, la estructura de esta novela.

Las variantes dentro del esquema propuesto vienen dadas por la nueva personalidad y dedicación del reencarnado Roque Fernández y también por el espacio geográfico donde habita y trabaja, y nunca por el tiempo histórico en que transcurren los sucesos, sólo una vez indicado y de modo hartamente impreciso: cuando a la vista de algunos hombres que cruzan en París por delante del protagonista, el autor advierte que «se notaba el rastro de la gran guerra [1914-1918] en los ojos de cristal de muchos hombres», sin que referencias de otro tipo —costumbres, canciones y bailes, moda femenina, pongamos por caso— nos adelanten o retrocedan en el curso temporal respecto de tan leve indicación. El número de páginas concedido a cada una de las seis nuevas vidas de Roque Fernández —desde ocho para la quinta hasta cincuenta y seis para la primera— avisa del menor o mayor relieve del episodio en cuestión. De este triple modo —personalidad y dedicación, espacio geográfico, longitud de la respectiva historia— se vence el peligro de monotonía, si bien el procedimiento estructural empleado daría ocasión para otros capítulos —más reencarnaciones de Roque—, trayéndole de acá para allá en el espacio y también en el tiempo, como si de una novela abierta o nunca acabada se tratase.

En las sucesivas reencarnaciones, y cualesquiera sean las circunstancias externas o apariencias de su nueva figura, alienta, como indestructible base, la personalidad originaria del protagonista: ese Roque Fernández que en ocasiones (como en la página 13, convertido en Jean Rocherier) tiene la sensación de ser «un suplantador». Los riesgos derivados de semejante situación no tienen que ver con la policía y la justicia, ya que sus papeles están en regla, ni tampoco con la materialidad de la existencia —dinero, ocupación, un techo—, pues sus necesidades y las de los suyos —esa familia que en más de un episodio: cuando Rocherier o cuando Farjeón, se le adjudica— quedan a cubierto. Lo que conturba el ánimo del reencarnado, una vez que sale de esa atmósfera vagorosa de entremuerte-entrevida para asentarse en su nueva realidad, es el choque con ésta, donde todo (o casi todo) —casa, familia, gente, empleo, idioma— le resulta desconocido y, por ello, proclive a la comisión de algún error que le delate ante sus recientes convecinos. Si ejemplificamos con el reverendo Farjeón, que ejerce como pastor de almas en la villa de Ainsworth (Nebraska), encontraremos que una caída por las escaleras del púlpito donde predicaba fue accidente muy oportuno que le supuso unos cuantos días de inconsciencia a cuyo término «nadie se extrañaba de que el reverendo Farjeón mirara las cosas con ojos nuevos y se hiciese presentar a las gentes, incluso a las más allegadas, y luego hacer como que se acordaba»; en adelante, impuesto ya en la estrenada condición eclesiástica, no sentirá preocupación ni correrá riesgo.

Lo que hubo luego de Roque Fernández, funcionario de un ministerio destinado en una capital de provincia española, fallecido de una pulmonía, fue otro funcionario, de nombre Jean Rocherier, cuyas peripecias se reparten entre la oficina y la familia y cuyos escenarios son, además de París, un innominado pueblo donde abandona a aquella mujer y aquellos tres hijos que no se acostumbra a reconocer como suyos y se lanza a un imprevisto recorrido que da fin con su muerte. Saltamos después a Norteamérica, donde quien

había sido por dos veces funcionario es ahora clérigo protestante y no sale de la demarcación pastoral de Ainsworth hasta que muere ahogado en un río, no menos estúpidamente que Rocherier, ahogado asimismo con una bola de ruleta atragantada en su garganta. Y así como la «Historia de la vieja piragua» rompe sólo por un momento, dada su brevedad, la marcha de la acción Rocherier, la aparición del difunto Dimas Firestone y su extraño relato constituyen una variación y también una ruptura, más extensa ésta, dentro del episodio Farjeón. Comparable en longitud y en importancia a los dos casos precedentes es el que viene seguidamente, en el cual Roque Fernández aparece convertido en el profesor Pezardjick, y la acción, que ahora es de índole política y tiene como base un regicidio, pasa en Bucarest. El relato del atentado, que no es acción actual, sino recordada, interrumpe la marcha de los hechos presentes: prisión, juicio y condena, huida de los acusados; se trata de una información necesaria para conocer a los personajes —una reducida banda de revolucionarios que capitanea nuestro protagonista— y el motivo de su cautiverio; todos terminarán libres, y la negativa a escaparse (pudiendo hacerlo) del profesor Pezardjick trae consigo una muerte más de Roque, ahora ante el pelotón de fusilamiento. Hay en esta cuarta existencia una circunstancia diferenciadora (más adelante la consideraré) respecto a pasadas y futuras reencarnaciones.

Las dos últimas tienen menor longitud y relieve. En la quinta, la reencarnación supone una nueva vida total, puesto que lo nacido para sustituir al fusilado profesor es un niño innominado y sin recuerdos, que se ve obligado a vivir desde el principio —«terrible cosa la de volver a ser niño» (pág. 179)—; por fortuna para él muere al muy poco tiempo cuando la doméstica que le cuidaba lo tira desde el balcón a la calle.

La sexta y postrera reencarnación presenta un curioso caso de gemelismo, ya que Roque Fernández vuelve de la eternidad con «un hombre al lado, tan pronto a un lado como a otro». Ambos conviven durante algún tiempo a lo largo de un breve recorrido que les lleva a un pequeño y anónimo pueblo (que era «como todos los pueblos de siempre»), hasta que una ficticia rivalidad amorosa los enfrenta y mueren uno a manos del otro, pues el cuchillo vengador que Roque esgrime contra su molesto compañero es también para él objeto mortífero. Tras esta muerte, ya definitiva, vendrá el olvido, el Cielo e igualmente el punto final de la narración.

Por boca del resucitado difunto Dimas Firestone tuvo Roque Fernández, a la sazón reencarnado en el reverendo Farjeón, la primera noticia acerca de la suerte que el Creador en sus designios le venía deparando, sin queja alguna por parte del interesado; las palabras de Firestone —«hasta que no cumplas tu misión, estarás en el mundo. Inútil, hasta entonces, que llames a lo eterno»— hacen meditar, primero, al protagonista —«su caso era bien extraño, y sólo con aquella razón se explicaba»— y, seguidamente, le conducen a un estéril movimiento de rebeldía —«¡Me moriré sin hacer nada de lo que quieren que haga!»—; pero cuando (páginas más adelante) Roque-Farjeón se deja ahogar en el río, lo que hace, ignorándolo, es cumplir el mandato ajeno, no el satisfacer la propia voluntad. Tal discordancia continúa en la reencarnación Roque-Pezardjick: cuando el primero toma la apariencia del segundo, éste había participado ya en el regicidio y, por tanto, Roque es inocente de ese crimen («Roque no había apretado el gatillo de ningún fusil», pág. 153). Acaso para compensar la injusticia que supone la condena a muerte dictada por el tribunal le es concedida al preso la posibilidad de escaparse (tal como harán sus compañeros de celda), posibilidad que el interesado no acepta porque piensa, equivocándose, que quien le manda desde fuera ahora «me quiere salvar»; cuando más adelante, ya sin escapato-



José López Rubio.

ria posible, se halle frente al pelotón caerá en la cuenta del error cometido. No acaba, pues, su peregrinaje reencarnador y otros episodios van a añadirse.

¿Obedece a alguna razón significativa el orden en que van dispuestos, desde Roque Fernández a los Roques gemelos que cierran el retablo de personajes, los seis episodios o unidades de acción? ¿sirve de referencia organizadora la «misión» asignada en este mundo a Roque Fernández, hasta cuyo cumplimiento no cesará el peregrinaje a que se ve sometido? Ni se trasluce ni, menos, se explicita de qué misión se trata y, por tanto, no se produce (a lo que creo) un final acorde con lo insinuado, salvo que éste sea el suicidio o autoasesinato que Roque comete contra su inseparable acompañante Roque. Tampoco encuentro motivos que abonen el orden sucesivo de los episodios que tal vez pudiera ser, del primero al último, otro distinto al que rige en la novela, donde no existe (y se trata sólo de apuntar una evidencia) gradación, por ejemplo, de menos a más en busca de un clímax como cierre o remate; repito que el número de episodios podría incrementarse. Dentro de cada uno de los actuales, la estructura es idéntica: muerte de Roque Fernández, nacimiento a la vida de un nuevo Roque y vicisitudes corridas por el reencarnado, tras las cuales volverá la muerte para comenzar seguidamente un nuevo caso; la narración de los hechos alterna con elementos descriptivos y diálogo, manteniéndose en estas tres zonas un matiz de ingeniosa ocurrencia y una expresión que abunda en imágenes y comparaciones, más la presencia de algunos momentos de un claro tono poemático.

\* \* \*

El estilo de López Rubio en *Roque Six* merece alguna especial atención, pues no en vano se ha dicho por Fernando Lázaro Carreter que «cada línea cobija una sorpresa, un destello verbal, una joya poética inolvidable». Sorprende lo insólito e ingenioso de ciertas situaciones —cuando, verbi gratia, Roque-Rocherier consume tiempo y entretiene su soledad la tarde de un domingo, barriendo primero su propia casa para después, en avance incontenible, salir de ella y llegar hasta la calle, ante el asombro y el elogio de los viandantes—. Abundan los destellos verbales, casi siempre teñidos de humor, bien alejado éste de lo tópico en la modalidad y muy próximo a Ramón, greguerizando, metafóricando, divagando libérrimamente sobre la mirada superperfecta, sobre la pedagogía aplicada por los mayores a los niños u ofreciendo una meditación de Dios acerca de sí mismo.

## RESUMEN

Aunque José López Rubio es hoy conocido fundamentalmente como dramaturgo, en 1928, a los veinticinco años, escribió una novela, recientemente reeditada, y cuya publicación le sirve al profesor Martínez Cachero pa-

Grande es también la frecuencia comparativa, de ordinario establecida la relación de semejanza entre los términos A y B de ella por medio de *como* y sin que falte el toque humorístico, en ocasiones más bien rebajador; otras veces, la asociación establecida por el autor dignifica y transmuta las realidades convocadas y el resultado final cae dentro de lo poético: Roque-Rocherier contempla el trabajo de un pescador de caña, con el que casualmente ha coincidido, y en el momento de una captura, «nerviosismo que sube por la cuerda arriba, resbala por la caña, hasta el pescador. Un agitarse, un remolino, una sorpresa. Y sale el pez, moviendo su plata en el aire, creyéndose pájaro». Corporeización del nerviosismo: el del pez aprehendido y también el del pescador; las acciones sucesivas de «subir» y «resbalar»; la trimembración que sigue, expresiva y definitiva; como remate, ya desvanecida la sorpresa, una identificación pez-pájaro. La línea que sigue a lo transcrito y cierra el breve párrafo, posee tonalidad hartamente distinta a lo poemático que precede, es realista y denotativa sin más: «Se ha querido comer un gusano [el pez], pero el gusano estaba prendido con un alfiler.» Podrían aducirse numerosos ejemplos, lo que sólo serviría para hacer evidéntisima, apelando a la cantidad, lo excelente de la expresión en *Roque Six*.

\* \* \*

La otra generación del 27 era (como queda dicho) el título del discurso académico de José López Rubio en junio de 1983, pero es también (en parte) el título de un libro de Laurent Boetsch —*José Díaz Fernández y la otra generación del 27*—, publicado en 1985 (Madrid, Editorial Pliegos); uno y otro autor, el español y el hispanista norteamericano, han elegido, dentro del amplio conjunto que es la generación de 1927, una parte o grupo de ella diferente en cada caso. Sabemos ya a qué «otra» generación se refiere López Rubio; Boetsch saca al título de su trabajo un nombre (el de Díaz Fernández) que le parece capital, ejemplo de mayor significación, al que añade otros cuatro, todos ellos de cultivadores de la novela. Ocurre que así éstos, como los dramaturgos evocados por López Rubio, tienen algo que ver —años de nacimiento y de irrupción en la república literaria, decidida actitud innovadora, algunos modelos magistrales, etc.— con lo que se estima específico de tal generación, dentro de la cual es grande la diversidad.

El signo bibliográfico actual se muestra más favorable al grupo encabezado por el novelista de *El blocao*, en cuya reivindicación, luego de un largo tiempo de olvido, están empeñados algunos investigadores, que al de los dramaturgos amigos de López Rubio, alguno de ellos —Neville, Jardiel— cultivador también de la novela. Estos últimos narradores, humoristas destacadamente, junto con otros como Samuel Ros, Antoniorrobes, Valentín Andrés Álvarez, etc., tuvieron su casa (diríamos) en la colección de Grandes Novelas Humorísticas finalizando la tercera década de este siglo, y sus obras, presididas por una actitud lúdica, servida a la usanza de la vanguardia, no afectadas por ninguna desviación ideológico-política, agotadas tiempo ha, padecen un olvido injusto y necesitan (lo necesitan sus posibles lectores) reediciones como la que de *Roque Six* ha hecho la editorial Seix Barral. □

José López Rubio

*Roque Six*

Seix-Barral, Barcelona, 1986. 206 páginas.

# Realidad, mundo, Dios

Por Olegario González de Cardedal

**Olegario González de Cardedal** (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich y catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca. Es miembro de la Comisión Teológica Internacional y numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros títulos, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar*, y *El lugar de la teología*.

El libro que presentamos se propone comprender el mundo, poniéndolo en relación con el hombre y sobre todo en relación con Dios, de quien el Credo dice que es «creador del cielo y de la tierra», es decir, de todo. Su primera novedad es justamente el tema. En los últimos decenios el hombre ha estado tan en el centro de la teología, de la filosofía y de la experiencia humana, que apenas quedaba interés para lo que el mundo es en sí mismo. Cada una de las ciencias se circunscribía al objeto particular de su investigación, sin preocuparse del ancho mundo, que como totalidad era considerado ajeno. Los teólogos parecían concentrarse en la realidad de Dios y del hombre dejando fuera de su consideración e interés al mundo como realidad en sí y no sólo como escenario o materia sobre la que se ejerce la libertad humana y surge la historia.

1. **Lutero, Descartes, Kant y la primacía de la subjetividad.** La teología ha estado determinada en Europa durante los últimos siglos por el protestantismo y su concentración en el sujeto. Lutero volcó la atención a los problemas del pecado y de la salvación. Centrándose su mirada en la Biblia y rechazando la metafísica, hizo volver los ojos a la historia como lugar de la revelación del Dios salvador, negando todo interés teológico a la naturaleza y al cosmos en cuanto tales. Frente a la escolástica decadente, girando en torno a problemas metafísicos, para Melancthon el único conocimiento religioso al que ha de servir la teología es el que se centra y deriva de Cristo: «En esto consiste conocer a Cristo: en conocer los beneficios de su redención; no en descifrar el modo en que están unidas o constituidas sus naturalezas». A partir de la Reforma, por consiguiente, el cristianismo centra todo su interés en el sujeto que tiene conciencia de pecado y busca la salvación.

Lutero, Descartes y Kant centraron la preocupación de Occidente en el hombre como sujeto que se conoce a sí mismo en el mundo, más allá del mundo o incluso sin mundo. La teología se vio arrastrada en esa concentración y angostamiento antropológicos. La consecuencia ha sido grave: a una comprensión del hombre sin mundo ha seguido en el pensamiento reciente una comprensión del mundo sin hombre, como pura naturaleza en la que el hombre es un accidente o una fase pasajera (estructuralismo, antihumanismos).

Al final de este proceso se plantea la necesidad de esclarecer de nuevo la relación existente entre los tres lados de este triángulo: Dios, hombre, mundo. Frente a ese antropocentrismo que ha dominado la cultura europea hasta hace poco, y frente al antihumanismo reciente, es necesario volver a preguntarse por la relación que los une. Porque no se puede pensar al hombre sin mundo ni a Dios sin su relación con el mundo y con el hombre; ni pensar al mundo sin relación con el hombre y sin hacerse a la vez las preguntas por el fundamento, la destinación, el origen y consistencia últimas; es decir, las preguntas teológicas.

2. **El mundo anglosajón, Darwin, Teilhard de Chardin y la primacía del cosmos.** El pensamiento y la teología anglosajona, en cambio, han establecido siempre una relación más estrecha entre Dios y el mundo. La revelación de Dios y el conocimiento subsiguiente por parte del hombre tienen lugar no sólo

en la historia del pueblo judío o en el destino de Jesús, sino en la creación misma. Por eso la llamada teología natural y el teísmo han sido siempre cuestiones vivas y abiertas. Las viejas discusiones de Newton y Clarke y las nuevas reflexiones de Whitehead y de Swinburne son testigos de ese perenne interés del mundo anglosajón por las cuestiones cosmológicas en su relación con la teología.

Los nombres de Darwin y de Teilhard de Chardin (nacido éste en 1881 cuando moría aquél en 1882) devolvieron al problema del mundo, en un sentido, y a la teología de la creación, en otro, todo su interés. Rahner, con una voluntad integradora, intentará por su parte situar al hombre y a Cristo dentro de una visión evolutiva del mundo. El hombre es aquel ente en el que la autotranscendencia de la materia en el espíritu llega a su irrupción definitiva. El signo de que esa autotranscendencia llegó a su término, de que materia y espíritu se logran en totalidad es la persona concreta de Cristo, quien suma en su destino el doble movimiento de apertura de Dios a la creatura y la apertura de la creatura al Absoluto (encarnación-unión hipostática-promoción suprema del hombre).

3. **Los nuevos problemas actuales: ecología y futuro del hombre en el mundo.** Los problemas actuales de la ecología, la necesidad que han sentido las ciencias positivas de replantear las cuestiones de la última estructura de la realidad, la inevitable indagación de una ontología básica sobre la cual la antropología pueda sustentarse, los nuevos planteamientos sobre la relación entre fe y ciencia: todo esto constituye el trasfondo y la ocasión histórica a partir de las cuales surge este libro. Y parte de ellos no para hacer un discurso ajeno y separado de ese trasfondo y situación histórica, sino para elaborar una visión teológica de la realidad, del cosmos y del tiempo, justamente en diálogo, interrogación, aprendizaje y a veces provocación con las demás ciencias implicadas en estas cuestiones. Este es el primer gran valor de esta obra, perfectamente informada teológica y científicamente, y que por ello se convierte ya de entrada en un reto. Reto que consiste en preguntar a los teólogos si su cultura científica es rigurosamente objetiva y contemporánea; y en preguntar a la vez a los científicos si su cultura teológica es rigurosamente objetiva y contemporánea.

## La doctrina de la creación

1. **El discurso teológico sobre el mundo.** ¿Cuál es el discurso específico que un teólogo elabora sobre el cosmos o mundo? No habla el teólogo de su estructura física, ni de las leyes de su funcionamiento, ni de los distintos niveles en que la realidad se estratifica. El teólogo habla del mundo a la luz de lo que unos textos considerados como revelación nos dicen de él. La Biblia es el libro normativo de la fe y por ello el punto de partida de la reflexión teológica. Para la Biblia el mundo es creación de Dios: ser creación es su gloria, el fundamento de su autonomía y la garantía de su consumación. La Biblia en este nivel nos hace asistir al «origen», nos explicita cuál es el «sentido y racionalidad», nos muestra a qué «meta» última marcha el mundo como totalidad dentro de la cual el hombre existe.

Hecha esta afirmación, hay que apresurarse, sin embargo, a afirmar que la Biblia no es un libro de ciencia ni de filosofía, sino un libro religioso que sólo está interesado en develar cuál es la relación primera y última del hombre con Dios a la luz de una revelación positiva, que Dios ha hecho de sí mismo al hombre a través de la historia. «El interés por una información profana resulta ajeno a los hagiógrafos, a los que mueve una finalidad neta y exclusivamente religiosa. En el campo de los conocimientos científicos, la aportación de esta teología de la creación es nula. Lo que ella ofrece de nuevo se localiza en otro ámbi-

to de la comprensión de lo real: en una visión del mundo como lo originado por un Dios santo, fiel y amoroso, y como lo destinado a una alianza que es salvación de todo lo creado» (Ruiz de la Peña, pág. 31).

2. **La creación en el Génesis.** El texto clásico en una teología de la creación es el capítulo 1, 1-2, 4a del *Génesis*. La interpretación de esta página nunca ha sido fácil. Unos han visto en ella un fragmento de ciencia natural; otros, el primer capítulo de historia profana de la humanidad; otros, un mito o fábula propia de un pensamiento prerracional; otros, un poema exclusivamente religioso. El texto es sencillo en un sentido y complejísimo en otros, porque es al mismo tiempo la intrahistoria de toda la humanidad y el primer capítulo de la historia particular de un pueblo; historia de su origen redactada tras haberse reconocido pueblo elegido y haber hecho la experiencia de la alianza y del conocimiento subsiguiente de Dios como ser personal, interviniendo en favor de él. Capítulo que está al comienzo del libro y que, sin embargo, ha sido redactado al final de esa historia en la que Dios se ha manifestado solidario, guía, redentor. Los profetas han elaborado una comprensión de Dios que parte de la experiencia de la potencia salvadora de Dios manifestada en el corazón de la historia, y desde ahí han saltado a la afirmación de Dios como soberanía en el origen (creación) y como fuerza victoriosa en el final (salvación). Por ello desde la experiencia de la liberación de Egipto y de la alianza, como poder de Dios con un pueblo particular, se ha pensado el poder originario de Dios sobre todos los pueblos y sobre toda la realidad. Dios sólo puede ser liberador de Israel si es señor y soberano de todos los pueblos, es decir, si es creador. Por eso la conclusión de Isaías: «Tu redentor es tu creador». Protología, soteriología y escatología van unidas. Sólo puede decir una palabra sobre el presente y su profundo sentido quien tiene palabra sobre el origen y sobre el fin. Sólo salva quien crea; sólo redimirá al final quien en el origen ha creado.

A la vez que quiere establecer puentes con las cosmogonías circundantes, el *Génesis* ofrece una «novedad fundamental»: la identidad entre el Dios salvador de Israel y el Dios creador del universo; un monoteísmo sin concesiones; su acción suscitadora de lo real pasa por la palabra y tiene lugar en virtud de su voluntad de comunicarse y no por necesidad, envidia o mera victoria sobre otros poderes primordiales; el amor es así la genuina urdimbre de lo real; el mundo queda desdemonizado y arrancada la realidad a todo poder que la retenga o domine; todo es fruto de la acción creadora de Dios y todo está entregado al hombre para que en el mundo sea soberano; la acción creadora de Dios no está descrita, ya que por ser suscitación de realidad no es describable; Dios no actúa sobre una materia preexistente, sino que hace surgir a la materia para que exista; la totalidad surge de una mano creadora en el tiempo, es decir, con un antes y un después, con lo cual se nos da la temporalidad como proceso hacia una perfección que no se sitúa en el inicio, sino en el final; hay una única historia, la de Dios con el hombre, y por consiguiente la historia sagrada y la profana no son dos líneas paralelas.

El *Génesis* no es un capítulo de ciencia positiva ni una fábula ingenua. El sentido de este capítulo no es informar sobre el pasado, sino iluminar el presente. La creación no describe ante todo un acontecimiento puntual en los orígenes, sino una relación permanente y constituyente de la realidad total con Dios. La Biblia narra el relato de la creación como resultado de una experiencia histórica (Dios ha liberado a su pueblo) y como fundamento de una esperanza escatológica (Dios quiere ser el destino, plenitud y salvación de todos los hombres y pueblos).

3. **La creación en el evangelio a la luz de Jesucristo.** Quizá el error máximo de la historia de la teología ha sido pensar la creación

sólo a la luz del capítulo primero del *Génesis* y de Adán; porque la creación se entiende sobre todo a la luz del capítulo primero de San Juan y de Cristo. «Una mirada retrospectiva a la trayectoria bíblica de la fe en la creación permite extraer, como primera conclusión importante, que dicha fe no impone una determinada imagen física del mundo. Y ello porque el marco bíblico del discurso es la soteriología, no la cosmología o la ontología. Esta apreciación, verificable ya en el Antiguo Testamento, se hace de todo punto evidente en el Nuevo, que opera una sistemática concentración cristológica de todos los asertos relacionados con la creación. De ahí se sigue también que la fe cristiana en la creación no es identificable sin más con la fe judía en la creación: a ésta le falta el elemento decisivo: el «hecho-Cristo». El documento base de la doctrina creacionista no es *Gn* 1, sino *Jn* 1; es el prólogo de Juan lo que explica el primer capítulo del *Génesis*, y no viceversa. Si la exégesis y la teología hubieran tenido siempre presente este orden de prelación, se habrían ahorrado muchos y muy dolorosos conflictos entre fe y ciencia, cristianismo y cultura» (Ruiz de la Peña, pág. 83).

4. **Desarrollo histórico de la doctrina de la creación.** Tras haber expuesto la doctrina bíblica sobre la creación, va siguiendo el desarrollo histórico de la doctrina de la creación. Este tiene lugar en el marco de una doble problemática: ontológica y ética. La primera tiende a esclarecer cómo si Dios es infinito puede existir al lado de él la creatura. El panteísmo ha ejercido una profunda atracción sobre el espíritu humano. Esta postura se resuelve en la afirmación de la unidad de todo lo existente: como espíritu (monismo idealista) o como materia (monismo materialista). La problemática ética tiene que vérselas con el problema del mal en el mundo y mostrar su posible o imposible conexión con Dios ¿Es Dios autor del mal? ¿Es el mal un poder tan autónomo y soberano como Dios? El dualismo en sus múltiples expresiones (gnosticismo, maniqueísmo, catarismo, arrianismo) ha sido la otra tentación de la fe. Entre una y otra ladera, la teología afirma la soberanía absoluta de Dios y su diferencia respecto a la creatura; a la vez afirma a Dios creador de la materia en un acto libre y amoroso, y a ésta derivada y ordenada a él. La trascendencia creadora de Dios funda la autonomía, la libertad y un optimismo cosmológico que no habían conocido las culturas circundantes al cristianismo. ¿No en vano la palabra hebrea correspondiente a creación («bara») no existía en el léxico griego y latino!

5. **Creación, providencia, salvación.** El capítulo final de la primera parte es una «reflexión teológica» sobre el hecho, el modo y el fin de la creación. Cuando hablamos de creación no nos referimos al problema puntual de los orígenes, sino que hacemos una afirmación sobre la realidad actual en su textura ontológica: su relación con Dios que la hace surgir, la sostiene existiendo, la acompaña en la acción, la ordena a un fin y la propulsa hacia el ser más. No se trata de que Dios haga las cosas a partir de un algo o de una nada preexistente, como equivocadamente puede hacernos creer la fórmula: «creación a partir de la nada de sí mismo y del sujeto», sino de una relación que abarca el surgimiento, la perduración y la consumación en la existencia. Creación, providencia y salvación son diferentes expresiones de la relación de Dios con toda la creatura en todo el tramo de su existir. Dios no está en una esquina o provincia de la realidad («Dios suburbial»), sino en el corazón real y temporal de ella. Gobierno, providencia y conservación del mundo son expresiones de la única relación paternal y amorosa de Dios con el mundo.

La idea de creación no es una metafísica que el cristianismo elabora, como hacen las diversas filosofías. Es un artículo de la fe cris-



Viene de la página anterior



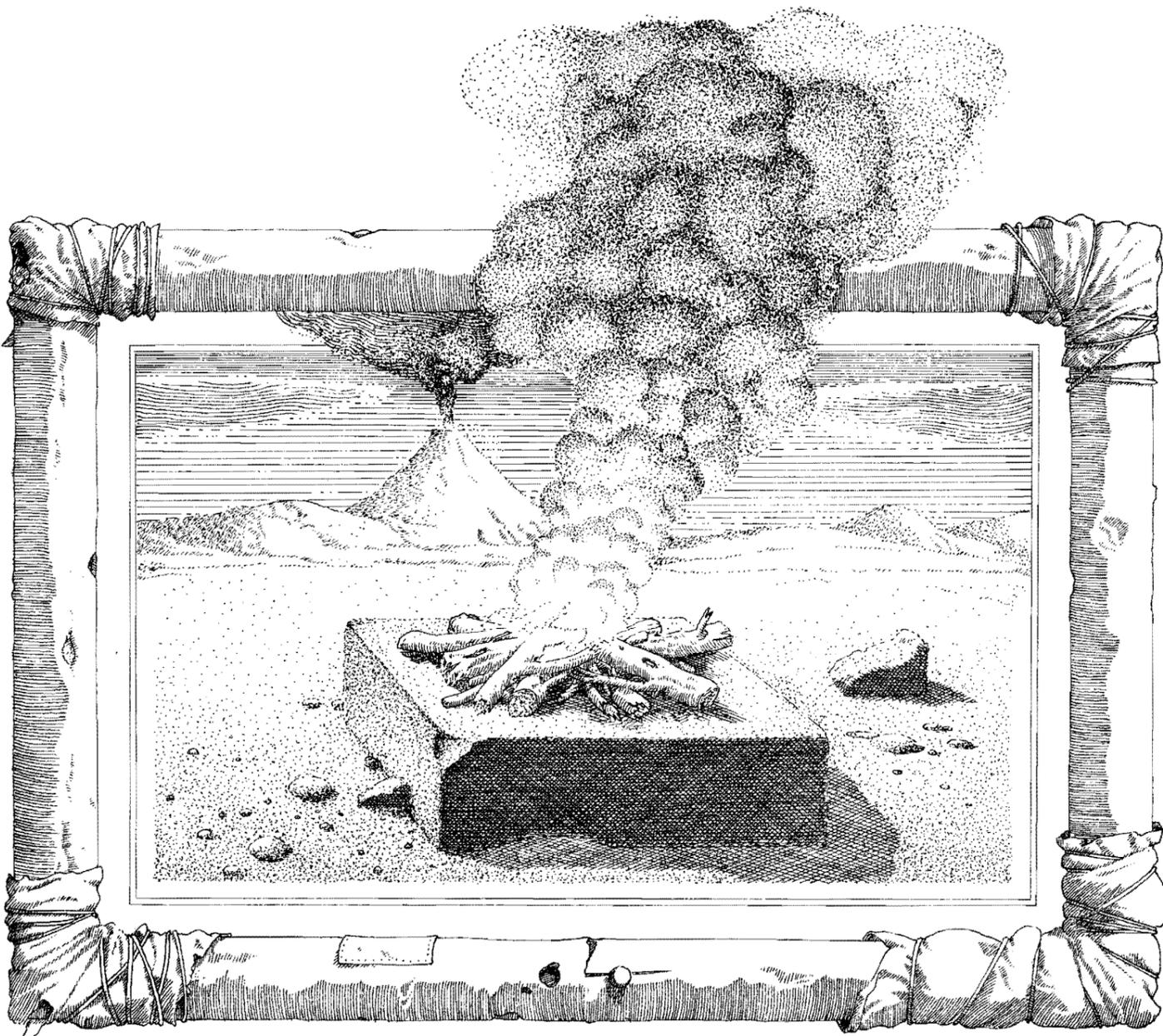
tiana, y por tanto un misterio que se esclarece u oscurece a la luz de la totalidad del cristianismo. La creación es el inicio de una relación cada vez más creciente, afirmadora y sustantivadora de Dios con la creatura, que se consume en la encarnación. Dios, al crear el mundo, se crea a sí mismo un cuerpo; y de esa inicial corporeidad va a tomar luego su humanidad el Verbo encarnado. Por ello sólo a la luz de Cristo se entiende el mundo, porque para él, hacia él y con él ante sus ojos, lo ha hecho Dios. ¡Ha sido una tragedia que a lo largo de la historia el cristianismo haya mirado con recelo la materia y el cuerpo, cuando uno y otra han sido queridos por Dios como su forma definitiva de existencia y como la posibilidad suprema para ser cercano, solidario y connatural con nosotros los hombres! Y esa materia y cuerpo que Jesús asumió encarnándose perduran para toda la eternidad, de forma que Dios es eternamente hombre en nuestra carne y sangre glorificadas.

6. **Creación y evolución.** Una cuestión sin duda urgente para muchos lectores es la que cierra la primera parte sobre las relaciones entre creación y evolución. Aquí el autor es absolutamente explícito, diferenciando los conceptos y mostrando su conciliabilidad. «El concepto de "creación" pertenece al ámbito del discurso explicativo, "meta"-físico, y responde a la pregunta sobre el ser (¿por qué "es" algo y no la nada?), mientras que el concepto "evolución" pertenece al ámbito del discurso descriptivo, "físico", y responde a la pregunta sobre el "aparecer" (¿cuándo y cómo aparecen estas cosas y no otras?).» (Ruiz de la Peña, pág. 122).

Haciendo suyas las palabras de W. H. Thorpe, el autor afirma que «entre las religiones de todo el mundo, solamente el cristianismo muestra signos de ser capaz de satisfacer las demandas de una visión científica del mundo consciente de la biología evolutiva». A la vez se lamenta de la cultura (o incultura) teológica de los científicos que aún siguen proclamando que «el mito de la creación murió con Darwin». La teoría de la evolución no excluye la doctrina de la creación; ni ésta a aquélla. La evolución dice que los seres se auto-trascienden, rebasan su umbral ontológico, van de menos a más. La doctrina de la creación dice que eso es posible, que lo más surge de lo menos y que hay acrecentamiento de realidad porque, además de la causalidad intramundana e inmanente, existe la causalidad trascendente, que no se opone o corre paralela, sino que se suma y expresa a través de aquélla. El mundo queda así religado al ser, poder y amor mismo de Dios: el destino de éste es el destino de aquél. La nada no es la casa definitiva del mundo: ello significaría el fracaso mismo de Dios. Quien nos ha suscitado de la nada nos ha incitado al Todo. La creación inicia el largo camino de la salvación o logro planificador de la vida humana.

## Las cuestiones fronterizas

1. **El problema del mal.** La segunda parte del libro es, sin duda, la más interesante, ya que confronta esa doctrina teológica de la creación, como lectura metafísica derivada de una experiencia religiosa, con los grandes problemas éticos, científicos y metafísicos que otras lecturas de la realidad suscitan. Así, el primer problema es la conciliación entre la fe en la creación y la experiencia del mal. El mal, ¿es el arma suprema contra Dios o es el signo que nos hace pensar como necesaria la realidad de Dios, para aniquilarlo y para que los verdugos no prevalezcan sobre sus víctimas? Tras ofrecernos la respuesta de Jesús, que prolonga la de Job, consistentes en la fe y el amor que interrogando esperan y esperando actúan en la dirección de lo esperado, nos habla del Dios sufriente con nosotros y de cómo es posible creer en medio de la experiencia del mal. La praxis de la fe implica creer desde la esperanza en una victoria sobre el mal y alinearse



ALFONSO RUANO

contra el mal experimentado. Creer en el Crucificado es alinearse contra toda forma de crucifixión.

2. **La crisis ecológica.** Aparece luego el problema de la realidad concreta del mundo amenazado o la «crisis ecológica». ¿Cómo es posible que el hombre haya deshecho la morada («oikía») que Dios le ha prefabricado? ¿Qué deserción personal y qué desertización ética han tenido lugar? ¿No era el mundo «el lugar» y «cuerpo de Dios», y no se convierte así la crisis ecológica en una crisis teológica? A la vez que nuestro autor, J. Moltmann ha planteado este grave problema, recogiendo la acusación de aquellos autores según los cuales la teoría del Génesis (el hombre soberano y dueño del universo) sería culpable del actual problema. Uno y otro plantean la cuestión de cuál es realmente el centro de la realidad: ¿el hombre, que va a acabar en el mundo; el mundo mismo como anterior, superior y posterior al hombre, pobre insecto que en breves días aparece y desaparece; Dios presente y soberano siempre?

3. **Relaciones entre fe y ciencia.** Los capítulos finales analizan las relaciones entre la fe y la ciencia, bien como problema general básico o bien refiriéndose a problemas concretos (los modelos de universo; el dilema determinismo-indeterminismo; el azar o la finalidad; cosmocentrismo o antropocentrismo; materialismo-creacionismo). Tras una larga serie de científicos y de pensadores: d'Espagnat, Prigogine, Heisenberg, Hübner, Pérez de Laborda..., concluye: «Las cuestiones científicas que interesan a la teología —origen del universo de la vida y del hombre; azar/necesidad; finalidad/antifinalismo, etc.— están abiertas y, dada su naturaleza, es sumamente probable que no sean solubles nunca desde la pura racionalidad científica. Desdichadamente a la "hybris" teológica sucedió, después de finales del siglo pasado, la del cientismo positivista, hoy por fortuna en ocaso. Pero si por parte y parte se es consciente de las fronteras de los respectivos saberes y de su estatuto epistemológico, no se ve por qué habrían de originarse nuevos conflictos entre ciencia y fe; la coexistencia pacífica entre ambas (incluso

su enriquecimiento mutuo) es, además de auspiciable, realizable de hecho. Por el momento, lo que se puede verificar ya es que no hay tesis "científicas" que colisionen con verdades cristianas. Hay, sí, tesis de "científicos", que no son de recibo para la fe; pero ninguna de ellas está avalada por la comunidad científica (como diría Kuhn); dentro de esa comunidad son objeto de debate y reflexión.» (Ruiz de la Peña, pág. 272).

## Valoración crítica

Este es un libro importante por múltiples razones. Ante todo porque piensa con todo rigor un dato esencial de la fe, integrando la mejor exégesis reciente y el desarrollo de la teología en los últimos decenios, a la vez que insta un diálogo permanente con la comprensión científica del mundo. De esta forma presenta la realidad de Dios referida y destitutamente afectada por el mundo. A la luz de la creación y de la encarnación, Dios ya no es pensable sin el mundo. Y el mundo ya no es pensable, en ultimidad, sin Dios. Es un libro importante por su lucidez teórica, por la capacidad de formulación sintética y por el conocimiento de los datos científicos que el autor ya había acreditado en su libro anterior sobre las antropologías contemporáneas en su relación con la teología (J. L. Ruiz de la Peña, *Las nuevas antropologías, un reto a la teología*, Santander, 1984).

Es un libro importante, finalmente, como expresión de un nuevo talante humanista de la teología española, que se explicita en el conocimiento de otras ciencias de la realidad y en la voluntad de diálogo con el resto de la cultura española. Obras como *La humanidad de Dios*, de J. Rovira Belloso (Salamanca, 1986); *Antropología teológica*, de L. F. Lardaria (Madrid, 1983); *La revelación de Dios en la realización del hombre*, de A. Torres Queiruga (Vigo, 1985); *La gloria del hombre*, de O. González de Cardedal (Madrid, 1985), testimonian la pasión que anima hoy a la teología española, su voluntad de diálogo, colaboración y crítica al mismo tiempo. Tales libros abiertos al pensamiento y a la ciencia secular esperan de éstos un eco y una respuesta, ya que de lo contrario seguiría existiendo entre nosotros un silencio generador de incompreensión y de rechazo por ambas partes.

Como toda obra, también ésta tiene sus límites. Los exégetas y científicos quizá no estén de acuerdo con ciertos matices del autor. Otros temas podrían haber estado también presentes. Quizá el estilo es a veces tan incisivo y sintético que dificulte la comprensión. Sin embargo, la lucidez, claridad y brevedad son tan admirables que lo convierten en un libro modelo dentro de los límites y objetivos que el autor se había propuesto. □

RESUMEN

Para el teólogo González de Cardedal este libro de Ruiz de la Peña, que aquí comenta, es significativo porque piensa a fondo un problema esencial para la vida humana, integrando la mejor exégesis reciente y la teología de los últimos decenios, a la vez que mantiene un diálogo permanente con la comprensión científica del mundo. A la luz de la creación, señala, Dios ya no es pensable sin el mundo y el mundo ya no es pensable sin Dios.

## RESUMEN

Para el teólogo González de Cardedal este libro de Ruiz de la Peña, que aquí comenta, es significativo porque piensa a fondo un problema esencial para la vida humana, integrando la mejor exégesis reciente y la teología de

Juan Luis Ruiz de la Peña

*Teología de la creación*

Sal Terrae, Santander, 1986. 279 páginas.

# España en su propia esencia

Por Domingo García-Sabell

**Domingo García-Sabell** (Santiago de Compostela, 1910) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega y delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre galego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

José Luis Abellán anda a vueltas con un serio problema colectivo, a saber, el de dar con la escondida veta de lo hispánico en el orden de las ideas. Con la busca de las raíces. Hoy, empleando una terminología al uso, se hablaría de inquisición en la identidad española.

Para emprender viaje hacia la tierra prometida, lo primero, lo inexcusable, es dar por bueno que la identidad existe. Que hay filón. Y justo aquí, en este arranque, comienzan las dificultades. ¿Qué es España? De lo que podamos contestar a esta pregunta dependerá nuestro caminar indagatorio, dependerá el rumbo que tomemos, la ruta que se elija. Y, con ella, las penalidades del camino. Buscar a España en su propia esencia es peregrinar al modo antiguo, con bordón y sayal. Quiero decir, con el máximo de desnudez y el mínimo de atuendos ornamentales.

Todavía flotan en el alma hispánica resabios finiseculares que todos dábamos por acabados. Por absolutamente muertos. Y entonces, al concluir ciertas lecturas, nos invade esta congoja: ¿es que por acaso, por funesto acaso, no sólo nos gusta la declamación, sino que somos, esencialmente, esa declamación? No lo creo. ¿Por qué? Pues sencillamente porque a veces aparecen libros como la *Historia crítica del pensamiento español*, de José Luis Abellán, que nos persuaden y nos animan a volver al buen camino, es decir, a percatarnos de que no todo es hojarasca, y hojarasca científica, en la inteligencia española.

De esta obra van publicados cuatro tomos. Alguno, sobre todo el último —último, por ahora—, denso y voluminoso. El autor salió al campo de la indagación intelectual —un campo encrespado y atosigado de dificultades— con el ánimo de topar el pensamiento hispánico, esto es, el orden de ideas con suficiente don de quilates como para aspirar a tener presencia en la esfera de la cultura occidental. Presencia y permanencia.

## La cuestión nacional

Es evidente que lo que el autor llama «la cuestión nacional», es decir, el paso paulatino de una determinada idea de lo que pueda ser la Nación, al problema, hoy de primera instancia, de las Nacionalidades, no es posible dilucidarlo con un mínimo de rigor si antes no se tienen en la cabeza unos cuantos supuestos históricos —y sus condignas valoraciones sociológicas y antropológicas— que Abellán apoya, atinadamente, en trabajos de Francisco Tomás y Valiente, de José María Jover Zamora o de José Antonio Maravall. Estos apoyos, como docenas y docenas de los que a través de las páginas de los cuatro copiosos volúmenes pululan, podrían disponer el ánimo a ver en el texto, repito que copioso, algo así como un centón erudito sin mayores pretensiones. Pero Abellán es hombre

de máximos anhelos. Para él, la filosofía consiste en una extraña y difícil mezcla de las preguntas esenciales y de algo, de bastante, que cae extramuros de ellas. De lo que puede entrar en una categoría metafísica —en la obra apenas apuntada, y es lástima— y lo que cae en un tratado de Sociología o de Antropología cultural. O simplemente —y es lo que predomina— en el ensayo de fondo político.

Por eso en esta *Historia crítica del pensamiento español* nos damos de bruces con parsimoniosos y estrictos análisis históricos y, al tiempo, con rápidos paseos por paisajes conceptuales que exigirían un fino desmenuzamiento intelectual. Y yo creo que no siempre se consigue. Así, lo que el autor denomina, por ejemplo, «tensión Romanticismo-Ilustración», es uno de ellos. Contemplamos entonces una panorámica casi siempre poco diáfana hacia la que cada cual puede dirigir la mirada desde muy diversas perspectivas. Y uno puede estar de acuerdo o no con las tesis allí sostenidas. Pero, sea de ello lo que sea, de lo que no cabe duda es de que las opiniones de Abellán nos ayudan a reafirmar, por contraste, nuestras propias ideas. Y ésta es una manera, quizá la más fecunda, de enriquecerse. De que el lector salga de la lectura con un grado mayor de maduración interna. En esto veo yo quizá la virtud máxima del texto ofrecido, pues nos obliga a pensar, a analizar, a distinguir, a tomar postura, a establecer batalla con lo leído. A afirmarlo o a negarlo. Cuando esto ocurre, puede decirse que el libro, el que sea —aquí, el de Abellán—, es obra viva. Es obra auténtica, y por auténtica, necesaria.

El gran problema que subyace en los cuatro volúmenes ahora reseñados, el problema que late, imperioso, en la espalda del texto y que sólo se ve en transparencia, es el de la realidad operativa de la cultura.

La cultura no es ni más ni menos que el conjunto de valores, la tabla axiológica que cada colectividad ha ido elaborando a lo largo de la historia. Es un entramado muy peculiar de aceptaciones y rechazos que tiene su más honda y más fina expresión en el lenguaje. Cada cultura, esto es, cada programa de vida, realizado, como diría Zubiri, por «invención optativa», da lugar a una determinada manera de expresarse, y cada manera de expresarse —esto es, cada lengua— necesita —así, necesita— de ese programa de vida para tornarse efectiva, quiero decir, fecunda. O lo que es lo mismo, creadora. La cultura, así entendida, entra en perfusión con la lengua, y ésta con aquélla para, entre las dos, criar descendencia. Esa descendencia, esas criaturas fruto de la coyunda programa de vida-lengua materna, serán enseguida bautizadas como obras de arte, como ciencia, como carácter «nacional», como «identidad», etc. Pero si nos salimos de estos límites y comenzamos a divagar sobre las dimensiones trascendentes de la cultura, estamos perdidos. Perdidos, esto es, desorientados en el bosque de los sistemas que, como trampas, nos tienden sus cepos y nos dejan inermes. Bien está la abstracción, pero sólo hasta cierto punto. Cuando crece en demasía —y sin que sea preciso— todo se vuelve confusión, oscuridad y lamentación. También aquí conviene aquello de «saber hasta dónde se puede llegar demasiado lejos».



ARACELI SANZ

No perdamos, pues, la unidad de lo que, desde el punto de vista de la existencia cotidiana, nos pide la realidad de la cultura. Porque toda realidad —y la cultural en grado sumo— posee esencia caprichosa y es, como decía Virginia Woolf, «muy excéntrica» («very erratic»). Atemos, en lo posible, las extravagantes líneas de fuerza de la existencia común. Y no las prolonguemos inútilmente. Es decir, no hagamos con ellas fácil y rancia retórica.

Por eso, lo que a primera vista puede pareceros en la obra de Abellán como limitación o estrechez metodológica es, en verdad, una ayuda. Una ayuda para, desde ahí, desde ese momento, hincar nuestro diente analítico en la entraña de los datos y, de esa forma, intentar descubrirle la médula significativa. La *Historia crítica del pensamiento español* es obra de geólogo. Nos advierte de la presencia del filón. A nosotros nos cumple explotarlo, sacarlo a la luz brilladora, o dejarlo como está, oscuro, soterrado, inútil.

## Horizonte antropológico

Así, al partir, como yo postulo, de una concepción global, desde el horizonte antropológico, del fenómeno cultural, cualquier realidad del espíritu que pueda hacernos cara cobra de inmediato una aclaradora dimensión humana. Ciertamente que de ese modo todo se complica, esto es, todo gana en matiz, en tornasolado y, por ende, en riqueza existencial. Para la esfera de la creación nada es unívoco. O, como afirmaba el gran poeta Pessoa, «nada se reduce a una coisa só, nem sequer na vida intra-atómica». La realidad es laberíntica y, a final de cuentas, misteriosa. O lo que es lo mismo: racional y más que racional.

Una cosa queda en pie. Y es lo que el libro de nuestro autor ofrece como punto de partida. No es, pues, un punto de llegada. Es un inicio. Y por eso yo hablé, al principio, del caminar, del peregrinar en la búsqueda de la entraña espiritual de España. Que es lo que los cuatro densos tomos intentan.

Porque en último término —como señala Emilio Lledó en un libro espléndido, *La memoria del Logos*—, «los hechos perviven en lo ideal cuando se hacen palabras». Y las palabras son las ataduras que confieren bulto palpable a lo ido, a lo que ya pasó. En suma, a la Historia. Vámonos nosotros, armados de palabras, a la caza de la existencia pretérita. A

lo que, como dice el propio Lledó, queda consolidado en el lenguaje. Pero, ¿somos capaces de apresarlos? ¿Y hasta qué frontera, hasta qué límite de lo real, pueden alcanzar nuestras palabras? A final de cuentas, nos queda lo inconocible, algo así como la «realidad velada» de que hablan los físicos actuales. Y, a lo mejor, esa realidad es la que de veras importa.

Lo que encadenamos, encadenado queda, pero no perdamos jamás de vista nuestras propias insuficiencias. Este me parece uno de los méritos mayores de la *Historia crítica del pensamiento español*, de José Luis Abellán. Porque, como tantas veces ocurre en las tomas de postura de los españoles ante su historia, aquí, en estos textos, no se parte de cero. No se admite partir de cero. Pues no es que en España no haya acontecido nada de sustancia, nada importante, y que todo pueda reducirse al maniqueísmo de buenos y malos. O de españoles y anti-españoles. No. Aquí se arranca de hechos bien perfilados, honestamente perfilados, mediante un trabajo serio y meritorio. Lo que a continuación de la atenta y minuciosa lectura cada cual obtenga, opine y matice, ya es cosa voluntaria. Quiero suponer que de buena voluntad. La que hace falta para que no prorrumpamos, de nuevo, en el alarido montaraz del peor alfabetismo. ¿Cuál? El de los que saben leer, pero no leen.

La prosa de Abellán no levanta la voz jamás. Por fortuna. Es una voz confidencial. Como tal debemos escucharla. Pues es un hablar, como se dice en el lenguaje coloquial, «con conocimiento de causa». Ese conocimiento de causa supuso para Abellán muchas horas de estudio y de meditación. De maduración. De búsqueda. De ir a las raíces. Hago votos sinceros de que algún día llegue a ellas. □

## En el próximo número

Artículos de Francisco Tomás y Valiente, Joaquín Vaquero Turcios, Xavier Montsalvatge, Emilio Alarcos, Gregorio Salvador, Gonzalo Anes, Sixto Ríos y Juan José Martín González.

### RESUMEN

La búsqueda de la entraña espiritual de España se intenta a través de un peregrinaje que la obra comentada por el doctor García-

Sabell marca como punto de partida para un recorrido por el lenguaje, la cultura y, en suma, la dimensión humana.

José Luis Abellán

*Historia crítica del pensamiento español (I: Metodología e introducción histórica. II: La Edad de Oro. III: Del Barroco a la Ilustración. IV: Liberalismo y Romanticismo.)*

Espasa-Calpe, Madrid, 1979-1984. 446, 698, 918 y 723 páginas.

## Democracia y Estado de partidos

Por Francisco Tomás y Valiente

*Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) fue catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Universidad Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse: El marco político de la desamortización en España, Manual de Historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.*

La bibliografía sobre los partidos políticos es inmensa y heterogénea. García-Pelayo no trata de dialogar con ella. Hay clásicos a los que sólo se refiere una vez (G. Sartori, K. Lenk y F. Neumann) y algunos (Ostrogorski) a los que ni siquiera menciona. Tampoco ha considerado necesario «poner al día» el aparato bibliográfico de su obra, y así, libros como el de Klaus von Beyme, que constituye una visión panorámica de *Los partidos políticos en las democracias occidentales* (1.ª ed. Munich, 1982, traducido al castellano y publicado por el C.I.S. en diciembre de 1986), no sirven de interlocutores a García-Pelayo. El suyo no es un libro sobre otros libros, sino una reflexión sobre el problema tomado de la realidad política. Por otra parte, es claro que los partidos políticos pueden ser estudiados desde múltiples perspectivas que van de la institucional a la electoral, o de la histórica hasta la consistente en el análisis de la actualidad referida a las democracias occidentales o a una de ellas en singular, o desde el examen del sistema de partidos en la teoría del Estado hasta el más concreto problema de la constitucionalización de los partidos políticos. García-Pelayo se sitúa en el ámbito de la teoría del Estado y en el del Derecho Constitucional.

En España, tal vez por la necesidad de un prolongado silencio sobre los aspectos jurídico-constitucionales de los partidos, la bibliografía reciente se ha inclinado en principio hacia la vertiente historiográfica en términos generales (Miguel Artola, *Partidos y programas políticos: 1808-1936*, I y II, Madrid, 1974) o en forma de monografías o estudios sobre partidos determinados (E. Espín, M. Montero, M. Contreras, M. Pastor, R. Morodo...) o sobre el problema del origen histórico de los partidos (R. García Cotarelo). Sólo en estos últimos años comienza a difundirse una perspectiva jurídico-constitucional (E. Linde Paniagua, J. Jiménez Campo,



ARACELI SANZ

M. Sánchez Morón, J.J. Solozábal, Jorge de Esteban, L. López Guerra, I. de Otto), inducida por la regulación institucional o infrainstitucional de los partidos en España o por el comentario a alguna Sentencia del Tribunal Constitucional, entre las que conviene recordar las STC 3/1981, STC 5, 10, 101 y 122 de 1983 o la más reciente de 25 de junio de 1986 (STC 85/86).

García-Pelayo, aun sin omitir algunas referencias a la jurisprudencia constitucional española o a los más recientes estudios aparecidos entre nosotros en el campo constitucional, plantea su reflexión en términos más amplios que los estrictamente referidos a España y construye su pensamiento partiendo de la asunción y/o la crítica de conceptos principalmente tomados de los cultivadores alemanes de la teoría del Estado y del Derecho Consti-

tucional (desde J.K. Bluntschli hasta K. Hesse, pasando por Laband, Jellinek, O. Hintze, G. Radbruch, H. Kelsen, C. Schmitt, G. Leibholz, K. Stern, H. Wollmann, F. Ermacora, etc.). Dialogando con ellos teje su propio pensamiento García-Pelayo, pero, dentro de este horizonte cultural, lo que le preocupa no son las coincidencias o discrepancias con tal o cual autor, sino la realidad del Estado de partidos como problema.

### Muestra concisa y densa

Hay libros que sólo consisten en lo que citan y sólo aportan reelaboraciones más o menos afortunadas de teorías ajenas o meras informaciones sobre opiniones u observaciones leídas en otros libros. Frente a este tipo de obras, el libro maduro se caracteriza por el equilibrio entre lectura y reflexión. García-Pelayo nos ofrece con el suyo una muestra concisa y densa de obra informada y pensada. Desde sus años juveniles de estudiante en Viena y Berlín en la década de 1930, está familiarizado con la bibliografía en lengua alemana de juristas, teóricos del Estado, historiadores del pensamiento político y filósofos. Todos ellos y sus clásicos preferidos (Hegel, Marx, Montesquieu, Benjamín Constant, Max Weber) están apenas ocultos en las páginas de su hasta ahora último libro. Este capital de lecturas no explícitas permanece latente en cada una de sus actuales páginas, escritas

con prosa tersa en la que se unen la claridad del pensamiento y la limpieza y corrección de la palabra. En apenas doscientas páginas, García-Pelayo sintetiza problemas, aporta ideas y condensa su experiencia de especialista, de observador y de hombre de Estado: porque a García-Pelayo lo que de verdad le interesa, mucho más que los partidos políticos, es esa realidad poliédrica (poder, mito, símbolos, historia, Derecho) que es el Estado.

¿Dónde estaban cuando surgieron, y dónde están ahora, tras su constitucionalización, los partidos políticos, si admitimos la dicotomía o al menos la separación (Hegel, Lorenz von Stein) entre Estado y Sociedad, entendido aquél como totalidad en la que se expresan y defienden intereses generales, y ésta, la sociedad civil, como «el campo de pugna entre los intereses egoístas y particulares»? Es claro que según la teoría del constitucionalismo y la realidad de la monarquía constitucional alemana entre 1850 y 1918, los partidos eran «configuraciones sociales» cuya organización carecía de carácter estatal (Jellinek). Como los problemas del Estado son históricos, lo que significa que son lo que y como han llegado a ser, García-Pelayo, fiel a un método de indagación histórica por él empleado en tantos otros estudios, examina cómo se ha llegado desde ese punto de partida a la constitucionalización actual de los partidos políticos. En sucesivos capítulos analiza cómo y cuándo surgió el concepto «Estado de partidos», por qué y de qué modo se constitucionalizaron y con qué consecuencias, qué implicaciones hubo y hay entre democracia y Estado de partidos y finalmente cuáles son los límites de tal tipo de Estado.

(No acabo de entender por qué en este análisis, cuyo soporte axial es la historia y uno de cuyos hilos expositivos es el transcurso temporal, se rompe la sucesión cronológica y se sitúa el excelente capítulo titulado «El Estado de partido único» sobre las experiencias habidas en Alemania, Italia y la Unión Soviética, como anexo primero, colocado al final del



### Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

### En este número

| Artículos de               |       |
|----------------------------|-------|
| Francisco Tomás y Valiente | 1-2   |
| Joaquín Vaquero Turcios    | 3     |
| Xavier Montsalvatge        | 4-5   |
| Emilio Alarcos Llorach     | 6-7   |
| Gregorio Salvador          | 8     |
| Gonzalo Anes               | 9     |
| Sixto Ríos                 | 10-11 |
| J. J. Martín González      | 12    |

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## Democracia y Estado de partidos

texto. ¿Por qué no se inserta la contrafigura del Estado de partido único tras el capítulo dedicado al surgimiento del concepto «Estado de partidos», cuando ello hubiera ayudado a comprender por qué el Estado de partidos como realidad se instaura, entre otras causas, como reacción frente a las figuras reales y contrapuestas de los Estados fascista y nazi y del Estado de la URSS?)

En nuestro tiempo, en «la sociedad organizacional» en que vivimos, «los partidos se nos muestran como organizaciones sin cuya mediación no es posible actualizar los principios democráticos». Lo que García-Pelayo denomina «el pueblo amorfo» necesita cauces de integración y de participación en el proceso democrático. Pero estas instituciones-puente entre la sociedad y el Estado cumplen funciones de las que a veces se derivan «eventuales efectos perversos —es decir, ni previstos ni deseados—. Es la dialéctica entre necesidad y peligro, entre utilidad y disfunción; es también la distancia entre tipo ideal y realidad histórica.

A pesar de riesgos inherentes y difícilmente salvables, «parece que el Estado democrático ha de configurarse como Estado de partidos», pues sólo éstos pueden proporcionar al sistema los «inputs» capaces de configurarlo democráticamente, y sólo la capacidad organizativa de los partidos ofrece la posibilidad de que los «outputs» del sistema estatal constituyan expresión de criterios e intereses generales o mayoritarios. Por esta vía la dicotomía sociedad-Estado resulta superada por la interacción entre el sistema estatal y el sistema de partidos. Dicho con mayor precisión, el Estado de partidos es el producto de la interacción entre el sistema jurídico-político y el sistema sociopolítico. Como producto de tal interacción, el Estado de partidos es «aquél Estado cuya estructura, funcionamiento y ordenación reales están condicionados por el sistema de partidos con relativa autonomía de su configuración jurídica formal» (pág. 90). Una vez fijado el concepto, García-Pelayo examina (págs. 91 a 116) la proyección funcional de los partidos sobre los distintos ór-

ganos políticos del Estado, y finalmente (págs. 117 en adelante) analiza cómo otros componentes del sistema estatal actúan a modo de límites jurídicos o funcionales-institucionales de aquel tipo de Estado.

### Dicotomía Estado-sociedad

Sobre los partidos políticos queda mucho por pensar desde donde García-Pelayo termina su análisis. En la actual democracia competitiva, ¿cumplen los partidos competidores, en su afán de hacerse aceptables y elegibles por todos, es decir por cualquiera, con la función de integrar en el Estado, y hacer que participe en él, a una parte especializada o diferenciada de ciudadanos?, ¿qué hacer con «los intereses vitales asumidos y defendidos por la política de protesta extraparlamentaria» (Claus Offe), fragmentarios y «eo ipso» abandonados por la estrategia electoral abstracta de cada partido competidor?, ¿no estarán quedándose fuera del cauce de comunicación entre la sociedad y el Estado estos conflictos imprevistos y espontáneos por no encajar dentro de la estrategia electoral de los partidos, atentos a difuminar la propia imagen y la propia oferta para hacerla admisible por cualquiera?

De ser así, los partidos fallarían en su función de hacer presente en el ámbito donde se resuelven los problemas desde perspectivas generales, el Estado, aquellos mismos problemas nacidos como particulares en donde surgen los conflictos, en la sociedad. Hay, pues, que seguir cuestionando la dicotomía Estado-sociedad y la función de los partidos como canal entre ambos. García-Pelayo no reflexiona «pro futuro», ni se fija en la actualidad social. Su discurso viene de la historia y se centra y detiene en el análisis funcional de los partidos en el Estado. El lector, situado en este terreno, se ve inducido silenciosamente por el autor a plantearse otros interrogantes. Este, por ejemplo: ¿qué queda de la división entre ejecutivo y legislativo en el Estado de partidos, más allá de la ordenación competencial

de los órganos respectivos? O este otro: ¿no es el Derecho, como marco, límite y producto del Estado, la garantía máxima del equilibrio entre poderes del Estado y en el Estado?

\* \* \*

Hasta aquí he procurado reflejar con objetividad el contenido del libro. No soy ni quiero ser distante ni imparcial respecto a su autor. Discúlpese en los párrafos que siguen el tono voluntariamente personal.

Siento particular devoción por los hombres de su generación, de su formación intelectual y de su condición de perdedores. Lamento el drama existencial que han vivido. Lo lamento por ellos, pero también por mí.

Quienes accedimos a la Universidad a comienzos de los años cincuenta no tuvimos a nadie que nos hablara del «Reino de Dios como arquetipo político» medieval, ni de cómo se produjo en Europa el tránsito «del mito a la razón», sin olvido de aquél y acaso con ingenua deificación de ésta. Se me enseñó en las aulas que la Escuela de Viena nada serio había aportado a la filosofía «tout court» ni a la del Derecho y del Estado en particular. Aprobé dos cursos de Derecho Constitucional sin que ningún profesor me informara de la existencia de un «Derecho Constitucional comparado», recién publicado en «Revista de Occidente». Los de mi edad aprendimos lo poco o mucho que cada cual sepa a contra co-

rriente: desmontando enseñanzas recibidas, corrigiendo errores, leyendo libros rescatados de un olvido impuesto, enterándonos con décadas de retraso de que la generación de tal o cual fecha no sólo había producido en España poetas, novelistas, pintores y cineastas famosos extramuros y peccadoramente citados (¡y a veces leídos!) de fronteras hacia adentro, sino también precoces traductores del primer y mejor Carl Schmitt, discípulos «in situ» de los componentes de aquella Escuela de Viena de la década de 1930, jóvenes universitarios que habían preparado su tesis doctoral en Berlín, juristas-intelectuales capaces, en fin, de enseñarnos en un trimestre y de viva voz lo que de forma trapacera y dejándonos algunas nunca cubiertas y jirones de ignorancia en el camino, lográbamos aprender tarde, mal y a golpe de libro prestado y/o importado por vía clandestina. Me produce pena retrospectiva nuestro modo de aprender. Me da rabia, rabia alejada de cualquier estúpida tentación de olvido o de resignación, haber perdido sin culpa mía ni suya a quienes hubieran podido ser mis maestros, nuestros maestros, naturales.

Manuel García-Pelayo, uno de ellos, lo hubiera sido (lo ha sido pese a todo, tardíamente) en Historia del pensamiento político, en Derecho Constitucional, en Politología, en Teoría del Estado. A lo mucho que le debíamos se añade ahora este pequeño y magistral libro. □

### RESUMEN

Este trabajo de Manuel García-Pelayo no es, en opinión de Francisco Tomás y Valiente, un libro sobre otros libros —dado que la bibliografía sobre los partidos políticos es in-

mensa y heterogénea—, sino una reflexión sobre un problema tomado de la realidad política, en un texto que es una muestra concisa y densa de obra informada y pensada.

Manuel García-Pelayo

*El Estado de partidos*

Alianza Editorial, Madrid, 1986. 217 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.



**SABER Leer**  
Revista crítica de libros



**Fundación Juan March**  
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|  | Págs. |
|--|-------|
| «Democracia y Estado de partidos», por Francisco Tomás y Valiente, sobre el libro <i>El Estado de partidos</i> , de Manuel García-Pelayo   | 1-2   |
| «Mirar en silencio», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre el libro <i>Chu Ta, le génie du trait</i> , de François Cheng  | 3     |
| «El oratorio en la música española del XVII», por Xavier Montsalvatge, sobre el libro <i>Historia de Joseph. Oratori de Lluís Vicenç Gargallo</i> , de Francesc Bonastre                                     | 4-5   |
| «Rabbi don Sem Tob el poeta», por Emilio Alarcos Llorach, sobre el libro <i>Proverbios Morales</i> , de Santob de Carrión  | 6-7   |
| «Una obra de consulta que se deja leer», por Gregorio Salvador, sobre el libro <i>Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española</i> , de Francisco Marsá                                       | 8     |
| «Disputa entre antiguos y modernos», por Gonzalo Anes, sobre el libro <i>Antiguos y Modernos</i> , de José Antonio Maravall  | 9     |
| «¿Se pueden racionalizar las decisiones?», por Sixto Ríos, sobre el libro <i>Decision Theory: An Introduction to the Mathematics of Rationality</i> , de Simon French  | 10-11 |
| «La cornisa cantábrica a vista de pájaro», por J. J. Martín González, sobre el libro <i>La plaza en la ciudad y otros espacios significativos</i> , de J. L. García Fernández y Lena Saladina Iglesias Rouco | 12    |

# Mirar en silencio

Por Joaquín Vaquero Turcios

Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933), pintor y escultor, inició su formación artística en España con su padre, el pintor Joaquín Vaquero, y la continuó en Italia, en donde realizó también estudios de arquitectura. Es Premio de Pintura de la Bienal de París y ha obtenido otros muchos galardones. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en el espacio urbano.

«En el año 28 del reino de K'ang-in si, encontrándome en Nan ch'ang, tuve deseos de conocer a Shan-yen. Le pedí al maestro Tansuëh que me consiguiera una entrevista con él. El día fijado se declaró una gran tormenta y pensé que no vendría. Sin embargo, el maestro Tan me envió un mensaje haciéndome saber que Shan-yen había llegado al monasterio por la mañana temprano. Fue para mí una alegre sorpresa. Sin reparar en la lluvia me hice llevar rápidamente en mi palanquín. Cuando me vio, Shan-yen cogió mis manos en las suyas, me miró un momento y se echó a reír. En el monasterio, a la luz de una bujía, pasamos la velada. Cuando estaba excitado se expresaba por gestos o pedía el pincel para escribir preguntas o respuestas, apoyado sobre una mesita.»

«A medida que la hora avanzaba, la lluvia redoblabla su furor. El alero se había convertido en un arroyo y el viento golpeaba las puertas y las contraventanas, haciendo rugir los árboles y los bambús como el tigre en la montaña desierta. ¡Cómo hubiese yo deseado esa noche que Shan hubiera tenido allí a otros artistas como Fang-Feng, Hsieh-Kao o Wu-Szu-ch'i! Juntos se hubiesen emborrachado, sosteniéndose los unos a los otros, sollozando hasta perder el aliento...»

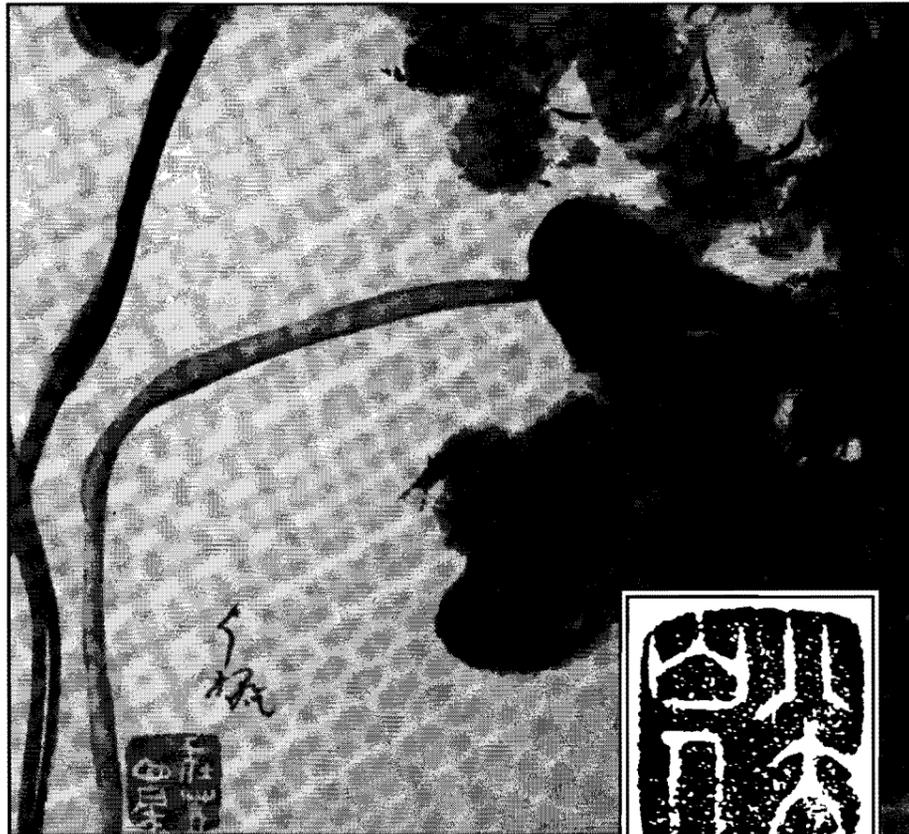
«Así estuvimos cambiando pensamientos toda la noche, hasta que la vela se apagó. El maestro no parecía cansado.»

Quien esto nos cuenta en el año 1690, es un culto funcionario de nombre Chao-Ch'ang. Su interlocutor, que escribe respuestas y preguntas y gesticula excitado en la oscura estancia del monasterio de Pei-Lan, es uno de los más importantes maestros de la pintura china, y a él está dedicada esta magnífica monografía. Shan-yen no es más que un fragmento de uno de sus numerosos nombres o firmas. El verdadero era Chu Ta, pero a lo largo de su extensa vida eligió y usó otros muchos que nos dan destellos de su personalidad, tallada violentamente en muchas facetas. Así, sucesivamente, se llamó «Nieve apartada», «Montaña individual», «Demora humana», «Asno», «Pasar la bandera», «Monasterio armado», «Traje de nieve», «Luna buena», «Leñador de nubes rotas» y, por último, Pa-Ta-shan-yen, «El montañés de los ocho orientes», el nombre con el que fue definitivamente conocido y con el que firmó sus obras mejores.

Chu Ta, o Pa-Ta-shan-yen, nació en la ciudad de Nanch'ang, de la provincia de Chiang-hsi, dominio feudal de sus antepasados, en el año de 1626. Su abuelo y su padre, ambos pintores y calígrafos, le enseñaron el oficio y le dieron una educación intelectual esmerada, encaminada a la administración de sus posesiones y al sereno cultivo de la belleza. Pero el suicidio del emperador y la ocupación de todo el país por los manchúes, cambiaron totalmente aquel rumbo. El régimen de los nuevos dueños, despótico y cruel, ahogó expresamente la cultura anterior. El padre de Chu Ta murió sin poder superar la irreversible tragedia nacional y personal.

Este es el comienzo de la extraña vida de nuestro pintor, que se desarrolla como un cuento oriental con todos sus pasos obligados, desde la infancia principesco hasta la vejez ermitaña y contemplativa.

Incapaz de enfrentarse por las armas a los manchúes y negándose a cualquier relación



«A la sombra de los lotos cómplices», col. Sumitomo, Japón. En el recuadro, uno de los sellos de la firma de Chu Ta.

con ellos, Chu Ta se encierra en sí mismo y enmudece. ¿Tuvo este hecho un origen patológico o fue una decisión voluntaria? Sus biógrafos contemporáneos no están de acuerdo, y tampoco en si las crisis de locura que siguieron fueron simuladas. Así, defendiendo su libertad interior en un aislamiento obligado, dejó Nanch'ang y entró en un convento budista. De vez en cuando bajaba a la ciudad y allí le veían hacer gestos extravagantes mezclados con crisis de llanto y gritos inarticulados. Lo cual se contradice, aparentemente, con que pocos años más tarde le fuese concedido el título de «maestro budista», y que, en ese período, realice ya sus delicados paisajes primeros y otras obras, como las que aparecen en las 15 hojas de un cuadernillo que se conserva en el museo de Taipé, en las que la violencia de la composición y del trazo está acompañada de una controladísima y exquisita modulación de grises y negros apagados.

Vuelve a la vida civil y se casa, dedicándose por entero a la pintura y manteniendo su actitud hostil hacia los invasores. Luego, le vemos fundando allí mismo un monasterio taoísta en el que vivirá y pintará durante los siguientes veinte años, rodeado de una fama cada vez más grande. Tanto, que los manchúes pretenden atraérselo, obligándole a aceptar una invitación que lleva implícito un encargo laudatorio para el nuevo emperador. Chu Ta se siente atrapado y recurre a su antigua estratagema. Vuelven sus crisis, sus gritos, su locura. Y luego, abandona todo y se marcha, mendigo y vagabundo, estableciéndose en una choza apartada. Allí vivirá hasta el final de sus días, dos décadas después, a la edad de ochenta años. Y allí realizará, en una apasionada contemplación de la naturaleza, la mayor parte de sus obras. Su firma, Pa-Ta-shan-yen. Pero él compone los signos de su sello de tal manera que también pueden leerse como «Para reír» o «Para llorar».

De esta época son los rollos del museo de Shanghai, «Rocas, patos y peces», y el de «Rocas sobre el agua», en el de Tien-Tsin. De 1694 es el álbum de 22 hojitas de la colección Sumitomo, en Japón, que atesora piezas como las tituladas «A la sombra de los lotos cómplices» o «El ratón sobre el pimiento», absolutamente magistrales.

La mirada no sabe dónde detenerse con más delectación al ir cambiando temas y técnicas, desde los paisajes con lejanías realiza-

das con sabios toques transparentes sobre los que después, una vez secos, dibuja árboles y hojas en finas líneas negras —como el espléndido del Östasiatiska Museet de Estocolmo— o los del Metropolitan de Nueva York, donde toques gruesos de pincel casi seco modelan las rocas, y son los troncos y las copas los que están dibujados con tinta corrida sobre el papel humedecido previamente, igual que las maravillosas «Cornejas» del mismo museo. Y los patos humorísticos, de expresión irritada, que no pueden por menos que recordarnos al de Disney, pero con plumajes inolvidables. O los peces y el paisaje submarino de la colección Crawford.

Sin embargo, las obras más sorprendentes y atrevidas están casi todas en museos y colecciones de la China Popular, de las que el autor del libro, François Cheng, nacido en China y formado en Francia, donde ha publicado importantes obras sobre el arte de su país, nos confiesa no poseer apenas datos —ni siquiera medidas— pero sí, afortunadamente, magníficas fotografías. Son obras como «Tallo y flor de loto», apenas dos trazos en equilibrio sobre el vacío, o «Pájaros picoteando una roca», un muestrario completo de virtuosismo con toques de pincel muy diversos, consiguiendo una obra de un dramatismo desconcertante. Pero sobre todo es la «Roca con musgo», de una colección particular de la República Popular China, la pintura que, para mí, resume mejor el genio de Chu Ta. Sobre la hoja inmaculada, un trazo de pincel casi seco se revuelve sobre sí mismo, cerrando una figura oblicua y descentrada en cuya parte alta aparecen unos toques violentos, de un negro carnoso e intenso, dados sobre la superficie húmeda. El tiempo empleado en pintarlo no debe haber sido mucho más largo que el ne-

cesario para esta descripción. Sin embargo, para un pintor, aquel signo, completado por el título y el sello naranja de la firma, es una lección que deja silencioso y pensativo. Nada más natural por otra parte, teniendo en cuenta que quien lo pintó fue pensador y mudo.

Para el contemplador occidental no especializado, la pintura china parece un jardín inmóvil, en el que apenas hay variaciones. Quizá un grado más de niebla, un leve aleteo de pétalos, un soplo de viento algo más violento, que hace inclinarse los bambús, un barquito cuya vela cruza ahora silenciosamente el horizonte o los pasos cautelosos de un animalillo en la maleza. Sin embargo, y siempre dentro de ese jardín dormido, se suceden —en los casi mil años del período clásico— verdaderas revoluciones, figuras de una originalidad turbadora, descubrimientos técnicos inesperados.

Esta historia, que abarca un período casi idéntico al que va de los Beatos a Goya, está llena de intensos momentos de madurez y de gloria. Uno de ellos es sin duda el que abarca la obra de Shan-yen, llamada final en ese largo fuego cuyas primeras luces aparecen en la época T'ang, y que se extinguirá tras él, en pleno siglo XVIII, con el grupo llamado «los excéntricos de Yang-Chou», de un manierismo extravagante y debilitado.

Pero, sin duda, para tener acceso a ese riquísimo mundo, hay que empezar por olvidar la mirada brutalmente ávida del contemplador occidental, que pretende satisfacción inmediata y excesiva de la presa artística, saciando rápidamente su apetito y abandonando la mitad de los despojos sin siquiera rozarlos con su atención.

El de la pintura china es, por el contrario, un campo de minúscula y tierna observación, de contemplación silenciosa, de emociones que llevan al borde de las lágrimas. Una vez dentro del jardín, podríamos pasar toda una vida mirando con infinita comprensión cada hoja y cada insecto, cada vacío —niebla, cielo o agua—, que invaden la mayor parte del campo visual. La sensibilización es cada vez mayor, y mayor el apasionamiento. Sin embargo, a veces, algo se rebela en nuestro interior. Súbitamente, la emoción que sentimos nos produce la sensación empalagosa de estar premeditadamente fabricada. Aquellas aguadas, realizadas con una técnica tan estudiada que cada gesto de la mano, cada golpe de pincel, tienen su nombre preciso: «ataque frontal», «ataque oblicuo», «nube enrollada», «cinta doblada» y tantos otros, se nos antojan casi como el producto infalible de un mecánico ejercicio de esgrima aprendido para tocarnos el corazón. La sensibilidad nos llega a parecer sensiblería. La tradición, aburrimiento, y las innovaciones, tormentas en una taza de porcelana. Queremos huir hacia las metopas de Paestum o ser rescatados del jardín dormido por los gritos estentóreos de una sibila de la Sixtina. Pero, como en una leyenda, no podemos partir sin posar por última vez la mirada en un paisaje con una pequeña figura humana. En el margen hay unos signos. Dicen así: «... / Con la sonrisa en los labios, el pescador se ha sentado junto al agua / En lugar de blancos peces, pesca el verde primavera / A través del universo creado, alcanza el Vacío supremo.»

Hemos quedado otra vez absortos. Ya no escaparemos nunca. □

## RESUMEN

La aparición en Francia de un libro sobre Chu Ta (1626-1705), uno de los más importantes maestros de la pintura china, del que es autor François Cheng, le da pie a Vaquero

Turcios para adentrarse por algunas sendas de la vida del pintor y de su obra, que pertenece a uno de los momentos de más madurez y gloria del arte chino.

## François Cheng

Chu Ta, le génie du trait (1626-1705).

Editions Phébus, París, 1986. 160 páginas.

# El oratorio en la música española del XVII

Por Xavier Montsalvatge

Xavier Montsalvatge (Gerona, 1912) es compositor y desde hace cuarenta años ejerce la crítica musical en el diario «La Vanguardia», de Barcelona. Es académico de número de la Real Academia Catalana de Sant Jordi de Barcelona y correspondiente de la Societé Frédéric Chopin de Varsovia. Es doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Con el libro dedicado al oratorio *Historia de Joseph*, del compositor supuestamente valenciano de la segunda mitad del siglo XVII Luis Vicente Gargallo, la Biblioteca de Catalunya, dependiente de la Diputación de Barcelona, acaba de iniciar una colección de *Estudios sobre el barroco musical hispánico*, dirigida por el profesor Dr. Francesc Bonastre, nombrado el pasado mes de diciembre catedrático de Historia de la Música en la Universidad Autónoma de la misma ciudad.

Este volumen de 111 páginas, aunque está dedicado al singular manuscrito sobre el que Bonastre plantea la hipótesis de que pudiera ser el primer oratorio musical producido en España, tiene el interés que se deriva del enfoque general del tema y de la problemática histórica que del mismo se desprende. Ciertamente el trabajo comporta básicamente un minucioso examen de esta partitura localizada en la Biblioteca de la entidad que ha emprendido la edición, además de una profusa referencia biográfica del autor, y el documento se contempla, investiga y aquilata a la luz de sus antecedentes, sobre todo los relacionados con el Villancico y las «Historiae», géneros compositivos connotados —aunque no del todo equivalentes— al que se ha analizado por primera vez.

## Antecedentes del Villancico

Sobre el Villancico existe una considerable bibliografía referente tanto a su estructura literaria como a su morfología musical. Hay que tener en cuenta esta información para reflexionar sobre varios aspectos determinantes del Villancico hispánico del siglo XVII con el que la *Historia de Joseph*, de Vicente Gargallo, presenta concretas aproximaciones pero a la vez una perceptible y comprobable disimilitud.

El origen medieval del Villancico y su vinculación al «Virelai» y la «Ballata» ha sido aducido por los interesados en determinar su inicial naturaleza que, sin embargo, parece no haberse emparejado lo suficiente con el «Responsorio». No se trata en este caso de una mera semejanza estructural manifiesta sino del hecho que el Villancico ya a finales del siglo XV, cuando empezó a adoptar la escritura polifónica, sustituyó «de facto» la función del «Responsorio», situación que siguió manteniéndose hasta el primer tercio del siglo XIX.

La aparición del Villancico polifónico en las prácticas litúrgicas supuso un cambio en los textos empleados con el abandono del latín en beneficio de la lengua románica. A pesar de las prohibiciones que frenaban las nuevas costumbres, especialmente la del rey Felipe II en 1596, la expansión del Villancico por el área hispánica llegó en el siglo XVII a su máximo florecimiento, precursor de una nueva fase evolutiva al participar de los elementos propios de la cantata europea, mayormente la italiana, con la incorporación del recitado y el aria —ya en el siglo XVIII—, así como el abandono paulatino del esquema formal tripartito en su rígido precepto, lo que permite considerar aquella forma como un antecedente de la verdadera cantata.

Paralelamente, desde la Edad Media fue conocido el término «Historia» para designar las antífonas y responsorios del Oficio Litúrgico, denominación mantenida íntegramente en la Baja Edad Media, como lo prueban di-

versos documentos de la época, entre éstos la obra de Balthasar Resinarius *Responsorium numero octoginta*, publicada en 1543, en la que se citan algunos responsorios con la denominación de «Historiae» concretamente referida a determinados textos del Antiguo Testamento.

Al llegar al barroco, los términos «Historiae» y «Oratorio» adquieren un sentido aproximativo que engarza con los apelativos vagos y a menudo traslaticios que empezaron a aplicarse a la música instrumental de la época correspondiente a la génesis de las primeras sonatas, suites y conciertos. «Historiae» y «Oratorio» devienen así términos equivalentes respecto a su morfología musical, si bien se atribuyera al término «Oratorio» un sentido semántico más amplio, dando a la palabra «Historiae» un alcance específico.

## La primicia del «Oratorio»

En el análisis que el profesor Bonastre formula abarcando todos los parámetros de la obra debida al compositor levantino, hace notar que la *Historia de Joseph* puede equipararse a la tipología europea del «Oratorio-Historia» afín al «Oratorio-Volgare» en lengua vernácula. El carácter narrativo de «representazione auditiva» (como definió el oratorio el canónigo Arcangelo Spagna, un erudito en la materia) y su sentido reflexivo son elementos determinantes de este género en el siglo XVII, que al influjo del lenguaje operístico amplió su alcance formal y expresivo adoptando los recursos del diálogo, absorbiendo los objetivos del estilo monódico para llegar a su pleno desarrollo, libre de la influencia del madrigal.

Todas estas peculiaridades coinciden en la *Historia de Joseph*, donde las intervenciones dialogadas abundan y concretan el sentido narrativo de referencias bíblicas extraídas de los capítulos 37 y 45 del Génesis correspondiente al primer libro del Pentateuco de Moisés, circunstancia que representa un acoplamiento a la tradición europea de las «historiae» y, en consecuencia, su enlace con el Oratorio de carácter bíblico.

Se han conservado dos versiones de la obra de Gargallo. La primera se titula *Historia de Joseph* y la segunda *Villancico de la His-*

*toria de Joseph*. Pocas son las diferencias que pueden detectarse al cotejar ambos manuscritos. El primero se ha podido situar dentro de la década de 1670-1680, siendo el otro posterior, lo que se puede aducir de la grafía del texto así como de ciertos detalles de la notación musical, que evidencian la mano de un copista cuyo trabajo acaso fuera realizado después de la muerte del compositor.

Sorprende en la segunda versión el empleo de la palabra Villancico. La posterioridad del escrito hace pensar que el copista, aun conservando el título específico de *Historia*, aplicó al mismo el más genérico, condicionado por las prácticas de la época en la que el rigor en las denominaciones no se ejercía sistemáticamente. Incluso en el manuscrito correspondiente a la parte de «continuo» que se conserva, el mismo copista no vacila en completar la denominación escribiendo *Villancico de la Historia de Joseph al Ssmo. Sacramento. Entablatura De Luis Vicente Gargallo*. El tratadista, para corroborar su antigüedad, se apoya en varios supuestos que, si bien actualmente no pueden confirmarse por falta de una documentación fidedigna, hacen verosímiles los razonamientos que formula precisando lo siguiente:

A) La Congregación del Oratorio fue fundada en Barcelona el 15 de junio de 1673. Debió superar muchas dificultades hasta que el 16 de mayo de 1677 fue bendecida su iglesia, habiendo dado comienzo el 3 del mismo mes la vida comunitaria de la orden secular. En ambas ocasiones se celebraron gran número de fiestas con la participación de los estamentos eclesiásticos y civiles de máximo nivel, destacando las actuaciones musicales. La posible relación de Vicente Gargallo —en aquellos años maestro de capilla de la Seo barcelonesa— y de la *Historia de Joseph* con aquellos festejos no ha podido ser comprobada, pero es imaginable que existiría. En cualquier caso es un hecho que no puede eludirse en las investigaciones que se hagan al respecto.

B) En el primer sitial del coro de la catedral de Barcelona, que Gargallo cruzaba diariamente para asistir y cantar en los oficios litúrgicos, figura un preponderante bajorrelieve en talla con escenas de la vida de José, magnífica pieza del escultor Bartolomé Ordóñez. Es arriesgado suponer que este hecho pudie-

ra sugerir al músico el tema de su obra, pero no es descartable la suposición.

José R. Carreras Balbuena fue autor de una interesante monografía sobre el Oratorio, publicada en 1906, y en el capítulo dedicado a la historia de este género de composición en España escribió: «Tenemos la absoluta seguridad de que fue en Barcelona donde se pudo disfrutar por primera vez del Oratorio, prioridad que asimismo tuvieron los barceloneses en el ramo de la ópera.» Ciertamente no puede dejarse de tener en cuenta que la Congregación del Oratorio fue fundada en Barcelona, como ya se ha dicho, en 1673, habiéndola precedido las Congregaciones de Valencia (1645), Villena (1650), Madrid (1660), Soria (1670), Granada (1671) y Cádiz (1671). Cualquiera de estas ciudades podría ser la cuna del primer Oratorio creado en España, particularmente Valencia y Madrid, focos importantes del espíritu de la Contrarreforma, pero lo positivo es que a Barcelona le corresponde por el momento la incierta gloria de poseer —en opinión del profesor Bonastre, al que hay que atribuir el mérito de haberlo descubierto y codificado— el primer Oratorio musical hispánico del siglo XVII.

Es posible que ulteriores averiguaciones musicológicas vengán a descartar la paternidad barcelonesa del antiguo Oratorio o a confirmar este supuesto histórico. Hasta ahora la primera noticia sobre el más antiguo Oratorio hispánico conocido se refería a *El hombre moribundo*, de Antonio Teodor Ortells, datado en 1702. El hallazgo de la *Historia de Joseph* supone una primicia singular que hace retroceder en treinta años la antigüedad del género, y es de esperar que ello constituya el inicio de nuevas averiguaciones que permitan ahondar en el pasado de esta forma de composición para situarla donde le corresponde en el conjunto de nuestra música del barroco.

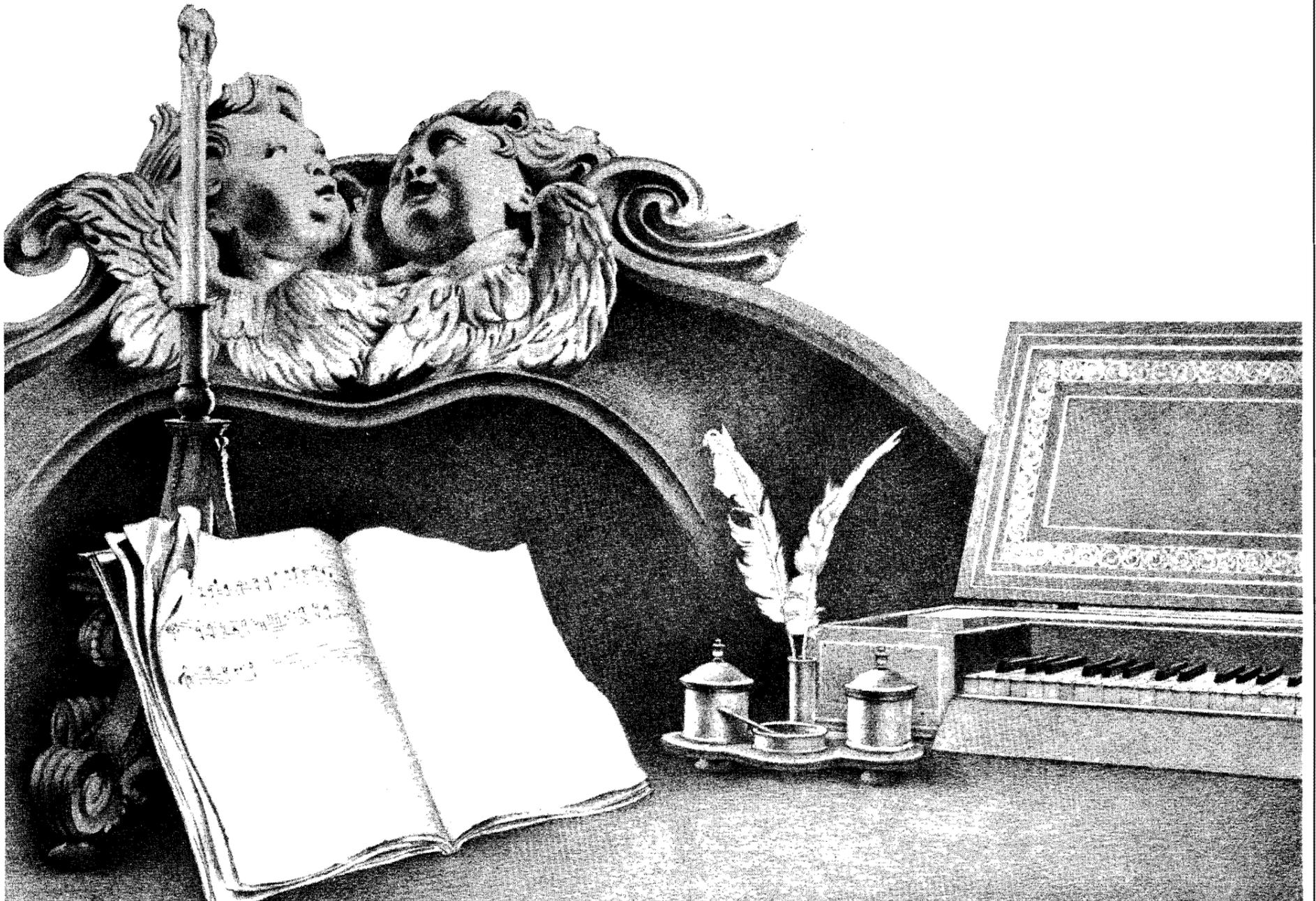
## Características de la obra

La partitura de Vicente Gargallo comprende dos solistas y doble coro acoplados por un bajo continuo y el acompañamiento parcial del arpa. Las partes solistas corresponden primordialmente al protagonista, Joseph, que



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

dialoga en cuatro ocasiones con Jacob y también con el coro, participando en dos breves intervenciones circunstanciales las voces de Rubén y Judas. En toda su extensión dominan los contrastes acentuados con la alternancia de los pasajes monódicos, y los bloques de polifonía vertical con el revestimiento de la instrumentación, que ayuda a vertebrar la armonía que es de una gran simplicidad pero, teniendo en cuenta el estilo de la época, de un real valor expresivo y en cierta medida descriptivo y dramático, sobre todo al final de la obra, lo que prueba la musicalidad del compositor y sus conocimientos tanto de la armonía como del contrapunto.

El acompañamiento se divide en dos funciones interdependientes: el «continuo» y la parte del arpa como complemento del bajo. Ambos pentagramas corresponden al común apelativo de «guión», que en el siglo XVII a veces figura escrito como «entablatura» o «partidura» que servía de base para los intérpretes instrumentistas.

Es muy probable que Gargallo fuera también autor del texto, y posible que éste sea un resumen más o menos aproximado de la obra en prosa *La historia de Josef, fill del gran patriarca Jacob*, de Rois de Corella, escrita alrededor de 1486. Igualmente cabe que pudiera estar influido por otra obra posterior, la *Tragedia de Josephina*, de Micael de Carvajal († 1578), que Joseph Gillet, un estudioso y editor de aquella época, valora como «el texto sagrado más notable en la literatura española anterior a Lope de Vega».

En cualquier caso, la narración responde a un sentido funcional y está redactada en términos de un melodramatismo de sabor popular, casi doméstico. El castellano empleado evoca claramente el universo clerical en el que estuvo inmerso el autor de la música y revela de inmediato que se trata de un castellano escrito o al menos copiado por una persona de habla catalana, no sólo por ciertas ambigüedades de estilo sino por el gran número

de catalanismos que incluye, sobre todo ortográficos, lo que no llega a perjudicar su congruencia expositiva, ajustándose a una realidad empírica aceptable tratándose de un texto pensado únicamente en función a la música.

### Datos biográficos del autor

Las noticias biográficas que se han podido reunir referentes a Vicente Gargallo son pocas. Si bien faltan datos tan determinativos como son las fechas y lugares precisos de su nacimiento y muerte, una serie de notificaciones dispersas orientan con precisión respecto a las actividades que desempeñó durante su vida, todas ellas relacionadas con la música en el ámbito de la Iglesia.

La primera indicación que de él se ha encontrado es de 1652. En un documento del Archivo de la Catedral de Valencia consta que Gargallo ejerció de infante de coro o «diputat» en dicho templo, al menos hasta el año aludido. Al abandonar la escolanía y después de un tiempo de estudios con los maestros de la Seo valenciana, en 1659 asciende ya a maestro de capilla en la Catedral de Huesca. Se advierte que su voluntad era volver a Valencia, «a sa terra» como había escrito, cosa que no consiguió al perder unas oposiciones para ingresar en el Real Colegio del Corpus Christi de aquella ciudad. En cambio ganó las que se convocaron en 1667 para el puesto de maestro de capilla coadjutor primero y titular después, en la catedral de Barcelona, donde ya permanecería, con algunos desplazamientos a la capital levantina, hasta el final de su vida, que en el último período, a partir de 1677, fue especialmente fructífera en la Seo barcelonesa ocupándose de diversas tareas pedagógicas y formando parte de los tribunales que decidían las vacantes de maestros de capilla en varias iglesias barcelonesas y valencianas.

En estos años se ocupó o le fueron ofrecidos los cargos más importantes. Su parale-

la labor de compositor el libro de Bonastre la pone en evidencia, al consignar un centenar de obras cada una de las cuales es citada precisando minuciosas características e incluyendo unos pentagramas que precisan las citas, lo que facilita al musicólogo especialista su conocimiento completo de cada documento que, como era habitual en aquella época cuando la partitura se extraviaba o destruía pronto, se trata de partículas sueltas. En otro apartado reúne las piezas religiosas en romance, con gran número de Villancicos, si bien este material igualmente sólo puede localizarse con la referencia única de las partículas.

Con este profuso legajo, más la publicación de la partitura entera de la *Historia de Joseph*, se puede imaginar la personalidad de Vicente Gargallo, de una relevancia evidente. La aportación del autor del libro orientada hacia el mejor conocimiento del Oratorio hispánico del barroco, hay que considerarla valiosa, y va a ser en el futuro primordial ya que Bonastre está preparando otros dos volúmenes dedicados a la producción de Gargallo, concretamente la escrita en romance y latín.

No se ha encontrado hasta el presente ningún documento que permita conocer con exactitud la fecha en que murió Gargallo, que debió ser a principios de 1682. Se conoce un

capítulo de la catedral de Barcelona en el que se dispone el nombramiento interino de maestro de capilla a favor del organista Jaume Riera el 19 de febrero de dicho año, haciendo constar la causa de la vacante debida al fallecimiento de su predecesor inmediato «... que suposat lo me Luis Vicente Gargallo és mort...». Su nombre no consta en el libro de óbitos ni de sepulturas, lo que hace pensar en la posibilidad de que muriera fuera de Barcelona.

Contemporáneo y amigo de Joan Cereols, organista y compositor, conocido y aceptado como el más ilustre entre los muchos y buenos músicos que tuvo el monasterio de Montserrat, Luis Vicente Gargallo, discípulo de destacados maestros y maestro de maestros, gozó en vida de un extraordinario prestigio que se mantuvo hasta un siglo después de su desaparición.

El auge musical en el siglo XVIII y la evolución del clasicismo hicieron olvidar paulatinamente muchos autores —Gargallo entre ellos— de la centuria anterior que las averiguaciones, exámenes y comprobaciones de la moderna metodología musicológica, al exhumar su producción, van corrigiendo el vacío existente. La publicación de la *Historia de Joseph* es un firme testimonio de esta realidad. □

### RESUMEN

El compositor y crítico musical Xavier Montsalvatge comenta en su artículo el trabajo de Francesc Bonastre que es, a su juicio, un ensayo sobre las diferentes formas y conceptos de la música vocal-instrumental hispánica del barro-

co y, además, un estudio exhaustivo en torno a «Historia de Joseph», una partitura del músico levantino del siglo XVII, Luis Vicente Gargallo, en el que se expone la hipótesis de que se trata del primer oratorio musical creado en España.

### Francesc Bonastre

#### *Historia de Joseph. Oratori de Lluís Vicenç Gargallo*

«Estudis sobre el barroc musical hispànic», Biblioteca de Catalunya, Diputació de Barcelona, volum I, Barcelona, 1986. 111 pàgines.

# Rabbi don Sem Tob el poeta

Por Emilio Alarcos Llorach

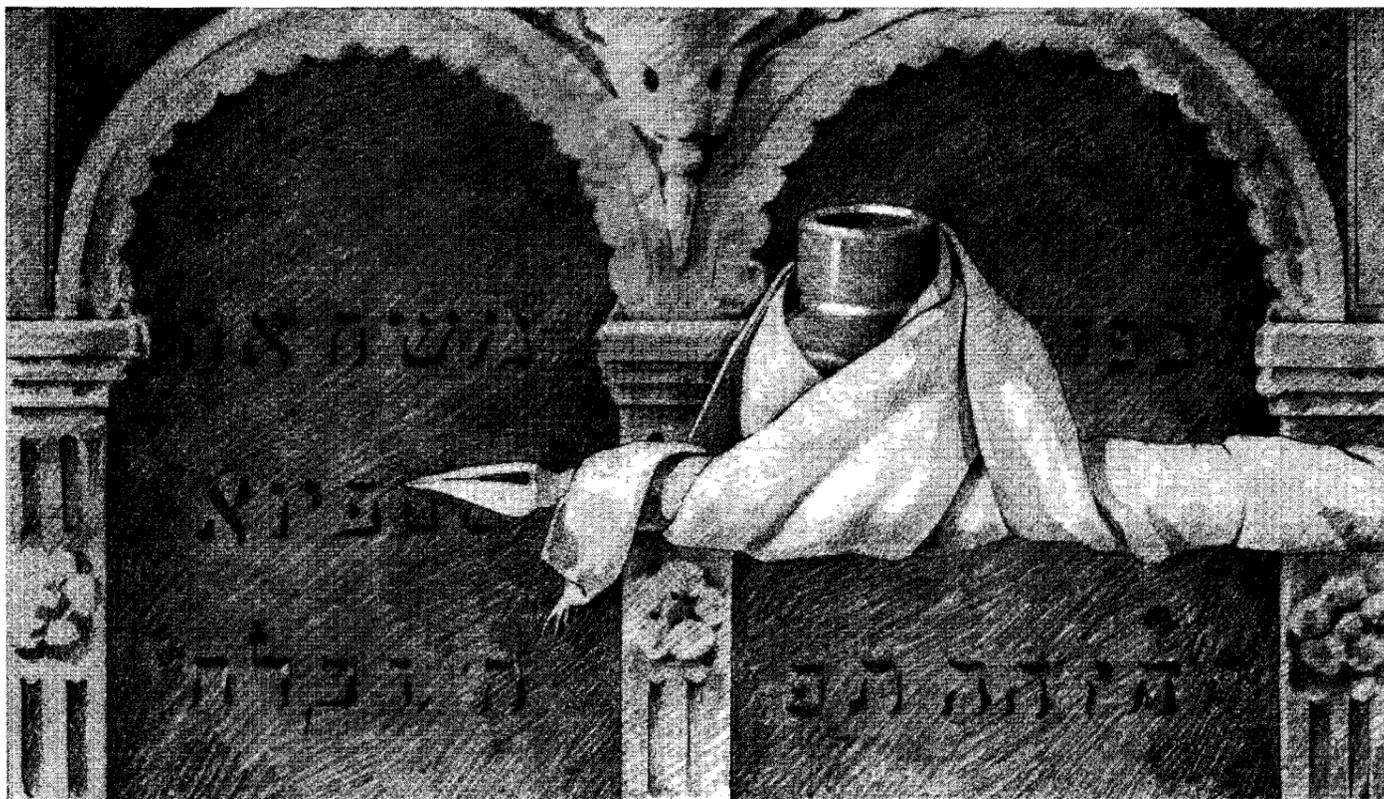
*Emilio Alarcos Llorach (Salamanca, 1922) es catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo y académico de la Real Academia Española. Entre otros libros y trabajos, es autor de Gramática estructural y El español, lengua milenaria.*

Así llama un cabalista español del siglo XV, Abraham Saba<sup>c</sup>, al escritor que tradicionalmente conocemos como don Santob de Carrión. Durante muchos años, sabíamos muy poco de él. Los manuales de literatura, en general, se limitaban a reproducir, con mejor o peor gracia, lo que había escrito don Marcelino Menéndez Pelayo, copiosísimo erudito, crítico perspicaz y sugestivo, y siempre, con segura intuición, cazador de lo esencial.

Entre tanto, por los pagos de la erudición foránea, algo nuevo se había venido descubriendo. Aquí, sordos a lo ajeno y reconcentrados en la enjundia autárquica, sólo nos enteramos de estas novedades (ya anticipadas en artículo de 1940) cuando en 1947 el estudioso catalán Ignacio González Llubera publicó, en Cambridge (UK), los *Proverbios Morales* teniendo en cuenta dos nuevos manuscritos que mejoraban bastante el texto hasta entonces disponible, y los acompañó de una densa y concisa introducción que desveló la personalidad del rabino de Carrión. Se identificaba con uno de los últimos cultores de la literatura hispano-hebraica: rabbi don Sem Tob b. Yitzhak b. Arduziel, escritor en hebreo, apreciado por sus coetáneos y correligionarios y autor, entre otras obras, de una *Confesión* (o *Viddui*) que se seguía utilizando en la liturgia sefardí para el día de la Expiación.

En los años siguientes se fue incrementando el interés por un libro tan insólito como los *Proverbios* dentro de la literatura castellana medieval. Se han hecho estudios sobre su lengua y su métrica; se han perfilado detalles biográficos; han aparecido diversas ediciones que permiten ya una lectura correcta de la obra. La edición de Llubera, publicada en época poco propicia para su difusión en España, ofrecía sin duda una versión precisa del poema, a pesar de algunos prejuicios lingüísticos que estropean el texto. No obstante, era y sigue siendo sobre todo un instrumento imprescindible para el filólogo por cuanto, junto con la transcripción del manuscrito más antiguo «C» (de la Universidad de Cambridge, código aljamiado en caracteres hebraicos), recoge las variantes de los otros tres manuscritos: el «M» (de la Biblioteca Nacional de Madrid), el «N» (de la librería privada del recordado don Antonio Rodríguez Moñino) y el «E» (de la Biblioteca del Real Sitio del Escorial) que, más tardío (aunque todos del siglo XV), modifica y refunde el texto original, modernizando a veces el vocabulario y rectificando con erróneo criterio la supuesta irregularidad métrica de los versos. Todavía no se conocía el manuscrito «Cu», escrito de memoria por un converso procesado por la Inquisición de Cuenca y precisamente datado en 1496, el cual fue publicado por Luisa López Grigera («BRAE», 1976) y aporta importantes materiales para la fijación del texto. Con la edición de Llubera se salía de la penosa situación de tener que leer los *Proverbios Morales* en la decimonónica versión de Janer, basada en el manuscrito de peor tradición (el «E»), ya que la edición de Ticknor (tampoco perfecta, sobre el manuscrito «M») era menos accesible. Incluso don Américo Castro, que tan meritorio y brillante estudio dedicó a nuestro poeta en *La realidad histórica de España*, persistió en el uso del pésimo y poco fiable texto de Janer.

En 1974, Agustín García Calvo ofrece por primera vez una edición manejable de los *Proverbios*. Establece un texto crítico que, minuciosamente anotado y provisto de traducción al español moderno, permite su compren-



ARTURO REQUEJO

sión entre la inmensa mayoría de lectores curiosos. En la introducción y en los densos y doctos comentarios, el profesor García Calvo recoge cuanto la erudición había descubierto acerca del poeta hebreo, y analiza con su habitual agudeza la trama de la composición de los *Proverbios* y el sentido y alcance de la obra dentro de la «vividura» judeocristiana en que nacieron y de la tradición bíblico-talmúdica y filosófica de los escritores hispano-semíticos. No amenguan la bondad de este trabajo concienzudo e inteligente las posibles discrepancias que suscitan en cuanto a la interpretación de este o aquel pasaje o en cuanto a la restauración puramente lingüística de algunas estrofas.

Desde otra vertiente, estudiosos semitistas han aportado datos de interés sobre el poeta y el turbio ambiente en que le tocó vivir, los agitados años de los reinados de Alfonso XI y Pedro I. En este aspecto, destacan dos breves artículos de J. H. Klausner («Hispania», 1963 y 1965) y, sobre todo, la visión de conjunto elaborada por Sanford Shepard en su libro *Shem Tov, His World and His Words* (Miami, 1978), donde, además, se incluye traducción de dos importantes obras hebraicas del poeta: la «maqama» *Batalla de la pluma y las tijeras*, al parecer redactada en Soria en 1345, y la *Confesión* (o *Viddui*), ya mencionada, que probablemente fue escrita al final de su vida. Resume Shepard este trabajo en el prólogo de su edición de los *Proverbios Morales* (Madrid, Castalia, 1985), en la cual el texto del poema reproduce con escasas modificaciones el impreso por Llubera.

Por último, contamos con la nueva edición de Theodore A. Perry, motivo central de estas líneas. Según anuncia su autor, se verá pronto acompañada de un volumen complementario de estudios sobre el poeta de Carrión.

## Entre dos culturas

Antes de enjuiciarla, conviene encarecer las dificultades que entraña la tarea de esclarecer la obra del rabino. Instalado Sem Tob entre dos culturas y dos tradiciones distintas, la perspectiva de los estudiosos que se han ocupado de él ha sido por fuerza parcial. Los que podemos juzgar la lengua y el estilo de los *Proverbios* somos romanistas poco impuestos en el dominio del hebraísmo; los que se han fijado sobre todo en los contenidos del libro parten, en cambio, de sólidos conocimientos

de la cultura semítica, pero andan con menor agilidad por los terrenos románicos. La comprensión global de la obra de Sem Tob sólo podría lograrse mediante armonioso acuerdo entre especialistas de ambos campos. Porque, en efecto, Klausner acierta al afirmar que no puede estudiarse a Sem Tob sólo como escritor hebreo ni sólo como escritor castellano, sino conjuntamente como judeo-español en que las dos tradiciones son indisolubles.

La vida de Sem Tob transcurrió aproximadamente entre 1300 y 1370. Le cupo en suerte una época inquieta y sombría. La peste negra asoló Europa. Se preludiaba el cisma de Occidente. En Castilla, continuas revueltas entenebrecieron el reinado de Fernando IV y la minoridad de Alfonso XI, y, al morir éste, se desató encarnizada lucha civil entre Pedro I y los Trastámaras. Para las aljamas fue aún más lóbrego el período. Comenzaba a desvanecerse la relativamente tranquila convivencia de los tres credos religiosos. El pueblo llano no veía con buenos ojos que los judíos ocupasen (como médicos, administradores o recaudadores de impuestos) un papel relevante en el reino. Las clases altas envidiaban su bienestar económico y su influencia en la corte, donde los judíos eran apoyados por los reyes y ciertos consejeros, pues los fuertes impuestos pagados por las aljamas saneaban el erario real. La situación de los judíos dependía en gran parte del favor de los monarcas. Intrigas y envidias acarrearón la detención y la muerte de don Yusef de Ecija y de don Samuel b. Wakar en el reinado de Alfonso XI, y, aunque Pedro I se distinguió por su protección a los judíos, su almorjefe mayor, Samuel Ha-Levi, en 1360 fue encarcelado y murió en la tortura. Alguno de estos episodios antisemitas, hacia 1336, afectó al mismo Sem Tob, según refiere el poeta Yosef b. Sassón. Tales circunstancias de inseguridad explican la postura vital del autor de los *Proverbios* durante ese período turbulento que ya anunciaba la violencia de los pogromos de 1391. Ante el dilema de muerte o bautismo, hubo masivas conversiones de judíos. Como escribe Shepard, ese año establece una divisoria de la historia del país. Aparece una nueva clase social, la de los conversos, cuyo papel ulterior en la sociedad española deja una huella profunda e indeleble que ha estudiado Américo Castro.

Ignoramos si Sem Tob nació en Carrión de los Condes. Consta que residió también en Soria. Pero al principio mismo de los *Proverbios*,

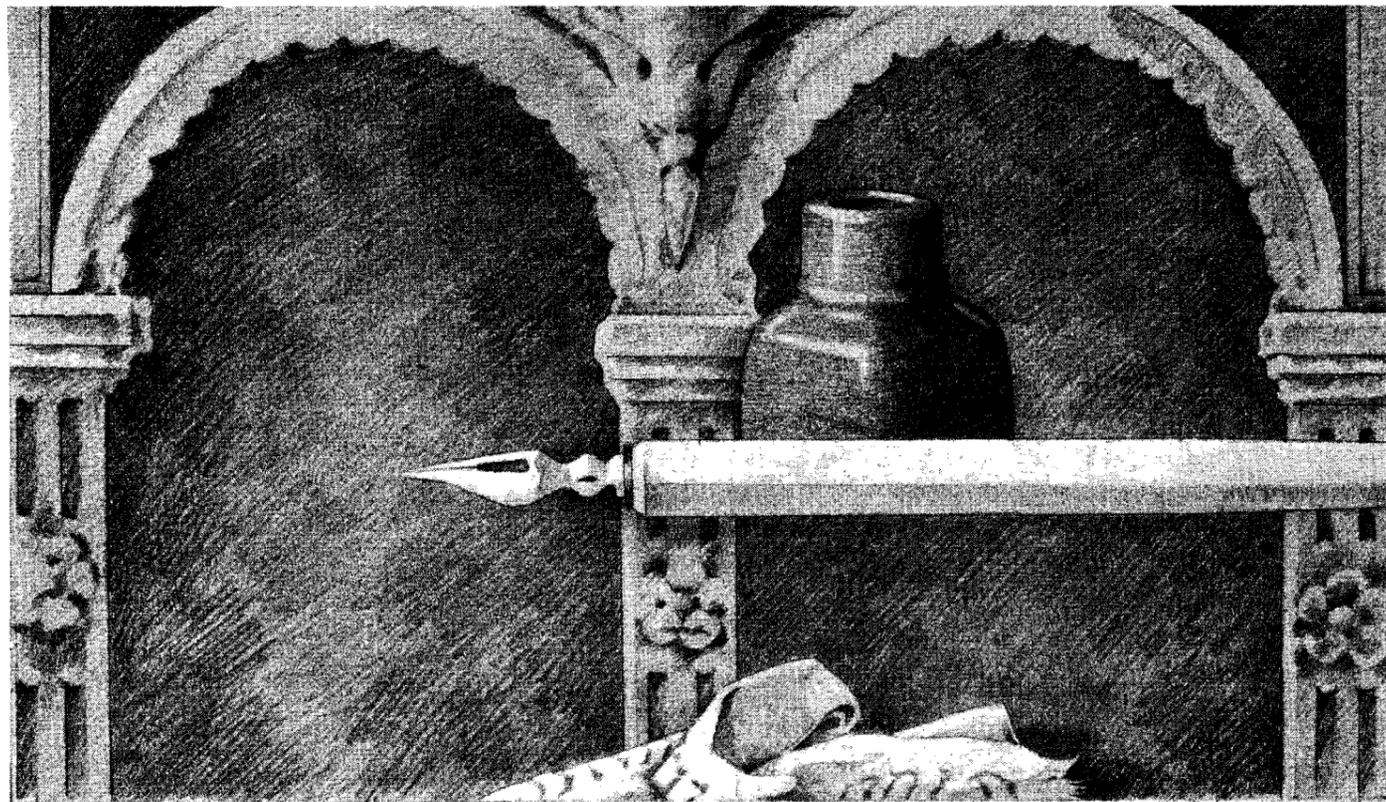
adoptando el nombre castellanizado, se llama a sí mismo «Santo, judío de Carrión». De todos modos, Sem Tob fue conspicuo miembro de su aljama. Otro poeta hebreo, residente en Frómista, el mentado Yosef b. Sassón, elogia a nuestro autor en uno de sus poemas.

«Caballero eminente de la senda de la sabiduría, que pesa y sopesa versos, sus libros son atractivos y sus dichos son hermosos; ordena sus capítulos en líneas de versos, y con su saber confunde a los sabios; a su lado, los otros convecinos son como vacas. Es tan experto en la cría de ganado como lo es en poesía. Es un escritor que rompe las rocas y habla desde del hisopo hasta del cedro, y sus poemas son hábiles y asombrosos. La vara de los gobernantes está en sus manos y está difundido por todo el reino de España.»

En este panegírico sorprenden dos datos. Primero, el atribuir a Sem Tob experiencia en el dominio agropecuario. No ha de extrañar que sus actividades intelectuales y religiosas como rabino fueran insuficientes económicamente y que, por tanto, estuviese dedicado a otros menesteres más productivos. En segundo lugar, la expresión «la vara de los gobernantes está en sus manos» ha inducido a algunos a pensar que don Santob tuvo en aquellos años del reinado de Alfonso XI cierta intervención en los asuntos financieros o administrativos del reino. Lo uno y lo otro concuerda con lo sabido de los judíos eminentes de entonces. El rey Alfonso XI había permitido que los judíos adquiriesen propiedades agrícolas, y por otra parte, había confiado en ellos los asuntos de la hacienda pública. Es posible que la estancia de Sem Tob en Soria, hacia 1345, estuviese en relación con esas tareas financieras. Pero cuando hacia 1350 Sem Tob está escribiendo los *Proverbios*, parece que vivía retirado de los negocios estatales, dedicado en exclusiva a la aljama y a sus propiedades.

¿Por qué Sem Tob, conocido y alabado por sus obras en hebreo, se decidió a escribir los *Proverbios Morales* en castellano? Si bien es verdad que el libro está dedicado al rey Pedro I (lo que apunta a una fecha posterior al comienzo de su reinado en 1350), parece que su composición tuvo lugar en vida del vencedor del Salado, y que sólo al morir éste, Sem Tob transformó la dedicatoria para dirigirla a su sucesor. La dedicatoria al rey persegui-

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

ría algún fin. Retirado Sem Tob de los asuntos públicos, esperaba, sin duda, alguna recompensa real por sus desvelos administrativos anteriores. No duda de que el rey cumpla lo prometido, «como la debda mía, que a vos muy poco monta, con la qual yo podría bevir sin toda onta». Esta deuda, que al final del poema llama con eufemismo «merced», ¿sería un premio a fieles servicios pasados, o simple devoción de algún préstamo que Sem Tob, como tantos otros, habría hecho a su rey y señor? Sea de ello lo que fuere, el rabino no encontró mejor recordatorio para la olvidada memoria real que dirigirle lo que menos le costaba y al fin le procuraba cierto placer: un tratado que ofreciese «algo de su saber», no sólo al rey, sino a sus convecinos; algo útil y provechoso, porque, como escribe el anónimo comentarista del manuscrito «M», «non deve cesar de fablar ciencia el que sabe», pues ésta «es notorio que viene por devina influencia de Dios en el omne que la ha» y «no la da Dios para que la calle, nin para el influido solo, salvo para fazer bien», «assí que el Señor da sabiduría a uno para enseñarla a muchos».

En efecto, consiguiese o no Sem Tob la «merced» que suplicaba al rey, lo cierto es que sus *Proverbios* cumplieron en principio su propósito. Es una de las pocas citas concretas que en su *Carta-Proemio* aporta el Marqués de Santillana: «Concurrió en estos tiempos [los de su abuelo don Pero González de Mendoza] un judío que se llamó Rabí Santo; escribió muy buenas cosas, e entre las otras [¿se referirá a sus obras hebraicas o a otras castellanas perdidas?] *Proverbios Morales*, en verdad de asaz comendables sentencias.» También un vocabulista anónimo del siglo XV menciona «aquellos versos rimados de el rab don Santo, en los quales ay asaz seso y notables dichos». La lectura de los *Proverbios* debió de perdurar en las aljamas, según demuestra el manuscrito de Cambridge, y hasta se recomendaría su recordación memorística, a lo que aludía en su prólogo el comentarista del manuscrito «M» cuando afirma que las «dichas trovas son muy notable escritura que todo omne la deviera decorar», *decorar*, es decir, aprender de memoria. Y esto consta, pues todavía Ferrán Verde, el converso de 1496, era capaz de recordar doscientas y pico estrofas del poema de Sem Tob. Desde aquella fecha, el recuerdo del rabino se oscurece hasta las ediciones de Ticknor y Janer en el siglo XIX. No es sorprendente: uno de los cargos inquisitoriales contra el citado converso consistía en ha-

ber leído «en una obra de rabi Sonto la qual aprovava por buena et decia que cómo Dios avia matado tal hombre como aquel»; el converso se defiende: «ahun que dixeron que tenía por buenas aquellas coplas y las aprobava por buenas entiéndase de buenos castigos y enxemplos por que desa misma suerte probava y leya en las obras de fray Iñigo [de Mendoza] y de Juan de Mena y aun en la Pasión Trobada [de Diego de San Pedro] e otras muchas de grant devocion e consolacion y exemplo y doctrina». Precaución primero, y al fin olvido arrinconaron en las bibliotecas las coplas de don Santo, sólo ya citadas por bibliófilos (como Nicolás Antonio y L. Sanz en el siglo XVIII).

Frente a sus obras hebraicas, destinadas a sus correligionarios, los *Proverbios Morales* (o como los llamase su autor; acaso *Sermón de glosas morales*) se dirigen a todos, y por ello se redactan en castellano, sin afán proselitista ni apologético. Aunque reconoce su credo judaico, Sem Tob no hace gala de ello y hasta con cierta humildad procura captar la benevolencia del lector cristiano para que omita las diferencias de fe. Resignado a la prevención antijudaica de la sociedad cristiana, pero seguro de su valía, el rabino se eleva a un plano general, meramente humano, y evita cuestiones doctrinales que podrían ser espinosas o mal interpretadas. Sin embargo, el contenido de sus trovas trasluce sus orígenes hebreos y, en parte, la inestabilidad y el riesgo en que vivían entonces las juderías. De igual modo, la expresión poética y los recursos retóricos del rabino de Carrión se apartan de lo habitual en la tradición castellana y se resienten de los procedimientos utilizados en la prosa rimada y en la poesía hispano-semítica. Los *Proverbios* son, pues, muestra patente de ese mudejarismo de la cultura de Castilla en el siglo XIV, en el que tanto insistió el maestro Américo Castro.

El libro de Sem Tob no es un centón de máximas, o «enxemplos», más o menos prácticos para conducirse en la vida. García Calvo ha subrayado que se trata de «un poema de estructura unitaria, equilibrada y bien pensado», de «un bosquejo de algo que podríamos llamar lógica moral, es decir, exposición de las contradicciones y la relatividad de los juicios de los hombres». En el razonamiento moral de Sem Tob hay huellas bíblicas y talmúdicas, y a la vez actitudes derivadas de la convivencia inestable con los cristianos. Son patentes los rastros del *Kohélet* y del talmú-

dico *Pirke Avot*, de Maimónides, y otras resonancias hebreas y arábicas. Pero Sem Tob amasó estos materiales con el yeldo de su propia experiencia. Evitando lo doctrinal, se mantiene en terreno práctico y mundano y trata de expresar lo que conviene al hombre de cualquier credo mediante postulados aceptables sin discusión por sus destinatarios cristianos: la extrema pequeñez del hombre ante la infinita grandeza de Dios; la mudable condición del mundo y la necesidad de adaptarse a ella según las circunstancias; la desconfianza en las presuntas virtudes humanas y el fiel acatamiento ante el juicio de Dios, cuyos inescrutables designios ignora el hombre, incapaz de entender nada; la obligación de trabajar y penar del «hombre que es hombre» y asume su destino guiándose de las dos cosas «sin revés»: el saber y el hacer bien; así, resignado en la adversidad y satisfecho en la prosperidad, el «hombre entendido» podrá alzarse sobre su naturaleza terrena, por esencia mala, hasta la angélica, inducida por Dios en su espíritu. Los consejos de Sem Tob pretenden superar el no demasiado alegre panorama de los defectos, desajustes y vicios que configuran la vida terrenal y social del hombre. Sus consideraciones son tan desoladoras como las del bíblico *Kohélet*. Pero frente al «vanidad de vanidades» del *Eclesiastés*, el rabino de Carrión no piensa que el destino del hombre sea parejo al de las bestias y está dispuesto a dejarse guiar por el saber (o conocimiento de la revelación), aceptando los paradójicos acontecimientos de la vida humana y convencido de la futura recompensa.

Todas estas cuestiones se debaten y exponen en los copiosos comentarios de la edición de Perry (téngase en cuenta que éstos, aparte la concisa introducción, abarcan casi 110 páginas, sin contar 29 de glosario, frente

a las 89 que ocupa el texto). Esperamos que se explenen más detenidamente en su prometido segundo volumen. Las anotaciones de Perry ilustran y aclaran el texto por cuanto señalan las conexiones entre el «sermón» semitobí y sus fuentes tradicionales, bíblicas, talmúdicas y de otros escritores hebraicos medievales como Maimónides. Se precisa así lo que dice o sugiere Sem Tob. Ello constituye el mérito más destacado de esta edición.

Por otro lado, aunque Perry no establece un texto crítico depurado y, dentro de lo que cabe, definitivo, representa por ahora la lectura más cómoda y fiable de los *Proverbios*. Sigue Perry al manuscrito «M», con algunas correcciones obvias, y rellena sus lagunas con los otros manuscritos. Con tal criterio, se separa de la objetable ordenación de estrofas adoptada por Llubera, y también, con cauta prudencia, se abstiene de adherirse a ciertas propuestas de García Calvo en su edición. No obstante, sigue en cierta medida el camino del editor español, por cuanto relega a apéndice algunos pasajes que sin duda no formaban parte inicialmente del cuerpo de los *Proverbios*. Dada la dificultad de insertar ciertas estrofas en contexto apropiado e indiscutible dentro del poema, ya García Calvo las había agrupado al final del «sermón» bajo el título de «Otras rimas», además de desechar el fragmento en portugués de las coplas 8-9 (del que discute en nota de la página 160). Se trata de las estrofas del «beso en sueños» (32-33 en la numeración de Llubera), del «escrito de tijeras» (40-44), de las dos coplas de las «canas teñidas» (45-46), de la adivinanza y elogio de la pluma (685-702) y de la palabra «no» (706-707). Perry, salvo en el caso de las dos coplas de las canas, que mantiene en el contexto donde aparecen tanto en el manuscrito «M» como en el «E», coincide con García Calvo en segregar del poema los otros pasajes, e, incluso más radical, también elimina el episodio del «huésped pesado» (527-546, sólo conservado en «E») y, por tanto, bastante sospechoso y las aisladas estrofas 12 a 16 (que sólo transmite «C») y hacia el final del código, que por el contrario García Calvo reinstaura, y hasta rehace a su modo. Parece acertado el criterio de Perry. Ya Shepard había apuntado que las coplas de la loa de la pluma serían un escrito independiente de los *Proverbios*. También señala García Calvo que las coplas del beso y las del «no» tienen rasgos métricos particulares: son versos octosílabos y no heptasílabos, y las rimas de las dos estrofas de cada trova coinciden. Parece, pues, lógico mantener estas rimas al margen de los *Proverbios*.

En suma, no puede exigirse al texto establecido por Perry mayores precisiones en lo que se refiere a la lengua, aunque las discrepancias de detalle respecto de las lecturas adoptadas serían abundantes (y no para ser discutidas en esta ocasión). Es un texto legible y convenientemente explicado en cuanto a sus contenidos. Las ideas y las intenciones de Sem Tob quedan bien claras. Creo que en ello reside lo más valioso de este trabajo. Su mismo autor insiste en que la meta de la edición ha sido más bien léxica, literaria e ideológica y no estrictamente filológica, puesto que se ha atendido más a lo que dijo el rabino de Carrión que a cómo lo dijo. En esto, Perry ha cumplido con creces sus propósitos. □

## RESUMEN

Dentro de la literatura castellana medieval, los *Proverbios* es un libro especialmente insólito. Una reciente edición anotada de esta obra le permite al profesor Alarcos acer-

carse a la figura de su autor, don Santob de Carrión o rabbi don Sem Tob el poeta, como se conocía en el siglo XV a uno de los últimos cultores de la literatura hispano-hebraica.

Santob de Carrión

*Proverbios Morales*

Ed. Theodore A. Perry, Madison, Wisconsin, 1986. XIV + 234 páginas.

# Una obra de consulta que se deja leer

Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927), miembro de número de la Real Academia Española, es catedrático de Lengua Española de la Universidad Complutense y lo ha sido antes en las de La Laguna, Granada y Autónoma de Madrid. Dialectólogo, lexicólogo y crítico literario, sus libros más recientes son *Semántica y Lexicología del español*, *Estudios dialectológicos y Lengua española y lenguas de España*.

La gramática normativa no está de moda. Hasta los parvularios han descendido las esotéricas doctrinas lingüísticas de los últimos decenios, y antes se hallan expuestos nuestros infantes a oír hablar de Chomsky que a ser corregidos de sus posibles solecismos, porque se ha difundido la idea de que el desarrollo de la lengua debe dejarse a la libre espontaneidad del muchacho, que es exactamente el mismo sistema pedagógico que, aplicado a los burros, consigue en poco tiempo la plenitud y perfección del rebuzno.

No quiero decir con esto que la moda sea reciente; gran parte de los maestros o profesores que han declinado la autoridad lingüística que tradicionalmente les correspondía, y eluden toda función correctora por opresiva, ya debieron ser educados con estos métodos, según se desprende de su propia natural expresión.

Y no es extraño, porque desde 1931 la Real Academia no ha editado su *Gramática*, que era el aceptado código normativo de nuestra lengua, y cuando en 1973 publica por fin, después de cuarenta y dos años, su *Esbozo de una nueva Gramática de la Lengua Española*, lo inicia con una *Advertencia* en la que se dice que tal *Esbozo* es «un mero anticipo provisional de lo que será nueva edición de su *Gramática de la Lengua Española*» y que, por ese mismo carácter de simple proyecto, CARECE DE TODA VALIDEZ NORMATIVA, impreso así, en versalitas, para que nadie se llamara a engaño.

Como han pasado trece años más sin que se publique la anunciada *Gramática*, el vacío normativo es descomunal y, aunque no proceda de la Corporación a la que está confiada la norma lingüística, una obra que se titula *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española* atrae inmediatamente la atención del estudio de la lengua y del preocupado por su uso.

Más, para mí, si el autor es Francisco Marsá, catedrático de la Universidad Central de Barcelona, que es uno de esos colegas en los que yo admiro, profesionalmente, su maestría expresiva, su capacidad comunicativa, su arte de decir. Sólo ha habido dos libros en los últimos cinco años que me hayan pegado al asiento, que haya devorado de un tirón, sin pausa, olvidándome de cualquier otra cosa, gozando de la incomparable aventura de leer, imaginando desde cada página la sorpresa que me podía deparar la siguiente. Esos dos libros han sido *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, y *Cuestiones de sintaxis española*, de Francisco Marsá. Que la novela de un premio Nobel, corta además, origine tal suspensión no tiene nada de extraordinario, pero que un manual de gramática, que dobla en extensión a la susodicha novela, produzca idéntico efecto es algo tan insólito que yo mismo no podría creérmelo si no lo hubiera experimentado.

Pero comprobada la veracidad de lo inverosímil, uno está ya dispuesto, en cualquier momento y ocasión, a leerse de cabo a rabo un libro de Marsá, aunque se defina desde su título como «diccionario» y como «guía», que son dos géneros didácticos orientados hacia la consulta y no destinados expresamente a los solaces y esparcimientos del fin de semana. Pues bien, puedo decir que he dedicado un domingo a la lectura del libro que comento y no me he aburrido ni un solo instante. Francisco



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Marsá sigue siendo capaz de plantar amenos paisajes en los áridos terrenos de la gramática y de refrescar la natural sequedad de los preceptos académicos con sus jugosas e irónicas reflexiones.

Pero es que además demuestra un extraordinario valor. La obligación que nuestro autor se ha echado sobre los hombros y que ha cuajado en este libro es una obligación que correspondería a la Real Academia Española: la presentación de una clara y precisa Gramática normativa. No ha tomado otra precaución que la de disimular en el título, con una hipálage, la referencia a la norma, y se ha lanzado, con entusiasmo y buen hacer, a una empresa tan necesaria como poco agradecida. Si la Academia había dejado pasar tanto tiempo sin poner el peso de su prestigio corporativo en la balanza de la normalización, Marsá ha entendido que no podía esperar ni un día más la divulgación de esta guía práctica que orienta, con sencillez y eficacia, a los usuarios del idioma acerca de los empleos más o menos adecuados, correctos o incorrectos, de su instrumento lingüístico. «La lengua española —escribe en la página 297— es demasiado importante para dejarla a su propio albur.» Y cubre el prolongado vacío académico erigiéndose en portavoz, siempre que debe, de la académica doctrina. Porque, como observa con fina ironía, «así como en cuestiones del más allá lo más a mano, en España, es ser católico, en cuestiones de norma lingüística lo más sencillo es acogerse a la Academia» (pág. 172).

## Patrimonio cultural

Se necesita valor para decir eso, ya lo he apuntado. Pero el libro no se debe a un impulso temerario, como pudiera pensarse. Tiene conciencia el autor de lo que hace, sabe dónde se mete. «No es empresa popular ni fácil —escribe—. Ni siquiera agradable, ya que quien la emprende arrostra el desprecio de los pedantes, la irritación de los ignaros y la indiferencia de la mayoría. Que el cumplimiento de los códigos no está de moda y son muchos los que presumen de saltarse los semáforos en rojo» (pág. 113).

Marsá invoca el imperativo constitucional: «La riqueza de las distintas modalidades lingüísticas de España es un patrimonio cultural que será objeto de especial respeto y protección», proclama el artículo 3.º de la Constitución, y estima él que acaso conviniera recordar que tal disposición incluye a la llama-

da por antonomasia lengua española y «que la mejor contribución a su protección y respeto consiste en hablarla y escribirla correctamente» (pág. 27).

Para hablarla y escribirla correctamente, para dilucidar esas dudas que a todos, en algún momento, nos pueden asaltar, este libro va a resultar desde ahora imprescindible. ¿«Nos pueden asaltar», como acabo de decir, o estaría mejor «pueden asaltarnos»? En la página 135, párrafo 6.1.2., se resuelve esta cuestión.

Se resuelven muchas cuestiones en la obra. Hay fidelidad a la norma establecida, pero también mucho instinto lingüístico y abundante doctrina gramatical. El libro resultará útil para todos y su lectura, para algunos, puede constituir un saludable ejercicio de humildad. Para mí lo ha sido: algún error que me era propio he descubierto, alguna mejora experimentará mi expresión. Porque no descarta el autor en el prólogo, con certera adivinación, que su obra pueda incluso «proporcionar al español culto la ocasión de comprobar el buen estado de sus conocimientos lingüísticos; que es imprudente confiar en la rutina de cada día, en un mundo de oradores improvisados y escritores de urgencia» (pág. 8).

Hay incluso un párrafo que me escama e inquieta. Hablando del dequeísmo, en la página 154, dice: «Si se llama la atención a alguna persona culta acerca de la frecuencia de esta incorrección, el interpelado suele afirmar que jamás incurre en ella; pero en no pocos casos bastará prolongar un rato la conversación para obtener flagrantes ejemplos.» Como yo soy uno de esos que aseguran no resbalar nunca en tal terreno, ahora ya me entran las dudas y me siento desasosegado. Porque, no hace mucho, alguien me confió que había descubierto un caso de dequeísmo en un

artículo de uno de sus más conocidos y públicos reprobadores. Bien es verdad que no me concretó el texto; no sé si se lo guardaba para hacerle chantaje al afamado.

Marsá, en cambio, cita los ejemplos pero no los nombres, no pone a nadie en la picota, aunque se refiera, genéricamente, a esos «eruditos a la violeta, gente hecha de la peor mezcla de pedantería, ignorancia y frivolidad... que va por ahí, pluma en mano —o tecla en yema o micrófono en boca—, propagando insensatez» (pág. 297). Si se decidiera a dar nombres, que los debe tener a millares, de toda la escala social, desde el que habita en palacio hasta el que pesca en ruin barca, tal vez el *Diccionario normativo* pudiera convertirse en un «best-seller», lo que tampoco estaría mal.

## Perfección expresiva

De momento, alabemos su tácita prudencia, no vaya a ser que salgamos en la relación, y agradezcámosle la obra que nos brinda, que es, a la par, un instrumento y un modelo. Porque ejemplo es su texto de aquello que postula: la perfección expresiva. Una cosa es predicar y otra dar trigo, desconfía el saber popular desde el refranero. Pues bien, candel y abundante nos lo proporciona Francisco Marsá desde su prosa. Nuestros gramáticos de los siglos XVI y XVII sabían predicar con el ejemplo, escribían con pasión y con galanura de estas cosas, reprendían con humor y aconsejaban con discreción; pero había desaparecido ese estilo de nuestras gramáticas modernas, crípticas y oscuras por lo general, pedantes y enrevesadas. Marsá, desde su lengua de hoy, vuelve a la mejor tradición española de claridad positiva e instructivas imágenes.

Consigue el autor que leamos con gusto el texto gramatical y es maestro inimitable del ejemplo, por lo cual no pocas sorpresas nos aguardan en los de su libro. Así, en la página 275, donde para ilustrar la posible sucesión de un punto de abreviatura y una coma, es decir, de un punto + coma que no es punto y coma, utiliza una relación de tratamientos abreviados en el desconcertante sintagma protocolario «El Excmo., Rvdmo. y Mgnfco. Sr. Rector de la Universidad», y explica que en tal ejemplo «se añade a las condiciones de suma excelencia y de magnificencia —supuestas a cualquier rector de cualquier Universidad española— la de suma reverencia. Acumulación no común, pero tampoco rara; que la dignidad eclesiástica no es incompatible con el rectorado universitario ni es infrecuente en España compensar la escasez en lo tangible con abundancia en lo rimbombante».

He aquí, por lo tanto, una obra de consulta que se deja leer. Porque es deleitosa la lectura que el libro nos ofrece y no mera ordenanza e instrucción. Una gozosa fiesta para el mundo hispanohablante la aparición de este *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, que nos puede hacer más llevadero el tiempo que falte hasta que una nueva *Gramática* académica asuma la función normativa que le corresponde y oriente con autoridad, en su navegación lingüística, a tantos millones de usuarios como la están esperando. □

## RESUMEN

Existe un enorme vacío en la gramática normativa, pues la Academia no publica la suya desde 1931. Para Gregorio Salvador, el libro comentado suple esa carencia y lo hace con galanura, con amenidad, con excelente

estilo, ofreciendo así una lectura deleitosa, aparte su ya inexcusable empleo como obra de consulta para cualquier problema gramatical que se le presente al usuario de la lengua.

Francisco Marsá

*Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*

Ariel Lingüística, Barcelona, 1986. 477 páginas.

# Disputa entre antiguos y modernos

Por Gonzalo Anes

**Gonzalo Anes** (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense y académico de número de la Real Academia de la Historia. Dirige la revista «Moneda y Crédito» y ha publicado, entre otros, los libros: Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII y La España del Antiguo Régimen. Los Borbones.

Hay libros que corren suerte inmerecida en razón de las circunstancias en que son editados. Cuando los patrocinan instituciones que fomentan la investigación, suelen carecer éstas de «canales distribuidores». En estos casos, las obras pueden consultarse en las bibliotecas pero no se difunden desde los escaparates y catálogos de las librerías. Sin que haya sido éste el caso de *Antiguos y Modernos*, la repercusión de la obra no fue la que hubiera sido de esperar dado el interés de su contenido. Parece, pues, conveniente referirse a ella con motivo de que aparezca ahora bajo los auspicios de Alianza Editorial.

La disputa entre antiguos y modernos fue resultado de la toma de conciencia del avance logrado en el transcurso del tiempo. José Antonio Maravall quiso estudiar cómo una situación de avance real condicionó la toma de conciencia de que el cambio tenía lugar.

En la Europa del Renacimiento, cuando se vivió «la experiencia real y la idea de progreso», se postuló la vuelta a la antigüedad como programa de avance y perfeccionamiento. Maravall muestra cómo el mito de los antiguos y la idea de progreso coincidieron en su vigencia temporal. La lectura de las obras de Rigault, Guillot, Delaville, Margiotta, Gentile, Mondolfo, Bury, Lee Tuveson, Borinski permitió a Maravall comparar cómo se planteó en España, y con mayor intensidad que en otros países de Europa, la disputa sobre antiguos y modernos, y cómo la confrontación se extendió a los más variados campos del saber y de la acción. Desde mediados del siglo XVI, la disputa tendrá implicaciones que supondrán que se clarifique la idea de una evolución progresiva. El interés por los antiguos se debió a que fueron considerados como ejemplo y como imitación. Al imitarlos, los modernos sentían el deseo de superarlos.

José Antonio Maravall pudo comprobar cómo los resultados de su investigación han sido confirmados en otros países. El libro de G. Mazzacurati, *Il Rinascimento dei moderni*, publicado en 1985, prueba la vigencia actual de los planteamientos que dieron lugar, en 1950, a las investigaciones que permitieron publicar, en 1966, el libro *Antiguos y Modernos*.

Los cambios que tuvieron lugar en ciencia y técnica desde mediados del siglo XV a mediados del XVI provocaron una crisis de fe en la antigüedad. La actitud reverencial mantenida durante la Edad Media dio paso a la convicción de superioridad respecto a los hombres del mundo clásico. La veneración que se tenía por los «maestros antiguos», como revela algún pasaje del libro de Alexandre, no sólo estaba vigente en el campo de la sabiduría sino en el del poder, en el del derecho (en cuanto la ley natural que prima sobre cualquier otra «es la más antigua»), en la nobleza («la nobleza, cuanto más alongada es del comienzo tanto es más antigua y mayor») y en la riqueza («imitar a los antiguos, para llegar a ser tanto como ellos y aun sobrepasarlos, es el programa de perfeccionamiento que el hombre medieval formula una y otra vez»).

Así lo afirma José Antonio Maravall en el libro *Antiguos y Modernos*, que da ocasión a este comentario. Además de los testimonios sobre la actitud reverencial aludida, son variados y frecuentes los de crítica a admitir los saberes heredados. Desde los debidos al canciller Diego García en su obra *Planeta* (de finales del siglo XII o comienzos del XIII) hasta el contundente del prólogo a la versión cas-

tellana del *Calila e Dina*, ya se observa un cambio en dicha actitud reverencial que será más notable al finalizar la Edad Media. Quienes, entonces, leían a autores griegos y romanos podían adoptar dos actitudes distintas: admitir de forma reverencial sus escritos, su arte y su saber o lograr con dicha lectura un método para perfeccionarse y para llegar a más que ellos.

Con el Renacimiento, como advierte José Antonio Maravall, no tiene lugar la revitalización de los antiguos. Fueron los modernos quienes se impusieron vigorosamente: a la vez que admiraban a los clásicos, eran conscientes de las posibilidades «inagotadas e inagotables» «de la inteligencia humana y de su capacidad creadora». El renacimiento de los modernos exigía una mayor atención a la antigüedad.

El descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo influyó en que se tuviera conciencia de superioridad frente a los antiguos. Corresponde a José Antonio Maravall el mérito de puntualizarlo mediante una aportación amplia de pruebas. «Novedad tan fuera de comparación» como la de las tierras americanas tenía necesariamente que fomentar la creencia en la superioridad de los hombres que la presenciaron. En las obras de Geografía y de Historia natural que tenían por objeto el Nuevo Mundo se observa este convencimiento. Pedro Mártir de Anglería, reconociendo las referencias a tierras ignotas en Aristóteles y en Séneca, afirmará, en fecha tan temprana como 1496, que a él le interesa la proeza moderna y las noticias de los descubridores sobre unas tierras que estaban ocultas y que fueron descubiertas gracias a la industria y trabajo de Colón. López de Gomara considerará que el descubrimiento de América fue «la mayor cosa después de la creación del mundo», y Bernal Díaz del Castillo exaltará la superioridad de los modernos sobre los antiguos por este hecho. Pedro de Medina elogiará a la nación española por haber surcado mares nunca navegados y descubierto tierras desconocidas antes y por dar la vuelta al mundo. Todo ello le parece «cosa tan grande» que no puede menos de expresar que los «antiguos ni la vieron, ni pensaron, antes por imposible la tuvieron». Otros dirán que los españoles, por el descubrimiento de las Indias, no se debían «tener por menos ilustres que los romanos y griegos».

## Incomparable hazaña

América permitirá a hombres del siglo XVI comprobar la superioridad de los castellanos, respecto a los antiguos, en conquistas, en dominación política, en técnica y en saber. Podrán comparar la magnitud de las hazañas de un puñado de hombres «luchando con grandes pueblos». Valorarán que soportaran la extrañeza de los alimentos y las novedades y peligros que encontraron a su paso. La empresa de «ir a conquistar lo no visto ni sabido» la tendrán por incomparable hazaña. De ella resultó un mundo del que el viejo orbe clásico era sólo una parte. Fernández de Oviedo dará cuenta del deseo de saber de los hombres de su tiempo: no se contentarán «con entender y especular pocas cosas, ni con ver las ordinarias o próximas a la patria, ni dentro della misma». La peregrinación por «apartadas provincias», después de superar «muchos y varios peligros», les permitirá «inquirir en la tierra y en el mar las maravillas e innumerables obras» que se presentaban a su vista, superando, con ello, a los antiguos. López de Gomara, en la *Historia general de las Indias*, expresará que la novedad de América, debida al genio de los españoles, les había hecho superiores a los antiguos, al descubrir tierras «que nunca los romanos señores del mundo las supieron». Con ello, echarán atrás «los espantajos de los antiguos». El resultado lógico de esta comprobación habría de ser exaltar la «experiencia» frente a la «filosofía». Las

fantasías del pensamiento antiguo sobre la esfericidad de la tierra, la inexistencia de los antrópodos, la inhabilitación de los trópicos, la presencia de monstruos en la naturaleza, mares inaccesibles, habían quedado arrumbadas gracias a los hechos de los españoles. La hazaña de una sola nao había declarado «la ignorancia de la sabia antigüedad».

El descubrimiento de nuevas tierras, de nuevas plantas, de animales diferentes, la prueba de la esfericidad de la tierra, los perfeccionamientos en las armas de fuego, el desarrollo de la construcción naval y de la navegación originarán una crisis de la fe en la antigüedad. Por eso podrá decir Herrera que «los antiguos» no habían alcanzado el arte de navegar que se usaba en el siglo XVI. Sin conocerlo, «no se podían engolfar tanto, ni por viaje de tierra se podía tener tanta noticia dellas». Los hechos de los castellanos habían refutado el parecer de los antiguos. Así, el descubrimiento del Nuevo Mundo, al ser analizado por los hombres más inteligentes del Viejo, orientó su pensamiento hacia la modernidad. Advierte José Antonio Maravall que si bien han sido señalados, y a veces estudiados, aspectos literarios, científicos, filosóficos, políticos de las «nuevas circunstancias creadas por el descubrimiento», no se ha expresado aún «el colosal impacto» que produjo en el pensamiento europeo: «el disparo que nada menos que todo un continente, al chocar con la trayectoria del pensamiento europeo, hizo orientarse a éste definitivamente hacia los principios de la modernidad, que habrían de granar y difundirse en la época de la «ilustración»». La confianza que despertó la gesta americana llevó a exaltar lo moderno en otros países de Europa, «aunque nunca con la amplitud y con tan decidido carácter como en España».

## La experiencia personal

Subraya Maravall el hecho de que, durante el siglo XVI, historiadores, cosmógrafos, médicos, escritores de variadas materias técnicas, incluso los místicos, anteponen la autoridad de «la experiencia personal» a cualquier otra. Relatar lo visto y hecho en América lo exigía así. Para América no había modelos clásicos que seguir. La gesta americana influyó también en afirmar la importancia de la observación y de la experimentación como fuente de conocimiento.

José Antonio Maravall presenta textos variados de diferentes autores sobre la preferencia de lo observado y experimentado respecto a aceptar el criterio de autoridad. Así, habrá algunos que insistan en afirmar que lo que dicen lo saben por evidencias propias, por haberlo descubierto, gracias a la experiencia. Andrés Laguna, en su *Viaje a Turquía*, llegará a preguntarse: «¿Por qué tengo yo de creer cosa que primero no la examine en mi entendimiento? ¿Qué se me da a mí que los otros lo digan, si no lleva camino?» Y Florián de Ocampo, en su *Crónica general de España*, se opondrá a la gente vulgar, manifestando que «ésta fue siempre de tal condición que jamás quiere recibir ni tener por bueno sino aquello en que está acostumbrada, aunque la tal costumbre sea desvarío notorio». Por eso, en la

*Tercera Celestina*, se le hace decir a un personaje que «en materias disputables más hace la razón y argumento que la auctoridad del que lo dice». Maravall reconoce esta actitud en variados textos, para concluir: «la rutina de seguir lo que otros han dicho es la carga que tiene que arrojar de sí quien desea al escribir no tener más norte que la verdad».

## Exaltación de lo nuevo

La exaltación de lo nuevo, «omnia nova placet» (como se lee en inscripción del coro alto de la iglesia del convento de San Marcos de León, fechada hacia 1540), por lo que tiene de originalidad, por el interés por lo extraño y exótico, la exaltación de la capacidad de inventar, se verá reafirmada por las innovaciones en todos los campos del saber, tanto teórico como práctico. En economía (en tratos y contratos, como advertirá Cristóbal de Villalón), en la técnica de las armas de fuego (en cuya superioridad residirá el éxito de los modernos en el arte de la guerra), en táctica militar, en las posibilidades de difundir la cultura gracias a la imprenta, los hombres de los siglos XVI y XVII se sentirán superiores a los de la antigüedad y fundamentarán en la experiencia y en la observación el conocimiento útil, sin encontrar límites para su curiosidad y fe en el futuro. José Antonio Maravall podrá mostrar cómo Gracián, en *El Criticón*, sobrepasa la idea «del avance de cada ser hacia su singular y definida perfección, reemplazándola por la visión general de un movimiento, ilimitado en el porvenir, hacia un enriquecimiento del mundo y de la sociedad de los hombres, si previsible y esperado, no predeterminado en sus paradigmas ni en su medida». Uno de los personajes de *El Criticón* dirá que «nada es cuanto se ha dicho con lo que queda por decir», que «todo cuanto hay escrito en todas las artes y ciencias no ha sido más que sacar una gota de agua del océano del saber». El mañana será el reino del progreso.

Maravall concluye este libro significando que una concepción dinámica de la historia humana había llevado a una estimación preferente de los presentes. La misma idea del cambio cultural suscitará la creencia de que en el futuro se alcanzará «un nivel más elevado que todos los anteriormente conocidos». Los escritores de los siglos XVI y XVII, tan cuidadosa e inteligentemente leídos por Maravall, «afirman el curso perfectivo y acumulativo del tiempo, como despliegue de un orden natural, sin referencia a instancias trascendentes», en un movimiento que incorporará nuevas perfecciones. Las doctrinas de los «ilustrados» no se entenderían sin considerar los antecedentes que, con tanta lucidez como oportunidad, estudia Maravall en este gran libro. Es de esperar que, gracias a Alianza Editorial, sea conocido, a partir de ahora, por el gran número de estudiosos que puedan aprovechar de él enseñanzas, método e ideas de cómo el pensamiento humano se va formando en el tiempo, durante siglos, mediante la utilización de elementos teóricos muy arraigados en las tradiciones. La idea de progreso, objeto del libro, es una muestra de esta larga duración en cómo se forma. □

## RESUMEN

La disputa entre antiguos y modernos fue el resultado de la toma de conciencia del avance logrado en el transcurso del tiempo y se extendió, como estudió José Antonio Maravall en el libro objeto del comentario de Gonzalo

Anes, a los más variados campos del saber y de la acción. La idea de progreso del Renacimiento se debe a que los modernos, tomando a los antiguos como ejemplo e imitación, sintieron el deseo de superarlos.

José Antonio Maravall

*Antiguos y Modernos: visión de la Historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*

Alianza Editorial, Madrid, 1986. 628 páginas.

# ¿Se pueden racionalizar las decisiones?

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias de Madrid, Honoray Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Matemáticos, estadísticos, sociólogos, psicólogos, informáticos, economistas..., son los principales artífices de esta disciplina joven y vigorosa que hoy se denomina Teoría de la Decisión.

Sus métodos tratan de conjugar, con un sistema coherente de conceptos matemáticos, el juicio humano basado sobre la experiencia, la intuición, la cultura y el entrenamiento profesional.

Simon French, profesor de la Universidad de Manchester, acaba de publicar un notable libro con el título *Theory of Decision*, en cuyo prólogo leemos: «La razón de ser de la Teoría de la Decisión es, sin duda, influir en la mejora de la toma de decisiones, así yo espero naturalmente encontrar lectores fuera de los círculos académicos. No estoy seguro que estos lectores pertenezcan a los sectores de la industria, comercio y gobierno que toman decisiones; en general, ellos carecen de la preparación que yo supongo a mis lectores, pero tienen asesores (investigadores operativos, estadísticos y otros) que yo deseo encuentren el libro útil.»

Subrayemos el papel del científico en relación con los problemas de nuestra sociedad: lograr la comprensión de las ideas básicas y el alcance aplicativo de las nuevas metodologías por parte de los dirigentes, para convencerles de la importancia de que sus asesores científicos las apliquen en los complejos problemas de decisión.

Pero ¿cuáles son los antecedentes históricos de estas nuevas ideas sobre la decisión? La idea de «óptimo social» se encuentra ya en los escritos de Adam Smith y se va perfeccionando en Walras y sobre todo en Pareto (1906), que introduce la noción de «punto de equilibrio» como una situación social, definida por unas ciertas preferencias de los consumidores y de posibilidades de los productores, en que cualquier modificación que mejore a algún individuo empeora al menos a algún otro. Este es el punto de partida del concepto de «óptimo multicriterio», que formula rigurosamente en 1951 Koopmans (Premio Nobel en 1975).

El tratamiento de los problemas de decisión individual para hacer compatible la racionalidad científica con la inevitable presencia de lo subjetivo en dichas situaciones, tiene su origen en los trabajos del gran matemático John Von Neumann, que publicó en 1947 su monumental tratado *Theory of Games* en colaboración con el economista O. Morgenstern.

Los trabajos del Premio Nobel profesor Arrow, en su obra *Social Choice and individual Values* (1951), son paralelamente el origen del estudio actual de las decisiones colectivas. A ellos y a los trabajos posteriores, vamos a dedicar algunas consideraciones sencillas, tratando de que sean comprendidas por el no especialista.

## Decisiones individuales

En la vida cotidiana tomamos muchas decisiones basándonos en nuestras costumbres, formación ética, experiencia, sentido común, intuición. Pero no bastan estos sencillos recursos en situaciones complejas, tanto en las acciones posibles como en los resultados, y sobre todo, si éstos implican un porvenir incierto. Es precisamente en estas situaciones más

difíciles en las que el problema de la decisión alcanza toda su verdadera dimensión.

La investigación, la creatividad, el desarrollo, tienen consecuencias cuya característica principal es la incertidumbre. Se hace, pues, preciso aprender a tomar decisiones en presencia de una incertidumbre, irreducible por su misma esencia, que será necesario aprender a medir y saber qué riesgos comportan nuestras decisiones. Tales medidas no podrán ni deberán evitar una componente subjetiva, que permita tener en cuenta opiniones y preferencias personales del interesado en la situación de decisión.

Esencialmente la teoría de la utilidad de Von Neumann, cuyos antecedentes se encuentran en D. Bernoulli, permite, respetando unas cuantas reglas sencillas que se consideran plausibles y se formulan explícitamente en forma de «axiomas de comportamiento racional» y de algunas comparaciones subjetivas simples en que no cabe más que la preferencia personal, llegar a definir una función («esperanza de utilidad») que asigna a cada lotería posible, definida sobre unos premios básicos, un número real de modo que la ordenación de loterías equivalga a ordenar sus esperanzas de utilidad. Sin entrar en detalle en la construcción de la función de utilidad, podemos indicar que la solución estará de acuerdo con la mayor o menor aversión al riesgo del sujeto y reflejará su comportamiento en este aspecto.

Se trata, pues, de una «teoría normativa», es decir, que prescribe la decisión que debe tomar un individuo si acepta unos ciertos axiomas y si fija unas ciertas preferencias subjetivas en unas cuantas comparaciones sencillas.

Otro punto de vista es el de algunos psicólogos (Tversky, Kahneman...) que definen las llamadas «teorías descriptivas», en que se trata de obtener las observaciones relativas a personas que forman decisiones, las reglas que siguen y entonces utilizar estas reglas para la previsión de nuevas situaciones.

De hecho, los experimentos dirigidos a comprobar la aceptación de los axiomas de Von Neumann por decisores, no han dado lugar a resultados totalmente satisfactorios. Esto es interpretado por algunos como un indicio de que no debe aceptarse la teoría y por otros como una indicación de que hay que «enseñar» a tomar decisiones de acuerdo con la teoría. La tendencia de la investigación actual es a modificar algunos axiomas de la teoría clásica suavizándolos y logrando así, dentro del espíritu de teoría normativa, que su campo de aceptación y de aplicación se ensanche.

## Decisiones con multicriterios

Dos capítulos importantes del libro están dedicados a las decisiones en que las consecuencias se han de caracterizar por varios o muchos atributos o criterios.

El punto de vista de las decisiones con multicriterios se ha introducido hace unos veinte años, para superar el enfoque tradicional evitando la previa reducción a unidades monetarias de muchos factores, porque frecuentemente no tiene sentido tal reducción, ya que generalmente los objetivos son parcial o totalmente conflictivos, no conmensurables y difícilmente comparables.

Importantes problemas de decisión multicriterio en ambiente de incertidumbre con una jerarquía en los criterios, en varias o infinitas etapas, con varios grupos de personas afectadas de distinta forma y varias personas participantes en la decisión, etc., se presentan constantemente en la realidad y es necesario estudiarlos y resolverlos con algo más que la intuición de los expertos.

He aquí, como ilustración inicial, algún ejemplo:

Una cuestión importante es la comparación de las consecuencias de diferentes maneras posibles de suministrar en el futuro la energía necesaria a una región de millones de in-

dividuos, mediante diferentes fuentes posibles como carbón, petróleo, gas, viento, energía nuclear, hidroeléctrica, solar, etc... Según las proporciones relativas que adoptemos tendremos muy distintos impactos desde los puntos de vista de calidad ambiental, sanidad, seguridad, situación socio-económica de los habitantes de las distintas regiones y sobre el sistema de costes, y el problema es buscar la combinación óptima o al menos una satisfactoria. Y una idea de la magnitud e importancia del problema, estudiado en el Instituto Internacional de Sistemas Aplicados, se tiene al considerar que las decisiones tendrán consecuencias para muchos años y muchos individuos.

La inclusión de objetivos múltiples en los procesos de planificación, superando a los procesos clásicos con un solo criterio económico, es impuesta o recomendada ya por las leyes en algunos países como método obligatorio al tratar del aprovechamiento de recursos naturales como el agua, las minas, etc.

El hacer máximo globalmente el conjunto de criterios apenas había sido estudiado por los matemáticos, pues como dicen Von Neumann y Morgenstern: «Este problema de optimización en el contexto de una economía de cambio social no es propiamente un problema de máximo, sino una peculiar y desconcertante mezcla de varios problemas de máximos... Este tipo de problemas no está tratado en la matemática clásica.»

En consecuencia, los matemáticos han ido sustituyendo los métodos de máximo-máximorum por soluciones más flexibles que tienen, como substrato intuitivo, conceptos como compromiso, interacción, arbitraje, satisfacción, dominancia, regateo, etc... Ellos son el origen de las teorías de la decisión con criterios múltiples, en que ocupa un papel básico la idea de *decisión eficiente* como decisión no dominada por ninguna otra respecto a todos los criterios. Tal concepto ha dado lugar a una extensa y bella teoría matemática de optimización vectorial de aplicación práctica, a pesar de que el llamado conjunto eficiente o de Pareto es enormemente amplio en general.

También al considerar multiatributos en certidumbre, si se admiten ciertos axiomas sencillos (de Wold-Debreu), es posible demostrar que el comportamiento del individuo resulta equivalente a maximizar una cierta función de valor y se mantiene en el campo de los multicriterios en incertidumbre el paradigma de la esperanza de utilidad.

El problema de decisiones polietápicas se relaciona con la teoría general de multicriterios con sólo considerar cada etapa como un criterio. Sin embargo, dado el gran interés económico del problema, en que se implican conceptos como el de «valor actualizado», fundamental en Economía, French le dedica un interesante capítulo con referencias a la axiomática de Koopmans, e indicaciones sobre los problemas de decisión dinámicos, de control estocástico, etc.

## Decisiones colectivas

Todos hemos hecho la experiencia de la decisión colectiva al estar en tribunales, jurados, consejos, y hemos comprobado cómo la ausencia de una normativa ha dado a veces el triunfo al más simpático, al más hábil o al más poderoso, que ha logrado imponerse por sugestión, habilidad, amenaza, a un grupo de personas con menos dosis de tales cualidades.

Ciertamente no existe una interpretación única del término «decisión colectiva», que también se ha confundido frecuentemente con otras denominaciones como decisión multipersonal, decisión social, decisión de grupo, etc.

Podríamos decir que una «decisión colectiva» se presenta cuando las actividades de dos o más individuos interesados en una situación de decisión están «interrelacionadas».



El Premio Nobel Von Neumann, el primero que se ocupó de los problemas de decisión individual.

Viene de la página anterior



ALBERTO URDIALES

Esta amplia definición comprende: A) las «decisiones de grupo» que, a través, por ejemplo, de un mecanismo de votación, conducen a una decisión final; B) las «decisiones multipersonales», en que cada decisor toma una decisión y ellas conjuntamente engendran un curso de desarrollo para el proceso (juegos de estrategia, negociaciones, teoría de equipos...), etc.

Dentro de las decisiones de grupo, que hemos llamado del tipo A), caben distintos tipos de situaciones. Por ejemplo: a) las decisiones de un comité para determinar una inversión óptima para una empresa; b) las decisiones de un parlamento para establecer la política económica para un país; c) las elecciones de un país sobre un conjunto de candidatos a diputados; d) de un jurado sobre culpabilidad o no de un acusado, etc.

Estos ejemplos nos llevan a una nueva distinción entre situaciones en que cabe que los individuos que forman parte del conjunto expresen sus preferencias individuales en forma de utilidades y aquellas otras en que sólo parece posible considerar ordenaciones.

Las conocidas paradojas de las votaciones, así como la opinión extendida entre los economistas de la carencia de sentido de la amalgamación de utilidades individuales, llevó al profesor Arrow a estudiar el problema de amalgamación de preferencias individuales para obtener una función de preferencia social en su libro famoso de 1951.

Arrow se plantea la cuestión de qué criterios mínimos deben satisfacer las preferencias sociales obtenidas a partir de las preferencias de un conjunto de individuos que forman tal sociedad. «Si excluimos la posibilidad de comparaciones interpersonales de la utilidad —dice Arrow—, los únicos métodos satisfactorios de pasar de las preferencias individuales a las sociales para conjuntos amplios de individuos son las impuestas o las dictatoriales.»

Este decepcionante resultado de las primeras investigaciones de Arrow, desanimó a muchos investigadores de proseguir el estudio de las «decisiones colectivas». Pero pronto las cosas cambiaron y, como otros muchos teoremas negativos famosos (por ejemplo, el teorema de Gödel, o el teorema de Banach-Tarski), dio lugar a una extensísima serie de trabajos, que hoy continúa, para aclarar el alcance de sus condiciones y las consecuencias de las modificaciones de las mismas.

### Análisis de decisiones sociales

Raiffa, Howard..., han bautizado con este nombre la aplicación de las ideas del análisis de decisiones con decisor unipersonal al caso de decisiones colectivas de interés social. Explican sobre una serie de casos prácticos cómo determinar la función de utilidad social que ha de ser la base de la solución de los problemas de decisión, llegando a resultados numéricos concretos en problemas como la contaminación ambiental, la siembra artificial de nubes, aceptación del emplazamiento de una central nuclear, etc.

En esta misma línea, aunque por caminos independientes, están también los trabajos del Premio Nobel de Economía, profesor Ragnar Frisch, que en su discurso en la Academia Sueca (1971) llama a la cooperación entre políticos y economistas para que formalicen la «función de preferencia», que debe considerarse como la base del concepto de «política óptima».

Considera la función de preferencia simplemente como una función de algunas de las variables, que permiten describir una economía (regional, nacional, mundial) de modo que la maximización de tal función sea equivalente a la definición del objetivo que quiere lograr la política económica.

«Tengo la firme convicción —dice Frisch— de que en una aproximación a la política económica por la vía de la función de preferencia está la clave de una reforma de los métodos de decisión de las sociedades, “absolutamente necesarios” en el mundo actual.»

«En consecuencia, en un país democrático, el Parlamento, suprema autoridad política, deberá emplear la mayor parte de su tiempo y energías sobre la discusión de esta forma de compromiso y sobre las consecuencias que tal forma implicaría, en vez de utilizar prácticamente todo su tiempo y esfuerzo en decidir sobre medidas individuales que pueden haber sido propuestas. Este último podrá llamarse “método prehistórico”.»

Es importante observar una influencia clara del substrato cultural de los individuos en la modelización de los procesos de decisión, por lo que resulta natural hablar de una racionalidad plural y diversificada ante la toma de decisiones.

En todo lo dicho aquí en relación con metodologías de la decisión se ha adoptado el punto de vista analítico o de racionalidad calculativa en el sentido de admitir la idea de la descomposición de situaciones complejas en

otras simples y la agregación de éstas para llegar a la comparación de situaciones complejas. Una corriente actualmente significativa es la que inician los trabajos de Dreyfus, Checkland, que adoptan la llamada «racionalidad global»: consideran la situación de decisión como un proceso de aprendizaje que enfoca el problema como método.

El punto de vista de la «racionalidad limitada» ha conducido al Premio Nobel H.A. Simon (1958) a introducir la «idea de nivel de aspiración» o de «satisfacción» para sustituir al objetivo tradicional de optimización menos realista, lográndose, en general, métodos más sencillos que, combinados con la idea de los interactivos, han permitido la construcción de los llamados «sistemas expertos de ayuda a la decisión», que con el ordenador se han introducido en medicina, economía, etc.

A la vista de estos y otros marcos posibles para el encuadramiento de los procesos de decisión complejos, podemos decir que existe para los científicos de diversas procedencias un campo de trabajos altamente profructivo y promisorio, que el estudio atento del profundo libro de S. French puede contribuir a extender. □

### RESUMEN

En su comentario al libro de Simon French, el profesor Sixto Ríos se ocupa de la Teoría de la Decisión, una disciplina joven y vigorosa de la que son artifices desde mate-

máticos y estadísticos a sociólogos y psicólogos. En el artículo, además, se subraya el papel del científico en relación con los problemas de nuestra sociedad.

Simon French

*Decision Theory: An Introduction to the Mathematics of Rationality.*

Ellis Horwood, Londres, 1986. 499 páginas.

# La cornisa cantábrica a vista de pájaro

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, 1923) es catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid y miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus libros más recientes figuran *Escultura barroca en España* y *El artista en la sociedad española del siglo XVII*.

Dentro de los estudios de urbanismo, que en poco tiempo han alcanzado en España tan gran desarrollo, la obra que vamos a comentar encierra un particular valor. García Fernández ya había expresado su metodología en el estudio que concedió a la ciudad de Lugo. Hoy lo vemos aplicado a una extensa zona geográfica, que abarca la cornisa cantábrica, pero con amplio despliegue, pues arranca desde Navarra y llega a Galicia, recorriendo la costa y penetrando en el interior.

Se trata de una exploración minuciosa sobre un gran número de poblaciones, pequeñas y grandes. Se parte de la realidad presente, reflejando el estado en que se hallan los espacios. No faltan denuncias sobre actuaciones desafortunadas que deslucen la calidad de los ambientes.

Constituyen el objetivo las plazas y otros espacios «significativos», es decir, que tienen algo que decir. Calles y plazas integran el tejido urbano, con características de la más diversa índole. Es la atenta observación de quien ha recorrido estos lugares la que ha permitido observar lo que hay de significativo.

La obra es fruto de la colaboración entre un arquitecto y una historiadora de arte. Lena Saladina Iglesias Rouco, experta en estudios de urbanismo, realiza las introducciones históricas que afectan al urbanismo analizado. Aunque el objetivo final son los propios espacios urbanísticos, en la forma que se presentan, es sumamente útil ver cómo se proyectan desde lejana época. Gracias a ello sabemos cómo han surgido los núcleos y cuáles son las funciones que los justifican.

## Urbanismo dibujado

Un nutrido manojo de diseños debidos a la mano de García Fernández, ilumina las páginas del libro. Son el medio de que se vale el arquitecto para expresar el contenido. Partiendo de la cartografía existente, se elaboran los planos generales donde se ubican los espacios estudiados. De esta suerte, la información histórica y el plano general suministran el soporte de los elementos urbanísticos considerados. Cada espacio cuenta con su plano, en el que se localizan los edificios, tanto los eminentes por su valor arquitectónico como los que constituyen meramente el arropamiento. Pero al propio tiempo se mencionan en el plano los propietarios y las características arquitectónicas. Esto supone una gran ventaja para una actuación urbanística en el momento actual. También se reflejan los lugares desde donde están tomadas las vistas dibujadas, con lo cual el lector se orienta inmediatamente. Estos dibujos van acompañados de textos ilustrativos. Tales dibujos son perspectivas, que se toman desde los puntos que mejor pueden definir los espacios. El dibujo está dotado de un gran poder definitorio, pero a la vez



Plaza de Mondoñedo: catedral, palacio episcopal y Ayuntamiento.

J. L. GARCÍA FERNÁNDEZ

está bellamente realizado. Hay un estilo de la mano que lo ha guiado. Para no restar definición, se prescinde del sombreado. Es un diseño comprensivo de todos los elementos que figuran en la escena pública. En primer lugar, los puramente arquitectónicos, como balconadas, gárgolas, balaustradas; en segundo lugar, los característicos del amueblamiento urbano, como bancos, faroles, fuentes e incluso el arbolado. Es de ver el significado que adquiere la iglesia de Figueras con su acacia. Un urbanismo dibujado, tal es el propósito de este libro. Lo grande y lo pequeño adquieren el valor que les corresponde. Todo lo que hay de menudo y popular en Combarro, queda reflejado en los dibujos. Hórreos, losas, peñas y cruceros establecen un armónico acorde.

Cada tema es presentado con los diseños pertinentes, dos, cuatro, seis. Pero de entre tales dibujos hay que destacar las perspectivas a vista de pájaro. Denotan el mayor esfuerzo, pues el autor ha de representar el espacio como si el punto de vista se hallara sobre nuestras cabezas, incidiendo con un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación a la vertical. Constituye la parte más llamativa del repertorio gráfico. El ojo se pasea por encima de Santiago de Compostela, Oviedo, Santillana del Mar, Vitoria, Pamplona y tantos lugares. No hay fotografía aérea que acumule más información. Al valor científico, hay que sumar el artístico; sin ser éste el propósito, hay que reconocer que se ha logrado. Los diseños enseñan a conocer la realidad; lla-

man la atención sobre aquello que fácilmente hubiera pasado desapercibido.

La visión se extiende a la topografía. En ese profundo entrante donde se halla Cudillero, la panorámica descubre el circo de edificaciones. Surge un pueblo marinero que utiliza el abrigo natural para situar las casas, y la superficie de varado como plaza donde se arreglan los barcos. La tipología integra forma y función. Asombra considerar el variado repertorio que en esta obra se ofrece.

## Espacios significativos

En esta floresta urbanística por fuerza el procedimiento ha sido selectivo; pero no puede haber resultado más ubérrima la cosecha. A veces se trata de un conjunto, como una plaza; mas un trozo también puede hallar interés. Sirva de ejemplo la escalinata que conduce a la iglesia de San Pedro en Estella. Las fuentes asumen notable papel urbanístico. Se sitúan en encrucijadas, como en Orense; mas también en plazas. La fuente modernista hecha por García Frutos en la plaza de Joaquín del Piélago, en Comillas, ennoblece el rancio ambiente tradicional.

El mayor porcentaje de espacios corresponde a las plazas. Figuran algunas de las plazas mayores conocidas, pero enriquecidas con excelentes perspectivas, como la de Vitoria.

Los espacios religiosos tienen notable representación. Culminan en Santiago de Compostela, por la especial significación de centro internacional de peregrinación. Por lo común es la parroquia lo que define el espacio religioso. Su valor se acrece cuando se sitúa en el centro del poblado, como en Noya, pues se provee de atrio, pórtico, cementerio y mercado. Está el ejemplo de las plazas monásticas, como la de Santa Bárbara en La Coruña. También se ofrece el caso del monasterio, que, como el de Meira, polariza la población hacia él.

Mas, dentro de la población se produce el entendimiento de lo religioso y lo civil. Parroquia y ayuntamiento se sitúan en la misma plaza; las funciones se complementan. Este carácter cívico-religioso se advierte en Mon-

doñedo, en cuya plaza se dan cita la catedral, el palacio episcopal y el ayuntamiento. Y lo mismo cabe decir de la Plaza de los Fueros en Elgóibar y la «Herrico Enparantza Nagusia» de Mondragón. En Olite se incorpora con el torreón el elemento militar. Bermeo ofrece un gran espacio de convivencia ciudadana en ese vasto parque sobre el área de varado.

Un espacio puede resultar de la armónica integración de edificios nada relevantes, cual sucede en la poética plaza de Pastor Díaz, en Vivero. Quiere decirse que hay un bello urbanismo incluso cuando no se ofrecen edificios singulares.

El urbanismo es la expresión del espíritu que anima a las poblaciones. Así, en una sencilla calle puede surgir un ensanchamiento que se muestra como plaza; tal acontece en la Pescadería Vieja de Muros. Precisamente Potes es un ejemplo del protagonismo que puede asumir una arquitectura puramente popular. Todos los espacios en su sencillez son significativos. Desaparece lo lineal e impera lo fragmentario. Son trozos de arquitectura integrada en el suelo inclinado y en la perspectiva del paisaje. Y con ello se indica otro de los objetivos del libro: mostrar la importancia del encuentro con el paisaje. Nada más oportuno que la perspectiva de San Vicente de la Barquera. Y, por último, queda el santuario, desprendido del pueblo pero como un ambiente completo, con su área, sus edificios y cruces.

Estamos ante un libro turístico, mas sin anécdotas; un urbanismo con ciencia vestida de arte; una lección práctica de cómo ver la arquitectura, la ciudad y el paisaje. □

## En el próximo número

Artículos de José María Jover, Julián Marías, Rodrigo Fernández-Carvajal, Manuel Seco, Antoni M. Badía, Francisco Grande Covián y Miguel de Guzmán.

## RESUMEN

El urbanismo es la expresión del espíritu que anima a las poblaciones, piensa el profesor Martín González, quien se ocupa de un libro singular que, abarcando con generosidad la cor-

nisa cantábrica, explora minuciosamente gran número de poblaciones, pequeñas y grandes, del norte de España. El objetivo son las plazas y otros espacios urbanos significativos por sí.

J. L. García Fernández y Lena Saladina Iglesias Rouco

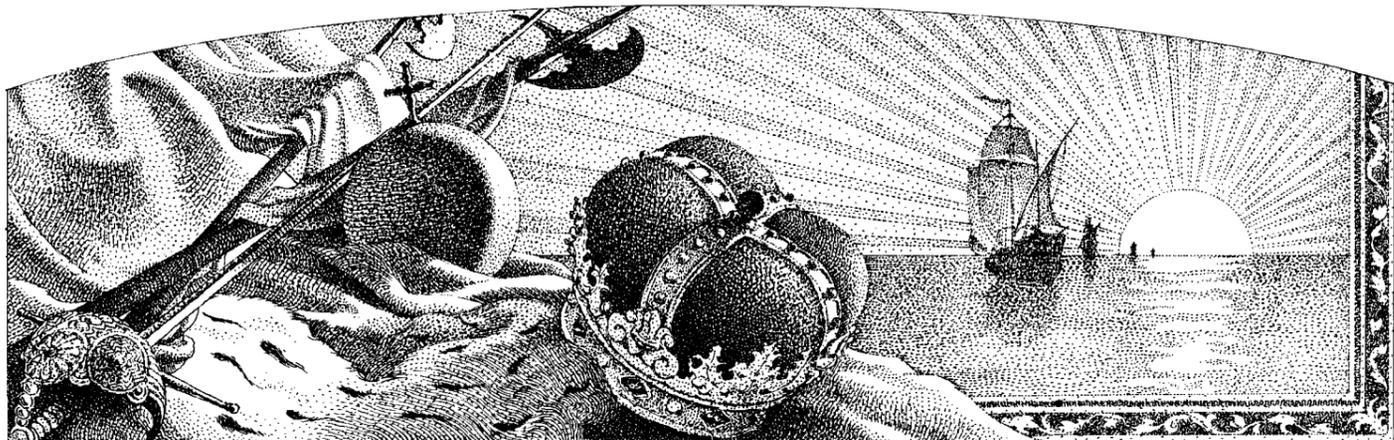
La plaza en la ciudad y otros espacios significativos

Hermann Blume, Madrid, 1986. 384 páginas.

## Ante una hegemonía frustrada

Por José María Jover

José María Jover (Cartagena, 1920) ha sido catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Valencia y Madrid (Complutense). Es profesor emérito de esta última, miembro de la Real Academia de la Historia y profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en la Escuela Diplomática. Director de la «Historia de España», de Menéndez Pidal, es autor de libros como Carlos V y los españoles y 1635. Historia de una polémica.



FRANCISCO SOLE

La historiografía española acaba de dar un paso importante en el acercamiento a la personalidad y a la obra de Diego Saavedra Fajardo. Ello se debe a Quintín Aldea, que siguiendo una línea de investigación tenazmente proseguida desde veinte años atrás, ha publicado el primer tomo de una obra de amplio empeño sobre *España y Europa en el siglo XVII*; este primer tomo recoge la correspondencia de Saavedra Fajardo entre 1631 y 1633. Este volumen irá seguido de otros nueve —«más o menos», advierte prudentemente el autor—, que completarán la edición del epistolario mencionado: en total, unas dos mil cartas localizadas por Aldea en distintos archivos, principalmente en Bruselas y Simancas. Cuando en la reconstrucción de la biografía de un escritor político se pasa del análisis de la obra publicada —medida en sus dimensiones, acotada por la referencia a temas definidos de antemano, redactada bajo el signo de una atenta autocensura— al conocimiento de una correspondencia abundante y escrita al hilo de la urgencia política cotidiana, es evidente que estamos accediendo a un mundo nuevo de posibilidades.

Dos mil cartas de uno de los mejores —quizá el mejor— entre los conocedores españoles de la realidad europea de la primera mitad del siglo XVII, cuidadosamente transcritas y anotadas; edición impecable, en apéndice, de los principales documentos diplomáticos referidos en la correspondencia; introducción del editor, en que se decanta el saber adquirido a través de muchos años de trato con su personaje. No habrá conocedor del papel que cupo a España en los destinos de un continente azotado por la guerra de los Treinta años, del papel que cupo a aquella intervención en los destinos de la misma España, que no se sienta impresionado ante la localización y publicación de semejante fuente. En la perspectiva de la historia europea del Seiscientos,

la colección documental cuya publicación sistemática ha iniciado Quintín Aldea viene a prestar un notable refuerzo al empeño con que la historiografía germánica ha cuidado la publicación de los documentos relativos a la gestión de la paz de Westfalia, uno de los grandes hitos en la formación de la Europa moderna. En la perspectiva de la historia española, el trabajo emprendido por Aldea cobra una especial importancia no sólo para el análisis de la práctica diplomática desempeñada por Saavedra Fajardo, sino también y sobre todo para el análisis de los supuestos ideológicos y mentales desde los cuales abordó Saavedra Fajardo el problema de la política exterior de una gran potencia —España— en trance de perder su hegemonía continental.

### Monarquía española y Monarquía católica

Porque, en efecto, el especial relieve que corresponde a Saavedra Fajardo en el marco del pensamiento español del Barroco se debe a la lucidez con que supo extraer de sus lecturas, de sus viajes y del ejercicio de su oficio diplomático todo un proyecto de política exterior para España en un momento de profundo cambio histórico; toda una teoría acerca del papel que podía corresponder a la monarquía española en la nueva ordenación de Europa que se estaba gestando al hilo del proceso bélico y revolucionario de la que será llamada «guerra de los Treinta años». Para entender la utopía política que alentaba en el pensamiento de Saavedra durante los años que cubre la correspondencia cuya publicación ha emprendido Aldea, es necesario recordar previamente la significación de algunas palabras

clave en el vocabulario político de entonces; el contenido preciso de los conceptos que utiliza Saavedra Fajardo para expresar su pensamiento internacional. Por lo pronto, bueno será partir del hecho de que «España», la palabra «España», no representaba entonces exactamente una realidad «política» concreta; en términos formales, no designaba un miembro definido de la sociedad internacional. Los reinos españoles —incluido Portugal— comparecen en la gran historia del siglo XVII integrados en la «Monarquía Católica», denominación oficial que en el mapa político europeo cubre, además de la Península y sus islas (España), los reinos italianos de la Corona de Aragón (Sicilia, Cerdeña, Nápoles) y los enclaves continentales que constituyen la herencia de Carlos V: Milán, Franco Condado, Flandes. A más, por supuesto, de las Indias integradas en las Coronas de Castilla y de Portugal. La designación informal de este inmenso conjunto territorial, regido desde el corazón de la Península, podría ser «monarquía española»; pero el adjetivo resultaba inadecuado en términos estrictamente jurídicos desde el momento en que formaban parte de la monarquía no sólo reinos y súbditos españoles, sino también italianos, borgoñones y flamencos, sin que a estos últimos correspondiera en el conjunto una posición formalmente subordinada con respecto a los primeros; la subordinación de todos se establecía con respecto a una instancia común: la persona del monarca. La utilización del título «Monarquía Católica» para designar un conjunto político tan diverso no respondía, pues, tanto a una expresión de confesionalidad como a la necesidad de invocar una titulación común a que pudieran acogerse, en pie de igualdad, borgoñones y flamencos, italianos y aragoneses, portugueses y castellanos, estos últimos de indudable predominio en el conjunto. En el panorama político mundial de nuestro tiempo no es difícil encontrar fenómenos análogos. Nosotros podemos hablar informalmente, en el lenguaje cotidiano, de Inglaterra o de Rusia como potencias europeas. Pero llegado el momento de utilizar un lenguaje preciso y de atenernos a designaciones formales hablaremos de Gran Bretaña (o del Reino Unido) y de la Unión Soviética, y ello porque no todos los ciudadanos del Reino Unido son ingleses ni todos los ciudadanos soviéticos son rusos; tampoco todos los súbditos de la Monarquía Católica eran españoles.

La palabra «monarquía» requeriría también un pequeño análisis, indispensable si queremos acercarnos con cierto rigor conceptual al mundo político de Saavedra. Hoy hablamos de «monarquía» como forma de Estado contrapuesta a «república», y ahí se acaba la cuestión; la distinción clásica entre «monarquía» y «reino» ha dejado de estar clara en muchas cabezas. Para Saavedra Fajardo, como para sus contemporáneos, había «monarquía» allí donde varios «reinos» se unían bajo un monarca común conservando cada uno de éstos su peculiar organización política y administrativa; es así como cobra sentido la «monarquía universal» como utopía renacentista y como lugar común de la publicística barroca. Los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII no presentaron nunca a los Reyes Católicos como artífices de la «unidad nacional» —expresión que sólo cobrará sentido en un contexto histórico-cultural muy posterior—; pero sí atribuirán a Fernando el Católico la condición egregia de «fundador de monarquía», al unir las dos coronas de Castilla y Aragón. Monarquía que experimentará un ensanchamiento inesperado, de dimensiones realmente mundiales, tras el descubrimiento y conquista de las Indias, tras la incorporación de parte de la herencia de Carlos V y tras la incorporación de Portugal con sus conquistas ultramarinas.

Ahora bien, en el ámbito de pensamiento político en que se mueve Saavedra, la monarquía no se define sólo por la pluralidad y diversidad de reinos y «naciones» que agrupa, ni siquiera por el papel hegemónico que normalmente ha de corresponderle en la administración de la paz y de la guerra, sino también por su protagonismo histórico, por su capacidad vertebradora de la historia universal. Aunque hubieran asumido la significación del Renacimiento, los escritores políticos y los historiadores de la primera mitad del XVII no descubren todavía el sentido de la historia en una sucesión de Edades —Antigua, Media y Moderna— fundamentada en aquella significación. La hazaña historiográfica de Cellarius, al que se atribuye tal periodización tripartita, todavía no ha calado en el pensamiento histórico de los europeos; la historia universal continúa siendo concebida, en lo profano, como una «sucesión de monarquías», en torno a cada una de las cuales giró, en su momento, el conjunto de la huma-



### En este número

#### Artículos de

|                            |     |                            |       |
|----------------------------|-----|----------------------------|-------|
| José María Jover           | 1-2 | Antoni M. Badia i Margarit | 8-9   |
| Julián Marías              | 3   | Francisco Grande Covián    | 10-11 |
| Rodrigo Fernández-Carvajal | 4-5 | Miguel de Guzmán           | 12    |
| Manuel Seco                | 6-7 |                            |       |

SUMARIO en página 2



## Ante una hegemonía frustrada

nidad: asirios, medos, persas, griegos, romanos... y españoles (recuérdese que el Imperio, el Sacro Romano Imperio Germánico regido a la sazón desde Viena, se consideraba heredero y continuador del Imperio de Roma).

Sólo que esta misma sucesión lineal llevaba implícita la atribución a cada monarquía de una condición necesariamente transitoria. Ninguna monarquía, por poderosa que llegue a ser, puede detener el curso de la historia universal; simple eslabón de una cadena grandiosa, el destino de cada monarquía consiste en describir un ciclo fatal análogo al de cada vida humana: nacer, engrandecerse, decaer, morir y ser sustituida por la nueva monarquía que se levanta sobre sus ruinas. Quizá la «empresa» más divulgada entre todas las de la *Idea de un príncipe cristiano* sea la famosa flecha que encabeza el capítulo LX, símbolo del destino inexorable de los imperios: «O subir o bajar». «No son las Monarquías —escribe allí Saavedra— diferentes de los vivientes o vegetales. Nacen, viven y mueren como ellos, sin edad firme de consistencia, y así son naturales sus caídas. En no creciendo, decrecen». Ni para la Monarquía ni para la flecha lanzada al aire hay reposo posible cuando alcanzan el cenit de su trayectoria. Ahora bien, en la España estremecida por la crisis de 1635, cuarteada por los levantamientos de 1640, conmovida por la derrota de Rocroi (1643), si hay algo evidente para un observador político inteligente y avisado es que la monarquía española, la monarquía fundada por Fernando el Católico, ha perdido irremisiblemente su impulso ascensional. Y «en llegando las cosas a su último estado, han de volver a bajar, sin detenerse».

### La utopía de Saavedra Fajardo

Viviendo activamente, día tras día, esta evidencia, Saavedra Fajardo hubo de preguntarse —y de tal pregunta sobran testimonios en su obra— qué era posible «hacer». Porque no era momento de soñar, como Pellicer, que

la Providencia había resuelto hacer una excepción con la Monarquía española, otorgándole el privilegio de una estabilidad sin caída en gracia a su catolicidad. Ni tampoco de refugiarse en un catastrofismo pasivo, más o menos impregnado de resentimiento; o en el negro pesimismo de los *Testamentos de España*, típicos de la publicística del último Barroco. Era momento de acogerse al recurso propuesto en otra «empresa» (XXXVI): *In contraria ducet*; de preparar las velas y el timón para poder navegar con cualquier viento. Aligerando a la Monarquía de sus prestigios onerosos, renunciando a los sueños de hegemonía continental, encuadrándola de nuevo en los moldes racionales que le confiriera su fundador, Fernando el Católico. Ello exigía la renuncia a la herencia carolina, a la herencia de Flandes; al esfuerzo interminable de situar allí millares de picas manteniendo expedito el difícil «camino de los españoles», de Génova a Milán, de Milán a la Valtelina, de la Valtelina al Franco Condado, del Franco Condado a Luxemburgo y Flandes. La alternativa a la insostenible monarquía europea, cuarteada de grietas —incluso en la Península— que anunciaban su indefectible ocaso, bien puede ser el retorno a la sólida monarquía fundada por Fernando el Católico. Una monarquía centrada en el Mediterráneo occidental, fundamentada en la unidad de la Península, limitada en sus horizontes europeos a la herencia italiana de la Corona de Aragón, dueña de las principales plazas marítimas del Magreb, dueña de las Indias.

No sería esta monarquía un imperio como los que vertebraban antaño, con sus hegemonías, la historia universal. Pero podría ser un poderoso y ágil Estado moderno, atento a su fortalecimiento y ceñido a las normas de equilibrio de la nueva sociedad internacional, sobre el cual no gravitaría el inexorable «fatum» que preside los destinos de las grandes monarquías hegemónicas: o subir o bajar. Porque «en los Estados menores no se pueden considerar estas edades»; es la propia vigilancia, la atención dispuesta «para desplegar todas las velas cuando soplaré el céfiro de

su fortuna», lo que mantiene permanentemente abiertos los horizontes del porvenir. Cuando las grandes monarquías recorren el último estadio de su trayectoria —la flecha que cae—, «cuando faltan las fuerzas, cuando les pierden el respeto y se les atreven», entonces «conviene mudar de estilo y apresurar los consejos y las resoluciones, y volver a recobrar los bríos y calor perdido, y rejuvenecer» (LXIV). No es difícil encontrar en este orden de motivaciones las raíces de la gran admiración que Saavedra Fajardo manifestó siempre hacia Fernando el Católico, fundador de una monarquía moderna, ponderada y circunscrita en términos de razón: de razón de Estado.

### Del anticipo al fruto tardío

Este anticipo de modernidad —en cuanto se refiere a la política exterior y a la posición internacional de España— que se deja ver a lo largo de la obra de Saavedra Fajardo habrá de sufrir un largo calvario y experimentar no pocas frustraciones antes de manifestarse en la realidad histórica. El calvario está significado por la cadena de guerras, irremisiblemente perdidas, que fueron consumando la desmembración de la Monarquía Católica y de la misma España entre 1635 y 1713. En efecto, esta desmembración trajo consigo no sólo la pérdida del dispositivo territorial del viejo «camino de los españoles»: desde Milán

a Flandes pasando por el Franco Condado. Trajo consigo, también, la pérdida de trozos importantes de la monarquía fernandina: Rosellón y Cerdeña, Gibraltar y Menorca, los reinos italianos de la Corona de Aragón.

En el fondo, serán los primeros Borbones, los Borbones del siglo XVIII, los que edifiquen un trasunto real de la utopía política de Saavedra Fajardo. La instalación de los Borbones españoles en el «Mezzogiorno» italiano, la recuperación de Menorca, el impulso dado a las Indias españolas, la prosecución de una política exterior que será primero de neutralidad y después —con Carlos III— de prudente y ponderado equilibrio mundial a través de la alianza francesa, confieren una especie de refrendo, en el plano de la realidad histórica, al proyecto internacional latente en el fondo de tantos escritos saavedrianos.

Estas reflexiones sobre la significación de Saavedra Fajardo en la historia del pensamiento político-internacional se basan en una lectura, detenida y prolongada, de la obra impresa de Saavedra Fajardo. No tengo que decir con cuánto interés esperamos, cuantos hemos dedicado parte de nuestra actividad investigadora al análisis del pensamiento del escritor murciano, la publicación de un acervo de fuentes destinado a confirmar, a matizar o a obligar a revisar el lugar en que provisionalmente hemos colocado a Saavedra Fajardo, en el contexto de una historia del pensamiento español. □

#### RESUMEN

Quintín Aldea ha rastreado por distintos archivos dos mil cartas de Diego Saavedra Fajardo, cuya publicación va a suponer, escribe el profesor Jover al comentar aquí el primer volumen ya aparecido, un paso im-

portante en el acercamiento a la personalidad y a la obra de uno de los mejores, si no el mejor, entre los conocedores españoles de la realidad europea de la primera mitad del siglo XVII.

#### Quintín Aldea Vaquero

*España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo. Tomo 1: 1631-1633*

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1986. 661 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER

Leer

Revista crítica de libros

---



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|  | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| «Ante una hegemonía frustrada», por José María Jover, sobre el libro <i>España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo</i> , de Quintín Aldea Vaquero     | 1-2          |
| «El siglo del "Quijote"», por Julián Marías, sobre el libro <i>El siglo del «Quijote» (1580-1680)</i> , de autores varios  | 3            |
| «Orígenes religiosos del Estado moderno», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre el libro <i>Reforma protestante y Estado moderno</i> , de José Antonio Álvarez-Caperochipi       | 4-5          |
| «La travesía de las palabras», por Manuel Seco, sobre el libro <i>A Supplement to the Oxford English Dictionary</i> , de autores varios  | 6-7          |
| «El difícil diálogo de las lenguas», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre el libro <i>Lenguas peninsulares y proyección hispánica</i> , de autores varios                       | 8-9          |
| «Nutrición y actividad física», por Francisco Grande Covián, sobre el libro <i>Predicting Decrements in Military Performance due to inadequate Nutrition</i> , de autores varios | 10-11        |
| «Entre el caos y el cosmos», por Miguel de Guzmán, sobre el libro <i>The Beauty of Fractals. Images of Complex Dynamical Systems</i> , de H.-O. Peitgen y P. H. Richter          | 12           |

# El siglo del «Quijote»

Por Julián Marías

*Julián Marías (Valladolid, 1914) es doctor en Filosofía y miembro de la Real Academia Española. Ha sido profesor visitante en universidades norteamericanas y catedrático titular de la Cátedra Ortega y Gasset de Filosofía Española. Entre otros libros es autor de Antropología metafísica y España inteligible.*

La *Historia de España* fundada y dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, actualmente por José María Jover Zamora, editada por Espasa-Calpe, continúa creciendo y dilatándose, se va aproximando a su meta: dar una imagen rigurosa y actual, minuciosa y ricamente ilustrada, de la historia de España en su conjunto, desde los más remotos orígenes hasta el presente. Obra ambiciosa y completísima de muchos colaboradores, extendida ya durante más de cuarenta años, no posee la unidad de estilo que tienen las creaciones de una sola mano, ni siquiera las que proceden de un equipo coherente y homogéneo de estudiosos. La fuerte personalidad de Menéndez Pidal, su inmenso saber, la claridad de sus ideas sobre España, que iluminó en tantos aspectos y creo que no enturbió nunca, fue durante muchos años el factor unificador, el que imprimió fuerte huella a esta obra sin comparación en nuestro país. A pesar de ello, incluso antes de la muerte de don Ramón en 1968, algunos tomos de la *Historia* no representaban lo que era el proyecto general de ella, en cuanto al rigor o al acierto de las interpretaciones. Al irse agotando los diversos volúmenes, en algunos casos pueden reimprimirse; en otros es menester ponerlos al día; a veces es aconsejable su sustitución, si se quiere mantener el nivel de la *Historia* en su conjunto.

Ahora acaba de publicarse el tomo XXVI, con el título general *El siglo del «Quijote» (1580-1680)*, con una nota preliminar del director y un extenso e interesante prólogo de José Cepeda Adán, y un copioso equipo de colaboradores. Este tomo está dividido en dos grandes volúmenes: el primero, dedicado a Religión, Filosofía, Ciencia; el segundo, a las Letras y las Artes. Se trata, pues, de un tomo consagrado a la cultura —o, si se prefiere, a la civilización— de España en un siglo que no coincide exactamente con los de la cronología usual: el XVII, pero no completo, precedido por los veinte años finales del XVI. El *Quijote*, publicado en 1605 y 1615, queda muy al principio del período cubierto por este tomo. Si se hubiera dicho «El siglo de Cervantes», quedaría más justificado el comienzo del tiempo estudiado, ya que su primera obra impresa, la *Galatea*, es de 1585; pero el *Quijote* es de tal importancia y su irradiación tan poderosa, que no está mal cifrar en este libro el sentido de la cultura española de esta época.

Quiero señalar el valor de la ilustración de estos dos volúmenes. No sólo por su belleza y, en muchos casos, por su calidad, sino por lo que tiene de concreción y enriquecimiento. Innumerables retratos nos muestran las figuras de los personajes que aparecen, y cada vez doy más importancia a los rostros y lo que revelan; las portadas de tantos libros, en su mayoría desconocidos, no solamente leídos por muy pocos, sino ni siquiera vistos, nos recuerdan la multitud de publicaciones de la época, incomparablemente superior a los escasos libros que se han salvado, que permanecen vivos en el recuerdo o en la lectura. Y ello permite reflexionar sobre el destino —justo o no— que han tenido sobre la configuración real de las publicaciones de un período, modificada decisivamente por la supervivencia. Finalmente, los documentos, las obras de arte, las estampas que reflejan las formas de vida, añaden un elemento visual que mitiga el inevitable carácter espectral de toda reconstrucción de una época pretérita, que hace más fácil penetrar en una forma de mundo ya distante, superar los esquemas conceptuales a que puede reducirse.

Y me parece importante señalar un mérito de la mayor parte de los extensos capítulos que componen la obra. Al referirse a un tratamiento de los diversos aspectos de la «cultura», existía la tentación de escribir monografías sobre sus diferentes aspectos en el siglo estudiado, es decir, capítulos de historias de la literatura, la ciencia, el pensamiento, la religión, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, etc. Por lo general, en grados distintos, los autores han tenido presente que estaban componiendo una historia «de España», y las secciones correspondientes iluminan «las formas de vida» de los españoles y su nación desde fines del reinado de Felipe II hasta mediados del reinado de Carlos II.

Ese carácter «histórico» se encuentra especialmente en los capítulos sobre «La Ciencia y el pensamiento científico», de José María López Piñero; «El pensamiento económico, político y social de los arbitristas», de Juan Ignacio Gutiérrez Nieto; «La imagen de Europa y el pensamiento político-internacional», de José María Jover Zamora y María Victoria López-Cordón Cortezo; «La Historiografía», de José Cepeda Adán, en el volumen I; y «La lengua castellana en el siglo XVII», de Ramón Menéndez Pidal; «El *Quijote*», de Martín de Riquer; «El teatro en la época barroca», de José María Díez Borque; «La Arquitectura y el Urbanismo», de Antonio Bonet Correa, en el volumen II. Sin que falten, por cierto, referencias a la perspectiva propia de la historia en los restantes trabajos.

Atención especial merece el estudio de Ramón Menéndez Pidal que abre el volumen II: «La lengua castellana en el siglo XVII». Podría ser un libro entero: 130 grandes páginas, con una rica bibliografía viva, quiero decir, innumerables referencias a textos efectivamente utilizados. Se trata, y hay que señalarlo, de una nueva aportación a la *Historia de España* de su fundador y primer director, casi diecinueve años después de su muerte. Fue justamente famosa la Introducción a la *Historia*, «Los españoles en la historia», que circuló ampliamente en forma de libro; en cambio, apenas ha recibido atención la extraordinaria investigación sobre «El Compromiso de Caspe, autodeterminación de un pueblo (1410-1412)», sepultada dentro del tomo XV, que merecería ser leída aparte y estudiada con detención.

El capítulo que ahora comento procede de la *Historia de la lengua española* que preparaba Menéndez Pidal y no llegó a publicar en vida. La parte aquí incluida es una fracción de los capítulos XI y XII, lo que puede dar una idea de la magnitud de la obra emprendida por don Ramón. Esto me ha hecho recordar algo que me contó Gregorio Marañón —el centenario de cuyo nacimiento se celebró en mayo—. Cuando Menéndez Pidal cumplió ochenta años fue a ver a su médico y amigo y le pidió un reconocimiento. El doctor Marañón le declaró que estaba en magnífico estado de conservación; pero don Ramón le indicó que deseaba algo más, y tímidamente le preguntó si creía que podría vivir todavía dieciséis años más. La razón de la pregunta era que estaba preparando algunas obras, y revisiones y reediciones de otras ya publicadas, y calculaba que necesitaría ese tiempo para llevar a cabo sus proyectos. Como es sabido, a los dieciséis años pedidos añadió la Providencia tres más y ocho meses. Pero los proyectos de Menéndez Pidal iban más allá, y no pudo terminar, entre otras cosas, esta *Historia de la lengua española*, de la que ahora podemos leer un espléndido fragmento. Siempre he pensado que mientras el «hombre» es una estructura cerrada que desemboca indefectiblemente en la muerte, la «vida humana» como realidad proyectiva y futuriza postula la perduración, pues no hay ninguna razón para que deje de proyectar. Menéndez Pidal, a pesar de su larga vida, confirma esta manera de ver las cosas.

Los capítulos que integran este estudio son: Culminación de la época clásica,

1554-1617, y Epoca barroca, 1610-1713. Empezaba, pues, antes del plazo abarcado por este tomo, y termina después de su conclusión. El dominio que Menéndez Pidal tenía de las cuestiones que estudiaba es realmente asombroso. Creo que ésta es una de las razones de su extraño olvido en los últimos veinte años, iniciado ya cuando estaba todavía vivo. La masa de conocimientos que poseía puede parecer abrumadora para los que sienten más la emulación que la admiración. Pero no es la acumulación de saber lo que más cuenta, sino el magistral uso que Menéndez Pidal hacía de él. Lo convierte en sustancia «inteligible», lo hace ingresar en estructuras mentales que vierten luz sobre la realidad histórica; sus innumerables noticias no se interponen entre el objeto y la mirada del estudioso, sino que sirven para dar relieve al primero, para hacerlo aprehensible y comprensible.

Tienen, además, una función decisiva: la «justificación». Los libros científicos, sobre todo en el campo de las humanidades —sin exceptuar, lo que es más extraño, la filosofía—, suelen omitir en nuestro tiempo ese requisito indispensable. Donde no hay «evidencia» inmediata es menester el mecanismo de la prueba —del tipo que cada cuestión exija— para llevarla adonde hace falta. Hay una tendencia muy difundida a formular tesis que no se sustentan ni apoyan. En libros de historia es frecuente que se aduzca un «hecho», muchas veces un testimonio o una cita, como si eso bastara para una interpretación, a veces amplísima.

## Variación histórica

Menéndez Pidal invoca una documentación que parece inagotable. Pero no se queda en ella, ni siquiera en su valoración inteligente, en las referencias mutuas entre los textos, en la apelación a los contextos —no sólo literarios, sino históricos—. Tiene presentes los diferentes «niveles» del lenguaje, en las diferentes épocas, en los diversos géneros, dentro de las obras singulares; por ejemplo, los que corresponden a los diversos personajes de una novela o una obra dramática, o de esa apasionante «acción en prosa» que es la *Dorotea*.

No sólo esto, sino que considera, aparte del léxico, la sintaxis, los matices estilísticos, el matizado uso de sinónimos (o «casi» sinónimos), las variantes regionales, los modismos, las licencias del habla coloquial —o la simulación de desaliño con propósitos refinadamente literarios—, las modificaciones lingüísticas procedentes del humor, de la afectación de ingenio, de los «desplantes». Tiene presente la influencia de los modelos literarios —positiva o negativa, desde la imitación hasta el desvío—. Estudia con admirable rigor la introducción de palabras nuevas, su recepción, la condenación por parte de algunos autores que también las usan, en otra obra o en otro momento; el destino de esas innovaciones, su aclimatación, a veces hasta hoy, o su paso fugaz por la lengua.

Por otra parte, esos cambios lingüísticos están vistos en el marco de la «variación histórica» de España como expresión de diversas formas de vida, de distintos «temperamentos», de los varios supuestos desde los cuales se habla o escribe, porque desde ellos se «vive». Ese

trozo de la historia de nuestra lengua en siglo y medio ilumina inesperadamente la realidad íntegra de España en ese período decisivo. Y a la vez nos descubre cómo la «interpretación» que los españoles han hecho de su propia realidad, es decir, las maneras como se han sentido, son en buena medida resultado de su forma de hablar y escribir, de la lengua misma, que es «ya» interpretación. Imagínese el beneficio que reportaría a la ciencia histórica el poseer una historia de la lengua tal como la concibió y parcialmente realizó Menéndez Pidal.

Con mirada penetrante examina las «tentaciones» lingüísticas que la literatura ejerce sobre los hablantes y los escritores; por ejemplo, entre la «llaneza» de Lope de Vega y el «cultismo» o «culteranismo» de Góngora. Explora lo que se podría llamar los límites de la inteligibilidad, a los que se aproximaron muy peligrosamente unos cuantos autores de fines del XVII. Busca las palabras que en una época determinada «causan placer», fenómeno interesantísimo y muy revelador.

Pero, sobre todo, y esto es lo que tiene sentido histórico más profundo, Menéndez Pidal estudia los diferentes «registros» del lenguaje, las diversas hablas: la prosa fregona, el habla discreta, el lenguaje de palacio o de estrado, lo que llama prosa de galanes, etc. Se acerca, más de lo que parece posible para una época remota, al conocimiento del «uso lingüístico», de las vigencias generales o parciales de un siglo muy largo. Si poseyéramos algo análogo para todo el milenio de nuestra lengua, la historia de España se volvería mucho más transparente, se aclararían no pocos de los secretos que encierra.

Mi larga ocupación con cuestiones históricas, empezando por la historia del pensamiento, me ha acentuado el interés por esa disciplina y la sensibilidad para sus logros y deficiencias. En muy diversos campos he experimentado las dificultades de la comprensión de lo histórico, en la literatura, en el arte, en la política, en lo que a veces se llama historia general y habría que llamar «integral», de las sociedades en su conjunto y los hombres que las componen. He echado de menos la comprensión de los fenómenos históricos, la escasa transparencia que se ha logrado en buena parte, desproporcionada con los recursos y los esfuerzos invertidos. Me ha dolido especialmente esta deficiencia respecto a nuestra propia historia española, pero si se mantiene el mismo nivel de exigencia se ve que el conocimiento de otros países o culturas no es tampoco satisfactorio.

Creo que los «supuestos teóricos» utilizados al hacer historia no están muchas veces a la altura del conocimiento a que se ha llegado acerca de la vida humana, individual y social. Cuando escribí *España inteligible* intenté aplicar ese conocimiento, el método de la razón histórica, a la comprensión de lo que «ya se sabía» de la historia de España. Por eso veo con enorme interés que se den pasos certeros hacia ese conocimiento urgente. El olvido de la historia es una de las mayores amenazas que se ciernen sobre nuestra época, especialmente los dos o tres últimos decenios. Esta *Historia de España* que va creciendo ante nuestros ojos robustece nuestra esperanza. Hay que desear que toda ella se vaya poniendo a la altura de sus porciones más inteligentes y fecundas. □

## RESUMEN

En este tomo, en dos volúmenes, dedicado al siglo del «Quijote», y que es un nuevo título de la renovada «Historia de España» de Menéndez Pidal, se pasa revista, desde todos los ángulos posibles, a

las formas de vida de los españoles desde fines del reinado de Felipe II hasta mediados del de Carlos II, en un intento de hacer lo que Julián Marías denomina «historia integral».

## Autores varios

### El siglo del «Quijote» (1580-1680)

Tomo XXVI en dos volúmenes de la «Historia de España», Espasa-Calpe, Madrid, 1986. 848 y 880 páginas.

# Orígenes religiosos del Estado moderno

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

Rodrigo Fernández-Carvajal (Gijón, 1924) es catedrático de Derecho Político de la Universidad de Murcia desde 1957. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y La idea del Derecho en Federico de Castro.

Para reseñar bien un libro o, lo que tanto da, para ayudar a leerlo con gusto y provecho, me parece que deben llevarse a cabo tres tareas conexas. Primera, la de situarlo y enmarcarlo en su propio campo temático. Todo libro, y más si es de ciencia histórica, extrae tan sólo una o unas pocas hebras del rico tapiz de la realidad, y requiere, por consecuencia, una previa visión global que nos asegure la distancia y la perspectiva. Ocurre además que la inicial decisión de optar por determinada hebra, y no por otra u otras anudadas con ella en el tapiz, es la principal nota que cualifica a muchos libros. Segunda tarea, procede describir, e incluso diría que enfatizar con un punto de exageración pedagógica, las líneas maestras de la construcción; aquí el reseñador se hace «cómplice» y colaborador del autor, antes que crítico. Y tercera, habrá que sopesar logros y fallos; aquí el reseñador se comporta ya como crítico y no como cómplice, y debe ser, no hay que decirlo, consciente de que corre el riesgo de deformar el objeto que enjuicia, pues cada uno ve los libros, como ve la vida, a través de su propio cristal.

## El libro en su contexto

El libro de José Antonio Alvarez-Caperochipi que me ocupa viene a alojarse dentro de una literatura hoy oceánica, cuya variedad polifónica puede apreciar el lector español hojeando el índice de la obra de José Antonio Maravall *Estado moderno y mentalidad social*; y aun así, esta magistral obra no toca en profundidad, por la obvia razón de que está pensada y escrita desde una óptica española, el tema de la contribución de la Reforma protestante al surgimiento del Estado moderno. Tema que es el que Alvarez-Caperochipi aborda de modo frontal (el lector curioso tiene a su disposición dos misceláneas de trabajos de diversos autores acerca de ese surgimiento, contemplado en la complejidad de sus causas: la editada por Heinz Lubasz, *The Development of the Modern State*, ed. Mac Millan, New York, 1964, y sobre todo la de E. Rotelli y P. Schiera, *Lo Stato moderno*, ed. Il Mulino, Bologna, 1971-1974; no conozco ninguna otra obra más reciente de intención análoga. Es de observar, con todo, que el componente religioso apenas si es abordado en estas dos antologías).

El primer problema que suele plantearse al tratar del «Estado moderno» (o del «Estado» a secas, en tanto forma política diferenciada de los reinos medievales y del Imperio, para no remontarnos a las ciudades antiguas) es el problema, me parece que insoluble, de su definición. «Tan sólo puede definirse aquello que no tiene historia», decía Nietzsche. Y cuando un problema es insoluble hay que soslayarlo, o hay que sustituirlo por otro de más modesta y ceñida pretensión. En nuestro caso, soslayarlo no intentando la definición, sino tan sólo la descripción sucesiva y acumulativa de aquellos rasgos o tendencias más característicos de la «Modernidad política» tal como acierte a intuirlos el «tacto científico» del historiador (ésta es la vía de Maravall; véase el prólogo que encabeza la muy reciente edición de su obra). O bien sustituirlo, siguiendo a Max Weber, por la construcción de un «tipo ideal»; esto es, fijando, muy adrede y a conciencia de que procedemos con unilateralidad, ciertas notas relevantes que compondrán, juntas, una suerte de constelación dibujable, y preteriendo las notas restantes por economía de composición y ascesis metódica (el gran retratista Thomas Lawrence solía decir



Lutero y Calvino con otros impulsores de la Reforma.

a los pintores principiantes: «encontrad el rasgo característico del retratado, y no os preocupéis de lo demás»). Pues bien, Alvarez-Caperochipi no sigue propiamente ninguna de estas vías. No sigue la primera, ya que desde el principio opta por identificar al Estado con el proceso de secularización de la religiosidad protestante (el término «secularización», como casi todos los que se ponen de moda, es equívoco; con él designo aquí el fenómeno de la transposición de creencias, conceptos, actividades y fórmulas de organización vinculadas a lo divino al plano de lo secular). Este proceso es la pieza de caza mayor perseguida a lo largo de todo el libro, con la sola salvedad de una excursión menor, que aflora como interludio aquí o allá, orientada a rastrear el impacto de una concepción no inmediatamente teológica, sino filosófica, bien que con secuelas teológicas importantes: el nominalismo bajomedieval, que recibe Lutero de las obras de su cuasi contemporáneo y coterráneo el occamista Gabriel Biel, y que respiran también, como una atmósfera o condicionamiento ambiental, muchos autores posteriores, tanto protestantes como católicos. Y no sigue tampoco Alvarez-Caperochipi la segunda vía, pues su definición del Estado como «la divinidad presente en un mundo que declara a Dios escondido» adviene tardíamente (pág. 84) y tiene valor de conclusión tan sólo inteligible a la luz de sus consideraciones precedentes.

No digo lo anterior como crítica de fondo, pues no estoy aún en tesitura crítica, sino para prevenir al lector sobre ciertas dificultades de abordaje. Alvarez-Caperochipi no niega ni desconoce que en la textura del Estado entran otras muchas hebras además de aquella que él convierte en hilo de Ariadna: humanismo, difusión de la imprenta, racionalización de la organización militar y de la estrategia, revolución comercial desatada por los descubrimientos geográficos, ruptura de la unidad cristiana con el Cisma de Occidente, crisis del Imperio, expansión del Derecho Romano exaltador del poder del príncipe (a los cuatro primeros procesos históricos se refiere el autor brevisimamente en el libro que ahora

reseño; a los tres últimos alude en un muy suagente y algo desordenado libro anterior: *La propiedad en la formación del Derecho Administrativo*, Pamplona, 1983, pág. 47, en nota). Pero no es propósito suyo estudiarlas ni desentrañar los engranajes y condicionamientos recíprocos existentes entre ellas y el «leitmotiv» teológico-religioso.

## Una «teología política»

Una vez situada y enmarcada la intención del autor, y aclarado lo que pretende hacer, veamos lo que hace efectivamente. En fórmula rápida, y con la reserva que luego apuntaré, podría decirse que su postura es ampliación y generalización de la «teología política» de Carl Schmitt, expuesta en 1922 y reiterada con matizaciones en 1970 (el propio Alvarez-Caperochipi declara que su hipótesis de trabajo es «similar» a la de Schmitt, aunque de mayor radio (pág. 95); pero no explica ni desarrolla esa similitud, y por eso me atrevo a intentarlo yo ahora por propia cuenta). La tesis schmittiana de 1922 se resume en dos afirmaciones: primera, que «todos los conceptos sobresalientes de la Teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados»; así, la idea absolutista del legislador todopoderoso deriva de la idea teológica de Dios omnipotente. Segunda, que además de esta afinidad derivativa existe entre Teología y Teoría del Estado otra estructural y sistemática, ya claramente planteada por Leibniz en su *Nova Methodus*, de 1684: las facultades de Teología y de Jurisprudencia presentan una admirable semejanza, por cuanto ambas parten de un «doble principio»: «ratio» y «scriptura». La Teología deriva de la teodicea o teología natural y de los Libros revelados, y la Jurisprudencia del derecho natural y de las Leyes positivas. Medio siglo después, Schmitt añade algo más en su *Politische Theologie II* (Berlín, Ducker und Humblot, 1970): la Teología política, contra lo que respectivamente piensan Peterson y Blumenberg, no ha sido arrumbada en nuestros días por razones teológicas o científicas, pues la «deseologización» en-

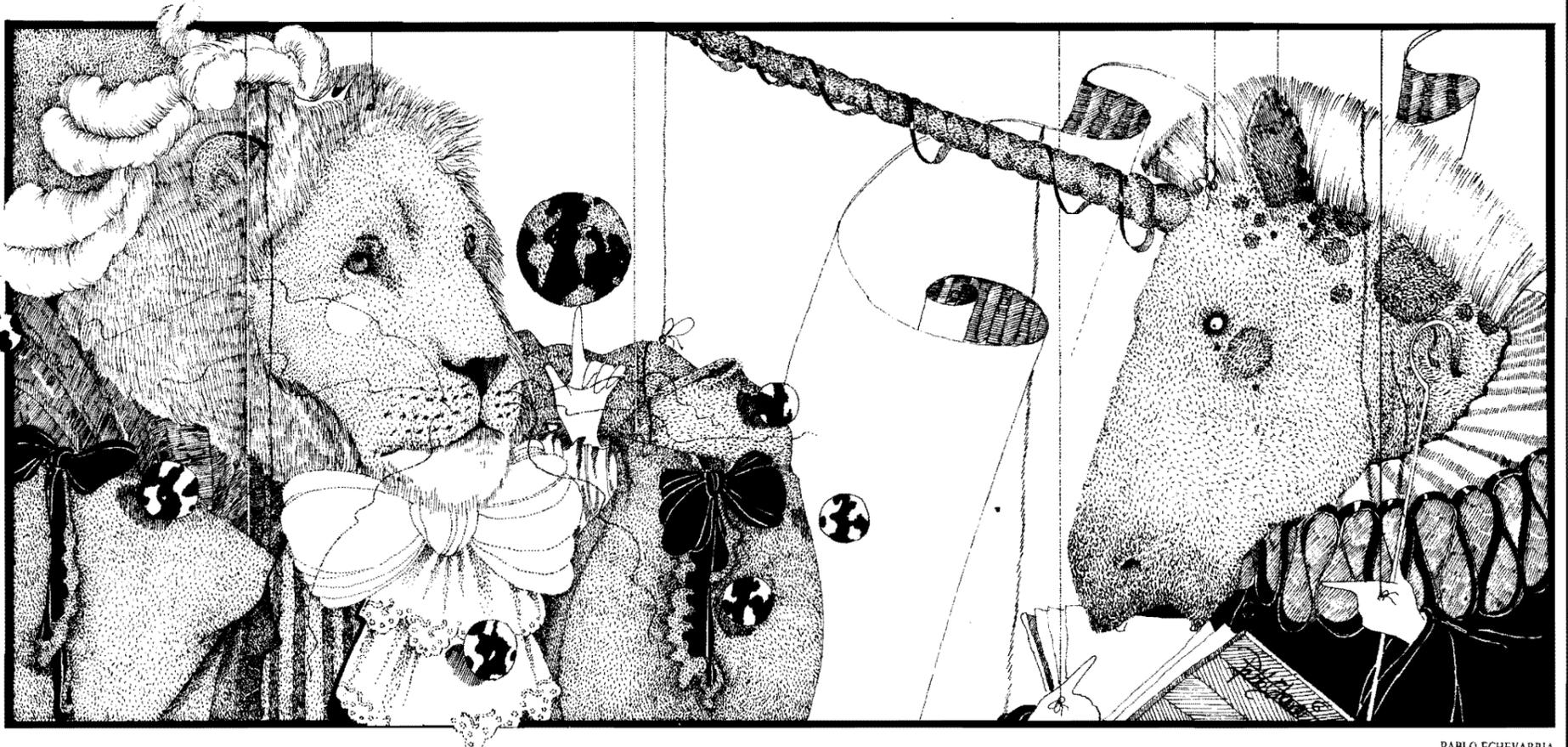
traña, en realidad, «despolitización», con lo que no salimos del círculo. Y la idea de «Teología política» no comporta afinidad especial con ninguna forma política determinada; la teología puede servir tanto a la contrarrevolución como a la revolución. Observación de probada verdad, pienso yo, si consideramos la trayectoria de la «teología de la liberación» en los últimos quince años.

A estas precisiones de Schmitt creo que podría añadirse algo como complemento. Aun el pensamiento político desmochado y reducido a puro pensamiento social (esto es, desprovisto de intención prescriptiva y vaciado del factor «decisión»; me refiero, claro está, a otra muy conocida tesis schmittiana, pero sin entrar ahora en la crítica de su posible exceso) tiene implicaciones religiosas claras. Esto lo ve y explica un gran admirador de Schmitt, Raymond Aron, cuando al comienzo de la segunda parte de su obra *Las etapas del pensamiento sociológico* trata de rastrear el hilo unitivo que enlaza a los tres grandes sociólogos que en ella estudia: Durkheim, Pareto y Weber. «El tema fundamental de su reflexión —nos dice— es el de las relaciones entre la religión y la ciencia» (pág. 12 de la edición argentina). Durkheim detecta el vacío de la moral religiosa en la sociedad y quiere reemplazarla por una moral científica; Pareto, pesimista, no cree posible tal reemplazo, pues tan sólo ciertas creencias ultra, infra o supraracionales aseguran la coherencia social; Weber piensa que la existencia colectiva pende, más que de la racionalidad científica, de la elección personal, la asunción de la propia responsabilidad, la acción, la fe. Los tres, en suma, tienen conciencia de que su análisis de la sociedad bordea el dramático abismo de la religiosidad evaporada; si Durkheim todavía cree que la ciencia puede colmarlo, Pareto y Weber creen que no.

Pero el hecho es que la fallida esperanza de Durkheim y la renuncia a fundamentar científicamente la acción social (y a «fortiori» la política) de Pareto y de Weber no ha dejado en suspenso, por cierto, el problema de la legitimidad y racionalidad del poder del Estado, y no ha restañado la innumerable literatura a él consagrada. Nuestro mundo actual lo resuelve por los principios liberal y democrático: aceptamos como algo inconcuso que la mayoría electoral justifica al gobernante, que la separación de poderes asegura la libertad individual, que en la cúspide del ordenamiento jurídico debe haber una constitución rígida y escrita, etc. ¿De dónde vienen estos dogmas del Estado moderno? ¿Son deducciones filosófico-racionales, aplicaciones prudentiales de una teoría jurídica preconstituida a las circunstancias históricas del mundo actual, o resultado de la secularización de previos principios teológicos? Alvarez-Caperochipi no niega la realidad de las dos primeras fuentes, pero entiende que la última es la decisiva, y se aplica a rastrearla de modo sistemático. Pienso que quizá haría suyas estas fórmulas del *Ensayo* de Donoso: «La teología, por lo mismo que es ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca a todas las ciencias...; toda afirmación relativa a la sociedad y al gobierno supone una afirmación relativa a Dios; o, lo que es lo mismo, toda verdad política y social se convierte forzosamente en una verdad teológica» (vid. los párrafos primero y sexto del libro I, cap. I).

Ahora bien, aunque Alvarez-Caperochipi retome la idea central de Schmitt y de Donoso, no impugna ni aprueba el pensamiento conservador a ella subyacente. No es su propósito hacer apología de ninguna postura política, sino investigar «las claves religiosas de la organización del mundo moderno» (pág. 15). Quizá, por ende, no sea del todo correcto calificar su método de «teología política»; haría falta otra expresión más exacta, que hoy por hoy no existe. La verdad es que el propio Schmitt no estuvo demasiado feliz al adoptar-

Viene de la página anterior



PABLO ECHEVARRIA

la. A bordo de ella, antes y después de 1922, se han trasegado ideas distintas de la suya. Por «teología política» se entendía antes, ya desde el principio de la Edad Moderna, aquel sector de la teología moral aplicado a investigar, con la intención práctica y normativa propia de toda teología moral, los fundamentos bíblicos del poder del Estado; por «teología política» se entiende hoy, desde los años sesenta y por obra de J. B. Metz, «el empeño crítico frente a la tendencia a la privatización a ultranza, presente incluso en la teología más reciente». Pues bien, ninguno de estos dos sentidos es exactamente el schmittiano, ni tampoco el del libro que comento. Ni Schmitt ni Alvarez-Caperochipi tratan de hacer teología, sino ciencia política (aquél con trasfondo polémico y éste con propósito historiográfico). De lo que tratan es de dilucidar la génesis del orden «político» en que hoy vivimos; utilizando para ello, eso sí, fuentes y conceptos teológicos, puesto que «los conceptos políticos del mundo moderno se fundan principalmente en las luchas religiosas que inauguran la modernidad, y la raíz más profunda de muchos conceptos jurídicos son conceptos teológicos secularizados» (págs. 143 y 144).

Alvarez-Caperochipi divide su libro en cuatro capítulos, respectivamente consagrados a la Reforma protestante y la génesis del Estado moderno, a las relaciones entre el protestantismo y el Estado, al protestantismo como organización y a las revoluciones inglesas del siglo XVII vistas a la luz del proceso de secularización del presbiterianismo. En el primero, tras afirmar que «todo el pensamiento moderno respira el oxígeno de la Reforma», se plantean las afinidades y contrastes entre Lutero y Calvino. Son afines por cuanto comparten los principios de «sola fide» y «sola scriptura»; son distintos por cuanto el uno es un teólogo despreciador de lo jurídico y el otro un jurista sin profunda formación teológica. Lutero tiene una concepción de la Iglesia espiritual, individualista y antijerárquica; pero como una institución así no puede dejar de disgregarse con el paso del tiempo, convierte al Estado, único verdadero titular de autoridad, en su sostenedor y guardián; y acaba sometiéndola a él, pues quien protege manda. Así que el fruto de la raíz luterana es el absolutismo prusiano. Quedan para el César todas las cosas de este mundo, sin reservar nada para Dios.

Muy distinto es Calvino, activo y organizador frente al pasivo e individualista Lutero. Con él, la Iglesia y su estructura jurídica pasan a tener radical importancia. Pero la doctrina del «sacerdocio universal» de todos los fieles y la negación del sacerdocio sacramental no resuelve, sino que complica, el problema orgánico. ¿Cómo fundar la autoridad sobre esta base igualitaria? Calvino, al fin jurista, repesca el derecho público romano y propugna una suerte de mixtura de aristocracia y democracia; pero como es además teólogo cree encontrar también esta forma de gobierno en las Actas de los Apóstoles y en San Pablo. Los «presbíteros», ancianos elegidos por los laicos, dirigen la Iglesia, que los pastores se limitarán a presidir.

Pero la fórmula, como toda fórmula mixta, es inestable, y en la Inglaterra del siglo XVII se patentiza su inestabilidad. Si la mixtura bascula hacia el laicado, el presbiterianismo bascula hacia el «congregacionalismo» democrático; y el «sacerdocio universal» acaba generando no una Iglesia, sino un Estado. Esta sería la significación histórica de la república de Cromwell y de la Revolución puritana. Luego, a fines del siglo, la «Revolución gloriosa» y la obra de Locke logran un punto de equilibrio: la organización presbiterial del Estado cristaliza en el predominio del Parlamento. Hay, pues, homología y trasvase entre lo religioso y lo político; son vasos admirablemente comunicantes.

### Logros y fallos

Esta línea esquemática no refleja seguramente la riqueza de motivos del libro, pero quizá baste para una primera orientación. Adoptando una fórmula de Franz Altheim podría decirse que así como para éste la historia de Roma es «la realización objetiva de su «religio»», para Alvarez-Caperochipi la historia ideológica e institucional de las revoluciones inglesas es la realización objetiva del calvinismo y su lenta y tortuosa transposición al plano secular. «El protestantismo fundamenta una nueva Iglesia, y cuando se difumina la autoridad de ésta, con la crisis del protestantismo social, se reencarna en una nueva organización del Estado» (pág. 191).

Paso ahora a expresar algunas reservas. En primer lugar, el libro está escrito con cier-

to atropellado entusiasmo que multiplica las reiteraciones. Las mismas ideas reaparecen una y otra vez con distintos ropajes verbales, como en revuelta representación teatral, y el lector no discierne con claridad las etapas de marcha y el avance de la argumentación; es éste un texto no escrito en línea recta, sino en círculo, o mejor, en rizo. En segundo lugar, ese mismo entusiasmo lleva a veces a afirmaciones discutibles que se enuncian a bocajarro y a algún franco error: calificación de John Milton como ateo, cuando era un calvinista independiente; confusión respecto al historiador Gibbon; rotunda atribución al pueblo judío (otro personaje que entra en danza, pero cuyo papel argumental no tengo tiempo de explicar) del descubrimiento de la Metafísica y del Derecho, contra la convención, que no por manida deja de ser exacta, de remontar la paternidad de aquélla a Aristóteles y la de éste al pueblo romano (si Alvarez-Caperochipi se hubiera limitado a atribuir al judaísmo la inflexión tomista de la metafísica fundada en el «actus essendi» y a atribuir al influjo de la Thora cierta supervaloración de la «lex» frente al «ius» en el derecho occidental, quizá podríamos darle la razón).

En fin, creo que el libro se resiente también de una unilateral utilización de fuentes teológicas. El desarrollo orgánico de las iglesias protestantes queda claro, y es innegable la transposición al plano secular de bastantes conceptos y entusiasmos nacidos en el plano eclesiástico. Pero el conjunto nos deja impresión de obra sin terminar; más precisamente, de puente abandonado a la mitad. Alvarez-Caperochipi intenta enlazar la orilla teológica con la orilla político-jurídica, y para ello hubiera sido menester construir sendos robus-

tos pilares en cada una de ellas. Pero al paso que el pilar afianzado en la orilla teológica es pasablemente sólido, el de la orilla fronteriza apenas sale de cimientos. Se echa en falta un examen más detallado y minucioso de la personalidad y de la obra de Bodino, de Hobbes y aun del propio Locke; examen no suplido por las historias del pensamiento político hoy existentes, que dejan, por lo general, débil y confuso el importantísimo flanco de las implicaciones y sobreentendidos teológicos de estos tres autores (y de otros muchos más). Alvarez-Caperochipi podría escribir ahora otro estudio, y ojalá lo haga, cerrando los libros de teología y abriendo los de filosofía, ciencia política y derecho, con lo que quedaría el puente firme en sus dos cabos y concluso. Con lo que quedarían también aclarados los orígenes religiosos del concepto de soberanía y de la primera etapa absolutista del Estado moderno; y habría lugar a reflexionar sobre el pensamiento teológico católico, que me parece experimenta, también, como el protestante, su propio y peculiar proceso de secularización.

Todo esto que acabo de aventurar no anula ni desvalora gravemente el buen resultado global. Alvarez-Caperochipi afirma y se compromete a fondo (las cláusulas «yo creo» y «a mi juicio» abundan en sus páginas). Adolece de cierta propensión a las grandes generalizaciones spenglerianas, pero tiene garbo y alegría de descubridor. En su libro no hay rastro de lo que Ferrater Mora llama «cantinfleo»; ese vacilante decir y no decir, afirmar y negar, que acaba en pura verbosidad y que, por desgracia, no es infrecuente en los estudios de ciencia política y de historia de las ideas que se publican hoy en español. □

### RESUMEN

El propósito del libro de Alvarez-Caperochipi, logrado en gran parte, a juicio de Fernández-Carvajal, es «investigar las claves religiosas de la organización del mundo moderno y la directa e inseparable relación entre la religión, la

ideología y la organización política». El autor mantiene la tesis de que la historia es la representación que el hombre tiene de Dios. La idea de Dios condiciona la imagen que el hombre tiene de sí mismo y de la estructura social.

José Antonio Alvarez-Caperochipi

Reforma protestante y Estado moderno

Civitas, Madrid, 1986. 245 páginas.

# La travesía de las palabras

Por Manuel Seco

*Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía, donde se redacta y publica el gran Diccionario histórico de la lengua española. Es autor, entre otras obras, de Gramática esencial del español, Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos y Estudios de lexicografía española.*

Un domingo de enero de 1984 tuvo lugar en Gran Bretaña una insólita peregrinación: un grupo de lexicógrafos marchó de Oxford a Mill Hill, pueblecito al norte de Londres, para visitar el sitio en que se redactó el primer fascículo, publicado el 1 de febrero de 1884, del gigantesco *Oxford English Dictionary (OED)*. Los continuadores de la obra máxima de la lexicografía inglesa rendían así homenaje a su creador, James A. H. Murray, que en aquella población, donde trabajaba como maestro de escuela, había levantado en el jardín de su vivienda un pequeño taller a prueba de incendios —el «Scriptorium»— para reunir ficheros, libros de consulta y mesas de trabajo destinados a la compilación, con su breve equipo, del diccionario que le habían encomendado la Philological Society de Londres y la Oxford University Press.

El proyecto de Murray había sido componer, en un plazo de diez años, un diccionario de cuatro volúmenes. Es sabido que ni una ni otra previsión se cumplió: el último fascículo se publicaba cuarenta y cuatro años más tarde, y la obra abarcaba diez gruesos tomos en folio, con un contenido de más de 400.000 entradas en un total de 15.500 páginas. Aquel «Scriptorium» de Mill Hill ya no existe, ni tampoco el laboratorio que con igual denominación edificó el mismo Murray junto a su casa de Oxford cuando, por exigencias editoriales, se trasladó a esta ciudad. Pero la obra preparada en los dos monacales recintos pervive, robusta, como el gran monumento a la lengua inglesa.

La génesis del *OED* se remonta a 1857, cuando el deán R. C. Trench presentó una comunicación a la Philological Society acerca de las deficiencias de los diccionarios ingleses entonces existentes. En realidad, el escrito de Trench propugnaba un nuevo concepto del diccionario como «inventario» y no como «selección» del léxico: el lexicógrafo, decía, es un «historiador» y no un «crítico» del idioma. Por consiguiente, el diccionario debe presentar las voces y sus significados con un enfoque histórico. Las propuestas de Trench cristalizaron en la decisión de la Sociedad de compilar «un diccionario inglés completamente nuevo».

Por primera vez se sentaban así las bases de la lexicografía histórica, a pesar de que ya en 1852 había empezado a publicarse el *Deutsches Wörterbuch* de Jacob y Wilhelm Grimm, representante de una primera modalidad del mismo género. Lo curioso es que ni la obra alemana, ni el proyecto inglés, ni el resultado posterior de este proyecto se designaron con la lexía «diccionario histórico». R. Merkin ha encontrado la primera documentación del sintagma en sentido lingüístico en el prólogo de Emile Littré a su *Dictionnaire de la langue française* (1863) refiriéndose al de Grimm; y en cuanto al Diccionario inglés, señala que en la dedicatoria de su tercer tomo (1897) se le menciona como «this Historical Dictionary of the English Language». Pero, cosa notable, la primera utilización con sentido lingüístico del nombre «diccionario histórico» es española y dos años anterior a la primera fecha apuntada por Merkin: en el Reglamento de la Real Academia Española de 1861 se establecía, entre los objetivos de la Corporación, el de «formar colecciones, clasificadas por siglos, de palabras, locuciones, frases [...], señalando sus fuentes y autoridades, a fin de que se emprenda inmediatamente y pueda continuarse sin descanso el Diccionario histórico de la lengua». Después, la primera obra que llevó de hecho este nombre en su portada fue el hoy olvidado *Dictionnaire*

*historique de la langue française*, de la Academia Francesa, cuyo primer tomo apareció en 1865 (y que quedó interrumpido tras la publicación del cuarto, en 1894).

Las características del género fueron bien definidas por James Murray en 1888: «El propósito de este diccionario es [...] mostrar, respecto a cada palabra, cuándo, cómo, bajo qué forma y con qué significado entró en el inglés; qué desarrollo ha sufrido desde entonces en su forma y significado; cuáles de sus usos, a lo largo del tiempo, han quedado anticuados, y cuáles sobreviven; qué usos nuevos han surgido, y cuándo; ilustrar estos hechos por una serie de citas que abarquen desde la primera aparición conocida de la palabra hasta la última o hasta el presente, con lo cual la palabra exhibe su propia historia y su significado; y tratar la etimología de cada palabra». Como escribió C. T. Onions —uno de los codirectores de la obra— en 1933, las citas que atestiguan todos y cada uno de los usos registrados constituyen el único fundamento posible del tratamiento histórico de las unidades léxicas, que es la razón de ser de la obra.

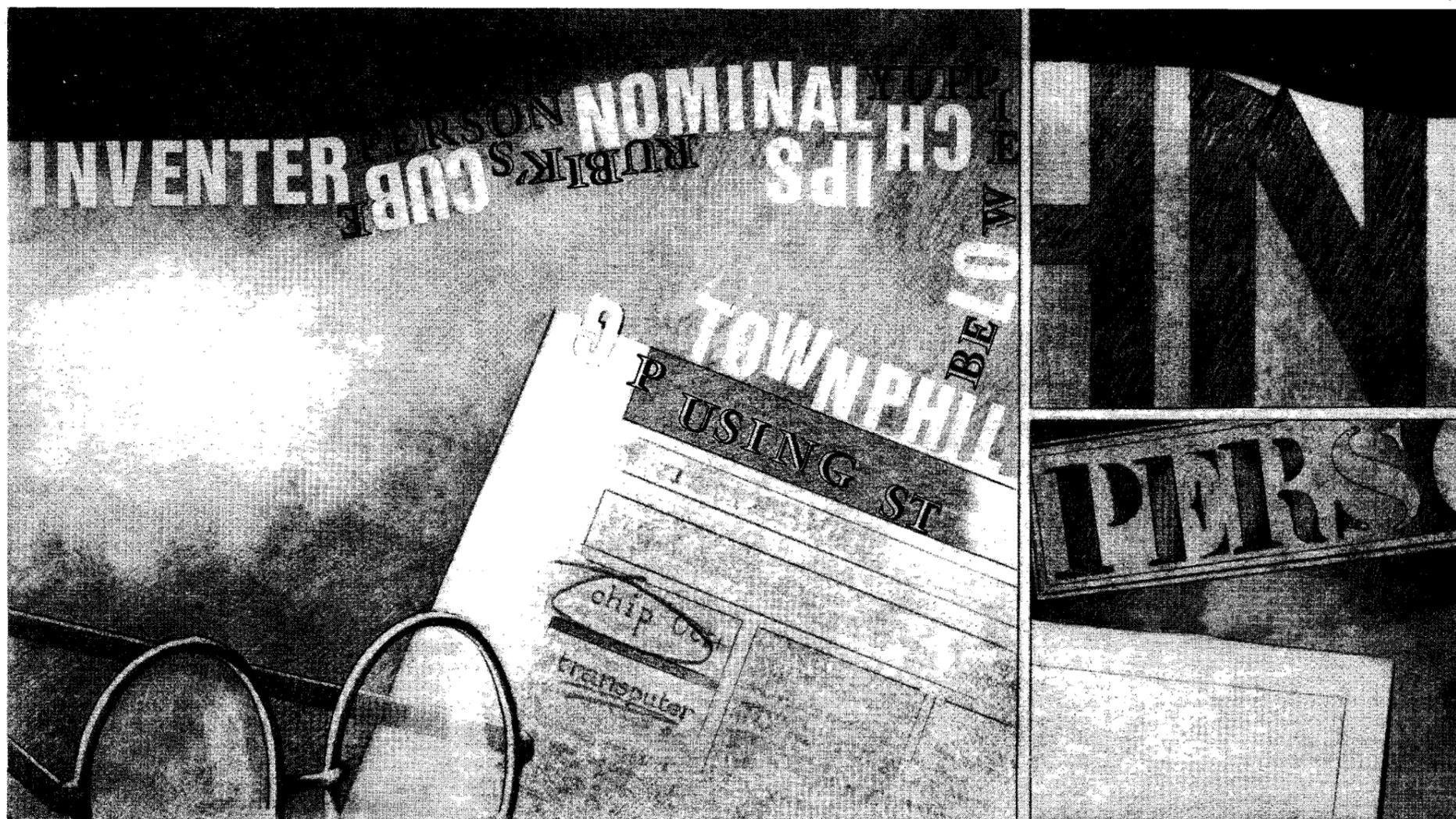
Esas pruebas textuales —que ya habían dado respetabilidad a los mejores diccionarios europeos anteriores: el de la Crusca (1612), el de *Autoridades* de la Academia Española (1726-39), el de Samuel Johnson (1755), el de Littré (1863-73)— no podían ser aportadas sin la previa constitución de un nutrido fichero formado expresamente. El del diccionario inglés se hizo en gran parte gracias a la colaboración gratuita de centenares de ingleses amantes de su idioma: un tipo de cooperación que se repetiría en la propia Gran Bretaña un siglo más tarde y que no se produjo en casi ninguna otra parte (ni, desde luego, en medida tan considerable).

Otras obras pertenecientes al género de los diccionarios de Grimm y Murray se han emprendido entre el último tercio del siglo XIX y el último tercio del XX para gran variedad de lenguas: el neerlandés, el sueco, el danés, el italiano, el francés, el escocés anti-

guo, el galés... Muchas de estas aventuras se encuentran aún inacabadas. Otras varias están todavía sobre el papel, sin haber sacado a luz su primera página. Dentro de España, la lengua catalana cuenta ya con el magnífico *Diccionari català-valencià-balear*, de Alcover y Moll (10 volúmenes, 1930-62); en cuanto al español —lengua no sólo de los españoles, sino de diecinueve pueblos más en el Nuevo Mundo—, dos veces se ha intentado la empresa de un diccionario histórico: la primera, iniciada en 1933, se quebró tres años más tarde a consecuencia de la Guerra Civil, dejando dos tomos sin continuación; la segunda, que debe su existencia y su calidad a Julio Casares, su fundador, y a su principal director, Rafael Lapesa, se publica, desde el año 1960, en medio de grandes dificultades.

Los que hacen diccionarios históricos saben mejor que nadie que el lenguaje no es de naturaleza mineral, sino que, como manifestación egregia de la vitalidad humana, evoluciona y progresa al compás de la sociedad. Sólo las lenguas muertas son estables. Al olvido de esta radical mutabilidad de las lenguas suele unirse, no ya en la conciencia popular, sino en la de muchos lingüistas «serios», la idea de que un diccionario histórico es un diccionario de palabras «históricas», cuando el verdadero propósito de este género es el trazado de la historia de todas las unidades léxicas de la lengua, tanto de las que tuvieron vigencia en el pasado como de las que lo tienen en el momento presente.

A nadie puede sorprender, por tanto, que ya cinco años después del último tomo del Diccionario de Oxford, y aprovechando la primera reimpresión de toda la obra, sus autores publicaran un volumen suplementario en que se recogían multitud de voces y acepciones nacidas o detectadas en el casi medio siglo transcurrido entre los fascículos inicial y final de la ingente producción. Y el mismo espíritu movió a la Oxford University Press, en el centenario año de 1957, a preparar un nuevo Suplemento. Así nació, bajo la dirección



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior

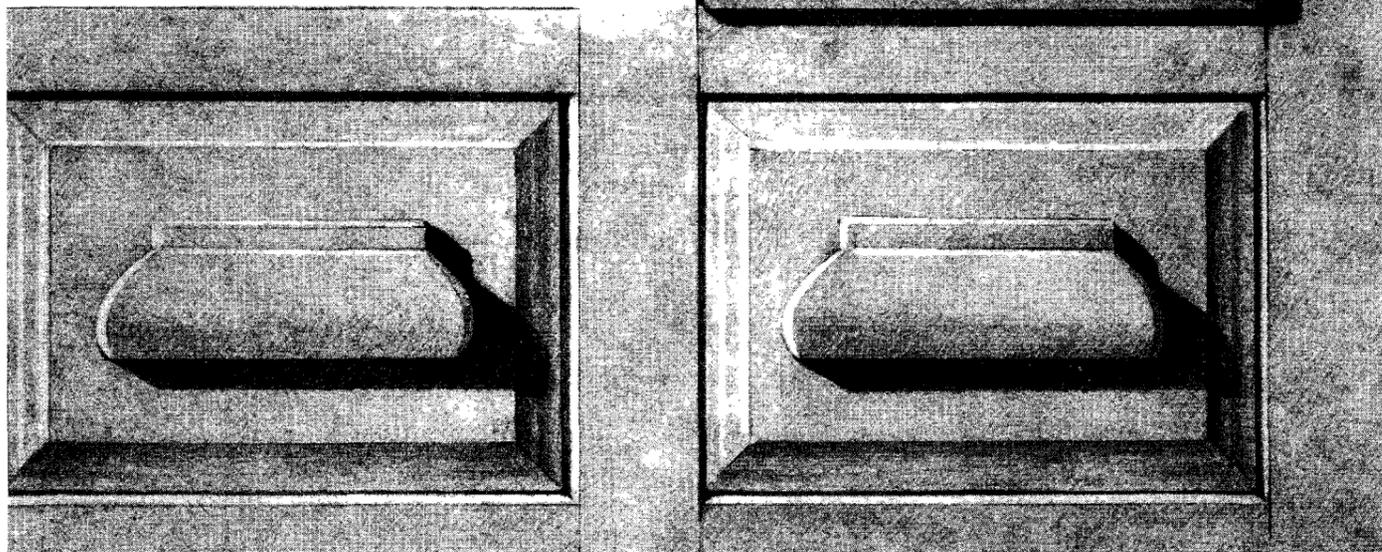


Robert W. Burchfield, *A Supplement to the Oxford English Dictionary*, cuyo primer volumen apareció en 1972 y que se ha completado felizmente con el cuarto, en 1986. No deja de ser aleccionador que, a pesar de la experiencia acumulada en la confección del Diccionario, se haya reincidido para el Suplemento en la discordancia entre el plan inicial y el resultado final: se había previsto en un solo volumen, de unas 1.275 páginas, cuya preparación no rebasaría los siete años.

Los cuatro tomos suman 5.600 páginas: más de la tercera parte de las que integraban la obra base, con la particularidad de que, si ésta versaba sobre toda la historia del inglés desde el siglo XII hasta finales del XIX, el nuevo Suplemento atiende casi exclusivamente al XX, y muy en especial al trozo de éste transcurrido entre la publicación del primer Suplemento (1933) y la del segundo. Esto podría sugerir la idea de que el léxico inglés ha gozado en nuestro siglo de más vitalidad creadora que en trescientos años de cualquier tiempo pasado. No sería legítimo obtener esta conclusión tan rápida. Ha ocurrido que, al ser más limitado el campo de estudio; al versar sobre una época en que la cultura impresa y las comunicaciones están incomparablemente más desarrolladas que en los siglos anteriores, era natural —más aún, era necesario— que la documentación acopiada fuese mucho más densa y rica que la obtenible hace cien años para lapsos de tiempo harto más extensos y harto peor asistidos bibliográficamente. Pero a esto hay que añadir que, paralelamente, se han ensanchado los criterios de admisión de vocabulario. El más importante es el geográfico: así como el Diccionario fue casi exclusivamente británico, recogiendo los usos importados de América con el gesto de forzada tolerancia que se reserva a los inmigrantes no deseados, el Suplemento ha girado en un sentido de anglicidad universal, abriendo sus columnas ampliamente no sólo al inglés de Estados Unidos y Canadá, sino al de Australia, Nueva Zelanda, la India y Pakistán. Dato significativo: si el director del Diccionario había sido un británico (de Escocia), el director del Suplemento ha sido un neozelandés.

Otro ensanchamiento ha sido en el aspecto social: el tabú victoriano que pesaba sobre diversas voces populares referentes a funciones sexuales y excretorias ha dejado de prevalecer sobre la objetividad científica que exigía el reconocimiento de la existencia de aquéllas. Esta misma actitud científica ha hecho asimismo que en ningún caso se hayan omitido términos o acepciones ofensivos o despectivos hacia grupos o minorías, si realmente tales usos tienen o han tenido vigencia dentro de la lengua. La objetividad obliga al lexicógrafo a no «censurar» estas realidades, siempre que haga constar su carácter peyorativo. (En este aspecto, nuestra Academia Española no actuó con la debida seriedad borrando, por ejemplo, en su *Diccionario* de 1970, de la voz «judío» la acepción «avaro, usurero», que figuraba en las ediciones anteriores y cuya vitalidad en la lengua, sea o no justa, nadie puede poner en duda.)

La compilación ha sido generosa también ante el neologismo. Se ha procurado recoger todas las palabras y sentidos corrientes en el inglés desde que se inició la publicación del Diccionario hasta el mismo momento de la publicación del Suplemento. Las fuentes literarias, en mayoría aplastante en la primera obra, tienden aquí a quedar en segundo término frente a las no literarias: diarios, revistas, libros didácticos, publicaciones técnicas. Los testimonios que acreditan todos y cada uno de los usos registrados y definidos siguen siendo exclusivamente escritos; pero se ha buscado que reflejen más de cerca las mil caras de la vida del léxico; y la constante y diaria irrupción tumultuosa de cosas nuevas que llevan adheridos sus nombres nuevos ha obligado, para no dejarlos fuera o retrasar su ingreso, a afinar y potenciar las herramientas destinadas a su acopio. Gracias a esto, vocablos in-



ARTURO REQUEJO

corporados muy recientemente al torrente circulatorio del idioma han quedado reflejados en la obra. El tomo I (1972) recoge «chip» como término de electrónica, cuya datación más antigua es de 1962; el tomo III (1982) registra el uso feminista de «person» como forma sufixa («chairperson», vigente desde 1971), y el nombre del juego «Rubik's cube», surgido en 1980; el tomo IV (1986) trae «transputer», término de informática, registrado desde 1978, y «yuppie», voz de la vida social, que no consta antes de 1984. La invasión de tecnicismos por un lado, la ascensión del vulgarismo por otro, fenómenos ambos universales en el léxico del siglo XX, han sido esmeradamente tenidos en consideración, entre otras muchas realidades, a la hora de elaborar este copioso elenco, que, siendo fundamentalmente un pabellón adosado al edificio principal, es al mismo tiempo un copioso repertorio del vocabulario inglés de los últimos cien años.

### Ordenadores y diccionarios

La preocupación demostrada por Burchfield por no dejar fuera de su inventario las palabras todavía calientes revela un deseo de aplazar al máximo el envejecimiento de su tesoro; ese envejecimiento del que, por desgracia, no se eximen los mejores diccionarios, entre los que éste ocupa un lugar privilegiado. Pero no es ya tan utópico el sueño de una imposible inmortalidad: antes de terminarse los trabajos del tomo IV, recién publicado, ya se ha puesto en marcha un proyecto nuevo, cuya meta casi parece la realización de la utopía. Se van a refundir, en un alfabeto único, los doce volúmenes que constituyen el *OED* y los cuatro de su Suplemento. La unificación y costura de los materiales, tarea nada sencilla, de cuya dirección se hace responsable Edmund S. C. Weiner —que ha sido uno de los miembros principales del equipo redactor del Suplemento—, se realiza por procedimiento electrónico. La informatización de la obra entraña no sólo la posibilidad de que el Diccionario salga en las futuras ediciones puesto al día con una periodicidad corta, sino también la creación de un banco de datos del léxico inglés cuya trascendencia será enorme para el conocimiento y difusión de esta lengua y para la solución de los problemas terminológicos, tan acuciantes hoy para todos los idiomas. «Este imaginativo proyecto —dice Burchfield en el prólogo al último tomo del Suplemento— asegurará que la tradición de Oxford —y sin duda su preeminencia— en la lexicografía histórica se mantenga en el siglo XXI y aún más allá.»

Pero no debemos olvidar que todo lo que de ahora en adelante pueda realizar el ordenador se apoya sobre el inmenso despliegue de energía e inteligencia «humanas» de varias generaciones y de varios individuos excepcionales. El ingrediente esencial de la lexicografía

es el cerebro del hombre. Aldo Duro, al informar en 1971 sobre los trabajos preparatorios para el nuevo *Vocabolario della Crusca*, consistentes en la elaboración de concordancias léxicas de los orígenes del italiano, indicaba cómo se habían realizado por medios electrónicos; pero terminaba advirtiendo: «Hay que matizar la afirmación; hay que precisar que las intervenciones artesanales han sido tantas y tan responsables que el mérito de las máquinas se reduce muchísimo a favor del trabajo humano. Es esta una realidad que, al menos por lo que respecta a la lexicografía, no creo que esté destinada a modificarse con el tiempo.» ¡Y nótese que el comentario de Duro se refería, no a la compleja fase de la redacción, sino a la «casi» mecánica de la recogida de materiales! Pocos años antes, R.-L. Wagner había dicho: «Tenemos que [...] beneficiarnos, claro está, de las ventajas técnicas recientes, pero sin olvidar jamás esto: que, en fin de cuentas, un diccionario es una obra del espíritu. Las máquinas, sin duda, nos ahorrarán tiempo y esfuerzo; pero no nos dispensarán de ejercitar nuestra inteligencia y nuestra libre crítica.»

En la elaboración de su Suplemento, Burchfield ha sido más radical: no se ha servido del ordenador en ninguna de las fases de producción. El mismo me dijo, en una visita que en 1982 le hice en su taller de Oxford, que lo más recomendable para realizar un diccionario histórico era prescindir de los ordenadores. Y es evidente que esta actitud no le ha dado tan mal resultado. Los que ven en esta manera de pensar una mentalidad retrógrada son personas sin la menor idea de la labor lexicográfica. El papel que en ella puede desempeñar la electrónica no es capaz de pasar, hoy día, de ser periférico y secundario, como lo es el que se le asigna en los nuevos planes de Oxford: importantísimo, sí, en cuanto a la explotación óptima de los resultados obtenidos por el trabajo artesano de los redactores, pero incapaz de avanzar un paso más sin la intervención intensa e ininterrumpida de las neuronas humanas. Hay que dar al ordenador lo que es del ordenador, pero nada más.

La apertura geográfica, social y documental, que ha sido uno de los principios bá-

sicos de la redacción del Suplemento, no sólo ha llevado consigo una fisonomía nueva para el contenido general de la obra frente al *OED*; ha supuesto la necesidad de renovar sustancialmente la estrategia. Murray, para luchar contra el calendario, ya había inventado una técnica revolucionaria. Ahora, enfrentado a distintos problemas, un sentido práctico de no menos quilates ha guiado a Burchfield en el planteamiento de su trabajo, acorde con las nuevas exigencias de su vocabulario. Por una parte, ha incluido en la plana mayor de su equipo, al lado de tres «senior editors» de léxico general, un especialista en «ciencia» y otro en «historia natural», de acuerdo con la obstinada realidad de que, si bien para hacer un diccionario es indispensable ser un técnico en lengua, éste necesita apoyarse en lo que sobre los referentes del signo lingüístico le pueden decir los entendidos en los objetos reales designados. Por otra parte, ha establecido una extensa red de consultores externos, lingüistas unos, peritos otros en las más variadas especialidades del saber y del hacer, repartida por todo el mundo. (Uno de estos consultores ha sido un arabista español, Julio Cortés, profesor en la Universidad de North Carolina.) Aparte de esto, ha extendido un dispositivo de investigadores auxiliares que han trabajado sistemáticamente fuera del cuartel general del Diccionario, en bibliotecas de Oxford, Londres, Nueva York, Washington y Boston, con la misión precisa de completar, ampliar o confirmar la documentación ya disponible. En conjunto, ha sido mucho más numeroso el aparato externo de apoyo que el equipo redactor, cuya cifra —sin incluir al director— ha oscilado entre las quince personas que se nombran en los preliminares del tomo I y el máximo de veintiséis del tomo III.

Una vez más, un pueblo culto ha demostrado ser sensible a la realidad de que la lengua es uno de sus bienes más valiosos. La lexicografía inglesa —cuyo vigoroso auge ha sido comentado recientemente por F. J. Hausmann— sabe estar a la altura de la importancia cultural y política que su lengua tiene en el mundo de hoy. No todas las colectividades saben eso: estar a la altura de su propio idioma. □

### RESUMEN

Hace más de cien años comenzó a redactarse el «Oxford English Dictionary», obra máxima de la lexicografía inglesa, cuyos avatares y progresos, comparándolos con los de

otros diccionarios históricos, relata el académico Manuel Seco en este artículo, motivado por la aparición del cuarto volumen del Suplemento.

R. W. Burchfield (director)

*A Supplement to the Oxford English Dictionary*

Oxford University Press, 1972 (I), 1976 (II), 1982 (III) y 1986 (IV). 1.332, 1.282, 1.580 y 1.410+46 páginas.

# El difícil diálogo de las lenguas

Por Antoni M. Badia i Margarit

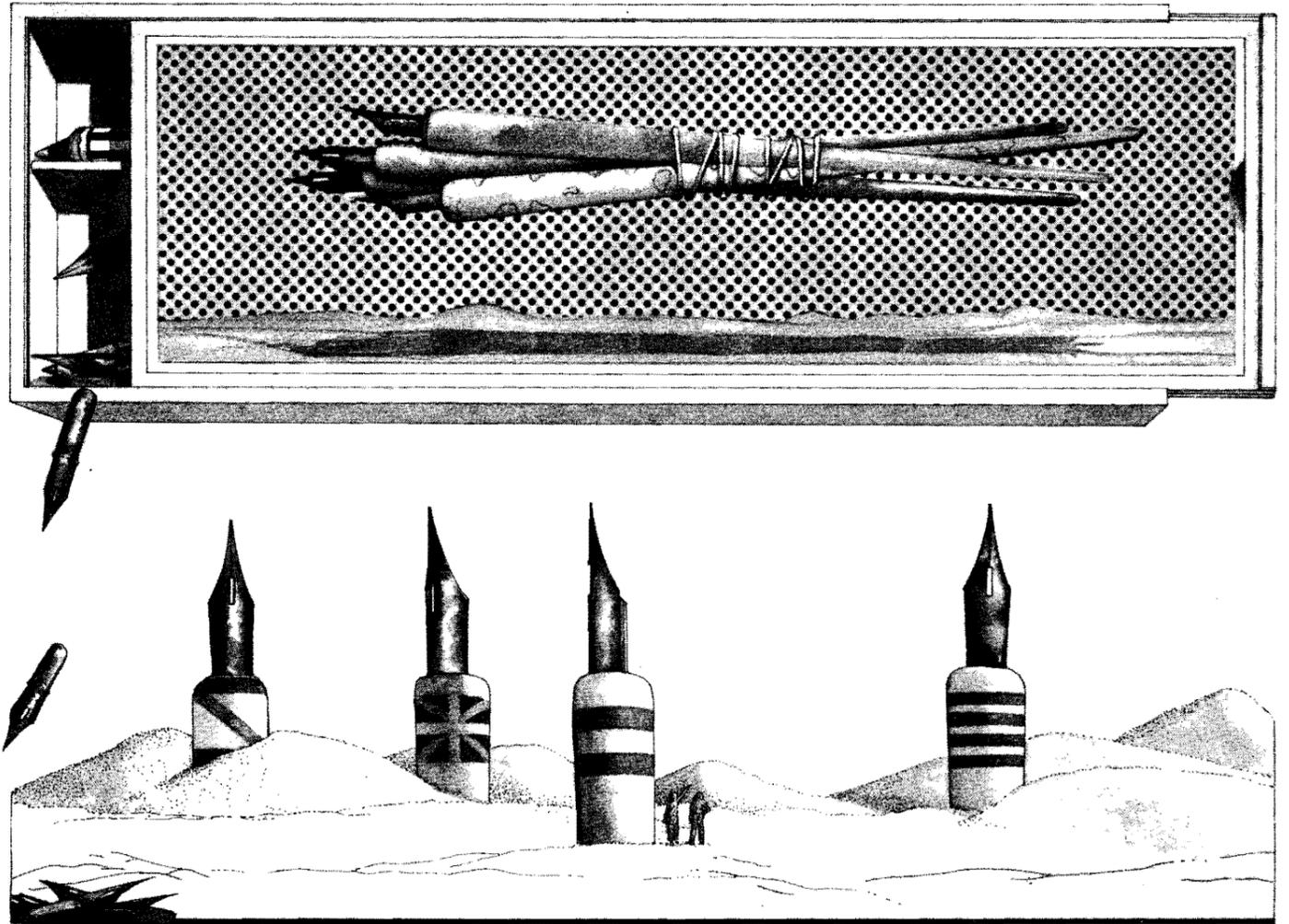
*Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística (diacrónica y sincrónica) y de sociolingüística.*

**P**recedentes: Muchas cosas han cambiado de raíz en España a partir de la transición a la democracia. Un concepto centralista y dogmático de la cosa pública y de la cultura (y todo lo que ello supone) ha cedido —va cediendo— ante el llamado «estado de las autonomías» y las actitudes dialogantes. Con sus errores, los errores de lo que se hace por primera vez, y, para muchos, sin acertar a comprender por qué. La cuestión lingüística no iba a ser una excepción. Una cuestión siempre mal planteada, por siempre mal conocida. Una cuestión que pronto se hizo espinosa. Lo que la hacía más grave no era lo absurdo y violento de la represión franquista de las «otras lenguas» de España (que más de una vez suscitó muestras de simpatía por ellas de la parte de intelectuales responsables), sino lo ancestral y enraizado de la visión unilateral en que se asentaba (que se tenía por la cosa más natural del mundo, y por ello indiscutible e irremplazable). El exclusivismo tradicional de una sola lengua —o, a lo sumo, de la «primera», a considerable distancia de la segunda y de las demás que seguían— se perpetuaba inexorablemente, porque la educación (y no creo que hubiese otro factor capaz de rectificar un comportamiento multiseccular) era asimismo hija fiel de ese exclusivismo. Una penosa petición de principio, aparentemente sin solución.

**Planteamiento:** Y he aquí que en poco tiempo se ha producido un vuelco poco antes inimaginable. La causa fundamental ha sido política: la Constitución de 1978 y los estatutos de las comunidades autónomas en las que hay una lengua específica (en cada una de ellas existe una Dirección General que se encarga de la normalización lingüística). Con este motivo se ha desarrollado una actividad considerable: conferencias, jornadas, coloquios, mesas redondas, sea para planificar acciones de la administración, sea para estudiar el tema desde un punto de vista científico. Quiero destacar las lecciones sobre las lenguas de España que se dieron en el prestigioso Curso de Filología Española (Málaga, verano de 1985), a cargo de 16 especialistas, cuya edición, coordinada por Manuel Alvar, ha suscitado los presentes comentarios (los «entrecuillados» se referirán a páginas del libro).

Ganan la confianza del lector tanto la convicción, reiteradamente manifestada, de que los científicos se han de entender porque sopesan realidades, como el esfuerzo de objetividad, no menos reiterado, que han hecho los participantes en el curso. Si me he decidido a terciar es porque no creo inútil que se oiga en ese conjunto el testimonio y la posición de alguien que, aspirando también a ser objetivo, hable por las lenguas insatisfechas, cuya situación no desconoce. Con la mayor buena fe quisiera, pues, completar un diálogo que, no por difícil, ha de dejar de ser provechoso. Deseo vehementemente no verme confundido con aquellos «cuyos planteamientos, por desgracia, no siempre presentan el rigor exigible, pues consciente o inconscientemente se dejan influir por tendencias afectivas y emocionales derivadas de su condición de catalanes, valencianos, vascos o gallegos» (pág. 38). Además, ¿sólo estarán en un lado el afecto y la emoción?

**Las actitudes:** Las actitudes de los lingüistas y sociolingüistas que abordan el tema desde la gran lengua de estado son de comprensión; todos realizan denodados esfuerzos por asumir el restablecimiento —o simplemente la



ALFONSO RUANO

instauración— de un trato adecuado a las lenguas periféricas. Se alegran de ello. Por lo menos se alegran desde un ángulo racional. Instintivamente, no tanto. «Esa pluralidad, sin duda enriquecedora, no deja de ser incómoda y de plantear no pocos problemas» (pág. 39). No es fácil superar una manera de ver tradicional en el país, que ha prescindido incluso de estudiar la realidad. Ello explica la impaciencia ante demasiadas exigencias que se plantean desde el ángulo opuesto, y ya son varios los que piensan que tal vez nos hemos excedido. «Hay que desterrar para siempre las hostilidades entre lenguas, que no haya vencedores ni vencidos. Para ello hay que desterrar la prepotencia y hay que desterrar también los resentimientos que mueven a los vencidos de ayer a convertirse hoy en vencedores» (pág. 50).

Por lo visto, muchos ignoran que las quejas sobre la lentitud o los defectos de la normalización de esas lenguas ayer vencidas son más que justificadas. Muchos ignoran que nuestras agrias polémicas sobre su futuro (y lo digo desde la catalana, que es la que más seguro parece tenerlo) no son simuladas, y que la verdad es que no sabemos si las sacaremos adelante. Y que es un desafío intentar salvar un bien de la humanidad en la era de los poderosos «mass media» y de las nuevas tecnologías. Para ello, resultan indispensables las actitudes de «lealtad lingüística» de los hablantes, con las que cubrimos lo que no pueden —o no saben— darnos las estructuras.

**El bilingüismo polémico:** No hace mucho, nuestro malogrado Antonio Tovar se lamentaba de que, siendo el bilingüismo un hecho normal en cualquier cultura, se hubiese convertido en un tema polémico. Creo que este juicio merece comentarse. Y que, ante todo, hay que matizarlo. El bilingüismo sigue siendo normal en una cultura dada. Lo que ocurre es que esa cultura dada corrientemente será monolingüe (como son la cultura francesa, la cultura alemana, etc.). Que dentro de culturas así se producen situaciones de bilingüismo está claro: miles de niños y niñas franceses reciben hoy en Francia la enseñanza en in-

glés y serán bilingües, y no pasa nada; o las colonias italianas en Alemania son constituidas por un elevado número de habitantes, que también son bilingües, y tampoco pasa nada. Son hechos normales. El bilingüismo es aún más normal en las personas que en grupos sociales, por razones familiares (hijos de matrimonios mixtos) o por razones culturales (los que aprenden lenguas extranjeras). Visto así, el bilingüismo agiliza la capacidad psicológica, hace más eficaces los quehaceres humanos, posibilita conocer mejor otros medios, etc. Y notemos que no nos paramos aquí: cada vez abundan más las personas que conocen y usan, no ya dos lenguas, sino tres, cuatro y aun más. Nada de lo dicho hasta aquí se sale de la normalidad; al contrario, son situaciones cada día más habituales. Añado que todas las personas aludidas, por absoluto que sea su dominio de las lenguas aprendidas, saben a la perfección que su lengua propia es justamente la que no han tenido que aprender como extranjera.

Ahora bien, es cierto que en muchos países ha estallado un bilingüismo polémico. Sólo implica dos lenguas, y ambas ocupan rangos jerarquizados. La que provoca la polémica, esto es, la de rango inferior, corresponde a un grupo social coherente y cargado de historia. Cuando aparece ese bilingüismo polémico, ha de entenderse como denuncia de una situación de injusticia. No se puede ignorar o acallar, como ha sucedido durante largo tiempo. Ha de tenerse en cuenta. Y es así como aparece el llamado «conflicto lingüístico», que en el fondo es un grito de naufragio ante el miedo a desaparecer. Y esto en Québec, como en España, como en Puerto Rico (pág. 224). Según el sociolingüista W. E. Lambert, «debería prestarse atención al desarrollo de habilidades en la lengua con más posibilidades de ser olvidada» (pág. 49). A ello responde la política lingüística que, más o menos acertadamente, están propugnando en España las autonomías afectadas.

**Los derechos de los castellanohablantes:** «Tanto a Cataluña como a Vascongadas han acudido grandes masas de emigrantes, cuya

asimilación lingüística presenta enormes dificultades, y a las que no se puede obligar a aprender y a utilizar una lengua con la que no se sienten identificados y que no les resulta imprescindible para la comunicación diaria» (pág. 43). Esta preocupación, bastante generalizada fuera de las tierras mencionadas, se desvanece con un mínimo de información. Ninguna de nuestras leyes autonómicas de normalización plantea el llamado estatuto de territorialidad. En Bélgica, por ejemplo, salvo el caso de Bruselas, que es zona bilingüe, impera ese estatuto de modo absoluto (se cuenta de aquellos novios valones que, por la razón que fuera, querían casarse en una parroquia en tierra de Flandes, y tuvieron que tragarse toda la ceremonia en neerlandés). Nada de eso ocurre en España.

Lo que sí ocurre, por lo menos en Cataluña, es lo contrario de lo que a muchos preocupa fuera de sus confines. Son los inmigrantes los que desean que se les hable en catalán y los que piden —exigen— su enseñanza para sus hijos. Y esto no sólo lo sabemos por frías encuestas, sino por duras quejas, ante las cuales la Generalidad se ve impotente por falta de personal. Añádase que en esos deseos y en esas exigencias juegan también su papel unas miras interesadas. No es reprochable —ni discriminatorio— que un comerciante prefiera una dependiente capaz de expresarse en la lengua de los clientes, de modo que tampoco es cierto que los inmigrantes puedan prescindir así como así del catalán para la comunicación diaria.

Como es sabido, Uriel Weinreich habló de «lealtad lingüística». Para explicar este término con llaneza, suelo decir que «lealtad lingüística» es a «lengua» lo mismo que «patriotismo» es a «patria». Se aplica a la fidelidad a la lengua propia que sienten —o han de sentir— los hablantes de minorías lingüísticas. En España alguien ha propuesto tomar en consideración un concepto antitético: «deslealtad lingüística» sería la de esos castellanohablantes que abandonan su lengua o que, sin

Viene de la página anterior



abandonarla, adquieren la de su tierra de adopción (sobre todo catalán o vasco) (págs. 37-38). Ahora bien, todo es según el color del cristal con que se mira: de un americano que se instale en Puerto Rico y se pase al español por simpatía, más bien veremos su generosidad para con esta lengua que su deslealtad hacia el inglés que así pospone.

**El bilingüismo escolar y administrativo:** Es conocida la política escolar que propugna la Generalidad de Cataluña y que, ya con el primer decreto de la Generalidad provisional y, luego, con la Ley de Normalización, tiene una antigüedad de diez años. Todos los niños y niñas de Cataluña, al terminar la EGB, han de conocer y practicar las dos lenguas oficiales. Teóricamente no hay nada que objetar. Lo que lamentamos es que en la práctica quienes continúan siendo bilingües son los catalanes. Y ello porque hay que superar no pocas dificultades. No todos los maestros se toman el interés que debieran. No todos están capacitados. El famoso reciclaje no siempre se hace bien. Nuevos traslados anuales provocan que siempre haya que volver a empezar, porque el margen de que disponen los recién incorporados para probar su suficiencia en catalán es largo, y es mejor no hablar de cómo se realizan en ocasiones las pruebas. Resultado: el número de maestros no catalanohablantes legalmente capacitados para enseñar catalán aumenta, pero muchos de ellos no lo enseñan (pese a que ocupan el sitio de quien tendría que hacerlo), y, por otra parte, casi es mejor que no lo hagan...

Lo que decimos de los maestros se puede aplicar a todos los funcionarios de la administración. Es difícil conseguir que cumplan con la Ley de Normalización Lingüística, y entonces casi todo depende de su buena voluntad y espíritu de colaboración. Muchos hay que están dispuestos, y por ellos se salvan los mínimos de empleo del catalán. Pero también hay que reconocer que entre ellos abundan los que no serán «desleales» a su lengua castellana.

**La estandarización:** Todas las lenguas de cultura poseen una modalidad estándar, con una ortografía unificada, una gramática coherente y un vocabulario delimitado. Si tenemos en cuenta las variedades vivas en que la lengua se manifiesta (personales, geográficas, de niveles), es fácil de comprender que la lengua estándar sea una especie de abstracción, en la que en principio todas ellas tienen cabida, si bien tamizadas por lo que ha sido sancionado como pertinente y definidor de la propia lengua (por una academia, por el uso, por los autores). Pero hay buena diferencia entre la lengua estándar (como digo, una abstracción) y las modalidades corrientes con que la interpretamos. Dámaso Alonso nos contaba hace años que, con motivo de sus pesquisas dialectológicas en busca de la «Andalucía de la e», al llegar a un pueblo, y enterado el maestro del lugar de la presencia del docto académico, se vistió, fue a visitarle y le dijo: «En este pueblo todos hablan y escriben según la Real Academia Española» (no le fuera a costar cara la visita —cosa que evidenciaba cómo distinguía él mismo el andaluz local de la gramática que enseñaba—). Pese a todo, la estandarización es la única solución para una lengua de cultura, y por eso se la han ido procurando, en un proceso multisecular, las que hoy tenemos como tales.

¿Se habrá de reprochar a los responsables de lenguas minoritarias que, cuando se les presenta la ocasión, y previos los estudios científicos adecuados, establezcan la modalidad estándar de sus propias lenguas? Su fijación es la única posibilidad: 1) de una modalidad donde se encuentren todos los usuarios (a veces con notables sacrificios por parte de ciertas hablas), y 2) de salvar la lengua. Que ello supone perder matices expresivos a veces de alto valor estético, qué duda cabe. Lo mismo acontece en castellano, en francés y en cualquier lengua, en las cuales no dejan de existir textos encantadores escritos en moda-



EL PAIS

lidades locales. Esto no está reñido con la existencia de la lengua estándar.

Parece que en vascuence la estandarización entraña problemas de cierta gravedad (págs. 18-19). El «*euskera batúa*» (vasco normalizado) requiere un serio esfuerzo de renuncia, sobre todo a los que hablan vizcaíno, para quienes aquél tiene mucho de una lengua nueva. Creo que esto lo tienen que decidir los expertos en lingüística vasca (que es lo que, en realidad, ya han hecho con el «*euskera batúa*»). Así se sacrificará mucho, pero, en definitiva, se salvará todo.

La lengua catalana lo tiene mucho mejor. La ortografía vigente (1913) recoge todas sus variedades geográficas. Si se quiere, no es ninguna hazaña, dada la unidad de la lengua en su conjunto. Pero es una ortografía muy distinta de la que se podía haber establecido partiendo sólo del barcelonés. Por eso no dejo de sonreír cuando hay quien teme que el catalán de la zona oriental de Aragón sea regulado y difundido según la norma de Barcelona, como dando a entender que esto sería poco menos que un atentado (pág. 135). Para tranquilidad de todos, he de precisar que el catalán está siendo normalizado —no «barcelonizado»— en Aragón: basta con que un ayuntamiento así lo acuerde, y se instaura la enseñanza en la localidad. Hasta ahora, todos los maestros son aragoneses catalanohablantes. La norma es la del «catalán académico» (como es el «español académico» —no el de Madrid— el que se enseña en Andalucía, o el «français commun» —no el de París— el que se enseña en los pueblos de Francia). Se parte, pues, de la única gramática («catalán estándar»), según la que se corrigen incluso los coloquialismos incorrectos del barcelonés hablado. Se dispone de textos y gramáticas con ejemplificación local, se ha instituido el Premio Guillem Nicolau para narrativa comarcal escrita en catalán, etc. La reacción de esos aragoneses ante el II Congreso Internacional de la Lengua Catalana (30 abril - 11 mayo 1986) fue admirable y removió todos los ambientes, desde la Ribagorza hasta el Matarraña.

**Los que aspiran a dialogar:** Otra fuente de preocupación es que, amparándose en las

normalizaciones indiscutidas (de catalán, vascuence y gallego) y alentados por ese novato «estado de las autonomías», «no han faltado grupos de soñadores o de osados que, potenciando diferencias dialectales, o amalgamando variedades locales, o resucitando antiguallas expresivas, hayan pretendido montarse artificialmente una supuesta lengua regional de la que hacer bandera» (págs. 23-24). El diálogo de las lenguas en España, que, por lo que venimos diciendo, ya no resulta nada fácil, se puede complicar más por todos esos aspirantes a dialogar. Entre ellos destacan el alto aragonés, el asturiano, el extremeño, el andaluz (págs. 44-45).

Pienso sinceramente que la diatriba sería poco aconsejable. La actitud más sensata es hacer ver lo difícil —por no decir irrealizable— de esos proyectos, cuando las llamadas «nacionalidades históricas» han de vencer tamañas dificultades para seguir adelante. En todo caso, si alguno de esos intentos tuviese consistencia lingüística y respaldo social, ya se haría sentir, y si además perseverase, entonces sería ocasión de tratar de ello. Mientras tanto, juzgo mejor no pronunciarse.

**Otros temas lingüísticos y sociolingüísticos:** Hasta aquí me he dejado llevar por algunos de los temas de mayor interés tratados en el Curso de Málaga. Pero sus conferencias ofrecen mucho más. Desde el punto de vista de la descripción lingüística, el vascuence y el catalán son objeto de atención. Como muestra del acervo dialectológico gramatical conservado hasta hoy, las hablas vivas de Zamo-

ra y Salamanca o —en el léxico— los regionalismos en los vocabularios regionales. Se nos informa sobre la personalidad y la categoría social y sobre la caracterización y el desarrollo del gallego, el catalán, el aragonés, el andaluz, el murciano y el canario. De éste, por ejemplo, sorprende la ausencia de normas de uso. Hay datos sobre temas de lengua en la escuela (entre vascos y entre emigrantes en Francia) y sobre el español en Estados Unidos y en Puerto Rico. Valgan estas indicaciones por lo menos para dar una idea más completa de su contenido.

**Voluntad de diálogo:** La lectura del libro que ha sido objeto de mi atención aquí nos conduce a una profunda reflexión. No para entablar discusiones teóricas sobre el bilingüismo, sino para adoptar actitudes ante cuestiones de hecho. Los hechos están ahí, y como han reiterado varios profesores del curso, los hombres de ciencia son los que miran con objetividad los datos que la observación de la realidad les ofrece. Me ha parecido que podría ser útil aportar nuevos elementos de juicio, ahora desde el punto de vista de una de las lenguas en proceso de normalización. Aunque en ocasiones he manifestado mi discrepancia ante puntos concretos del libro, he de decir que esto es lo que se me pedía: mi opinión sobre el tema. Mi voluntad ha sido mejorar el diálogo entre las lenguas peninsulares, que tanto necesita de todos, y al que tanto todos podemos aportar si vamos con informaciones fehacientes y con honestidad en su análisis y presentación. □

RESUMEN

A partir de una obra colectiva que recogía varios trabajos sobre las distintas lenguas de España, el lingüista catalán Antoni M. Badia reflexiona acerca de una cuestión mal planteada, mal conocida y espinosa,

como es la de la convivencia de estas lenguas. Piensa que es útil terciar en este diálogo, difícil pero provechoso, desde la posición de una de la «lenguas insatisfechas», como él las denomina.

Autores varios (Manuel Alvar, coordinador)

Lenguas peninsulares y proyección hispánica

Fundación Friedrich Ebert-Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1986. 234 páginas.

# Nutrición y actividad física

Por Francisco Grande Covián

*Francisco Grande Covián (Colunga, Asturias, 1909), doctor en Medicina, ha sido profesor de Fisiología y Nutrición de la Universidad de Minnesota y profesor visitante de Fisiología en la de California. Es profesor emérito de Bioquímica de la Universidad de Zaragoza.*

Creo que fue Napoleón quien dijo que el ejército se mueve con su estómago, y creo también que la frase no deja de ser válida para los ejércitos motorizados de nuestra época. La necesidad de suministrar una alimentación adecuada, a fin de mantener la capacidad física y la moral de las tropas, ha sido sin duda reconocida por los jefes militares de todos los tiempos. Napoleón mismo tuvo ocasión de comprobar las graves consecuencias de la falta de alimentos durante la desastrosa retirada de Rusia. He aquí lo que su ayudante, el general De Caulincourt, escribe sobre la campaña de Rusia de 1812: «El peligro, sin embargo, no estaba en los ataques de los cosacos, a quienes nuestros soldados nunca temían y que, formados en pelotones, eran capaces de rechazar cuando se sentían inclinados a hacerlo. El peligro estaba en el hambre, en la falta de provisiones y en la ausencia de un sistema organizado de suministros, que llevaba consigo la desorganización de todas las unidades.»

## Escorbuto y beriberi

La literatura contiene numerosas observaciones realizadas por el personal médico que acompañaba a exploradores, soldados y marinos, que han contribuido de modo significativo al conocimiento de la nutrición humana. Baste recordar las observaciones sobre la aparición del escorbuto, una enfermedad debida a la carencia de vitamina C (ácido ascórbico), realizadas por Jacques Cartier (1535), por los exploradores españoles de la costa norteamericana del Pacífico y por el capitán Cook, entre otros muchos.

En 1753 James Lind, un médico de la marina de guerra británica, publicó su famoso tratado sobre el escorbuto, en el que mediante una serie de experimentos cuidadosamente planeados y ejecutados demostraba la curación de la enfermedad por la administración de naranjas y limones frescos. Cuarenta años más tarde, el Almirantazgo británico puso en práctica los consejos de Lind, haciendo obligatoria la administración de jugo de limón o de lima a las tripulaciones. Esto tuvo como consecuencia la desaparición del escorbuto en los barcos de la marina de guerra y que los marineros británicos fuesen llamados «limeys», en alusión al zumo de lima que recibían. Pero fue necesario que transcurriesen cincuenta años más, para que esta medida fuese puesta en práctica por la marina mercante y desapareciese el escorbuto de las tripulaciones de sus barcos.

Los experimentos de Lind fueron, al parecer, motivados por los desastrosos resultados del viaje alrededor del mundo emprendido en 1740 por el Almirante G. A. Anson. A su regreso en 1744 había perdido cinco de sus seis buques y 1.051 hombres de una tripulación inicial de 1.955; muertos en su mayoría a consecuencia del escorbuto.

El escorbuto causó numerosas víctimas entre las tropas británicas durante la guerra de Crimea (1854-1856), cuyas raciones eran sin duda hipocalóricas y no incluían frutas ni vegetales frescos. El 85 por 100 de los 1.200 soldados que fueron transportados al hospital base de Escutari en enero de 1855, padecían escorbuto. El informe de Florence Nightingale en 1856 indica que el escorbuto ocasionó más muertes en las tropas británicas que ninguna otra causa. Las tropas francesas, en cambio, disfrutaban de mejor salud que las británicas, lo que el comandante en jefe de estas últimas, lord Raglan, atribuyó a la inclusión de café, azúcar y arroz en la ración de las primeras.



STELLA WITTENBERG

Esto motivó que el comandante británico ordenase la adición de café, azúcar y arroz a la ración de sus tropas, así como un aumento de la ración de carne. Estas medidas aumentaron el valor calórico de la dieta, pero no bastaron para eliminar el escorbuto. La mejor salud de las tropas francesas parecía debida a que consumían cuantos vegetales frescos podían obtener en las zonas en que estaban acampadas. Lord Raglan trató entonces de conseguir el envío de hortalizas y verduras desde Bulgaria, pero los precarios medios de transporte a su disposición no lo permitieron. Finalmente, aconsejado por uno de sus médicos (doctor Andrew Smith), consiguió que se enviase desde Inglaterra una partida de diez toneladas de zumo de lima, que llegó a la base de Balaclava en diciembre de 1854, donde quedó sin utilizar hasta el fin de la campaña.

No menos interesantes son las observaciones realizadas en las fuerzas británicas que operaban en Mesopotamia bajo los órdenes del general Townshend, sitiadas en Kut-el-Amara por las tropas turcas en diciembre de 1915. Antes de capitular a fines de abril de 1916 se habían producido 1.100 casos de escorbuto y 150 de beriberi en una guarnición de unos 9.000 hombres. El escorbuto afectó a las tropas indias, mientras que el beriberi afectó a las británicas. Se cree que las tropas británicas resultaron protegidas del escorbuto debido al consumo de carne de caballo, aunque es sabido que la carne es pobre en vitamina C. Las tropas indias no consumían carne ni vegetales frescos, pero estaban protegidas del beriberi por el consumo de granos enteros de cebada que contienen vitamina B<sub>1</sub> (tiamina), la vitamina cuya carencia es causa del beriberi.

La identificación del beriberi como una enfermedad por carencia nutritiva fue lleva-

da a cabo por el médico de la marina japonesa Takaki muchos años antes de conocerse la existencia de las vitaminas. Durante los cinco años, 1878-1882, se presentaron 8.280 casos de beriberi entre 23.975 marinos (una incidencia del 34,5 por 100). Entre 1883 y 1884 consiguió Takaki mejorar la dieta de la marina japonesa sustituyendo parte del arroz que contenía por pan de trigo y aumentando las raciones de vegetales y leche. En los tres años, 1885-1887, sólo se presentaron 44 casos entre 24.499 marinos (incidencia menor del 0,2 por 100).

Estas observaciones y las muy extensas llevadas a cabo por los médicos de los ejércitos aliados a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, en los países europeos ocupados por Alemania, así como las observaciones realizadas por médicos británicos y holandeses en los prisioneros europeos internados en los campos de concentración japoneses del sur de Asia, muestran claramente las graves consecuencias de la restricción alimenticia para la salud y la capacidad física de las fuerzas armadas y de la población civil. Los prisioneros de los campos de concentración japoneses mostraron una serie de alteraciones del sistema nervioso, de origen nutricional, comparables a las que nosotros describimos por primera vez en europeos, en la población de Madrid, durante la Guerra Civil.

## Las consecuencias del hambre

La capacidad física del ser humano sometido al consumo de una dieta insuficiente muestra una marcada disminución con anterioridad a la aparición de las manifestaciones de las enfermedades carenciales clásicas como el escorbuto y el beriberi, de las que acabo de ocuparme.

El hombre deficientemente alimentado, tanto si sufre la privación total como la privación parcial de alimento, se caracteriza por su apatía y por su aversión a realizar actividad física. El hambriento es lento y perezoso y muestra una capacidad reducida de respuesta a los estímulos ambientales, aunque las medidas que poseemos indican que no existe una alteración importante de su capacidad intelectual ni de sus mecanismos sensoriales. La reducción de la actividad física espontánea constituye, de hecho, un mecanismo de adaptación que, dentro de ciertos límites, permite prolongar la supervivencia del sujeto sometido a la privación total o parcial de alimentos. Este mecanismo fue analizado por mí hace varios años en el volumen correspondiente a la sección cuarta (Adaptación al ambiente) del Tratado de Fisiología de la Sociedad Fisiológica Americana (1964).

La capacidad del organismo humano para adaptarse a un consumo restringido de alimentos ha debido ser importante para la supervivencia de nuestra especie. A lo largo de más de un millón de años, nuestros antepasados han tenido que dedicar la mayor parte de su actividad a la busca de alimentos y han tenido que cambiar repetidamente de hábitos alimenticios, adaptándose en cada momento a la disponibilidad de alimentos a su alcance. En la actualidad, muchos de nuestros semejantes, que viven en los países menos desarrollados, no disponen de alimentos suficientes para satisfacer sus necesidades nutritivas. Viven más tiempo del que cabría esperar teniendo en cuenta las reducidas raciones que consumen, pero la disminución de su capacidad física que esta situación ocasiona les impide tomar una parte más activa en la búsqueda y producción de los alimentos que necesitan.

En situaciones que demandan el mantenimiento de un elevado nivel de actividad física, el suministro adecuado de alimentos es decisivo para que el hombre pueda llevar a cabo las tareas que tiene encomendadas. Numerosas observaciones realizadas durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial así lo atestiguan. Los prisioneros de guerra que trabajaban en la industria siderúrgica, en las minas de carbón y en la construcción de líneas ferroviarias en Alemania, sometidos a raciones limitadas, mostraban un indudable aumento de su productividad cuando mejoraba el racionamiento. Pero la interpretación de estas observaciones es difícil, debido a la coexistencia de diversas formas de deficiencia nutritiva y a la participación de numerosos factores no nutricionales. Parece claro en todo caso que un aumento del valor calórico de la dieta tiene como consecuencia un aumento de la productividad, que se manifiesta más claramente cuando ésta depende del esfuerzo individual que cuando depende del empleo de maquinaria. Pero el mantenimiento de la capacidad para realizar una tarea determinada no sólo depende de la cantidad y calidad de la dieta; depende también de las características del individuo y de las condiciones y circunstancias en que debe llevar a cabo su tarea.

Los conocimientos que actualmente poseemos son probablemente suficientes para poder determinar con razonable exactitud las características de la dieta que son necesarias para mantener la capacidad física del hombre, teniendo en cuenta la naturaleza de la actividad que debe realizar y las circunstancias en que debe realizarla. Más difícil es predecir el grado de deterioro de la capacidad física, el orden de aparición de sus manifestaciones y la relación que dichas manifestaciones guardan con la cantidad, composición y otras características de la dieta. Esta predicción es de particular importancia en circunstancias en las que la actividad se realiza en situaciones que hacen difícil el suministro de alimentos, como ocurre en el curso de las actividades militares.

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

La obra que a continuación comento representa un importante paso en esta dirección.

A fines de 1984, por iniciativa del Comité de Nutrición Militar, el Consejo de Alimentos y Nutrición y la Comisión de Ciencias de la Vida del Consejo Nacional de Investigación de Estados Unidos, tuvo lugar en la Academia Nacional de Ciencias de Washington D.C. una conferencia destinada a explorar la posibilidad de predecir, utilizando los conocimientos existentes, la disminución de la capacidad para llevar a cabo actividades militares consecutiva a la deficiencia nutricional.

Se trataba de poder definir en su día las características de la dieta imprescindible para mantener la capacidad física del soldado, a fin de que pueda llevar a cabo las actividades exigidas por una situación militar caracterizada por el empleo de pequeñas unidades de gran movilidad y autonomía.

### Dieta y agua

Veinte personas que en distintas épocas nos habíamos ocupado de estudiar experimentalmente las relaciones entre estado nutricional y capacidad para llevar a cabo distintas formas de actividad física fuimos invitadas a participar en la reunión. Se asignó a cada uno de nosotros la revisión y análisis de la información disponible más directamente relacionada con nuestros estudios. Nuestras presentaciones constituyen los 20 capítulos de la obra que comento, agrupados en cuatro secciones:

1. Historia del estudio de la nutrición y sistemas de alimentación del personal militar.
2. Efectos conocidos de la limitación de agua y nutrientes.
3. Métodos para evaluar los diferentes efectos de la deficiencia de agua y nutrientes.
4. Desarrollo de modelos teóricos capaces de predecir las respuestas del organismo humano a la actividad física en diferentes condiciones ambientales.

Se trata, pues, de una obra única dentro del campo de la Fisiología de la Nutrición, especialmente destinada al análisis de las relaciones entre el estado nutricional y la capacidad para llevar a cabo tareas que exigen esfuerzo físico y atención prolongada. Como su título indica, la obra se ocupa principalmente del problema desde el punto de vista de las acti-

vidades militares, pero la información que contiene es aplicable también al estudio de las relaciones entre el estado nutricional y la capacidad para llevar a cabo otras formas de actividad, tales como las actividades laborales y deportivas. Los conceptos en ella desarrollados son importantes también para el estudio de las modificaciones que las necesidades nutritivas del organismo humano pueden experimentar por otras causas distintas de la actividad física. Tal es el caso del hombre enfermo, en el que la enfermedad que padece puede dar lugar a modificaciones de sus necesidades nutritivas no siempre bien conocidas.

La información utilizada es analizada con dos objetivos principales: 1) determinar la pérdida de peso y los cambios de composición corporal que pueden ser tolerados, sin que se produzca una disminución significativa de la capacidad física del sujeto, y 2) determinar la cantidad, composición y otras características de la dieta, necesarias para mantener la capacidad física durante un periodo de actividad elevada.

La limitación del aporte calórico diario produce una disminución de la capacidad física, que se manifiesta entre una y dos semanas después de haber comenzado el consumo de la dieta restringida. Nuestros experimentos demostraron que los soldados que realizaban actividad física diaria, que elevaba sus necesidades de energía a 3.000-3.500 kilocalorías por día, sometidos a una dieta de 1.000 kilocalorías diarias, eran capaces de llevar a cabo las actividades asignadas mientras su pérdida de peso no excedía de un 10 por 100 de su peso inicial. Mayores pérdidas de peso llevan consigo una evidente disminución de la capacidad física y una pérdida de la masa muscular.

Uno de los aspectos más interesantes de la obra que comento consiste en la atención que en ella se dedica al estudio de los efectos de la restricción del agua de bebida sobre la capacidad física del hombre. Es ésta una cuestión no siempre debidamente considerada en los tratados de nutrición humana, y que no es tenida en cuenta por quienes irresponsablemente recomiendan la restricción del consumo de agua en las dietas empleadas para la reducción del peso corporal. La información que acerca de este problema poseemos procede en su mayor parte de experimentos realizados en sujetos que recibían una dieta caló-

ricamente adecuada y estaban expuestos a una temperatura ambiental elevada. En estas condiciones, las necesidades de agua están considerablemente aumentadas debido al aumento de la sudoración, necesario para el mantenimiento de la temperatura corporal normal. En tales circunstancias, las personas no previamente aclimatadas al ambiente cálido son incapaces de beber espontáneamente la cantidad de agua que necesitan, y, aparte de experimentar un notable descenso de su capacidad física, sufren una serie de graves trastornos. Es éste el fenómeno llamado «deshidratación voluntaria», bien estudiado por los fisiólogos ingleses en las tropas transportadas desde el Reino Unido al Golfo Pérsico durante la última Guerra Mundial.

### Compleja adaptación

En algunos de nuestros experimentos investigamos el efecto de la limitación del agua de bebida en soldados sometidos a una dieta de 1.000 kilocalorías diarias de hidratos de carbono, que marchaban durante dos horas cada día sobre un tapiz rodante en un ambiente de temperatura moderada (22-25° C) y cuyas necesidades calóricas, como he dicho, eran del orden de 3.000-3.500 kilocalorías diarias. La limitación del agua de bebida a 900 ml. por día en estas condiciones permitió observar una serie de hechos interesantes: la pérdida de peso era mucho mayor en estos sujetos que la observada en los que, en las mismas condiciones, bebían agua a voluntad. Al cabo de cinco días los soldados eran incapaces de rea-

lizar la actividad asignada. La sudoración durante el ejercicio era del orden de 800 ml. por hora cuando los sujetos bebían sin limitación, y se redujo a la mitad durante el período de restricción acuosa. Debido a ello, su temperatura corporal se elevó durante el ejercicio mucho más que cuando no estaban sometidos a la limitación de agua. En estas condiciones parece, pues, que los sujetos sacrifican, por así decir, la regulación de su temperatura corporal en favor de la conservación de agua. La eliminación de nitrógeno urinario mostró un considerable aumento durante el período de restricción acuosa, que indica la destrucción de proteínas corporales, muy probablemente de proteínas musculares. Este fenómeno es una demostración de los complejos mecanismos de adaptación que el organismo humano pone en juego frente a las demandas impuestas por la actividad física en presencia de un suministro restringido de calorías y agua.

La mayoría de los datos analizados en la obra proceden de experimentos realizados entre los años 1950 y 1960. Ha habido, al parecer, poco interés en esta clase de estudios en años posteriores. Es de esperar que esta publicación contribuya a despertar nuevo interés por estos problemas. El conocimiento de los mecanismos que el organismo pone en juego cuando se ve forzado a llevar a cabo actividad física en presencia de un suministro reducido de alimentos no sólo es importante desde el punto de vista de la alimentación del soldado. Lo es también desde el punto de vista de la Fisiología de la Nutrición y para el conocimiento de las relaciones entre la nutrición y la salud del hombre. □

### RESUMEN

El profesor Grande Covián comenta una obra sobre las relaciones entre nutrición y ejércitos recordando una anécdota de Napoleón, quien pensaba que los soldados se mueven con sus estómagos. En su artículo se refiere a la abundante literatura existente,

que ha ido contribuyendo significativamente al conocimiento de la nutrición humana. Por lo que respecta a esta obra colectiva, objeto de su atención, la califica de obra única dentro del campo de la fisiología de la nutrición.

### Autores varios

#### Predicting Decrements in Military Performance due to Inadequate Nutrition

Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, National Academy Press, Washington D.C., 1986. 316 páginas.

# Entre el caos y el cosmos

Por Miguel de Guzmán

**Miguel de Guzmán** (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Complutense y académico de la Real de Ciencias, además de presidente de la Asociación Matemática Española. Su campo de trabajo es el Análisis armónico, con obras como *Differentiation of Integrals in  $R^n$*  (1975) y *Real Variable Methods in Fourier Analysis* (1981).

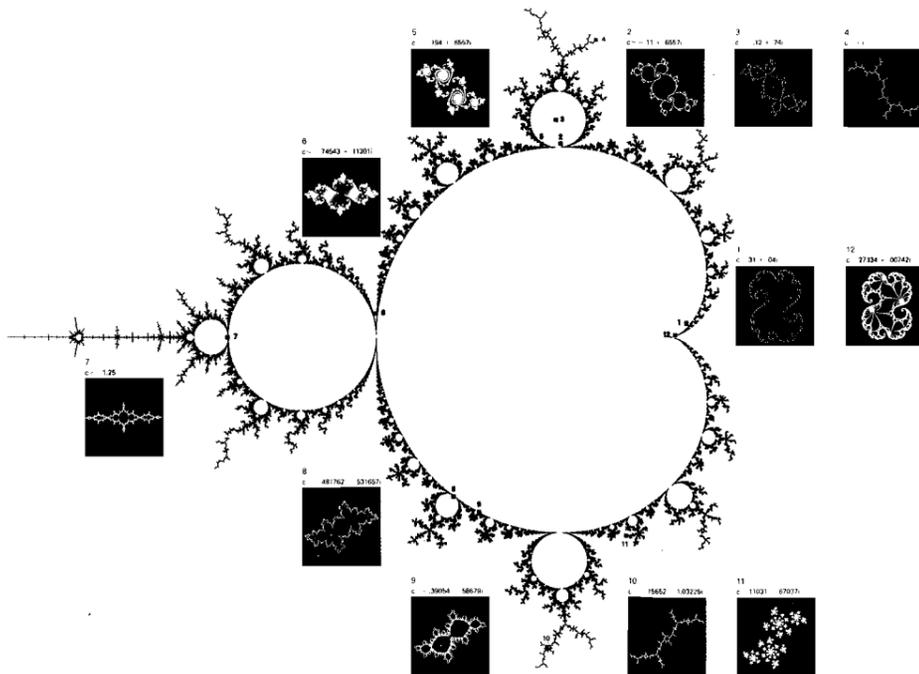
El pensamiento matemático de todos los tiempos ha estado plenamente dominado por sus idas y venidas entre el caos y el cosmos, por el movimiento interno entre la confusión inicial al enfrentarse con estructuras mentales nuevas y el orden que poco a poco la mente misma logra imponer o desvelar en ellas. Y este movimiento ha venido regido desde antiguo por la componente más profunda de la actividad matemática, el confrontamiento con el infinito.

De no ser por la presencia del infinito, la matemática no pasaría de ser una inmensa y superficial tautología. Pero el infinito está presente en el pensamiento matemático, constituyendo la misma raíz de su posibilidad. En la conciencia misma de la unidad propia, la mente percibe su pensamiento en el horizonte del infinito como repetible, como no llenándolo todo... Del uno al dos y está ya el infinito presente en el proceso.

De la confrontación con el infinito, de los sucesivos ensayos mentales para lograr el dominio de los procesos infinitos, han surgido las grandes creaciones de las diferentes etapas de la evolución matemática. Primero en forma confusa, caótica, produciendo convulsiones mentales, a veces fuertemente traumáticas, como en el caso del descubrimiento del número irracional entre los pitagóricos. Más adelante, al ir desvelando el orden dentro del caos inicial, el pensamiento matemático se percató de que la visión inicial ingenua no ha sido destruida, sino inmensamente enriquecida, y de que el caos anterior se le ha convertido en un nuevo cosmos esplendente.

Este ha sido el itinerario mental del matemático en los puntos de cambio de rumbo de la evolución de su pensamiento.

La ocupación intensa con los fractales en la matemática contemporánea puede muy bien ser explicada dentro de esta misma dinámica del pensamiento. A comienzos de nuestro siglo surgió de modo natural, especialmente en conexión con el estudio del análisis armónico, la necesidad de explorar la estructura geométrica de conjuntos de puntos de la recta que, aunque pequeños e insignificantes en ciertos aspectos (medida de Lebesgue nula), poseían propiedades geométricas, aritméticas, analíticas, que los convertían en micromundos muy peculiares. Como ha sucedido a lo largo de la historia de la matemática muchas veces, estos entes fueron considerados en un principio como horrores, caprichos, juguetes sin mayor importancia. A medida que se fueron encontrando procedimientos eficaces para distinguirlos, medirlos, estudiarlos desde diferentes puntos de vista, los matemáticos fueron comenzando a percibir, primero la belleza interna, la armonía, la diversidad de tales creaciones, y luego, al conocerlos más de cerca, se fueron percatando de sus semejanzas



La figura, realizada por ordenador, muestra el conjunto de Mandelbrot.

con procesos y formas de la naturaleza misma y de otros objetos de diferentes campos de la ciencia, sus aplicaciones.

En el estudio de los fractales tiene capital importancia un refinamiento de la medida de Lebesgue, que es la forma natural de medir los conjuntos a través de la idea de longitud ordinaria. Se trata de la medida de Hausdorff, que permite diferenciar drásticamente entre los conjuntos pequeños, de medida de Lebesgue nula.

Una breve idea de la técnica de lo que viene a hacer la medida de Hausdorff se puede obtener del siguiente modo. Si el intervalo  $(0,1)$  de la recta de los números reales se reparte en intervalos de diámetros muy pequeños, se eleva a la potencia  $s$  (un número entre 0 y 1) cada uno de estos diámetros y se suman los números resultantes, entonces esta suma se puede hacer tan grande como se quiera escogiendo adecuadamente los intervalos pequeños. Pero existen conjuntos de puntos del intervalo  $(0,1)$  tales que al realizar esta misma operación (recubrir el conjunto con intervalos muy pequeños...) se obtiene siempre un número finito que no se puede hacer arbitrariamente grande ni arbitrariamente pequeño mediante la elección de los intervalos. Tal conjunto tiene dimensiones de Hausdorff  $s$ . Los fractales de la recta son sus conjuntos de puntos con dimensión de Hausdorff  $s$  entre 0 y 1. Algo análogo se puede considerar en el plano y en el espacio.

Hacia los años veinte, A. S. Besicovitch comenzó a interesarse con éxito por las propiedades geométricas (existencia de «tangente», cómo se proyectan en diferentes direcciones, densidad...) de los conjuntos planos de puntos con dimensión de Hausdorff 1. Sus técnicas, de gran ingenio, fueron revelando una teoría matemática de una impresionante riqueza. Se creó así la teoría geométrica de la medida, que fue más adelante explorada y extendida en el estudio de otros fractales más generales, y que es aún una rama joven de la matemática, en plena evolución y con multitud de problemas abiertos y de conexiones profundas con otros campos todavía por explorar a fondo.

Multitud de fractales interesantes, comenzando con el conjunto de Cantor clásico,

de dimensión de Hausdorff  $\log 2/\log 3$ , se construyen mediante un proceso infinito de iteración de una misma operación bien especificada, que suele dar lugar a conjuntos auto- semejantes, es decir, conjuntos tales que cualquiera de sus partes más pequeñas viene a reproducir el conjunto total sólo que a otra escala diferente. He aquí uno de los lazos de conexión entre temas tales como la teoría de iteración, sistemas dinámicos y ciertos temas de la física, como la renormalización en el estudio de las transiciones de fase magnética.

El sistema dinámico que constituye el eje fundamental de la obra que comentamos es un proceso matemático de gran simplicidad, y en ello radica precisamente una de las fuentes de la belleza profunda que la obra encierra. Fijemos un número complejo  $c$ . Partiendo de un punto cualquiera del plano complejo  $z_0$ , vamos a ir obteniendo sucesivamente  $z_1 = z_0^2 + c$ ,  $z_2 = z_1^2 + c$ , ...,  $z_{n+1} = z_n^2 + c$ . A partir de algunos puntos  $z_0$  resulta que  $z_n$  se aleja infinitamente del punto  $O$ . Para otros puntos  $z_0$ , los puntos  $z_n$  se mantienen a distancia acotada de  $O$ . El conjunto de estos puntos  $z_0$  que dan lugar a sucesiones correspondientes acotadas lo denotamos  $K_c$  (depende del valor  $c$  de partida, por supuesto) y a su borde se le llama conjunto de Julia de  $c$ . El conjunto de Julia suele tener una estructura geométrica complicada. Para muchos valores de  $c$  es una nube de puntos, pero para algunos otros es un conjunto conexo más sencillo. El conjunto de estos valores de  $c$  para los que su conjunto de Julia es conexo constituyen el conjunto de Mandelbrot, un complicado conjunto de puntos que viene a condensar y regir las propiedades dinámicas de la transformación que pasa de  $z$  a  $z^2 + c$ . En la figura se puede apreciar la riqueza insospechada de formas de los conjuntos de Julia y cómo están regidas por el conjunto de Mandelbrot.

La figura, realizada por ordenador, muestra el conjunto de Mandelbrot. En él se han escogido doce puntos  $c$ , cuyo valor se señala en los recuadros correspondientes. Cada uno de ellos contiene una imagen del conjunto de Julia correspondiente. Llama la atención la variedad extraordinaria de formas a las que un proceso aparentemente tan sencillo como el señalado puede dar lugar.

Pudiera parecer que las consideraciones que dan lugar al conjunto de Mandelbrot y a los conjuntos de Julia son productos del ocio del matemático. Nada más falso. Muchos son los procesos naturales que admiten una modelización matemática que conduce a sistemas dinámicos no lineales semejantes al anterior. Entre ellos, por ejemplo, el proceso de crecimiento de una población en el que se tienen en cuenta los límites impuestos por el entorno, proceso de Verhulst.

No es casualidad que las teorías que confluyen alrededor de los fractales hayan expe-

rimentado un fuerte impulso con los avances actuales de la informática. Los fractales auto- semejantes, la teoría de la iteración, los sistemas dinámicos, basan sus consideraciones en la repetición, en principio infinita, de un cierto proceso bien determinado. El ordenador actual, con su versatilidad gráfica cada vez más perfeccionada, poder de resolución, ampliación, colores, etc., permite seguir este proceso iterativo hasta puntos del todo insospechados hace unas decenas de años, aunando así nuestros esfuerzos intelectuales con las posibilidades crecientes de nuestra intuición espacial y de nuestra sensibilidad estética. El ordenador se convierte así en un potente auxiliar que no sólo contrasta teorías, hipótesis y conjeturas, sino que proporciona también pistas muy valiosas que iluminan poderosamente el camino por recorrer.

La obra que comentamos está concebida como una obra de arte, nacida originariamente como una exposición de láminas en color, producidas mediante ordenador, con la finalidad de poner de manifiesto aspectos profundos de la estructura compleja de los conjuntos que surgen de modo natural en el estudio de ciertos sistemas dinámicos. El gran interés con que este trabajo fue acogido tanto por científicos como por artistas y público en general animó a los autores a producir inicialmente un folleto explicativo titulado «Harmonie in Chaos und Kosmos» y a montar más tarde varias exposiciones y publicaciones en las que aparecían reflejadas sus excursiones por el mundo de los fractales. La editorial Springer se animó finalmente a publicar las láminas y los ensayos que componen el libro con un esmero que hacen de él una verdadera obra de arte. En él se pone bien de manifiesto, mediante imágenes y fórmulas, lo que los matemáticos de todos los tiempos han sentido en profundidad: que la creación matemática comporta un sinfín de rasgos en común con la actividad del artista y que, como ya lo entendieron los pitagóricos del siglo VI a. de C., es fuente de elementos de belleza muy peculiar.

La obra está construida alrededor de un núcleo de unas 100 láminas a todo color de una belleza extraña y fascinante, que manifiesta en unos casos el orden abigarrado y barroco, como camino del caos, de los conjuntos de Julia y de ciertas porciones del conjunto de Mandelbrot antes descrito. En otros casos se manifiesta un tipo de belleza de sabor más moderno, que corresponde a ciertos conjuntos que surgen de otros sistemas dinámicos en el plano euclídeo real.

Dos ensayos de exposición no técnica de los autores proporcionan, incluso a los no expertos, una visión suficiente para intuir en qué consiste el quehacer con los fractales, mientras que otras diez secciones más técnicas contienen una buena guía para adentrarse en aspectos más profundos del tema. Al final se presentan cuatro ensayos elaborados para esta obra por autores que han reflexionado profundamente sobre el campo. B. B. Mandelbrot presenta las motivaciones y la evolución de su pensamiento, que fue el catalizador, en los tiempos recientes, del fuerte relanzamiento de los fractales en diferentes áreas. A. Douady presenta una descripción muy legible e interesante de los conjuntos de Julia y Mandelbrot. G. Eilenberger y H.W. Franke, en sendas contribuciones, analizan diversas implicaciones filosóficas y artísticas del tema. □

**RESUMEN**

No suele ser normal considerar un libro de matemáticas como una obra de arte, pero éste, al que se refiere Miguel de Guzmán, sí lo es. La obra, nacida originariamente como una exposición de láminas en color produci-

das mediante ordenador, pone de manifiesto que la creación matemática comporta un sinfín de rasgos en común con la actividad del artista y que es fuente, además, de elementos de belleza muy peculiares.

H.-O. Peitgen y P. H. Richter

*The Beauty of Fractals. Images of Complex Dynamical Systems*

Springer, Berlín, 1986. 199 páginas.

**En el próximo número**

Artículos de F. Rodríguez Adrados, A. Fernández Alba, V. Palacio Atard, Gonzalo Sobejano, José Luis L. Aranguren, Federico Goded y Antonio Saura.

## El mundo de las centrales nucleares

Por Federico Goded

Federico Goded Echeverría (Madrid, 1917) ha sido catedrático de Tecnología Nuclear en la Universidad Politécnica de Madrid y es académico de la Real de Ciencias. Es autor de diversos textos y monografías científicas.

Recordemos que la era nuclear comenzó en 1939 con el descubrimiento de la fisión por Otto Hahn y Lise Meitner. El año pasado Jacques Leclerc publicó un libro con este escueto título *La era nuclear*, que ahora reaparece en su versión inglesa con el subtítulo *El mundo de las centrales nucleares*.

Este subtítulo clarifica la selección hecha por el autor dentro del inmenso iceberg que ha ido descubriéndose, a partir de 1939, en torno al átomo. Todo el vasto mundo de la vertiente militar del átomo —bombas, satélites, submarinos y navíos de superficie—, con sus todavía mal comprendidas y peor asimiladas implicaciones, queda fuera del texto que comentamos.

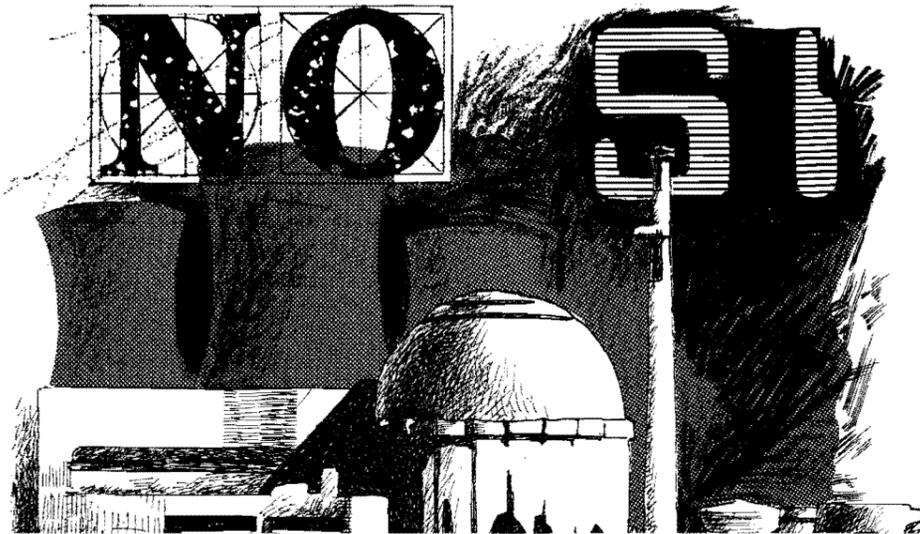
Que el hombre común se encuentre todavía en nuestros días en esta situación de perplejidad frente al arsenal nuclear que gravita sobre su cabeza, no tiene nada de extraño si recordamos que Winston Churchill fue incapaz de ver con claridad las consecuencias políticas de esta nueva fuente de energía. «Después de todo —dijo Churchill—, esta nueva bomba simplemente va a ser mayor que nuestras bombas actuales. No implica diferencia alguna en los principios de la guerra.»

La invisible frontera que esta nueva bomba iba a trazar entre los países, dividiendo a la sociedad de naciones en dos grupos, el reducido y privilegiado de los poseedores de la bomba, y el resto de los menesterosos e indigentes, no la vieron ni políticos de tan fina mirada como Churchill ni casi nadie en aquellos años. Pero este tema, repetimos, sólo se trata tangencialmente y de pasada en *Nuclear Age*. También quedan fuera de este libro las numerosas aplicaciones de los mundos del átomo y la radiactividad a la medicina, a la industria y a la agricultura.

Tampoco la vertiente puramente científica es tratada aquí ni siquiera de soslayo, aun siendo como es su lado más fascinante.

Este libro que vamos ahora a comentar posee, pues, de entrada el mérito de tener un marco claro y bien definido: la producción de electricidad basada en la fisión nuclear.

Otro importante valor del libro es su intención, en nuestra opinión cumplida amplia-



JOSE ANTONIO ALCAZAR

mente, de hacer asequible e incluso atractivo un tema de tan gran complejidad tecnológica.

Para cumplir este fin no aparecen en todo el texto ecuaciones ni fórmulas que lo harían asequible sólo a unos pocos iniciados. También, con el mismo fin, se insertan espléndidas fotografías, mapas y dibujos, todos en preciosos colores y en casi todas las páginas.

Y no debemos olvidar que este texto utiliza un papel de tal calidad que produce placer simplemente tenerlo entre las manos y hojear lentamente sus páginas.

El autor es un joven ingeniero de Ponts et Chaussées, equivalente francés del ingeniero de Caminos español, que se pasó con armas y bagajes al campo nuclear hace una docena de años, campo en el que le esperaba una etapa de ascensos rápidos que le condujo en ese corto espacio de tiempo a ocupar la Jefatura de la División de «Electricité de France», que dirige la operación de las poco más de 40 centrales nucleares que esta entidad tiene. Para juzgar la importancia tanto del salto dado como del puesto que ocupa, basta decir que, según palabras textuales de Lord Marshall of Goring, que dirige el organismo británico equivalente a «Electricité de France»: «El programa francés de reactores de agua ligera es el de mayor éxito hasta ahora en todo el mundo.»

A Lord Marshall no le duelen prendas al elogiar de esta forma el programa francés, e indirectamente a quien lo dirige, en el prefacio que escribe en el libro que comentamos.

Conviene recordar que la producción de energía eléctrica utilizando como fuente de energía la fisión del átomo, empezó casi simultáneamente en Rusia y Estados Unidos hace ahora treinta y dos años. Como en toda nue-

va tecnología, ha sido preciso avanzar poco a poco, ensayar y tantear los muy numerosos caminos abiertos.

Las clases de combustible disponibles en aquellos años condicionaron en gran medida los programas de los diversos países. Los europeos no dispusieron desde el principio de uranio enriquecido, y esta limitación les obligó a utilizar uranio natural. Por esta razón tanto Francia como Inglaterra comenzaron construyendo centrales de grafito-gas que usaban como combustible uranio natural. Esta clase de combustible era relativamente fácil de producir, pues no precisaba ni grandes inversiones ni dominar la tecnología del enriquecimiento del uranio, tecnología compleja que podríamos calificar de delicada y «sensible» porque su dominio abre el camino de la producción de la bomba. El general De Gaulle trató inútilmente de conseguir que los norteamericanos le cedieran esta tecnología. La negativa americana fue difícilmente asimilada por De Gaulle, sobre todo al comprobar que Inglaterra, en cambio, sí recibía de Estados Unidos esta tecnología.

Para Francia esta negativa americana no suponía la imposibilidad de conseguir la bomba, pues le quedaba el camino del plutonio, que, como es natural fue el que eligió. Este camino además era allanado y desbrozado con la decisión que acabamos de mencionar de construir centrales eléctricas nucleares del tipo grafito-gas, debido a la interconexión profunda que existe entre los campos militar y civil en tantos aspectos de la energía nuclear. No obstante, el disponer de uranio enriquecido suponía no solamente asegurarse la posibilidad de llegar a la bomba por otra vía, sino de disponer el día de mañana de combustible para centrales más avanzadas. Por ello, De Gaulle lanzó un proyecto gigantesco para la economía del país en aquellos tiempos: fabricar uranio enriquecido, lo que permitió a Francia una docena de años después disponer del tan ansiado material. Merece la pena señalar que todo el país, sin excepciones, estuvo detrás del general De Gaulle en este empeño, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, y por supuesto la «France Profonde».

Los tipos y clases de centrales nucleares se han ido diversificando con el tiempo. Las más importantes hoy día son las de agua ligera en sus dos versiones, de agua a presión

(PWR) y de agua en ebullición. De las más de 500 centrales nucleares que en funcionamiento o en construcción hay hoy en todo el mundo, el 80 por 100 aproximadamente son de estos dos tipos. Los otros tres tipos que las siguen en importancia son las rusas de grafito-agua (RMBK), las canadienses de agua pesada (PHWR) y las de grafito-gas.

De los restantes tipos de reactores nucleares de centrales sólo merecen mencionarse los denominados reproductores, que realizan algo que, a primera vista, parece ciencia ficción, como es producir electricidad usando como combustible plutonio y generando al mismo tiempo más plutonio del que consumen.

Conviene quizá insistir algo en este tema para que quede claro que no se trata de ningún milagro. Una sencilla imagen nos permitirá explicar mejor la pequeña maravilla que efectúan los reactores reproductores. Imaginemos un pesado camión tanque que transporta varias toneladas de agua, y que este agua la hacemos circular por unos tubos a través del motor. La maravilla sería que este agua, al pasar a través del motor, se convirtiera en gasolina, de tal forma que el inventario de gasolina del camión aumentara en lugar de disminuir a medida que éste recorriera más y más kilómetros. Pues esto es sencillamente lo que realizan estos reactores, en los que el agua (U-238) va convirtiéndose paulatinamente en plutonio, de tal forma que el inventario inicial del combustible (plutonio) aumenta al ir funcionando el reactor, y de esta forma una central de este tipo puede, al cabo de unos diez o doce años de funcionamiento, haber generado una cantidad de plutonio igual a su carga inicial. Esto, en el caso del camión cisterna considerado, equivaldría a que si éste hubiera partido con un depósito de 500 litros lleno, al llegar a su destino hubiera producido otros 500 litros nuevos de gasolina.

Estos reactores reproductores son por tanto incuestionablemente los ideales en un mundo que ha sufrido ya unas importantes crisis de la energía, y lo serán todavía más en el futuro si estas crisis se repiten, lo que parece probable que ocurra conforme vayan agotándose las reservas mundiales de petróleo.

El libro que comentamos, a través de cuadros y sencillísimos gráficos en colores, ilustra un aspecto muy importante y poco conocido por los no expertos en temas energéticos, relacionado en parte con este agotamiento de los recursos de petróleo. Nos referimos al hecho de que el consumo total de energía primaria en los países industrializados apenas crece. Así, el gráfico de la página 48 muestra que en Francia, desde 1973 hasta 1984, este consumo se mantuvo constante en torno a 175 MTEP (millones de toneladas equivalente petróleo). Lo que varió en este periodo fue la participación de cada clase de energía primaria en el consumo total, descendiendo el consumo de petróleo desde 120 MTEP en 1973 hasta 75 MTEP. Esta disminución de la participación del petróleo en el consumo total de energía ha sido una medida de pura supervivencia frente al alza salvaje de su precio, y ha sido llevada a la práctica por todos los países industrializados sin reservas abundantes de esta materia prima.

### En este número

| Artículos de           |     |                        |       |
|------------------------|-----|------------------------|-------|
| Federico Goded         | 1-2 | José Luis L. Aranguren | 8-9   |
| Antonio Fernández Alba | 3   | F. Rodríguez Agradós   | 10-11 |
| Vicente Palacio Atard  | 4-5 | Antonio Saura          | 12    |
| Gonzalo Sobejano       | 6-7 |                        |       |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



## El mundo de las centrales nucleares

Debe ponerse de relieve que esta disminución del consumo de petróleo se ha llevado a la práctica sustituyéndolo paulatinamente por la energía nuclear, única alternativa viable por el momento.

Pero *Nuclear Age*, además de recordarnos cómo nació la energía nuclear y darnos una pequeña pero muy eficaz perspectiva histórica, nos da las respuestas a muchas preguntas que más o menos a casi todos inquietan y muchos ignoran: ¿Cómo y por qué se producen residuos radiactivos? ¿Qué se piensa hacer con ellos? ¿Qué peligrosidad tienen realmente? ¿Cuáles son los efectos biológicos de las radiaciones? ¿Qué riesgos tienen las centrales nucleares? ¿Cuántas hay en cada país y dónde están situadas? ¿Cuánto cuesta en cada país el Kwh nuclear y el producido por otros medios? ¿Cómo y por qué la opinión pública es diferente en este vital tema en los distintos países?

Y aunque el objetivo de *Nuclear Age* se limita a las centrales nucleares, a las que él llama las «catedrales del siglo XX», el autor, aun sin proponérselo, nos desvela un poco la ya mencionada profunda interconexión y entrelazamiento, la inextricable unión existente entre los dos mundos nucleares, el civil y el militar, y nos cuenta con algún detalle las razones por las cuales el tratado de no proliferación de armas nucleares (NPT) ha sido firmado ya por más de 120 naciones, y cómo y con qué objetivos se llevan en la práctica los controles previstos en este tratado por los inspectores de la «International Atomic Energy Agency».

Nuestra equivocada tendencia a considerar importante cuanto a nuestro alrededor acontece, tendencia que podemos calificar de ptolomeica o más prosaicamente tendencia a sentirnos el ombligo del mundo, nos induce frecuentemente a calificar de históricos y de indudable trascendencia acontecimientos de los que simplemente somos testigos y que luego el tiempo sitúa en sus justas proporciones.

Pero, sin embargo, unos simples razonamientos prueban que en el instante en que el hombre encontró la llave que le permitía abrir el núcleo del átomo, traspasó una frontera incierta a partir de la cual sus pasos podían conducirle a su suicidio final, a un poder casi prometeico sobre el mundo físico que le rodeaba. Y esta situación ocurría por primera vez en la ya vieja historia de la vida en este planeta. El año 1939 fue pues, sin duda alguna, un año clave de nuestra historia.

*Nuclear Age* lo reconoce así, y por ello trata de enseñarnos que si somos lo suficientemente cautos y previsores, podremos, por lo menos, tener el átomo a nuestro servicio en un aspecto esencial de nuestras vidas, poniendo en nuestras manos una nueva fuente de energía primaria prácticamente inagotable, y precisamente en el momento en que una de las fuentes más cómodas y baratas, al acercarse a su fin, nos anuncia que va a morir con convulsiones y estrépito.

Por todo ello, el capítulo III de *Nuclear Age*, dedicado a demostrar los medios y caminos que permiten reducir a niveles aceptables los riesgos del uso pacífico del átomo, es quizá el más interesante para esa inmensa mayoría que percibe intuitivamente que tarde o temprano no tendrá otra alternativa que utilizar esta energía, y desea conocer algo mejor, y por boca de un muy calificado experto, cuáles son los pros y los contras del paso que va a dar.

Finalmente señalaremos que a la fusión controlada, es decir, a la posibilidad de liberar de una forma controlada la energía de la bomba H, sólo le dedica este texto dos páginas que terminan con estas líneas: «Los reactores de fusión representan un excitante desafío para el próximo siglo: suministrar a la humanidad una fuente de energía inagotable, una nueva frontera.»

*Nuclear Age* ha aparecido en un momento singular de la historia del átomo pacífico, pues se terminó de imprimir en noviembre del 85, es decir, sólo unos meses después del accidente de Chernobyl en abril del mismo año, que mantuvo durante varias semanas a 350 millones de europeos pendientes de las evoluciones de la nube radiactiva que como consecuencia del mismo se produjo.

Este libro sobre centrales nucleares, cuya gestación indudablemente ha requerido varios años, por azar ve la luz justamente cuando todavía no se han acabado de evaluar los efectos de este accidente, que ha reabierto con virulencia el debate nuclear en algunos países.

Merece la pena examinar brevemente cuál ha sido hasta ahora la respuesta de los países de más peso, de los que de verdad marcan la pauta y el camino en los asuntos humanos. Por de pronto, Rusia, Japón y Francia, tres países con importantes parques de centrales nucleares en explotación, se apresuraron a reafirmar su decisión de seguir utilizando el átomo como fuente de energía y a no disminuir un ápice sus programas de construcción de nuevas centrales nucleares.

En Alemania e Italia, países con fuertes movimientos antinucleares, el impacto ha sido muy duro por distintas razones. En el primero obviamente todavía no ha terminado el proceso de cicatrización de las heridas que en su psiquis produjo la derrota y sus secuelas. Un claro síntoma de ello es la incapacidad de su cuerpo social de fijarse objetivos importantes mayoritariamente aceptados. Sin embargo, no parece que hayan sido muy rentables allí, electoralmente hablando, las posiciones antinucleares.

Por su parte Italia, parte esencial del territorio definido por Winston Churchill como «bajo vientre de Europa» —en el sentido de parte débil—, sigue sin definirse claramente en este asunto, tanto antes como después de Chernobyl.

¿Y qué efecto ha tenido Chernobyl en Inglaterra? El descubrimiento del petróleo del mar del Norte permitió a este país un descanso en su esfuerzo nuclear. Antes de este descubrimiento, Inglaterra y Francia, que seguían en este campo caminos paralelos, iban prácticamente codo con codo. El petróleo detuvo el corcel inglés. Los ingleses, cuando se les preguntaba qué efecto iba a tener Chernobyl en su programa, respondían siempre que ninguno. Parecía difícil de creer, pero así ha sido. Al comprobar que la producción de sus pozos de petróleo ha iniciado su declive, y que en unas pocas docenas de años se agotarán, acaban de lanzar un programa de construcción de seis nuevas centrales nucleares.

Estados Unidos, que es, con gran diferencia, el país que más centrales nucleares tiene, tanto en explotación como en construcción, posee otras importantes fuentes de energía primaria además de la nuclear. Su problemática en este aspecto es por ello muy distinta de la de Europa y, por de pronto, puede permitirse el lujo de disponer de tiempo para tomar decisiones.

En resumen, todos los países importantes, es decir, Rusia, Japón, Canadá, Francia, Inglaterra y Alemania —con la incógnita pendiente de Italia—, cualquiera que sea su sistema de gobierno, han reiterado su decisión de seguir en la vía nuclear después de Chernobyl.

Sin embargo, la energía nuclear comporta riesgos, riesgos a los que Chernobyl ha dado publicidad universal. Un observador curioso y desapasionado de nuestro mundo no puede por ello dejar de preguntarse: ¿por qué entonces los países que van a la cabeza en todos los aspectos tarde o temprano marcan el camino que los demás han de seguir, continúan empujados en el camino nuclear?

Una primera y rápida explicación pretendería que la mayoría de estos países necesita no sólo energía sino defensa, y que acepta la vía nuclear porque le resuelve simultáneamente ambas necesidades. Pero esto no es en absoluto cierto. Basta observar para demostrarlo que dos de estos países, tan representativos como Japón y Alemania, tienen vetado el acceso, desde el fin de la última guerra, al átomo militar, y que Canadá no lo utiliza, al menos por ahora.

La respuesta es más clara y simple; hoy día sencillamente parece que no existe otra oferta de energía que aventaje a la nuclear, sopesando equilibrada y desapasionadamente ventajas e inconvenientes.

Y el espectador interesado en los resultados de la competitiva carrera que estamos presenciando deduce que estos países que al aumentar el precio del petróleo pisaron a fondo el acelerador nuclear, si la coyuntura cambiara se adaptarían con rapidez a la nueva situación porque, en definitiva, ésta y no otra es la regla de la supervivencia darwiniana: adaptarse a lo que las circunstancias en cada momento exigen. □

### RESUMEN

*El tema nuclear se ha convertido en un inmenso iceberg, cuyas implicaciones militares y las aplicaciones del átomo y la radiactividad quedan voluntariamente fuera de este estudio, que se centra en la producción de electricidad basada en la fisión nuclear.*

Jacques Leclerc

*The Nuclear Age*

Le Chêne, Poitiers, 1986. 414 páginas.

## SUMARIO

|   | Págs. |
|---|-------|
| «El mundo de las centrales nucleares», por Federico Goded, sobre el libro <i>The Nuclear Age</i> , de Jacques Leclerc                                   | 1-2   |
| «Alarifes del Islam en el desierto», por Antonio Fernández Alba, sobre el libro <i>Ciudades de las caravanas</i> , de José Corral                       | 3     |
| «Las Fuerzas Armadas en la sociedad española», por Vicente Palacio Atard, sobre el libro <i>Las Fuerzas Armadas españolas</i> , de autores varios       | 4-5   |
| «De París a Tánger a través de Rusia», por Gonzalo Sobejano, sobre el libro <i>En los reinos de taifa</i> , de Juan Goytisolo                           | 6-7   |
| «Juan David García Bacca, pensador de Dios», por José Luis L. Aranguren, sobre el libro <i>Qué es Dios y quién es Dios</i> , de Juan David García Bacca | 8-9   |
| «Modernidad clásica: La "Sintaxis" de Apolonio», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Sintaxis</i> , de Apolonio Díscolo                  | 10-11 |
| «La laguna Estigia», por Antonio Saura, sobre el libro <i>La montaña blanca</i> , de Jorge Semprún  | 12    |

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

# Alarifes del Islam en el desierto

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura (1963) y el de Restauración (1980).

No son muchos los trabajos de investigación ligados al mundo del espacio arquitectónico que puedan ofrecer, dentro del panorama español contemporáneo, un análisis tan riguroso como el utilizado por el profesor José Corral en su trabajo sobre las *Ciudades de las caravanas*, sirviéndose de modo tan escueto sólo de los instrumentos básicos del método investigador: los trabajos de campo y la paciente y reflexiva indagación bibliográfica, utilizando esta búsqueda bibliográfica como soporte complementario de los materiales de campo.

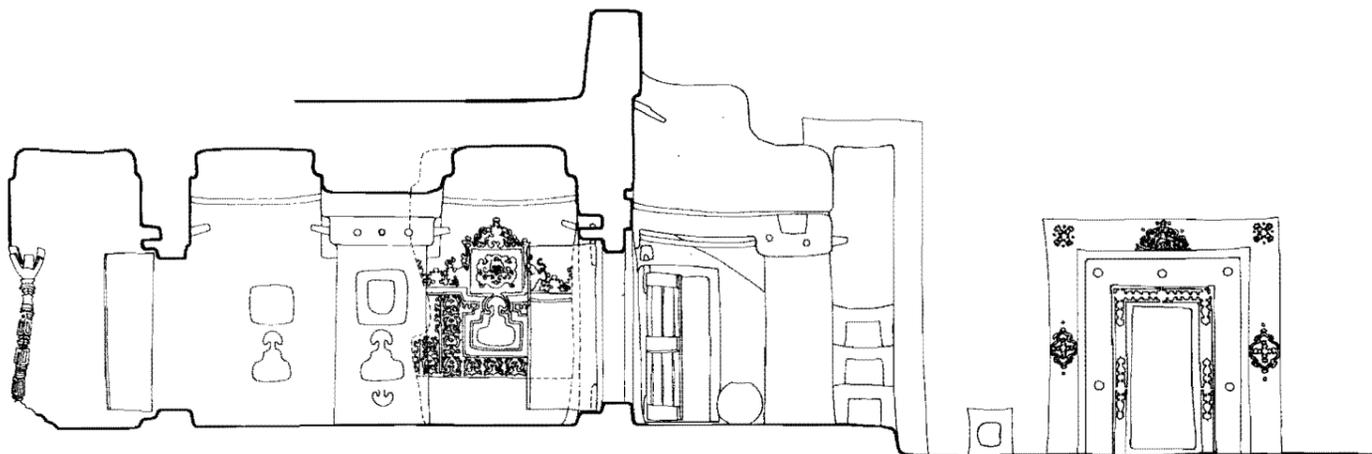
El trabajo centra su atención en tres ciudades del Sáhara, Walāta, Tisit y Wādān, en la actualidad adscritas a la República Islámica de Mauritania, en trance de inevitable ruina y marginadas de las rutas modernas de la actividad comercial; habiendo sido en el pasado centros neurálgicos del comercio de las caravanas, lugar de asentamiento para las colonias de mercaderes del norte de África y que hicieron posible asentar sobre el desierto la tradición urbana del Islam en al-Andalus y el Magreb; constituyendo desde el siglo XV núcleos urbanos obligados para los itinerarios occidentales que debería seguir el oro sudanés.

Aun siendo la arquitectura de aquellas tres ciudades el pretexto fundamental de la investigación, con sus descripciones minuciosas sobre procedimientos y técnicas constructivas o los precisos análisis del arte doméstico, el libro se perfila como un delicioso relato que recuerda la mejor narrativa de los «libros de viaje», donde queda patente tanto la organización de las caravanas, la geografía de sus itinerarios como la estructura social y cultura material en la que se desarrollaron estas ciudades. El propio libro, como señala su autor, es el resultado de un viaje intermitente durante varios años (1978-1983) en el tiempo y en el espacio: «doble peregrinación ésta, siempre más sutil que la anterior e itinerarios todos ellos que acercan la obra a los términos de un soterrado libro de viajes».

Un entramado casi borgiano nos relata los primeros recorridos invisibles entre las estanterías de la biblioteca de la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde el autor encuentra por azar un viejo grabado que representa la puerta de un aposento del alcázar mudéjar de Sevilla. La composición ornamental de esa puerta, según muestra el grabado, se halla profusamente recercada de yesería en su albanega y alfiz, y centrado sobre la banda epigráfica de su dintel un motivo simétrico vagamente bulbiforme como un perfil que recordara a una mitra.

En un pasaje de la *Historia de los Berberes*, Ibn Jaldún narra cómo el rey de Mali, a su regreso hasta Sudán desde Egipto y después de haber peregrinado a los Santos Lugares en 1324, incorpora a su séquito un poeta andaluz nacido en Granada hacia 1290. Agregando a ese texto una descripción de la sala de audiencias, adornada de yeserías policromas que el granadino construyó para el rey negro en su ciudad.

El relato escrito y el dibujado inclinan al profesor Corral a indagar sobre las relaciones, ya anunciadas por Torres Balbas refiriéndose a la Alhambra, de una influencia directa o indirecta de la civilización hispanomusulmana en los confines del Sáhara occidental, así como su trasmisión por las rutas del tráfico interregional de las caravanas que unió desde el siglo VIII el Mediterráneo con la orilla meridional del desierto africano. Durante seis años el autor se desplaza a los lugares remotos e inicia un recorrido a cada una de las tres ciudades sobre las que versa el libro que escribirá y dibujará.



Walāta: sección de la *dār Bā uld M' hamdi*, con fachada oeste del patio principal y corte por su andén, el *segfe*, y el almacén.

En cada una de estas ciudades, comenta el autor que antes de poder entrar en los recintos un tanto desolados de sus espacios actuales, encuentra a pequeños grupos de ancianos, sabios árabes y piadosos musulmanes, que antes de franquearle el paso a las calles, mostrarle sus casas, narrar la construcción de sus edificios y el ornamento de su arquitectura, le refieren con minuciosos detalles el origen de la respectiva ciudad. Cuentan tan alejados cronistas de los manuscritos encontrados, de la islamización de infieles, de leyendas de gigantes... Por fin en la tercera y última ciudad, cuando interroga a los sabios acerca de si ellos o sus antepasados reconocen haber visto o conocido un arte bellísimo para adornar los edificios con trazados geométricos y arabescos de colores, el autor del libro obtiene una respuesta positiva, iniciando un recorrido con bloc en mano por los entresijos y ruinas de estos ámbitos semiabandonados, y será a través de su propio dibujo donde el profesor Corral encontrará la imagen del grabado del alcázar de Sevilla, hallado tiempo atrás entre los viejos libros de la biblioteca de la Escuela de Arquitectura.

Los testimonios de este trabajo, iniciado como recopilación de materiales para una tesis doctoral (Madrid, 1984), dejan bien patente el axioma de todo acto creativo, acentuando la selección de lo que se ve y la manera de observarlo, aproximándose a descubrir la realidad de un grupo cultural y las leyes que lo rigen, su organización, composición y estructura. La primera aproximación que nos manifiesta el relato escrito y dibujado, es la del descubrimiento de un universo poético, el universo de las mujeres de Walāta, artífices de la ornamentación mural que decora las fachadas y espacios domésticos de sus residencias. Simbolismo que refleja la trama de sus relaciones, sentimientos, sueños, conductas represivas o lúdicas, vida cotidiana. Rito y ceremonia parecen fijados en el discurso geométrico de la expresión mural, su dimensión antropomórfica se nos hace patente en el correlato espacial que integra «forma» y «contenido expresivo» sin la menor fragmentación.

Destacado aparece el papel de la mujer en la configuración simbólica de esta cultura, el rol de la mujer como productora de estética, de sus dotes artesanales y de su capacidad para la síntesis gráfica y cromática, organizando un reducido inventario de un léxico simbólico, marcado por la repetición geométrica y la reiteración cromática. La necesidad de ornamentar en estas culturas de nómadas mercaderes aparece como un acto compulsivo, haciendo patente cómo el símbolo en toda cultura surge como una necesidad antropológica.

El simbolismo del centro, tan característico de las culturas primitivas, se presenta en estos trazados que adornan las ciudades de las caravanas, como referencia a lo sagrado o el regreso a los orígenes (vientre de la madre), símbolos de carácter mágico, geometrías de trazas que sugieren los perfiles de la ensoñación del ser humano ante los acontecimientos más significativos de la vida: fecundación, nacimiento, vida y muerte.

Que este simbolismo se vierta sobre la casa no debe resultar extraño para una cultura de nómadas. La casa se transforma en el núcleo primordial donde poder expresar sus preocupaciones centrales; a la sombra de la

vida doméstica, waláties, tísitíes y wādánies, habitantes del desierto, encuentran su morada y será la casa donde mejor expresar el entorno de su cosmogonía: cielo, tierra, vegetación, árboles, jardines y las fuerzas que a su alrededor actúan: viento, agua, nubes. La casa aparece como un retablo icónico y sus espacios y fachadas refieren, en un sintético discurso lógico-simbólico, la composición geométrica, mediación y reflejo de costumbres, usos y creencias.

Al decir de Ibn Kalada, los atributos que deben rodear la casa deben aproximarse a esquemas sencillos: «se alzarán en camino abierto, donde corre el agua; no quedará dominada por la vista de parte alguna; gozará de independencia; estará situada entre el agua y el mercado; en su patio podrán descollarse las monturas, verterse agua al suelo y estacionarse las bestias de carga; si posee dos puertas, mejor; y tendrá una vecindad conveniente pues se escoge al vecino antes que a la casa, y el compañero de viaje antes que el itinerario». Código y ordenanza para ordenar la ciudad en la frontera hostil del desierto, a partir de la comprensión que «la habitación del hombre es su universo». Las ciudades de las caravanas se sitúan, a diferencia de los incipientes burgos medievales europeos, en regiones áridas, allí donde el agua apenas existe, siendo los pozos elementos significativos en la localización y asentamiento de la ciudad mercado.

Pese a la dureza del lugar, la escasez de materiales y las rudas técnicas que poseen para la edificación, los moradores del desierto ofrecen el discurso de una arquitectura síntesis de «construcción y rito»; trabajo y ceremonia alternan el proceso edificatorio; iniciación de los cimientos y coronación de la techumbre. La ficción y la metáfora quedarán para el ornato que recubre a modo de retablo doméstico la entrada a la vivienda, donde corresponderá a la mujer realizar toda suerte de grafismo sincrético, geometrías de un código reducido de signos que explican el acontecer de la vida y transmiten los signos evidentes del más allá de la muerte.

Este trabajo del profesor Corral presenta a la mirada occidental, no sólo un entramado de documentos antropológicos de la historia de la ciudad en el desierto, sino el descubrimiento de una estética de los sentidos; la aparición de un metalenguaje cromático reducido de signos pero que la combinatoria geométrica desarrolla como si de un discurso epigráfico se tratara. Luz, Color, Materia son los ingredientes que configuran esta concepción sensorial polivalente de los hombres que habitan el desierto y que hacen patente el aser-

to que asigna a estos nómadas visionarios, que sintieron antes la necesidad estética que el aprendizaje de la técnica. No resulta extraño por tanto encontrar en estas culturas, cómo los objetos materiales, por aleatorios y triviales que se presenten en sus usos, van cargados de unos «significados adicionales», que entran a formar parte de un «cosmos» cargado de múltiples y diferenciados valores simbólicos.

Este construir y simbolizar del nómada refleja una correlación solidaria entre la geometría que transforma y el paisaje soñado. El «lugar construido» nos relaciona con el «lugar habitado», haciéndonos patente sus contenidos espaciales y sus respectivas manifestaciones semánticas, integrados ambos en la respuesta arquitectónica dirigida al disfrute de todos los sentidos.

La ausencia del jardín en la vivienda del hombre del desierto deja patente el carácter nómada de su residencia; siendo el jardín islámico la referencia simbólica, el lugar de las miradas y el recinto más privado de su intimidad doméstica, es sustituido en estas moradas por el «decoro ornamental» que recorre sus paredes tanto en el espacio interior como en los recintos exteriores.

No debe extrañar por tanto que sea el dibujo el soporte e instrumento básico en el trabajo de estos alarifes del Islam en el desierto, así lo ha entendido el autor del libro al innovar una caligrafía etnográfica, que permite traducir y representar todo ese rico material de formalizaciones imaginadas en el contexto de la cultura de estas sociedades mercantiles en el desierto, donde predomina la ornamentación gráfica sobre la epigráfica y donde queda bien patente la relación entre «pensamiento y traza». Relación que nos permite participar en la valoración de todos los significados de la forma, el símbolo, la imagen, siendo el dibujo para estos moradores del desierto un acto del pensamiento que se traduce en forma de lenguaje.

Los testimonios del profesor Corral, en los análisis gráficos de estos nómadas de Walāta, Tisit o Wādān, dejan bien patente el axioma de todo acto creativo, acentuando, como ya se ha señalado, la selección de lo que «se ve» y la manera de observarlo, descubriendo por medio del dibujo la realidad de unas formas de vida con sus leyes de organización, composición y estructura. Trabajo alejado de los simuladores culturales al uso, que no necesita hacer patente ni la habilidad para el dibujo ni el dominio de una técnica al servicio de la ilustración gráfica, pretende, y lo logra, indagar en el conocimiento de las causas y orígenes de unas culturas que no temen los ritos del amanecer. □

## RESUMEN

El arquitecto Antonio F. Alba comenta un trabajo de José Corral, quien ha rescatado del olvido el pasado de tres importantes ciudades del Sáhara, que en su tiempo fueron lugar de asentamiento y colonias de mercaderes

res y consiguientemente centros neurálgicos de comercio de caravanas. Fernández Alba piensa que este libro recuerda los mejores relatos de la literatura de viajes, sin renunciar al rigor investigador.

José Corral

*Ciudades de las caravanas. Alarifes del Islam en el desierto*

Hermann Blume, Madrid, 1985. 256 páginas.

# Las Fuerzas Armadas en la sociedad española

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) ha sido catedrático de la Universidad Complutense y es académico electo de la de Historia. Entre sus trabajos puede destacarse: Los españoles de la Ilustración (Premio Nacional de Literatura 1964 para estudios históricos), La España del siglo XIX (Premio Nacional de Historia 1978) y los Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939.

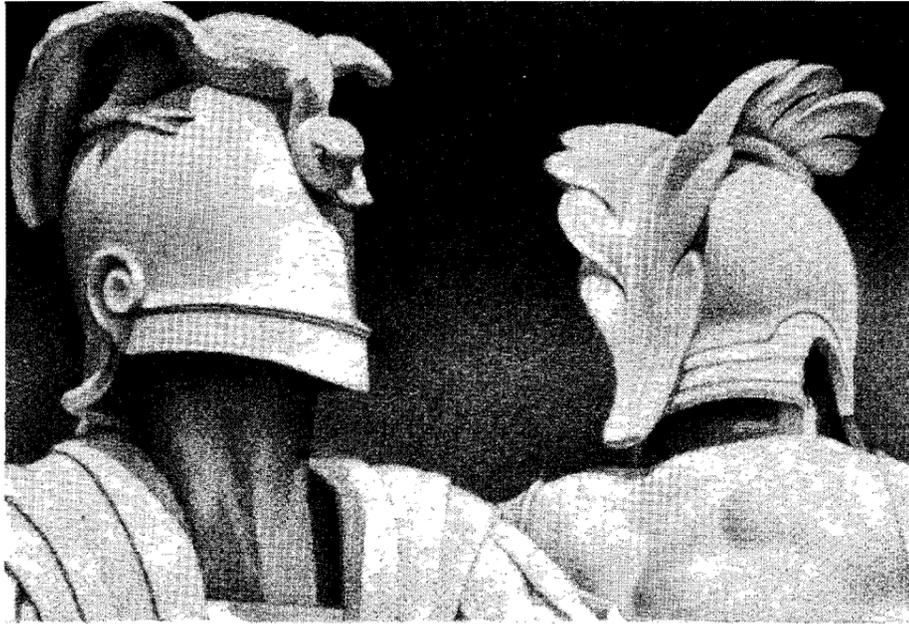
La publicación de la obra en ocho volúmenes sobre la historia institucional y social de las Fuerzas Armadas españolas que, dirigida por el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba y el coronel Miguel Alonso Baquer, ha editado recientemente la Editorial Alhambra, sugiere la actualidad del tema relativo al papel que las FAS han representado en la historia española y su inserción social, desde las Ordenanzas de Carlos III hasta las de Juan Carlos I.

Además, la lectura de esta obra suscita también un tema de permanente actualidad: la relación de la política internacional y la política de defensa, que en nuestra sociedad contemporánea —siglos XIX y XX— no ha despertado atención suficiente. Desde hace ciento cincuenta años España no ha tomado parte en los grandes conflictos bélicos internacionales, salvo las guerras coloniales. No ha tomado parte, por tanto, en los sistemas de alianzas de las grandes potencias. La marginación geográfica ha propiciado este aislamiento internacional. La consecuencia de ello es que en la sociedad española no se ha formado una opinión pública madura acerca de los fundamentos sustanciales de la política internacional y de defensa, ni sobre los sistemas de alianzas ante los que España se encuentra, en cada caso, como ante una realidad que no puede ni debe ignorarse, para ajustar a ella nuestras conveniencias y posibilidades.

Esa falta de maduración de la opinión pública tiene como corolario que en la sociedad española suele prevalecer la emoción sobre la razón a la hora de plantear estos problemas y de ajustar las decisiones relativas al comportamiento en la política internacional. Así pudieron ocurrir tomas de postura por parte de la opinión tan desaforadas como en 1885, cuando se produjo el incidente con la Alemania de Bismarck por la posesión de las islas Carolinas. Fueron también impulsos emocionales los que manipularon la opinión respecto al problema de Marruecos; y lo mismo podríamos decir del comportamiento de la sociedad española ante las dos guerras mundiales del siglo XX, los aliadófilos y los germanófilos.

Por otra parte, la política militar se ha entendido casi siempre por la opinión pública como una cuestión concerniente de puertas adentro, como un factor que pesa en las relaciones internas de poder y de gobierno, no como un instrumento imprescindible de la defensa. Quizá el hecho de no haberse previsto ninguna agresión potencial a nuestra seguridad exterior desde Napoleón Bonaparte ha inducido a descuidar el enfoque de la política de defensa en el contexto de la política internacional, y todo ello sobre la base de una información pública insuficiente. Incluso la guerra de Marruecos, que fue un largo y costoso conflicto derivado de unos compromisos internacionales no muy bien entendidos por los españoles, no sirvió para ilustrar a nuestra sociedad sobre la interdependencia de la guerra y la política militar, y se utilizó además como arma arrojadiza en las banderías de partido.

No estoy muy seguro de que la sociedad española de nuestros días se halle suficientemente motivada acerca de una política de Estado, no de partido, respecto al orden internacional, y la necesidad que para establecerla se requiere de una política de defensa coherente. Está claro a todos, hombres civiles y militares, que la misión de las Fuerzas Ar-



FUENCISLA DEL AMO

madas no es dictar la política al Gobierno, sino servirla; pero la opinión militar específica de la defensa no tiene por qué sustraerse al pueblo, para que éste pueda, con información suficiente y juicio razonado, comprender y asumir los criterios básicos de esa política. Para muchos españoles de nuestro siglo, y aun de nuestros días, la defensa nacional es cosa que puede ir por un lado y la política internacional por otro.

No me parece tampoco que exista una conciencia social de que la defensa nacional no es cosa de la exclusiva competencia de las Fuerzas Armadas. El general Díez Alegría no sé si predicaba en el desierto cuando insistía en que la defensa de una nación en nuestro tiempo es obra de todos y no sólo de los militares, con una mentalidad abierta a lo internacional. Fernando de Salas López, en el volumen VIII de la obra que motiva este comentario, subraya la necesidad de que quede muy clara una idea referida a nuestra situación actual: «Si alguien cree que la permanencia de España en la OTAN puede traducirse en que nos defiendan ellos, sería un grave error. En esa alianza todos los miembros aportan un denodado esfuerzo según sus posibilidades, pero igual en cuanto a voluntad e intensidad del mismo.»

En todo caso, y en cualquier tiempo, la defensa de una nación soberana requiere no sólo una suma de recursos materiales, sino también una conjunción de soportes morales en la sociedad. Cualquier comunidad que tenga voluntad de defenderse necesita creer en su propio destino, en su existencia como nación, tener fe en sus instituciones y propiciar un desarrollo económico que contribuya al mismo tiempo al bien común y al potencial de la propia defensa.

\* \* \*

Si la obra dirigida por Mario Hernández y Miguel Alonso Baquer tiene la virtud de suscitar nuestra reflexión sobre estas y otras cuestiones de interés actual, constituye sobre todo una valiosa aportación para conocer por dentro de sí mismas las instituciones militares y su proyección sobre la sociedad desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

Es una obra, por tanto, muy diferente de la historia militar que escribiera con gran erudición y competencia, todavía no hace muchos años, el general duque de la Torre en los densos tomos de su *España bélica*. Una y otra se completan. Una y otra son testimonio del interés que tienen los estudios de historia militar, en dos vertientes distintas. Por un lado, las Fuerzas Armadas como organización, las instituciones militares, objeto preferente de muchos estudios actuales. Pero el estudio sólo de la organización reduce el campo de la

historia militar. No olvidemos que en la guerra es cuando los ejércitos se ponen a prueba: es la hora de la verdad, la hora del comportamiento específico de unos efectivos militares frente a un enemigo organizado. Ahora bien, esto no quiere decir que el Ejército se haga para una finalidad agresiva, sino exactamente para lo contrario, para producir un efecto disuasorio. Por eso es verdad lo que dijera una personalidad tan poco sospechosa de veleidades belicistas como Ortega y Gasset: que los ejércitos han evitado más batallas de las que han librado. España no tenía una fuerza disuasoria suficiente y Napoleón nos invadió. España no tenía una fuerza disuasoria adecuada y se precipitó en el despeñadero de 1898.

La *España bélica* del general Martínez Campos nos presenta una historia del Ejército en acción. La historia de Mario Hernández y Alonso Baquer nos presenta a los Ejércitos en sus aspectos orgánicos y en su inserción social. Y es en este plano donde ha solido plantearse el problema de la comunicación entre los componentes civiles y militares de la sociedad.

El Ejército del siglo XVIII respondía a la idea de una sociedad organicista, en que cada estamento tenía una función específica: el mando militar era una función aristocrática. Las especiales circunstancias de la guerra de la Independencia hicieron del Ejército un fundente social de toda la nación, como lo supo reflejar Pérez Galdós. Después se prolongó el período bélico que caracteriza el comienzo de nuestra historia contemporánea, los «treinta años de guerras» a los que Jesús Pabón atribuía la causa histórica del subsiguiente «régimen de los generales» o, como dijera Balmes, de la «preponderancia militar». Luego, con la Restauración canovista, la política y los gobiernos salvarán la dualidad «civilismo-militarismo», tema éste que ha sido espléndidamente tratado por Carlos Seco en una obra que con todo merecimiento ha recibido el Premio Nacional de Historia de este año.

Pero tras el Desastre se produjo la inevitable y siempre estéril polémica de las responsabilidades. Los políticos civiles tomaron la iniciativa de cargar el muerto de la Derrota sobre las espaldas de los militares, y se desencadenó en la oratoria parlamentaria y en la prensa un antimilitarismo que podríamos considerar como el eco en España del virulento antimilitarismo francés tras el «affaire Dreyfus». Así se produce aquí un distanciamiento de los sectores militares con relación a los políticos profesionales, a la vez que éstos sufrían un paulatino descrédito ante la opinión pública.

Luego suceden cronológicamente, desde 1909, las operaciones en Marruecos, que tienen un doble efecto: acentúan el recelo entre militares y clases políticas dirigentes, pero

también ocasionan rupturas en el seno de la sociedad militar entre africanistas y peninsulares. Añádase un antimilitarismo popular larvado, debido al sistema de reclutamiento de los soldados. Además, el terrorismo y los conflictos sociales dan lugar a la movilización del Ejército como fuerza garantizadora del orden público, siguiendo el modelo francés, no sin disgusto de algunos jefes militares.

## Falta de sintonía

Al llegar a este punto cabría que nos preguntáramos si no debe rectificarse la interpretación muy difundida de que uno de los males más graves de la sociedad española en el siglo XX ha sido la falta de sintonía entre los componentes civil y militar de nuestra sociedad, de donde provienen las tensiones mutuas. Creo que este divorcio es cierto entre el Ejército y la clase política dirigente; pero se ha extrapolado a toda la sociedad civil, cuando muchas veces los testimonios nos permiten conjeturar lo contrario. Me parece que el general Barahona, autor del prólogo a la obra que comentamos, tiene razón al preferir los términos «sociedad y sus fuerzas armadas» a la dicotomía que suele expresarse en la fórmula «ejército y sociedad» como si aquél no emanara de ésta.

La cosa podría plantearse de nuevo desde una óptica diferente, que yo enunciaría así. Desde comienzos del siglo XX se detecta en España un creciente afán de renovación y cambio, un afán regeneracionista: es «la España que a vivir empieza» sacudiendo la inercia de «la España que bosteza». Pero este afán de rehacer España se expresa en una doble y distinta actitud social: para unos la esperanza estriba en la actuación eficaz de una minoría selecta; otros ponen su fe en un cirujano de hierro.

La reforma de España por la educación será la vía preferida de quienes confían sobre todo en la capacidad de regeneración de un cuerpo social enfermo, aun cuando esta acción deba acelerarse por la paralela acción política. La reforma de España por la virtud tautológica de un cirujano de hierro era la salida cómoda de una colectividad perezosa, o de una sociedad que había perdido la fe en sí misma. La «apelación al soldado» suele ser el recurso de las sociedades débiles o que no están debidamente estructuradas. En España era la vuelta al mesianismo tantas veces recurrente en nuestra historia desde el siglo XVII. Pero una y otra actitud encontraban amplia resonancia social y desde una y otra podían sintonizar, y de hecho creo que sintonizaron, los componentes civiles y militares de nuestra sociedad.

\* \* \*

La monumental obra que comentamos es el resultado de una colaboración de ocho historiadores universitarios y once historiadores militares. En ella se dan al mismo tiempo la síntesis y la investigación original, y todo ello siguiendo un tratamiento metodológico riguroso y con una gran profesionalidad en la exposición de los temas. Esa colaboración ha madurado a través de los trabajos y seminarios del CESEDEN, en los que han participado los autores.

Como toda obra de colaboración múltiple cabe señalar en ella la diversidad de enfoques, de estilos y de resultados. En este sentido puede decirse que es una obra desigual. Pero, en conjunto, se ha logrado ofrecer un análisis histórico libre de las cargas ideologizadas que con frecuencia prevalecen en algunos ensayos sociológicos publicados sobre las Fuerzas Armadas. Por otra parte, esta obra ensancha el campo historiográfico al que se habían aproximado, un poco a tientas, algunos historiadores extranjeros, como S. Payne y G. Jackson.



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Los dos primeros volúmenes abarcan el siglo XVIII y la guerra de la Independencia. Se examinan los principios fundacionales del Ejército nacional, con las Ordenanzas de 1768, así como la creación de la Marina Real, todo ello en el contexto de la política internacional y del sistema de alianzas del siglo. Aquel primer Ejército nacional hubo de enfrentar las grandes novedades de las guerras napoleónicas, ante las cuales el militar español quedó desconcertado, porque, como dice Alonso Baquer, se hallaba preparado «para unos supuestos muy diferentes de los que de hecho hubo de vivir». Entonces España improvisó un modo de adaptación a las circunstancias y surgió la guerrilla. La sociología del movimiento guerrillero está oportunamente estudiada en el volumen II por Nicolás Horta.

También debe hacerse una mención especial del capítulo que trata de la política militar de España en América, cuyas deficiencias eran evidentes, no obstante lo cual «el sistema defensivo fue capaz de mantener incólume el territorio americano bajo la Corona española», por lo que «hay que pensar que, como otras tantas veces, figuras valerosas o hechos colectivos muy localizados, pero tremendamente efectivos, hicieron posible lo que un siglo de ineficacia administrativa, económica, material y humana no logró llevar a cabo», según escribe J. Marchena.

En el tomo III se trata de la doctrina militar en el siglo XIX, los aspectos orgánicos y el comportamiento del Ejército, incluyendo la tipología de los pronunciamientos que ha establecido Alonso Baquer. El concepto de «la nación en armas» surgido en la Revolución francesa prevalece a lo largo del siglo XIX en España como en el resto de Europa. El comandante Fernando Puell redacta un capítulo muy interesante sobre el reformismo militar en la época de la Restauración, un período muy activo debido al efecto que tuvo sobre el pensa-

miento militar la guerra franco-prusiana de 1870, la política «civilista» de Cánovas y la profesionalización del Ejército español; reformismo que va unido a los nombres de Martínez Campos, Cassola y López Domínguez, con sus distintos y a veces contradictorios criterios, lo que restó continuidad y eficacia al esfuerzo.

El volumen IV se configura en dos grandes capítulos: uno sobre la Marina en el siglo XIX y otro sobre la cultura militar de aquella época. El primero es una completa síntesis debida al capitán de navío Enrique Manera, ex director del Servicio Histórico de la Armada. El coronel Gárate es el autor del segundo, en el que, tras unas consideraciones generales, hace una valoración crítica de «los cuatro grandes del pensamiento militar» (Vallecillo Luján, Almirante, Villamartín y Banús), así como de los historiadores, los tratadistas de la ciencia y del arte militar y los polígrafos, como Fernández Duro, Vidart y una larga nómina. También hace una síntesis del periodismo militar, fuente ésta que a mí me parece una de las más interesantes para estudiar la inserción del Ejército en la sociedad, y que no ha sido suficientemente explotada hasta ahora.

### Papel de la Corona

Los cuatro últimos tomos se refieren al siglo XX. Creo yo que son los más logrados. Temas como el de la selección de la élite militar, el análisis del fenómeno de las Juntas de Defensa de 1917, la opinión militar ante la guerra europea de 1914, el problema de la guerra de Marruecos y el estudio crítico del Directorio como fórmula política, las reformas de Azaña, la creación del Ejército del Aire, las etapas de la reconstrucción de la Armada, dan a los volúmenes V y VI una gran densidad y calidad de contenido, lo que no quiere

decir que no ofrezcan puntos de vista discutibles.

El tomo VII está dedicado por entero a la guerra civil, con la colaboración de cuatro acreditados especialistas que tratan de las ideas estratégicas (Alonso Baquer), las milicias (Casas de la Vega), el Ejército Popular republicano (Ramón Salas Larrazábal) y las relaciones internacionales (Jesús Salas Larrazábal), en los que sintetizan otros trabajos suyos monográficos publicados anteriormente.

Por fin, la situación de las Fuerzas Armadas en la época de Franco es objeto de estudio en el volumen VIII, así como la época posterior, hasta nuestros días. Se analizan las Reales Ordenanzas de 1978 y las relaciones España-OTAN. En este volumen se ofrece también un capítulo sobre la Corona y las Fuerzas Armadas, escrito por Mario Hernández Sánchez-Barba, que merece una especial referencia. Por cierto que en él se incluye la frase (pág. 107) que aireada con desmesura por algún comentarista dio lugar a la retención de la primera edición de esta obra y a la definitiva supresión de las palabras de presen-

tación que había escrito el ministro de Defensa, señor Serra. En el capítulo a que me refiero el autor trata de precisar el papel de la Corona en el cambio de régimen autoritario al democrático, y el modo operativo de producir dicho cambio desde la legalidad establecida, señalando con bastante precisión el modo y manera por los que la Corona obtuvo el indispensable respaldo de las Fuerzas Armadas para que la reforma política pudiera llevarse a cabo.

Esta importante historia de las Fuerzas Armadas, bien lograda en el aspecto institucional y que abre unas expectativas de proyección en el campo social todavía no agotadas, me parece que consigue el propósito de dar a conocer objetivamente la realidad de nuestras Fuerzas Armadas, en el pasado y en el presente, tanto a los simples ciudadanos civiles como a los miembros de la institución militar. Creo yo que servirá también de estímulo para profundizar en este tipo de estudios, que se echan en falta en nuestra historiografía, y para los que es imprescindible, sin duda, la colaboración no siempre fácil de historiadores civiles y militares. □

### RESUMEN

*Dirigida por un historiador y un militar, la aparición en ocho volúmenes de una Historia institucional y social de las Fuerzas Armadas españolas trae a la actualidad, señala el profesor Palacio Atard, el papel que las FAS han representado en la Historia*

*de España, desde las Ordenanzas de Carlos III a las de Juan Carlos I. La obra se ocupa, además, de la inserción social del Ejército y de las relaciones, en la España contemporánea, entre Fuerzas Armadas y estamento civil.*

Mario Hernández Sánchez-Barba y Miguel Alonso Baquer (drs.)

*Las Fuerzas Armadas españolas. Historia militar y social*

Ocho volúmenes, Alhambra, Madrid, 1986. 2.032 páginas.

# De París a Tánger a través de Rusia

Por Gonzalo Sobejano

**Gonzalo Sobejano** (Murcia, 1928) es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York). Cultiva el estudio de la literatura española de los siglos XVII, XIX y XX. Autor de Nietzsche en España, 1967; Novela española de nuestro tiempo, 1975, y Clarín en su obra ejemplar, 1985.

De París a Tánger a través de Rusia, y (perdone el conde Don Julián) pensando —entonces— en España y reflexionando —ahora— sobre sí propio.

La autobiografía de Juan Goytisolo *En los reinos de taifa*, continuación de *Coto vedado* (1985), abarca el decenio 1956-1966 con algunas referencias hacia atrás y muchas hacia adelante. La razón del título se condensa en estas palabras: «El monolitismo ideológico en que vivía ha cedido paso [en 1966] a la feraz dispersión de las taifas» (pág. 297). Dispersión fecunda contra monolitismo estéril sería el resultado de la trayectoria dibujada. Desde París (con viajes por España, Cuba y la Unión Soviética) a Tánger. Del año en que el escritor se exilió a Francia hasta el año en que reconoció su predilección por África. Desde la salida de *El Circo* a la de *Señas de identidad*. De los veinticinco años de edad a los treinta y cinco.

Conocidas son (pero las recordaré) las distinciones normales entre los varios modos de la narración autobiográfica: «autobiografía» propiamente, cuando el narrador relata su vida centrando la atención en su carácter o destino individual; «confesión», si el relato descubre experiencias críticas de aquellas que suelen pasarse en silencio; «memorias», cuando el autor refiere lo vivido en función de su trascendencia pública; «diario», si apunta el autor día tras día lo que hace o piensa, en principio para su propia clarificación y sólo secundariamente admitiendo un lector posible que no le influye.

De todo hay en esta segunda entrega de la autobiografía de Juan Goytisolo. No parece que él mismo llevase nunca un «diario», pero se sirve de la escueta agenda de Monique Lange.

Las «memorias» predominan en los capítulos I, II, IV y VI (de los siete de que el libro consta). El capítulo III tiene porciones de retrato, de biografía y también de memorias, ya que la persona a quien va dedicado (Jean Genet), si fue amigo de Goytisolo, era escritor prominente por los años 40 a 70. «Confesión», por último (en forma radical), son numerosos pasajes del libro, y sobre todo los capítulos V y VII.

Con estas observaciones intento precisar que *En los reinos de taifa* combina armoniosamente las «memorias» y las «confesiones», a diferencia de *Coto vedado*, más confesional. No sé si Juan Goytisolo continúa siendo, como en 1963 en Francia, el español más traducido después de Cervantes (comprobación que tanto hubo de mortificar al beneficiado); pero que se cuenta entre los escritores de la España de este siglo más comentados fuera de la península y aun en ella, no tiene duda. Hay escritores españoles que se proyectan hacia distintas áreas idiomáticas con dificultad, y otros favorecidos por una curiosidad diríamos fatal (Lorca, Goytisolo). El lector español no debiera incurrir en la tentación de creer que los menos conocidos allende las fronteras sean inferiores a los más divulgados, pero tampoco en el error contrario: sospechar que estos últimos disfruten de un privilegio de celebridad debido sólo a circunstancias.

Si apunto a lo anterior es porque en el aspecto «memorial» de esta autobiografía quien primero aparece lamentando lo veloz y fácil de su fama es Juan Goytisolo, el cual, amonestado por el éxito, ansió cada vez más afirmarse en el rigor de la obra, lejos de los halagos. Vienen a hacerse las «memorias», así, examen de conciencia y, por tanto, «confe-



TINO GATAGAN

sión»: confesión, entre otras, de un temprano descontento.

## Vaivenes de recuerdos

La estructura de *En los reinos de taifa* parece determinada en parte por la cronología y en parte por los cambios de persona gramatical. Principia la historia al llegar a París el joven escritor, y concluye al iniciar en Tánger una temporada de soledad autenticante que le llevaría a reiterar las estancias en el norte de África. Entremedias, todo se orienta por una sucesión de hechos —selectiva y relativa— que acoge vaivenes de recuerdos y proyectos. Usa el narrador la primera persona en la mayoría de estas páginas, pero recurre a la segunda en algunos tramos de los capítulos I, II, IV, V y VII para objetivarse mediante un desdoblamiento reflexivo, e incluso la terce-

ra persona, en el capítulo último, allí donde el cambio de piel o el estreno de una identidad nueva le hacen verse en la expectativa de quien asiste a un renacimiento. Con razón observaba Jean Starobinski que «no hubiera existido motivo suficiente para una autobiografía sin alguna modificación radical en la existencia anterior: conversión, iniciación de una nueva vida, irrupción de la Gracia» («El estilo de la autobiografía», en *La relación crítica*, Madrid, 1974, pág. 71).

«El ladrón de energías» titúlase el capítulo I, y no es Cristo, sino, para Juan Goytisolo, de un lado Francisco Franco y de otro Karl Marx (págs. 83 y 134). Lo que le robó la energía necesaria para llegar antes a ser «él mismo» fue el servicio a la causa revolucionaria contra la dictadura, en el que invirtió largos años en París, entre la indiferencia creciente de los franceses y la obstinación del Partido. No militó Juan Goytisolo en las filas de

éste, ni sufrió cárcel, pero tampoco ahorró esfuerzos por ayudar a sus compañeros de ideas, teniendo que padecer situaciones peligrosas o humillantes. En este capítulo hay más política que en ninguno. Finaliza con unas páginas en memoria de Francisco Franco, leídas en Washington poco después de la muerte del general; páginas que harán bien en leer los que vivieron casi toda su vida bajo la férula del general superlativo y quienes le conocieron menos o nada.

Inevitablemente la lucidez reflexiva del que narra los sucesos colorea a éstos al aplicarles, envolviéndolos en decepción, la perspectiva irónica del veterano. De las peripecias contadas en este capítulo sería consecuencia cimera el desencanto respecto a Europa (que tanto caló en poetas como Valente y Gil de Biedma) y el giro de la mirada hacia el tercer mundo, cifrado para Goytisolo en Cuba.

Registraba Diógenes Laercio que Empédocles, venerado por su saber, vestía de púrpura y oro, llevaba corona y andaba sobre sandalias de bronce. A propósito de Evtushenko recuerda Goytisolo «la concepción romántica y espectacular del poeta demiurgo calzado con las chinelas de Empédocles» (pág. 120), y al contraste entre los escritores entonados y los retraídos consagra el capítulo II («Las chinelas de Empédocles»), que trata principalmente de literatura. A la especie de los entonados o realizados pertenecerían Hemingway, Cela y Evtushenko, con quienes Goytisolo tuvo encuentros no muy gratos. De la especie de los reportados serían Camus, Vittorini, Beckett, Cernuda, Lezama y Genet. Aunque por carácter inclinado al recogimiento, Juan Goytisolo hubo de sortear los riesgos de la pronta gloria y distanciarse de su doble público (cuyas pequeñas miserias no encubre), encauzándose hacia la escondida senda de un Cernuda, la aislada modestia de Beckett y las ocultaciones guadianescas de su amigo y maestro Jean Genet.

La diferencia entre los escritores realizados y los retraídos consiste para el autor en que los primeros entienden la literatura como profesión u oficio y los segundos como vocación. Este segundo modo induce al autobiógrafo a sembrar el capítulo de fragmentos meditativos sobre el ideal artístico y el comportamiento del escritor en soledad y en convivencia; fragmentos (en cursiva) dirigidos al Tú de antes (y de ahora) por el Yo de ahora, y que arrojan una claridad ética actual sobre la indeterminación de entonces.

## Territorio auténtico

Explicable es que el Goytisolo de hoy exalte «escritura-sexo-amor» como su territorio auténtico, que deteste al escritor-globo, deplore la recepción fácil e interprete la creación literaria como anti-norma. Menos explicable parece que el contraste (casi maniqueísta) entre escritores realizados y retraídos le lleve a asumir, por ejemplo, el ideal transgresivo de Genet con tanto fervor. ¿No hay en esta selección de maestrías y genealogías un gesto cismático de coturno y máscara? El absolutismo del Mal (escribo la palabra sin aspavientos) no deja de ser, como todo absolutismo, un alarde. Uno apenas acierta a diferenciar el homosexualismo y la anarquía de un Genet del heterosexualismo y la ebriedad de un Hemingway. Entre los mismos «voleurs» genetianos habría personas modestas y personajes teatrales, como puede haber vanidosos repelentes y vanidosos pueriles. Que Jean Genet defendiera a los prostituidos y a los «panteras negras» no favorece a las víctimas de la prostitución, ni que abogara por los palestinos y por una banda cualquiera de terroristas mercenarios beneficiará a los «juanes sin tierra» de Palestina.

Los datos aludidos proceden del capítulo III, dedicado a Genet bajo el título de «El

Viene de la página anterior



territorio del poeta». En la página 141 se emplea «territorio» para señalar las quiebras, altibajos, rupturas y bruscas desafecciones típicas del escritor francés, pero quizá el término se refiera más bien al propósito de «delimitar y ceñir el espacio físico y moral del poeta» (pág. 143). Sin seguir el orden cronológico estricto (en pocas páginas de este libro se sigue), y dejando aparecer los recuerdos en el coherente desorden de la memoria, Juan Goytisolo traza una semblanza devota del autor de *Noire-Dame-des-Fleurs*. Capítulo más útil para el biógrafo de Genet que para el interesado en la obra de Goytisolo, esboza los tristes destinos de ciertos amigos de Genet: el funámbulo Abdallah, el corredor automovilístico Jacky (figuras que me recuerdan, en sus nombres y oficios, ciertos figurines de las comedias más cosmopolitas de Jacinto Benavente).

«El gato negro de la rue de Bièvre» (capítulo IV) es casi tan «memorialista» como el capítulo I. En la relación primaria de la aventura hispanoamericana de la revista «Libre» (1970-1972) se inserta una fragmentada evocación del primer viaje a Cuba de Goytisolo, en 1962, y una escena del segundo, en 1963. Sirve esto de cálido contrapunto al sumario de la discordia ocurrida entre los redactores de la revista con motivo del «caso Padilla». (En cierto figón norteafricano de la parisienne rue de Bièvre, comiendo con unos amigos en abril de 1982, reconocería Goytisolo el mismo local que sirviera diez años antes de oficina a la empresa, dentro de la cual se produjeron disidencias como las de García Márquez y Julio Cortázar: «Un gato negro había cruzado inopinadamente el domicilio de la revista: el célebre caso Padilla. Sus consecuencias dieron al traste con nuestros originarios propósitos de diálogo y discusión. El anatema, la agresión, el ataque iban a transformar en adelante a la comunidad cultural hispánica en un mundo de buenos y malos digno de una película del Far West. «Libre» significó así el final de muchas amistades», pág. 156).

En el capítulo V («Monique») culmina el impulso confesional del libro: reconocimiento de la inclinación homosexual, ocultación de tal realidad, declaración de ello en una carta (con el refrendo del invariable amor a la mujer) poco antes de un viaje de ambos a Rusia. El caso pudiera definirse como un conflicto de necesidades: necesidad de compañía animosa y protectora, que conduce al hombre hacia el amor a la sola mujer con quien se une perpetuamente; y necesidad de un contacto sexual que induce al mismo, para la satisfacción plena, a sujetos fuertes, y toscos o ignorantes, como en demanda del extremo opuesto a la delicadeza. Conflicto que, aun dentro de una sexualidad «ortodoxa», no es insólito en artistas o intelectuales, atraídos a veces a parejas definibles por alguna nota exótica, extraña o animal.

### Humor benévolo

Los apuntes de un viaje a la Unión Soviética en el verano de 1965 ocupan casi entero el capítulo VI, «La máquina del tiempo»: parecería que el reloj de la historia se hubiese parado un siglo atrás en el campo ruso o caucasiense. A pesar de que lo visto allí por Goytisolo no difería demasiado de lo vivido en la España del primer franquismo, el relato del viaje se diría presidido por un humor benévolo, bajo los efectos distensivos de la confesión transcrita en el capítulo antecedente. Ver juntos en un mismo hotel moscovita a Sartre-De Beauvoir, Dominguín-Lucía Bosé, Juan-Monique, y conocer a través de estos últimos las reacciones de las tres parejas ante la vida soviética y sus percances con entrevistadores y guías, no deja de ser aliciente para historiadores atentos a los menudos hechos. La miniatura de «libro de viaje» (viaje oficializado y burocratizado por los anfitriones) posee un interés más literario que político.



TINO GATAGAN

Por último, «No es moro todo lo que re-luce» (capítulo VII) presenta en tercera persona desprendida (y a veces en segunda persona autocontemplativa) al «forastero» o «expatriado» que llega a Tánger en 1966, toma un piso desde donde se entrevé a lo lejos la «cicatriz» de la madrastra España, va internándose en el laberinto de la ciudad africana, escribe a Monique, lee a los clásicos (Góngora sobre todo), deambula y cohabita con un africano «montaraz», y empieza a concebir el imaginario asalto a la España sagrada (*Reivindicación del Conde Don Julián*).

Al entendedor de la novelística de Juan Goytisolo la autobiografía *En los reinos de taifa* no brindará importantes novedades, pues ya dentro de sus novelas últimas ha teorizado Goytisolo (acaso más de la cuenta) acerca de su arte, y las interpretaciones críticas ajenas en torno del mismo son todo menos escasas. Lo más nuevo en esta segunda entrega autobiográfica es el relato «memorial» de la vida

política y literaria en París y de los viajes, por un lado, y, por otro, la sinceridad «confesional» del capítulo consagrado a Monique Lange.

Dice el autor en su último párrafo:

«La memoria no puede fijar el flujo del tiempo ni abarcar la infinita dimensión del espacio: se limita a recrear cuadros escénicos,

capsular momentos privilegiados, disponer recuerdos e imágenes en una ordenación sintáctica que palabra a palabra configurará un libro. La infranqueable distancia del hecho a lo escrito, las leyes y exigencias del texto narrativo, transmutarán insidiosamente fidelidad a lo real en ejercicio artístico, propósito de sinceridad en virtuosismo, rigor moral en estética. Ninguna posibilidad de escapar al dilema: reconstruir el pasado será siempre una forma segura de traicionarlo en cuanto se le dota de posterior coherencia, se le amaña en artera continuidad argumental. Dejar la pluma e interrumpir el relato para amenguar prudentemente los daños: el silencio y sólo el silencio mantendrá intacta una pura y estéril ilusión de verdad» (pág. 309).

Aunque el silencio mantenga tal ilusión de verdad, bueno es en todo caso dejar testimonio de lo experimentado antes que el tiempo concedido acabe. Ha sido común costumbre relegar a la vejez las memorias o testimonios acerca de la propia vida, y así lo hicieron en España, por ejemplo, Azorín y Baroja, Gómez de la Serna o Cansinos Assens, Corpus Barga o Francisco Ayala, entre otros, aunque Unamuno compusiera más bien temprano unos recuerdos de niñez y mocedad, y José Moreno Villa o Rafael Alberti no tardasen, desde su exilio, en poner su vida en claro o evocar la perdida arboleda. Sin embargo, no está mal, está muy bien, que quienes piensen con fundamento que referir su vida y confesar sus secretos traiga claridad a ellos mismos y a sus lectores, acometan la tarea penosa de desnudar el corazón. Y no resulta extraño que el género memorial haya cobrado vigor —desusado entre españoles— alrededor del fin de la era de Franco, cuarenta años duradera. Alguno eligió el «diario» autoeducativo y crítico, sacando lo privado a la superficie pública, como Jaime Gil de Biedma (1974). Otros, como Carmen Martín Gaité (1978) o José María Vaz de Soto (1972-1982), prefirieron dar a sus recuerdos la forma del diálogo novelesco. Miguel Espinosa, en su póstumo *Asklepios* (1985), elaboró, con extraordinaria riqueza de ideación y emoción, una autobiografía mítica. En *Años de penitencia* (1975) y *Los años sin excusa* (1978) optó declaradamente Carlos Barral por las «memorias», como era lógico en un escritor cuya misión editorial tuvo tan vasta trascendencia en el proceso de las letras españolas. Juan Goytisolo ha escogido una proporcionada integración de las «memorias» y las «confesiones», y en esta segunda y más ardua variedad del estilo autobiográfico —caracterizada por la «sinceridad»— demuestra ser un excelente discípulo tardío de Rousseau.

Ponderaba un lúcido estudioso de la autobiografía el hecho de que ésta, además de la historia de la vida de su autor, es también una obra —concebida, preparada, escrita, dada a luz— y, en consecuencia, un suceso de esa vida, sobre la cual influye por una especie de retruque (Georges Gusdorf, «Conditions et limites de l'autobiographie», en G. Reichenkron y E. Haase, eds., *Formen der Selbstdarstellung*, Berlín, 1956, págs. 105-123). Cómo hayan de influir estos escritos autobiográficos de Juan Goytisolo en su futura labor creativa no puede preverse; pero cabe esperar tal vez un efecto clarificador y serenador. □

### RESUMEN

Gonzalo Sobejano comenta la segunda parte de la autobiografía del novelista Juan Goytisolo, que abarca desde los veinticinco a los treinta y cinco años, desde su exilio en

Francia hasta el reconocimiento de su predilección por lo árabe. La narración utiliza la vía de la autobiografía propiamente dicha, de la confesión, de la memoria o del diario.

Juan Goytisolo

*En los reinos de taifa*

Seix-Barral, Barcelona, 1986. 314 páginas.

# Juan David García Bacca, pensador de Dios

Por José Luis L. Aranguren

*José Luis L. Aranguren (Avila, 1909) fue catedrático de Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus obras figuran: Ética y política y Moral y sociedad.*

De Juan David García Bacca podría decirse que es, ahora que Ignacio Gómez de Liaño acaba de escribir sobre aquel extraño jesuita, nuestro Athanasius Kircher, auto-reducido a estado laical; no como él, en extravertida extravagancia, sino en su solo por escrito derramado barroquismo, que contrasta con la delicada y discreta urbanidad de su trato de gentes y, por supuesto, en su admirable saber universal. Tres siglos justos posterior al jesuita, alcanzó pronto renombre entre nosotros, desde su exilio, como lógico y teórico de la ciencia, en la primera época de la revista «Theoría», pero después, pese a los esfuerzos de nuestro común amigo Carlos Gurméndez, y a mi propuesta, hace ya unos años, de que le fuera concedido el Premio Príncipe de Asturias, su nombre estaba cayendo en un relativo olvido, contra el cual la Editorial Anthropos, la incansable editorial de sus, pese a la avanzada edad, siempre nuevas obras, está luchando esforzada y muy meritoriamente. De todas ellas la más reciente, con mucho la más voluminosa y la que vamos a comentar aquí, es *Qué es Dios y Quién es Dios*. Mas por tratarse de un libro de lectura difícil, a la vez, paradójicamente, mística y conceptista, científica y poética, asimismo matemática y musical —sí, literalmente habría que saber leer música para seguir no pocas de sus páginas—, polifónica siempre, aunque no sé si sinfónica también, enrevesada y coloquial, y porque, además, se me antoja que resume, en una trayectoria personal, todo un recorrido cultural colectivo, el de la Modernidad, se me permitirá que sitúe el sentido de su obra en las correspondientes coordenadas históricas.

Sí, como pienso, la religión, cada religión, es el núcleo originario de la correspondiente cultura, la cual, en su desarrollo, consiste en la secularización o mundana y humana apropiación, en mayor o menor grado, de

aquella, este proceso es muy claro por lo que se refiere a la religión cristiana y la cultura de la Modernidad. Esta, con el Renacimiento, se propuso recuperar, expresamente, la paginidad, que implícitamente —«politeísmo» del Dios Trinitario, el culto de los Angeles, la(s) Virgen(es), los Santos—, había sabido conservar dentro de sí el cristianismo. La Reforma, dando un paso, equivocadamente, en la misma/opuesta dirección, produjo un desenclausamiento o mundanización de la religiosidad, un «ascetismo intramundano», una interiorización de la fe e invisibilización de la Iglesia, así como (tributo al ingreso en la galaxia Gutenberg) una proclamación del «Libro solo», la Biblia (paralela a la de la «fe sola»). A seguidas, en esta misma dirección, la ciencia del siglo XVII llevó a cabo el «desencantamiento del mundo», es decir, la reducción de éste a «libro» también, pero escrito en lenguaje matemático. A continuación, y por emplear expresiones próximas al título de García Bacca, la pregunta «¿Qué es Dios?» fue desplazada por esta otra: «¿Existe Dios?», la cual, al ser respondida, todavía, afirmativamente, suscitó la cuestión de la teodicea o justificación, ahora no ya del hombre, como en Lutero, sino justificación ética de Dios, cuestión tratada, dicho sea no inoportunamente, por García Bacca al comienzo de su libro *Tres ejercicios literario-filosóficos de moral* (Anthropos, 1984). Frente al mal del mundo, la única «excusa» que, finalmente, se encontró a Dios fue el deísmo, es decir, su no-gobierno de él, su dejación a la «mecánica» de la naturaleza y las manos de los hombres.

Del deísmo a la reducción de la Persona Divina al Espíritu absoluto (Hegel), y de la teología a la antropología (Feuerbach), no había sino un paso que, desde luego, se dio, pero, al pronto, enconada, rencorosamente, en tanto que liberación «de» Dios, es decir, ateísmo como antiteísmo. Aplacado luego el rencor, el hombre se instaló en la empresa de la edificación del Reino del Hombre.

García Bacca así lo dijo, por cierto con claridad poco frecuente en él, sin duda porque donde lo dijo, en *Antropología filosófica contemporánea* (Anthropos, 1982), el autor «aparece aquí como “habla”, no cual puede y suele “escribir”», en estas palabras: «Ya no



Juan David García Bacca.

creemos “sincera y vitalmente” ser a imagen y semejanza de Dios», al contrario, «la tentación moderna es en el fondo del fondo el programa de ser dioses», pues «se trata de intentar nuestra divinización».

Pero García Bacca, curándose en salud —es una «tentación, la tentación moderna»— se da cuenta a sí mismo y da cuenta a sus lectores de que no podemos traspasar sino transfinitándonos (Cantor) los límites de la «antropología», de nuestro «problema» de ser, nada más, nada menos, que hombres. El hombre y la metafísica, agrega García Bacca, glossando a su modo, en otro libro, *Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología* (Anthropos, 1984) a Heidegger, «irrumper» en el mundo como, podríamos decir, «el» nuevo «acontecimiento» real. ¿Cuáles han sido, están siendo, serán las consecuencias de este acontecimiento? Antes de llegarnos, por fin, a lo que García Bacca nos dice, por modo independiente, en el libro objeto principal del presente estudio, y fieles a nuestro propósito de enmarcar su difícil pensamiento en los con-

textos actuales, examinemos por separado las dos respuestas, conexas entre sí, que, desde el punto de vista físico y cosmológico, parece pertinente traer aquí: la respuesta antrópica y la respuesta mística.

## La respuesta antrópica

La respuesta antrópica, adelantada por el físico John A. Wheeler y dada rotundamente en el libro *The Anthropic Cosmological Principle* (Oxford Press, 1985), prolonga la reflexión rigurosamente antropológica que estamos estudiando, que no excluye, sin embargo, radicalmente, un posible teísmo más bien terminal que principal. Este «principio antrópico» es, en realidad, cuádruple. Conforme a su primera formulación, aplicación cosmológica de la antigua afirmación «el hombre, medida de todas las cosas», el mundo, creado o evolucionado, ha resultado a la medida del hombre: «el “mundo” en que vivimos es el mundo en que “vivimos”», mundo «para» el hombre». En esta formulación estribaría el posible asidero actual de la prueba teleológica de la existencia de Dios. Dando un paso más —segundo principio o «fuerte», frente al anterior, «débil»— se afirma que la vida en general, la vida humana en especial, sería imposible si las leyes de la naturaleza no fueran exactamente como son. Leibniz hablaba de los muchos mundos posibles y de que el nuestro, el real, es el mejor de todos ellos.

Para estos cosmólogos no sería simplemente el mejor, sino «el único posible». Según la tercera formulación, que toma su punto de partida en el principio de indeterminación de Heisenberg, ningún universo propiamente dicho podría existir sin «observadores», que, por lo tanto, no son simplemente tales, sino que «participan» activamente en su ser. El mundo es como es porque el hombre, observándolo participativamente, lo hace ser así, «ser es ser percibido», dijo Berkeley. El distinguido filósofo J. S. Toulmin se ha mostrado sensible a esta manera de ver: el universo no es un «lugar» y no hay un mundo «en sí», separado de su descripción. En fin, según el



ALBERTO URDIALES

Viene de la página anterior



cuarto principio, o principio final, la vida humana es indestructible porque de otro modo desaparecerían los observadores-participantes, que son los sustentadores del universo. Esta participación sustentatoria, siempre creciente, desembocará en un estado final, semejante al Punto Omega de Teilhard de Chardin, de plena realización a cargo del universo, con el imprescindible concurso del hombre, del Dios que adviene, divinización de un universo terminal en el cual, por la obra del hombre, se habría logrado o logrará la plena encarnación, universalización o mundanización de Dios.

### La respuesta mística

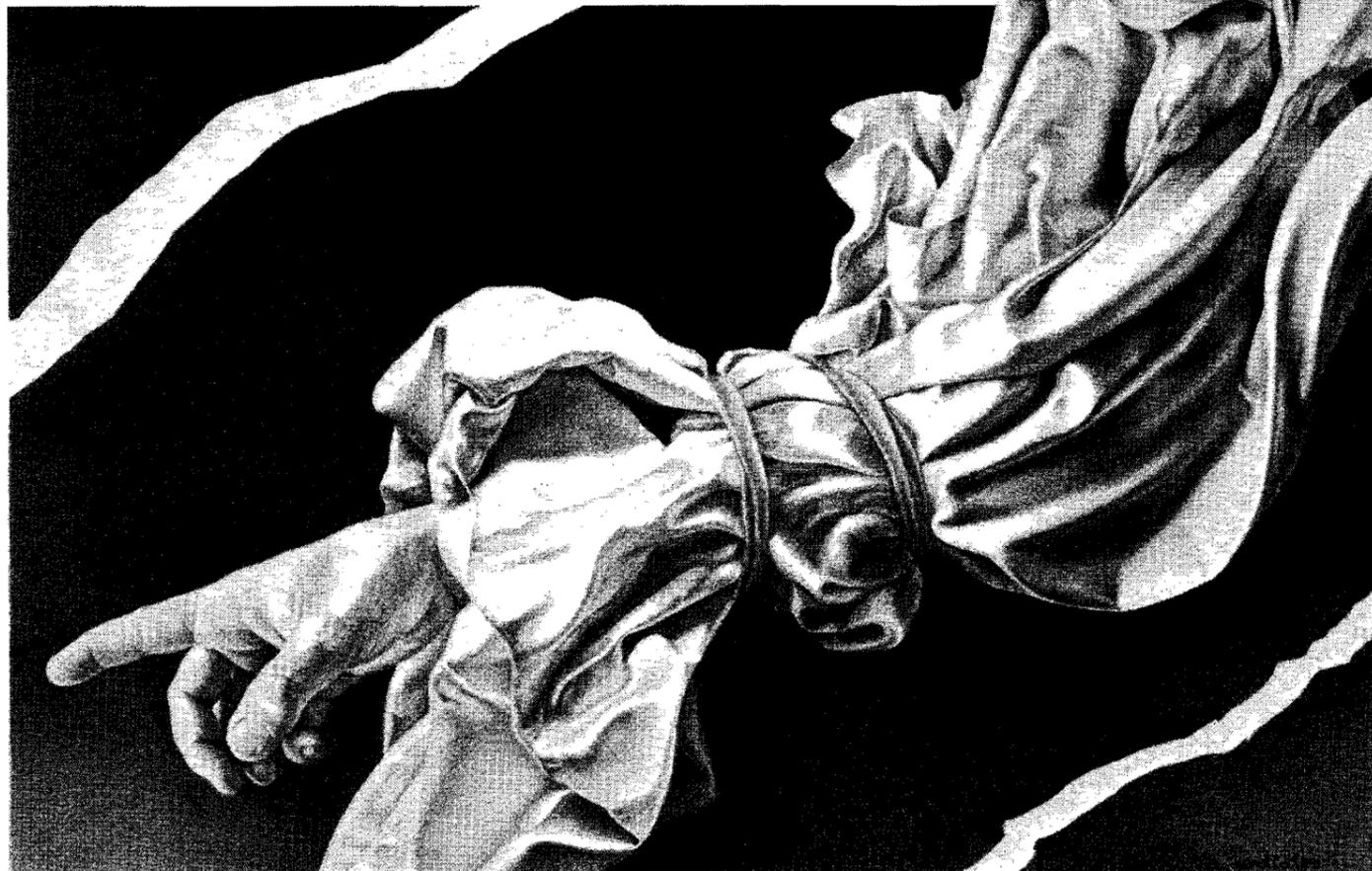
Está, como ya se sugirió, directamente emparentada con la anterior, pero junto a la interpretación estrictamente antropológico-antrópica de Wheeler, se encuentra presente en esta respuesta una influencia del pensamiento oriental, a la luz de los escritos de John Blofeld y Frithof Capra, en obras tales como las de Joseph C. Pearce; *The Medium, the Mystic and the Physicist*, de Lawrence Le Sahn (Viking Press, 1974); y *Mysticism and the new Physics*, de Michel Talbot (Bantam Books Inc., 1980). Lo que llamamos percepción del universo sería algo así como la proyección por nuestra conciencia de una suerte de caleidoscopio cósmico, de una especie de «superholograma» o construcción de imágenes en relieve, de una supertelevisión que no se limitara a reconstruir una realidad previa a ella, sino que construyese «de toutes pièces» esa supuesta realidad, cuya objetividad se desvanecería reduciéndose a mera proyección de nuestro gnoseológico televisor. Dicho de otro modo, un «sueño» intersubjetivo y, por ende, válido como «verdadero» pero sin referente, invención pura, constructo estructurado por la conciencia y la palabra, objetividad como producto de la subjetividad humana o intersubjetividad. Pues, expresado con palabras de Pearce, «el espíritu refleja un universo que refleja el espíritu». Y volviendo al principio antrópico y a Heisenberg, esa observación y participación de la que antes se hablaba, afectaría de modo tan radical a la llamada realidad que consistiría en su estructuración «a radice». Estaríamos pues en los antipodas de aquella concepción física, cara a Eugenio d'Ors, según la cual sólo es comprensible científicamente aquello que se puede intuir y dibujar. Cabría objetar, parece, que la auténtica realidad sería el proceso físico matemático que estudian los científicos, pero ¿es que ese proceso no es «también» una construcción mental?

Bien, mas ¿por qué denominar «mística» a esta respuesta? Porque su comprensión última es puramente espiritual e —influencia oriental— desasida de todo utillaje verbal y conceptual. La religión conserva un puesto aquí pero, por decirlo así y como en el «ateísmo» budista, más allá de la religión misma: religión sin Absolutos ni Trascendencias, mero sistema de símbolos vueltos sobre sí mismos, es decir, sobre la conciencia que los crea. O dicho en lenguaje tecnológico actual, religión como metaprograma para la construcción del universo; bien entendido que tal metaprograma, en tanto que programa, es, él mismo, andamiaje o provisional construcción.

Sí, las religiones positivas han sido las formas primordiales de supuesta reconstrucción, en verdad construcción «ab initio» de realidad. Y las culturas profanas correspondientemente emanadas de ellas no han sido sino su secularización, es decir, su «traducción».

### La respuesta de García Bacca

Hemos seguido hasta aquí el proceso moderno de reducción de la teología y también de reducción o, si se prefiere, de subordina-



ALBERTO URDIALES

ción del sentido de la cosmología a antropología. Y hemos oído hablar a la ciencia, más o menos imbuida de filosofía e influida, sobre todo, por la mística oriental. El profesor García Bacca, desandando el camino del pensamiento, vuelve a la pregunta trascendente, la pregunta por Dios, aunque, como veremos, se enfrentará, inseparablemente, con la del mundo o universo.

Así pues, qué es Dios, pregunta filosófica, y quién es Dios, pregunta teológica. Pero él las va a responder filosóficamente desde luego, asimismo científicamente, también místicamente (en lenguaje «castellano de Juan de la Cruz y Teresa de Jesús»), poéticamente (Rilke y Antonio Machado) y hasta musicalmente. Y empieza con aquella palabra poética de Rilke, «Giro al derredor de Dios... y aún no sé si soy Halcón, Tempestad o un gran Cántico». No soy lo primero, no soy Halcón que hace presa en El, para convertirlo en Dios «mío». En «este» sentido yo no diría que García Bacca pueda ser adscrito a la respuesta antropológico-antrópica: «a Dios ni se le apresa ni se le asalta». Según el verso, el hombre «gira en derredor» de Dios (compárese con el «Erring» de Mark Taylor y lo que escribí sobre él en el número 3 de esta misma revista). «Tempestad», es decir, ya lo vimos antes, «irrupción», sí ha sido y es el hombre. Y «Cántico», portavoz de El, lengua, «altavoz y amplificador del universo, coajustado con la base de él, de todo lo de él» (página 55 de *Necesidad y azar. Parménides-Mallarmé, Anthropos*, 1985), también. (En este «otro» sentido sí es el suyo un pensamiento antrópico.)

Pero volvamos a las preguntas iniciales. La pregunta «qué es Dios» es, en principio, pregunta por la esencia. Pero «Dios no puede tener esencia», Dios, como le decía el lego fray Francisco a fray Juan de la Cruz, «es lo que él se quiere», justamente porque no se deja apresar. Apresarlo es conceptualizarlo, definirlo, «empalabrarlo», lo que también se hace con superlativos o llamándole «infinito»: conceptos, palabras, comodines, en definitiva detención, estancamiento de la vida, o sea, entropía. Pero la vida es anti-entropía (Schrödinger).

Al llegar aquí García Bacca hace suyo, y reitera como «ritornello», aquello de Goethe: Quien tiene ciencia (físico-matemática) o arte (para el autor, fundamentalmente, música)

ya tiene religión. Quien no tiene ni ciencia ni arte, tenga religión. Dios no habla. «¿Habló Dios? No es Dios» (Schiller). Dios fluye. Así pues el Dios palabra y credulidad debe ser tomado como un «arcaísmo», como un «fósil verbal» (*Qué es Dios y quién es Dios*, págs. 542-544).

¿Será más procedente hablar de lo divino, en tanto que «invariante» y «necesario»? (pág. 533). Lo divino del universo no puede hablar por sí, irrumpe a través del hombre, tiene que hacerlo por estos «*médiumes*» que «por arte de superlusionistas fabrican con ojos, oídos, mente, lo que en su orden hacen televisor, fotografía, fonógrafo» (pág. 514). (Compárese con la que hemos llamado «respuesta mística».)

Por tanto las preguntas «qué es Dios» y «qué es lo divino» nos llevan, «sin evasivas», a la cuestión de «qué es el hombre y quién es el hombre», es decir, «de teo-óntica y teo-logía a antropo-óntica y antropología» (pág. 533). Y el hombre resulta ser así «lo que él se quiere ser», lo que de Dios decía fray Francisco, el des-finitador, des-definidor y trans-finitador de la tierra y el universo (pág. 534, véase también *Infinito, Transfinito, Finito*, Anthropos, 1984). ¿El único? ¿Puede haber otros? La respuesta, piensa García Bacca, es aventurada. Pero, afirmación de interés para los aficionados a la cosmología y los extraterrestres, «la presencia y eficiencia de las moléculas básicas de la vida en mundos tan remotos como la nebulosa M 82 nos indica que la existencia de otros trans-finitadores es posible, o sea, realmente probable» (pág. 534).

### RESUMEN

Pese al esfuerzo de seguidores y discípulos, el nombre del filósofo español Juan David García Bacca está cayendo en un relativo olvido. La editorial Anthropos ha publicado ya varios libros de Bacca, como éste, objeto del comentario de José Luis Aran-

García Bacca termina su libro con ocho apéndices sobre la Creación según los conceptos empalabrados en hebreo (*Génesis*), latín (*Vulgata*), griego de Hesiodo y griego de Platón, palabra musicalizada de Haydn y experiencia musical de Beethoven y, en fin, según los conceptos cosmológico de Einstein y cosmogónico de Friedmann y Jordan.

La obra termina con estas palabras: «El físico-matemático actual ofrece a todos: filósofos, teólogos, cosmólogos, la sugerencia de una solución, con amplio abanico de posibilidades. (...) El Autor de esta obra ofrece al Lector, paciente de ella, una sentencia de Carl Gunnar Myrdal —el gran economista sueco, y uno de los mayores economistas mundiales— que ayudará a poner de manifiesto la tonalidad de esta obra: "En general, los hombres no quieren que se les enseñe a pensar, prefieren que se les diga qué han de creer." El Autor de ella ha intentado que los hombres, los lectores, aprendan a pensar, y que no prefieran que se les diga qué han de creer.»

Y, en efecto, hace pensar, mucho, porque es profundo y porque es difícil. A pensar y —poesía, mística, música— a sentir y a escuchar. El hecho de estar escrito, simultáneamente, en cinco o seis lenguajes diferentes, no traducidos ni, piensa el autor, traducibles unos a otros, añade dificultad o, más bien, es fuente principal de ella. Es, si me permite el autor y admirado amigo, el un tanto macarrónico, pero doy por supuesto que de su gusto, juego de lenguaje, el resultado de la «incommunicatio idiomatum». □

Juan David García Bacca

*Qué es Dios y quién es Dios*

Anthropos, Barcelona, 1986. 580 páginas.

# Modernidad clásica: La «Sintaxis» de Apolonio

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «Emerita» y «Española de Lingüística», el Diccionario Griego-Español y la «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos».

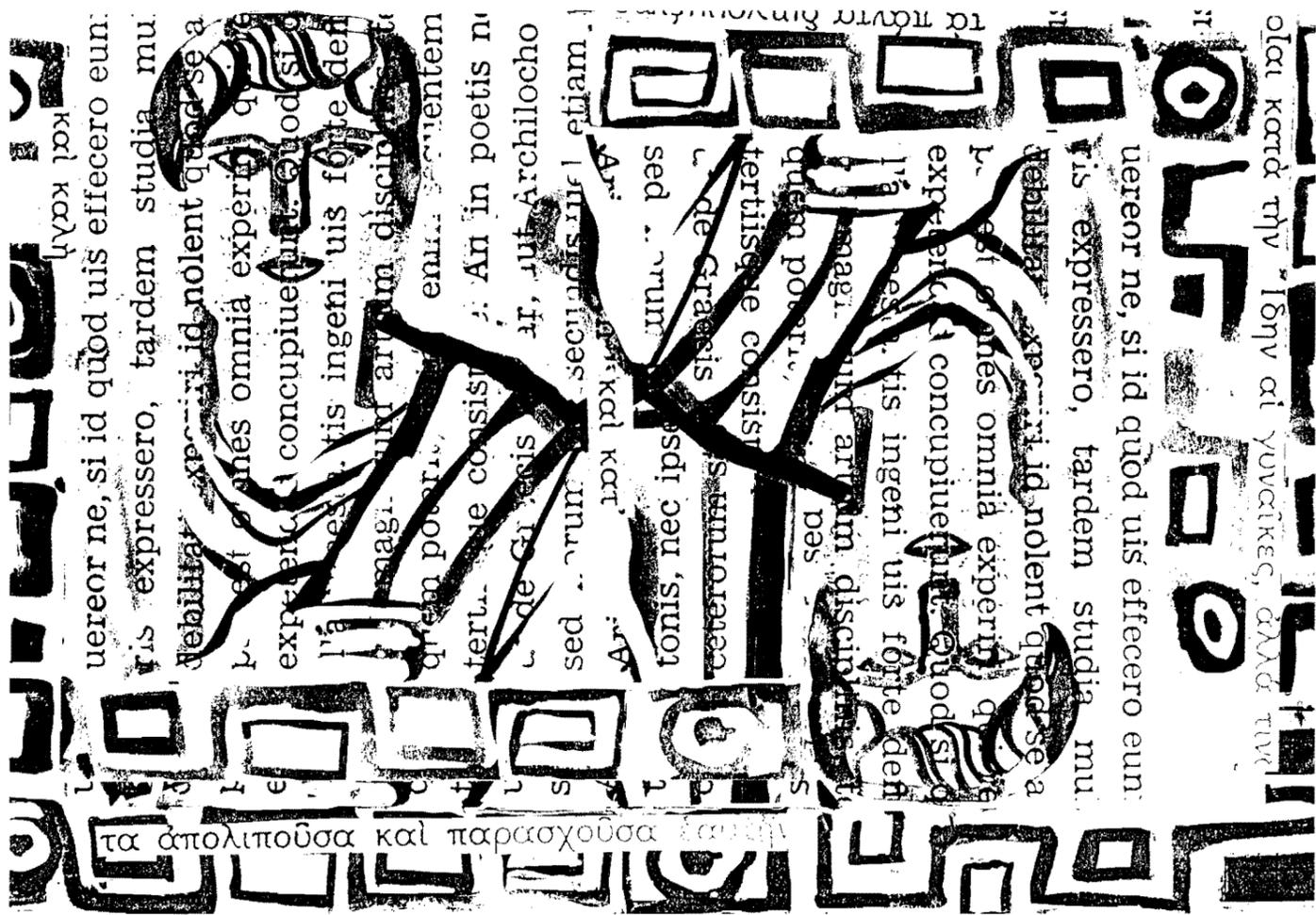
Pienso que la recentísima aparición de la traducción española de la *Sintaxis* de Apolonio Discolo, obra, igual que la introducción y las notas, de Vicente Bécares, merece un comentario por un doble motivo. De un lado, por el interés que el libro en sí puede tener para todos los cultivadores de la Lingüística: lo mismo desde el punto de vista histórico que desde el teórico. De otro, porque el libro hace el número 100 de la «Biblioteca Clásica Gredos» y ofrece la oportunidad de llamar la atención sobre la aportación que a nuestra cultura está haciendo esta serie, así como sobre el elevado número de traducciones de los clásicos que vienen publicándose en España desde hace algunos años.

Comencemos por lo primero: es bien claro que casi toda nuestra teoría lingüística y gramatical, incluidas las últimas escuelas, hunde sus raíces en Grecia: de un lado, en la tradición filosófica (Platón, Aristóteles, los estoicos y los escépticos sobre todo), de otro, en la filológica que viene de Alejandría. Todos los manuales y tratados de Historia de la Lingüística, disciplina tan cultivada últimamente, así lo reconocen. Pero ocurre algo que yo subrayaba en un artículo sobre el tema publicado hace pocos años («Teorías lingüísticas de la Antigüedad: panorama actual y considerada», en «Revista Española de Lingüística», 13, 1983, pág. 1 y ss., sobre todo pág. 11) y que Bécares subraya también ahora a propósito de Apolonio (en la pág. 36 de su «Introducción»): para la teoría lingüística y gramatical de la Antigüedad vivimos sustancialmente de exposiciones y juicios de segunda mano, que se repiten sin leer las obras originales.

Y, sin embargo, una lectura directa permite, de una parte, profundizar en el análisis, descartar opiniones estereotipadas y erróneas: Bécares lo hace ver muy bien cuando critica a los críticos de Apolonio que le acusan, nada menos, que de no saber precisamente lo que es sintaxis, ¡un término que viene del título de su obra! «La réplica más inmediata a tales detractores —dice Bécares— consistiría en preguntarle en virtud de qué principio consideran mejor su concepto de sintaxis que el de Apolonio.» Pero no es sólo esto: sobre sintaxis, igual que sobre fonología, semántica, sistema de la lengua, etc., se encuentran en los gramáticos antiguos muchísimas cosas de innegable modernidad, que pueden ser un estímulo para nosotros. Como lo fueron, por ejemplo, para Saussure, que en tantos puntos sigue ideas de Aristóteles y otros. Y podrían haberlo sido para los fonólogos de Praga y los generativistas, que se encontraron a posteriori con que sus concepciones tenían innegables precedentes antiguos. Los hay igualmente de otras concepciones diferentes: las de tipo más particularista como la Gramática histórica o la Sociolingüística o la Teoría del Estilo.

## Gramáticos antiguos

Y hay en los gramáticos antiguos —griegos y latinos— muchas cosas ocultas que nos están aguardando. Si tardan en descubrirse es por el terrible problema que a tantas y tantas ciencias plantea el especialismo reinante. Los cultivadores de la Lingüística General raramente poseen el dominio de los instrumentos de trabajo necesarios para lanzarse a la inves-



ASUN BALZOLA

tigación directa y personal de las fuentes antiguas. Y los filólogos clásicos, debido a la infausta separación que en muchos países se da entre el cultivo de la lengua y el de la literatura, carecen a su vez, las más veces, de preparación lingüística, salvo si se trata de la que podríamos llamar gramática filológica —inventarios y clasificaciones de datos— y de la histórica. Cuando ambas especializaciones, la lingüística y la del conocimiento de las literaturas antiguas, coinciden en una persona, es seguro que de aquí se seguirán descubrimientos. Saussure fue un buen ejemplo, Eugenio Coseriu es uno mucho más reciente.

Es notable que en España se hayan mantenido posiciones tradicionales, que en realidad arrancan de los griegos, consistentes en aunar el estudio de la lengua y de la literatura: así ha sido casi siempre en la escuela de Menéndez Pidal, para el español, y así es con frecuencia para las lenguas clásicas. Por lo que respecta al tema que nos ocupa, no se han producido todavía grandes estudios de conjunto, pero podrían citarse los nombres de media docena de estudiosos jóvenes que han publicado cosas interesantes descubiertas por ellos en los gramáticos antiguos, griegos y latinos, simplemente leyéndolos con un conocimiento de la Lingüística moderna, sobre todo de la de base estructuralista.

A este grupo pertenece muy notablemente el autor de la traducción de la *Sintaxis* de Apolonio que aquí comentamos. A Vicente Bécares, profesor titular de la Universidad de Salamanca, le debemos ya un *Diccionario de terminología gramatical griega* (Salamanca, Universidad, 1985). Recoge términos gramaticales griegos muy numerosos, con frecuencia no conocidos o insuficientemente interpretados. Hay que advertir que el trabajo en este campo no es nada fácil. Pues la tradición gramatical griega ha llegado a nosotros muy incompleta: un epitome del *Arte Gramatical* de Dionisio Tracio, algunas obras (no todas) de Apolonio Alejandrino y de su hijo Herodiano, sobre todo. Mejor conservada está la tradición gramatical latina, que sirve de utilísimo complemento. Pero se trata de obras raramente comentadas o estudiadas a fondo y raras veces traducidas. Baste decir que en el caso de

la *Sintaxis* que comentamos existían hasta ahora solamente dos traducciones: una alemana de A. Buttman (Berlín, 1877) y otra inglesa de P. W. Householder (Amsterdam, 1981). La primera muy atrasada, la segunda demasiado teñida de generativismo para darnos una idea fiel del original.

Por ello es un servicio el que se presta a todos los lingüistas —no sólo a los españoles— con la publicación de la presente traducción, fiel y ceñida al texto, con notas explicativas siempre que es necesario. Y también con la publicación de la «Introducción», que exorciza una serie de ideas erróneas sobre nuestro autor.

## Línea filológica

Apolonio es colocado dentro de la línea «filológica» de la Gramática griega, aunque no deje de tener deudas respecto a la filosófica, a los estoicos notablemente. Representa un nivel de análisis más elevado que el que se centra en las partes de la oración o clases de palabras: estudia su organización en el discurso, dando los modelos normales de la oración y estudiando a partir de aquí los anómalos. Por más que su finalidad esté puesta en la enseñanza, procede mediante análisis sistemáticos de base analógica. Sobre la rección y la coordinación, el uso del artículo y el pronombre, la función del nominativo y los demás casos en relación con el verbo, las oraciones de relativo como síntesis de dos oraciones independientes, etc., dice cosas de notable modernidad; y otras que deberíamos estudiar para reexaminar nuestras ideas. No es que todo podamos aceptarlo: su empeño en hallar un sentido especial, diferente del del complemento directo, al genitivo de rección, pienso que es erróneo (pero hay lingüistas modernos que lo aceptarían). En todo caso, la lectura de Apolonio, difícil desde luego (a ello alude seguramente su mote de Discolo, «difícil»: otros dicen que a su carácter), es siempre estimulante. Va un abismo de leerlo a leer las tres o cuatro vulgaridades, si no errores, que traen los modernos tratados de Historia de la Lingüística.

Tiene, pues, creo, un significado importante el que los editores de la «Biblioteca Clásica Gredos» hayan querido subrayar la importancia de este autor asignándole el número 100 de su colección. Tras 99 volúmenes dedicados a los autores de las literaturas griega y latina, viene un maestro de la tradición gramatical antigua. Podía haber sido Dionisio Tracio, más antiguo que Apolonio (éste es del siglo II d. C., Dionisio del I a. C.), cuyo Manual ha ejercido un vastísimo influjo: pero es una obra de Morfología escolar, de la que nos ha llegado sólo un epitome. Y la *Sintaxis* de Apolonio es un tratado casi íntegro, muy personal además, la más importante de sus obras conservadas. En cuanto a los gramáticos latinos son, por supuesto, importantes: pero Varrón se ha transmitido muy fragmentariamente y Prisciano, el más amplio de los conservados, deriva principalmente de Apolonio.

Precisamente a través de Prisciano, sobre todo, fue conocido Apolonio por la posteridad, influyendo, entre otros, en nuestro Brocense. Luego su influjo se extinguió, injustamente. Hoy nos hallamos ante un instrumento para que sea mejor conocido por un público más amplio de lingüistas.

Ninguna edad está más necesitada que la nuestra, en el campo de la Lingüística, de una penetración de las ideas generales nacidas del estudio de una lengua particular en el patrimonio común de los lingüistas. Pues sucede una cosa extraña: el universalismo que hoy se impone y que derriba toda clase de barreras, transporta a todas partes puntos de vista terriblemente particularistas. En realidad, ya Apolonio, como todos los griegos, cuando especulaba sobre el griego creía que estaba diciendo cosas de valor universal: cosa que sólo en cierta medida era exacto. Luego, en la Edad Media y en la época del Humanismo, el Latín es «la lengua» y los franciscanos que escribían gramáticas de las lenguas indígenas de América encontraban en ellas, por ejemplo, el sistema de los casos latinos. De todos modos, muchas ideas nacidas del estudio del griego y el latín tienen una vigencia o univer-

Viene de la página anterior



ASUN BALZOLA

sal o amplia; el particularismo de otras ha sido hace tiempo reconocido. Pero hoy estamos en el dominio del inglés y los primeros generalistas nos ofrecían unos universales que eran en realidad unos universales... del inglés (luego se ha caído a veces en la cuenta de ello, aunque el recurso a la estructura profunda, para salvarlo, es una solución casi peor). En nuestro país, hoy, es demasiado frecuente la confusión del español o castellano con «la lengua» y de la Lingüística General con lo que es, más bien, Gramática española.

Por eso publicaciones como esta que comentamos no pueden ser sino beneficiosas en el ambiente cultural de nuestro mundo, dominado por los especialismos y por las modas que atraviesan irresistibles las fronteras. Piénsese que si propuestas para los nuevos planes de las Facultades de Filología que están hoy en estudio son aceptadas (y esperamos que no), vamos a tener licenciados en Lengua española (y otras lenguas románicas y Lingüística y Literatura generales) que no han saludado el latín ni el griego y licenciados en Clásicas que no han estudiado el español en la Facultad. ¿Qué tipo de Lingüística General o de otra cosa general (o cultural, simplemente) va a salir de ahí? Consolémonos pensando que, al menos, los filólogos clásicos españoles están haciendo el esfuerzo de poner a disposición del público culto aquellos textos cuyo interés es general y que, en su lengua original, son cada vez menos accesibles.

**Movimiento renovador**

Con esto paso ya a la segunda parte de este comentario: al movimiento que está renovando en España, en estos momentos, las traducciones de los clásicos greco-latinos. Dentro de este movimiento, la «Biblioteca Clásica Gredos» ocupa en estos momentos el primer lugar. La aparición de su volumen número 100 es una buena ocasión para felicitar a la editorial y a sus dos asesores, don Sebastián Mariner Bigorra y don Carlos García Gual. Y es una buena ocasión para felicitarlos a nosotros mismos y a toda la cultura española de que, junto a esos síntomas de espe-

cialismo empobrecedor y de sujeción a las modas, encontremos la aparición de estos otros instrumentos de cultura y de trabajo que permiten al que tenga voluntad y talento para ello sumergirse, a pesar de todo, en las viejas fuentes de todo verdadero universalismo.

Junto con otras colecciones a las que luego haré alusión, esta «Biblioteca» viene en realidad a sustituir a la vieja «Biblioteca Clásica» de la Editorial Hernando, dirigida en tiempos por don Marcelino Menéndez y Pelayo, que tanto hizo por el conocimiento en España de las literaturas griega y latina y por su influjo en nuestras letras. Este influjo se encuentra en nuestros mejores escritores de fines de siglo y de la primera parte de éste: a veces ha sido estudiado, muchas otras no. Detrás de ese influjo está, las más veces, la vieja colección de la «Biblioteca Clásica», que ellos atesoraban entre sus libros.

Pero las traducciones deben renovarse para adaptarse al nuevo lenguaje y, por supuesto, a las nuevas ediciones de los textos antiguos, al mejor conocimiento de los mismos. ¿Cómo íbamos a seguir viviendo, para Tucídides, de la vieja traducción de Diego Gracián, secretario de Carlos V, traducción llena de errores? ¿O para Heródoto de la venerable, pero ya pasada, del P. Pou, del siglo XVIII? ¿O para Aristófanes de la de Federico Baraibar, que nos hace sonreír con sus pasajes sexuales en latín?

Hoy la «Biblioteca Clásica Gredos» ofrece ya un elenco bastante completo de las antiguas literaturas. Más en el caso del Griego, al que corresponden más o menos las tres cuartas partes de los volúmenes: esta desproporción debería corregirse. En el caso del Griego, aún faltan autores esenciales, como Tucídides o Aristófanes, pero los más de los grandes clásicos se han publicado ya. Y tanto para el Griego como para el Latín se ha superado el antiguo criterio clasicista y se publican toda clase de autores, desde el comienzo mismo hasta el final del Imperio romano: historiadores, filósofos, novelistas, autores técnicos, poetas menores, etc. Esto es importante: con mucha frecuencia se trata de las primeras traducciones al español de algunos autores y textos. Van acompañadas de buenas —a

veces excelentes— introducciones, en ocasiones obra de especialistas distintos de los traductores. Y de muy útiles notas.

Por supuesto, en cuanto a criterios de traducción, estilo y rigor pueden encontrarse diferencias: pero no cabe duda de que, en conjunto, nos encontramos ante un nivel satisfactorio. Ojalá el rápido ritmo de publicación de esta serie (comenzada en 1977) continúe. Sería importante que, tanto en Griego como en Latín, se completaran pronto los clásicos más esenciales, para los que a veces es más difícil encontrar un buen traductor.

**Modesto «boom»**

Hay que hacer constar, por otra parte, que esta «Biblioteca» es, de todos modos, sólo una parte del modesto «boom» («boom» de todos modos) de las traducciones de los clásicos en España. Quiere decir esto que la curiosidad o el interés por los clásicos no decae, sino que crece en nuestro país entre el público en general: lo cual es una noticia optimista, que contrasta con otras menos optimistas de nuestra cultura académica u oficial.

Naturalmente, no voy a dar aquí un catálogo de la producción española en este campo: podría hacerse con ayuda de los volúmenes de la *Bibliografía de los Estudios Clásicos en España*, que publica la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Pero sí conviene mencionar algunos datos.

**RESUMEN**

*El profesor Rodríguez Adrados resalta la aparición de la Sintaxis, de Apolonio Díscolo, ya que piensa, al igual que el autor de esta edición, que en el campo de la teoría lingüística*

Después de la guerra civil la renovación de las traducciones de clásicos estuvo a cargo, sobre todo, de la «Biblioteca Clásica» de Hernando, que comenzó una renovación de su antigua serie (yo mismo publiqué en ella traducciones de Tucídides y Esquilo) y de la serie del Instituto de Estudios Políticos, que publicó importantes traducciones (acompañadas del texto antiguo) de Platón y Aristóteles, sobre todo. Desgraciadamente, estas series dejaron de hacer nuevas publicaciones hace ya bastantes años, si bien se han reeditado a veces.

Las nuevas publicaciones fueron abiertas, principalmente, por la «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos», comenzada en 1971 por la Editorial Alma Mater, de Barcelona, bajo la dirección de don Mariano Basols de Climent; hoy ha pasado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y continúa publicándose. Han aparecido ya más de 50 volúmenes, con texto griego o latino en edición crítica o revisada y traducción española. Es una colección paralela a otras extranjeras bilingües y contiene ediciones y traducciones importantes; solamente su ritmo de publicación es más lento que el de la colección que comentamos.

Pero no es sólo esto: muchas traducciones nuevas han salido en diversas editoriales, sobre todo Alianza Editorial, Lumen, Bruguera, Aguilar, Iberia, Planeta, Akal, Cátedra, Espasa Calpe, Juventud, Editora Nacional (desgraciadamente desaparecida), Bosch (con el texto antiguo), etc.

Puede decirse, en definitiva, que prácticamente la totalidad de las antiguas traducciones han sido sustituidas por otras nuevas: a veces (por ejemplo en el caso de Homero o de varias tragedias de Eurípides) las traducciones nuevas son múltiples. Otras veces, como en el caso de Apolonio, algunos autores se han traducido al español por primera vez. Hay que añadir traducciones diversas al catalán y al gallego.

Este es el panorama que queríamos presentar en relación con la traducción de la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo por Vicente Bécarares y con la totalidad de la «Biblioteca Clásica Gredos», que saca con ella su número 100. Todo ello es expresión y consecuencia del movimiento de renovación de los estudios clásicos en España en los últimos decenios. Con las lagunas que este movimiento pueda presentar, no puede negarse que, con estas traducciones y otras obras diversas, se ha hecho un esfuerzo para acercar la cultura clásica al público culto y para profundizar en ella. La aparición del presente volumen debe entenderse dentro de este panorama: panorama que tiene como contrapartida una aceptación en amplios sectores. Es, paradójicamente, en ciertos niveles académicos y pedagógicos donde se siente más la resistencia de un anticlasicismo y un antihumanismo desfasados, que pretenden devolver a nuestro país a los tiempos de la ignorancia generalizada de las lenguas clásicas.

A veces nos hacen mirar con preocupación el futuro no ya de la cultura clásica, sino de toda la cultura literaria y lingüística de nuestro país. Pero la publicación de obras como las que comentamos es un testimonio de lo que, para la intercomunicación entre todos los sectores culturales, se puede hoy hacer y se está haciendo. □

**Apolonio Díscolo**

**Sintaxis**

Ed. de Vicente Bécarares Botas. «Biblioteca Clásica Gredos», Gredos, Madrid, 1987. 411 páginas.

# La laguna Estigia

Por Antonio Saura

**Antonio Saura (Huesca, 1930), pintor de formación autodidacta, interviene en la fundación, en 1957, del grupo El Paso. Sus primeros «collages» son de 1961. Ha realizado numerosas exposiciones individuales y colectivas dentro y fuera de España. Entre otros posee el Premio Guggenheim, Bienal de Lugano, Bienal de Heidelberg. En 1982 se le concedió la Medalla de Oro de las Bellas Artes.**

Uno de los cuadros del Museo del Prado que, desde la adolescencia, ha constituido motivo de permanente fascinación, es «El paso de la laguna Estigia», de Joaquín Patinir. Esta pintura, para siempre situada en el personal «museo imaginario», permanece asociada a un período pictórico de carácter onírico estrechamente relacionado con el surrealismo, en instantes de sublección y huida de la realidad mortecina de nuestro país. Todavía hoy la contemplación de este cuadro provoca un inmediato «vuelco de la mirada» semejante al de entonces, una aguda sensación de penetrar repentinamente en el fundamento o esencia de aquello que, a falta de otras palabras, podría calificarse de «misterio pagano».

El poder simbólico del cuadro de Patinir, asociado —como en toda buena pintura— a su propia esencia plástica, no proviene solamente de cuanto representa —en este caso la conducción de un alma al infierno—, sino también de una poética intensidad lograda mediante la acentuación de una atmósfera muy especial. Respiración cortada frente a la perfección de la inmovilidad: la pureza y transparencia de un clima de cámara neumática acentúa el misterio de un espacio en el que cabe imaginar la prolongación del eco hasta el infinito. Imagen de la detención del tiempo. Escenario mental. Representación del «verdadero paisaje del inconsciente». Misterio puro, apenas contaminado de plástica o literaria fantasía: lugar de premonición, depósito de capturas, propicio espacio para el resurgir, aspecto de vida detenida, suspensión de los sentidos, memoria cristalizada. Tensa y contradictoria situación en donde lo informe y lo conformado, el cristal y la atmósfera, el hielo y la llama, la naturaleza y el símbolo, parecen existir fijados en semejante indiferencia vital. Lugar total, situado indefectiblemente en el ámbito de la nostalgia, propicio a la reflexión y al surgimiento del recuerdo. Paraíso paralizado, pozo profundo e hipnótico, espejo reflectante, abismo para el preciso, flotante, ingravido y humano punto central a partir del cual emanan los destellos de la máquina estética. Bastaría el menor temblor para provocar el cataclismo, el despertar del monstruo, el confuso resurgir del pasado.

Esta lejana fascinación ha sido reavivada, y de qué forma, durante la lectura de *La montaña blanca*, de Jorge Semprún, pues si bien ya desde las primeras páginas del libro el cuadro hace su aparición bajo forma de envío postal como augurio del laberinto, el contenido latente de su atmósfera premonitoria, fijada, apacible y a un tiempo amenazadora, parece estar presente en todo el transcurso del relato. Es más, la carga maléfica y fatal que se desgaja de la pintura, se constituirá no so-



«El paso de la laguna Estigia», de Joaquín Patinir (Museo del Prado).

lamente en el escenario subyacente de un espacio mental en el que el narrador, lúcidamente, situará el rompecabezas de unas vidas entremezcladas, sino también en la médula emblemática del relato y en la clave del destino de sus protagonistas. La pintura, en este caso, precede a la narración, sirviéndole al escritor para amplificar la resonancia simbólica del proyecto, condicionándolo en cierto modo hasta un cumplimiento situado precisamente dentro de una lógica fatal, relacionada tanto con la tensión del relato como con el aura simbólica e intemporal que del espacio pictórico se desgaja. La pintura, pues, interfiere maléficamente el destino de unos protagonistas, y no solamente de forma anecdótica —clave o llamada—, sino en el interior mismo de dos lenguajes antagónicos que, una vez más, se complementan e iluminan mutuamente.

Relámpagos de vida, tormentas de la memoria, alzamientos en torres cristalinas, refugio o escondite en cuevas y bosques. En la llanura azulada de *La montaña blanca*, de Jorge Semprún, aparecerán, bajo nuevas conformaciones, traspasando el laberinto, girando interminablemente en círculos concéntricos, los temas obsesivos y permanentes de un espacio interior. Persistencia de la memoria, irrupción de la duda, fijación de lo aleatorio, tiempo confundido. Tal realismo mágico, teniendo como escenario un acotado espacio mental, se verifica en aquel punto central flotando en la laguna, en donde el presente y el pasado, confundidos, se interfieren de precisas fragmentaciones. La imaginación novelesca aparece como «reflejo de un reflejo», mostrando la belleza o la crueldad del desconcertante mecanismo del recuerdo.

La multiplicidad de centros irradiantes, el retorno obsesivo a la experiencia personal, la precisión y la distancia a través de las cuales el escritor articula las facetas de un sistema narrativo, confieren a *La montaña blanca*, dentro de la práctica entomológica propia del novelista, una especial acuidad: las capturas serán disecadas, analizadas, aunque su decidido inacabamiento, que se corresponderá con una concepción general de lo inacabado, quedará incluido en una unidad provista de una transparente y superpuesta precisión. La organización del laberinto, la perfección del rompecabezas, su propia polifonía, obe-

deciendo a la pasión literaria de la ramificación, la discontinuidad, la contraposición, la interferencia y el síncope —y en menor medida a un proceso imaginativo— responden esencialmente a una compleja prefiguración en la memoria.

El paisaje del libro nos muestra —evidencia y transparencia— el desciframiento de un desencanto ya situado en la morada última de una compartida desilusión. Una memoria «llena de cenizas» sustituye, en doloroso vacío, la fenecida utopía, y el discurso histórico, político y cultural, su propia germinación en otros dominios, permanecerá inseparable de tales razones, fundiéndose la controversia con la nostalgia; hasta el erotismo, refugio final como el arte y la literatura, permanecerá condicionado, cuando no inscrito, en un ámbito ideológico. La irrupción del pasado logra aniquilar el presente, y un presente fantasmagórico parece permanecer ineluctablemente atado a un pasado tanto o más fantasmagórico que el presente.

Quemaduras, dolores, lamentaciones, horrores y olvido: estos sufrimientos, tan presentes en *La montaña blanca*, son también las representaciones de los ríos infernales que surcaban Hades, el mitológico reino de la muerte. El brumoso Estige, transformado en laguna, representa no solamente el horror, sino también la tristeza y la melancolía. En la simbología, los ríos pueden representar, según los casos, la vida o la muerte, siendo el lago, sin embargo, el ojo de la tierra por el que sus habitantes interiores pueden contemplar la vida exterior. El lago es también símbolo del abismo, imagen del país de los muertos, así como rutilante atracción de un mundo ilusorio que conduce a los humanos, mediante el engaño, hacia la muerte. En la pintura de Patinir, la bruma legendaria ha desaparecido, abriéndose en parte el cielo para hacer resaltar el recorte preciso del horizonte, la rígida tersura de la superficie líquida, y la penumbra de ambas orillas. Es decir, que mediante un artificio plástico y conceptual, el pintor ha logrado crear, en la repentina fijación de un espacio reflexivo, enigmático e intemporal, el más bello paradigma pictórico de la condición humana.

En cultural carambola, en insólita aproximación de mundos expresivos contrapuestos, tales condiciones se ven metafóricamente reflejadas en la obra de Jorge Semprún. Siendo evidente la correspondencia existente entre la resonancia simbólica de un mito, una pintura que lo refleja de forma especialísima, y una obra literaria que lo contiene de forma no menos insólita —el escritor tuvo buen cuidado de dejarlo indicado desde las primeras páginas del libro—, cabe preguntarse, no obstante, en qué medida los mecanismos del azar objetivo, la permanencia cultural del mito y su insospechado desvelo, así como la correspondencia plástica situada por encima de la evidencia narrativa de una pintura, han colaborado en acentuar la resonancia literaria de una clave primigenia.

En el tema del color, por ejemplo, en la presencia constante e insidiosa de un color, el azul. «Entrar en el azul», en el lenguaje simbólico, es entrar en un mundo imaginario que comprende el despego de la realidad o la transformación de la misma. Simbolizando lo inmaterial y eterno, el azul es también representación de la muerte, y en algunas civilizaciones constituye el color mortuorio por excelencia. Pues bien, tal color aparece repetidamente, no sólo como referencia pictórica que surca el relato —la obra y la vida del pintor Nicolás de Stael, muerto dramáticamente en 1955—, sino también como respuesta simbólica de un drama: azul obsesivo de la laguna y de su cielo —ese azul que la reproducción mecánica deforma o altera—; inquietante azul del cielo de Madrid —ese azul casi insoportable de densidad ligera, de interminable azulado—; azul de un desnudo que desata la fascinación erótica —aquel cuerpo nunca visto, aquella alegría—; azul proustiano, sin mezcla alguna, «con tan inagotable riqueza que se podría profundizar más y más en su sustancia sin encontrar un átomo de otra cosa que no fuera ese mismo azul».

«Añil» será la única palabra posible en la despedida del protagonista español de *La montaña blanca* al hundirse definitivamente, en las aguas de la laguna Estigia, al desaparecer en la terrible laguna de frontalidad hipnótica, siempre presente, tramposamente ofrecida como un manto endurecido. «Añil» que resumirá, en absurdo y vertiginoso instante de claridad, la clave de la larga travesía, provocando el pavoroso y amontonado golpear de vivencias y situaciones. Repentina cristalización: «azul de abril y de añil, cielo indigo. Cielo intensamente azul sobre las calles en cuesta, camino del parque, en Madrid. Río añil hoy, en el horizonte, en el atenuado aunque desgarrador estruendo de las palabras que se agolpaban en su memoria como los gritos del afilador antaño». Terrible añil cambiante de sentido: glacial espacio de la laguna azul, ojo terrible, espejo del tiempo que acaba por recobrar, tras la captura del navío de la melancolía y la decepción, su tersura eterna y engañosa. □

Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

En el próximo número

Artículos de Emilio Lledó, Federico Sopena, Xesús Alonso Montero, José María Castellet, Francisco Ynduráin, Gabriel Tortella, José García Santesmases y Carlos Sánchez del Río.

## RESUMEN

Al «museo imaginario» del pintor Antonio Saura pertenece *El paso de la laguna Estigia*, de Joaquín Patinir, que se encuentra en el Museo del Prado. La publicación de la última novela de Jorge Semprún, *La montaña*

*blanca*, en la que, desde las primeras páginas, aparece la referencia al citado cuadro, le lleva a Saura a interrelacionar arte y literatura en este artículo, motivado, a la postre, más que por la «lectura» del libro por su «visión».

Jorge Semprún

*La montaña blanca*

Alfaguara, Madrid, 1987. 304 páginas.

## La fragilidad del Bien

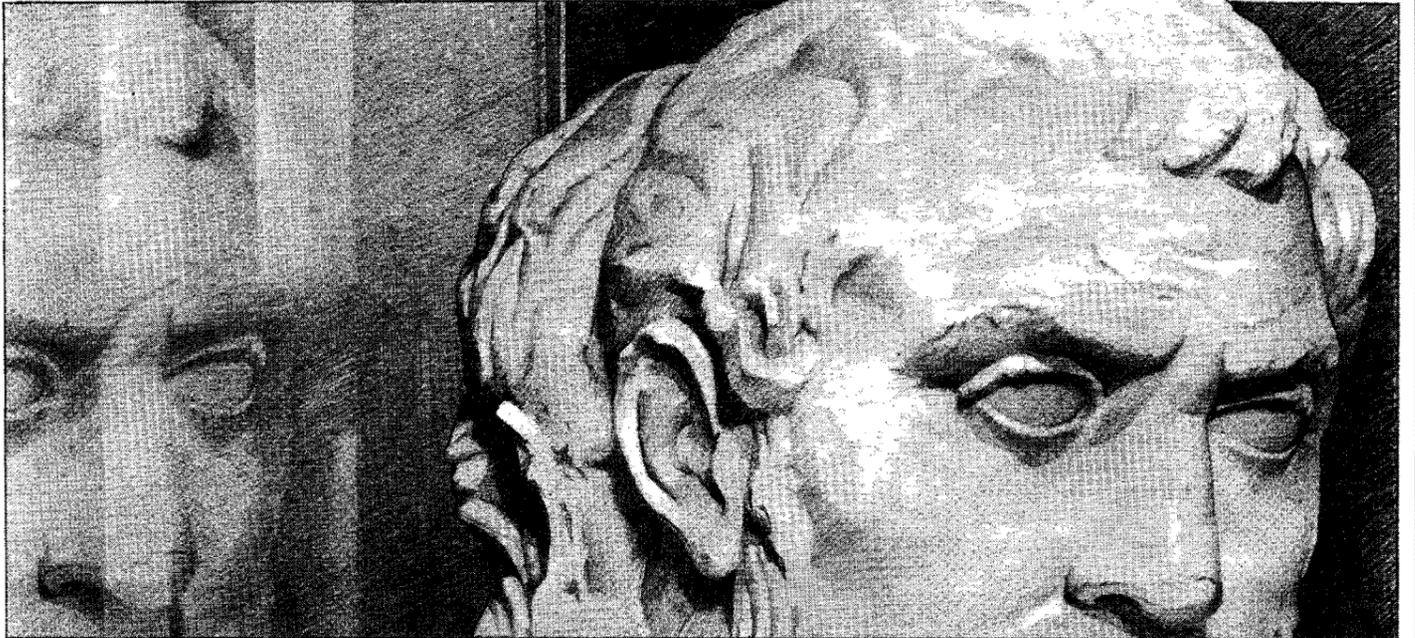
Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg, y «Fellow» de Wissenschaftskolleg, «Institute for Advanced Study», de Berlín. Entre sus libros se encuentran: Filosofía y lenguaje, El epicureísmo y La memoria del Logos.

Uno de los rasgos principales de la cultura contemporánea es su capacidad de comunicación y, por consiguiente, su estructura lingüística. En un mundo como el nuestro, donde los signos y sus posibles mensajes invaden continuamente el territorio de los objetos, podría ocurrir que el sistema de las imágenes fuera más importante que la realidad, que el mundo de las cosas. Efectivamente, una realidad no dicha, no interpretada, sólo tendría sentido para el individuo concreto y único que la experimenta, para una consciencia privada que, al no poderla comunicar, la absorbe y aniquila en el espacio íntimo de su subjetividad. Es cierto que los seres humanos viven en un mundo de significaciones más que en un mundo de cosas; pero el predominio de las imágenes, la fabricación de mensajes y opiniones, los abundantes medios para comunicar, para hacer oír, para hacer ver, incluso para hacer sentir y entender, acaban por construir una extraña y contradictoria «forma de mundo» cuya simple estructura ontológica consiste en el medio en que la transporta y en el carácter efímero con que ese medio la impregna.

Los viejos conceptos que han alimentado, durante siglos, el vocabulario de la política, de la ética, de la metafísica, y que se expresa en palabras como «bondad», «justicia», «belleza», «ser», «verdad», etc., acaban por disolverse en esa danza. En otras épocas esos términos fueron también objeto de singulares presiones. En la primera parte de su *Antropología*, Kant había ya descrito esa doble semántica con la que sus usuarios han adornado semejantes abstracciones; pero, al menos, aunque fuesen objetos «ideologizados», mantenían un cierto anclaje «ideal» en la historia. Su ser se sustentaba en un proyecto teórico que los hombres negaban frecuentemente con sus obras y afirmaban, sin embargo, con sus difusos anhelos. El horizonte de «valores», no muy claramente definidos, estaba siempre en la frontera donde al parecer se determinaba la calidad de nuestras intenciones.

También en el ámbito exclusivo de la investigación, los historiadores de las ideas han



ARTURO REQUEJO

intentado descubrir el sentido de los textos en donde esos conceptos se encuentran y analizar los elementos que componen un significado; pero una cierta «inercia académica» ha acabado sepultando tantos meritorios esfuerzos en un osario terminológico difundido, de mil maneras, por la industria de la cultura.

### Ética y tragedia

La alusión a estas cuestiones ha surgido, en principio, por la lectura del libro de Martha C. Nussbaum, profesora de «Philosophy and Classics» de la Brown University. Como el subtítulo de la obra indica, se trata de un estudio sobre «fortuna y ética en la tragedia y en la filosofía griegas». En él, la autora pretende interpretar el contenido que encierran ambos conceptos, enfrentándolos, a través de los textos de Esquilo, Sófocles, Platón o Aristóteles, con las situaciones a las que se refiere su contexto literario. Pero, además, se nos propone un sugestivo ensayo metodológico. Efectivamente, «nuestra tradición filosófica anglo-americana investiga textos de ética haciendo que sea el intelecto el único interlocutor válido; sin dejar que intervengan en el diálogo las emociones, los sentimientos y la sensibilidad». Nussbaum desarrolla una tesis con-

traria en varios lugares de su libro, proyectándola también al hecho mismo de su propia escritura, de su propio estilo literario. El estilo filosófico «tradicional» en el que, según Iris Murdoch, se esfuerzan «dura e inequívocamente» por expresarse los filósofos, es insuficiente para descubrir aquello que, de alguna forma, compromete o ha de acabar comprometiendo nuestra imposible neutralidad. Este supuesto «apasionamiento» que un historiador no tendría que ocultar se manifiesta ya en el tema que, en distintas variaciones, organiza las jugosas páginas de esta obra.

La teoría ética ha querido poner sus cimientos en un suelo donde los mortales aparecen guiados por principios que sólo la inteligencia conoce y determina. Según esta tesis que, sobre todo en el kantismo, ha sistematizado una buena parte de la filosofía moral, los seres humanos trazan sus proyectos como si la razón fuese el único ingrediente que articula las acciones y el imperativo categórico no experimentase otros motivos de desfallecimiento que los que brotan de su libre y autónoma voluntad. Una ética, pues, de criaturas «racionales» funcionando en un mundo «realmente» racional, no deja de constituir un hermoso sueño. Pero el mundo no es racional, ni, por supuesto, el hombre. El azar amenaza el posible curso coherente de los acontecimientos y el mismo hombre encuentra, en la propia estructura de su singular existencia, una compleja mezcla en la que ni siquiera predomina el Logos, sino la pasión, la costumbre, el deseo. Por consiguiente, si la ética, la teoría de los fundamentos que sostiene el comportamiento colectivo de los seres humanos, olvida ese conglomerado de azar y de deseos impulsado por un ideal de racionalidad, ¿nos encontraremos ante una «filosofía de las cosas humanas» como pretendía Aristóteles? Y si, por otra parte, asumimos el compromiso de explicar e interpretar todos esos componentes «irracionales», ¿llegaremos, efectivamente,

te, a una teoría definida por la coherencia, por el Logos, por la intersubjetividad?

### Los latidos del pasado

El libro de Nussbaum se ha atrevido a abordar esta oposición entre la que fluye todo eso que solemos denominar el Bien; y, al situarlo en tan delicada frontera, ha dado un paso decisivo para iluminar con nuevas y variadas luces tan oscurecido y yermo concepto. La autora había dado ya muestras, a pesar de su juventud, de una competencia excepcional en el estudio del mundo griego. Prueba de ello es, entre otros trabajos, su edición del *De motu animalium*, de Aristóteles (Princeton, 1978); pero esta nueva obra se libera ya de las rigurosas ataduras a las que el editor de un texto crítico tiene que ceñirse, y pone su gran erudición al servicio de una perspectiva muy original en el diálogo con el mundo clásico.

En un momento como el que atravesamos en nuestro país, donde la trivialización y la ignorancia han apostado por olvidar, como elemento esencial de formación y del cultivo de la crítica y la inteligencia, la experiencia del mundo y la interpretación de esa experiencia que hicieron los griegos, sentirse responsable del pasado, pretender leerlo de nuevo, liberarlo de la, a veces, pesada carga de la tradición, recobrarlo en el latido de sus propias contradicciones, en el inagotable frescor de su mensaje, es una tarea de un excepcional alcance científico y educativo. Precisamente ahora es más importante que nunca descubrir verdaderos sentidos en la palabra de los clásicos. Es cierto que una pesada retórica ha aplastado buena parte de sus experiencias singulares, convirtiéndolas en satinada escuela de tópicos vacíos. Es verdad también que dómines impenitentes falsearon, tontamente, su letra y su

### En este número

|                      |     |                         |     |
|----------------------|-----|-------------------------|-----|
| Artículos de         |     |                         |     |
| Emilio Lledó         | 1-2 | Francisco Ynduráin      | 8-9 |
| Federico Sopena      | 3   | Gabriel Tortella        | 10  |
| Xesús Alonso Montero | 4-5 | José García Santesmases | 11  |
| José María Castellet | 6-7 | Carlos Sánchez del Río  | 12  |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



## La fragilidad del Bien

espíritu, pero bastaría con leer algunas de las miles de páginas inolvidables que nos legaron los griegos para descubrir qué quiere decir sensibilidad, qué quiere decir inteligencia, qué quiere decir «ser parte de lo humano».

La autora, consecuente también con su metodología, ha llevado su investigación no sólo al dominio «filosófico», sino al «literario», aunque es consciente que tal división es ajena a los escritos de los griegos, por mucho que fueran los inventores de estos «géneros». «Nadie piensa en las obras de los poetas épicos y trágicos como si fueran menos serias y menos verdaderas que los tratados en prosa de los historiadores y filósofos.» Los capítulos segundo y tercero de esta obra, así como el apéndice, tratan de Esquilo, de la *Antígona* de Sófocles, de la *Hécuba* de Eurípides. El dilema que anteriormente se ha mencionado aparece en la tragedia como una desgarradura. La vida discurre en un entramado que teje la fortuna, la desgracia, el destino, la violencia, los designios que hacen sufrir a determinadas estirpes, la incompreensión, la ignorancia. La tragedia que Esquilo nos cuenta enfrenta distintos niveles de un sacrificio. Agamenón se encuentra ante la alternativa de inmolarse a su hija Ifigenia para aplacar la cólera de Artemis o no poder cumplir la promesa de ayudar a los griegos en su cerco a Troya. Agamenón está forzado a elegir, pero ¿es esto una elección? Su voluntad se enreda en lo trágico; su decisión arrastra no sólo el dolor propio sino la muerte ajena. Ya no sabemos dónde está el Bien, dónde la «buena voluntad». Se elige en un mundo resquebrajado, y la fragilidad del bien se pone de manifiesto en que, como en el caso de Eteocles en *Los siete contra Tebas*, no hay alternativa inocente.

Este mundo de la suprema vulnerabilidad, como vemos también en el enfrentamiento de Antígona y Creonte, muestra un aspecto insaciable e inalcanzable del Bien. Las condiciones de posibilidad del mundo trágico no permiten el establecimiento de un bien ideal, de un bien «frío» que se elige desde los inapelables dictámenes del Logos. Toda decisión

caldea el ánimo de quien la toma. Todo bien es una perspectiva que incide oblicua y, a veces, sangrientamente, en otros. Estas fuerzas que la tragedia conduce hasta el paroxismo presentan, a pesar de todo, una cara real. En niveles mucho más distendidos, el bien se da siempre como algo creado por la elección misma, por la decisión, por el espacio histórico o mítico que ciñe inevitablemente la vida.

### La contemplación del Bien

Platón insistirá en esta vulnerabilidad del bien y en el dominio de la apariencia, de la privación y la imperfección que arrasa todos los posibles proyectos ideales. No queda otra salida que inclinarse del lado del Logos. El Bien es, pues, la «contemplación» del Bien, y esa contemplación ha de estar libre del peso del cuerpo, de las miserias que dominan el mundo de las cosas, atadas siempre a la materia y, en consecuencia, a la fragilidad y a la muerte. Pero Platón es consciente de que la «purificación en el logos» no es fácil. En el *Protágoras*, *República*, *Banquete*, *Fedro* encontramos los estadios de una pugna dialéctica que lleva desde la negación del cuerpo y la sensibilidad hasta, como en el *Fedro*, tener que reconocer la fuerza de lo irracional, el imperio de ese impulso erótico que arrastra y «hace conocer». ¿Seguiríamos siendo humanos si dejáramos de percibir esa forma plena de sentir y entender? ¿Puede la existencia aceptar esas fuerzas y someterlas, hasta cierto punto, a los dictados de la razón práctica?

Aristóteles va a llevar a cabo esta empresa. Su peculiar ontología le hace destacar el papel fundamental de la «apariencia», del «phainomenon». Al interpretarla, nos interpretamos también nosotros en ella, porque también somos apariencia. Nuestro ser está supeditado a esa realidad temporal que se desgana en contenidos históricos, en «convivencia». Somos lo que hacemos; pero el hacer deber ser sumiso a la «phrónesis», a esa forma humana de la razón que se adecua a la apariencia de las cosas, a la «dóxa» y a sus limi-

taciones. Vivimos en la «apariencia» porque nacemos instalados en una realidad poderosa y frágil como es el lenguaje. Y de la misma manera que el mundo de las cosas se nos presenta como «tyche», como azar, el lenguaje se nos ofrece también azorosamente, porque está sujeto siempre al posible engaño, a la posible falsedad.

Precisamente las grandes palabras como el Bien o el Mal son las más sensibles para su manipulación o para su vaciedad. Porque estas palabras hay que aprenderlas en su «realidad», en el bien o en el mal diario, en el bien o en el mal que engendramos. Si el mundo se nos presenta como «phainomenon» y como azar, el aprendizaje del Bien será un aprendizaje práctico. Adecuado a esa cara ambigua de lo real, el hombre tiene que construir un instrumento que, ayudándole a nivelar su desarrollo personal en función de los otros, le ayude además a encontrar consistencia en sí mismo. Esta construcción es la «areté», la excelencia, la capacidad de superación más allá de los límites concretos de la naturaleza.

El Bien es, pues, un maravilloso y arduo sistema de relaciones y tensiones. Aceptar su fragilidad es aceptar la historia, aceptar el mundo. Por eso la «filosofía del hombre» se refiere, más que a la idea del Bien, a la manera de «poder ser buenos».

Nussbaum supone que los capítulos del libro décimo de la *Ética Nicomáquea*, en los

que se destaca el carácter eminente de la «vida teórica», contradicen el espíritu que anima la filosofía aristotélica y el hilo argumental de su ética. Cuestiones como éstas y como la importancia que la amistad de Dión hubiera podido tener en los cambios de perspectivas del *Fedro*, o los problemas metodológicos que comporta un nuevo planteamiento de la escritura filosófica, necesitarían una larga discusión. Todo el libro está, sin embargo, recorrido por problemas en los que, de verdad, palpita el deseo de plantear el destino del hombre y su relación con el frágil bien, desde la dura experiencia de esa «realidad» que la autora, como nos cuenta en el prólogo, vivió con la trágica muerte de su amiga Eunice Belgium. Esta experiencia no es algo ajeno a la obra, como no son ajenos aquellos otros problemas que emergen, lúcidamente, en momentos concretos de su investigación. Nada de ello quita verdad y vigor intelectual a su discurso, que, consecuente con su pretensión metodológica, entrelaza esas experiencias personales con un extraordinario saber.

Un ejemplo, también, de que la investigación sólo se propicia en el ámbito cálido de lo colectivo son esas referencias a todas aquellas Universidades donde Martha Nussbaum leyó partes de su libro y a todos aquellos colegas que intervinieron en las discusiones suscitadas por esas lecturas. Un ejemplo envidiable. □

### RESUMEN

En un momento como el presente, en el que la trivialización y la ignorancia han hecho olvidar la experiencia del mundo y la interpretación que de esa experiencia hacen los griegos, es importante descubrir, piensa el

profesor Lledó, verdaderos sentidos en las palabras de los clásicos. Es lo que ha intentado hacer la autora de este libro sobre fortuna y ética en la tragedia y en la filosofía griega.

Martha C. Nussbaum

*The fragility of goodness. Luck and ethics in Greek tragedy and philosophy*

Cambridge University Press, 1986. 544 páginas.

Cualquier centro cultural, institución o persona que desee recibir esta revista puede solicitarlo por escrito a SABER/Leer. Fundación Juan March, c/ Castelló, 77. 28006-Madrid.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia.

SABER

Leer

Revista crítica de libros

---

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

## SUMARIO

|  | Págs. |
|--|-------|
| «La fragilidad del Bien», por Emilio Lledó,<br>sobre el libro <i>The fragility of goodness</i> , de Martha C. Nussbaum   | 1-2   |
| «Leonard Bernstein: un mito explicado», por Federico Sopeña,<br>sobre el libro <i>Leonard Bernstein</i> , de Peter Grandenwitz   | 3     |
| «Sobre lírica gallego-portuguesa», por Xesús Alonso Montero,<br>sobre el libro <i>A poesía lírica galego-portuguesa</i> , de Giuseppe Tavani   | 4-5   |
| «Novelas de espías», por J. M. Castellet,<br>sobre los libros <i>El espía perfecto</i> , <i>El partido de Londres</i> y <i>El mito de Bourne</i> ,<br>de John le Carré, Len Deighton y Robert Ludlum | 6-7   |
| «A la espera de la última hoja», por Francisco Ynduráin,<br>sobre el libro <i>La hoja roja (versión teatral)</i> , de Miguel Delibes   | 8-9   |
| «Braudel y la mediterraneidad», por Gabriel Tortella,<br>sobre los libros <i>La Méditerranée. Les hommes et l'héritage</i> y <i>Une leçon d'histoire de Fernand Braudel</i> ,<br>de autores varios   | 10    |
| «La inteligencia artificial», por José García Santesmases,<br>sobre el libro <i>Machine learning: Applications in expert systems and information retrieval</i> ,<br>de R. Forsyth y R. Rada          | 11    |
| «Más allá de la física», por Carlos Sánchez del Río,<br>sobre el libro <i>Aufbau der Physik</i> , de Carl Friedrich von Weizsäcker   | 12    |

# Leonard Bernstein: un mito explicado

Por Federico Sopeña

Federico Sopeña (Valladolid, 1917) ha sido catedrático y director del Real Conservatorio Superior de Música, así como director del Museo del Prado. Es académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros libros, de Historia de la Música Española Contemporánea.

«For me, every music is serious» (L.B.)

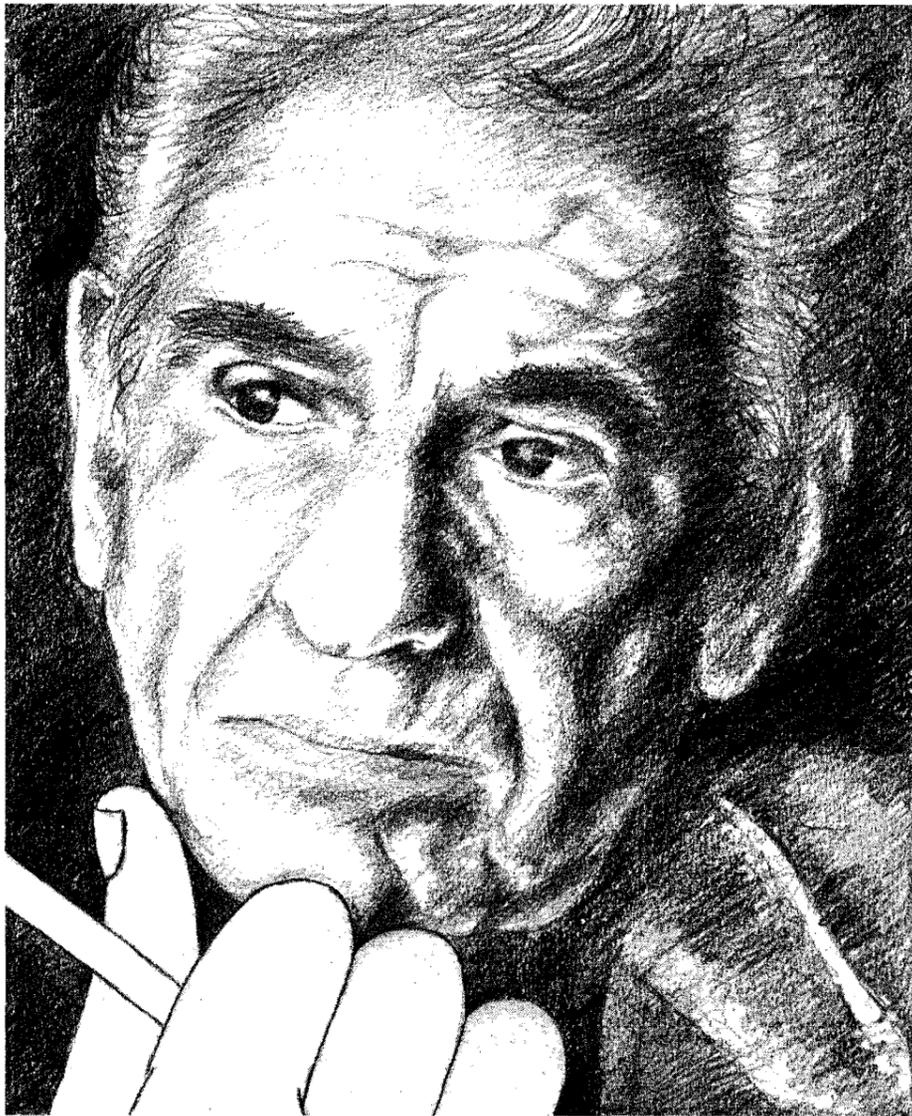
Nunca se vio cosa parecida en un concierto: ni con Von Karajan, ni con Karl Böhm, ni con Georg Solti, ni con Maazel. No sólo colas y reventa al máximo, sino intelectuales, políticos, que estrenaban su asistencia a un concierto. Aparecieron en el Real dispuestos al entusiasmo máximo, y después de la prisa por entrar, el quedarse boquiabiertos y el «bravear» inmediato: Leonard Bernstein dirigía en Madrid a la Filarmónica de Viena. Bastante antes, la Televisión nos daba desde Viena no sólo las cuatro Sinfonías de Brahms, sino el prólogo doblado de una lección magistral sobre el compositor. Un poco más tarde, un perfecto reportaje sobre los cuidados ensayos de una representación de «West Side Story», donde nuestro José Carreras, tenor si los hay, se plegaba como un niño a las indicaciones, mejor dicho, a ese vértigo sostenido que explica que aun en disco su «Falstaff» nos arrebatara de principio a fin. No era sólo Bernstein: era Nueva York con su grandeza, y no menos con la historia que teníamos delante.

No se puede hablar sino con mucha cautela de «nacionalismo musical» en la música de los EE.UU. antes de Bernstein. Su poeta romántico, Whitman, el autor de «Hojas de hierba», amaba Beethoven y la ópera italiana. La Metropolitan Opera House de Nueva York era desde comienzos de siglo un verdadero El Dorado para los cantantes —con Caruso a la cabeza— que iban de la Scala de Milán a los contratos fabulosos. Paralelamente, la Filarmónica de Nueva York contratada a Mahler y a Toscanini. Era, pues, Europa, como lo eran las fabulosas colecciones privadas de pintura. Sucursal de esto, la verdadera Europa, desde París: los matrimonios de la vieja aristocracia, bonapartista, orleanista y borbónica con riquísimas americanas, Singer o parecidas, contribuían a las bellas locuras de los años veinte. Madame Polignac, una Singer, hizo que Falla llevase a sus salones los muñecos del «Retablo».

## Comedias musicales

Un músico americano de Connecticut, Charles Ives, con la libertad inaudita de ganar su vida como agente de seguros, mezcla en sus sonatas, en sus «lieder», en sus sinfonías, una lección no aprendida, sino inventada, incorporando todo lo europeo, desde el romanticismo hasta un Schönberg inventado pero realísimo. ¿Para quién componía? Para el Nueva York de Bernstein. Porque folklore de base no había, mejor dicho, sí lo había, pero radicalmente opuesto al europeo, que tenía lo popular como mito, lo popular campesino y legendario. El «jazz» por una parte, la canción por otra, Gershwin en el centro, eran el supuesto radicalmente ciudadano que culmina en las comedias musicales de Broadway: yo recuerdo de mi estancia en Nueva York, sí los conciertos, sí la ópera con Pavarotti, pero al lado y por encima, la comedia musical de Broadway. Eso y la Universidad, con Harvard a la cabeza, sueño encarnado para los menesterosos profesores europeos.

Todos esos capítulos, su realidad y sus deseos simultáneos y sucesivos, los relata Grandenwitz en su exhaustivo libro. En alemán hay el buen libro de Artur Holde (*Leonard Bernstein*, Berlín, 1961), y de Nueva York vino el



MERCE DARBRA

de Jack Gottlieb (*Leonard Bernstein: a complete catalogue of his works*, Nueva York, 1978). Es curioso: ninguna publicación importante en lengua francesa, si se exceptúan entrevistas y crónicas. Es una fortuna que tengamos en castellano un libro como el comentado, exhaustivo en texto e índices, a pesar de su excesivo tono panegírico, y algo fatigoso debido a la escrupulosa prolijidad, algo que pudiendo ser defecto no lo es a la hora de la cita en programas de conciertos.

El 14 de noviembre de 1943, a los veinticinco años, Leonard Bernstein sustituye en un concierto nada menos que a un Bruno Walter enfermo, al frente de la Filarmónica de Nueva York. Nacido en Lawrence, Massachusetts, el 25 de agosto de 1918, Bernstein pertenecía a una familia de judíos emigrantes, comerciante el padre, aunque con ascendientes no sólo judíos, sino rabinos, lo que constituyó casi la primera vocación del director, que se decide por la música a pesar de la negativa enrabada del padre. Pasó muy pronto a los estudios secundarios en la Universidad. Una vez más hemos de insistir en la excelente organización musical de la Universidad norteamericana desde el comienzo de la enseñanza, tanto teórica como práctica.

Pianista excelente, estudió a partir de 1941 en el Curtis Institute de Filadelfia. Junto a los estudios superiores de piano, trabaja la dirección de orquesta con Fritz Reiner, y la trabaja practicando de verdad; al mismo tiempo sigue cursos de Armonía con un compositor tan completo como Randall Thompson. Logra ser asistente en 1942 de una figura mítica de la dirección: Koussevitzky. Los famosos conciertos en el parque de Tanglewood le ponen en contacto con una masa a la vez silenciosa e hirviente de espectadores. Y al fin llega a ser asistente del director de origen polaco Artur Rodzinsky. Como se ve, toda su juventud es aprendizaje con grandes.

El programa con el que sustituyó a Bruno Walter se componía de la obertura de «Manfred», de Schumann; el «Tema, variación y final», de Miklos Rozsa; «Don Quijote», de Strauss, y el «Preludio» de «Los Maestros Cantores», de Wagner. El éxito, enorme, pero, insistimos, con una retaguardia de formación musical extraordinaria. Varias obras sinfónicas, de cámara y, sobre todo, de piano. Leonard Bernstein es, desde el comienzo, tan gran director como pianista y, caso único, «funcional» tanto para los ensayos como para las lecciones de divulgación.

Después del éxito, unido ya a la Filarmónica de Nueva York, viaja a Israel, «Sinfonía Jeremías», como un homenaje judío al que no es ajeno la influencia de Bloch. Por grados sucesivos, pero continuos, se aparta de América y salta a Europa, favorecido por un pianismo excepcional que le permite dirigir tocando desde la famosa «Rhapsody in Blue» hasta los conciertos de Beethoven y Ravel: el año 60 yo fui testigo de ello en el Festival de Berlín.

El libro que comentamos detalla paso a paso su camino de triunfos, primero con su orquesta de Nueva York y después con las más importantes de Europa: yo creo que la cima del triunfo puede situarse en Viena, tanto en

la ópera, con «Fidelio» y «Falstaff», como en las sinfonías de Beethoven y Brahms.

Aparte de la vitalidad, de la simpatía arrolladora, de los comentarios en los ensayos, es lógico hacerse la pregunta: «¿Qué compositor/director ha influido más profundamente en Leonard Bernstein?» Gustav Mahler, sin duda; lo que en Mahler fue excepcional —la juntura de vocaciones al parecer incompatibles: director y compositor— se ve reproducido en Bernstein, pero con matices. Bernstein ve a Mahler encarnando la muerte de una época, morir de esa muerte, pero él es, por todos los poros del cuerpo, la afirmación de la vida. Esto merece una explicación. En una admiración sin fisuras coincidieron Wagner, Verdi, Brahms, Bruckner y Mahler: los vales de Strauss. Ahora bien, ese Strauss no rompía la línea del estilo común, línea que se hace asunción de lo vulgar en Mahler y ruptura radical en la Escuela de Viena. Bernstein, manteniendo el principio de la tonalidad, logra con «Jeremiah», con «The Age of Anxiety», y más con las canciones y con el teatro —cuya culminación es «West Side Story»—, una comunidad de estilo sostenido, no lo olvidemos, por la vitalidad de Nueva York. Un paso adelante como necesario, en este sentido, es su «Misa» para actores, cantantes y bailarines, con mezcla de liturgia, obra vista como escandalosa y hasta sacrilega y pronto extendida por las grabaciones. La génesis de esta obra se encuentra en el fondo de las misas litúrgicas, importadas con vulgaridad en Europa después del Concilio, pero rabiosamente características de la sociedad plural norteamericana. No ha pasado Bernstein el Rubicón de la atonalidad; lo ha comprendido, deteniéndose, no sin poca melancolía, ante la audacia de la Escuela de Viena.

## Maestro de la divulgación

El nunca vulgar espíritu de sus conferencias en Harvard preside sus memorables lecciones televisadas, de muy pobre imitación entre nosotros. No contando «historias» ni anécdotas, sino sentado al piano, explicando hasta la misma estructura de la obra, viviendo y haciendo vivir —ésa es la palabra— cada enlace armónico, dando las justas alusiones biográficas... ha sido el maestro de la divulgación frente a la mala costumbre de los «argumentos», de las letras inventadas para explicar las sinfonías, pésima costumbre de la sociología musical americana. De esas lecciones han salido libros excelentes.

El libro que comentamos, traducido desigualmente por Abelardo Martínez de Lapeira, es, sin duda, un libro de apologeta hebreo, pero necesario para Europa. Y no es que Bernstein no haya tenido críticas, objeciones, las polémicas que necesariamente surgen en el público y en la crítica cuando se encuentra a alguien nimbado con el mito y todavía no anciano. Se podrían hacer objeciones a muchas de las obras «ligeras» de Bernstein, pero el espíritu que las guía es, precisamente, la explicación del mito: ante él, músicos como Menuhin y Rostropovich se han inclinado. Y nada menos que Karl Böhm, al que recuerda a veces Bernstein, hizo el panegírico de su «Tristán». Y ahí están las grabaciones. □

## RESUMEN

En esta biografía del director de orquesta Leonard Bernstein se van pasando revista a todos los acontecimientos ocurridos desde que a los veinticinco años, por enfermedad del ti-

tular, dirigió a la Filarmónica de Nueva York. A juicio de Federico Sopeña se trata de un texto importante, a pesar de su excesivo tono panegírico y la prolijidad de datos manejados.

Peter Grandenwitz

Leonard Bernstein

Espasa Calpe, Madrid, 1986. 348 páginas.

# Sobre lírica gallego-portuguesa

Por Xesús Alonso Montero

*Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928) es profesor titular de Literatura Española de la Universidad de Santiago (en el Colegio Universitario de Vigo) y miembro numerario de la Real Academia Gallega. Entre sus libros pueden destacarse: Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega, O que cómpre saber da lingua galega, Informe—dramático— sobre la lengua gallega y Rosalía de Castro.*

## 1. Sobre el estado de la cuestión

### 1.1. In principio... el cantar

En el principio del acontecer lírico, en la Romania, fue la canción, denominada «cantiga» en el idioma de Galicia y Portugal en los siglos XIII y XIV. Estas cantigas, que son 1.679 (entre 1.200 y 1.350, «grosso modo»), llegaron a nosotros, pero sin el texto musical, en tres famosas compilaciones: *Cancioneiro da Ajuda* (A), *Cancioneiro da Biblioteca Nacional de Lisboa* o *Colocci-Brancuti* (B) y *Cancioneiro da Biblioteca Apostólica Vaticana* (V). Nos referimos a la lírica profana, pues la religiosa, constituida por las 420 *Cantigas de Santa María*, ha llegado a nosotros con la melodía y también con ricas miniaturas (sobre todo el Códice TII de El Escorial), miniaturas que, incompletas o apenas esbozadas, sólo aparecen en A.

### 1.2. Voces de ayer que son de hoy

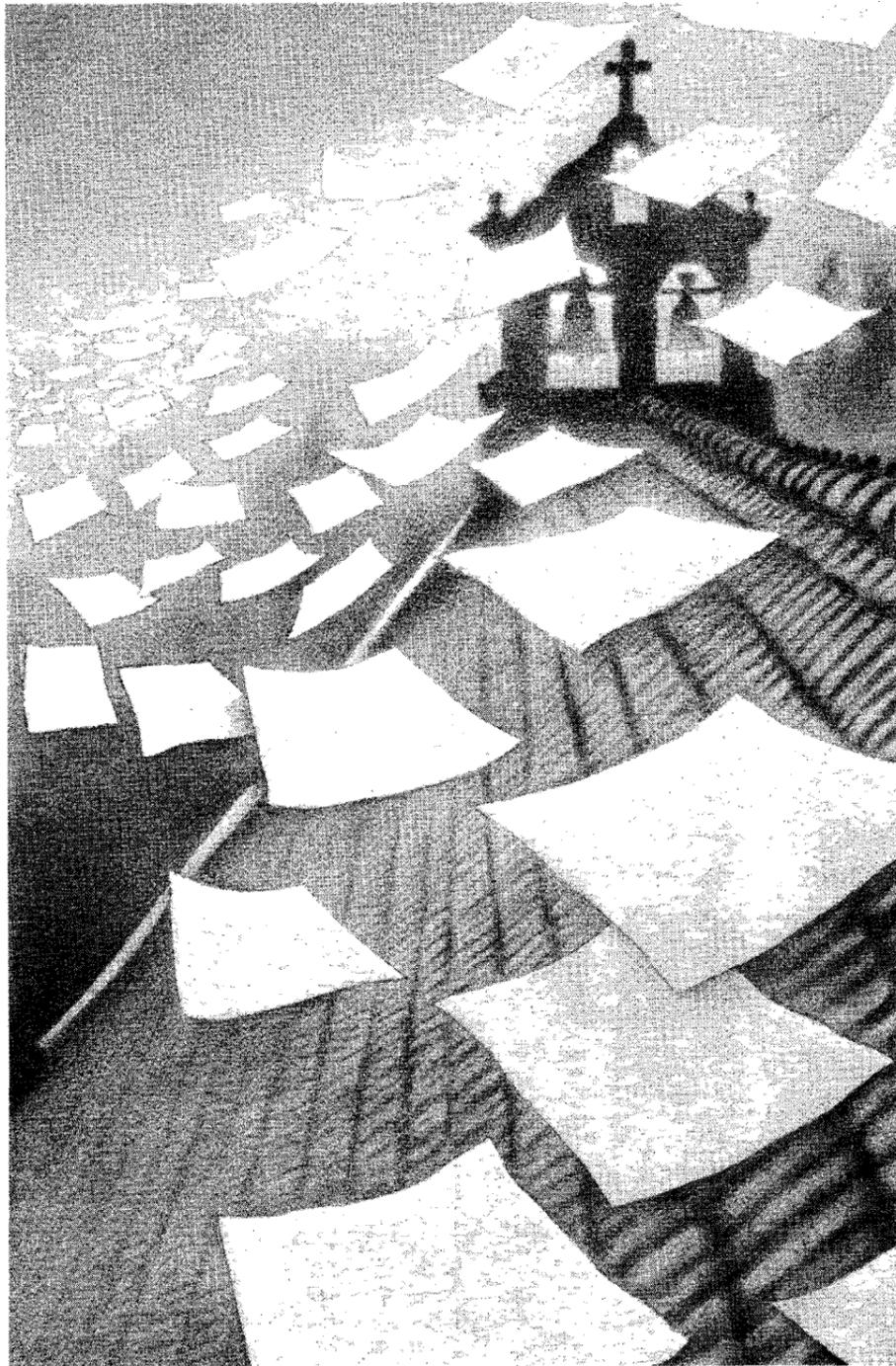
Así de precaria la transmisión de los textos profanos, entre los 153 trovadores hay voces (del amor, de la sátira, de la controversia social...) que, setecientos años después, poseen vigencia estética. Meendiño, Martín Codax, Pero Meogo, don Denis, Johan Airas de Santiago..., autores de canciones de mujer (las famosas y sorprendentes «cantigas de amigo»), construyeron versos de una capacidad sugestiva y turbadora de difícil correlato en otras épocas, en otras literaturas. Fuera del mundo de la intimidad amorosa hay trovadores que poetizaron algunas de las heridas del tiempo histórico en composiciones aún vigentes literariamente. Habría que destacar, entre otras, la atormentada conciencia moral del rey Alfonso X en «Non me posso pagar tanto», el alegato contra la mentira de Airas Nunez en «Porque no mundo mengou a verdade» y la diatriba contra la inautenticidad de Martín Moxa en «En muit' andando, cheguei a lo-gar».

Poetas del amor o de la guerra, no todas las composiciones compiladas en los tres *Cancioneiros* profanos resisten las exigencias del lector de hoy. Es totalmente cierto que una buena parte de estos 1.679 textos sólo interesan al erudito, al estudioso.

### 1.3. Nuestra pobre tradición manuscrita

Nuestro universo lírico del XIII y del XIV, con algunas voces que aún cantan eficazmente para nosotros, no posee, ciertamente, ni la entidad cuantitativa ni cualitativa de la lírica provenzal de los siglos XII y XIII, capítulo ilustre de la literatura europea escrito en occitano (en lengua de oc) dentro y fuera del Midi francés. Además, ese ingente universo poético, obra de unos 350 poetas, autores de 2.542 composiciones, ha llegado a nosotros en forma mucho menos precaria: casi 100 cancioneros, algunos de ricas miniaturas, con no pocas composiciones que contienen la notación musical. Nosotros sólo podemos aducir la música de seis de las siete cantigas (de amigo) de Martín Codax, y no porque la consignen los *Cancioneiros* donde figuran estos textos, B y V, sino porque existe un pergamino, exhumado por Pedro Vindel en 1914 (R), que aporta el texto musical del poemario de Codax, salvo el de la cantiga sexta.

Sabido es que muy importantes investigadores de diferentes épocas y escuelas se han interesado a fondo por la vieja poesía occitánica, y no sólo por su relevancia literaria, sino porque influyó poderosamente en toda la lí-



JUAN RAMON ALONSO

rica de Europa occidental. Es, por otra parte, la primera poesía escrita en una lengua románica, si se exceptúan unas cuantas «jarchas» mozárabes del XI. Añadamos a todo esto el hecho de que versos provenzales suenan en algunos Cantos de la *Commedia* de Dante y que extraordinarios poetas del siglo XX, como Ezra Pound, se entusiasmaron con la vieja poesía de oc.

### 1.4. El Guadiana de nuestros trovadores

Sólo desde hace un siglo conocemos este ingente material literario. De comienzos del XVI a fines del XIX ni los más eruditos leyeron poesía trovadoresca gallego-portuguesa. Veamos en qué fechas fueron editados los tres *Cancioneiros* profanos: V, en 1875 (por E. Monaci); B, en 1880 (por E. Molteni); y A, en 1904 (por Carolina Michaëlis). El hallazgo de estas tres compilaciones, y su edición, constituyó un acontecimiento para los romanistas del mundo entero.

Así las cosas, no debe extrañarnos el interés de la Filología italiana por esta parcela de la poesía románica medieval. Téngase en cuenta, en primer lugar, que fue italiano Angelo Colocci, humanista que a comienzos del XVI copió (con amanuenses a su servicio) dos de los tres *Cancioneiros* (B y V), copia hecha a partir de manuscritos que llegaron a Roma desde la Península Ibérica aún no sabemos cómo, cuándo y en qué condiciones. No sorprende, pues, que sean eruditos italianos los pro-

tagonistas, en el XIX, del extraordinario descubrimiento.

### 1.5. In Italia, veritas

Desde entonces la Filología italiana, una de las Filologías más sensibles del mundo (ya desde Petrarca y Lorenzo Valla), se interesó a fondo por estos textos poéticos en gallego-portugués. En este siglo largo, de Monaci y Molteni a hoy, los filólogos italianos han publicado estudios muy notables y, en los últimos años, un número elevado de importantes ediciones críticas de nuestros trovadores. También son recientes las reveladoras investigaciones codicológicas de Anna Ferrari y algunas sagaces páginas interpretativas de Luciana Stegagno Picchio.

Nuestros poetas utilizaron para sus cantigas el gallego-portugués, coíné y dialecto poético (por tanto, con sus convencionalismos) en el que trovaron autores ajenos a Galicia y Portugal. En aquel esquema cultural las lenguas estaban adscritas a los géneros. En el área oriental, de lengua catalana, la prosa se escribía en catalán —o en latín—, pero el verso lírico se cultivaba en provenzal.

Sin embargo, las grandes aportaciones al estudio y a la edición de los trovadores de lengua gallego-portuguesa no proceden de Portugal ni de Galicia, aunque haya algunas excepciones muy valiosas, Rodrigues Lapa, sobre todo, a quien hay que recordar, forzosa y gustosamente, por la edición crítica de las

*Cantigas d'escarnho e de mal dizer* (1965) y por las indispensables *Lições de literatura portuguesa. Época medieval*, «biblia» de nuestros estudiosos durante décadas que ya empieza a ser sustituida por el libro que hoy suscita esta reseña, cuya primera edición, en italiano, data de 1980.

## 2. La polifacética personalidad filológica del profesor Tavani

Poco conocido en España, salvo en Cataluña y Galicia, Giuseppe Tavani, catedrático de Filología Románica en la Universidad «La Sapienza», de Roma, es una autoridad en el campo de nuestra poesía trovadoresca, por lo menos desde 1967, fecha de su voluminoso *Repertorio metrico della lirica gallego-portoghese* (Edizioni dell'Ateneo, Roma). Su autoridad se consolida dos años después con el libro *Poesia del Duecento nella Penisola Iberica. Problemi della lirica gallego-portoghese* (ibíd., 1969). Algo antes, en 1964, había demostrado su rigor ecdótico al publicar, en sendas monografías, los poemarios del clérigo Airas Nunez y del juglar Lourenço.

Tavani, sin embargo, no se limita sólo al campo de la poesía gallego-portuguesa. Otras parcelas de la literatura románica medieval solicitan desde hace tiempo su atención, especialmente la provenzal y la catalana. Estas incursiones en el hecho poético provenzal, lejos de constituir una dispersión, constituyen un acercamiento, por otra vía, a la poesía gallego-portuguesa, ya que la lírica provenzal provee de géneros, temas y modos a una gran parte del mapa poético de Europa occidental en la Edad Media. En cuanto a la literatura catalana, su interés, nada episódico, llega al siglo XX. Ahí están, además de sendos estudios sobre Foix, «Pere Quart» y Espriu, dos antologías, una titulada *La poesia catalana di rivolta* (Bari, 1968). Organizador del «VI Colloqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes» (Roma, 1982), el Institut d'Estudis Catalans, de Barcelona, lo galardonó en 1986 con el premio «Catalonia».

Filólogo de ayer, pero que sabe encontrar los textos «vivos» entre tantos centenares de poemas que no lo son, Tavani, como todos los filólogos con talento y ambición, modela su sensibilidad en contacto con varias lenguas, con varias literaturas, sin excluir, naturalmente, a los grandes escritores de hoy, es decir, a los autores de textos «vivos» vinculados a nuestra «vida».

Ya probada su capacidad lectora ante textos tan distintos y tan distantes, no nos debe sorprender que nos proponga una forma nueva de leerlos. Véase, al respecto, «Proposta para una leitura "ritmémica" dos textos de poesia», ensayo recogido en su volumen *Poesia e ritmo* (Lisboa, 1983).

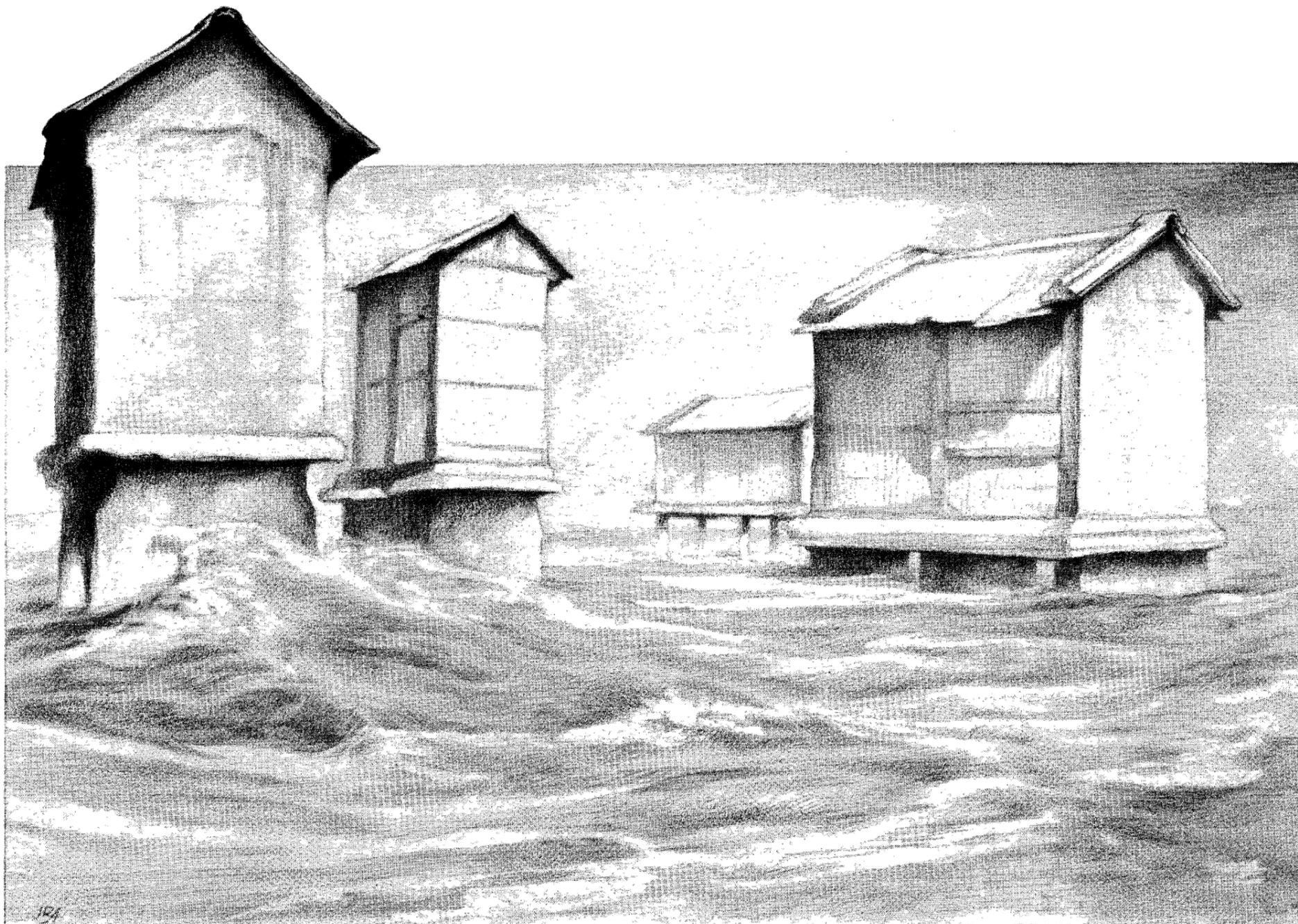
Constituye, por consiguiente, una suerte que un profesional de estas características, beneficiario, por otra parte, del rico discurso filológico italiano, dedique una parte esencial de su quehacer, desde hace veinticinco años, al estudio de la poesía gallego-portuguesa de los siglos XIII y XIV, capítulo difícil, obra, a veces, penosa de abordar y que en muy pocas ocasiones ha comprometido a los grandes estudiosos.

## 3. «A poesía lírica gallego-portuguesa»

### 3.1. La traducción gallega

Con esta amplitud filológica, conjugando eficazmente generalización y especialización, el profesor Tavani se sumerge, desde 1964, en el arduo y apasionante universo de nuestra lírica medieval, y en 1980 publica un libro que desde muy pronto se convierte en obligado manual de consulta: *La poesia lirica gallego-portoghese*, que es el fascículo 6 del *Grundriss der Romanischen Literaturen des Mittelalters* (Heidelberg).

Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

En diciembre de 1986 aparecía la traducción gallega, obra de dos jóvenes profesores de la Universidad de Santiago, Rosario Alvarez Blanco y Henrique Monteagudo, y todo hace suponer que desde ahora estudiosos y curiosos del tema acudirán al texto gallego, que mejora notablemente el italiano. Como seis años no pasan en vano, el nuevo texto no sólo actualiza la bibliografía, sino que recoge formulaciones del autor que matizan determinados aspectos, como tendremos ocasión de ver en esta reseña. Por otra parte, la versión gallega ofrece un capítulo nuevo, «Fichas bibliográficas» (págs. 277-329), de extraordinaria utilidad.

### 3.2. Principales cuestiones

En el primer capítulo de este volumen, «O ámbito cronolóxico e o espacio cultural», al enfrentarse el autor con la «cantiga de amigo», el género donde, a nuestro juicio, se encuentran voces poéticas más cautivantes, no duda en adentrarse en un campo que en un filólogo de las características del profesor Tavani jamás es fácil sociologismo: «... a «cantiga de amigo» non pode máis ca ser un produto do específico ámbito literario dunha superestructura dada, á súa vez en relación dialéctica cunha base histórica ben precisa, que é a do reino galego-asturiano-leonés, isto é, da entidade socio-económica e superestructural en vías de consolidación, entre os séculos XI e XII, no recanto noroccidental da Península Ibérica, en función antagonística respecto tanto da área árabe-andaluza á que se arpeñon, coma da área castelán-navarra que se lle opón concorrencialemente» (pág. 26). Y a continuación aduce Tavani la importancia de Santiago de Compostela para explicar por qué la «cantiga de amigo» aparece y florece en Galicia y no en Asturias o León.

El segundo capítulo, «Historia e problemas da tradición manuscrita» (en italiano, sin embargo, «... trasmissione manoscritta»), insiste en lo de «tradición pobre, tradición es-

téril», lo que Tavani ya formulaba con las mismas palabras en un artículo de 1967. El hecho, que se encuadra perfectamente en la tradición manuscrita de las literaturas ibero-romances de los primeros siglos, difiere grandemente no sólo de la tradición manuscrita de la lírica occitánica (como ya hemos recordado), sino también de la oitánica y de la siculotoscana. Aun así, aun partiendo de tal miseria, Tavani diseña, al enfrentarse con los tres Cancioneiros profanos, un «stemma codicum» que, en lo esencial, es aceptado hoy incluso por investigadores del rigor de Elsa Gonçalves. Es en este capítulo donde aplica a la gestación de nuestros Cancioneiros la «teoría» (y la nomenclatura) propuesta, en su día, por Gröber para la poesía provenzal. De este modo:

- a) Existieron, en primer lugar, hojas volantes «ou rolos»: los «Liederblätter» de Gröber.
- A este estadio pertenecería el Pergamino Vindel (R), que contiene las siete cantigas de Martín Codax.
- b) Serían compilaciones más amplias, de autores más fecundos, por ejemplo Alfonso X o don Denis: los «Liederbücher» de Gröber.
- c) Los «Liedersammlungen» acogerían antologías de un género o textos de varios autores con alguna importante característica común.

Tavani reconoce que no conocemos, por ahora, testimonios directos de *b* y *c*, y, en cuanto a la fase *a*, que él ejemplifica con R, se ve obligado a confesar en la edición de 1986: «Dos reconocimientos efectuados ahora sobre o ms. —que ata agora soamente fora materialmente visto por Vindel— semella resultar que non se trata dun rótulo, ou rolo, senón dun folio arrincado dun códice: de tal nova, ademais do artigo de Fernández de la Cuesta, son debedor do doutor A. Vitale Brovarone» (pág. 56). Y en una nota posterior (pág. 70) Tavani da a entender que habrá que re-

considerar la «teoría» de Gröber tal como él, Tavani, la aplicó a la formación de nuestros Cancioneiros.

Riguroso y atractivo es el capítulo III, sobre los géneros poéticos, el más extenso del libro. En él Tavani dedica un buen número de páginas a los tres géneros canónicos, los tres grandes géneros de nuestra lírica trovadoresca: «cantigas de amor», «cantigas de amigo» y «cantigas d'escarnh'e de maldizer». Parte para ello, naturalmente, de lo que sobre estos géneros preceptúa la Poética (fragmentaria) que precede a B, pero no tiene inconveniente, cuando es preciso, en enmendarle la plana a algún pasaje de la misma. Así, cuando considera como «tipo único de composición poética» las «cantigas de escarnho e de maldizer». Cuando Tavani detecta cuatro «campos sémicos» en las «cantigas de amor», cinco en las «cantigas de amigo» y cuatro en las de «escarnho y maldecir», está realizando la más iluminadora exploración de unos géneros mil veces definidos con simpleza. Atractivo y rigor contienen también sus explicaciones cuando define los géneros menores (tenzón, pranto), la «cantiga de seguir» y los géneros contaminados (alba, pastorela, lai, sirventés).

Es ya imprescindible para futuros estudios sobre la cronología de nuestros trovado-

res el esquema generacional expuesto en el capítulo IV.

### 3.3. Final

Al fin, la lírica gallego-portuguesa del XIII y del XIV cuenta con un estudio a la altura de nuestra hora filológica. Hay cuestiones no tratadas en este libro, algunas de las cuales han sido abordadas por nuestro autor en otros trabajos. Pero aún subsisten zonas muy problemáticas. Ya aquí, reproducimos las palabras finales del prólogo: «... o fenómeno literario chamado 'poesía lírica gallego-portuguesa', preséntase lonxe dunha lectura doada: máis ben, a investigación que nos propoñemos presentar, en vez de fornecer datos precisos e inequívocos sobre o seu obxecto, coído que conseguirá enfocar unha serie de problemas e suxerir, no mellor dos casos, hipóteses de solución, tantos e tales son polo de agora, neste campo, os nós que agardan aínda ser resoltos pola procura paciente e minuciosa do filólogo, do historiador e do crítico».

En un libro de estas características, y en las coordenadas de apresuramiento en que vivimos todos, hay que lamentar la ausencia de tres índices: analítico de temas, de trovadores (y juglares) y de primeros versos de los poemas comentados. Deberá subsanarlo la segunda edición, que no tardará. □

### RESUMEN

Aunque el universo lírico peninsular de los siglos XIII y XIV no posee la entidad de la lírica provenzal del XII y XIII, sí se dio aquí un importante movimiento, el de la lí-

rica gallego-portuguesa, que contiene sugestivas voces todavía para el lector de hoy. Esta poesía acaba de suscitar un libro que es comentado por Xesús Alonso Montero.

Giuseppe Tavani

A poesía lírica gallego-portuguesa

Galaxia, Vigo, 1986. 329 páginas.

# Novelas de espías

Por J. M. Castellet

José María Castellet (Barcelona, 1926) es crítico y ensayista, especializado en la literatura contemporánea en catalán y castellano. Es director literario de Edicions 62 y autor, entre otros libros, de Veinte años de poesía española, Iniciación a la poesía de Salvador Espriu y Josep Pla o la raó narrativa.

*El espionaje no es nunca tolerable. Si lo fuera, esto querría decir que era ejercido por gente honrada; sin embargo, la infamia necesaria obliga a considerar infame la cosa.*

Montesquieu

Las novelas contemporáneas «de género» —habitualmente calificadas como literatura popular, es decir, las policíacas, de espionaje, de ciencia-ficción, etc.— exigen una compleja reflexión por parte del crítico literario interesado en la evolución de los gustos del público a través de libros considerados por una mayoría como subliteratura: obras de escasa estimación estética por su real o aparente reproducción de unos moldes originarios a los que no se añade más que la peculiaridad de cada escritor. Ahora bien, donde se le plantea al crítico una problemática más ardua es en la invasión sutil de esos géneros populares en la creación novelística de algunos autores considerados de superior rigor literario, tema de indudable interés, pocas veces tratado, a causa de la ignorancia crítica acerca de las manifestaciones de la literatura popular.

Vistas globalmente, esas novelas «de género» —de producción abundante, de autores sin número, de consumo masivo— no tienen por qué interesar, en principio, a la crítica académica o, ni tan sólo, quizá, a los cronistas literarios «de gusto»: es tanta su cantidad como el carácter incierto de la elección, y, consiguientemente, las probabilidades de acierto de encontrar aquellas en que aparece la chispa de la auténtica creación, la obra literaria bien hecha, a lo mejor un texto excepcional. Ahora bien, estas obras singulares no sólo existen, sino que hoy forman cuantitativamente un «corpus» de indudable interés, de penetración en los terrenos de una peculiar exploración del mundo de la contemporaneidad, hecho este último nada desdeñable para el investigador de la sociología de la literatura o del más estricto de los críticos interesados en los procesos de la actual creación literaria. Ciertamente se encuentran, todavía, rechazos cultos, más o menos del tipo de: «No me hable usted de Hammett o de Chandler, por favor: del primero, entre otros muchos, hablan ya, hace muchos años, Gide en su *Journal* o Cernuda en sus escritos y es una moda pasada. Por otra parte, Edmund Wilson consideraba a Hammett como un escritor execrable. No me hable tampoco de Le Carré: ahí le tenemos, año tras año, en las listas de «best-sellers» mundiales y estamos hartos de Smiley y de sus amigos. ¿Puede proponernos otra cosa, algo verdaderamente nuevo?»

## Gozos secretos

Se produce así un absurdo diálogo de sordos. Cada vez menos habitual, este diálogo tiene otras derivaciones. En escritos privados, correspondencias póstumas, entrevistas periodísticas o visitas a bibliotecas particulares acabamos descubriendo que son muchos los escritores que han gozado, más o menos secretamente, de la lectura de los grandes —e incluso de los menores— cultivadores de las novelas «de género» de nuestro siglo. En el espléndido libro de Gershom Scholem, *Walter Benjamin. Historia de una amistad*, el autor se refiere a la prolongada adicción de Benjamin a las novelas policíacas. Gertrude Stein alababa exageradamente a algunos viejos



MIGUEL ANGEL PACHECO

maestros. Rafael Sánchez Ferlosio —en declaraciones recientes— decía que las únicas novelas que actualmente leía eran precisamente las policíacas, aunque había una cierta pesadumbre o vergüenza en su confesión. Más de un escritor amigo me ha mostrado en su biblioteca el rincón «policíaco». En una revista inglesa, no recuerdo ahora si Burgess o Ackroyd —da lo mismo— se lamentaba de la degradación del género policial, pero ensalzaba alguna de las películas clásicas basadas en él. Curiosamente, concluía afirmando que quien había mitificado la novela policíaca había sido Humphrey Bogart, etc.

En cualquier caso, es difícil prescindir en una valoración de la historia de la literatura del siglo XX del género policíaco, primero, y del de espionaje, después, dado que éste aparece posteriormente y algunos de los historiadores del género (Symons, Hoveyda) consideran las novelas de «espías» un subgénero de lo policial. Si la consagración de la novela «negra» americana aparece unida a la época de la Depresión, la de «espías» —con el antecedente de John Buchan y de Eric Ambler— está ligada a la Segunda Guerra Mundial y al estallido posterior de la «guerra fría».

A decir verdad, éste es un hecho embarazoso, políticamente hablando, para el lector. La infraliteratura del género —Ludlum, pero más Fleming y ni que decir tiene Gérard de Villiers— se convierte en pura bazofia antisoviética. Los «buenos» y los «malos» —USA y URSS— justifican de forma tan contundente las matanzas entre espías, como el nulo interés literario de estos autores. Ciertamente, las novelas que nos ofrecen los escritores soviéticos del género —pocos y mal conocidos entre nosotros— no les andan a la zaga. Pero las aportaciones más interesantes —aunque adopten, en general, lo que podríamos llamar «punto de vista occidental»— nos atraen, tanto o más que por la intriga, por el proceso moral de sus protagonistas. Symons, refiriéndose a los libros de espías de W. Somerset Maugham, atribuye a este autor la creación del personaje que, de uno u otro lado, adopta una postura moralmente neutral desde un punto de vista político. Lo que importa, pues, no es el bando en el que milita el agente secreto, si-

no la intriga propiamente dicha y el conflicto interno, personal o de grupo, que tiene por contenido la «falsedad» o la «traición». Desde este punto de vista, del mismo modo que los grandes escritores de novela negra son innegablemente norteamericanos, los de la literatura de espionaje serán —por lo que diremos más adelante— autores ingleses.

## Géneros distintos

En una primera aproximación esquemática, estos dos géneros populares contemporáneos se distinguen entre sí de una manera radical, contra la opinión de Symons y Hoveyda, a pesar de poseer una característica común, la de pertenecer a la literatura de intriga. La novela «negra» de detectives —origen de un género que se ramificará posteriormente— se caracteriza por la búsqueda de la «verdad» de unos hechos determinados, centrados habitualmente en un asesinato, que acabará desvelando —en la novela norteamericana originaria, cuando menos— un caso u otro de corrupción social. Por el contrario, la novela «de espías» acostumbra a ser una reflexión sobre la traición basada en la «falsedad», muchas veces inexplicable, de unos personajes que no actúan siempre por dinero o por razones ideológicas.

No puedo extenderme aquí en la consideración de los hechos fundamentales que laten debajo de los mayores logros novelísticos de los dos géneros: la ética personal o la moral social, ambiguas ambas por lo general dado el contexto social o político en el cual se inscriben. Así, no es de extrañar que un escritor que se mueve en otra ambigüedad nunca claramente confesada, como es la de la «transgresión», se haya sentido tentado a menudo por la práctica heterodoxa de uno u otro género: me refiero a Graham Greene.

Esta larga introducción —que exigiría ahora un desarrollo en profundidad— pueda quizá orientar al lector en el proceloso mar de un tipo de literatura en la que es difícil separar el grano de la paja. Veámoslo en tres autores de reciente traducción al castellano: Robert Ludlum, Len Deighton y John le Carré.

En las novelas del primero, sobre una trama más o menos ingeniosa, se acumulan sexo y violencia. No hay calidad literaria ni ambición formal, sólo efectismo vulgar. Su lectura es absolutamente prescindible, aunque unos ramalazos de imaginación puedan seducir en el montaje de algunas de sus obras, siempre por encima de las más baratas y tan lamentables exitosas novelas de Ian Fleming, el creador de James Bond, o de Gérard de Villiers, el inventor de SAS, el aristócrata austriaco elegido para operaciones especiales de la CIA. Las de Ludlum no escapan de la subliteratura de la que hablábamos al principio.

No es éste el caso de las novelas de Len Deighton, escritor desigual, con excelentes fragmentos de valor literario y con algunos libros que se cuentan entre los mejores del género. *Icpress* o *Un cerebro de un billón de dólares* son obras redondas en las que el hilo de la intriga no conduce siempre a las situaciones que está imaginando el lector. Por el contrario, Deighton parece complacerse en la descripción de un mundo en el que nadie es lo que parece ser, nadie ocupa el lugar que le corresponde y, especialmente, nadie hace lo que se espera que debiera hacer. Al margen de la intriga propiamente dicha, el lector se encuentra ante un mundo que cuestiona su propia realidad. Si entiende que la tentativa de Deighton es seria, es decir, que intenta ir algo más allá que narrar una historia de un cierto «suspense» para entretenimiento de lectores ociosos, empezará a comprender que hay un abismo que separa las «buenas» de las «malas» novelas de espías, del mismo modo que hoy es aceptado que hay «grandes» escritores policíacos que han trascendido los límites o la frontera que separan lo que es literatura creativa, en el sentido propiamente dicho de la expresión, de lo que es repetición o calco de unos arquetipos estructurales originarios.

## Rizar el rizo

Quizá el Deighton de la última trilogía (*Set, juego, partido*) rice demasiado el rizo del

Viene de la página anterior



MIGUEL ANGEL PACHECO

enloquecido mundo del espionaje, pero hurga —aunque sea de una manera demasiado evidente— en el meollo de lo que Le Carré había descrito ya magistralmente: la falsedad, la ocultación y la traición instaladas en nuestro entorno social más próximo, en nuestras familias quizá sin saberlo, en nosotros mismos. Deighton —en la última novela de la trilogía— incide exageradamente en uno de los temas suscitados por Le Carré: el «topo», pasado ya al enemigo, resulta ser la mujer del protagonista, exculpado por sus compañeros del contraespionaje británico una vez comprobada su inocencia, pero sin poder limpiar nunca la mancha del deshonor. La doble traición de su mujer a la Organización, por una parte, pero también a él mismo, su marido, subraya demasiado burdamente la condición del engaño, más sutilmente tratada por Le Carré.

En efecto, en las novelas de Le Carré aparece recurrentemente, sólo como una sombra, la adúltera esposa de Smiley —en los volúmenes de la serie que se cierra en *Los amigos de Smiley*—, pero se trata, a mi entender, solamente de un contrapunto para reforzar ante el lector la psicología del personaje que consiente el engaño, porque el universo en el que vive es todo él un tejido de falsedades, traiciones y deserciones: en realidad, viene a decirnos, así es el mundo.

En este sentido —como en Deighton—, la primera lectura más allá de la intriga conduce a una concepción de la vida ante la cual, en parte, Le Carré reacciona, pero que es circunstancial en Deighton —como hemos señalado antes— y, en cierto modo, podría serlo en Greene si en éste no interviniera el componente final de una piedad ambigua ante la condición humana.

El tema central de Le Carré está muy directamente ligado al acontecer histórico; es más, a una serie de hechos que han configurado la historia reciente de Inglaterra. Quiero decir con ello que Le Carré utiliza sus novelas para reflexionar sobre la decadencia de su país, con un muy oculto pudor de que no trascienda el profundo sentimiento de una herida que no sabría calificar más que como patriótica.

La obra de Le Carré parece surgir en profundidad de unos versos de T. S. Elliot

que me permito traducir sin ambición literaria:

... *Un pueblo sin historia  
no está redimido del tiempo, porque la  
[historia es un orden  
de momentos más allá del tiempo. Así,  
[mientras oscurece  
una tarde de invierno, en una capilla aislada  
la historia es ahora e Inglaterra.*

*History is now and England:* Le Carré superpone esta idea a la de un mundo atravesado por la falsedad y la traición. Diríamos que éste es su punto de partida. No sé —tendría que releerlas— si eso era exactamente así en sus primeras obras. De lo que no hay duda es que en las historias de Smiley, y muy especialmente en *El honorable colegial*, el tema central es la decadencia del Imperio británico y su suplantación por el americano. No hay duda que, literariamente, Le Carré se basa en la sucesiva serie de traiciones de los agentes del espionaje o contraespionaje británicos: los casos, hoy tan conocidos, de Burgess, MacLean, lord Hunt, etc., han influido notoriamente en una cierta concepción de que el hundimiento de Inglaterra en la posguerra mundial se ha basado en la falsedad y el engaño, en la traición de los egregios servidores de S.M. británica en los servicios secretos. Tal explicación puede parecer banal si la tomamos al pie de la letra. Pero no lo resulta tanto si entendemos que Le Carré elige este tema como un ejemplo de la deserción del pueblo británico ante sus responsabilidades históricas: (...) *for history is a pattern / of timeless moments.* A través de historias, aparentemente sólo de intriga, Le Carré sermoniza: la sociedad británica permaneció insensible —o quizá divertida— ante un tinglado montado por comunistas y homosexuales reales, es decir, por personajes con nombre y apellido, doctorados por Oxford o Cambridge, intelectuales «intoxicados» por el marxismo y el sexo.

### Escritor de genio

Ahora bien, Le Carré aparece como un patriota y un moralista que acaba siendo un escritor de genio. Sus temas, su concepción del mundo, su visión de la literatura, sobrepasan,

en un momento dado, el impulso originario. ¿Qué hacer? Prendido en las mallas de un género —el de espionaje—, cada novela suya parece el fin de una temática, del mismo género que practica. Pero su vocación le lleva cada vez más allá. Es el caso de *El espía perfecto*, con cuyo comentario concluyen estas líneas.

*El espía perfecto* es su primer libro de confesiones personales —obviamente disfrazadas, en este caso, de una falsa intriga—, lo que ha provocado posteriores entrevistas y artículos suyos que desvelan secretos familiares, fantasmas infantiles: una compleja relación padre/hijo, ciertamente, pero también la motivación autobiográfica primera de sus novelas a través de la creación del personaje de George Smiley. «Smiley era tímido, lo mismo que yo tiendo a serlo»; «era anónimo como yo»; «era un funcionario del servicio de espionaje, lo mismo que yo»; «al igual que yo, era un especialista de literatura alemana»; «ustedes no necesitan ser un genio para adivinar que en mi imaginación, Smiley, como una

imagen del padre, era la misma antítesis de todo lo que mi padre había sido en realidad» (John le Carré, «La musa clandestina», «El País», 2-4-87).

En *El espía perfecto*, lo que he llamado la falsa intriga consiste, muy sumariamente dicho, en la desaparición de un agente secreto británico. La Central o «la Firma» se pone en marcha: hay que localizarle a cualquier precio, poseedor, como es, de secretos esenciales y responsable de una red de contactos con una potencia del Este. La falsedad de la intriga se basa en que el agente no ha sido secuestrado ni se ha pasado al enemigo. Lo que ha hecho, en realidad, es refugiarse en un escondrijo personal, con un archivo de documentos de su padre, para escribir una carta a su hijo en la que le cuenta una historia familiar. No hay más, excepto la maestría del autor para narrar la historia de su padre —un aventurero, un dilapidador— a través del ir y venir frenético de unos ridículos personajes —sus superiores— que imaginan cualquier cosa antes que una deserción íntima, estrictamente personal. Dice Le Carré: «Procedo de una familia totalmente dada a la fuga. Mi madre se fugó de su hogar para casarse con mi padre, se fugó de nuevo cuando yo tenía cinco años y siguió fugándose durante el resto de mi infancia. Mi padre se fugó de su ortodoxa pero represiva forma de ser educado y (...) siguió fugándose la mayor parte de su vida, a menudo del brazo de la ley y a veces sin éxito» (en art. cit.).

Así pues, Le Carré prefiere denominar púdicamente deserción a lo que antes hemos llamado traición o engaño. Quizá lleva razón cuando se refiere en su obra a la deserción colectiva de sus conciudadanos, pero es más duro con los auténticos espías que desertaron para traicionar. Ahora bien, es igualmente duro con los agentes del contraespionaje —como Smiley— que permanecieron fieles a su país. Aquí sus razones son otras, igualmente morales. Esos hombres —a quienes llama los «leales»—, asesinos a sueldo de S.M. británica, no son mejores que aquellos a quienes persiguen: «Smiley debía sacrificar su propia moralidad en el altar de la necesidad nacional. Por ustedes y por mí» (art. cit.). Con lo cual tampoco nosotros somos inocentes: nadie lo es, en consecuencia, porque al necesitar la protección asesina de quienes salvaguardan «nuestra civilización» o «la cultura occidental», se hace cómplice de ellos.

¿Qué queda, pues, en pie para ese demolidor moralista? Quizá solamente algunos «actos» individuales «del valor moral solidario». Curiosamente, una conclusión parecida a la del solitario Hammett, purgando en la cárcel su negativa a convertirse en un delator en la época de la «caza de brujas» del senador McCarthy. □

### RESUMEN

El ensayista y crítico literario José María Castellet se acerca, en su comentario a tres recientes novelas de espías, a un género considerado como subliteratura y como tal des-

deñado. El crítico señala cómo esos ingredientes propios del género popular están invadiendo sutilmente la creación novelística considerada de superior rigor literario.

#### John le Carré

##### *El espía perfecto*

Plaza-Janés, Barcelona, 1986. 443 páginas.

#### Len Deighton

##### *El partido de Londres*

Planeta, Barcelona, 1986. 320 páginas.

#### Robert Ludlum

##### *El mito de Bourne*

Planeta, Barcelona, 1986. 512 páginas.

# A la espera de la última hoja

Por Francisco Ynduráin

**Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.**

Nos las habemos con una novela que el mismo autor ha trasladado a texto dramático representable y representado en Madrid, Teatro Alcázar, por M.<sup>a</sup> Fernanda d'Ocón e Ibáñez Menta (21-IX-1986). Pero no voy a ocuparme de la puesta en escena ni de la recepción que tuvo en público y críticos, algo que merece la pena de ser atendido en las crónicas de prensa. Sí me importa adelantar que se trata de una obra con muy hondo calado, algo como respuesta a la exigencia que Ortega y Gasset propusiera a las tablas: «Va siendo urgente conseguir que el teatro vuelva a ser algo vivo, fuerte, perturbador de los corazones inertes, un salto de agua al servicio de la higiene moral» (en *El espectador*, VIII, 1930). La pieza que ahora me ocupa es, entre otras cosas, un ejercicio de higiene moral sin moralina ni moraleja explícita. Quede aquí esta anticipación de mi lectura.

Aplazo mi enfoque e interpretación personal para tratar de aclararme en esta recepción lectora de una obra destinada a la escena y allí representada, sin pretender condicionar la de otros lectores. No hay, no cabe lección sin prejuicios del leyente; pero sí cabe una suspensión que los relegara a un segundo plano mientras trata de acomodar sus impresiones a lo que el texto dice. Vendrá luego, si llega, el juicio comparativo intertextual de radio más o menos largo, sin olvidar la obra y personalidad del autor. Tal suspensión y des-

de ese silencio interior nos podrán entregar la voz más auténtica del libro.

Este de *La hoja roja* nos invita y aun exige otro modo de adaptación con algunas analogías a las del espectador en el teatro, junto con notables diferencias. En cuanto a las primeras, tenemos que suspender la incredulidad de que aquello no «es» lo que representa: calle, interior, campo, bosque, etc.; pero sin dejar de tener en cuenta que asistimos a un espectáculo (lugar de contemplación «sui generis») en un espacio ficticio como todo lo que ocurre, con sus tres dimensiones más la temporal en que transcurre la acción, y admitiendo la inexistencia del cuarto muro, cuya eliminación nos incorpora a lo que pasa en escena. Pero frente a esta acción, en la lectura sólo tenemos la letra escrita, sin la corporeidad de personajes con su atuendo, pergeño, voz, gestos, ademanes y un arte más o menos acusado y singular... Esto sin contar con las impresiones provocadas por decorados y demás medios de presentación jugados con variable acierto y eficacia. Todavía se ha notado una posible influencia en cada espectador, ahora la emanada desde la concurrencia, del público, algo inconsciente pero efectivo.

La lectura, en cambio, la hacemos en soledad, con el tempo que elegimos, pausas y repeticiones a nuestro gusto. No tendremos el apoyo ni las limitaciones de la escena y su aparato, por lo que habremos de suplir con la imaginación esas ausencias, haciendo que se alce y baje el telón, prestando sonidos, cuerpo y ritmo a lo que es sólo letra impresa, en la acción como en las acotaciones. En fin, como resumen y proposición diré que leer teatro es uno de los ejercicios más complejos y arriesgados, más gratificantes si hay acierto. En el drama sobran explicaciones de conductas y consecuencias de la acción, datos que nos suele suministrar la novela. Citaré a Ion Omesco: «Une bonne lecture, pour sûr, vaut mieux qu'un mauvais spectacle», si bien reconoce

que las representaciones acertadas amplifican las virtudes expresivas de la letra (*La métamorphose de la tragédie*, París, PUF, 1978).

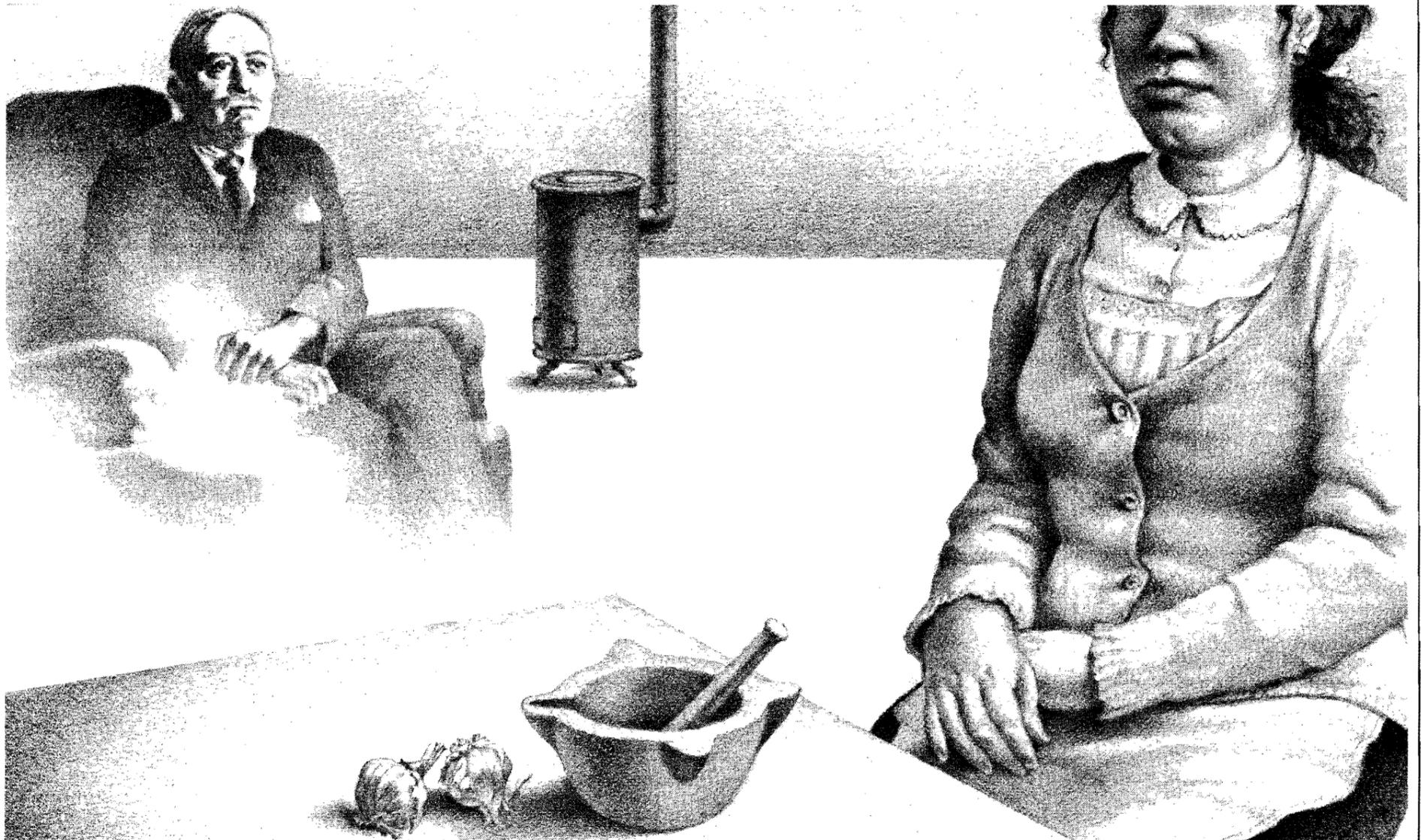
Antes de acercarnos al texto conviene recordar que Delibes ha escrito acerca de esta obra en su traslado de libro a escena, y en la Introducción (antes, «ABC», 11-X-1986) a fin de seguir con mejor guía la pieza. Por de pronto (y soslayando la adaptación para TVE con el asesoramiento de Francisco Umbral) confiesa el autor: «A raíz de escribirla [la novela] ya tuve conciencia de que las limitaciones de espacio y tiempo hacían de *La hoja roja* una historia fácilmente adaptable al teatro.» Y sigue con las colaboraciones que buscó, recordando, junto a Alfonso Sastre, «esa generación de narradores objetivistas, de buenas letras, que, como Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa y Martín Gaité, se habían consagrado desde sus primeros libros». Su vinculación a ese grupo de escritores, tan certera, tiene ahora menos interés que su sentido de la escena con tiempo y espacio condensados. Claro que no se trata de servidumbre a tan añejas teorías, sino de un sentido y una voluntad de forma que considera adecuada en el teatro y a la que someterá el texto narrado.

Lo de «narradores objetivistas» nos vale muy oportunamente para nuestra novela y drama. Realismo, naturalismo, verismo, novela social, otras tantas denominaciones para una voluntad de enfoque y de estilo, de hechura, con lo que todavía nos queda en espera de valoración el arte de cada cual. No entro, por ahora, en más precisiones. Que se hayan vendido millón y medio de ejemplares en la edición de RTV con *La hoja roja* es un dato.

Partiendo de la novela (Barcelona, ediciones Destino, 1.<sup>a</sup> edición, mayo 1959) recordaré lo que Delibes ha dicho y repite ahora de cómo logró el ocio fecundo para terminarla con la ayuda de una beca de la Fundación Juan March y el consejo del agustino P. Félix García, tan atento a los intelectuales

de su tiempo y uno de los primeros consejeros de dicha Fundación.

Para empezar con el título de una y otra obra, Delibes recuerda cómo su amigo Josep Vergés quiso hacérselo cambiar para «evitar la escandalosa cacofonía que yo había buscado de propósito». Justo esa atención a los sonidos más ásperos de nuestra fonética, más la asonancia de las vocales —o a, o a— remarcaban intencionadamente, dan relieve «poético» (ojo, no lírico) al título, que así se graba más en la memoria visual y aural. Pero además, y sobre todo, la concisa expresión alude a un sentido de mucha más trascendencia y que hoy requiere una aclaración que la explique. ¿Por qué? Miguel Delibes, fumador de los que liaban cada pitillo para su degustación inmediata con morosa complacencia, utilizaba como tantos más librillos de papel comprado para tal menester, del que se servía extrayendo cada hoja blanca y fina con un movimiento de vaivén (¿no había una marca «Zig-zag»? hasta que resaltaba una hoja roja con la advertencia comercial: «Aviso, quedan cinco hojas.» Hoy es necesaria esta explicación cuando ya no me parece vigente aquel uso de los fumadores. La frase ahora se carga de segundos sentidos y viene a ser un «leit-motiv», un tema vertebral que supone algo que atañe a todo nacido: el paso del tiempo que nos lleva hasta la muerte ineluctable. Algo tan viejo y sabido como la Humanidad en su realidad existencial. Y no es necesario acudir a filósofos para la experiencia cotidiana común. Delibes nos presenta un personaje, el «héroe» de novela y drama, Eloy, funcionario municipal de una capital de provincias (puede ser Valladolid, pero vale para otra cualquiera), cuando acaba de recibir los modestos honores de su jubilación por la edad y con él seguimos la trayectoria de esa fase penúltima en su vivir. Su agudizada consciencia de ir hacia la



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



muerte la expresa en dos frases reiteradas: «La vida es como una sala de espera: ¡Que pase el siguiente!» Y: «Aviso, quedan cinco hojas.»

## El consuelo de la religión

Ahora bien, ante un destino tan apremiante y sin efugio posible caben distintas reacciones: resignación, indiferencia, desespero o el cobijo en una fe con esperanza cierta de algo mejor, prometido y esperable. Aquí de la religión, remedio que tantas veces y con tantas voces ha venido a socorrer al hombre en el último trance: el temor fue origen de tantas religiones con sus salvaciones. El personaje central de una y otra pieza, el jubilado Eloy, vive en la expectativa de su última hoja, precedido por tres amigos en tal paso, mientras conferían a quién le iba a tocar el turno. Lo que merece atención y, ahora, mi comentario es la tenuidad, la casi inoperancia de consuelos desde la religión que tanta presencia tiene en el ambiente descrito y sugerido en ambos textos.

Cuando Eloy asiste a su amigo Isaías agonizante, mientras los familiares «se abrazan y rezan» (acotación del autor), Eloy responde con un rutinario: «Amén», y al oído del moribundo: «Isa, ¿le dirás a Pepín quién es el superviviente?» Pepín, muerto antes. Cuando Eloy pregunta a su criada, Desi: «¿Te confías tú? —Desi: A ver, por la cuenta que me trae. —Eloy: Confesado, tal vez sea más fácil esperar. —Desi: Esperar, ¿a quién? —Eloy: Bueno, me marcho...» El haber proyectado nuestro más grave problema, el destino final, en un personaje como Eloy, lindando con el ridículo, relega la cuestión a un nivel que comprende las más de las personas reales. Ni filosofía, ni religión, ni ciencia podrían acudir como remedio o desencanto a nuestro héroe. Queda, pues, la respuesta abierta para cada cual, sea o no modesto funcionario jubilado, anciano o joven. El autor no se pronuncia ni propone una tesis resolutoria; se limita a dejar abierta la interpretación, por lo que, entiendo, no ha de tomarse la obra como traslado de sus creencias en forma de mensaje. Ni advierto que se trate de una sátira con propósito de corregir: sencillamente, así ve una zona de nuestra sociedad, y que cada cual obtenga las conclusiones que le parezcan más pertinentes.

Dejando este aspecto de los resultados en lectores o espectadores, me interesa notar algunos rasgos de lo que es una obra de arte por la palabra, literatura. Una de las cualidades, un talento que más me ha llamado la atención leyendo y tratando a Miguel a lo largo de muchos años, es su capacidad para observar y captar por la escritura el entorno social que se ha elegido. Posiblemente sea una pequeña ciudad (ya no lo es tanto Valladolid) el lugar más propicio para ejercer tal capacidad (si se tiene y aplica con inteligencia y sensibilidad). Se dispone entonces de un núcleo habitado sin la dispersión y fugacidad de las grandes urbes, ni la rutinaria comunicación de la aldea, con su monotonía y saber anticipado. Delibes ha tenido además tres observatorios muy bien aprovechados: su cátedra, la dirección del periódico local de más peso y sus frecuentes recorridos camperos, cazador excepcional. Estas áreas, buscadas y asimiladas por nuestro autor, constituyen el fondo y la superficie de su copiosa obra literaria. A la cual se ha venido dedicando sin prisa y sin pausa, tomándose el tiempo necesario para la madura granazón de cada uno de sus frutos, ajeno a la improvisación o al oportunismo. Nos encontramos con una obra que, vista en su conjunto, resulta nada menos que todo un hombre en su circunstancia.

## Lectura personal

Unas reflexiones trasladadas al papel sobre lo que veo en la obra que me ocupa no aspiran a dar lectura cerrada para nadie: que

cada uno haga su experiencia personal en asentimiento, discrepancia o complemento de la que uno ofrece. No me detendré apenas en que tenemos una novela convertida en drama (acción) por su mismo autor. Ya antes lo había hecho con su novela *Cinco horas con Mario*, superando el arduo problema de sostener en las tablas el monólogo de la viuda velando el cadáver presente de su marido. Aquí escuchamos la variedad de planos que puede comportar un monólogo tanto interior como expresado, con recuerdos y superposiciones de sentimientos entreverados con sucesos de una experiencia vivida en común, no siempre compartida en simpatía. Mucho más breve es el texto análogo de O'Neill, *Before the breakfast*, con la esposa expresándose mientras su marido se afeita, para terminar degollándose con la navaja. No apunto a influencia, sino a una cierta analogía de técnica.

El paso de novela a drama tiene ejemplos muy próximos en nuestras letras, especialmente en Galdós y sus siete traslados, desde *Realidad* (1892) hasta *Doña Perfecta* (1896). Y es bien sabido cómo muchas obras del teatro mayor han surgido de asuntos antes tratados por narradores, como ocurre con los cuentistas italianos, fecundos proveedores de materia dramatizable, empezando por Shakespeare. Parece que la necesaria condensación del texto en el cuento ofrece más directamente materia para el teatro, donde sobran explicación y digresiones, con exigencia de pasos necesarios para acceder al desenlace. Algo así ha hecho Delibes en este caso, simplificando en lo esencial la trayectoria de la acción.

Para empezar con los personajes, sus nombres requieren algún comentario. Bastará con reparar obras y autores cimeros para ver el grado de atención que a este minúsculo aspecto se le haya prestado, más o menos marcado. No creo necesario recorrer largas andadas, pues me bastaría con mencionar a Cervantes y la nómina de sus personajes, nombres definidores de personas. Hace poco leía a Simenon cuando recordaba a Balzac recorriendo las calles de París para tomar nombres de tenderos incorporables a sus novelas. Algo así nos confesaba también Baroja. Simenon lo hace más cómodamente: lee la guía de teléfonos. El elenco de nuestros personajes —vuelvo a *La hoja roja*— tiene nombres adecuados a su condición social. Las criadas marcadas por el «la» precediendo al nombre de pila, inadmisibles para las mujeres de condición más alta: así «la Desi», «la Marce». El recluta, de origen rural y bajo, tiene bastante con un mote: «el Picaza». Cada nombre es ya una definición, recordando a Gracián, aunque sean matices no fáciles de apreciar sin tener un conocimiento del medio que se retrata.

En una primera aproximación a los personajes, se nos ofrecen tomados de un medio rural en un ambiente urbano, lo que supone una caracterización por su habla. En nuestro caso, el autor ha sabido lograr un grado de verosimilitud convincente sin caer en pintoresquismo facilón. Ciertamente, es una opinión mía que no voy a demostrar, como tampoco diseccionaré el arte con que Delibes se salva de lo tópico: economía de toque y naturalidad que no es mera copia, sino afinada selección de lo observado directamente. Hasta un antropólogo, Oscar Lewis, utilizando el magnetófono para estudiar vidas de mexicanos pobres, hubo de rehacer lo grabado y trasladarlo a fraseo inteligible y testimonial. Arte no es copia, sino recreación por el medio que sea.

La criada de Eloy, «la» Desi, que con él comparte los papeles centrales de la obra, suele repetirse en muchas frases con un: «A ver», más lo que diga luego. Se trata de una de esas apoyaturas coloquiales, muletillas sin contenido salvo el que les pueda prestar la entonación y el contexto del diálogo. Es lo que Malinowski definió como «función fática», presente en todos los idiomas, mero instrumento de contacto con el interlocutor con posible sentido ocasional que la entonación y gestos pueden perfeccionar. En suma, pobreza de léxico y de mente, ripios que el diálogo rellena. Es un detalle que en la novela prefigura la acción, como el titubeo tartamudeante de «el» Picaza al iniciar un dicho.

## Humillados y ofendidos

Desde la aparición de la novela hasta su paso a drama, el autor la tuvo presente en su discurso de recepción en la Real Academia Española (25 de mayo de 1975), y allí nos ha dejado algo que debo recordar. Va siguiendo el progreso de su obra y evoca «a la Desi, la criada analfabeta a la que persigue su infancia rural como la propia sombra». Y propone una

interpretación: «Mis personajes son seres humillados y ofendidos... que inútilmente esperan aquí en la tierra algo de un Dios eternamente mudo y de un prójimo cada vez más remoto. Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable buscan en vano un hombro al que agarrarse, un corazón amigo, un calor...»

No limitaré el alcance de la obra a esta frustración, ni a que la técnica nos haya privado de intimidad, porque veo además un delicado ejercicio de poner en juego relaciones humanas que, aun rozando el ridículo, nos deja un cierto consuelo, temporal y precario, que acaba por conquistar nuestra simpatía. El final de la aventura con propósito de boda, tantas veces repetido en literatura, tiene ahora una muy peculiar y diferente tonalidad. Habíamos llegado hasta este trance con el progresivo aislamiento de Eloy en su decadencia senil, y el de «la» Desi por encarcelamiento de su prometido. Cuando todo parecía cerrado para ambos, ocurre la oferta y aceptación matrimonial en los términos menos esperables: «Eloy: El día de mañana, cuando yo muera, estos cuatro trastos serán para ti. (Estamos en la casa.) Desi (a quien repentinamente se le ha hecho la luz): Lo que usted mande, señorito. TELON Y FIN.» Ya antes habían remediado su soledad con vino y canciones —¡tan bien elegidas por el autor!—. ¿Qué trasfondo hay en cada una de las frases, la del «señorito» y la de «la» Desi? Necesidad de cariño, de amparo, interés (los duelos con pan son menos), cálculo por una o ambas partes... Ahora la lectura —en escena, la representación— podrá apuntar algún sentido. Bernard Shaw atribuyó 50 posibilidades a un sí y 500 a un no, dichos en escena. Pero trato de interpretar, no de definir ni descifrar la intención del autor, que una vez más nos deja considerable apertura, pues sabe que en nuestra vida sentimientos y voliciones nunca funcionan con la simplicidad del vocabulario. En fin, ¿resultará más triste todavía la soledad de dos en compañía? □

## RESUMEN

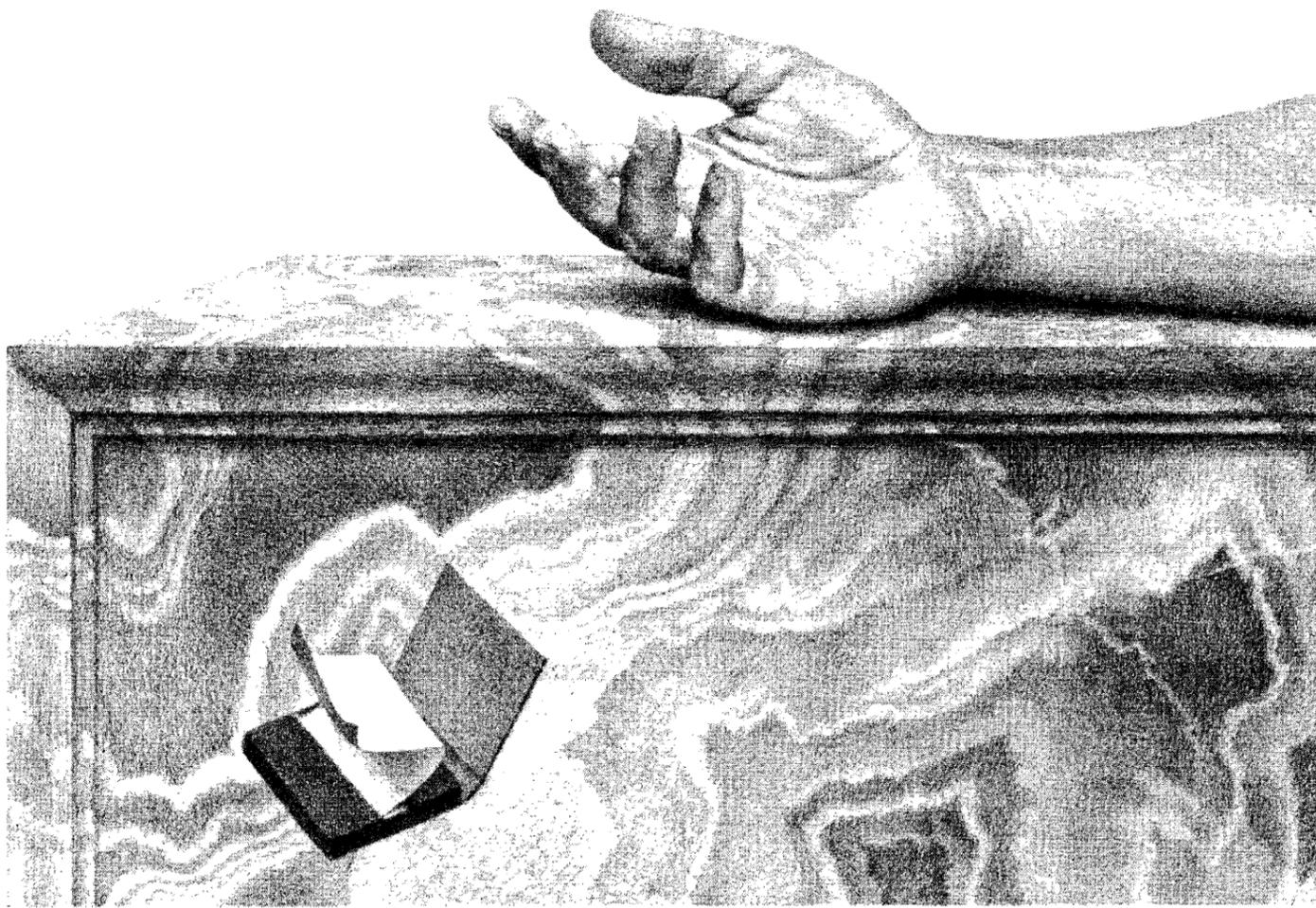
El propio Miguel Delibes realizó recientemente la versión teatral de una de sus novelas más entrañables, *La hoja roja*, en donde la vida rural y provinciana, dos temas predi-

lectos del escritor castellano, aparecen entrelazadas. Francisco Ynduráin, autor del comentario, se ocupa con detalle de la obra, situándola en el conjunto narrativo.

## Miguel Delibes

### *La hoja roja (versión teatral)*

Destino, Barcelona, 1987. 130 páginas.



FRANCISCO SOLE

# Braudel y la mediterraneidad

Por Gabriel Tortella

*Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es doctor en Economía por la Universidad de Wisconsin y catedrático de Historia Económica en la Universidad de Alcalá de Henares. Dirige el Instituto Universitario Ortega y Gasset y la «Revista de Historia Económica». Autor de Introducción a la Economía para Historiadores, Historia del Banco de Crédito Industrial y Los orígenes del capitalismo en España.*

La Historia tiene preguntas que la propia Historia no puede contestar; de ahí el creciente recurso a las ciencias sociales, e incluso a las médicas y a las físicas, por parte de los historiadores. Uno de estos problemas, fascinante y de difícil resolución, es el del desplazamiento geográfico de los centros de poder mundial. Un día la gran potencia fue Persia; luego lo fue Macedonia; más tarde, Roma; mucho más tarde, España; luego Francia, Holanda, Inglaterra; hoy, Estados Unidos. ¿Hay alguna razón para estos sucesivos desplazamientos del poder? Si pudiéramos explicarlos, quizá podríamos predecir si en el siglo XXI el poder se desplazará hacia Oriente (Japón, China, Rusia) o si permanecerá donde está.

Más o menos conscientemente, está generalizada la creencia de que el poder se correlaciona con el tamaño: de ahí la idea de crear la Comunidad Europea para devolver a este viejo continente el glorioso poder perdido. Evidentemente, hay una relación entre tamaño y poder, aunque no muy estrecha, como muestran los casos de India, Brasil, Indonesia o la propia China actualmente, mientras que Holanda e Inglaterra en el pasado muestran que un país pequeño puede ser muy poderoso. Estas excepciones sugieren que hay otro factor a tener en cuenta entre los correlacionados con el poder político de las naciones, y éste es la prosperidad económica.

En la medida en que podemos afirmarlo con seguridad —y ésta disminuye según nos remontamos en el tiempo—, los países poderosos han sido sociedades ricas (etimológicamente, «riqueza» y «poder» son sinónimos). He aquí una de las razones del interés de los historiadores por la economía. Por qué unos países son ricos y otros pobres es una pregunta que no sólo nos habla del bienestar y la longevidad de los ciudadanos, sino también del poder de la comunidad.

## Sede de poder

El Mediterráneo —la región mediterránea— presenta para los historiadores la cualidad fascinante de haber sido durante largas épocas una de las más sólidas sedes de poder y de haber visto en los tres últimos siglos cómo esa hegemonía se desplazaba gradualmente hacia el Norte. El Mediterráneo es, junto con China y Mesopotamia, una de las cunas de la civilización y el centro indiscutido de los mayores imperios de la Edad Antigua, culminando con el Imperio Romano, que es la síntesis de las civilizaciones mediterráneas precedentes y el antecesor directo de la civilización atlántica (europea y americana) actual. El Imperio Romano, desde Julio César hasta Justiniano, fue esencialmente una unidad política mediterránea. En aquel tiempo, y durante muchos siglos después, el Mediterráneo era el «centro» de Europa, y el resto del continente (en especial las riberas de los mares del Norte y Báltico) la «periferia», para utilizar una terminología poco rigurosa, pero popular y expresiva. Entonces los «bárbaros» eran las gentes del Norte, que emigraban hacia el Sur en busca de oportunidades económicas: la mal llamada «invasión de los bárbaros» tuvo más carácter laboral que militar. Las riberas del Mediterráneo eran para los hombres del Norte la región de altos salarios, buen nivel de vida y oportunidades de empleo en la industria y el comercio.

Esta situación fue modificándose gradualmente a lo largo de la Edad Media. Desde Pirene sabemos que la irrupción musulmana fue el factor que acabó con el comercio naval mediterráneo, que había sido una de las claves de la prosperidad de la región. Viene así el primer gran desplazamiento del centro político de Europa hacia el Norte: aunque Carlomagno fuera coronado Emperador en Roma, la capital de su Imperio estaba en el Norte, en Aquisgrán.

Sin embargo, el retroceso paulatino de los musulmanes fue devolviendo al Mediterráneo su papel de vehículo comercial europeo, sobre todo a partir del siglo XIII. Aunque ya nunca más será «mare nostrum», porque desde el siglo VII hasta hoy es un bien compartido, el Mediterráneo del Renacimiento y de la Contrarreforma vuelve a ser un mar de hegemonía europea, el mar de Venecia y de Felipe II. Con este monarca alcanza el Mediterráneo su último apogeo. Este destello postrero del esplendor del Sur de Europa fue el objeto del estudio de Fernand Braudel en su magistral *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En esta obra monumental, su gran tesis, que conoció tres ediciones en francés y fue traducida al español, al italiano y al inglés, Braudel hizo algo muy audaz y tremendamente innovador: consecuente con los principios geográficos de la escuela de la revista «Annales», fundada por sus maestros Marc Bloch y Lucien Febvre, tomó como unidad de estudio nada menos que la cuenca mediterránea, y lo hizo observándola cuando ésta, grande por última vez, estaba al borde de la decadencia. Con este libro, poco criticado y alabado con excesiva frecuencia (son palabras de Braudel), el autor alcanzó su bien merecido prestigio.

Braudel es consciente de que estudia el canto del cisne de la grandeza mediterránea, e investiga sus causas económicas. Encuentra éstas en la excesiva rigidez de las estructuras sociales y de la organización agraria: el nivel de vida es bajo, las disparidades sociales excesivas, la producción no crece a medida que lo hace la población, hay una distancia creciente entre aspiraciones y necesidades, de un lado, y posibilidades económicas, de otro. Se discute hoy mucho si hubo o no crisis económica en el siglo XVII; a veces el debate adquiere tonos bizantinos. Pero no hay duda de que el siglo XVII presenció el vuelco definitivo de la hegemonía europea en favor del Septentrión: es el momento del desbancamiento del Mediterráneo por el mar del Norte. Inglaterra inicia la larga marcha hacia su superioridad indiscutida en los siglos XVIII y XIX, que el genio de Shakespeare ya advirtiera en su *Tercera parte del rey Enrique VI*: «Thy father bears the type of King of Naples / of both the Sicils and Jerusalem, / yet not so wealthy as an English yeoman.» (Vuestro padre lleva el título de rey de Nápoles, las dos Sicilias y Jerusalén, pero no es tan rico como un labrador inglés.)

## Tornas cambiadas

Desde el siglo XVII hasta el XX las antiguas tornas se han cambiado: la Europa próspera y avanzada está en las riberas del mar del Norte, y serán los bárbaros del Sur los que emigren hacia allí en busca de oportunidades económicas. Ahora bien, ¿qué sabemos sobre las causas de este vuelco histórico? Por desgracia, y los libros aquí comentados lo demuestran, Braudel tejó un espléndido y rico tapiz, pero sacrificó el análisis en aras de la descripción. ¿Por qué eran «rígidas» las estructuras agrarias y las de clase social, por qué esas grandes disparidades de nivel de vida y de riqueza en el mundo mediterráneo? El lector buscará en vano en *La Méditerranée. Les hommes et l'héritage* y aún más en vano en *Une leçon d'histoire*. Ambos son libros colectivos de celebración y homenaje, brillantes pero superficiales. El primero es una colección



Fernand Braudel

de varios ensayos en que se canta al Mediterráneo sin hacer propiamente historia ni menos análisis histórico, sin que eso impida que su lectura sea deliciosa por el talento y brillantez de sus autores: Roger Arnaldez sobre la aparición del monoteísmo, Jean Gaudemet sobre el legado de Roma, Piergiorgio Solinas sobre las estructuras familiares en el mundo mediterráneo (unidad y diversidad a un tiempo), Maurice Aymard sobre las migraciones y la aculturación, Braudel sobre Venecia, y Georges Duby sobre el legado del medio meridional.

*Une leçon d'histoire* es en realidad el acta de un homenaje al maestro Fernand Braudel, donde se discuten los temas que le son caros y a los que dedicó gran parte de su obra: el Mediterráneo, el capitalismo y la historia de Francia. Intervinieron en esta reunión un gran número de figuras de la historiografía, la economía, la geografía y otras ciencias sociales, incluida la medicina; pero los resultados científicos se diluyen. Se leen en el libro páginas muy interesantes, y el que lo lea entero guardará una panorámica muy viva, muy personalizada, de la enorme influencia que Braudel ejerció en las ciencias sociales de nuestra época. Pero sobre las interrogantes que he esbozado en este ensayo, y que están muy relacionadas con las preocupaciones que refleja la gran obra braudeliana, apenas hay algunas referencias de pasada.

Y, sin embargo, hoy podemos ya arriesgar algún atisbo de respuesta a las preguntas que nos formulábamos al principio. Como Braudel y los fundadores de «Annales» intuyeran hace más de medio siglo, el factor geográfico es insoslayable. Pero no basta: las explicaciones basadas en la geografía pueden justificar por qué unas regiones se desarrollan económicamente más que otras; lo que la geografía por sí sola no puede explicar es por qué el desarrollo relativo cambia con el tiempo, a me-

nos que postulemos la existencia de cambios climáticos profundos y duraderos. La Historia del Clima es una disciplina relativamente nueva, y uno de sus fundadores es un discípulo de Braudel, Emmanuel Le Roy-Ladurie. Por lo que sabemos, sin embargo, los cambios climáticos no bastan para justificar un desplazamiento secular de la importancia del que hemos venido comentando. Hay que incluir dos factores más para mejor explicar los misteriosos desplazamientos: la tecnología y la cultura o «capital humano».

En el caso europeo, la evolución de la tecnología agraria ofrece gran parte de la solución que buscábamos. Las técnicas agrarias del mundo antiguo (el bien llamado «arado romano») permitían cultivar los suelos ligeros de la cuenca mediterránea, pero no los suelos pesados y cubiertos de bosque del Norte. Esto condenaba a los pueblos germánicos al nomadismo. Durante la Edad Media se generalizó el «arado pesado», que, junto con una labor secular de deforestación y roturación, permitió cultivar las tierras de la llanura europea septentrional. Con esta nueva tecnología, las tierras norteñas no tenían nada que envidiar a las del Sur, y durante el Medioevo se produce una equiparación económica, política y cultural entre ambas regiones. Cristianismo y agricultura se asientan al unísono en la Europa germánica. Sin embargo, durante el siglo XVI vuelve a producirse un cambio tecnológico en la agricultura que establece la superioridad del Norte sobre el Sur. Se trata de la «agricultura integrada» o «intensiva», que, combinando estrechamente labranza y ganadería y mejorando los sistemas de rotación de cultivos, logra notables aumentos en la productividad. Estas técnicas, originadas en Holanda y desarrolladas en Inglaterra, son mucho más adaptables a las húmedas tierras septentrionales, ricas en pastos, que a las meridionales, relativamente áridas. Los elementos culturales también cuentan: la confiscación de las tierras de la Iglesia en las regiones protestantes facilita la introducción de las nuevas técnicas.

Es así la evolución de las técnicas agrícolas (la principal actividad económica hasta la Edad Contemporánea) la que, en conjunción con los factores geográficos, explica el atraso (relativo) de la cuenca mediterránea. Y es la Revolución Agraria, originada en la Edad Moderna, uno de los factores que explican el triunfo de la Revolución Industrial en Inglaterra.

Esta síntesis, expuesta aquí de manera casi atropellada, puede hoy hacerse gracias al esfuerzo de generaciones de historiadores principalmente franceses, holandeses e ingleses. La escuela de los «Annales», fundada y orientada por el gran Marc Bloch y de la que Braudel fue por tantos años máximo exponente, fue pionera en este tipo de enfoques. A su labor pluridisciplinar se debe que algunas de las grandes preguntas de la Historia puedan ir hallando respuesta. □

## RESUMEN

*El desplazamiento del centro del poder y la cultura desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte es un enigma histórico apasionante. La obra de Fernand Braudel tiene el gran mérito de haberse planteado el problema y de*

*haber contribuido en gran medida a resolverlo. Los libros comentados por el profesor Tortella, que se publicaron tras la muerte del historiador, son más de homenaje y celebración que analíticos.*

**Fernand Braudel (dr.)**

*La Méditerranée. Les hommes et l'héritage*

Flammarion, París, 1986. 219 páginas.

**Autores varios**

*Une leçon d'histoire de Fernand Braudel. Chateaufort. Journées Fernand Braudel (18-20 octobre 1985)*

Les Editions Artaud, París, 1986. 255 páginas.

# La inteligencia artificial

Por José García Santesmases

*José García Santesmases (Barcelona, 1907) ha sido catedrático de Física Industrial de la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Es Premio Nacional de Investigación Técnica «Leonardo Torres Quevedo» (1983).*

El concepto de inteligencia artificial es muy antiguo. Nace, prácticamente, con las propias computadoras. El significado y amplitud de los sistemas de inteligencia artificial han ido evolucionando en el transcurso del tiempo.

Actualmente estos sistemas han progresado mucho. Asimismo, las técnicas que tienden a lograr una comunicación más fácil entre el hombre y la máquina.

Es difícil expresar en pocas palabras el contenido y los límites de la inteligencia artificial. Podríamos considerarla como la propiedad de una máquina capaz de razonamiento, lo que la permite aprender y realizar determinadas funciones normalmente asociadas a la inteligencia humana.

Muchas son las aplicaciones de la inteligencia artificial. Entre ellas citaremos los juegos, la prueba automática de teoremas, la visión artificial, los robots, los lenguajes naturales, los sistemas expertos y el aprendizaje. Nos ocuparemos particularmente de los dos últimos. En los sistemas de aprendizaje se pretende resolver determinados problemas aprovechando la experiencia adquirida por la máquina en el pasado. En los juegos es donde se puede apreciar mejor el proceso de aprendizaje; hace tiempo, Samuel diseñó un programa para jugar a las damas que permitía a la máquina ganar reiteradamente a su creador. Esto significa que si bien en el programa inicial que se introduce en la máquina está previsto que acumule experiencia e incluso la forma de acumularla, el programa que sigue aquella en sus diferentes jugadas se va estructurando sobre la marcha, partiendo de la experiencia adquirida.

## Sistemas expertos

Tratando ahora de los sistemas expertos, señalaré que al principio suscitaban simple curiosidad. Sin embargo, a lo largo de los años su evolución ha sido impresionante y actualmente estos sistemas constituyen objetivos en los campos tecnológico y comercial. Estos sistemas emplean las computadoras en forma drásticamente distinta del tratamiento convencional de datos y abren, sin duda, nuevos horizontes. Se trata de almacenar los conocimientos sobre un determinado tema específico.

Estos conocimientos proceden de personas especialistas en el tema en cuestión, que de esta forma los ponen a disposición de los usuarios. Para ello se necesitan lenguajes nuevos, distintos de los convencionales, que a partir de la base de conocimientos permitan establecer razonamientos y definir reglas análogas a las que usa el hombre para resolver problemas complicados. El propósito es ambicioso, ya que se trata, también, de que la comunicación hombre-máquina se realice mediante el lenguaje natural.

Los sistemas expertos permiten obtener una síntesis de los que existen en determinado campo, suministrados por especialistas, mediante diálogo con los denominados ingenieros de conocimiento, que establecen las reglas y métodos para el mejor aprovechamiento del contenido del sistema.

Hacia 1980-81 se comenzó a comercializar la tecnología del conocimiento. La primera empresa constituida tenía por objeto promocionar la ingeniería del conocimiento en el campo de la genética en USA; otra empresa, la Teknowledge, se formó poco después y ambas procedían del Proyecto de Programa Heurístico de la Universidad de Stanford.

El primer sistema experto (no comercial) fue desarrollado por el grupo de Stanford, y se denominó Dendral (1965); también creó el primer sistema con aprendizaje, el Meta-Dendral. El éxito obtenido se basa en atacar sólo problemas susceptibles de ser tratados por las técnicas de inteligencia artificial y, por otro lado, en considerar solamente problemas difíciles e importantes. Así deben escogerse problemas cuya solución requiera principalmente razonamiento simbólico, o aquellos en cuya solución correcta discrepan los expertos humanos.

En el futuro, los adelantos en los sistemas de conocimiento y en los de inteligencia artificial producirán cambios radicales en el trabajo de los profesionales. Algunas profesiones perderán su importancia y otras desaparecerán a medida que la máquina vaya usurpando las tareas intelectuales en que se basan aquéllas. Al propio tiempo aparecerán nuevas profesiones para cubrir las necesidades que la máquina nunca podrá satisfacer.

En los sistemas expertos, la etapa de adquisición de conocimientos es difícil y a veces lenta para el ingeniero de conocimiento, que debe proponer el prototipo diseñado al experto humano, revisarlo en consecuencia y realizar este proceso dialogante todas las veces que sea necesario para lograr que el sistema alcance un nivel aceptable de comportamiento. En consecuencia, la adquisición de conocimientos representa el *cuello de botella* de los sistemas expertos. Para superarlo se ha pensado en los sistemas de aprendizaje.

Con este fin se ha dirigido la atención, nuevamente, sobre estos sistemas que habían quedado relegados al olvido. Nos hallamos, actualmente, en una época de revisión de los métodos de aprendizaje y de conseguir nuevos caminos en este campo.

## Sistemas de aprendizaje

El libro que vamos a comentar, *Machine learning: Applications in expert systems and information retrieval*, de Richard Forsyth y Roy Rada, trata precisamente de aplicar el aprendizaje en máquinas a los sistemas expertos y a la recuperación de la información.

Un sistema de aprendizaje está constituido, en líneas generales, por el de aprendizaje propiamente dicho y el sistema ideal cuyo comportamiento se trata de igualar.

Las salidas de ambos sistemas se comparan en la «unidad de evaluación», cuya salida, es decir, el resultado de la comparación, pasa, mediante un proceso de realimentación, a la «unidad de aprendizaje», que modifica las reglas dadas para mejorar el comportamiento del sistema. Estas reglas guían la actividad de la «unidad operativa», que mejora el comportamiento del sistema si las reglas introducidas son las adecuadas.

El sistema ideal a que nos referimos puede ser un experto humano, como, por ejemplo, un médico especialista de categoría si se trata de un diagnóstico médico. En este caso la historia del paciente se presenta en la entrada del sistema.

En los métodos de análisis denominados de «caja negra» se trata de comprender un sistema complejo, ignorando su estructura interna; solamente se estudian las entradas y salidas de aquél, que puede ser un fenómeno natural, un dispositivo eléctrico o un organismo vivo. Mientras se puedan especificar las relaciones entre entradas y salidas, la forma como se consigue esta dependencia, es decir, cómo se halla estructurado el sistema, no interesa. Una «caja negra» no analiza la estructura de la misma y sí solamente la función entrada-salida.

El método de la «caja negra» se aplica a los sistemas de aprendizaje, particularmente en el campo del reconocimiento de caracteres.

Si bien este campo y el de los sistemas expertos tienen orígenes y entornos distintos, el hecho es que sus objetivos y métodos son aná-

logos. Debemos destacar que en todo sistema experto subyace uno de reconocimiento de caracteres.

Este, que de forma más general podemos denominar de «reconocimiento de escenas o patrones», es un sistema de clasificación que, a su vez, constituye un proceso de reducción de la información. En la clasificación se pueden considerar tres etapas. En la primera, la escena del mundo exterior se muestrea. En la segunda, este muestreo o medición se procesa para obtener un número menor de características. Estas se examinan en la tercera etapa y se escoge una clase entre un pequeño número de ellas, a la que se asigna la categoría de patrón.

Ya hemos indicado la analogía de tareas de los sistemas expertos y de los de reconocimiento de patrones. Así, el diagnóstico médico es una aplicación de aquéllos, pero también lo es de éstos. Si precisamos un poco más, llegamos a la conclusión de que un sistema experto debe reconocer patrones y que, una vez realizado este reconocimiento, el resto de su tarea es trivial. En una consulta médica, lo importante es conocer la enfermedad de que se trata; una vez establecido el diagnóstico, la elección del tratamiento a seguir está, en general, bastante determinada.

Y aquí vemos la relación de los sistemas expertos con los de reconocimiento de patrones. La realización de aquéllos exige reconocer escenas. Por consiguiente, el estudio de los sistemas que aprenden a reconocer patrones es de gran importancia para la investigación de los expertos, que mejoran su comportamiento con la experiencia.

## Ajuste de parámetros

En el libro que comentamos se pasa revista a los diferentes métodos de aprendizaje para reconocer patrones.

La forma más simple de aprendizaje es la que se realiza mediante ajuste de parámetros. Se exponen brevemente algunos sistemas de este tipo.

El Perceptron de Rossmblatt es de gran interés y de los más antiguos (1958, 1962). Otro es el Pandemonium de Sefridge (1959), que lo denominó paradigma de aprendizaje. Hay que citar, también, la máquina de Boltzmann, en la que se resucitan las ideas de aquellos investigadores sobre simulación de redes neuronales. Este sistema ha sido diseñado por Hinton (1985).

Se describen también otros sistemas, entre ellos el jugador de damas de Samuel, que ya hemos comentado.

Más adelante se estudian sistemas estructurados de aprendizaje, donde se utilizan métodos en los que el conocimiento resultante se expresa de forma que sea accesible no sólo al hombre, sino también a la máquina. Esta propiedad hace a estos sistemas más adecuados para generar reglas que formen parte de la base de conocimientos de un sistema experto inteligible para los humanos.

El diseño de sistemas de aprendizaje, partiendo del proceso evolutivo de los organismos, es también objeto de estudio. Se muestra, sin duda, atractiva la idea de que un sistema perfeccione su comportamiento por analogía al proceso evolutivo. Con este pro-

cedimiento se han logrado resultados sorprendentes.

Por último, se hacen unas reflexiones sobre el aprendizaje en máquinas. Se pueden aplicar potencialmente a una asombrosa variedad de tareas. Así, en programación automática, cuyo objetivo es que la computadora escriba su propio programa. En el aprendizaje como creatividad, la asociación entre uno y otro es muy grande. Muy a menudo el aprendizaje es un acto creativo.

Los diseñadores de sistemas expertos ven en el aprendizaje en máquina una gran ayuda en el largo y tortuoso camino necesario para obtener conocimientos del experto humano. También debemos considerar el aprendizaje como un caso de optimización, como, por ejemplo, ocurre en los sistemas de ajuste de parámetros, que hemos mencionado.

## Recuperación de la información

Los progresos de la Ciencia y Tecnología han conducido a la humanidad a la necesidad de conseguir sistemas de recuperación de la información (R.I.) cada vez más perfeccionados. Se considera como documento, a los efectos de R.I., a toda información que pueda recuperarse de acuerdo con una descripción de su contenido.

El almacenamiento y recuperación de la documentación exige el estudio de la representación, razonamiento y aprendizaje. Se deben representar tanto las interrogaciones como los documentos y debe existir una estrategia de razonamiento tal que permita, dada una pregunta, obtener el documento apropiado. Como los conocimientos que se pueden almacenar en una computadora son muy grandes, es conveniente utilizar las técnicas de aprendizaje con objeto de resolver los problemas de representación y razonamiento.

En la segunda parte del libro que comentamos se establecen las relaciones entre los sistemas de aprendizaje y los de representación y razonamiento en R.I.

Esta parte del libro se halla dividida en dos secciones. En la primera se pasa revista a los trabajos realizados por varios investigadores, mientras que en la segunda se expone un proyecto particular realizado por el grupo de trabajo a que pertenece el autor de esta parte de la obra.

Resumiendo, en la primera parte de este libro se hace un estudio amplio de los diferentes métodos de aprendizaje, marcando el acento en su aplicación a los sistemas expertos, aunque también en otros campos de la inteligencia artificial. La descripción de aquellos métodos se hace tratando de explicar cómo operan y funcionan prácticamente.

La segunda parte del libro está dedicada a la aplicación de los sistemas de aprendizaje y a la recuperación de la información. En los dos primeros capítulos de esta parte se hace una exposición de los conceptos fundamentales de la recuperación de la información, dedicada a los lectores no versados en este campo.

Al final del libro se indica copiosa bibliografía general sobre los diferentes temas tratados y, además, después de cada capítulo también se señalan referencias al campo específico estudiado. □

## RESUMEN

*Los sistemas de aprendizaje se estudian ahora con renovado interés debido principalmente a su aplicación a los sistemas expertos. El profesor García Santesmases describe tanto unos como otros*

*y comenta el libro de R. Forsyth y R. Rada, en el que también se establecen las relaciones entre los sistemas de aprendizaje y los de recuperación de la información.*

R. Forsyth y R. Rada

*Machine learning: Applications in expert systems and information retrieval*

Ellis Horwood Ltd., Chichester, 1986. 277 páginas.

# Más allá de la física

Por Carlos Sánchez del Río

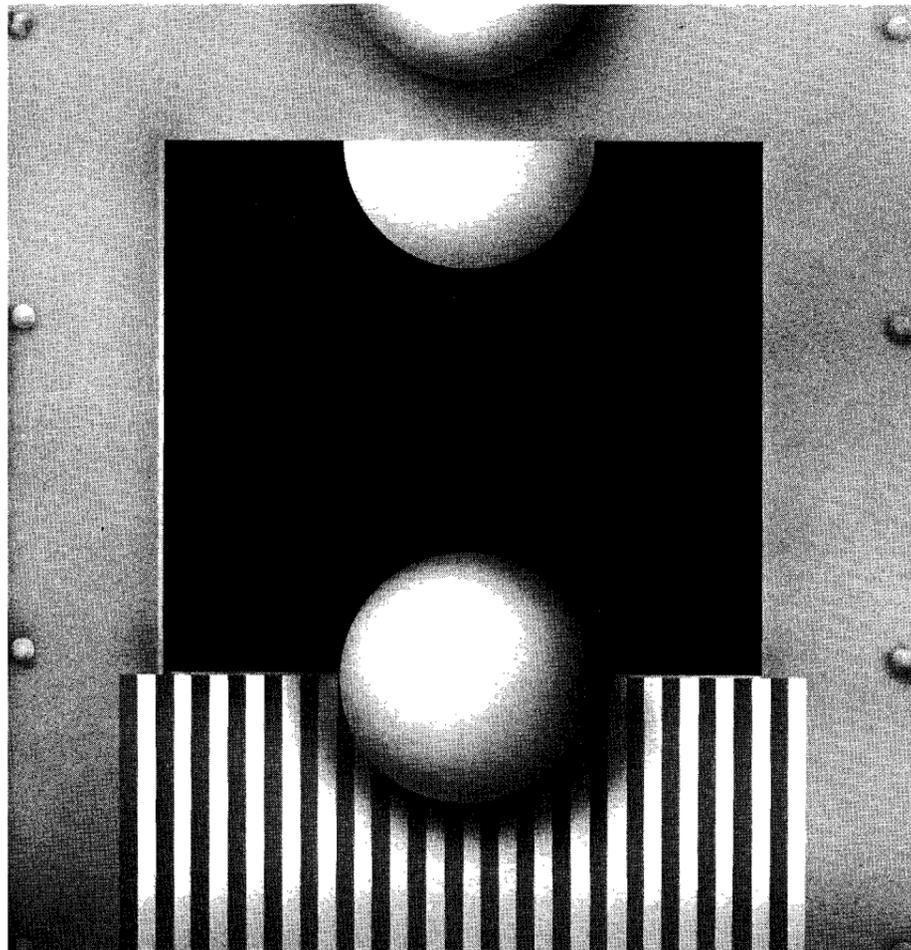
*Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es académico de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.*

Todas las ciencias que la filosofía tradicional llamaba particulares presentan dos aspectos bien diferenciados. El primer aspecto es su propia dinámica, que condiciona tanto su desarrollo futuro como su aplicación a la resolución de problemas técnicos que influyen en la evolución social. Un segundo aspecto es la relación de la ciencia en cuestión con las demás, con todos los saberes en general y, en definitiva, con nuestra concepción del mundo; es el aspecto filosófico. La ciencia paradigmática es, por su antigüedad y perfección, la física, y en esta disciplina se pueden distinguir bien las dos vertientes que ahora podríamos llamar artesanal y reflexiva. Quienes cultivan la física tienen presentes ambas vertientes, aunque generalmente una predomina sobre la otra; a efectos metodológicos, sin embargo, conviene considerar los casos extremos.

## Física artesanal

La física artesanal es una física mutilada que sirve para hacer cosas. Es la física que se enseña con vistas a su aplicación inmediata en la ingeniería, la química, la biología, etc. No se muestra su historia ni sus presupuestos o consecuencias filosóficas. Sólo interesan las técnicas de medida y los métodos matemáticos que soportan un conjunto de modelos y teorías cuya fundamentación apenas interesa. Esta forma de presentar la física nos viene impuesta por el pragmatismo anglosajón y puede sintetizarse en dos objetivos didácticos: el estudiante debe aprender a resolver problemas y a desenvolverse en el laboratorio. No necesita pensar en nada más. No seré yo quien niegue la necesidad de esta física artesanal. Entender la física es tarea ardua que requiere singular agudeza y, por otra parte, nuestra sociedad tecnificada necesita muchísimos profesionales que sepan aplicar la física y hacerla progresar. La solución es la física artesanal para la mayoría, quedando la física reflexiva para unos pocos. Esta solución no es original, por otra parte. En todas las religiones, la instrucción general sobre creencias y reglas de conducta es para todos, mientras que la fundamentación teológica queda reservada a una minoría.

Es frecuente que los cultivadores de la física artesanal tengan una visión muy limitada del mundo y de la sociedad, por lo que sus opiniones políticas o filosóficas son tan simplistas que provocan el desprecio de los intelectuales de valía. Como, por otra parte, los físicos artesanales pueden llegar a obtener premios Nobel (y de hecho llegan), los intelectuales valiosos propenden a veces a trasladar el desprecio desde los cultivadores a la ciencia misma. Y esto es grave, porque no se puede impunemente ignorar lo que la física ofrece



ALFONSO RUANC

para tratar de comprender la realidad que existe más allá de la física.

Para entender lo que la física puede contribuir a una visión global de la realidad es preciso profundizar en el aspecto que más arriba he denominado física reflexiva. Es el análisis de las teorías físicas desde una perspectiva filosófica. Este análisis es tan necesario como difícil, y por eso el progreso en este campo ha sido hasta ahora muy escaso. Esta escasez de resultados tiene su explicación en la dificultad intrínseca del tema, por una parte, y en la falta de estudiosos preparados, por otra.

La falta de especialistas en física reflexiva se entiende fácilmente. Los físicos, incluidos los intelectualmente finos, carecen de la preparación necesaria para el discurso filosófico riguroso. Y carecen de esta preparación porque no conocen toda la riqueza intelectual contenida en la tradición filosófica de veinticinco siglos. Y sin conocer a fondo la evolución del pensamiento especulativo desde los griegos hasta hoy, los análisis filosóficos no pasan de ser esfuerzos de meritorios aficionados. Esfuerzos no despreciables, por supuesto, pero claramente insuficientes. Los filósofos de oficio, por otra parte, no entienden la física porque normalmente carecen de preparación matemática y no han recibido el entrenamiento que conduce a la percepción del sentido físico y que sólo se adquiere por inmersión prolongada dentro del quehacer de los físicos profesionales. El resultado es que muchas generalizaciones de los filósofos de la ciencia o son triviales o son simplemente in-

correctas. Esfuerzos meritorios de nuevo, pero que no llevan muy lejos.

A pesar de cuanto llevo escrito, sería injusto no apreciar el trabajo parcial de los físicos que intentan filosofar y el de los filósofos que se interesan por la física. Pero me parece evidente que a los primeros les faltan una docena de años dedicados a la filosofía y a los segundos un tiempo similar dedicado a la física. Por desgracia, unos y otros suelen engañarse incorporándose a sendas colectividades que viven satisfechas dentro de sus limitaciones; se leen y citan entre ellos y basta.

## Reflexión sobre la física

Todo esto viene a cuento de un libro reciente de Carl Friedrich von Weizsäcker. Este físico y filósofo alemán reúne casi todas las cualidades necesarias para escribir con acierto una reflexión sobre la física. Estudió física en Berlín, Gotinga y Leipzig, siendo discípulo de Werner Heisenberg. Fue profesor de física teórica en Estrasburgo y Gotinga, y después y durante bastantes años profesor de filosofía de la Universidad de Hamburgo. Desde 1970 hasta 1980 fue director del Instituto Max Planck para la investigación de las condiciones de vida del mundo científico-técnico. Para ser un físico-filósofo ideal sólo le faltan algunos años de trabajo experimental en un laboratorio; el entusiasmo por algunos formalismos abstractos sólo se cura viviendo algún tiempo en contacto con lo concreto.

Muchos años ha dedicado Von Weizsäcker a reflexionar filosóficamente sobre la física, y el resultado de sus meditaciones queda plasmado en un libro denso, profundo y de no fácil lectura que no puede ignorar quien se interese por lo que puede significar la física en el marco de la cultura.

La preocupación fundamental de nuestro autor es la comprensión de la unidad de la física para llegar a captar la unidad de la naturaleza. La tesis central es que la teoría cuántica es conceptualmente una teoría completa de toda la física, y el problema fundamental es entender dicha teoría. Entender no significa saber aplicar la teoría cuántica a fe-

nómenos concretos, porque eso todos lo sabemos desde hace muchos años. Entender quiere decir saber lo que se hace cuando se aplica la teoría, y esto realmente sigue presentando aspectos oscuros.

Para entender la teoría cuántica propone Von Weizsäcker una reconstrucción de la teoría que consiste en una nueva formulación axiomática que conduce a una estructura que denomina teoría cuántica abstracta. Esta teoría es, en definitiva, una formulación de un cálculo de probabilidades no clásico (es decir, no en el sentido de la estadística tradicional) que debería ser aplicable por su generalidad a todos los fenómenos naturales. La reconstrucción se basa en un análisis filosófico del tiempo, la probabilidad y la irreversibilidad que constituye la primera parte del libro.

Las consideraciones sobre el tiempo son muy lúcidas. En las ecuaciones de la física el tiempo aparece como un simple parámetro que oculta la diferencia esencial entre el pasado, el presente y el futuro; se necesitan distinciones tan sutiles como justas para apreciar que la lógica de las proposiciones en las que interviene el tiempo debe ser diferente de la lógica atemporal normal.

El concepto de probabilidad ha sido, es y será siempre problemático. Su presentación axiomática (al estilo de Kolmogorow, por ejemplo) es sólo una forma hábil de ocultar las dificultades para engaño de estudiantes conformistas y de matemáticos bobos. Von Weizsäcker ve la probabilidad como una modalidad futura cuantitativa: es una anticipación de las frecuencias relativas de acontecimientos de un cierto tipo.

El punto de partida para la comprensión de la irreversibilidad de los procesos naturales ha sido tradicionalmente el tratamiento estadístico que dio Boltzmann del segundo principio de la termodinámica. Para nuestro autor, y simplificando las cosas, la distinción entre presente y futuro no es consecuencia, sino premisa de las leyes naturales.

A partir de la teoría cuántica abstracta es preciso elaborar una teoría concreta referente a los objetos que realmente existen. Esto requiere normalmente complementar la teoría abstracta con leyes dinámicas especiales. Von Weizsäcker prescindir de ellas y penetra en un campo sumamente especulativo, admitiendo que todas las alternativas de futuro pueden reducirse a alternativas primarias de carácter binario (Ur-Hypothese). Esta hipótesis es la base de un programa de investigación inacabado y discutible muy apreciado por el autor, pero que, en mi opinión, no es lo más interesante del libro.

Admitiendo con Von Weizsäcker que la teoría cuántica abstracta sea la teoría general probabilística que permite pronosticar las alternativas futuras empíricamente decidibles, surgen varios problemas de índole filosófica. ¿Existe física más allá de la teoría cuántica?, ¿existe conocimiento humano más allá de la física?, ¿hay un Ser más allá del conocimiento humano? Carl Friedrich von Weizsäcker se enfrenta valientemente con estas preguntas, que naturalmente quedan sin respuesta porque no pueden tenerla dentro de la línea argumental del libro. Pero las consideraciones del autor son agudas, hacen pensar y justifican el esfuerzo nada despreciable que se precisa para leer el libro objeto de este comentario. □

## En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Angel Latorre, Pedro Cerezo Galán, José María Valverde, Pedro Martínez Montávez y José María López Piñero. Índice 1987.

## RESUMEN

El profesor Sánchez del Río comenta un libro del físico y filósofo alemán Von Weizsäcker, en el que éste reflexiona filosóficamente sobre la física en un trabajo denso, profun-

do y de no fácil lectura, según advierte el comentarista, pero que no debe ignorar quien se interese por lo que puede significar la física en el marco de la cultura.

Carl Friedrich von Weizsäcker

*Aufbau der Physik*

Hansen Verlag, Munich, 1986<sup>2</sup>. 662 páginas.

## Gloria póstuma a un gramático

Por Emilio Lorenzo

*Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre las literaturas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición y El español y otras lenguas.*

De las lenguas europeas que nos resultan familiares no conozco ninguna en que la comunidad lingüística pretenda adjudicar a una institución el papel y la responsabilidad de dirimir los conflictos y dudas sobre el uso actual del idioma, excepto la española con su Academia.

Existen en Europa academias nacionales de variados objetivos, desde la Unión Soviética y Escandinavia hasta el Occidente de la cuenca mediterránea (en ésta, cronológica y geográficamente ordenadas, la italiana de la Crusca, la francesa y la española). Las dos grandes lenguas germánicas de cultura —el inglés y el alemán—, pese a más de un intento desde el siglo XVII de regular su funcionamiento mediante sociedades y academias, han alcanzado hoy un «modus vivendi» en el que léxico y ortografía están normalizados y codificados en diccionarios de prestigio que editan poderosas empresas privadas, mientras que de la gramática se ocupa una infinidad de autores —cerca de 200 en inglés sólo hasta 1800— que, tras postular reformas y defender usos y tendencias más o menos disparatadas, suelen acabar doblegándose al uso y respaldando lo que antes condenaban. Por tradición, en los tres países mediterráneos aludidos, que todavía albergan a las tres academias quizá más respetadas de Europa y que iniciaron su andadura con sendos diccionarios, se tiende a asociar prestigio con autoridad y se espera, sobre todo en España, dictamen decisivo hasta en casos claramente triviales. Es mi opinión personal que la Academia Española ha cumplido dignamente su misión —supuesta o asumida— de orientar sobre el valor de los vocablos y sobre la norma gramatical, apoyada siempre en el testimonio (o autoridad) de los grandes escritores. Cúmpleme declarar aquí que no tuve participación en tal tarea ni debo ufanarme del resultado.

Tal vez convenga aclarar ya aquí que el objeto de este comentario no es estrictamente académico pero sí tiene que ver con el quehacer de la Real Academia Española, como

se verá. Entre las misiones que encomienda a esta institución la Real Cédula de Felipe V por la que se aprobó su fundación, destacan la de «poner la lengua castellana en su mayor propiedad y pureza», la de escoger «con sumo estudio y desvelo los vocablos y frases más propias de que han usado los Autores Españoles de mejor nota» y la de «formación de un Diccionario Español, con la censura prudente de las voces y modos de hablar que merecen o no merecen admitirse en nuestro Idioma».

Este último cometido, con su cautelosa advertencia —«censura prudente»—, parece suscitar, junto con el famoso lema del crisol, juicios encontrados de la labor académica: para unos hay excesiva lenidad en lo que, opinan, debería ser condena fulminante; para otros, el conceder a la Academia la facultad de dirimir sobre las «voces y modos de hablar» admisibles o rechazables esconde el peligro de degenerar en dictadura idiomática. Pero unos y otros coinciden en que la suerte del idioma es responsabilidad de la Academia y a ella acuden para afianzar su punto de vista, invalidar el del contrario o lamentar que no les saque de dudas. Se olvida así que el propósito inicial del marqués de Villena no era el de reunir auténticos gramáticos y lexicógrafos en corporación, sino «personas de calidad y consumada erudición en todo género de letras» que «deseaban trabajar en común, a cultivar y fijar las voces y vocablos de la lengua Castellana, en su mayor propiedad, elegancia y pureza».

### Diccionario de Autoridades

Más que de un programa de intenciones se trata aquí de una descripción global de los «veinte y quatro Académicos» que el marqués tenía ya seleccionados y pendientes de la sanción real. Pues bien, con estos comienzos, sólo doce años después estaba publicado el primer tomo del hoy llamado *Diccionario de Autoridades*, concluido en 1739, proeza sin igual en el terreno léxico por aquellas fechas en Europa. Cabe suponer que, como en toda empresa colectiva, el peso de la redacción recaería en algunos académicos más que en otros. Un gran triunfo para la tan denostada Academia.

Con la gramática las cosas son distintas. La Academia Francesa, como recordaba hace años con ironía don Julio Casares, tardó casi trescientos años en cumplir el precepto fundacional de publicar una gramática: lo hizo

en 1932 y el resultado fue comparable, según don Julio, al parto de los montes. Nuestra Academia también tuvo su Gramática en el siglo XVIII, varias ediciones, y mal que bien, ya en forma de compendio, ya de epítome, ha sido guía y punto de referencia para muchos españoles hasta el primer tercio del siglo. Precisando más, era lo más parecido a una norma jurídica aplicada al lenguaje, es decir, un intento más de ordenar la vida colectiva para su mejor funcionamiento. Ello implica, naturalmente, fijación del vocabulario, pero mientras éste es consecuencia de la especial manera de reflejar en palabras las «cosas» o «conceptos» del mundo mediante la operación que llamamos «nominar» o «designar», el objeto de la gramática es más bien descubrir y estudiar el entramado o articulación de todos los hechos del lenguaje para sistematizarlos y formular las leyes que rigen el uso de aceptación general. Si tal uso se apoya además en el prestigio que le confieren los buenos escritores u oradores, adquiere entonces la condición de «norma» y constituye la base de la gramática. Las desviaciones de la norma se convierten en incorrecciones y son motivo de frecuentes y amenas controversias.

Según algunos romanistas, la diferencia entre «sermo urbanus» y «sermo rusticus» en Roma no sólo oponía la ciudad al campo, como se desprende de la terminología, sino lo esmerado a lo descuidado o acaso lo escrito a lo hablado y, por extensión, lo correcto a lo incorrecto. Cita Elcock a este respecto la frase de San Agustín en que se pregunta «qué es corrección en el lenguaje sino el acatamiento del uso de los demás confirmado por la autoridad de los antiguos». Por eso al latín clásico le servían de norma o modelo usos del latín antiguo en trance de desaparecer en el habla cotidiana. Esta idea de corrección, voz que alterna con «propiedad», se confunde a menudo con el concepto de «norma». Propiedad apunta, a nuestro juicio, a la adecuación entre lo dicho y lo admitido. Pero sin entrar en más sutilezas conceptuales, no cabe duda de que una gramática que se precie de tal necesita la apoyatura de la autoridad de escritores de prestigio reconocido. No le falta razón a Francisco Rico cuando, en artículo reciente, califica de «demasiado famosa» la *Gramática* de Nebrija, pues, falta de autoridades previas en que asentarse, no sirvió de norma para el ulterior desarrollo del castellano, mientras que el *Diccionario de Autoridades*, apoyado en las de nuestros escritores del Siglo de Oro, sí sirvió para consolidar el léxico y sigue siendo el fundamento remoto del diccionario académico y, en menor grado, de las gramáticas académicas que se han sucedido desde la primera (1771) hasta el *Esbozo*, de 1973, si bien éste, como señalaba Antonio Tovar en 1985, significa un cambio total en la mención de autoridades, ya que «la mayoría de los ejemplos... es de los siglos XIX y XX y una parte considerable es americana».

¿Cómo encaja en este marco preceptivista y académico la obra total de Salvador Fernández Ramírez? No muy holgadamente, si nos atenemos a todo lo dicho o escrito por el gramático en distintas ocasiones y que sirve de imprescindible complemento y explicación de lo que habría que acotar —y es mucho— co-

mo doctrina gramatical objetiva. Cabe aplicarle al maestro la frase de Hockett incorporada al texto leído —no por él— en el Tercer Congreso de Academias (Bogotá, 1960): «El análisis de las estructuras gramaticales es todavía... un arte. Las descripciones mejores y más exactas las lleva a cabo, no el investigador que se somete a un sistema rígido de reglas, sino aquel que a lo largo de su vida ha desarrollado un instinto especial para esta clase de operaciones.» Y ese instinto, esa capacidad de discernir entre los más sutiles matices de la expresión, lo poseía en grado sumo Salvador Fernández Ramírez, quien, fiel a su tradición pidaliana, sabe dar solidez y rigor a cuanto dice.

### Deseo de orientación

Ahora bien, una cosa era su tendencia natural de observador declarado del lenguaje y su vocación científica que le hacía admirar y aprovechar los últimos avances de la Lingüística —primero los Jespersen, Bühler, Hjelmslev (que J. Polo sitúa antes de 1950), luego los Bloomfield, Hockett y Chomsky—, y otra enfrentarse a los cometidos de la Academia, que le encomendó la revisión del texto de la *Gramática* (1931), postulada en 1956 por Rafael Lapesa en el Segundo Congreso de Academias. Tan honrosa encomienda implicaba la postergación, en aras de las urgencias académicas, de su propia Gramática, que permaneció editorialmente anclada en 1951. Lo que no quedó anclado fue su pensamiento gramatical, que impregna la Fonología y la Morfología del *Esbozo*, aunque éste sea obra anónima y colectiva en la que confluyen por un lado la corriente innovadora, extra-académica, marcada por los nombres de Vicente Salvá, Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Seco y Amado Alonso/Henríquez Ureña y que culmina en la edición truncada de Salvador Fernández Ramírez en 1951, y por otro la tradición académica iniciada en 1771 y mantenida casi inalterada hasta la edición de 1917. Este carácter mixto es el que ha prestado a lo que era un «esbozo» una popularidad que no podemos llamar inmerecida, pues es testimonio del deseo de norma u orientación a que aludimos en nuestras primeras líneas. Pese a la advertencia explícita de que el libro CARECE DE TODA VALIDEZ NORMATIVA, ha alcanzado ya la undécima reimpresión.

Se nos dirá que una cosa es la Gramática de Salvador Fernández Ramírez y otra es el *Esbozo*. De acuerdo. Pero es bien sabido el papel protagonista que tuvo nuestro gramático en las dos primeras partes de la obra, como lo tuvo don Samuel Gili Gaya en la Sintaxis; nadie se lo niega y justo es proclamarlo aquí cuando, ya como obra póstuma, podemos disfrutar de materiales tan copiosos y sabiamente interpretados que sería ingratitud e irremediable omisión no aprovecharlos. Podría hablarse de justicia poética al considerar la buena fortuna que ha tenido ese legado póstumo. Un incansable bibliógrafo, José Polo, en calidad de coordinador general de todos los materiales, y un excelente gramático, Ignacio

### En este número

#### Artículos de

|                     |     |                         |       |
|---------------------|-----|-------------------------|-------|
| Emilio Lorenzo      | 1-2 | Pedro Martínez Montávez | 8-9   |
| Angel Latorre       | 3   | José María López Piñero | 10-11 |
| Pedro Cerezo Galán  | 4-5 | Índice 1987             | 12    |
| José María Valverde | 6-7 |                         |       |

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



## Gloria póstuma a un gramático

Bosque, «uno de los mejores (el mejor) de los gramáticos jóvenes de España», en palabras de Lázaro Carreter, se han unido para ofrecer, en tres frentes —la Real Academia, Arco/Libros y Paraninfo— unos materiales que, pese al afecto filial, hubieran acabado irremisiblemente dispersos y sin provecho para nadie.

De ellos dispone hoy el hispanohablante con todas las garantías de autenticidad —y ello no descarta lagunas previsibles e irremediables y muchos cabos sueltos— que resultan de un trabajo esmerado y responsable. Y es esto, el exquisito sentido del respeto hacia el autor y los lectores, el mérito más destacable, a mi juicio, de la tarea asumida, que imaginamos laboriosa, por el profesor Bosque. Es la atención a los lectores lo que le inclina a no privarlos de las primicias de un vislumbre o una intuición no cuajados porque faltó en su momento el dato, el tiempo o el sosiego para su formulación definitiva. Bosque tiene buen cuidado de advertir, cuando la redacción del texto lo justifica, cuál ha sido el alcance de su intervención; así, por ejemplo, en el uso de «neutralizar» en un pasaje (IV, pág. 252) donde Salvador Fernández Ramírez hubiera empleado el mismo término. Idéntico respeto al desaparecido gramático demuestra la organización tipográfica de la obra, que deslinda claramente el original de los añadidos, sean éstos del propio autor, inéditos, o anotaciones del coordinador general, Dr. Polo, o del profesor Bosque, que se encargó de ordenar y completar el volumen IV. Esta tarea fue aún más ardua que la acometida con la monografía *La derivación nominal*, destinada a ser un capítulo del *Esbozo*, pero que la Academia, muy acertadamente, publica como anejo XL de su *Boletín*, «ordenado, anotado y dispuesto para la imprenta por Ignacio Bosque», y proclamando la autoría de don Salvador. Pero la labor de Bosque fue decisiva en el citado volumen IV, pues hubo de redactar por entero diecinueve párrafos (entre el 34 y el 55) de dicho tomo (unas 130 páginas de las 540 que, con el prólogo, constituyen el texto total). La nueva tipografía, extendida a lo antiguo y lo nuevo, mejora sustancialmente la lectura de lo publicado en 1951, texto amazacotado e incómodo que ya fue entonces blanco de severas y justificadas críticas.

¿Cumple esta magna obra los requisitos de gramática normativa que espera de la Academia el hispanohablante medio y explican el éxito del *Esbozo*? No los cumple ni pretende

cumplirlos. Lejos estaba del talante liberal y antidogmático de su autor el imponer preceptos o sustentar criterios incommovibles, como muy acertadamente ha señalado Manuel Seco y puede comprobar cualquiera que busque normatividad en sus páginas. Salvador Fernández Ramírez trataba de encontrar, mediante el estudio minucioso de un «corpus» de casi 100.000 fichas de su propia cosecha, aquellas constantes del uso escrito culto —la lengua hablada, por indocumentable, apenas cuenta— que permitieran extraer la imagen, luego popularizada por Chomsky y su escuela, de la aceptabilidad. No era partidario, pese a las exigencias del usuario de gramáticas y del propio Ortega y Gasset —la primera parte se publicó en «Revista de Occidente»—, de trazar líneas infranqueables entre lo permitido y lo condenado, que es lo que espera no sólo el vulgo ignaro, sino también muchos especialistas hermanos de lengua, cuya reacción ante aquella primera parte hubo de dolerle, en contraste con la favorable acogida que tuvo entre los no hispanohablantes de Europa y América.

Ello reflejaba las dos actitudes dominantes ante el concepto «gramática»: a) conjunto de reglas que sirven de guía del bien hablar y escribir; y b) colecta y ordenación de usos, lo más exhaustiva posible, con vistas a la descripción de un estado de lengua. Sin desprenderse enteramente de adherencias historicistas —no en vano fue su modelo más directo el danés Otto Jespersen, cuya *Modern English Grammar* (siete volúmenes) está escrita «on historical principles»— Salvador Fernández Ramírez, aun declarando que su obra es una «gramática tradicional», nos ofrece una descripción del español sin precedentes en nuestra historia por la valoración, a menudo fundada en la estadística, de usos concurrentes o fluctuantes, reacio siempre a la descalificación tajante. Tomemos como ejemplo la conjugación de los discutidos verbos «agredir» y «transgredir». Se invoca a menudo la receta, muy práctica, ofrecida por Manuel Seco en su utilísimo *Diccionario de Dudas*, que consiste en evitar las desinencias que no tengan «i». Sin embargo, y ello prueba el eclecticismo de nuestro gramático, tanto en su *Gramática* —volumen IV, pág. 200— como en el *Esbozo* (pág. 312) (y algún ejemplo se repite), quedan registradas variantes como «agrede», «agride», «agriede», «agriden», «transgreden», etc., sin condenar ninguna; al contrario, tratando de hallarles explicación histórica. Lo mismo vale para la alternancia «balbu-

cir»/«balbucear» y sus flexiones en los dos libros.

Más de un lector que frecuente las librerías habrá de preguntarse si el mercado de gramáticas de español no está ya saturado de obras de todas las tendencias. Mi respuesta es que no y que hacen falta más estudios, sobre todo de la infraestructura —valga la pedantería— del idioma, sin olvidar las obras clásicas. Pese a las alabanzas, merecidas, que se derraman sobre la *Gramática* de Bello, recientemente presentada en edición crítica por R. Trujillo (Tenerife, 1981), potenciada por la aparición simultánea de las *Notas* a la misma de R. J. Cuervo en nueva edición con variantes y estudio de I. Ahumada (Bogotá, 1981), el hecho es que seguimos faltos de una gramática española plenamente satisfactoria. Uso el adverbio «plenamente» adrede, pues todas las aportaciones posteriores a la última edición de la *Gramática* académica, incluida ésta, suponen una superación. Con el temor de la omisión involuntaria, creo inexcusable citar los dos tomos de Rafael Seco publicados por la C.I.A.P. en 1930 (hoy en su décima edición), al que siguieron los dos de Amado Alonso/Henríquez Ureña en 1938, la *Sintaxis* de Gili Gaya (1943), las valiosas aportaciones de Alarcos Llorach, de quien esperamos mucho más, las de Manuel Seco —*Gramática esencial* y *Diccionario de Dudas* (nueve ediciones)—, C. Hernández, F. Marcos y el ambicioso y bien logrado compendio de saberes que constituye la *Gramática* de Alci-

na/Blecua. El interés no decrece; reciente está la aparición del *Diccionario normativo* de Marsá, reseñado en estas páginas por Gregorio Salvador. Mas sólo una parte de ello, por razones obvias, fue tenida en cuenta por nuestro autor que, en el plano de la Fonología, tan intensamente tratado por él en *Gramática* y *Esbozo*, se hubiera beneficiado de las recientes obras de A. Quilis y M. J. Canellada.

Constituyen, pues, estos cinco volúmenes de la *Gramática española* de Salvador Fernández Ramírez (el V, en prensa, contendrá la bibliografía, las fuentes literarias y los índices), a los que cabe añadir, en esta especie de homenaje tardío, la parte encomendada a él del *Esbozo* (Fonología y Morfología) y la citada monografía sobre la derivación nominal, un compendio bastante completo de su actividad gramatical. Su participación en el *Esbozo*, según el juicio autorizado de Rafael Lapesa, «puede considerarse científicamente perfecta». El conjunto de estas publicaciones representa el fruto de un esfuerzo individual difícilmente repetible que ha de aprovechar a cuantos vivimos, unos más activos, otros menos, la incomparable emoción de una lengua multiseccular que nunca acaba de desvelar sus escondidos misterios. Si estas líneas contribuyen a despertar el interés por tamaño esfuerzo, ello será cumplido tributo a la memoria de un hombre excepcional. Esta gloria póstuma es merecida recompensa a una larga vida callada de dedicación a nuestra lengua. □

### RESUMEN

Tras recordar algunas de las tareas que las Academias de las lenguas de origen latino suelen acometer en lo que se refiere a la normalización gramatical de sus respectivos idiomas, el académico y lingüista Emilio Loren-

zo muestra en su artículo la ingente labor que en este campo realizó el fallecido Salvador Fernández Ramírez, plasmada en los volúmenes recientemente publicados, que son el objeto de su comentario.

### Salvador Fernández Ramírez

*Gramática española* (I. Prolegómenos. II. Los sonidos. III.1. El nombre. III.2. El pronombre. IV. El verbo y la oración)

Último volumen completado y ordenado por Ignacio Bosque, el resto preparado por José Polo. Arco/Libros, Madrid, 1987. 319, 135, 148, 407 y 543 páginas respectivamente.

### Salvador Fernández Ramírez

*La nueva gramática académica: el camino hacia el Esbozo* (1973)

Edición de José Polo, Paraninfo, Madrid, 1987. 126 páginas.

## SUMARIO

|   | Págs. |
|---|-------|
| «Gloria póstuma a un gramático», por Emilio Lorenzo, sobre los libros <i>Gramática española</i> y <i>La nueva gramática académica: el camino hacia el Esbozo</i> , de Salvador Fernández Ramírez  | 1-2   |
| «Las armas y la toga», por Angel Latorre, sobre el libro <i>Cicerón</i> , de Pierre Grimal  | 3     |
| «Criaturas de la aurora», por Pedro Cerezo Galán, sobre el libro <i>De la Aurora</i> , de María Zambrano  | 4-5   |
| «Lo posmoderno como "kitsch" y "chibolette"», por José María Valverde, sobre los libros <i>Más allá del posmoderno. Crítica a la arquitectura reciente</i> , de autores varios, y <i>Schibboleth pour Paul Celan</i> , de Jacques Derrida | 6-7   |
| «La novela árabe en Argelia», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>Ittiyāhāt al-riwāya al-'arabiyya fi-l-Īyāzā' ir</i> , («Las tendencias de la novela árabe en Argelia»), de Wāsīnī al-a 'Raġ                                  | 8-9   |
| «Los estudios sobre la ciencia», por José María López Piñero, sobre el libro <i>Introducción al estudio de las ciencias</i> , de John Ziman   | 10-11 |
| <i>Índice 1987</i>  | 12    |

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40  
Telex: 45406 FUJM E  
28006 Madrid  
España

Depósito legal:  
M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en: G. Jomagar  
Móstoles (Madrid)

# Las armas y la toga

Por Angel Latorre

Angel Latorre (Pamplona, 1925) ha sido catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Barcelona y lo es de la de Alcalá de Henares. Miembro de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Cataluña, es magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional. Autor, entre otras obras, de Universidad y Sociedad e Introducción al Derecho.

El nombre de Cicerón evoca en nuestros días al maestro de la prosa latina y, con Demóstenes, al orador clásico por excelencia. Cicerón fue también la personalidad del mundo antiguo que nos es más conocida porque se nos ha conservado una parte apreciable de su correspondencia (unas 900 cartas), que constituye un documento excepcional por su valor psicológico e histórico. Escribir una biografía de este complejo y discutido personaje no es una empresa fácil; y hay que agradecer al ilustre latinista francés Pierre Grimal haberla intentado con éxito en un libro de dimensiones razonables y capaz de interesar no sólo a los especialistas sino al lector culto en general.

## La acción y el pensamiento

Aunque no fue de estirpe netamente romana (su familia procedía de Arpino, donde nació en el año 106 a. de C.), Cicerón asumió desde niño los ideales tradicionales de la mentalidad romana y, entre ellos, el que podemos considerar su principio básico: la entrega total a la ciudad. El joven Cicerón recibió una cuidada educación retórica, jurídica y filosófica, y su pasión por el estudio no le abandonó nunca; pero la verdadera razón de su vida no fue el pensamiento puro sino el pensamiento para la acción y, más concretamente, para la acción política. Siguió preferentemente las doctrinas platónicas y aristotélicas, para las que la existencia individual sólo alcanzaba su pleno significado en cuanto se integraba en la comunidad no ya política sino también moral y religiosa que era la Ciudad antigua. No faltaban entonces otras ofertas filosóficas. Estoicos y epicúreos reflejaban el desencanto ante el fracaso de la «polis» como forma de vida y buscaban la felicidad del individuo aislado al margen de la colectividad. Cicerón mostró, sobre todo al final de su vida, cierta simpatía por los estoicos y ninguna por los epicúreos, a pesar de que su gran amigo Tito Pomponio Atico fuese un epicúreo convencido y consecuente que se apartó cuanto pudo de la acción pública y logró vivir con tranquilidad bajo los más diversos regímenes políticos. Los ideales de Cicerón no fueron únicamente fruto del estudio. Ya en su primera juventud conoció a alguna de las figuras más representativas de la vieja Roma, como a Scévola el Augur, que a sus ochenta y pico de años era un archivo viviente de la tradición romana, o a su sobrino Scévola el Pontífice. Sería así fácil configurar a Cicerón como un ejemplo de «antiguo romano»; sólo que es forzoso reconocer con sus enemigos y críticos, que fueron abundantes en su época y no faltaron en tiempos más recientes (Mommsen, por ejemplo), que su vida y su personalidad no siempre se ajustaron a ese ideal. Casi es inevitable compararlo con Catón, el hombre que encarnó el honor y la conciencia de la república en su crisis final, el «gravissimus atque integerrimus vir», como lo llamó el mismo Cicerón, quien difícilmente merecería esos honoríficos calificativos. Incluso un juez benévolo como Grimal tiene que reconocer su enorme vanidad, que a veces rayaba en lo ridículo; sus titubeos, sus contradicciones, su preocupación por el dinero (a los sesenta años contrajo por interés un efímero matrimonio con una muchacha de quince). Pero quizá estas mismas flaquezas le acercan más a nosotros y le dan una presencia más entrañable y familiar que la ciertamente admirable pero un tanto lejana del austero Catón.



VICTORIA MARTOS

Cuando Cicerón emerge en la vida pública tras no pocos esfuerzos, porque no pertenecía a la «nobilitas», es decir, a las familias que monopolizaban de hecho el gobierno de la ciudad, la paz ciudadana se había roto desde hacía tiempo. Roma estaba dividida en dos facciones: la senatorial (los «optimates»), que defendía la conservación de la vieja república basada en la soberanía del Senado, y la popular, acaudillada por jefes militares (Mario, César) que intentaban montar un régimen autoritario apoyándose en la plebe y en la fuerza de sus ejércitos. Cicerón es desde luego un «senatorial», aunque tome sus distancias frente a los «ultras» de su propio partido. Quiere encontrar una vía media que restablezca la «concordia ordinum», la armonía entre los diferentes grupos sociales del Estado. Las armas deben ceder ante la toga. El tumulto y la violencia deben desaparecer como formas de acción política y la vida de la ciudad ha de someterse al imperio de las leyes y a la autoridad de los magistrados. En el momento culminante de su carrera, siendo cónsul el año 63 a. de C., no dudó en ahogar en sangre la conjuración de Catilina en virtud del «senatus consultum ultimum», el arma suprema de la reacción senatorial por la cual el Senado, en momentos de peligro para la república, confería a los cónsules plenos poderes, incluido el de ejecutar sin juicio a los ciudadanos romanos, y que los «populares» e incluso algunos juristas «senatoriales» consideraban claramente inconstitucional.

En último término, su tercera vía se basaba en el gobierno moderado de la «nobilitas» aceptado por los demás estamentos de la ciudad para configurar una república inspirada en el modelo, un tanto idealizado, de la Roma anterior a las revueltas de los Gracos. En su *Diálogo sobre la República*, escrito en torno a los años 54 a 52, antes de que estallase la lucha entre César y Pompeyo, Cicerón sintetiza su pensamiento político. La vieja república está simbolizada por Escipión Emiliano (el diálogo se sitúa en el año 129 a. de C., poco antes de la muerte del vencedor de Numancia), pero Escipión representa también la penetración de la civilización helenística en Roma, que tanto influyó en Cicerón, y que tem-

pla la vieja dureza romana con los ideales humanitarios y la preocupación intelectual que vienen de Grecia. Cicerón introduce además, en la constitución tradicional de la ciudad, un elemento nuevo: la presencia de un «moderador rei publicae», es decir, de un hombre dotado de la suficiente autoridad moral para orientar la vida pública, al margen de todo poder concreto.

¿Conciencia de que era necesario apuntalar la vieja república con alguien que ostentara, aunque fuese de forma indirecta, un poder personal? ¿Vanidad de intelectual que aspira, ya que no a mandar, a ser el mentor de los que mandan? ¿Premonición de lo que no mucho tiempo después será el principado de Augusto? No es fácil contestar a estas preguntas. En todo caso, los acontecimientos iban a desbordar rápidamente las intenciones conciliadoras de Cicerón. La pugna entre César y Pompeyo le coloca en una situación difícil en la que, como él mismo dijo, sabía de quién huir, pero no a quién seguir. Sostiene sin entusiasmo a Pompeyo; y cuando los pompeyanos son derrotados y Catón se suicida en Utica como protesta moral contra la destrucción de la república y se convierte en el símbolo de la entereza romana frente a las injusticias de la fortuna («victrix causa deis placuit, sed victa Catoni»), la posición de Cicerón se hace cada vez más difícil.

Escribe un elogio de Catón que no conocemos pero que, al parecer, no pecaba de temerario. Contemporiza con César, aunque celebre su asesinato. Al fin se enfrentará con

Marco Antonio y apoyará a Octavio, en quien cree encontrar un joven inexperto y manejable. Cuando Marco Antonio y Octavio se ponen de acuerdo para gobernar a Roma, uno de los precios del pacto sería la cabeza de Cicerón. El 7 de diciembre del 43 a. de C. afrontará la muerte con dignidad a manos de un grupo de soldados de Marco Antonio.

## Triunfo y fracaso

El relato que hace Grimal de la azarosa vida de Cicerón suscita en el lector una serie de preguntas. La acción política que, como se ha dicho, fue la finalidad principal de su vida, concluyó, sin duda, con un rotundo fracaso. ¿Por qué? ¿Fue su designio de lograr la concordia entre fuerzas irreconciliables una empresa imposible? ¿Cabría en un clima general de violencia someter «las armas a la toga»? ¿Estuvo su carácter a la altura de su inteligencia? ¿En último término no sirvió más a los ideales republicanos el gesto definitivo de Catón que las complicadas y al final estériles maniobras ciceronianas? El lector del libro de Grimal podrá hacerse estas y otras preguntas que no carecen ciertamente de actualidad. Y en todo caso pasará unas horas en la compañía espiritual de un hombre excepcional, lleno de humanidad hasta en sus defectos y quizá, en parte por sus defectos, a quien para bien o para mal le tocó vivir y vivió con pasión una de las épocas más turbulentas de la historia. □

## RESUMEN

Cicerón fue una figura compleja y discutida cuya justa fama como orador y escritor no debe ocultar el interés de su vida y de su intervención en la política de su tiempo. La-

torre comenta la biografía del estadista romana escrita por Pierre Grimal y destaca la actualidad de no pocos de los problemas con que se enfrentó Cicerón en su vida pública.

Pierre Grimal

Cicerón

Fayard, París, 1986. 478 páginas.

# Criaturas de la aurora

Por Pedro Cerezo Galán

*Pedro Cerezo Galán (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada, en donde fundó la sección de Filosofía. Entre otros libros ha escrito Arte, verdad y ser en Heidegger, Palabra en el tiempo: Poesía y filosofía en Antonio Machado y La voluntad de aventura.*

En los períodos de crisis cultural profunda, cuando junto a la tiniebla padecida se siente también la apremiante necesidad de orientarse hacia algo nuevo, aparece en la literatura el símbolo de la aurora como una prenda de transformación. Así en la mística especulativa de J. Boehme, el pobre zapatero iluminado, cuya *Aurora* (1612) anuncia una arcana sabiduría curada de las perversiones de la razón utilitaria. Y así en la *Aurora* (1881) de Nietzsche, aun cuando el registro cambie en este caso de la metafísica mística al pensamiento libre, alma de pájaro, que ha atravesado la larga noche del nihilismo buscando la luz. «¿No se echa de ver cierta fe que le guía, cierto consuelo que le indemniza? ¿No parece, al mismo tiempo, que quiere conservar una larga oscuridad, la oscuridad de las cosas que le son propias, de las cosas incomprensibles, ocultas, enigmáticas, porque sabe cuál será su recompensa, su mañana, su propia redención, su propia aurora?» Como el gallo del amanecer, la crítica de Nietzsche cava hondo en los prejuicios de la moral, guiada por un secreto instinto de liberación. Y al final de la tiniebla le despunta una sabiduría niña, gaya y ligera: «Se sale de tales abismos, de tan grave enfermedad —nos confiesa—, de la grave sospecha, “otra vez nacido”, con una segunda y más peligrosa inocencia en la alegría.» Y en Heidegger, tan próximo a ambos, nos llega de nuevo un aliento de esta «fresca luz de la mañana, creciendo silenciosa sobre los montes», que nos habla también de transformación, porque «el hombre es un poema recién iniciado»...

Es la misma luz, el mismo aire ligero y libre, que nos ofrece María Zambrano en *De la Aurora* (1986), libro fragmentario, casi como todos los suyos, de acarreo de innumerables experiencias, de hilos de luz y sombra, cuya trama madura con la vida como un vino o un secreto. María Zambrano se vuelve niña, más niña que nunca en esta obra de plena madurez, para retomar su senda, la de su pensamiento y hasta de su vida, y consumarla como su propio destino; la de una vestal de la «mater matuta» con su «semilla de luz» (A,15). Quiere desplegar toda la potencia del símbolo, sorprender los brotes en que apunta lo originario —arte, pensamiento, religión auroal—, abrimos el Reino de la Aurora como una nueva morada. Porque «ella tiene un reino —asegura—, como si fuese lo que ha quedado de un mundo perdido, prometido y nunca enteramente habido. Su significación metafórica alude casi de continuo a un comienzo, a una vida nueva, o a un nuevo conocimiento y no enteramente predecible; no es una utopía, ni puede, por tanto, ser un itinerario, un método a desarrollar, a seguir. Su acción es de otro género; seguirla sería, si se pudiera, encontrar una nueva vía al conocimiento» (A,118).

En efecto, es otra luz que la poderosa del medio día, que ha vencido toda oscuridad. Frente al reino del poder solar, «del poder que cuando deja de ser auroral se convierte en imperativo» (A,113), la aurora llega «como una gracia, como ofrenda, no como imposición». Es bien sabido que para Ortega el racionalismo es el imperialismo de la razón moderna, matemática, que acaba suplantando la vida con un orden autónomo e ideal. «A despecho de las apariencias —escribió Ortega—, el racionalismo no es una actitud propiamente contemplativa, sino imperativa.» Lo suyo es dar órdenes, sujetar todo, hablando cartesiana-



ALBERTO URDIALES

mente, a orden y medida; poner la realidad bajo el imperio de la razón alucinada. Y así «llega un momento en que la vida misma que crea todo eso se inclina ante ello, se rinde ante su obra y se pone a su servicio». No es extraño que tras el uso de este lenguaje nietzscheano, el propio Ortega clamara por una aurora de la razón que pudiera liberar a la vida de la tiranía de las normas y las abstracciones. Este era el sentido de su raciovitalismo. María Zambrano se aprendió bien el secreto. Había que reconciliar la razón con la vida tras la disyunción padecida en la modernidad. Su primer libro, cuando aún escribía ensayos al modo orteguiano, se abre con un capítulo sobre «la crisis del racionalismo europeo», donde paga su tributo como buena discípula: «La soberbia llegó con el racionalismo europeo en su forma idealista y muy especialmente con Hegel. Soberbia de la razón es soberbia de la filosofía... No cree estar en un todo, sino poseerlo totalitariamente» (PP,23). Y luego, de inmediato, se refiere a una nueva revelación, la de la vida, que traerá consigo una reforma profunda del concepto de razón. Y en *Hacia un saber sobre el alma*: «descubrimos este cauce es lo que hace la filosofía cuando es fiel a sí misma, y es entonces camino, cauce de vida» (SA,14). Se comprende que, en homenaje a su maestro, entre los «seres de la aurora» recuerde de un lado a Ortega por su aurora de la razón vital, con su voluntad de rescatar el sentido de las más menudas circunstancias; «un logos que constituye un punto de partida indeleble para mi pensamiento, pues que me ha permitido y dado aliento para pensar, ya por mí misma, mi sentir originario acerca de un logos que se hi-

ciera cargo de las entrañas» (A,123). Y luego a Nietzsche, inspirador en buena medida de Ortega y auténtica criatura de la aurora, «como si estuviese cierto de una íntima y total transmutación» (A,123).

Y, sin embargo, desde el comienzo, María Zambrano se adentra por su propia senda. Entre los restos del naufragio del racionalismo quedaba algo desahuciado, desamparado, en lo que fue a fijarse: no era naturaleza mecánica ni tampoco espíritu, sino palpito, alma o corazón. Ortega también había reparado en ello, en esta zona intermedia en que palpita la vida, el corazón de Adán. Pero fue cierta intuición de María Zambrano situarla en una tradición místico/gnóstica, la órfico/pitagórica, con lo que se apartaba (radicalmente a mi juicio) de la orteguiana (A,123). Como advierte en otro lugar, la reforma del entendimiento no consiste tanto en el análisis funcional del instrumento, cuanto en «la conciencia de todo aquello que no entra bajo la luz del entendimiento» (S,74), lo que lo desborda y cuestiona, porque no es de naturaleza objetiva. Este «grande profundum», incommensurables y por lo mismo ininteligible (S,79) para la razón analítica, es el hombre. No en su realidad biológica, sino en cuanto destino personal. En su abierta recusación del objetivismo de las ciencias humanas, María Zambrano da el salto a una antropología pneumática, en continuidad con la tradición órfico/pitagórica, como queda dicho, y aún más explícitamente con la experiencia agustiniana del «irrequietum cor». El hombre es algo a descifrar, como un enigma; y, a la vez, algo a realizar como vocación (S,76). Ni mera naturaleza ni autoconciencia, sino «alma»; y ésta,

como señala María Zambrano, tiene «vocación extática», de salida y trascendencia, «ese vuelo al que ningún análisis científico puede dar alcance» (CB,32). Vuelo circular, o mejor espiral, cavando más alto y más hondo el propio centro; a la búsqueda de un origen, del que está desterrada, y de tránsito hacia una meta o finalidad, que a ella sola le corresponde. «Y es que este irse haya sido para ella la vuelta definitiva al lugar de su origen hacia el que se andaba escapando tan tenazmente. Obstinate paloma, ¿cómo se la podría convencer de nada?» (CB,32).

## Alma, vocación extática

La almendra de la antropología zambrana cabe en tres menudas proposiciones que vienen a decir lo mismo: 1) «El hombre padece por no haber asistido a su propia creación» (CB,66), que expresa bien la conciencia trágica de finitud, incluso de caída fuera del origen y de escisión radical en la vida. Se entiende que nostalgia y esperanza se disputen, como en Platón, el corazón humano y constituyan el fondo íntimo del sentir originario. «Me sé uno, más separado de mi origen, sumido en una especie de olvido, del que quisiera despertar. Ansia de recuperación, de verse a sí mismo» (HD, 306). De ahí que 2) «el hombre es el ser que padece su propia trascendencia» (SC,53), sufre por lo que no es, lo que dejó de ser por la escisión; lo que está llamado a ser como libertad; y se siente así impulsado, requerido a trascenderse hacia sí mismo, en una búsqueda incesante por hallar su centro. Existir como alma es esta permanente salida del sueño creador para realizarlo, realizarse, como persona. Debe, por tanto, 3) «proseguir su no acabado nacimiento» (SC,27), tomando el nacer en el sentido primario de «constituirse en la autonomía del propio ser» (SC,82). En suma, el excéntrico y hasta descentrado tiene que nacer de nuevo, reencontrarse en su origen y en su meta, gravitar hacia el «pondus» de su ser. Nacer o despertar, que todo es lo mismo. Este despertar es el modo en que la razón asume en libertad, es decir, en la palabra y como palabra, el sentido del propio sueño creador. «Y al hombre su ser se le manifiesta en sueño, en sueños. Pasar por la realidad es despertarlo. El ser se revela, el ser se desvela porque va perdiendo su carácter de absoluto, de oculto, de inaccesible. Se le revela así al sujeto que lo padece y conduce, se desentraña» (SC,55).

El símbolo de la aurora encarna este carácter de perpetuo nacimiento de la condición humana, como una semilla de luz, que se enciende y reitera en la tiniebla del tiempo. Y puesto que todo ser viviente es también para María Zambrano «una metáfora que no ha acabado de manifestarse» (A,88), la aurora se convierte en el símbolo ontológico por excelencia: «En ese su tener que reiterarse para ser, en ese su ser que ha de atravesar el tiempo estando sometida a él, ese tener que ir más allá de sí misma, aparece su esencia divina, de lo divino no abarcable, ni propiamente fijado, en un concepto, en una forma, en un eidos» (A, 109).

Con este viraje pneumático y hasta místico en el tema del alma, radicalizaba también María Zambrano la razón vital, pues la historia remite, más allá de lo biográfico, a lo biopoético vocacional, es decir, a la cantera de los sueños y visiones, en los que se profetiza el camino de la libertad. «La filosofía ha dado paso a la revelación de la vida —escribe—, y con ello a la historia.» Pero, de inmediato, matiza el planteamiento: «La historia llama a la poesía. Y así este nuevo saber será poético, filosófico e histórico» (PP,24). El tema de la imaginación, tan central, por otra parte, en la antropología orteguiana, se adueña ahora de la escena en cuanto «poiesis» o alumbramiento del sentido de la existencia. «Y

Viene de la página anterior



ALBERTO URDIALES

así —precisa— la creación poética y sus arquetípicos géneros pueden ser la génesis de una especie de categorías poéticas del vivir humano. En ello, en estos géneros, se encierra y se realiza la identificación del espontáneo trascender del ser humano en la vida y una obra creada por él» (SC,75). La vida, la realidad radical de Ortega, tiene que comenzar por encontrar su raíz, su origen perdido y su meta trascendente. Así, mientras Ortega se mantenía con su raciovitalismo en el suelo del humanismo moderno, aun cuando perforando el planteamiento cartesiano del «cogito» o autoconciencia en la esfera más radical y originaria de la vida, que es historia y drama, María Zambrano, interpretando este drama como un camino de recuperación, se sitúa desde el comienzo más allá del mero humanismo, en un «ordo amoris», agustiniano/scheleriano, cuya clave está en el corazón. La fenomenología orteguiana de la vida aboca en ella a una hermenéutica de las razones del corazón, de sus visiones y adivinaciones, con las que hacerse cargo de las entrañas.

### La razón poética

Para este parto del ser postula María Zambrano una nueva razón capaz de sondear los inferos del alma y explorar, a su vez, los cielos supremos de su vocación. Ya he indicado que nacer es como despertar al propio ser. Pero se comienza a despertar desde el sueño creador. Muy al modo de Jung, «en los sueños, pues, se manifiestan como teoremas los lugares de la persona, los íferos de la vida personal, de donde la persona ha de salir a través del tiempo, en el ejercicio de la libertad. Son así los sueños, al par que fantasmas del ser, la primera forma de la conciencia de sí mismo» (SC,65). En el sueño creador se da, pues, la acción figurativa, y con ella el símbolo en que se anuncia el destino de la persona. Prepara de este modo el despertar trascendente, pero éste sólo se consuma en la libertad y ante la realidad, es decir, como palabra, en cuanto explícita asunción del sentido de la existencia. Como precisa María Zambrano, el despertar trascendente es «una acción poética, creadora, de una obra y aun de la persona misma, que puede ir así dejando ver su verdadero rostro... Mas los hechos han de estar a la altura de la palabra. Ya que la palabra preside la libertad» (SC,67).

La razón poética es, pues, razón madrugadora, partera como Sócrates, que asiste al nacimiento del ser personal, porque sabe dar la palabra y hacer palabra las exigencias y visiones del corazón. «Pues que el símbolo es ya razón, sólo cuando una imagen cargada de significado entra en la razón adquiere la

plenitud de su carácter simbólico» (SC,76). Por eso el símbolo es ya, por decirlo con P. Ricoeur, aurora de la razón, pero de una razón sensible al lenguaje de las entrañas, la imaginación poética. La misión de la razón poética es «descifrarla (la imagen), conducirla a la claridad de la conciencia y de la razón, desde el infierno atemporal donde yace. Lo que sólo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la acepta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es, al par, metafísica y religiosa» (SC,77).

Aunque a menudo presente María Zambrano la razón poética como una razón menor, y hasta crea reencontrar en ella la mejor tradición del pensamiento hispánico —un pensamiento sin voluntad de dominio, sin violencia, que ha hablado especialmente la lengua de la literatura y de la poesía—, la pretensión de la razón poética es recrear y descifrar el lenguaje originario; acertar con aquella palabra donde se han cancelado las escisiones de imagen y significación, estética y lógica, que caracterizan a la cultura racionalista. Como es sabido, a partir de *Claros del bosque* (1977) y hasta *De la Aurora*, María Zambrano propende, de un modo muy afín al heideggeriano, a pasar de la analítica existencial a la clave de la fenomenología de la palabra, y de sus diversas suertes y situaciones. De ahí que la razón poética, en cuanto alumbramiento del ser personal, sea también la palabra de la apertura al ser —del claro—, y también de la comunicación y reunificación con el todo. Indudablemente, una antropología pneumática de tan intensa impregnación poético/mística supone una metafísica de la participación, a la que María Zambrano no ha prestado una atención explícita, aun cuando se vislumbra a destellos en su pensamiento. La palabra de la vida personal, en la que se da el centro de la existencia, es también la palabra en que la vida se reconcilia con el ser, y se suprime así la tragedia. El conocimiento poético, como el mítico, se alimenta de esta unidad originaria, que complica y entrelaza todas las esferas. «Ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masas» (PP,53). Con lo cual el símbolo de la aurora alcanza su verdadero rango ontológico, como el hontanar de la significación originaria y, por lo mismo, del acorde universal. De nuevo la música es pitagórica: «El acuerdo, el acorde que hace de este planeta su orbe, no se produce por ninguna construcción de la conciencia, de ningún tipo de conciencia, sino que exige el nacimiento, la apertura, de unos nuevos sentidos que quizá están ahí pensando por aflorar, y que parecen habitar, aunque hasta ahora no se haya constatado, en ese vacío en el que se

entrecruzan sonido y silencio, luz y oscuridad» (A,87).

Este es, sin duda, el centro de gravitación del simbolismo de la aurora: no hay parto, generación, sin la experiencia del sin sentido o, al menos, de la ocultación. La aurora es esencialmente la diosa mediadora, que trae la luz arrancándola al abismo de tiniebla. «Se olvidará siempre el desgarramiento y el padecer de la Aurora, su parto, si no se tiene en cuenta a la Noche, si únicamente se la ve como el anuncio del día» (A,109). Allí mana su fuente, «aunque es de noche», como cantaba Juan de la Cruz, o mejor porque es de noche, porque se ha ido atravesando la noche, sin sobresaltos ni impacencias. «La Aurora pertenece a los dioses que sufren, mueren, porque crean algo inédito» (A,109). Al tocar este centro de gravedad, María Zambrano combina creadoramente todos sus símbolos: la luz de la aurora es llanto inicial, fuente en la hendidura, llama de corazón herido y claro de bosque o de tiniebla, por donde súbita, graciosamente, sin violencia ni trabajo de concepto, se abre el espacio mágico de la revelación. Puede nombrar y abrir lo sellado, porque ha padecido la ocultación y el abandono, la larga tiniebla de la noche, y ha velado a la espera, desvelada, apurando la noche hasta el fin, para que la muerte se trueque en resurrección. «Y entonces, tras de cada muerte, y en plena resurrección, aun en el cuerpo más físico, más material de lo viviente, amanece» (A,88). Se deja reconocer así el secreto último de inspiración de María Zambrano, un cristianismo cordial, evangélico en puro heterodoxo, libre y subversivo, como ha sido siempre la mística, con alma de pájaro, pero del Otro, del Espíritu Santo, el verdadero «influjo vivificante» (HD,409). En definitiva, la aurora es también «Religión del Espíritu Santo, siempre auroral, no necesitada ni de ascetismo alguno ni de poder, pues que era el amor el que regía y trasapaba» (A,107). Religión del amanecer, cuando el Espíritu de Dios incubaba sobre las aguas.

*De la Aurora* no es un libro convencional —y casi la autora tiene que excusarse por ello—, sino una joya de meditación y de poesía en la que se van desgranando las semillas

de luz de un Reino ya perdido. Es también una autobiografía en clave lírica, pues no se puede explorar tan intensamente el simbolismo del nacimiento, de la metamorfosis, sin haber pasado por la experiencia: «Escogí la oscuridad como parte, quise hacer como la tiniebla que da a la luz la claridad, que la hace sucumbir, desvanecerse.» Se trata de una «guía», un libro/guía, donde lo que cuenta no es tanto la teoría como el camino que se abre. Por eso, no invita a la crítica, como los libros convencionales de filosofía, sino a la meditación. Se podrá disentir de muchas cosas de su razón poética, a la que estorba, aparte del nombre, su pretensión metódica —¿cómo podría hacerse metódica la imaginación creadora, que escapa a toda regla, ni la razón que la acoge, que ha de estar, como ella, inspirada?—, y hasta una cierta confusión, bastante ingenua, entre el decir poético y su mediación por la razón hermenéutica. María Zambrano es una autora ingenua, y hasta *naïf*, para andar con ciertas distinciones a la moda entre poetizar pensante y pensar poetizante, a la heideggeriana. Pero su ingenuidad, tal vez consentida, es la llave de su potencia creadora, recreadora, de la lengua, trabajada en un yunque de pasión —la lengua llana de Castilla, en la que se puede decir todo, hasta lo indecible, como lo hace María Zambrano—, y de viejos temas filosóficos, algunos ya perdidos, que ella hace volver, renacer, con un inmenso poder de sugestión. Como me confesaba una tarde, junto a la mirada enigmática de sus gatos, en la luz dorada y fresca de la primavera de Madrid: «La diferencia entre Heidegger y yo es que en la obra de éste no hay lugar para el amor.» (¡Nunca he comprendido mejor a Heidegger!) □

*De la aurora* (A). Turner, Madrid, 1986.  
*El sueño creador* (SC). Turner, Madrid, 1986.  
*Pensamiento y poesía en la vida española* (PP). Endymon, Madrid, 1987.  
*Senderos* (S). Anthropos, Barcelona, 1986.  
*Hacia un saber del alma* (SA). Losada, Buenos Aires, 1950.  
*Claros del bosque* (CB). Seix Barral, Barcelona, 1977.  
*El hombre y lo divino* (HD). Fondo de Cultura Económica. México, 1955.

### RESUMEN

Un reciente libro de María Zambrano, *De la Aurora*, sirve al profesor Cerezo Galán para adentrarse en una obra que no invita a la crítica,

como los libros convencionales de filosofía, sino a la meditación, y en donde lo que cuenta no es tanto la teoría como el camino que se abre.

### María Zambrano

#### *De la Aurora*

Turner, Madrid, 1986. 128 páginas.

# Lo posmoderno como *kitsch* y *chibolete*

Por José María Valverde

*José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal.*

Quizá, cuando se publiquen estas líneas, ya sea oficial la muerte de lo posmoderno —o la posmodernidad—, y este artículo pueda parecer lo que llaman en la prensa italiana un «cocodrilo», es decir, una necrología preparada con toda calma desde que un hombre ilustre empieza a estar grave. De hecho, por ejemplo, el pasado otoño de 1986, Juan Cuello titulaba «R.I.P.» una columna suya en «El País» sobre este ¿cómo llamarlo: movimiento, tendencia, estado de cosas? Pero, aparte de la dificultad de dar por muerto un ente histórico que no tiene sucesor a la vista, cabe preguntarse si lo que ha hecho lo posmoderno es propiamente vivir o simplemente ocupar un vacío, pasar el tiempo a la sombra de algo dado por obsoleto, disfrutar de la muerte de la «modernidad». ¿Qué era ésta?

En los primeros veinticinco o treinta años de este siglo, todos los aspectos de la vida mental —artística, social, científica— tomaron conciencia de su más radical esencia, replanteándose de modo a la vez creativo y traumático. A efectos estéticos, eso, la «modernidad», se llamó «vanguardismo», algo que después de la Segunda Guerra Mundial tendría una segunda vuelta, un «neovanguardismo», a modo de rumia o difusión, academización y comercialización de lo que había sido heroico salto a lo desconocido. Pero desde los años sesenta se produjo una suerte de vacío: ya estaba todo asimilado, aceptado, sabido, desde Altamira al no-figurativo, desde los presocráticos a Heidegger. Y, a la vez, no se nos olvide, la coyuntura económica occidental iniciaba una lenta pero implacable crisis, digamos, desde que Estados Unidos abandonó Vietnam porque sus medios (y los nuestros) no daban para tanta guerra, y entramos todos en la pendiente de la deuda y el déficit.

La historia perdió entonces su imagen lineal, de empuje hacia delante, para bien o pa-

ra mal, y pareció empezar a dar vueltas sobre el mismo sitio. En las formas y en el lenguaje todo se hizo ironía, «pastiche» y «collage», renunciando a una voz propia. Como dijo alguien en la Viena en vísperas del hundimiento de 1918: «La situación es desesperada, pero no sería.»

Pero esta situación posmoderna cambia de rostro según los diversos campos de la cultura: por ello nos permitimos hoy hablar de dos libros muy heterogéneos que se han cruzado en nuestra pila de lectura fresca. Uno, de varios autores, es mayoritariamente protestatario ante este estado de cosas en arquitectura —véase abajo su ficha técnica—: con ocasión de una plaza más o menos posmoderna en Guadalajara de México, trasplanta a aquel país, por una vez, la colección de que forma parte, incorporando algún arquitecto de allá entre sus seis autores. En la arquitectura, en efecto, el proceso que lleva a lo posmoderno tiene más gravedad que en otras artes. A la mayor parte de la gente le da lo mismo qué pintura y qué escultura se hace, y lo mismo podemos hacer los demás si queremos, pero la arquitectura es inevitable —y más si se entiende también como urbanismo y diseño—. Visto por el lado del creador, el pintor puede pasar la vida experimentando sin vender un cuadro —Cézanne—, pero el arquitecto sólo puede trabajar por encargo previo de un poderoso cliente. Y recapitulemos muy brevemente que la arquitectura moderna había traído una novedad tan radical que era de temer que no tuviera clientes que no la rompieran. Pues pretendía, liberada de toda tradición, afrontar radicalmente una exigencia múltiple: por un lado, servir a las auténticas necesidades de la vida humana —casa familiar, edificio público, taller, hospital, universidad— en un contexto urbano también humanizado, y, por otro lado, utilizar para ello, con sus propias virtualidades y bellezas, variadas gamas de materiales en sus respectivos y heterogéneos sistemas de formas —desde la viga de acero al adobe, todo ello sin fingir ignorar los costes, y atendiendo a parámetros como el del clima—. Algunos genios abordaron a fondo esa nueva manera de crear —que a veces era crear de la nada, pero otras veces aceptaba repetir algo ya conseguido, sin inútiles variantes—: Gropius, por lo austero, y

Le Corbusier, por lo fantástico, pueden servir de referencia clásica. Pero ¿quién quería de veras una arquitectura honrada, sin desperdicios, atendida a las «necesidades elementales», cuyo mejor resultado sería la invisibilidad, el pasar inadvertida, con sólo una sensación de bienestar natural, como en un cuerpo sano? Habría sido una desnudez, y ya se sabe que el cuerpo, «in puris naturalibus», nunca ha estado de moda. Al fin y al cabo, todos queremos que nuestra arquitectura «luzca» y nos embellezca y oculte ante la mirada ajena, como máscara y propaganda. La humanidad fue puesta a prueba, moralmente, por la nueva arquitectura, y no la aceptó.

## Lenguaje posmoderno

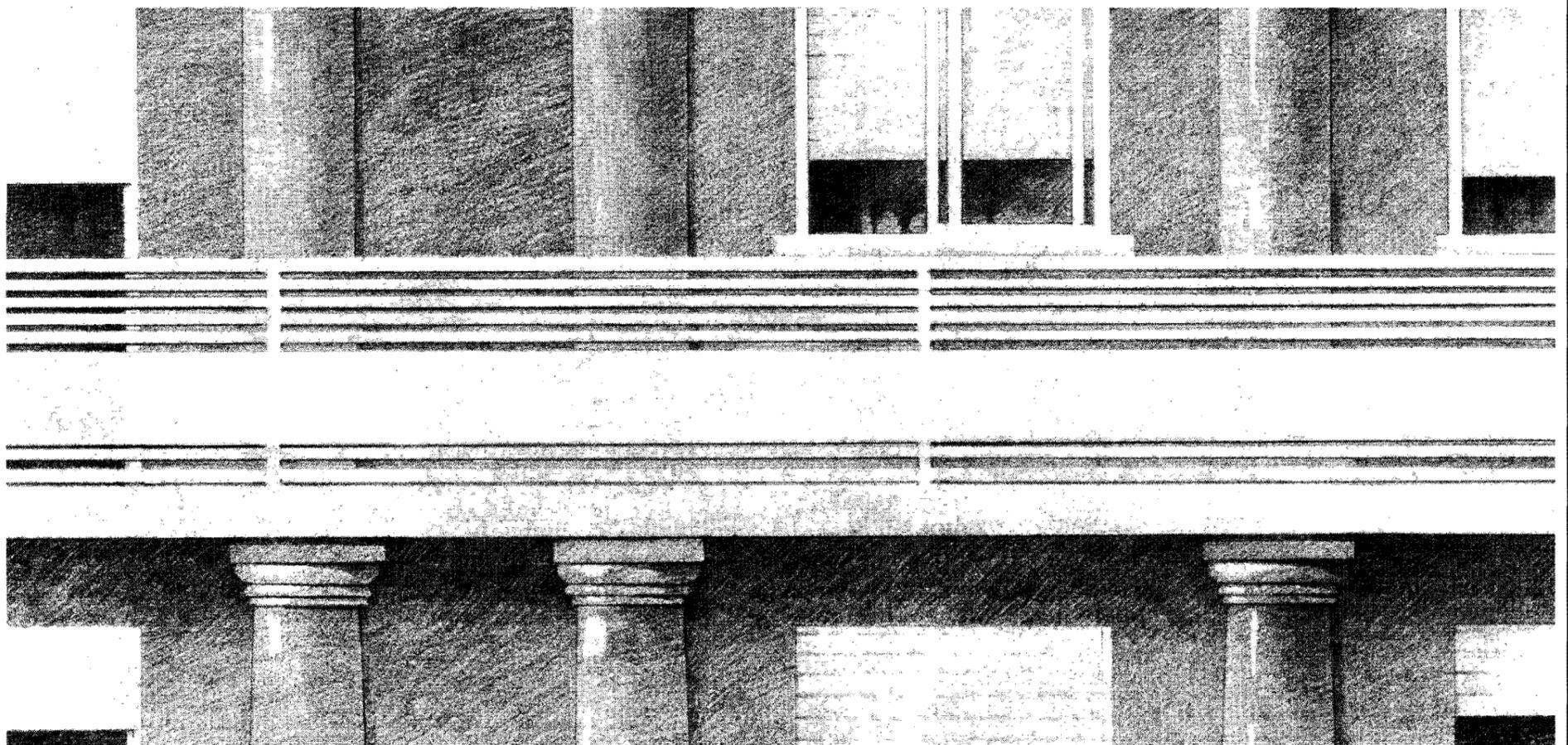
En los años sesenta, el rechazo de la posibilidad «moderna» empezó a tomar cierto cuerpo de estilo, con citas e incrustaciones neoclásicas sobre una base neutra, quizá con mucho de funcional. Pero fue en 1977 cuando Charles Jencks bautizó el estado de cosas en *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* (versión en Gustavo Gili, 1985; véase también sus *Movimientos modernos en arquitectura*, H. Blume, 1983, y, por ejemplo, a modo de panorama, Helio Piñón, *Arquitectura de las neovanguardias*, G. Gili, 1984). Jencks volvía del revés los principios «modernos», propugnando multiplicidad contra simplificación; ambivalencia y tensión, contra apertura; «esto-y-también-aquello», en vez de «o-esto-o-aquello». En suma, ya no valía el austero axioma de Loos, «menos es más». Ahora imperaba una fina astucia en el añadido de toques superfluos —como la guinda en la tarta— o en el establecimiento de ambigüedades espaciales, todo ello con predilecta referencia al Renacimiento italiano —Brunelleschi, Palladio—. Los nuevos grandes —no por azar, sobre todo norteamericanos: Venturi, Johnson, Moore, Graves...— parecían complacerse sarcásticamente al poner un frontón partido o unas columnas semihistóricas —así el rascacielos de la AT&T, por Johnson, con un remate neoclásico que no se alcanza a ver desde la calle, pero que, fotografiado en helicóptero, se ha difundido en libros y revistas—. Y se llega incluso a la reivindicación

del «kitsch», claro que irónicamente: véase *Aprendiendo de Las Vegas*, de Robert Venturi y otros (G. Gili, 1978): ahí, los rótulos de neón o las hamburgueserías en forma de hamburguesa o de pato se citan como ejemplo de lo que el subtítulo del libro llama *El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*.

Por eso este libro de seis autores, casi todos arquitectos, resulta tan valiente en su crítica. Cierto que alguno de ellos, Solá-Morales, flanquea y apoya lo posmoderno en cuanto «neorracionalismo» de raíz italiana, con referencia especial al urbanismo. Pero la mayoría lucha a favor de una causa que ya parecía perdida y a la que quieren devolver un «más allá». Así en «Delito y estuco. Las mariposas del Rockefeller Center (A modo de fábula)», satírica crónica futura de Antonio Fernández Alba; «El posmoderno arquitectónico, ¿gran pastiche?», de Rafael López Rangel; «Signos de una época final», del filósofo Eduardo Subirats Roggeberg; y «La venganza de la memoria: Reflexiones sobre la muerte del Movimiento Moderno y el nacimiento de su improvisado sucesor», de Antonio Toca Fernández, esta batalla contra el «neoconservatismo» —como lo llamó Habermas en su combativa conferencia de 1981, «Moderne und postmoderne Architektur»— puede parecer una quijotada, pero nos ayuda a no desesperar en un creciente entorno de monótona ironía con toques «kitsch».

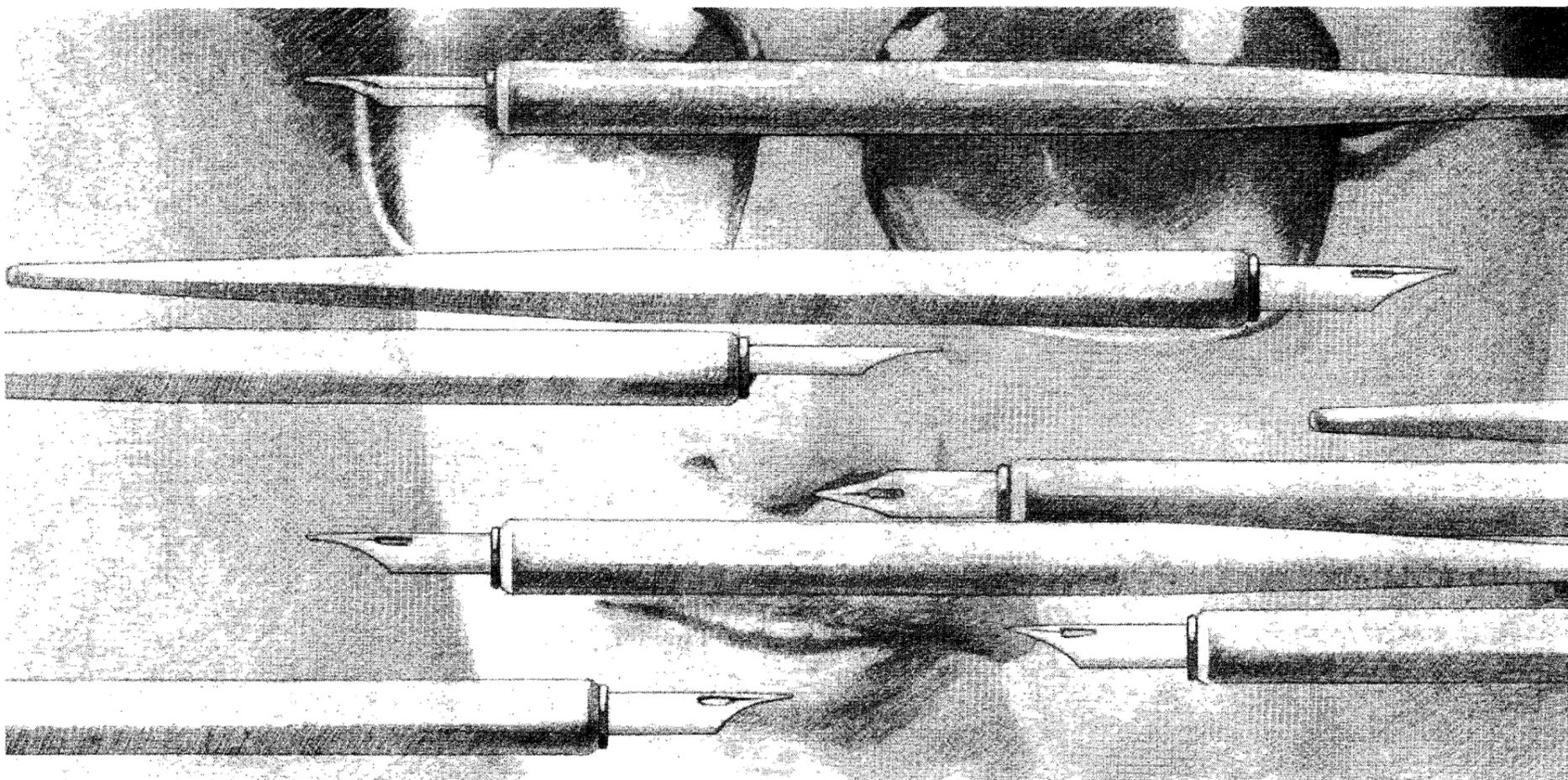
## De construcción lírica

No puede ser más heterogéneo, respecto a este libro, el que se me ha cruzado con él, bajo el signo de lo posmoderno, de lo cual no es crítica, sino ejemplo y aun modelo extremo. Ya es típico, para empezar, que no se pueda llamar ni filosofía ni literatura, girando en torno a versos de un poeta. Se trata de la ampliación de una conferencia de Jacques Derrida pronunciada, significativamente, en Estados Unidos; no consta si en francés o en la versión inglesa aparecida antes que este librito. Derrida, en efecto, con su presencia y sus extrañas traducciones al inglés, lengua no preparada para su raro estilo, está colonizando



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

las universidades norteamericanas, a partir de Yale y la revista «Glyph». Según es fama, Derrida ha acuñado como moneda de curso legal —quizá a él le gustaría más que se dijera «de curso ilegal»— el término «deconstrucción», una de tantas traducciones significativamente desajustadas hoy en boga, en lugar de «desconstrucción», que hubiera sido lo normal, pero que, por esto mismo, no se quiso usar. Sin ánimo de explicar bien qué sea eso —intentar «explicar bien» a Derrida dejaría ver que no se entiende su juego—, sí cabe decir que él, a partir de Heidegger, muestra tener más conciencia aún que éste del hecho de que el pensar es sólo y precisamente hablar —nos remitimos a nuestro artículo «Heidegger según Steiner», en el número 2 de esta revista—. Tal conciencia es peligrosa para el filosofar en su sentido tradicional: Derrida, en vez de acabar entregándose al silencio, como Wittgenstein I, o de aceptar la modestia del «juego del lenguaje» usado en cada caso, como Wittgenstein II, aplica ese sentido lingüístico a algo que, en términos heideggerianos, cabría llamar la «destrucción de la historia de la metafísica».

En efecto, él «toma por su palabra» a los clásicos, pero prescindiendo de ellos como «autores», sujetos individuales. Pues si hoy, por darnos cuenta de lo que es el lenguaje, y quizá por otras razones más trágicas, hablamos de la «muerte del hombre», esto es, dicho en forma menos truculenta, desconfiamos incluso de nuestra individualidad subjetiva, nuestro Yo como sustentáculo del universo, ¿cómo no extender tal actitud crítica, y aun corrosiva, a aquellos señores que filosofaron o creyeron filosofar en ingenuos tiempos remotos? Derrida parece complacerse en leer a los viejos autores «deconstruyéndolos» y hallando en sus textos unos sentidos incluso opuestos a lo que ellos quisieron o creyeron decir. Y por su parte, como aplicándose el cuento, «deconstruye» su propio lenguaje y aun su idioma, para «reconstruirlo», a veces en curiosos engendros —así, inventando «différance» como algo óptica y semánticamente diverso de «différence»—. Sin embargo, con la sensata claridad que hoy sólo queda entre algunos ingleses, Michael Rosen («Scepticism at large», «Times Literary Supplement», 5 di-

ciembre 1986) ha señalado que tal juego no afecta a la validez del uso general del lenguaje, y por tanto el lenguaje literario, ni aun cuando se lo glose para filosofar; y que, incluso respecto a la propia filosofía, no hace sino confirmar su existencia y su validez autónoma a fuerza de maltratarla.

El presente librito lleva al paroxismo los empeños de Derrida: *Schibboleth pour Paul Celan* amplía una conferencia sobre ese poeta de lengua alemana que cabe decir que vivió y murió «de lenguaje». Nacido en 1920, en Rumania, en familia judía de lengua alemana —¿o yiddish?—, perdió a sus padres en campos nazis de los que él se salvó difícilmente. Luego, aunque con épocas en Alemania —allí conoció especialmente a Heidegger, a cuya casa en la Selva Negra dedicó un poema, «Todtnauberger»—, pasó veintidós años en París, donde se casó con una diseñadora gráfica que no sabía alemán, y donde se suicidó en 1970 arrojándose al Sena. La poesía de Celan, dicho brevemente en este contexto, es también una verdadera «deconstrucción» del lenguaje lírico: los poemas de sus numerosos tomitos muestran líneas a veces de una palabra o dos, prescindiendo a menudo de un centro verbal y conceptual para dejar ambiguos fragmentos de significado. (Disponemos de no pocas traducciones, a veces excelentes, como la del *Stretto*, por F. Ruiz de Elvira.) Como símbolo general de la poesía de Celan, elegiríamos un título de un libro suyo: *Sprachgitter*, a la vez «reja de locutorio» en convento y «rejilla lingüística».

En este libro Derrida cita y glosa varios poemas de Celan, en especial el que lleva el título «Schibboleth». Este término, que Unamuno castellanizó como «chibolete», se encuentra en un episodio bíblico (*Jueces* 12, 5-6) en que los guerreros de Jefé lo emplearon para distinguir y matar a los efrimitas que intentaban pasar un vado, ya que éstos no sabían pronunciarlo correctamente. No importaba el significado, al parecer «río» o «espi-ga»: Luis Alonso Schökel, en la «Nueva Biblia Española», lo traduce acertadamente con una palabra de fonética diferenciadora: «Ellos le mandaban: “Di cebada”. El decía “seba-da”, pues no sabía pronunciar correctamente; entonces lo agarraban y lo degollaban.» Es

decir, era un «santo y seña» sin «santo» ni significación. Pero Celan, con cierta arbitrariedad, lo aplica a algo que no fue «chibolete», sino consigna política y bélica: «Zwillingsröte / in Wien und Madrid... / Ruf's, das Schibboleth, hinaus / in die Fremde der Heimat. / Februar. No pasaran.» («Rojos gemelos / en Viena y Madrid... / Gritalo, el shibboleth, allá / en lo extraño de la patria. / Febrero. “No pasaran”», y acaba con ciertas «voces de Extremadura».) Derrida, en su oscurísima glosa, parece al principio aceptar la alusión —a la vez, al triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, al posterior «No pasaran» en la guerra y a lo que quizá sea el «hombre de Extremadura» vallejiano—. Pero a él no le interesa tal sentido político y «deconstruye» lo que el poema parecía «querer decir» para «reconstruirlo» en otro sentido derridiano, en medio de variaciones sobre temas casi herméticos: «circuncisión», «fecha»...

En general, este proceso, extremado en el presente libro, es aplicación de su propuesta (*De la grammatologie*, 1967) de dar primacía a la escritura sobre el lenguaje hablado, por la nitidez impersonal de su estructuración, libre de la borrosidad de matices sonoros que hay en el «juego de lenguaje» que es conversar y, sobre todo, libre del sujeto parlante, vivo e individual. Así, en forma escrita, el len-

guaje sería «más propiamente lenguaje» que en voz hablada. Derrida, con ello, cuestiona el «logocentrismo», que más bien sería «fonocentrismo», pero aquel término, en hábil ambivalencia, parece implicar también que la «gramatología» sigue la propuesta nietzscheana de combatir el Logos racional. Lo parezca o no, es al contrario: obviamente, la escritura resulta más lógica y abstracta, más pobre y más genérica, que las palabras dichas —aquí, ahora, entre varias determinadas personas—; más aún, asume carácter testamentario, póstumo, dando por muerto o por nunca existente al sujeto que habló. Ya Platón, en el *Fedro*, vio que la escritura era «letra muerta» y mataría la memoria; y, paradójicamente, algo así está escrito en la Sagrada Escritura: «La letra mata; el aliento (espíritu) da vida.»

Derrida, con su método, parece querer mostrar y agravar esa situación de «muerte del hombre» —o del sujeto—; por lo demás, su lenguaje «deconstruido» no expresa ningún interés que no sea negativo ante los dilemas que haya tras los «chiboletes» de cualquier texto. Acaso todo su estilo —su «escritura», en la jerga de hoy— sea un gran «chibolete» que denuncia a los profanos, no para matarlos, sino, al revés, para dejarlos en su vivir ingenuo, ajenos a esta «movida» inmovilizadora, al nirvana de la «condición posmoderna». □

RESUMEN

Un libro colectivo sobre arquitectura y un breve ensayo de Jacques Derrida acerca del poeta de lengua alemana Paul Celan llevan a José María Valverde a reflexionar sobre el concepto tan debatido de lo posmoderno,

a lucubrar sobre su posible desaparición, preguntándose si la posmodernidad sustituyó a la modernidad propiamente dicha o más bien se limitó a ocupar un vacío en los diversos campos de la cultura.

Autores varios

Más allá del posmoderno. Crítica a la arquitectura reciente.

Gustavo Gili, México, 1986. 158 páginas.

Jacques Derrida

Schibboleth pour Paul Celan

Galilée, París, 1986. 130 páginas.

# La novela árabe en Argelia

Por Pedro Martínez Montávez

*Pedro Martínez Montávez (Jodar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.*

Aunque en lo estrictamente cronológico no lo estén tanto, por otros muchos motivos quedan ya bastante lejos aquellos tiempos en que conceptos como «literatura» y «Argelia» alcanzaban sólo parcial asociación a través del nombre de Albert Camus, o, en bastantes menos casos, por descontento, de Mouloud Feraoun, Mohammed Dib o Kateb Yacine. Eran las dos facetas establecidas de una peculiar producción literaria dotada de un muy variable ingrediente y sustento magrebí: la obra de narradores franceses «norteafricanos», o la de narradores argelinos en lengua francesa. Desde hace algunos años, sin embargo, el panorama se va transformando sustancialmente, y excelente comprobación de ello es el libro al que aquí nos referimos y en el cual el autor, profesor de la Universidad de Argel, analiza histórica y estéticamente la existencia de una muy joven aún criatura: la novela argelina contemporánea escrita en lengua árabe; es decir, en la lengua propia del país. De hecho, el libro parece ser el texto de la tesis doctoral presentada por el autor en la Universidad de Damasco, y tal condición de sólido trabajo académico se manifiesta claramente en concepción, en planteamiento y en metodología. Conviene adelantar que nuestro investigador cultiva también el género narrativo.

Obviamente, el hecho que aquí se plantea y estudia interesa bastante más por una faceta cualitativa que por su dimensión estrictamente cuantitativa; importa ante todo por su significado, por lo que sin duda representa y ya señala claramente, y no por su carga de datos y de cifras. En realidad, y aun estimando al máximo dentro de las versiones más «optimistas», la novela argelina en lengua árabe no puede reivindicar objetivamente una existencia superior a los cuarenta años, ni presentar tampoco, desde esos inicios hasta hace muy pocos meses, una relación de títulos que sobrepase, aproximadamente, la cincuenta. Se trata en última instancia de una nueva manifestación literaria, y desde tal punto de partida hay que plantearla, entenderla y valorarla. Ocurre también, sin embargo, que no pocos datos permiten ya considerarla como manifestación asentada y conformada, a pesar de todos los desajustes parciales, tanteos y hasta achaques que la aquejen. Brinda todos los riesgos y atractivos de aquello que se va haciendo al tiempo que puede ir siendo contemplado; historiarla es, esencialmente, historiar un crecimiento, con todo su ingrediente inevitable y constitutivo de sorpresa y de aventura. Es un reto de presente, y aún más de futuro, y no la cómoda comprobación de un pasado. Hay que establecerla, pues, dentro de su propio ámbito de contrastes y referencias, y no aplicarle convencionales parangones impertinentes. Y al hilo de lo dicho recordemos que es la única metodología científica aplicable a no pocas literaturas de eso que hemos dado en llamar «Tercer Mundo».

## Historia, literatura, identidad

El subtítulo de la obra expresa con claridad los dos cauces que sigue el estudio y, consecuentemente, las dos dimensiones de los textos literarios analizados que interesan al autor: lo histórico y lo estético. Planteadas así las cosas, quizá cabría temer en un principio ambigüedades, confusionismos y solapamientos, o tal vez lo que no resulta menos grave: un estudio tan rigurosamente escindido, en raíz,

que anulara o redujera no pocas de las ricas posibilidades subyacentes. Afortunadamente, estos escollos se sortean, y aunque la obra, en su presentación formal, se somete a tal esquema bipartito, de extensión diferente: una primera parte que sirve como adecuada introducción histórica y que ocupa un centenar de páginas aproximadamente, y una segunda parte a lo largo de la cual —en este caso, casi quinientas— el hecho estético se estudia y articula desglosado en cuatro tendencias concretas, los análisis y exposiciones tienen, indudablemente, una clara unidad de fondo, de desarrollo, de interpretación y de intención. Quizá algunos podrían apreciar en tal planteamiento, en ocasiones, una pequeña sobrecarga parcial de algo que suele caracterizar y distinguir, parece que inevitablemente, esta clase de trabajos de ámbito académico: el didactismo, pero, en contrapartida, reconocamos también que es mucho lo que se gana cuando todo ello va en aras del rigor metodológico y de la claridad de juicios e ideas.

Quizá la historia —esa «necesidad de la humanidad», como la definía Lucien Febvre— resulta especialmente necesaria para aquellas sociedades humanas que, por una serie de razones más o menos variables y diferenciadas en cada caso, han llegado a constituirse en nación en época tardía; o dicho de otro modo, todavía reciente. Seguramente, porque en ellas tiene aún más fuerza y significado el que «la realidad es el hombre en grupo». Y esa reali-

dad resulta también especialmente conflictiva, fluida, moldeable, en la aventura vital de las colectividades nacionales que, al hacerse, se erigen sobre la tremenda paradoja de ser al tiempo «estados jóvenes» y «pueblos viejos», lo que acuña ya una dialéctica dramática y en muchos aspectos explosiva, irreductible. La desasosegada búsqueda de la «identidad nacional» no es, en tales circunstancias, ningún ejercicio frívolo ni caprichosa alharaca, sino que adquiere rango de esencial y apremiante categoría, exigencia vital, aparte de ser también un evidente mecanismo de salvaguardia. El fenómeno suele ser especialmente típico y revelador en los pueblos, globalmente, de ese Tercer Mundo, y se da desde luego con sus características propias en los del ámbito árabe. Ese secuestro de la historia que sufrieron —pónganse todos los más o menos piadosos «parches» que se pongan— durante la traumatizadora expansión colonialista, ha contribuido sin duda para que se acreciente aún más su «necesidad humana».

Para el autor no ofrece duda que la conciencia nacional argelina fue conformándose a lo largo de la durísima experiencia colonial, configurando al tiempo la propia materia de su narrativa posterior. Si se recuerda tan sólo que fue Argelia precisamente el país, de toda la extensa y variada escena árabe islámica, que sufrió el más largo y atroz impacto colonial, y aquel en el que la potencia ocupante, Francia, no dudó en aplicar, con continuidad y a

fondo, abundantes decisiones y proyectos que suponían la erradicación total de sus genuinos patrones constituyentes sociales, económicos y culturales y su sustitución plena por los ajenos que ella preconizaba, la tesis del autor parece bastante puesta en razón, y en consecuencia, el fenómeno de la «resistencia» argelina resulta naturalmente largo y mantenido, aunque, por razones obvias, se vea sometido también a parciales intermitencias y discontinuidades.

En concreto, para el autor, «hay tres fases históricas importantes que jugaron un papel determinante en la cristalización de la conciencia de masas argelina, en la independencia del país y en la fijación de su identidad histórica, y asimismo en la identidad de las tendencias novelísticas. La primera de esas fases está vinculada a la revolución campesina en 1871, que participó espléndidamente en la conformación del pensamiento socialista en Argelia a través, directa o indirectamente, de la Comuna de París. La segunda está asimismo directamente ligada al levantamiento nacionalista de 1945, que despertó en el pueblo un sentimiento de esa naturaleza. La tercera se produce al entrar el movimiento nacionalista patriótico en una nueva vía, que condujo finalmente al agrupamiento de todas sus fuerzas desgarradas; es la época en la que la novela argelina escrita en francés da un salto cualitativo y cuantitativo, en tanto que en lengua árabe, entre 1951 y 1957, sólo aparecerían dos títulos». Tal idea es básica en el pensamiento del autor: «Desde la revolución de 1871 hasta la de 1954, pasando por el levantamiento de 1945, hay unas líneas entrecruzadas que, de una u otra manera, participaron en la cristalización de las tendencias que se manifestarán después en la novela escrita en francés, o en la novela escrita en árabe, antes y después de la independencia.»

La novela argelina, pues, y en cualquiera de los dos vehículos lingüísticos que le han servido de medio de expresión predominante a lo largo de las últimas décadas, es la manifestación conspicua del desarrollo seguido por el movimiento nacional de liberación y refleja con claridad los diversos avatares de toda índole que pasa esa nueva sociedad que tan dramáticamente —y al mismo tiempo con tan firme decisión— se va formando. Existe pues, y ello es plenamente característico y distintivo del país y la literatura que nos ocupan, una correspondencia estrecha y trabada entre proceso histórico existencial y expresión narrativa, definitivamente concretada a lo largo de las últimas fases de desarrollo: «La época que se extiende desde 1945 a 1954, y 1962, no significa sólo una mudanza radical en la historia combatiente de Argelia, sino que resulta también, en absoluto, la más fecunda, en el terreno literario, antes de la independencia.»

Así, la postura del crítico ante la novela argelina escrita en francés, que alcanzaría auténtica difusión y reconocimiento universales durante la década de los cincuenta, está expuesta sin cortapisas ni cicaterías. Haciendo suyas las palabras de uno de sus últimos representantes, el más poeta que novelista Malek Haddad, recuerda que «los escritores argelinos comprendieron que la historia y la literatura son una sola cosa, y que no tenían por qué elegir pues ya habían elegido y se habían comprometido con la revolución». Para él, por consiguiente, reviste escasa importancia ese «clima de ambigüedad» en que tal literatura naciera, y que ha sido claramente puesto de manifiesto por el más destacado especialista mundial en el tema, Jean Déjeux. Importa sobre todo el carácter «nacional», en líneas generales, de esa obra, ya que sus creadores «se fundieron con la realidad argelina y con el pueblo, combatieron con él en la misma trinchera y en el mismo frente, y ello fue lo que le garantizó la vida y la continuidad a esta literatura». Habría que recordar, sin embargo, que tesis y juicios tan favorables a esa



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



producción no han sido siempre unánimes, o al menos mayoritarios, en el país, y que no pocos argelinos, y entre ellos algunos destacados intelectuales, la han tenido por una literatura de «segundo rango». Evidentemente, los argumentos de carácter literario han intervenido bastante menos en esta polémica que los derivados de afinidades políticas o ideológicas, de diversas circunstancias tanto colectivas como personales muy concretas y cambiantes, y no puede considerarse que el debate esté definitivamente zanjado. Pero sí está muy clara, como decíamos, la postura del autor, que aboga firmemente por que todas esas obras se tradujeran al árabe, como acabadas muestras de «trabajos literarios nacionales escritos en una lengua extranjera».

Conseguida la independencia política y el ejercicio de la soberanía nacional el año 1962, los setenta van a ser «la década por antonomasia de la novela argelina —de la escrita en lengua árabe específicamente— y van a cristalizar durante ella sus tendencias». Todo ello constituye el auténtico meollo del libro, intentando responder a la pregunta básica que el autor se hace: «¿Existe una relación dialéctica entre la realidad vivida como objeto y el instrumento de descubrimiento de los entresijos subyacentes de este objeto o la obra artística? En otras palabras: ¿Estuvo la literatura novelística en Argelia al nivel de los cambios radicales y los logros democráticos en los niveles económicos, políticos y sociales?» Nos parece sinceramente que el autor sigue una línea crítica honesta y, por ello, difícil y nada cómoda, evitando cualquier óptica extremista, tanto destructora como apologética, aunque no renuncie por ello al juicio rotundo y a la decidida búsqueda de una tendencia valorativa de acoplamiento entre compromiso y estética. En buena medida también, por consiguiente, y como en última instancia resulta totalmente congruente en el medio propio de las sociedades del Tercer Mundo, el estudio crítico no puede dejar de ser una reconsideración ética colectiva.

## Nombres y tendencias

Esa otra novelística «de los setenta», sin embargo, no va a tener una existencia plácida ni carente de duros sobresaltos. En parte, desde luego, debido a su propia naturaleza de producto parcialmente abrupto, innovador, y en parte también porque la década en cuestión resulta de una conflictividad interna especialmente aguda y lacerante. En un denso y reciente libro sobre independencia política y liberación económica, que abarca el cuarto de siglo de desarrollo de la Argelia de nuestros días, Marc Écrement ha demostrado cómo «el fracaso de la política de independencia económica y de autonomía de desarrollo operada a partir de 1967-1969 desemboca en 1975 en la crisis social y política». De hecho, porque se está perfilando ya la problemática peculiar de los años siguientes en el país: «La negociación del paso de un modo de legitimación del poder a otro, el de la legitimación por la historia de la lucha de liberación al de la legitimación por la satisfacción de la demanda social.» Es decir, porque ya, inevitablemente, gran parte de la conflictividad se genera desde dentro, desde las propias contradicciones y disfunciones internas, y no desde fuera. Porque ya los planteamientos rigurosos y las posibles formas de solución han de surgir, fundamentalmente, de nosotros mismos, y también en nosotros mismos se producen las carencias, las desviaciones, los errores.

Acabo de aludir al carácter parcialmente abrupto e innovador de esta novela argelina en lengua árabe. Es evidente, desde luego, que no se produce inmediatamente después de la independencia y que, como recuerda también Marcelino Villegas en un artículo reciente, «los años 1962 a 1969 fueron un desierto para la narrativa árabe argelina». Y por lo que hace a posibles precedentes, el panorama tam-

poco se presenta muy halagüeño. Por ello hay que entender más bien como un ejercicio de buena voluntad el intento de recuperación de algún escritor bastante anterior, como Ahmad Riḍā Ḥūḥū (1911-1956), que publicara el año 1947 la que, desde esa perspectiva bastante tópica de «reivindicación», podría ser considerada como «la primera novela argelina contemporánea en lengua árabe», o como Abd al-Maḥīd al-Xāfi 'ī, quien cuatro años más tarde publicaría otra obra de proyección similar. Como apunta el propio Villegas, puede tratarse más bien de «razones simbólicas», a falta de argumentos de mayor solidez.

Centrado, pues, el panorama en la producción novelística de los setenta, y como reflejo conspicuo de esa nueva Argelia de «los cambios democráticos», el autor se extiende ante todo en la pormenorización y desglose de las cuatro grandes tendencias que vertebran y dan sentido, a su juicio, a la producción narrativa: la reformista, la romántica, la realista crítica y la realista socialista. Aunque quizá también, manejando otras pautas interpretativas, cabría argumentar que se trata de un diseño tal vez excesivamente supeditado en parte a esa «voluntad didáctica» ya apuntada, y por consiguiente algo esquemático, tales posibles reparos, a nuestro modo de ver, son mínimos y totalmente secundarios, y el cuadro trazado por el autor nos parece totalmente fundamentado y lleno de aciertos.

Diez años, en conclusión, no resultan un período suficiente para evaluar de manera definitiva la obra de una generación ni, individualmente, la de sus más caracterizados repre-

sentantes. Y las naturales cautelas se acrecientan cuando, en la mayoría de los casos, esa obra se continúa aún y va marcando su particular evolución. Tampoco parece oportuno cargar al lector con una retahíla de nombres que muy poco o nada —lamentablemente— le dicen todavía. Pero también sería injusto dejarse algunos de esos nombres, al menos los más representativos y destacados, en el acostumbrado tintero de ignorancias. Queremos por ello dejar constancia de algunos de ellos, con la referencia concreta al marco de «tendencia» dentro del cual su obra se produce. Serían los siguientes: Abd al-Malik Murtāq —entre lo reformista y lo romántico—, Abd al-Ḥamīd ibn Haddūga (nacido en 1925) —entre el romanticismo y el realismo crítico—, al-Tāhir Waṭṭār (nacido en 1936), que representa por sí solo, plenamente, la tendencia realista so-

cialista, e Ismā'il Gamūqāt (nacido en 1955), el más claramente romántico de todos. Quizá no estaría de más recordar que tan sólo uno de ellos, ibn Haddūga, cuenta con una traducción al castellano. Y mencionar también cómo el crítico deja fiel constancia de su particular valoración positiva de la obra de Waṭṭār, que es quien de verdad «saca al arte narrativo, y por ende a la novela, del ataúd lingüístico y de los contenidos de consumo», tratando de encontrar siempre «el equivalente artístico» que justifica auténticamente, por encima de cualquier otro requisito, al creador.

Para acostumbrarnos a la idea de que Argelia no es tan sólo un país de dátiles o de gas natural, resulta sumamente pertinente traer a nuestro conocimiento e información reflexiones como las aquí expuestas sucintamente. □

## RESUMEN

Hasta no hace mucho, cuando se hablaba de novela en Argelia se pensaba en narradores franceses «norteafricanos», como Camus, o en novelistas argelinos en lengua francesa, como Kateb Yacine. Pero, como señala

Martínez Montávez, el panorama ha cambiado y por eso, tomando como referencia un grueso volumen de un profesor argelino, en este artículo le sigue los pasos a la novela argelina en lengua árabe.

## Wāsīnī al-a 'Raḥ

*Ittūḥāt al-riwāya al-'arabiyya fi-l-Īzā' ir. Baḥt fi-l-uṣūl al-ta' rījiyya wa-l-ṣamāliyya li-l-riwāya al-īzā' iriyya (Las tendencias de la novela árabe en Argelia. Estudio de los fundamentos históricos y estéticos de la novela argelina)*

al-Mu' assasa al-waṭaniyya li-l-kitāb, Argel, 1986. 655 páginas.



STELLA WITTENBERG

# Los estudios sobre la ciencia

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia y director del Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia de esa Universidad y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Codirigió el Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España.

I

La «ciencia de la ciencia» fue un programa formulado a lo largo de los años sesenta cuyo núcleo central consistió en aplicar los recursos de la ciencia al estudio de la ciencia misma, con una intención y a un nivel distinto a los acercamientos humanísticos y filosóficos. Tenía numerosos antecedentes, entre los cuales suelen recordarse los trabajos que, en la Polonia de finales del siglo XIX y comienzos del actual, utilizaron incluso el término «Nauko nawstwo» y, en fechas más recientes, el libro *The Social Function of Science*, publicado en 1939 por el británico J. D. Bernal, que había planteado ya algunos aspectos fundamentales desde la perspectiva rigidamente marxista característica de este autor.

La formulación del programa se realizó de hecho en la zona de convergencia de tres disciplinas de tradición académica muy diversa: la documentación científica, la sociología de la ciencia y la historia social de la ciencia. Un presupuesto básico fue que muchos de los enfoques y resultados de estas materias y otras vecinas eran complementarios y podían integrarse en un marco general mutuamente enriquecedor, que abría horizontes cualitativamente nuevos. Los aspectos que intentaron integrarse fueron, en primer término, los análisis de los documentalistas sobre la producción y el consumo de la información y, en general, sobre los procesos de la comunicación científica; en segundo lugar, los trabajos de los sociólogos de orientación funcionalista y marxista acerca de la comunidad científica, el puesto de los científicos en la sociedad y la función sociopolítica de la ciencia; en tercer lugar, las indagaciones de los historiadores de la ciencia dedicadas, desde variadas posturas, a los condicionamientos socioeconómicos, políticos y culturales de los modos cambiantes de actividad científica.

Tres libros desempeñaron en cierto modo el papel de manifiestos: *Little Science, Big Science* (1963), de D. J. de Solla Price, profesor de la Universidad de Yale; *The Science of Science* (1964), volumen británico publicado en homenaje a Bernal al cumplirse un cuarto de siglo de la primera edición de su obra antes citada; y *Nauka o nauke* (1966), de G. M. Dobrov, profesor de la Universidad de Kiev. En ellos, en otros libros de menor importancia y en un amplio número de artículos, aparecidos principalmente en revistas científicas de carácter general, de documentación, sociología e historia de la ciencia, quedaron definidas las características de la nueva área y, en concreto, sus notas diferenciales respecto a los acercamientos tradicionales de tipo humanístico, como la filosofía de la ciencia y la historia culturalista de la ciencia. Las más importantes eran el atenuamiento a las investigaciones empíricas acerca de la actividad científica como fenómeno social y la utilización sistemática de métodos cuantitativos, en especial de indicadores y modelos matemáticos.

Durante las dos décadas transcurridas se ha enriquecido notablemente el contenido del área y se ha iniciado la institucionalización de su cultivo. Se ha consolidado, además, la tendencia a designarla con un término menos comprometido que el original de «ciencia de la ciencia». En su lugar se utiliza hoy la expresión «estudios sobre la ciencia» («science studies») y otras similares, como «investigación sobre la ciencia» («Wissenschaftsforschung»), o más precisas, como «estudios sociales sobre la ciencia».

Al enriquecimiento del área ha contribuido, por supuesto, el desarrollo de las aportaciones de la documentación científica, la sociología de la ciencia y la historia social de la ciencia. No obstante, el factor fundamental ha sido el paso a primer plano de la economía, la antropología social y la psicología social de la actividad científica, cuyos recursos técnicos y conceptuales han abierto capítulos nuevos, aparte de modificar profundamente el conjunto del área. Al mismo tiempo, la política y la planificación de la ciencia han adquirido gran relieve como impulsoras de indagaciones a partir de necesidades prácticas concretas, función que originalmente desempeñaba casi en exclusiva la documentación científica. Estas vertientes «aplicadas» de los estudios sobre la ciencia han influido decisivamente en la configuración del área, ya que sus exigencias pragmáticas han estimulado el fundamento empírico de la investigación y la elaboración de auténticos modelos explicativos, acentuando el distanciamiento de los acercamientos humanísticos tradicionales.

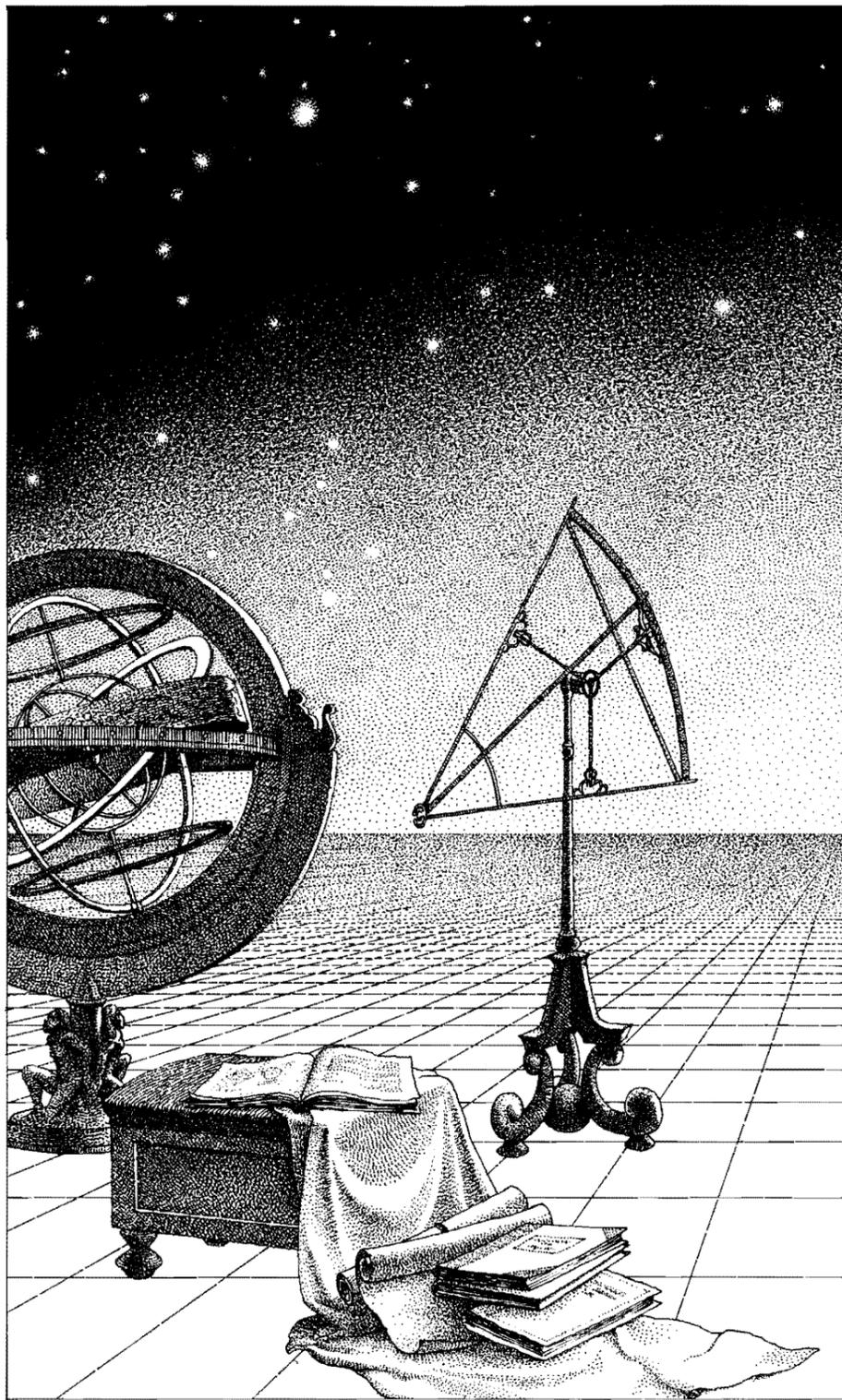
## Institucionalización

La institucionalización del cultivo de los estudios sobre la ciencia se está produciendo en varias vertientes, entre las que cabe destacar la fundación de departamentos universitarios, institutos de investigación y asociaciones, la aparición de un periodismo especializado con revistas «nucleares» bien definidas y la edición de obras de conjunto de carácter introductorio o recapitulador.

El Departamento de Estudios Históricos y Sociales sobre la Ciencia de la Universidad de Sussex, entonces dirigido por Roy MacLeod, desempeñó un importante papel en dicho proceso de institucionalización a lo largo de los años setenta. Llegó a convertirse en un foco dinamizador en directa relación con la mayoría de las instituciones y personas de Europa y las dos Américas que cultivaban el tema o estaban simplemente interesadas por él. En colaboración con estudiosos de varios centros de París, el Departamento de Sussex constituyó el llamado grupo PAREX, que organizó una serie de «symposia» monográficos en los que participaron especialistas de los dos continentes. El último de ellos, dedicado a la difusión de la ciencia por encima de barreras culturales y políticas, se desarrolló precisamente en Valencia en 1980, un año antes de que el grupo PAREX sirviera de núcleo fundacional de la Asociación Europea de Estudios sobre la Ciencia. En casi todos los países existen hoy departamentos universitarios o centros de investigación consagrados al área, algunos de los cuales son de nueva creación, mientras que otros se han constituido por fusión de unidades anteriores de disciplinas concretas. Este último es el caso, por ejemplo, del Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, centro mixto de la Universidad de Valencia y del CSIC, fundado en 1985 integrando unidades de documentación científica e historia de la ciencia de las dos instituciones.

La primera revista especializada, *Science Studies* (1971), también estuvo relacionada con el Departamento de Sussex. La fundaron el propio MacLeod y David Edge, del Departamento de Estudios sobre la Ciencia de la Universidad de Edimburgo, que hoy continúan siendo sus directores, aunque el primero trabaja ahora en la Universidad de Sidney, tras algunos años de estancia en Londres. La trayectoria del área se refleja expresivamente en la de esta publicación, que en 1975 cambió su nombre por el de *Social Studies of Science*, con el subtítulo de «Revista internacional de investigación sobre los aspectos sociales de la ciencia y la tecnología».

Sin detenernos en otras revistas posteriores, anotaremos únicamente la fundación en 1978 de *Scientometrics*, editada conjuntamente por Akadémiai Kiadó, de Budapest y Else-



FRANCISCO SOLE

vier, de Amsterdam, e impresa por el Departamento de Documentación y Estudios sobre la Ciencia de la Academia Húngara de las Ciencias.

De las obras de conjunto que se han publicado, ofreciendo revisiones de la situación de los estudios sobre la ciencia, destacan dos por su importancia e influjo. La primera de ellas es *Science, Technology and Society* (1977), volumen colectivo que apareció dirigido por Ina Spiegel-Rösing, del Departamento de Investigación sobre la Ciencia de la Universidad de Ulm, y por el propio Derek J. de Solla Price. La segunda, *Toward a Metric of Science. The Advent of Science Indicators* (1978), corresponde a las actas de un «symposium», cuya edición fue coordinada por Y. Elkana.

La aparición casi simultánea en 1978 del primer número de *Scientometrics* y del volumen dirigido por Elkana significó el paso a primer plano de los indicadores de actividad científica. Ambos hechos fueron manifestaciones sobresalientes de una tendencia opuesta a la representada por los trabajos de tipo teorizante, con débil o nula base empírica y alejados de los acercamientos cuantitativos. Subrayaba, por el contrario, la función central de

la «cienciometría» como fundamento específico de los estudios sociales sobre la ciencia y de sus aplicaciones a la documentación, a la política y a la planificación científicas. La cienciometría había sido una consecuencia directa de la formulación original del programa de la «ciencia de la ciencia» y contaba ya con tratados como la *Naukometrija* (1969), de V. V. Nalimov y E. M. Mulchenko. El subtítulo de *Scientometrics* describe muy claramente esta orientación: «Revista internacional sobre todos los aspectos cuantitativos de la ciencia de la ciencia, la comunicación en la ciencia y la política científica.»

II

Los libros dedicados a los estudios sobre la ciencia han tenido muy escasa representación en la producción editorial en castellano. A pesar de la gran popularidad de otras obras de Bernal, *The Social Function of Science* no ha llegado a ser traducido. Solamente han aparecido en nuestro idioma dos de los textos fundacionales: el volumen conmemorativo *The Science of Science*, cuya versión castellana se



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

editó en México en 1968, y *Little Science, Big Science*, de Price, que yo mismo traduje en 1972. Con posterioridad, ni siquiera se han publicado versiones de las obras de conjunto más influyentes, como las dirigidas por Elkana y por Spiegel-Rösing y Price que acabamos de citar. Por supuesto, el lector en castellano sigue sin tener acceso a ninguno de los importantes títulos soviéticos y de otros países de la Europa oriental.

Dentro de este empobrecido panorama han tenido una excepcional fortuna varios libros introductorios y de síntesis del británico John Ziman. Como muchos de los cultivadores o interesados por los estudios sobre la ciencia, Ziman es científico de profesión. Durante la mayor parte de su vida académica ha sido profesor de física en la Universidad de Bristol, puesto desde el cual se preocupó muy tempranamente por el tema, impartiendo cursos interfacultativos de estudios sobre la ciencia y publicando diversos trabajos. Ya en 1967 apareció su libro *Public Knowledge*, ensayo en el que defendió un modelo de la ciencia académica como «conocimiento público», basado en su concepción como institución social cuyo principal objetivo es lograr un «máximo consenso racional». Esta concepción la ha

mantenido y desarrollado en sus publicaciones posteriores.

El libro de Ziman que ha alcanzado mayor difusión en España es *The Force of Knowledge* (1976), serie de lecciones destinadas a ofrecer una noticia introductoria de la ciencia como institución social, que fue publicada en castellano por Alianza Editorial con el título de *La fuerza del conocimiento* (1980). Utilizó en él principalmente materiales historicocientíficos asociados a otros procedentes de la documentación y de la sociología de la ciencia, aprovechando para su propósito la zona de convergencia a la que antes hemos aludido. Consiguió una exposición sencilla y atractiva, difíciles virtudes que se mantuvieron en la versión castellana. Poco después de aparecida ésta, la misma editorial publicó *La credibilidad de la ciencia* (1981), traducción de *Reliable Knowledge* (1978), otro libro de Ziman de carácter muy distinto, en el que reiteraba la tesis de su primera obra, intentando desarrollar una «epistemología sociológica». Exponía especialmente su punto de vista personal acerca de la «colectivización de la ciencia», expresión con la que se refería a una doble transformación social: una «interna» afectaría a la comunidad científica, que habría de-

jado de estar predominantemente formada por individuos, debido a la importancia creciente de la actividad científica que de modo colectivo realizan grupos o equipos en grandes instituciones; otra «externa» consistiría en que la ciencia académica tiende a perder su autonomía social y a quedar «colectivamente» controlada por los poderes políticos y económicos.

### Intento de sistematización

En 1984, Ziman ha publicado un nuevo libro al que ha titulado limpiamente *An Introduction to Science Studies*, en lugar de utilizar uno de los ridículos rótulos, entre emblema barroco y charada, habituales en el mundo angloamericano. Su contenido procede de los cursos de estudios sobre la ciencia que desde hace tres lustros viene impartiendo en la Universidad de Bristol, puesto al día durante su estancia como profesor visitante en el departamento del área del «Imperial College of Science and Technology», de Londres. Tiene una intención más ambiciosa que la de *The Force of Knowledge*, ya que no se propone ofrecer una noticia escolar en tono de divulgación, sino establecer una conexión sistemática entre las diversas ramas de los estudios sobre la ciencia. Su autor lo destina a servir de libro de texto en cursos universitarios, como exposición elemental de «metaciencia», término que identifica con «ciencia de la ciencia» en el más amplio sentido.

Cuidando de modo muy especial las referencias cruzadas, como expresión de las relaciones que existen entre las distintas disciplinas que están constituyendo los estudios sobre la ciencia, Ziman ha estructurado su intento de sistematización en 16 capítulos. En el primero reitera los puntos de vista de su libro de 1967, que sirven de esquema ordenador al conjunto de la obra. En los dos siguientes resume algunas cuestiones epistemológicas centrales, partiendo de «la perspectiva del científico activo o del estudiante de ciencias», de acuerdo con la orientación del clásico libro de W. I. B. Beveridge, *The Art of Scientific Investigation*, pero incorporando los principales debates de los filósofos de la ciencia. Dedicados otros dos a las aportaciones procedentes de la documentación científica, siguiendo principalmente el enfoque de *Communication in Science*, de A. J. Meadows, y procura también integrar en su estructuración los modelos de comunidad científica basados en las normas de Merton y sus críticas, así como diferentes acercamientos de la historia social de la ciencia a la cuestión del cambio científico. Sobre este fundamento interdisciplinar se enfrenta con el problema del relativismo epistemológico, volviendo a las tesis de *Public Knowledge*, y expone a continuación una serie de aspectos monográficos: relación entre la ciencia y tecnología y entre ciencia pura y aplicada; «colectivización de la ciencia», según su personal concepción; organización, economía y política de la actividad científica; posición social del científico; y dimensión cultural y difusión social de la ciencia.

En el estado actual de los estudios sobre la ciencia, este libro de Ziman resulta muy oportuno. Son necesarios esfuerzos como el

suyo, dedicados a integrar acercamientos que continúan meramente yuxtapuestos, resultados carentes todavía de contexto general y cultivadores de disciplinas vecinas que permanecen encerrados en limitados horizontes académicos. La lectura de la obra resulta no sólo orientadora sino estimulante, aunque sean discutibles su enfoque general y las concepciones personales que sirven de hilo conductor. Sin embargo, como dice Ziman, «me ha parecido más útil presentar los temas esenciales en mi propio lenguaje y con mis propios términos, como un expositor simpatizante, que construir un «pastiche» de opiniones ajenas con una mescolanza de voces discordantes.» Además, el carácter abierto del libro y su utilidad didáctica están reforzados por las bibliografías ampliamente comentadas que llevan todos los capítulos. Estas bibliografías constituyen un elemento fundamental de la obra, no sólo porque en ellas aparecen claramente las principales fuentes y actitudes del autor, sino por su función de guía comprometida y ponderada para penetrar en una masa enorme de estudios especializados. Ziman, en el prefacio, subraya que el libro «es solamente una «introducción» a los estudios sobre la ciencia» y que «para utilizarlo adecuadamente, el estudiante deberá manejar los trabajos recomendados lo más a fondo posible».

Una importante objeción puede hacerse, no obstante, al libro de Ziman, al menos como manual didáctico: la casi completa ausencia de la ciencia en su intento de sistematización. Aunque en distintos capítulos se alude a acercamientos cuantitativos e incluso a modelos matemáticos, resulta sintomático que no figure ni una sola gráfica o tabla numérica en un texto introductorio a unos estudios que hacen uso constante de estos recursos. Ello da a la obra un cierto aspecto teorizante o abstracto que perjudica su utilidad. Más grave es que solamente en una ocasión se citen de pasada los indicadores de actividad científica, tema de importancia crucial para los estudios sobre la ciencia, cuyas implicaciones teóricas y problemas prácticos resulta ineludible abordar con amplitud en este contexto.

Comentario aparte merece la traducción castellana del volumen. Publicada dentro de una serie llamada «Invitación a la filosofía», se ha realizado con completo desconocimiento del desarrollo y panorama actual de los estudios sobre la ciencia. Ello se refleja ya en el título (*Introducción al estudio de las ciencias*), en el que aparece una expresión que se utiliza después constantemente cada vez que Ziman habla de «science studies». Dada la deficiente difusión en nuestro país de la situación del área, hubiera sido deseable una presentación orientadora destinada al lector en castellano. En su lugar, solamente aparecen en la contraportada unas líneas que vuelven a reflejar total ignorancia. Lo peor, sin embargo, es que se han eliminado las bibliografías comentadas de todos los capítulos y, naturalmente, también el párrafo en el que Ziman destaca su indispensable función. No acierto a adivinar cuáles han podido ser los motivos que han llevado a amputar tan gravemente un libro. En cualquier caso, se trata de un signo poco grato del funcionamiento de nuestra industria editorial. □

### RESUMEN

Durante las dos últimas décadas se ha constituido el área de estudios sobre la ciencia, como zona de convergencia de los enfoques, técnicas y resultados de varias disciplinas: documentación científica, sociológica e historia so-

cial de la ciencia y, en una fase algo posterior, economía, antropología social y psicología social de la actividad científica. Como marco general mutuamente enriquecedor, dicha área ha abierto horizontes cualitativamente nuevos.

John Ziman

*Introducción al estudio de las ciencias*

Ariel, Barcelona, 1986. 240 páginas.

**ARQUITECTURA**

FERNANDEZ ALBA, Antonio.  
«*Alarifes del Islam en el desierto*», sobre el libro *Ciudades de las caravanas*, de José Corral. N.º 8. Octubre. Pág. 3.

MARTIN GONZALEZ, Juan José.  
«*La cornisa cantábrica a vista de pájaro*», sobre *La plaza en la ciudad y otros espacios significativos*, de José Luis García Fernández y Lena Saldana Iglesias Rouco. N.º 6. Junio-julio. Pág. 12.

**ARTE**

GALLEGO, Julián.  
«*¿Hubo un estilo clementino?*», sobre *El Saco de Roma, 1527*, de André Chastel. N.º 4. Abril. Págs. 6-7.

SAURA, Antonio.  
«*La laguna Estigia*», sobre *La montaña blanca*, de Jorge Semprún. N.º 8. Octubre. Pág. 12.

VAQUERO TURCIOS, Joaquín.  
«*Mirar en silencio*», sobre *Chu Ta, le génie du trait (1626-1705)*, de François Cheng. N.º 6. Junio-julio. Pág. 3.

**CIENCIA**

GARCIA OLMEDO, Francisco.  
«*Después de Asilomar*», sobre *Biotechnology. An Industry Comes of Age*, de Steve Olson. N.º 5. Mayo. Pág. 3.

GRANDE COVIAN, Francisco.  
«*Un tratado clásico de nutrición humana*», sobre *Human Nutrition and Dietetics*, de S. Davidson y R. Passmore. N.º 2. Febrero. Pág. 12.

LOPEZ PIÑERO, José María.  
«*Los estudios sobre la ciencia*», sobre *Introducción al estudio de las ciencias*, de John Ziman. N.º 10. Diciembre. Págs. 10-11.

SANCHEZ DEL RIO, Carlos.  
«*El Post Scriptum de Popper*», sobre *Post Scriptum a la lógica de la investigación científica*, de Karl R. Popper. N.º 1. Enero. Pág. 12.

SOLS, Alberto.  
«*Autobiografías de investigadores*», sobre *Memoir of a Thinking Radish*, de Peter Medawar. N.º 3. Marzo. Pág. 9.

**ECONOMIA**

SAMPEDRO, José Luis.  
«*La Comunidad pendiente*», sobre *Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social. Informe FAST*, de la Comisión de las Comunidades Europeas. N.º 4. Abril. Pág. 3.

**FILOLOGIA**

ALONSO MONTERO, Xesús.  
«*Un libro capital sobre lírica gallego-portuguesa*», sobre *A poesía lírica galego-portuguesa*, de Giuseppe Tavaní. N.º 9. Noviembre. Págs. 4-5.

BADIA I MARGARIT, Antoni M.  
«*El difícil diálogo de las lenguas*», sobre *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, de autores varios (Manuel Alvar, coordinador). N.º 7. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.

CARBALLO CALERO, Ricardo.  
«*Los clíticos en gallego-portugués*», sobre *Prosodie et syntaxe. La position des clitiques en galicien-portugais*, de Domingo Prieto. N.º 4. Abril. Pág. 8.

LORENZO, Emilio.  
«*Gloria póstuma a un gramático*», sobre *Gramática Española y La nueva gramática académica: el camino hacia el Esbozo*, de Salvador Fernández Ramírez. N.º 10. Diciembre. Págs. 1-2.

RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco.  
«*Una visión del mundo clásico*», sobre *The Oxford History of the Classical World*, de John Boardman, Jasper Griffin y Oswyn Murray (eds.). N.º 1. Enero. Pág. 5.

«*Modernidad clásica: La "Sintaxis" de Apolonio*», sobre «*Sintaxis*», de Apolonio Discolo. N.º 8. Octubre. Págs. 10-11.

SALVADOR, Gregorio.  
«*Una obra de consulta que se deja leer*», sobre *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, de Francisco Marsá. N.º 6. Junio-julio. Pág. 8.

SECO, Manuel.  
«*La travesía de las palabras*», sobre *A Supplement to the Oxford English Dictionary*, de R. W. Burchfield (dir.). N.º 7. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

**FILOSOFIA**

CEREZO GALAN, Pedro.  
«*El palimpsesto unamuniano*», sobre *Unamuno y los protestantes liberales*, de Nelson R. Orringer. N.º 3. Marzo. Págs. 4-5.

«*Criaturas de la aurora*», sobre *De la Aurora*, de María Zambrano. N.º 10. Diciembre. Págs. 4-5.

FERRATER MORA, José.  
«*El principio antrópico*», sobre *The Anthropic Cosmological Principle*, de John D. Barrow y Frank J. Tipler. N.º 5. Mayo. Págs. 1-2.

LOPEZ ARANGUREN, José Luis.  
«*Juan David García Bacca, pensador de Dios*», sobre *Qué es Dios y quién es Dios*, de Juan David García Bacca. N.º 8. Octubre. Págs. 8-9.

LLEDO, Emilio.  
«*La fragilidad del bien*», sobre *The fragility of goodness*, de Martha C. Nussbaum. N.º 9. Noviembre. Págs. 1-2.

MUGUERZA, Javier.  
«*Cara y cruz del contrato social*», sobre *Nuevas teorías del contrato social (John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan)*, de Fernando Vallespin Oña. N.º 1. Enero. Págs. 6-7.

**SOTELO, Ignacio.**

«*Modernidad/posmodernidad: un diálogo fallido*», sobre *Der philosophische Diskurs der Moderne*, de Jürgen Habermas. N.º 2. Febrero. Págs. 4-5.

VALVERDE, José María.  
«*Heidegger según Steiner*», sobre *Heidegger*, de George Steiner. N.º 2. Febrero. Págs. 6-7.

«*Lo posmoderno, como "kitsch" y como "chibolete"*», sobre *Más allá del posmoderno. Crítica a la arquitectura reciente*, de autores varios, y *Schibboleth pour Paul Celan*, de Jacques Derrida. N.º 10. Diciembre. Págs. 6-7.

**FISICA**

SANCHEZ DEL RIO, Carlos.  
«*Más allá de la física*», sobre *Aufbau der Physik*, de Carl Friedrich von Weizsäcker. N.º 9. Noviembre. Pág. 12.

**HISTORIA**

ANES, Gonzalo.  
«*Disputa entre antiguos y modernos*», sobre *Antiguos y modernos: Visión de la Historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, de José Antonio Maravall. N.º 6. Junio-julio. Pág. 9.

ARTOLA, Miguel.  
«*El Señorío de Vizcaya*», sobre *Bizcaya en la Edad Media*, de José Angel García de Cortázar (ed.). N.º 1. Enero. Págs. 10-11.

DIAZ, Elías.  
«*Guerra en la guerra: Unamuno 1936*», sobre *Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre, 1936*, de Luciano González Egado. N.º 4. Abril. Págs. 1-2.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio.  
«*El Conde Duque y la España de su tiempo*», sobre *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, de John H. Elliott. N.º 2. Febrero. Págs. 1-2.

GARCIA-SABELL, Domingo.  
«*España en su propia esencia*», sobre *Historia crítica del pensamiento español*, de José Luis Abellán. N.º 5. Mayo. Pág. 12.

JOVER, José María.  
«*Ante una hegemonía frustrada*», sobre *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo (Tomo I. 1631-1633)*, de Quintín Aldea Vaquero. N.º 7. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

MARIAS, Julián.  
«*El siglo del "Quijote"*», sobre *El siglo del "Quijote" (1580-1680)*, de autores varios. N.º 7. Agosto-septiembre. Pág. 3.

MARICHAL, Juan.  
«*La Francia profunda de Fernand Braudel*», sobre *L'identité de la France: espace et histoire I*, de Fernand Braudel. N.º 3. Marzo. Págs. 1-2.

MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro.  
«*Feminismo en el Egipto contemporáneo*», sobre *El movimiento feminista en Egipto entre las dos revoluciones, 1919 y 1952*, de la Dra. Amal Kamil Bayyumi al-Subki. N.º 2. Febrero. Pág. 3.

PALACIO ATARD, Vicente.  
«*Las Fuerzas Armadas en la sociedad española*», sobre *Las Fuerzas Armadas españolas. Historia militar y social*, de Mario Hernández Sánchez-Barba y Miguel Alonso Baquer (dirs.). N.º 8. Octubre. Págs. 4-5.

TORTELLA, Gabriel.  
«*Braudel y la mediterraneidad*», sobre *La Méditerranée. Les hommes et l'héritage y Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*, de autores varios. N.º 9. Noviembre. Pág. 10.

**LITERATURA**

ALARCOS, Emilio.  
«*Rabbi don Sem Tob el poeta*», sobre *Proverbios morales*, de Santob de Carrión. N.º 6. Junio-julio. Págs. 6-7.

ALVAR, Manuel.  
«*Vidas menudas de Castilla*», sobre *Castilla habla*, de Miguel Delibes. N.º 5. Mayo. Págs. 6-7.

AYALA, Francisco.  
«*Política y Literatura*», sobre *Literatura fascista española*, de Julio Rodríguez Puértolas. N.º 2. Febrero. Pág. 8.

BENET, Juan.  
«*La novela de los prodigios*», sobre *La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza. N.º 1. Enero. Pág. 4.

CASTELLET, José María.  
«*Novelas de espías*», sobre *El espía perfecto, El partido de Londres y El mito de Bourne*, de John le Carré, Len Deighton y Robert Ludlum. N.º 9. Noviembre. Págs. 6-7.

GULLON, Ricardo.  
«*La obra juvenil de García Lorca*», sobre *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita*, de Eutimio Martín. N.º 1. Enero. Pág. 3.

LAZARO CARRETER, Fernando.  
«*La lógica de la literatura*», sobre *Logique des genres littéraires*, de Käte Hamburger. N.º 4. Abril. Págs. 10-11.

MARTIN GAITE, Carmen.  
«*El virus de la soledad*», sobre *Los delitos insignificantes*, de Alvaro Pombo. N.º 2. Febrero. Pág. 9.

MARTINEZ CACHERO, José María.  
«*Las seis vidas de Roque Fernández*», sobre *Roque Six*, de José López Rubio. N.º 5. Mayo. Págs. 8-9.

MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro.  
«*La novela árabe en Argelia*», sobre *Las tendencias de la novela árabe en Argelia. Estudio de los fundamentos históricos y estéticos de la novela argelina*, de Wāsinī al-a'Raḥ. N.º 10. Diciembre. Págs. 8-9.

RICO, Francisco.  
«*Unas lanzas por Benet*», sobre *Herrumbrosas lanzas*, de Juan Benet. N.º 3. Marzo. Pág. 8.

**SOBEJANO, Gonzalo.**

«*Parodia y desenfado*», sobre *A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art-Forms*, de Linda Hutcheon. N.º 1. Enero. Págs. 1-2.

«*De París a Tánger a través de Rusia*», sobre *En los reinos de taifa*, de Juan Goytisolo. N.º 8. Octubre. Págs. 6-7.

YNDURAIN, Francisco.  
«*Aleixandre desde Velintonia*», sobre *Los cuadernos de Velintonia*, de José Luis Cano. N.º 3. Marzo. Págs. 6-7.

«*A la espera de la última hoja*», sobre *La hoja roja (versión teatral)*, de Miguel Delibes. N.º 9. Noviembre. Págs. 8-9.

ZAMORA VICENTE, Alonso.  
«*Valle Inclán otra vez*», sobre *Guía de «Tirano Banderas»*, de Gonzalo Díaz Migoyo. N.º 4. Abril. Pág. 9.

**MATEMATICAS**

BUENO, Gustavo.  
«*La nariz de Cleopatra*», sobre *Historia de la Matemática*, de Carl B. Boyer. N.º 3. Marzo. Págs. 10-11.

GUZMAN, Miguel de  
«*Entre el caos y el cosmos*», sobre *The Beauty of Fractals. Images of Complex Dynamical Systems*, de H.-O. Peitgen y P.-H. Richter. N.º 7. Agosto-septiembre. Pág. 12.

RIOS, Sixto.  
«*¿Se pueden racionalizar las decisiones?*», sobre *Decision Theory: An Introduction to the Mathematics of Rationality*, de Simon French. N.º 6. Junio-julio. Págs. 10-11.

**MEDICINA**

GRANDE COVIAN, Francisco.  
«*Nutrición y actividad física*», sobre *Predicting Decrements in Military Performance due to Inadequate Nutrition*, de autores varios. N.º 7. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

**MUSICA**

MONTSALVATGE, Xavier.  
«*El oratorio en la música española del XVII*», sobre *Historia de Joseph. Oratori de Luis Vicens Gargallo*, de Francesc Bonastre. N.º 6. Junio-julio. Págs. 4-5.

PABLO, Luis de  
«*Conversaciones con Ligeti*», sobre *Ligeti in Conversation*, de Péter Várnai, Josef Häusler, Claude Samuel y György Ligeti. N.º 2. Febrero. Págs. 10-11.

PRIETO, Claudio.  
«*Reflexiones en torno al legado Barbieri*», sobre *Biografías y documentos sobre música y músicos españoles (Legado Barbieri, I)*, de Francisco Asenjo Barbieri. N.º 4. Abril. Pág. 12.

QUEROL, Miguel.  
«*Una capilla de música en el XVII*», sobre *La música a la catedral de Barcelona durant el segle XVII*, de José Pavia Simó. N.º 5. Mayo. Págs. 4-5.

SOPEÑA, Federico.  
«*Recuerdos y actualidad de Anton Webern*», sobre *Anton Webern*, de Claudio Rostand. N.º 3. Marzo. Pág. 12.

«*Leonard Bernstein: un mito explicado*», sobre *Leonard Bernstein*, de Peter Grandenwitz. N.º 9. Noviembre. Pág. 3.

**POLITICA**

BRUNNER, Guido.  
«*Adiós a aquel mundo*», sobre *The fringes of Power. Diarios de Downing Street, 1939-1955*, de John Colville. N.º 1. Enero. Págs. 8-9.

FERNANDEZ-CARVAJAL, Rodrigo.  
«*Orígenes religiosos del Estado moderno*», sobre *Reforma protestante y Estado moderno*, de José Antonio Alvarez-Caperochipi. N.º 7. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

GARCIA DE ENTERRIA, Eduardo.  
«*De Gaulle: la historia con nombres propios*», sobre *De Gaulle*, de Jean Lacouture. N.º 4. Abril. Págs. 4-5.

LATORRE, Angel.  
«*Las armas y la toga*», sobre *Cicerón*, de Pierre Grimal. N.º 10. Diciembre. Pág. 3.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco.  
«*Democracia y Estado de partidos*», sobre *El Estado de partidos*, de Manuel García-Pelayo. N.º 6. Junio-julio. Págs. 1-2.

**RELIGION**

LOPEZ ARANGUREN, José Luis.  
«*Teología, ateología y postmodernidad en USA*», sobre *La religión en la ciudad secular. Hacia una teología postmoderna*, de Harvey Cox, y *Erring. A postmodern A-theology*, de Marck C. Taylor. N.º 3. Marzo. Pág. 3.

**TECNOLOGIA**

GARCIA SANTESMASES, José.  
«*La inteligencia artificial*», sobre *Machine learning: Applications in expert systems and information retrieval*, de R. Forsyth y R. Rada. N.º 9. Noviembre. Pág. 11.

GODED, Federico.  
«*El mundo de las centrales nucleares*», sobre *The Nuclear Age*, de Jacques Leclerc. N.º 8. Octubre. Págs. 1-2.

**TEOLOGIA**

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario.  
«*Realidad, mundo, Dios*», sobre *Teología de la creación*, de Juan Luis Ruiz de la Peña. N.º 5. Mayo. Págs. 10-11.